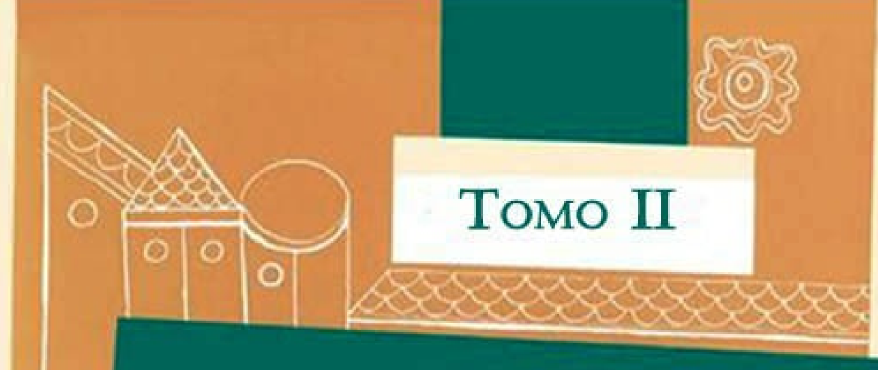


HISTORIA DEL IMPERIO BIZANTINO

A. A. Vasiliev

Segunda Parte de la historia del Imperio Bizantino. publicada en 1935, a diez años de la primera, abarca su historia desde las Cruzadas (año 1081) hasta su caída en manos de los turcos otomanos el 29 de Mayo de 1453. Desde esta fecha, precisamente, la oscuridad reinó para la verdadera historia del antiguo Imperio (y de sus particulares habitantes), el que fue durante los siglos siguientes considerado por occidente un ejemplo de decadencia y corrupción.





Alexander A. Vasiliev

HISTORIA DEL IMPERIO BIZANTINO TOMO II

De las Cruzadas a la caída de Constantinopla (1081-1453)

ePub r1.0
Rafowich 07.07.15
EDICIÓN DIGITAL

Título original*History of the Byzantine Empire: Vol. 2: From the Crusades to the Fall of the Empire*
Alexander A. Vasiliev, 1935
Editor digital: Rafowich
ePub base r1.2
Edición digital: epublibre (EPL), 2015
Conversión a pdf: FS, 2018





Tomo II

De las Cruzadas a la caída de Constantinopla (1081-1453)

CAPÍTULO VII.
BIZANCIO Y LOS CRUZADOS. LOS COMNENOS Y LOS ÁNGELES

Historia exterior de la época de los Comnenos

Los emperadores de la casa de los Comnenos

La revolución de 1081 elevó al trono a Alejo Comneno, cuyo tío, Isaac, había sido emperador durante algún tiempo (1057-1059), en el período precedente.

La familia griega de los Comnenos, de la cual se comienza a hablar en las fuentes desde el reinado de Basilio II, era oriunda de una aldea no lejana de Adrianópolis, y sus miembros llegaron a figurar como grandes terratenientes en el Asia Menor[1]. Alejo, a ejemplo de su tío Isaac, se elevó por sus talentos militares. Con Alejo, el partido militar y la aristocracia territorial de provincias triunfaron sobre el

partido burocrático de la capital. A la vez concluyó la época de turbulencias.

Los tres primeros Comnenos consiguieron mantenerse de modo duradero (un siglo) en el trono bizantino, que se transmitieron en paz de padres a hijos.

El Gobierno enérgico e inteligente de Alejo I (1081-1118) supo proteger honrosamente al Imperio de muchos y muy graves peligros exteriores que, a veces, amenazaron su existencia misma. Pero la cuestión sucesoria produjo algunas dificultades. Mucho antes de su muerte, Alejo había designado sucesor a su hijo Juan, provocando con esto el descontento de su hija Ana, la célebre autora de la *Alexiada* y esposa del cesar Nicéforo Brieno, historiador también. Ana combinó un plan complicado para obtener del emperador el alejamiento de Juan y la designación de Nicéforo para el título imperial. Pero el anciano Alejo se mantuvo firme en su propósito y, a su muerte, su hijo Juan fue proclamado emperador. Apenas llegado al trono, Juan II (1118-1143) tuvo que afrontar una situación penosa al descubrirse una conjura en que participaban su hermana y su madre. La conjura fracasó. Juan trató a los culpables con indulgencia: la mayoría sólo perdieron sus bienes. Por su elevada personalidad moral, Juan mereció general estima, recibiendo el sobrenombre de *Kalojean* (Juan el Excelente, o el Bueno).

Los historiadores griegos y latinos están acordes en apreciar mucho su personalidad. «Fue —escribe Nicetas Coniata— el modelo más perfecto de todos los reyes de la casa de los Comnenos que apareciera en el trono romano»[2]. Gibbon, tan severo en su apreciación de los estadistas bizantinos, escribe de aquel «Comneno, el mejor y más grande» que «el mismo filósofo Marco Aurelio no habrían menospreciado sus virtudes naturales, que nacían del

corazón y no estaban aprendidas en la escuela»[3].

Enemigo del lujo superfluo y los gastos excesivos, Juan modeló la vida de la corte según la suya propia. En su reinado, la corte tuvo una existencia severa y económica, sin diversiones, locas alegrías y gastos enormes. «*Su reinado fue en cierto modo el reinado de la virtud*»[4]. Aquel soberano indulgente, tranquilo y moral en grado sumo, estuvo, sin embargo, como veremos después, casi siempre al frente de sus ejércitos.

Manuel I (1143-1180), hijo y sucesor de Juan, señaló con éste un contraste absoluto. Admirador convencido del Occidente, *latinófilo*, tuvo por ideal el tipo del caballero occidental, deseó penetrar los secretos de la astrología y cambió por completo la vida severa establecida en la corte por su padre. La alegría, el amor, la caza, las recepciones y fiestas espléndidas, los torneos organizados según el modelo occidental, se sucedían sin cesar en Constantinopla. Las visitas que hicieron a Bizancio soberanos extranjeros como Conrado III de Alemania, Luis VII de Francia, el sultán de Iconion, Kilidy-Arslan, y varios príncipes latinos de Oriente, produjeron gastos enormes.

Muchos extranjeros llegados del Occidente de Europa se instalaron en la corte bizantina, obteniendo los más altos y mejores cargos del Imperio. Por dos veces casó Manuel con princesas occidentales. Su primera mujer, Berta de Sulzbach, llamada en *Bizancio Irene*, era cuñada del emperador germano Conrado III; la segunda, una francesa de peregrina hermosura, fue María, hija del príncipe de Antioquía. Luego veremos que a Manuel, durante todo su reinado, domináronle la pasión por el ideal occidental y su sueño, irrealizable, de restaurar el Imperio romano único. Se proponía, con ayuda del Papa, arrebatar la corona imperial

al soberano germánico y estaba dispuesto a restablecer la unión con la Iglesia occidental. La opresión latina y el desprecio de los intereses nacionales provocaron en la población general descontento. Se advertía intensamente la necesidad de modificar aquel sistema. Pero Manuel murió antes de que se desplomase su política.

Alejo II (1180-1183), hijo Y sucesor de Manuel, apenas tenía doce años cuando su padre murió. Su madre, María de Antioquía, fue nombrada regente. De hecho todo el poder pasó a manos del sobrino de Manuel, el protosebasto Alejo Comneno, favorito de la regente. El nuevo Gobierno quiso apoyarse en el odiado elemento latino. Con esto creció la exasperación nacional. La emperatriz María, antes tan popular, empezó a ser considerada como una extranjera. El historiador francés Diehl compara la situación de María a la de María Antonieta, quien, bajo la revolución francesa, fue llamada por el pueblo «la Austriaca»[5].

El descontento general hizo nacer un partido imponente contra el todo poderoso Alejo. Al frente de aquel partido se puso Andrónico Comneno, una de las más curiosas personalidades de la historia de Bizancio, y cuya figura ofrece igual interés al historiador y al novelista.

Andrónico, sobrino de Juan II y primo de Manuel I, pertenecía a la rama segundona de los Comnenos, rama apartada del trono y que se caracterizaba por una energía extraordinaria, aunque a menudo mal dirigida. Esa línea de Comnenos, en su tercera generación, dio al Imperio de Trebisonda soberanos conocidos por el nombre de «*Los Grandes Comnenos*». Andrónico, aquel «futuro Ricardo III de la historia de Bizancio», que tenía en él «algo del alma de un Cesar Borgia», aquel «Alcibíades del Imperio Medio bizantino», fue «el tipo acabado del bizantino del siglo XII,

con todas sus cualidades y sus vicios»[6]. «Era lo que Nietzsche llamaba un superhombre, un hombre sin duda extraordinario en quien aparecía un continuo contraste entre una inteligencia de primer orden y un carácter a menudo discutible» [7].

Hermoso y arrogante; atleta y soldado; instruido y seductor en sus maneras, sobre todo con las mujeres, que le adoraban; frívolo y apasionado; escéptico, embustero y perjuro si era necesario de acuerdo a las circunstancias; conspirador, ambicioso e intrigante, terrible en su vejez por su crueldad, Andrónico con expresión de Diehl, fue una naturaleza genial. Hubiera podido ser el salvador y regenerador del agotado Imperio bizantino: para ello faltóle sólo «*acaso un poco de sentido moral*»[8].

Su contemporáneo Niceto Coniata, escribe sobre él: «¿Quién está hecho de tan dura piedra que no ceda a las lágrimas de Andrónico y no se deje encantar por sus palabras insinuantes, que él derrama como una fuente turbia?». El mismo historiador compara a Andrónico con «*Proteo multiforme*»[9], el profético viejo, célebre por sus metamorfosis, de la mitología antigua.

A pesar de su aparente amistad hacia Manuel, Andrónico siempre fue objeto de las sospechas del emperador. No hallando dónde ejercer su actividad en Bizancio, pasó la mayor parte del reinado de su primo viajando por diversos países de Europa y de Asía. Enviado por el emperador primero a Cilicia y luego a las fronteras húngaras, Andrónico fue acusado de traición y de conjura contra la vida de Manuel, siendo encerrado en una prisión de Constantinopla, donde pasó varios años. Tras una serie de extraordinarias aventuras, pudo evadirse por una antigua cloaca abandonada; apresado de nuevo, se le encerró en un

calabozo varios años más. Habiendo vuelto a fugarse, Andrónico huyó hacía el norte y halló refugio en Rusia, junto a Laroslav, príncipe de Galitz. Una crónica rusa mencionaba en el año 1165: «El hermano del emperador, el señor (Kyr) Andrónico, acudió desde Zarigrad a Iaroslav, príncipe de Galitz habiéndole recibido con gran amor y le dio varias ciudades para que se consolase»[10]. Según el testimonio de las fuentes, bizantinas, Andrónico encontró en Iaroslav una excelente recibimiento, vivió en su casa, comió y cazó con él y participó en consejo con sus boyardos[11]. Pero la estancia de Andrónico en Rusia pareció peligrosa a Manuel, porque su pariente había entrado ya en relaciones con Hungría, contra la que Bizancio había abierto las hostilidades. Manuel decidió entonces perdonar a Andrónico, el cual recibió de Iaroslav, al partir, las mayores «*muestras de honor*» [12].

Andrónico, nombrado duque de Cilicia, no pasó en esta región mucho tiempo. Fue por Antioquía, a Palestina, región que constituyó el escenario de su amor hacia Teodora, pariente de Manuel y viuda del rey de Jerusalén. El emperador, irritado, mandó sacar los ojos a Andrónico, pero éste, advertido a tiempo del peligro que le amenazaba, huyó al extranjero con Teodora. Durante varios años estuvo recorriendo Siria, Mesopotamia y Armenia, e incluso pasó algunos meses en la lejana Iberia (Georgia o Rusia, en el Cáucaso).

Al fin los enviados de Manuel lograron apoderarse de Teodora, a la que Andrónico seguía amando con pasión, y de los hijos que ambos habían tenido. Andrónico, no pudiendo soportar esta pérdida, solicitó el perdón del emperador. Al obtenerlo declaró a Manuel que se arrepentía de su borrascosa vida pasada. Fue nombrado gobernador del Ponto, en el Asia Menor, lo que venía ser una especie de

destierro honorífico para tan peligroso pariente. En 1180, al morir Manuel y subir al trono el joven emperador Alejo II, Andrónico contaba sesenta años.

Tal es, a pinceladas generales, la biografía del personaje en quien la población de la capital, irritada por la política latinófila de la emperatriz María de Antioquía y de su favorito Alejo Comneno, puso todas sus esperanzas. Andrónico, haciéndose pasar hábilmente por defensor de los derechos del joven Alejo II, caído en manos de malos ayos, y presentándose como amigo de los romanos," supo obtener la simpatía y hasta la adoración de los bizantinos, hartos de la Regente. Según expresión de un contemporáneo de Andrónico, Eustacio de Tesalónica, Andrónico «era para la mayoría más querido que Dios mismo», o al menos se le situaba «inmediatamente después de Dios»[13]. Ya preparados los ánimos en la capital, Andrónico marchó hacia ella.

Al conocerse la aproximación de Andrónico, la masa popular enardecida de la capital dieron rienda suelta a su odio contra los latinos, sobre cuyas casas se lanzó la gente con furia, asesinándolos sin distinción de edad ni sexo. El populacho, desenfrenado, no sólo asaltó las casas particulares, sino también las iglesias e instituciones latinas de caridad. En un hospital fueron muertos todos los enfermos que se encontraban en cama. El nuncio del Papa acabó decapitado después de sufrir las mayores humillaciones, y muchos latinos fueron vendidos como esclavos en los mercados turcos. De aquella matanza de latinos en 1182, dice F. I. Uspensky, que, «si no sembró el germen del odio fanático que dividió a Occidente y Oriente, contribuyó a hacerlo crecer»[14]. El todopoderoso favorito fue aprisionado y se le sacaron los ojos. Tras esto, Andrónico entró triunfalmente en la capital. Para consolidar su

situación hizo desaparecer sucesivamente a los parientes de Manuel y estrangular a la propia emperatriz María. Después proclamóse coemperador y, tras haber prometido solemnemente al jubiloso pueblo proteger la vida del emperador Alejo, dio, días más tarde, órdenes secretas de hacer estrangular al muchacho. Y en 1183, Andrónico, a los 63 años, se convirtió en emperador absoluto.

Andrónico, llegado al trono con miras de que habremos de ocuparnos más adelante, sólo pudo mantenerse en el poder por un sistema de inaudito terror y crueldad. En los asuntos externos no mostró iniciativa ni energía. La población, se volvió contra él. En 1185 estalló una revolución que elevó al trono a Isaac Ángel. Andrónico no pudo huir y preso y depuesto, hubo de soportar suplicios y humillaciones terribles, que resistió con notable estoicismo. En el curso de los tremendos sufrimientos que le infligieron, sólo repitió varias veces: «*¡Señor, ten piedad de mí! ¿Por qué te encarnizas con una caña quebrada?*»[15] El nuevo emperador no permitió que se sepultase el cadáver mutilado de Andrónico.

Tal fue el trágico fin de la dinastía de los Comnenos, la última realmente gloriosa que ocupó el trono de Bizancio.

Alejo I Comneno. Relaciones con occidente

Según expresión de Ana Comnena, hija del nuevo emperador Alejo I y mujer culta y de buen talento literario, Alejo, al empezar su reinado, «veía su reino en la agonía y a

punto de morir»[16]. La situación exterior del Imperio era, en efecto, muy difícil y con el tiempo se volvió cada vez más angustiosa y compleja.

El duque de Apulia, Roberto Guiscardo, después de conquistar las posesiones bizantinas de la Italia meridional, concibió planes de mayor extensión. Deseoso de alcanzar el mismo corazón de Bizancio, llevó la guerra a la orilla balcánica del Adriático y, dejando el gobierno de Apulia a su hijo Roger, partió con Boemundo, su hijo menor, que más tarde debía distinguirse en la primera Cruzada. Los normandos, empleando una flota numerosa, abrieron las hostilidades contra Alejo, con el fin primordial de apoderarse de Dyrrachium, en Iliria[17]. Dyrrachium, ciudad principal del tema de su nombre, creado por Basilio II Bulgaróctonos, estaba sólidamente fortificada y podía con razón estimarse como la llave del Imperio en Occidente. En Dyrrachium comenzaba la célebre *vía Egnatia*, construida en la época romana y que conducía a Tesalónica, continuando hacia el este en dirección de Constantinopla. Era, pues, perfectamente natural que Roberto hubiese vuelto sus miradas hacia ese punto. Con expresión de Hopf, aquella expedición «fue el preludio de las Cruzadas y la preparación (*Vorbereitung*) de la dominación franca en Grecia»[18].

Alejo, comprendiendo que no podía resistir con sus fuerzas al peligro normando, pidió socorro a Occidente, dirigiéndose a Enrique IV, emperador germánico, y a varios personajes y Estados más. Pero Enrique, que luchaba con dificultades en su propio Imperio y proseguía su lucha con el Papa Gregorio VII, no pudo apoyar al emperador bizantino. En cambio, Venecia, examinando sus propios intereses, resolvió favorecer a Bizancio. Alejo, que tenía una flota insuficiente, ofreció a Venecia, a cambio de sus naves, privilegios mercantiles de que *hablaremos más extensamente*

después. Venecia temía que los normandos se adueñasen de los caminos comerciales que conducían, por Constantinopla, al Oriente, caminos que los venecianos esperaban obtener con el tiempo para sí mismos. Otro peligra inmediato amenazaba a Venecia. Los normandos habíanse apoderado de las islas Jónicas, entre ellas Cefalonia y Corfú, y podían cerrar la entrada del Adriático a la flota veneciana.

Después de someter Corfú, los normandos sitiaron Dyrrachium por tierra y mar. Las naves venecianas levantaron el ase dio marítimo, más el ejército de tierra, mandado por Alejo y compuesto de eslavos, turcos, varegos y elementos de otras nacionalidades sufrió un grave revés. A primeros de 1082, Dyrrachium abrió sus puertas a Roberto. Pero la insurrección sobrevenida en Italia del sur forzó a Guiscardo a dejar la Península balcánica, donde Boemundo, tras algunos éxitos parciales, fue vencido en definitiva[19]. Otra campaña de Roberto contra Bizancio desembocó en un nuevo fracaso. Su ejército fue azotado por una epidemia que costó la vida al propio Roberto en 1085, en la isla de Cefalonia. El nombre de Fiscardo, que llevan una cala y una aldea en el extremo norte de la isla, recuerdan aun aquel suceso (*el Portus Wiscardi* de la Edad Media debió su calificativo al nombre de Roberto Guiscardo). Con la muerte de Roberto concluyó el ataque normando a los bizantinos y Dyrrachium pudo volver a manos griegas[20].

La política ofensiva de Guiscardo en la Península balcánica había fracasado. En cambio la cuestión de las posesiones bizantinas en la Italia meridional quedó definitivamente resuelta en su tiempo. En primer lugar, Roberto consiguió reunir los diferentes condados que fundaran sus compatriotas, integrando los en el ducado de Apulia, que en vida de su creador conoció un período brillante. La decadencia de aquel ducado, iniciada a la

muerte de Roberto, persistió durante medio siglo, hasta que la fundación del reino de Sicilia inauguró una nueva era en la historia de los normandos en Italia. En todo caso, Roberto Guiscardo, según el historiador Chalandon, «abrió a la ambición de sus descendientes una nueva vía. Desde entonces los normandos miraron a Oriente, y en Oriente, y a expensas del Imperio griego, pensó Boemundo crearse un principado para sí, doce años después»[21].

Venecia, a cambio de la ayuda de su flota, recibió de Alejo extensos privilegios mercantiles, que aseguraron a la *República de San Marcos* una situación excepcional en Oriente. A más de ricos regalos ofrecidos a las iglesias venecianas, y de los títulos honoríficos y remunerativos concedidos al patriarca y dux de Venecia y a sus sucesores, un decreto imperial de Alejo, o «*crisóbula*» (llamábanse así los decretos garantizados por el sello de oro del emperador), concedía (1082) derecho a los mercaderes venecianos para comprar y vender en todo el territorio del Imperio, eximiéndolos de toda tarifa aduanera, marítima o relativa al comercio. Los aduaneros bizantinos no podían intervenir en el tráfico veneciano. En la propia capital, los venecianos obtuvieron una zona con numerosos almacenes y tiendas, y tres puntos de escala en el puerto (*marítima tres scalas*), donde las naves venecianas podían cargar y descargar libremente sus mercancías[22].

La crisóbula de Alejo contiene una curiosa lista de los lugares de más importancia comercial tanto en el interior como en el litoral del Imperio, que se abrieron a Venecia en el Asia Menor, en la Península balcánica, en Grecia, en el Archipiélago y hasta en Constantinopla, que en ese documento se denomina *Megalópolis* (la Ciudad Grande). Los privilegios obtenidos daban a los mercaderes venecianos una situación más ventajosa que a los propios bizantinos.

Así quedaba, con la crisóbula de Alejo, sólidamente fundada la potencia colonial de Venecia en Oriente, creando condiciones tan favorables para la preponderancia económica de Venecia en Bizancio, que parecía imposible que surgiesen competidores en mucho tiempo. Pero la misma excepcionalidad de semejantes privilegios debía, en el transcurso de los años, ser causa de conflictos políticos entre la República de San Marcos y el Imperio.

La lucha del Imperio contra los turcos y los pecheneques hasta la primera Cruzada

El peligro turco en Oriente y al norte —peligro debido, respectivamente, a selyúcidas y pecheneques— era muy amenazador ya bajo los predecesores de Alejo Comneno, pero tórnese aun más agudo bajo el reinado de este monarca. Si bien la victoria sobre los normandos y la muerte de Roberto permitieron a Alejo ocupar de nuevo los territorios bizantinos del oeste de los Balcanes, hasta el Adriático, en cambio, en otras fronteras el Imperio disminuyó considerablemente a consecuencia de los ataques de turcos y pecheneques. Ana Comnena escribe, no sin alguna exageración, que «en aquella frontera el Imperio romano tuvo por fronteras, al este el cercano Bósforo y al oeste Adrianópolis»[23].

No obstante, parecía que en el Asia Menor, casi enteramente conquistada por los selyúcidas, las circunstancias estaban en vías de volverse favorables ni

Imperio, ya que los emires o gobernadores turcos del Asia Menor se disputaban el poder, lo que motivó un debilitamiento de la potencialidad turca y la creación de un estado de anarquía en el país. Pero las invasiones de los pecheneques por el norte impidieron al emperador aprovechar las discordias internas de los turcos.

Éstos hallaron aliados contra Bizancio en el Imperio mismo, entre los paulicianos que moraban en la Península balcánica. Tratábase de una *secta religiosa oriental «dualista»*, que formaba una de las principales ramas maniqueas. Creada en el siglo III por Paulo de Samosata, había sido reorganizada en el siglo VII.

Al principio los paulicianos habitaban la frontera Oriental, es decir, el Asia Menor, y como eran también excelentes soldados, crearon muchas dificultades al Gobierno bizantino. Sabido es que uno de los métodos predilectos de éste consistía en el traslado de poblaciones de una región a otra. Tal se hizo con los eslavos, llevados al Asia Menor, y con los armenios, conducidos a los Balcanes. Igual suerte sufrieron los paulicianos, quienes en el siglo VIII, reinando Constantino V Coprónimo, fueron trasladados en gran número desde la frontera oriental a Tracia. Lo mismo sucedió en el siglo X bajo Juan Tzimisces. La ciudad de Filipópolis (Plovdiv, Bulgaria), se convirtió en centro de los paulicianos. Tzimisces, al instalarlos allí, había alejado a aquellos obstinados sectarios de sus ciudades de origen y de las fortalezas de la frontera oriental, donde era difícil combatirlos, y, además, contaba que los paulicianos opusieran un serio baluarte a las invasiones de los bárbaros nórdicos, o «*escitas*». En el siglo X el paulicianismo se extendió por Bulgaria merced a la actividad del regenerador de la doctrina, el pope Bogomila, Los escritores bizantinos

llamaron bogomilas a los secuaces de Bogomila. Más tarde el bogomilismo se extendió a Servia y Bosnia y posteriormente a la Europa occidental, don de los adeptos de la doctrina dualista llevaron nombres diferentes: patarinos en Italia, cátaros en Alemania y en Italia, pablicanos (o paulinianos) y albigenses en Francia, etc.

Las esperanzas del Gobierno bizantino respecto a la secta quedaron chasqueadas. No se había esperado una difusión tan extensa y rápida de aquella herejía. Además, el bogomilismo se convirtió en expresión de la oposición nacional de los eslavos a la política despótica de Bizancio, sobre todo en las regiones búlgaras conquistadas por Basilio II. Así, los paulicianos, en vez de defender las fronteras, llamaron a los pecheneques para pelear juntos contra Bizancio. A los pecheneques se unieron los kumanos (pólovtses).

La lucha contra los pecheneques fue dificilísima para Bizancio, a pesar de algunos momentáneos triunfos. A fines de la novena década, Alejo Comneno sufrió en Dristra (Durostolus, Silistria, Danubio inferior) una derrota terrible, y sólo a duras penas logró evitar ser hecho prisionero. Las disputas surgidas entre pecheneques y kumanos sobre el reparto del botín impidieron a los primeros aprovecharse por completo de su victoria.

Tras una corta tregua con los pecheneques, Bizancio atravesó una crisis tremenda (1090-1091). Los pecheneques, invadiendo el Imperio otra vez, llegaron, entre encarnizados combates, a las puertas de Constantinopla. Ana Comnena relata que el día del aniversario del mártir Teodoro Tirón, los constantinopolítanos, que solían visitar en gran número la iglesia del mártir, en las afueras de la ciudad, no pudieron cumplir aquella ceremonia en 1091, ya que era imposible

abrir las puertas de la ciudad cuando los pecheneques acampaban al pie de los muros[24].

La situación del Imperio se agravó más aun cuando la capital fue amenazada al sur por el pirata turco Tzachas. Éste había pasado su juventud en Constantinopla, en la corte de Nicéforo Botaniates, obteniendo un elevado título bizantino. Al llegar al trono Alejo Comneno, Tzachas huyó al Asia Menor. Tras adueñarse de Esmirna y otras ciudades del litoral Egeo y del Archipiélago, mediante la flota que había creado, Tzachas concibió un vasto plan: alcanzar Constantinopla por el mar, aislándola de los países que la aprovisionaban. Para dar más eficacia a su propósito estratégico, pactó con los pecheneques y con los selyúcidas del Asia Menor. Seguro del éxito de su empresa, Tzachas asumió de antemano el título de Basileo, se revistió los distintivos de su dignidad y soñó con hacer de Constantinopla el centro de su Imperio. Los pecheneques eran turcos, como los selyúcidas, habiendo llegado a reparar en su parentesco racial merced, a las relaciones que tuvieron en las guerras anteriores. Bizancio halló en Tzachas un enemigo que, según V. G. Vasilievsky, «juntaba al valor audaz del bárbaro la firmeza de la cultura bizantina y el conocimiento perfecto de todas las relaciones políticas de la Europa oriental contemporánea. Quería generar en vida de un movimiento turco general capaz de dar un fin preciso e inteligente y un plan armónico de acción a los movimientos y pillajes no coordinados de los pecheneques»[25].

La situación de la capital se hizo crítica. Al parecer iba a fundarse un Estado turco selyúcida-pecheneque sobre las ruinas del Imperio bizantino. «El Imperio bizantino —dice el autor citado—, estaba sumergido por la invasión turca»[26]. Otro bizantinólogo ruso, F. I. Uspensky, escribe:

> «La situación de Alejo Comneno, en el invierno de 1090-91 no puede compararse sino a la de los últimos años del Imperio, en el momento en que los turcos osmanlíes cercaron por todas partes Constantinopla, aislándola de todas sus relaciones exteriores»[27].

Alejo comprendió la gravedad de la situación y, ateniéndose a las reglas ordinarias de la diplomacia bizantina, que consistía en enemistar a los bárbaros entre sí, se dirigió a los kanes polovtzianos, aquellos «*aliados de la desesperación*», rogándoles que lo ayudasen contra los pecheneques. Los salvajes y terribles kanes polovtzianos Tugor-Kan y Boniak fueron invitados a ir a Constantinopla, donde recibieron una cálida bienvenida y fueron magníficamente tratados. El emperador solicitó humildemente al apoyo de los bárbaros, que se mostraron harto familiares con él. Pero de todos modos, los polovtzianos cumplieron las promesas hechas. El 29 de abril de 1091 se libró una sangrienta batalla, en la que probablemente intervinieron rusos también. Los pecheneques fueron deshechos e irremisiblemente aniquilados. Ana Comnena escribe al respecto:

> «Púdose ver un espectáculo extraordinario: un pueblo que no se contaba por decenas de millares, sino que rebasaba todo cálculo, pereció enteramente, con sus mujeres e hijos, en un solo día»[28].

La batalla dejó huellas en una canción bizantina de entonces: «Los escitas (así llamaba Ana Comnena a los pecheneques) han dejado de ver mayo por un día»[29].

Con su intervención en favor de Bizancio, los polovtzianos prestaron un notable servicio a la Cristiandad. Un historiador dice: «Boniak y Tugor-Kan deben justamente

ser considerados como salvadores del Imperio bizantino»[30]. Alejo volvió en triunfo a la capital. Sólo una minúscula parte de los prisioneros pecheneques escapó a la matanza. Aquellos vestigios de tan terrible horda fueron trasladados a la región del Vardar y más tarde ingresaron, formando una especie *de cuerpo especial*, en el ejército bizantino. Los pecheneques que pudieron salvarse merced a la fuga estaban tan debilitados que en treinta años no emprendieron contra Bizancio cosa alguna.

Tzachas, después de causar indecible pavor en Bizancio, no pudo acudir con su flota en socorro de los pecheneques y perdió parte de sus conquistas en las batallas que entabló contra las fuerzas marítimas griegas. Más adelante el emperador supo ganar a su causa al sultán de Nicea, quien, invitando a Tzachas a un festín, le asesinó con sus propias manos. Después concluyó un tratado con Alejo. Así se desenlazó, en ventaja de Bizancio, la crisis de 1091, y el año siguiente transcurrió en condiciones muy diversas para el Imperio.

En los terribles días de 1091, Alejo, además de a los bárbaros, había apelado a los latinos de Occidente. El emperador «*envió a Occidente mensajes pidiendo mercenarios por doquier*»[31].

Los historiadores citan al propósito la célebre carta dirigida por Alejo a su viejo amigo el conde Roberto de Flandes, que algunos años atrás, volviendo de Tierra Santa, había pasado por Constantinopla. En su carta el emperador pinta la desesperada situación del «muy sacro Imperio de los cristianos griegos, oprimido muy de cerca por pecheneques y turcos»; habla de las muertes y humillaciones sufridas por los cristianos, niños, adolescentes, mujeres y vírgenes, y cuenta que casi todo el territorio imperial está ocupado por

el enemigo. «No nos queda casi más que Constantinopla, y los enemigos amenazan tomarla muy pronto, si no nos acude un pronto socorro de Dios y de los fieles cristianos latinos». El emperador «corre ante turcos y pecheneques» de una ciudad a otra y prefiere poner Constantinopla en manos de los latinos antes que en las de los paganos. Para acrecer el celo de los latinos, la misiva enumera muchas santas reliquias existentes en la ciudad y recuerda las innumerables riquezas y joyas existentes allí. «Así, obrad con todo vuestro pueblo; trabajad con todas vuestras fuerzas para que tales tesoros no caigan en manos de turcos y pecheneques… Obrad mientras sea tiempo aun, para que el Imperio cristiano y, lo que es más importante, la tumba de Cristo, no se pierdan para vos, y a fin de que podáis incurrir, no en el reproche, sino en la recompensa celeste. Amén»[32].

Vasilievsky, que data esa carta en 1091, escribe:

> «En 1091 llegaba desde las orillas del Bósforo a la Europa occidental un verdadero grito de desesperación, la llamada de un hombre que se ahoga y no distingue ya si es una mano amistosa u hostil la que se le tiende. El emperador bizantino no titubeó, en aquellas circunstancias, en descubrir a los ojos del extranjero todo el abismo de vergüenza, deshonor y humillación en que se había sumido el Imperio de los griegos cristianos»[33].

Ese documento, que pintaba en colores tan vivos la situación crítica de Bizancio en 1091, ha motivado una serie de obras. La causa es que no ha llegado a nosotros sino en su traducción latina. Las opiniones de los sabios se dividen: mientras unos, y entre ellos los eruditos rusos (V. G. Vasilievsky y F. I. Uspensky), la consideran auténtica, otros, como el francés Riant, la juzgan apócrifa. Los historiadores

contemporáneos se inclinan, con algunas reservas, a juzgar auténtico el documento, y creen en la existencia de un original no llegado a nosotros y dirigido por Alejo a Roberto de Flandes. El historiador francés Chalandon opina que parte de la carta fue compuesta con ayuda del original, pero que el mensaje latino que conocemos fue redactado por algún occidental para estimular el celo de los cruzados poco antes de la primera Cruzada, para estimular el instigamiento (*excitatorum*)[34]. El alemán Hagenmeyer, que ha estudiado especialmente y publicado ese mensaje, se inclina, en lo esencial, a la opinión de Vasilievsky.

Por su parte, B. Leib asegura (en 1924), que esta carta no es sino «una amplificación hecha poco después del concilio de Clermont e inspirada sin duda en el mensaje auténtico que el emperador enviara a Roberto para recordarle los refuerzos prometidos»[35]. En 1928, Bréhier escribe:

> «Es posible, según la hipótesis de Chalandon, que, una vez de vuelta en Flandes, Roberto olvidara su promesa. Entonces Alejo debió de enviarle una embajada y una carta, pero de cierto muy distinta al texto que nos ha llegado. En cuanto a ese documento apócrifo, debió de ser compuesto, quizá con ayuda de la carta auténtica, en el momento del sitio de Antioquía, en 1098, para pedir refuerzos a Occidente. La carta de Alejo no tiene, pues, nada que ver con los orígenes de la Cruzada»[36].

Recordemos, finalmente, que, en su historia de la primera Cruzada, Sybel consideraba la carta de Alejo a Roberto de Flandes como un documento oficial relativo a dicha Cruzada[37].

Nos hemos extendido tanto sobre la cuestión de esa carta porque a ella se vincula en parte un grave problema: si el

emperador llamó o no a Occidente en su socorro[38]. En todo caso, fundándonos en la indicación de la contemporánea Ana Comnena, que afirma que Alejo envió cartas a Occidente, podemos admitir que, quizá, remitió una al conde de Flandes y considerar probable que ese mensaje sirviera de fundamento al más recargado texto latino que conocemos. Según toda probabilidad, esa misiva fue enviada por Alejo en 1091, año tan crítico para Bizancio[39]. También es muy probable que en 1088-1089 se enviara un mensaje a Zvonimiro, rey croata, pidiéndole que se pusiera al lado de Alejo en la lucha «contra los paganos e infieles»[40].

Los éxitos obtenidos sobre los enemigos exteriores aumentaron con otros sobre los internos. Los conspiradores y pretendientes que querían aprovechar la difícil situación del Imperio fueron descubiertos y castigados.

Además de los pueblos ya mencionados, otros dos comenzaban, antes incluso de la primera Cruzada, a desempeñar cierto papel en tiempos de Alejo Comneno: los servios y los magiares o húngaros. En la segunda mitad del siglo XI, Servia se convirtió en independiente, lo que de hecho se expresó al asumir el príncipe servio el título regio (Kral). El primer reino servio tuvo por capital a Scodra (Skadar o Escútari). Los servios lucharon al lado de Alejo en la guerra contra los normandos y le abandonaron en el momento crítico. Al volver Dyrrachium a la corona imperial se abrieron las hostilidades entre Servia y Bizancio. Pero la lucha no podía ser muy feliz para el Imperio, por las circunstancias difíciles que éste atravesaba. Poco antes de la Cruzada se ultimó la paz entre el emperador y los servios.

Las relaciones del Imperio con Hungría (Ugria), la cual había participado en las guerras búlgaro-bizantinas del siglo X, bajo el reinado de Simeón, se hicieron muy tirantes en la

época de Alejo Comneno. A fines del siglo XI, la Hungría continental, bajo los soberanos de la dinastía de Arpad, empezó a extenderse hacia el sur y el mar, acercándose a las costas de Dalmacia, lo que descontentó a Venecia y a Bizancio.

De modo que la política extranjera del Imperio poco antes de la primera Cruzada tendió a ensancharse, se complicó y hallóse ante nuevos problemas.

No obstante, hacía 1095, Alejo, libre de los numerosos peligros que amenazaran a Bizancio, parecía haber preparado una etapa de tranquilidad para el Imperio, y pudo consagrarse, poco a poco, a preparar la lucha contra los selyúcidas orientales. Con esa intención, el emperador emprendió una serie de estrategias defensivas.

En ese momento supo Alejo Comneno que algunos destacamentos de cruzados se acercaban a las fronteras del Imperio bizantino. Empezaba la Primera Cruzada, que modificó los proyectos de Alejo, orientándole, así como a su Imperio, por nuevos caminos que al final debían manifestarse desastrosos para Bizancio.

Bizancio y la primera Cruzada

La época de las Cruzadas es una de las más importantes de la historia universal, sobre todo desde el punto de vista de la historia económica y de la civilización en general. Durante mucho tiempo, el problema religioso ha relegado a segundo plano los otros aspectos de ese diverso y complejo

movimiento. El primer país que se dio plena cuenta de la importancia de las Cruzadas fue Francia. En 1806 la Academia Francesa creó un premio destinado a la mejor obra sobre el siguiente tema: «Influencia de las Cruzadas sobre la libertad civil de las naciones europeas, su civilización y los progresos de la ciencia, el comercio y la industria». Desde luego a primeros del siglo XIX era prematuro querer tratar a fondo un problema tan incierto aun. Pero sólo desde entonces dejó de hablarse de la época de las Cruzadas desde un punto de vista exclusivamente religioso. La Academia Francesa galardonó dos obras en 1808. Una era de un alemán, Heeren, y se publicó simultáneamente en francés y alemán, bajo el título de *Ensayo sobre la influencia de las Cruzadas en Europa*. La otra se debía a un francés, Choiseul-Daillecourt. Esta última se denominaba *Influencia de las Cruzadas sobre el estado de las naciones europeas*. Juzgando con nuestro criterio moderno, ambos libros están anticuados, pero no les falta interés, sobre todo al primero.

En verdad, las Cruzadas son el episodio capital de la lucha de dos religiones universales, cristianismo e islamismo, lucha iniciada el siglo VII Pero las causas religiosas del movimiento no fueron las únicas que lo motivaron. Ya en la primera Cruzada, la que refleja más por entero los «*ideales*» del movimiento —la liberación de Tierra Santa de manos de los infieles— advertimos intereses terrenos y profanos. Kugler dice: «Había en la Cruzada dos partidos: *el de las personas piadosas y el de los políticos*»[41]. Chalandon, citando esa frase de Kugler, la califica de perfectamente exacta[42]. Cuanto más nos adentramos en el conocimiento de las condiciones interiores de la vida de la Europa occidental en el siglo XI, cuanto más estudiamos, sobre todo, el desarrollo de las ciudades italianas de aquella

época, más llegamos a la convicción de que los motivos económicos influyeron radicalmente en la preparación y ejecución de la primera Cruzada. A cada nueva Cruzada, la corriente profana se hacía más clara y fuerte, terminando por lograr una victoria completa sobre los ideales primitivos en 1204, cuando los Cruzados tomaron Constantinopla y fundaron el Imperio latino.

Bizancio cumplió papel tan importante en aquel período, que es absolutamente indispensable estudiar el Imperio de Oriente si se quiere comprender de manera plena y entera el origen y desarrollo de las Cruzadas. Además, conviene observar que la mayoría de los que han estudiado las Cruzadas lo han hecho tratando el problema desde un punto de examen puramente «*occidental*», tendiendo a convertir el Imperio griego en «cabeza de turco a quien cargar todas las faltas de los Cruzados»[43].

Los árabes, desde su primera aparición en el escenario de la historia universal, hacia 630, habían conquistado con fulminante rapidez Siria, Palestina, Mesopotamia, las regiones orientales del Asia Menor, los países vecinos del Cáucaso, Egipto, el litoral de África del Norte y muy grande parte de España. En la segunda mitad del siglo VII y a comienzos del VIII asediaron dos veces Constantinopla, de donde fueron rechazados, no sin dificultad, merced a la energía y talento de Constantino II y de León III el Isáurico. En el 732, los árabes, que habían invadido la Galia por los Pirineos, fueron detenidos en Poitiers por Carlos Martel. En el siglo IX conquistaron Creta y a principios del X ocuparon Sicilia y la mayor parte de las posesiones bizantinas del sur de Italia. Estas conquistas árabes ejercieron una acción importantísima sobre la situación política y económica de Europa. La centelleante ofensiva de los árabes «cambió la faz

del mundo», con frase de H. Pirenne. «Su repentina invasión trastornó la antigua Europa. Puso fin a la unión mediterránea que le daba su fuerza… El Mediterráneo había sido un lago romano. En su mayor parte se convirtió en un lago musulmán»[44].

Pero no debe aceptarse esta afirmación sin algunas reservas. Las relaciones mercantiles no cesaron del todo entre la Europa occidental y los países orientales conquistados por los musulmanes. Mercaderes y peregrinos continuaron recorriendo el mundo y los productos exóticos de Oriente siguieron llegando a Europa, como, por ejemplo, llegaban a Galia[45].

El islamismo primitivo se distinguía por su notable tolerancia. En las regiones conquistadas a los cristianos, los árabes dejaban subsistir la mayoría de las iglesias y oficios religiosos y nunca pusieron obstáculos a la beneficencia cristiana. En la época de Carlomagno, a principios del siglo IX, había en Palestina hospicios y hospitales para los peregrinos, se construían conventos y templos y se restauraban otros. El mismo Carlomagno envió a ese efecto a Palestina abundantes limosnas. Se organizaban bibliotecas en las iglesias y los peregrinos visitaban los Santos Lugares sin ser molestados en nada.

Ciertos historiadores, considerando las relaciones existentes entre Palestina y el Imperio franco de Carlomagno, y también cierto intercambio de embajadas que hubo entre el emperador de Occidente y Harun-Al-Raschid, han llegado a la conclusión de que debía de haber, bajo Carlomagno, una especie de protectorado franco en Palestina, protectorado no ejercido, desde luego, sino en lo que afectaba a lo religioso, dejando intacta la autoridad política del califa[46]. En cambio, un grupo de historiadores

afirma que ese protectorado no existió y constituye «un mito análogo a la leyenda de la Cruzada de Carlomagno a Tierra Santa»[47]. El título de uno de los trabajos más recientes sobre esa cuestión, es precisamente: *La leyenda del protectorado de Carlomagno sobre Tierra Santa*[48].

No nos pararemos a discutir el sentido de la palabra «*protectorado franco*» que, como otros términos, es harto convencional y vago. A nuestro juicio lo importante es que desde comienzos del siglo IX el Imperio franco tuvo muy importantes intereses en Palestina, hecho de extrema trascendencia en el desarrollo ulterior de las relaciones internacionales que precedieron a las Cruzadas En el siglo X se produjeron casos aislados de ataques a cristianos y peregrinos, ataques casi siempre sin causa religiosa. Pero semejantes hechos eran accidentales y momentáneos.

En la segunda mitad del siglo X, las brillantes victorias obtenidas por los bizantinos, bajo Nicéforo Focas y Juan Tzimisces, sobre los árabes de Oriente, hicieron de Alepo y Antioquía Estados vasallos del Imperio. A continuación es probable que el ejército de Bizancio entrara en Palestina. Tales victorias repercutieron en Jerusalén y el historiador francés Bréhier cree posible hablar de un *protectorado bizantino sobre Tierra Santa*, protectorado que habría substituido al franco[49].

La ocupación de Palestina por la dinastía egipcia de los fatimitas, en la segunda mitad del siglo X (969), no parece que introdujera modificaciones desfavorables para los cristianos de Oriente ni para los peregrinos. Pero en el siglo XI cambiaron las circunstancias. El califa fatimita Alhakem, aquel loco «Nerón egipcio»[50], abrió crueles persecuciones contra los cristianos y judíos en toda la extensión del Imperio que regía. En 1009 hizo destruir la iglesia de la

Resurrección y el Gólgota, en Jerusalén. Sólo frenó su rabia destructora por temor a represalias sobre las mezquitas construidas en tierra cristiana[51].

Bréhier, en su tesis de un protectorado bizantino sobre Tierra Santa, se apoya en un historiador árabe del siglo XI Yahia, de Antioquía. Éste relata que en 1012 un jefe beduino se levantó contra el califa Alhakem, se apoderó de Siria, obligó a los cristianos a restablecer la iglesia de la Resurrección, nombró patriarca de Jerusalén a un obispo elegido por él, «le ayudó a reconstruir *la iglesia de la Resurrección* y restauró muchos lugares en la medida de lo posible»[52]. Rosen, interpretando ese texto, observa que el beduino obró así «probablemente para ganarse las buenas gracias del emperador griego»[53]. Bréhier se funda en Rosen al aplicar su hipótesis al texto de Yahia. En tales condiciones, encontramos imposible afirmar el buen fundamento de la teoría de Bréhier con tanta certeza como su autor[54].

De todos modos aquél no era sino el principio de la restauración de los Santos Lugares. A la muerte de Alhakem (1021) se inauguró una era de tolerancia con los cristianos. Se convino un acuerdo entre Bizancio y los fatimitas, y los emperadores pudieron reconstruir la *iglesia de la Resurrección*. Los trabajos concluyeron a mediados del siglo XI, reinando Constantino Monómaco. El barrio cristiano quedó rodeado de una recia muralla. Los peregrinos obtuvieron de nuevo libre acceso a Tierra Santa. Las fuentes indican, entre otros personajes célebres, a Roberto el Diablo, duque de Normandía, que murió en Nicea, de regreso de Palestina, en 1035[55]. Acaso hacia la misma época, sobre 1030, llegase a Jerusalén el célebre Haraldo Hardrada[56].

Pero pronto se reanudaron las vejaciones contra los cristianos. En 1056 fue cerrado el Santo Sepulcro y se

expulsó de Jerusalén a más de 300 cristianos[57].

A lo que parece, la iglesia de la Resurrección fue restaurada con toda la oportuna magnificencia, como se desprende, por ejemplo, del testimonio de un peregrino ruso, el higúmeno Daniel, que visitó Palestina a comienzos del siglo XII, es decir, al principio de la fundación del reino de Jerusalén, establecido en 1099, después de la primera Cruzada. Daniel enumera las columnas de la iglesia, habla de un pavimento ornado de mármoles, nos informa de la existencia de diez puertas y da interesantes detalles sobre los mosaicos. Hallamos en él noticias sobre varias iglesias y objetos sacros, así como sobre lugares santos de Palestina mencionados en el Nuevo Testamento[58].

Según palabras de Daniel y también de su contemporáneo el peregrino anglosajón Saewulf, los «sarracenos eran belicosos, porque se ocultaban en montes y cavernas y a veces atacaban de improviso, para robarles, a los peregrinos que pasaban por los caminos».

La tolerancia musulmana con los cristianos se manifestaba de igual modo en Occidente. Cuando, a fines del siglo XI, los españoles reconquistaron Toledo, hallaron, con gran extrañeza, iglesias cristianas en la ciudad. Aquellas iglesias habían subsistido intactas y los Oficios se celebraban en ellas regularmente. Hacia la expiración del mismo siglo, al conquistar Sicilia los normandos, encontraron allí muchos cristianos que practicaban con libertad su religión, aunque la dominación árabe se remontaba a doscientos años ya.

Por eso impresionó dolorosamente al Occidente cristiano la destrucción de la iglesia de la Resurrección y del Gólgota en 1009. Otro acontecimiento grave en semejante sentido se produjo en la segunda mitad del siglo XI.

Ya sabemos que los turcos selyúcidas, al adquirir poder

en el siglo x, fundaron, algunos años después de la derrota causada a los bizantinos en Mantzikiert (1071), el sultanato de Rum o Iconium, en Asia Menor, extendiéndose en todas direcciones. El general turco Atzig marchó sobre Palestina y se adueñó de Jerusalén. A poco la ciudad se sublevó y Atzig hubo de cercarla de nuevo. Al recuperar los turcos Jerusalén, causaron en ella terribles depredaciones. A continuación tomaron Antioquía. en Siria, se establecieron en Nicea, en Cízico y en Esmirna (Asia Menor), mientras en el Egeo ocupaban las islas de Quío, Lesbos, Samos y Rodas. La situación de los peregrinos europeos que iban a Jerusalén y a otros lugares, empeoró. Aun admitiendo que las vejaciones y persecuciones infligidas por los turcos a los cristianos hayan sido exageradas por muchos historiadores, parece difícil adherirse a la opinión de W. Ramsay, quien habla de la blandura de los turcos con los cristianos y escribe:

> «Los sultanes selyúcidas gobernaron con dulzura y tolerancia. Los mismos historiadores bizantinos, tan parciales, hacen algunas alusiones a la predilección varias veces manifestada hacia los turcos por los cristianos, quienes a menudo preferían el gobierno de los sultanes al yugo de los emperadores. Los cristianos sometidos al yugo selyúcida fueron más felices que los de Bizancio, y los más miserables de todos fueron los bizantinos de las fronteras, expuestos a continuas invasiones. En cuanto a persecución religiosa, no hay traza de ella en el período selyúcida»[59].

De manera que la destrucción del templo de la Resurrección en 1009 y la toma de Jerusalén por los turcos en la octava década del siglo xi fueron los dos hechos esenciales que obraron profundamente sobre los

sentimientos religiosos de las masas en la Europa occidental, suscitando en ellas un potente impulso de entusiasmo religioso. Muchos europeos comprendieron que si Bizancio caía bajo el ataque turco, todo el Occidente cristiano corría grandísimo peligro. Un historiador francés dice al propósito:

> «Después de tantos siglos de terror y devastación, ¿iba el mundo mediterráneo a sucumbir de nuevo al asalto de los bárbaros? Tal era la angustiosa pregunta que se planteó hacia 1075. La Europa occidental, lentamente reconstituida en el curso del siglo XI, se encargó de responder. Al ataque en masa de los turcos contestó con la primera Cruzada»[60].

Pero los emperadores bizantinos comprendieron mejor que nadie la inminencia del peligro dimanado del creciente poderío del poder de los turcos. A partir de la derrota de Mantzikiert reconocieron que no podían defenderse solos contra el ímpetu arrollador de los selyúcidas. Volvieron, pues, las miradas a Occidente, y sobre todo al Papa, quien, como jefe espiritual de la Europa de Occidente, podía, con su influjo, obligar a los pueblos occidentales a socorrer a Bizancio según sus fuerzas. A veces, como ya vimos en el caso de la carta de Alejo Comneno a Roberto de Flandes, los emperadores también se dirigían individualmente a los príncipes seglares de Occidente. Pero Alejo pensaba sólo en tropas auxiliares y no en ejércitos poderosos y bien organizados.

Los papas acogieron muy favorablemente las demandas de los basileos orientales. Aparte el aspecto puramente ideal —la ayuda a Bizancio y a la vez al mundo cristiano, y la liberación de los Santos Lugares—, los papas, como era natural, miraban también los intereses de la Iglesia católica,

ya que, en caso de triunfar la empresa, los pontífices debían esperar ver acrecida su influencia en Oriente y acaso lograr volver la Iglesia oriental al seno de la católica. Los papas no podían olvidar el cisma religioso del 1084. La idea que los emperadores bizantinos albergaron al principio —no recibir de Occidente sino destacamentos *auxiliares de mercenarios*—, se modificó fuera de Bizancio progresivamente, en gran parte merced a la predicación pontifical, y así se llegó a la idea de una Cruzada de la Europa occidental en Oriente, es decir, de un movimiento de masas de los pueblos occidentales dirigidos por sus soberanos y al mando de jefes militares distinguidos.

En la segunda mitad del siglo XIX los eruditos creían aún que la primera idea de Cruzada había sido emitida y la primera exhortación lanzada a fines del siglo X por el célebre Gerberto, más tarde Papa con el nombre de Silvestre II. Pero hoy los mejores especialistas de la cuestión —el francés Havet y el ruso N. Bubnov—, ven en la epístola de «la iglesia de Jerusalén, arruinada, a la Iglesia universal» —escrito que se halla en la colección de cartas de Gerberto y donde la iglesia de Jerusalén se dirige a la universal pidiendo ayuda a su munificencia—, por una parte un documento auténtico de Gerberto, escrito por éste antes de ser Papa (en lo que contradicen a los sabios que juzgan ese mensaje una falsificación posterior), y por otra, no un proyecto de Cruzada, sino una simple carta circular dirigida a los fieles estimulándoles a enviar limosnas para lo conservación de los establecimientos cristianos de Jerusalén[61]. A fines del siglo X., además, la situación de los cristianos en Palestina no era tan grave que pudiese motivar una Cruzada.

Ya antes de la época de los Comnenos, el emperador Miguel VIII Ducas, ante la inminencia del peligro selyúcida y

pecheneque, había dirigido una carta al Papa Gregorio VII pidiéndole socorro y prometiéndole a cambio la unión de las Iglesias. El Papa envió muchos mensajes sugiriendo a las potencias que enviasen ayuda al amenazado Imperio. En la carta pontificia al duque de Borgoña se lee:

> «Esperamos que… después de la sumisión de los normandos pasemos a Constantinopla para prestar ayuda a los cristianos que, sufriendo frecuentes "mordeduras" de los sarracenos, nos piden vivamente que les tendamos una mano socorredora»[62].

En otra misiva, Gregorio VII menciona «la suerte miserable de tan gran Imperio»[63]. En su carta a Enrique IV, emperador de Alemania, el Papa escribe: «Gran parte de los cristianos de ultramar está en camino de ser aniquilada por los paganos en una serie de inauditas derrotas. Diariamente son muertos como reses, y la raza cristiana está en vías de ser exterminada». Pide luego socorro «para que la fe cristiana no perezca definitivamente en nuestra época». Obedeciendo a la sugestión del Papa, los italianos y otros europeos (*ultramontani*) preparaban un ejército de más de cincuenta mil hombres que se proponían marchar, dirigidos por el Papa, contra los enemigos de Dios, llegando hasta la tumba de Cristo. «Lo que más me decide todavía a esta resolución, es que la Iglesia de Constantinopla, que está en desacuerdo con nosotros sobre la cuestión del Espíritu Santo, desea un entendimiento con la Iglesia apostólica»[64]. En estos mensajes se advierte que no se trata sólo de una Cruzada para liberar Tierra Santa. Gregorio VII diseña el plan de una expedición a Constantinopla a fin de salvar a Bizancio, piedra fundamental del cristianismo en Oriente. El socorro procurado por el Papa tendría como recompensa la unión de las dos Iglesias, es decir, el retorno de la Iglesia cismática de Oriente al seno de la católica, conduciendo

espiritualmente como consecuencia, ambas iglesias. Leyendo esos escritos se recibe la impresión de que se trata más de defender Constantinopla que de reconquistar Tierra Santa, tanto más cuanto que dichos documentos fueron redactados antes de 1078, fecha en que Jerusalén pasó a manos turcas y la situación de los cristianos de Palestina empeoró. Así, cabe suponer que en los proyectos de Gregorio VII la guerra santa contra el islamismo pasaba a segundo plano y que el Papa, al armar al cristianismo occidental para la lucha contra el Oriente musulmán, pensaba, sobre todo, en el Oriente cismático. Esta cismaticidad era para Gregorio VII más terrible que el islamismo. En una carta en que habla de los territorios ocupados por los moros de España, el Papa dice francamente que preferiría dejar esos lugares en manos de los infieles antes que verlos caer en manos de los «hijos insumisos de la Iglesia»[65]. Si han de considerarse las cartas de Gregorio VII como el primer proyecto de Cruzada, debe a la vez notarse el vínculo que hay entre tal proyecto y el cisma de 1054.

Como Miguel VII, Alejo Comneno, bajo el influjo de los terribles sucesos 1091, se dirigió al Occidente pidiendo la ayuda de destacamentos de mercenarios. Pero ya vimos antes que la intervención de los pulianos y la muerte violenta del turco Tzachas apartaron de la capital el inminente peligro que la amenazaba. Por tanto, en 1093 aquellos elementos occidentales de ayuda eran, a juicio de Alejo, inútiles para Bizancio.

Pero el movimiento provocado en Occidente por Gregorio VII había adquirido grandes proporciones, merced sobre todo al activo Urbano II, hombre lleno de fe. Ya no se trataba de los modestos auxiliares pedidos por Alejo Comneno, sino de un movimiento de masas, conducidos por militares organizados y profesionales.

A partir de H. Sybel (1841), la ciencia histórica asigna a las Cruzadas, como causas principales desde el punto de vista occidental[66] los fenómenos siguientes:

1.º Es estado de ánimo religioso característico de la Edad Media y fortalecido en el siglo XI merced al movimiento de Cluny. Se notaba, en efecto, en la sociedad, abrumada por la consciencia del pecado, una tendencia clara al ascetismo, a la vida eremítica, a las gestas morales, a las peregrinaciones. La teología y la filosofía se hallaban bajo aquellos influjos. Este estado de ánimo fue el que levantó a las gentes, incitándolas a la reconquista del Santo Sepulcro.

2.º El crecimiento del poderío pontifical en el siglo XI, bajo Gregorio VII, cuyas ideas sobre la Cruzada conocemos ya. El Papado veía en las Cruzadas un modo de ensanchar sus horizontes. De triunfar la empresa de que los Papas serían instigadores y jefes espirituales, la influencia papal se extendería sobre nuevos países, y hasta se podría hacer volver a los cismáticos al seno del catolicismo. Las aspiraciones ideales de los Papas, sus esfuerzos para socorrer a los cristianos de Oriente y liberar Tierra Santa, se combinaban así con su deseo de aumentar el poder y la influencia pontificios.

3.º Los intereses profanos y laicos desempeñaron también un importante papel en las diferentes clases sociales. La nobleza feudal, los barones y caballeros que participaban en el impulso religioso general, veían a la vez en él una excelente ocasión de satisfacer su ambición y su amor de los combates, así como un medio de aumentar sus recursos. Los campesinos, oprimidos por el peso de las cargas feudales y arrastrados por el sentimiento religioso, veían en la Cruzada una liberación momentánea que les eximía de las abrumadoras obligaciones de feudo, les

dispensaba del pago de sus deudas, les garantizaba la seguridad de sus familias y de sus pecados, que serían perdonados por su actuación en la empresa de la liberalización de los Santos Lugares.

No obstante, con posterioridad a Sybel los historiadores han hecho resaltar otros hechos concatenados con el origen de la primera Cruzada.

En el siglo XI eran muy numerosos los peregrinos occidentales a Tierra Santa. A veces los peregrinos hacían el viaje en grupos considerables. Junto a las peregrinaciones individuales existían verdaderas expediciones a Tierra Santa. En 1026-27, setecientos peregrinos encabezados por un abad francés y llevando en sus filas numerosos caballeros normandos, visitaron Palestina. En el mismo año, Guillermo, conde de Angulema, hizo un viaje a Jerusalén en compañía de varios abades del oeste francés y muchos señores. En 1033 hubo en el Santo Sepulcro tanta abundancia de visitantes como no se viera jamás. Pero la peregrinación más famosa fue la de 1064-1065, en que participaron más de siete mil personas (ordinariamente suele decirse más de doce mil). Aquellas multitudes, conducidas por Gunther, obispo de Bamberg, partieron de Alemania, pasaron a Constantinopla, atravesaron el Asia Menor y llegaron a Jerusalén tras numerosas aventuras. Según las fuentes, «de los siete mil partidos volvieron menos de dos mil», y éstos «muy empobrecidos». El propio Gunther murió prematuramente y fue «una de las numerosas vidas perdidas en la aventura»[67].

A propósito de esas peregrinaciones pacíficas anteriores a las Cruzadas, se ha formulado la pregunta de si no podría considerarse el siglo XI como un período de transición entre dichas peregrinaciones pacíficas y las expediciones militares de la época de las Cruzadas. Muchos eruditos se han

esforzado en probar que, al ocupar Palestina los turcos, los grupos de peregrinos comenzaron a viajar armados para defenderse de posibles agresiones. Pero hoy ha quedado admitido que las más de las peregrinaciones del siglo XI fueron hechas por hombres no armados y por tanto la opinión arriba expresaba es muy discutida[68]. Desde luego, algunos de los caballeros que emprendían la peregrinación iban con armas, pero «aunque algunos de ellos llevasen cota de mallas, no por eso dejaban de ser peregrinos pacíficos»[69] y no cruzados. No obstante, desempeñaron considerable papel en la historia del origen de las Cruzadas, porque informaron al Occidente de Europa de la situación de Tierra Santa, suscitando primero y manteniendo después el interés por ella[70]. Todas las expediciones peregrinativas de que hemos hablado fueron anteriores a la conquista de Palestina por los turcos. Pero estudiando aquellas expediciones en detalle, hallamos que los peregrinos resultaron a veces maltratados por los árabes mucho antes de la ocupación selyúcida[71], de modo que la teoría según la cual «mientras los árabes ocuparon Jerusalén los peregrinos cristianos de Europa no fueron inquietados»[72], debe considerarse afirmativa en exceso.

No poseemos informe alguno sobre las peregrinaciones bizantinas a Tierra Santa en el siglo XI. El monje bizantino Epifanio, autor del primer itinerario griego de Tierra Santa, describió Palestina en la época precedente a las Cruzadas, pero no se sabe con exactitud en qué época vivió. Los historiadores difieren en sus apreciaciones, dando fechas del siglo VIII al XI[73].

Si de Oriente pasamos a Occidente, vemos que el siglo XI había asistido ya, con anterioridad a la primera Cruzada, a otras Cruzadas auténticas: las guerras de España contra los

moros, la conquista de Sicilia y Apulia por los normandos y la conquista de Inglaterra por otros normandos (1066).

Además, en el mismo siglo XI nótase en toda Italia un movimiento político y económico digno de mención y que tuvo su centro en Venecia. La pacificación del litoral del Adriático había consolidado el poder marítimo de la república veneciana. La famosa carta de 1085, concedida por Alejo Comneno, abrió a los mercaderes venecianos los mercados bizantinos. «Desde ese día comenzó el comercio universal de Venecia»[74], ciudad que, como otras italianas, no vaciló en traficar con puertos musulmanes. Génova y Pisa, que en el siglo X y principios del siglo XI habían sufrido frecuentes ataques de los piratas musulmanes, emprendieron (1015-1016) una expedición contra los muslimes de Cerdeña, apoderándose de esta isla y de Córcega. Las naves de aquellas dos ciudades actuaron en las costas del litoral africano y en 1087, a exhortaciones del Papa, tentaron un golpe de mano contra Mehdia, ciudad de la costa septentrional de África. Esas expediciones contra los infieles no sólo se debían a entusiasmo religioso y ánimo aventurero, sino también a motivos económicos. En todo caso, parece poco probable que los genoveses hicieran un comercio importante con Levante antes de la primera Cruzada[75].

Debe notarse también como uno de los hechos que afectan a la historia del origen de las Cruzadas el aumento de población que comenzó a señalarse en ciertos países hacia el siglo XI. Nos consta que la población de Flandes y Francia creció bastante por entonces. De manera que el movimiento de masas de fines del siglo XI puede considerarse en cierto sentido como una especie de expansión colonial medieval para algunos países del occidente de Europa, sobre

todo Francia.

Además, el siglo XI fue para Francia una época de hambres frecuentes, sequías, epidemias desastrosas y rigurosos inviernos. Estas difíciles condiciones de vida hicieron pensar a los franceses en tierras prósperas y lejanas.

Considerando todos estos factores, llegamos a la conclusión de que a fines del siglo XI Europa estaba moral y económicamente dispuesta a una empresa de Cruzada en gran escala.

La situación general de que motivó la primera Cruzada era distinta en absoluto a la que precedió a la segunda. Los cincuenta y un años transcurridos entre 1086 y 1147 constituyeron una de las épocas más importantes de la historia general. En esos años, el aspecto económico y religioso, y en general la civilización de Europa, cambiaron radicalmente. Para la Europa occidental se abrió un mundo nuevo. Las Cruzadas siguientes no añadieron nada a lo conseguido en aquel período, limitándose a desarrollar los procesos creados en los cincuenta y un años transcurridos. Es verdaderamente extraño que un historiador italiano haya podido calificar a las primeras Cruzadas de «*locuras estériles*» (*sterili insanie*)[76].

La primera Cruzada es la primera ofensiva organizada del mundo occidental contra los infieles. Esa ofensiva no se limitó a la Europa central, a Italia y Bizancio, sino que empezó en el extremo suroeste de Europa, en España, prolongándose hasta las infinitas estepas de Rusia.

Respecto a España, los condes, obispos, «vicecomités» y otros nobles y poderosos personajes recibieron en 1088 una carta del Papa Urbano II autorizándoles a no marchar a Jerusalén, y a permanecer en su país para restaurar las

iglesias cristianas destruidas por los moros[77]. España, pues, fue el ala derecha de la Cruzada.

Al nordeste, Rusia se defendía desesperadamente contra las hordas bárbaras de los polianos o kumanes, que aparecieron en las estepas meridionales del siglo XI, devastaron el país y aniquilaron el comercio al ocupar todas las vías que llevaban desde Rusia al sur y al este. El historiador ruso Kluchevski escribe al respecto: «Esta lucha ruso-poliana —lucha que duró casi dos siglos—, pertenece a la historia europea. Mientras Occidente empeñaba las Cruzadas contra las fuerzas asiático-orientales y en la Península Ibérica se sostenía un movimiento análogo contra los moros, los rusos cubrían el flanco izquierdo de Europa. Tal servicio les costó caro, ya que hubieron de abandonar los lugares que ocupaban hacía mucho en la cuenca del Dniéper. Pero toda la vida de Rusia cambió»[78]. Rusia, en efecto, participó a su manera en el movimiento general cruzado de la Europa occidental, puesto que al defenderse defendía a Europa contra los bárbaros infieles. «Si los rusos hubiesen pensado en cruzarse —dice B. Leib—, habría sido cosa de recordarles que su primer deber era defender la Cristiandad defendiendo su propio país, como los Papas escribían a los españoles»[79].

Los reinos escandinavos participaron igualmente en la primera Cruzada, si bien aportaron al ejército principal bandas poco numerosas. En 1097, Svein, noble danés, llevó un destacamento cruzado a Palestina. No parece que hubiera gran entusiasmo religioso en aquellos países del Norte, y cabe suponer que la mayoría de los cruzados escandinavos obraron menos por celo cristiano que por amor de la guerra, la aventura, la ganancia y la gloria[80].

En el Cáucaso había dos países cristianos: Armenia y

Georgia. Pero, tras la derrota de Mantzikiert, en 1071, Armenia había caído en poder de los turcos, de modo que no cabía que los armenios del Cáucaso participasen en la primera Cruzada. Y los selyúcidas se habían apoderado de Georgia en el siglo XI. Sólo después de la toma de Jerusalén por los cruzados, en 1099, el rey de Georgia, David el Restaurador, expulsó a los turcos (hacia el 1100). Con frase de una crónica georgiana, luego de «que un ejército franco se hubo puesto en marcha y, con la asistencia de Dios, tomó Jerusalén y Antioquía, Georgia fue libre otra vez y David volvióse poderoso»[81].

En 1095, el Papa convocó en Piacenza un concilio a fin de resolver ciertas dificultades y discutir determinadas reformas. Dirigióse a la ciudad una embajada de Alejo Comneno en demanda de ayuda. Este hecho ha sido negado por otros historiadores, pero recientemente los que han estudiado el problema han llegado a la conclusión de que realmente Alejo envío aquella embajada[82].

Pero ése no fue el «*factor decisivo*» que motivó la Cruzada, según creía Sybel[83]. Alejo seguía pidiendo los mismos socorros que antes. No pensaba en ejércitos cruzados ni deseaba Cruzada. Sólo quería mercenarios para combatir a los turcos que avanzaban peligrosamente por Asia Menor. Hacia 1095, Kilidy-Arslan había sido elegido sultán en Nicea. «Hizo acudir a las mujeres e hijos de los hombres que estaban entonces en Nicea, ordenóles vivir allí e hizo de aquella ciudad la residencia de los sultanes». O sea, que convirtió a Nicea en su capital[84].

Ante esos éxitos turcos, Alejo hubo de pedir ayuda en Piacenza, pero una Cruzada a Tierra Santa no entraba en su intención. Sólo quería socorros contra los turcos. Su solicitud fue favorablemente acogida. Por desgracia,

poseemos muy pocos informes sobre ese episodio. «Las relaciones de Oriente y Occidente, desde el concilio de Piacenza hasta la llegada de los Cruzados al Imperio bizantino están veladas por tinieblas»[85].

En noviembre de 1095 se reunió en Clermont (Auvernia) el famoso concilio de ese nombre. Tanta gente acudió, que no se hallaba lugar para toda. La multitud se instaló al aire libre. Al finalizar el concilio —que se había ocupado de las más graves cuestiones de la época—, Urbano II dirigió al gentío una ardorosa arenga, cuyos términos originales no nos han llegado. Algunos miembros del concilio que transcribieron de memoria ese discurso, dan de él versiones muy diferentes[86]. Después de pintar con calor las persecuciones de los cristianos en Tierra Santa, el Papa invitó a la multitud a tomar las armas para liberar el Santo Sepulcro y a los cristianos de Oriente. Entre gritos de «¡Dios lo quiere!» (*Deus lo volt*), la entusiasmada muchedumbre aclamó al Papa. A propuesta de este último, los futuros cruzados adoptaron por emblema una cruz roja que debía llevarse en el lado derecho. De esto provino el nombre de cruzados. Se prometió a los que participaran en la Cruzada la remisión de sus culpas. Les fueron anuladas sus deudas. Sus bienes quedaban bajo la protección de la Iglesia. No se forzaba a nadie, pero el voto de los cruzados considerábase irrevocable; el violarlo hacía incurrir en excomunión. Desde Francia el entusiasmo se propagó a Italia, Alemania e Inglaterra. Nació un vasto movimiento encaminado a Oriente. En el concilio de Clermont no hubieran podido preverse las proporciones y verdadera importancia de aquel impulso.

El movimiento que, un año después, tomó la forma de Cruzada, nació, pues, en el concilio de Clermont y fue obra personal de Urbano II. Pero para conseguir la ejecución de

esta empresa el Papa halló condiciones favorables en la vida de la segunda mitad del siglo XI y no sólo en la situación religiosa, sino también en el estado de las cosas en lo político y lo económico.

La primera Cruzada, de hecho, se decidió en Clermont. La noticia de lo acordado representó para Alejo una desconcertante sorpresa, porque no esperaba ni quería tal género de socorros. Al llamar mercenarios occidentales, lo hacía para defender su Estado. La liberación de los Santos Lugares, no pertenecientes a su Imperio hacía cuatro siglos, parecíale secundaria.

Para Bizancio, el problema de la Cruzada no existía en el siglo XI. Ni las masas ni el emperador sentían un profundo entusiasmo religioso, y no había en el Imperio quien predicase Cruzada. La cuestión, a juicio de Bizancio, era política, y consistía en salvar las fronteras orientales y septentrionales. Tal problema no tenía relación alguna con la remota Cruzada a Tierra Santa. El Imperio oriental había realizado sus «cruzadas» propias, tales como las brillantes expediciones de Heraclio contra Persia en el siglo VII, ocasión en que los Santos Lugares y la Santa Cruz habían sido recuperados por el Imperio. Luego habían existido las victoriosas expediciones de Nicéforo Focas, Juan Tzimisces y Basilio II contra los árabes de Siria, ocasión en que los emperadores formaron el definido plan de recuperar Jerusalén. El plan no se realizó y Bizancio, bajó la presión de los éxitos obtenidos por los turcos en el Asia Menor durante el siglo XI, había abandonado la esperanza de reconquistar los Santos Lugares. Para Bizancio el problema palestino en aquella época era abstracto y no ligado a los intereses vitales del Imperio. En 1090-91, hallándose Bizancio a un paso de la ruina, Alejo había pedido refuerzos de auxiliares a

Occidente, Y se le contestaba con el envío de los cruzados. En las *Musas* de Alejo, escritas en versos yámbicos y que se suponen ser una especie de testamento político dedicado a su hijo y sucesor Juan, se leen estas interesantes observaciones a propósito de la primera Cruzada: «¿No recuerdas lo que me ocurrió? Del movimiento del Occidente hacía este país había de resultar un rebajamiento de la alta sublimidad de la Nueva Roma y de la dignidad del trono. Así, hijo mío, es menester pensar en acumularlo bastante para llenar las abiertas bocas de los bárbaros, que respiran odio contra nosotros, para el caso de que se levantase en contra nuestra un ejército numeroso que, en su irritación, lanzaría centellas contra nosotros, a la vez que una gran cantidad de enemigos cercaría nuestra ciudad»[87].

Podemos cotejar con ese fragmento de Alejo el siguiente pasaje, igualmente relativo a la primera Cruzada, de la *Alexiada* de Ana Comnena: «Hubo un levantamiento de hombres y mujeres como no lo había habido jamás en memoria de hombre. Los sencillos de espíritu estaban impulsados por el deseo sincero de adorar el sepulcro de Nuestro Señor y visitar los Santos Lugares, pero los más astutos, sobre todo los hombres como Boemundo y otros de ánimo semejante, tenían otras secretas razones, tales como la esperanza de apoderarse, en el curso de su viaje, de la misma capital, después de encontrar un pretexto para ello»[88].

Estos pasajes nos muestran claramente la actitud de Bizancio ante los cruzados y la misma Cruzada. Para Alejo, los cruzados eran tan bárbaros como los turcos y pecheneques que amenazaban el Imperio. Ana Comnena indicaba de pasada las personas «sencillas» que deseaban visitar la Tierra Santa y se unían a los cruzados. La idea de una Cruzada era absolutamente extraña a la mentalidad

bizantina del siglo XI. En los espíritu de los dirigentes sólo dominaba un propósito: alejar el inminente peligro turco que amenazaba por el este y el norte. De modo que la primera Cruzada fue una empresa exclusivamente occidental, que tuvo ciertas relaciones con Bizancio en el aspecto político. Cierto que el Imperio proporcionó a los cruzados algunas tropas, pero éstas no rebasaron el Asia Menor. Bizancio no participó en la conquista de Siria y Palestina.

En la primavera del año 1096, después de la predicación de Pedro el Ermitaño —al que una leyenda histórica, rechazada hoy, atribuía la iniciativa del movimiento cruzado —, se reunió en Francia una multitud inmensa, compuesta en su mayoría de hidalgos, gente común y desamparados vagabundos, acompañados de sus hijos y mujeres y casi sin armas. Aquel grupo entusiasta atravesó Alemania, Hungría y Bulgaria, camino de Constantinopla. Tan burdo ejército, conducido por Pedro de Amiens y otro predicador, Gualterio el Pobre, desconocía qué países atravesaba y, no hallándose habituado a la obediencia ni al orden, saqueaba y arruinaba los lugares, sin ningún tipo de escrúpulos por donde pasaban. Alejo Comneno conoció con disgusto la llegada de los cruzados, disgusto que se le convirtió en viva inquietud al saber las ruinas y depredaciones ejecutadas por aquella hueste a su paso. Al aparecer ante Constantinopla e instalarse en los límites de la ciudad, los cruzados, según su costumbre, se entregaron al pillaje, provocando estupor y desaliento de los vasallos del Imperio, que los habían recibido esperanzados como *hermanos en la fe,* que acudían a socorrerlos en los momentos de incertidumbre social que se vivían. El emperador, alarmadísimo, se apresuró a hacerles pasar al Asia Menor, donde, en las cercanías de Nicea, fueron exterminados casi todos por los turcos con la mayor

facilidad. Pedro el Ermitaño había vuelto a Constantinopla antes de la catástrofe definitiva.

El episodio de Pedro y sus deplorables bandas sirvió de introducción a la primera Cruzada. La desfavorable impresión causada en Bizancio por aquellos mercenarios, persistió en las escaladas bélicas que sucedieron. A su vez, los turcos, tan fácilmente victoriosos de las inexpertas masas de Pedro el Ermitaño, se persuadieron de que conseguirían análogos triunfos sobre los demás cruzados.

En el verano de 1096 comenzó en Occidente la Cruzada de los condes, duques y príncipes, es decir, la reunión de un verdadero ejército.

Ningún soberano occidental participó en la expedición. El emperador de Alemania, Enrique IV, estaba absorbido en la cuestión de las investiduras. Felipe I, rey de Francia, hallábase excomulgado por haberse divorciado de su mujer legítima para casarse con otra. Guillermo el Rojo de Inglaterra, se encontraba empeñado, a causa de su tiránico gobierno, en luchas con sus vasallos. con la Iglesia y con el pueblo y retenía con dificultad el poder en sus manos.

Entre los jefes del ejército de los cruzados figuraba Godofredo de Bouillon, duque de la Lorena Baja, a quien una leyenda posterior ha revestido de características tan religiosas, que resulta arduo discernir sus rasgos verdaderos[89]. De hecho era soldado valiente y capaz y hombre de espíritu religioso, aparte lo cual contaba indemnizarse en la Cruzada de las pérdidas padecidas en sus posesiones europeas. Le acompañaban sus dos hermanos, uno de los cuales, Balduino, había de ser más tarde rey de Jerusalen. Godofredo mandaba el ejército lorenés. Roberto, duque de Normandía, hijo de Guillermo el Conquistador y hermano del rey de Inglaterra, participó en la expedición,

pero no por ideales religiosos o móviles caballerescos, sino por hallarse descontento del secundario papel que desempeñaba en su ducado, el cual, antes de partir, empeñó al rey de Inglaterra. Hugo de Vermandoís, hermano del rey de Francia, hombre ambicioso y que buscaba gloria y nuevos bienes, gozaba de mucha consideración entre los Cruzados. También iba con éstos el rudo e irascible Roberto el Frisón, conde de Flandes e hijo del Roberto de Flandes que ya conocemos. El Frisón recibió en la cruzada, por sus hazañas, el sobrenombre de «*Hierosilimitano*»[90]. Estos tres personajes mandaban tres ejércitos: Hugo de Vermandoís las tropas francesas del centro; Roberto de Normandía y Roberto el Frisón dos ejércitos franceses del norte. Las tropas francesas del Mediodía, o provenzales, iban a las órdenes de Raimundo, conde de Tolosa, célebre por sus proezas contra los moros de España y que, sobre ser un jefe militar talentoso, tenía mucho celo por la religión. Boemundo de Tárenlo, hijo de Roberto Guiscardo, y su sobrino Tancredo, mandaban el ejército normando de la Italia del sur y acudían movidos, no por ideales religiosos, sino por la esperanza de arreglar, si se presentaba ocasión, antiguas cuentas con Bizancio, de cuyo Imperio eran encarnizados enemigos. Sin duda Boemundo había fijado ya su elección en la región de Antioquía[91]. Los normandos llevaron a la Cruzada un elemento puramente político y profano en oposición a la idea inicial del movimiento. Las fuerzas de Boemundo eran las mejor preparadas para la expedición, «porque comprendían muchos hombres que habían estado ya en contacto con los sarracenos en Sicilia y con los griegos en la Italia meridional»[92]. Cada ejército de cruzados perseguía fines propios y no había plan general ni mando central supremo. En esta primera Cruzada el papel principal correspondió a los franceses.

Parte del ejército cruzado se dirigió a Constantinopla por tierra, mientras otra parte lo hacía por mar. En el camino, los cruzados, como antes las turbas de Pedro el Ermitaño, cometieron toda suerte de violencias en las regiones que atravesaban. Teofilacto, arzobispo de Bulgaria, contemporáneo y testigo del paso de los cruzados, explicando en una carta las causas de su silencio, lo imputa a los cruzados y dice:

> «Mis labios están sellados. Primero, el paso de los francos o su invasión, pues no sé cómo calificarlo, nos ha sorprendido y afectado de tal modo que hemos perdido la consciencia de nosotros mismos. Hemos bebido hasta las heces la copa amarga de la invasión… Hechos a los ultrajes de los francos, soportamos más fácilmente a los malhechores, porque el tiempo es el mejor de los maestros»[93].

Alejo Comneno debió experimentar una natural desconfianza ante tales defensores de la causa divina. No teniendo necesidad de socorro en aquel instante, el emperador veía con irritación e inquietud cómo los ejércitos cruzados se acercaban por todas partes a su capital. El número de los expedicionarios no guardaba proporción alguna con los modestos destacamentos pedidos por el emperador a Occidente. Las acusaciones de perfidia y deslealtad dirigida por los antiguos historiadores contra Alejo y los griegos suelen rechazarse ahora, en especial cuando se estudian los pillajes, depredaciones e incendios cometidos por los cruzados en su expedición. También debe prescindirse del retrato antihistórico dado por Gibbon al pintar a Alejo como duro e implacable; «En estilo menos grave que el de la historia, yo quizá hubiese comparado a Alejo con el chacal, del que se dice que sigue las huellas del león y devora las restos de su comida»[94].

De cierto no era Alejo hombre para recoger humildemente lo que los cruzados le dejasen. Alejo Comneno mostróse buen estadista y comprendió el peligro que los cruzados hacían correr a su Imperio. Por lo tanto quiso, ante todo, hacer pasar en seguida al Asia Menor a tan peligrosos intrusos. En Asia podrían desarrollar la obra que les llevaba a Oriente: la lucha contra el infiel. Así se creó entre latinos y griegos una desconfianza y animosidad recíprocas. No sólo se miraban mutuamente como cismáticos, sino que eran también adversarios políticos, que más adelante debían resolver sus diferencias a mano armada. Un culto patriota griego del siglo XIX, Bikelas, escribe: «Las Cruzadas presentan un aspecto muy diferente según se las mire desde el punto de vista occidental u oriental. Para Occidente fueron noble efecto de un sentimiento religioso y el comienzo de la regeneración y la civilización, y con justeza puede la nobleza europea de hoy alabarse de ser nieta de los cruzados. Pero cuando los cristianos de Oriente vieron aquellas hordas bárbaras que devastaban y saqueaban las provincias bizantinas; cuando vieron a los que se llamaban paladines de la fe degollar a los sacerdotes de Cristo, so pretexto de que eran cismáticos, olvidaron que esas expediciones tenían primitivamente un fin religioso y un carácter cristiano»[95].

Según el mismo autor, la aparición de los cruzados «señala verdaderamente el comienzo de la decadencia del Imperio y presagia su fin»[96].

Según Chalandon, que ha estudiado especialmente el reinado de Alejo Comneno, «se podría extender en parte a todas las otras bandas (de cruzados) el severo juicio»[97] aplicado por Gibbon a los compañeros de Pedro el Ermitaño: «Los bandidos que seguían a Pedro el Ermitaño eran bestias

salvajes, sin razón y sin humanidad»[98].

Así empezó en 1096 la época de las Cruzadas, tan fecunda en múltiples y graves consecuencias tanto para Bizancio y Oriente en general como para el occidente de Europa.

Cuando todos los cruzados estuvieron en Constantinopla, Alejo Comneno, considerando a tales tropas como mercenarios auxiliares, expresó el deseo de ser reconocido como jefe de la expedición y quiso recibir juramento de vasallaje por parte de los cruzados, así como la promesa de que éstos entregarían a su soberano las regiones que conquistasen en Oriente. Los cruzados se plegaron a tal compromiso, prestando juramento y dando promesa. Por desgracia no nos ha llegado en su forma primitiva el texto del juramento de vasallaje rendido por los cruzados al emperador. Según toda probabilidad, las exigencias de Alejo no eran iguales para todas las regiones. Deseaba adquisiciones directas en las comarcas del Asia Menor perdidas por el Imperio poco antes de la derrota de Mantzikiert y que eran indispensables a la seguridad y poderío de Bizancio y de la nacionalidad griega. Respecto a Siria y Palestina, perdidas mucho antes por el Imperio, el emperador no las reivindicaba de igual modo, limitándose a exponer pretensiones de teórica soberanía[99].

Pasando al Asia Menor, los cruzados abrieron las hostilidades. En junio de 1097, Nicea se les rindió tras un largo sitio. Según el acuerdo ultimado con el emperador, debían entregarle la ciudad. La subsiguiente victoria de los cruzados en Dorilea (hoy Eskishehir) forzó a los turcos a retirarse al interior del país, abandonando la zona occidental del Asia Menor, lo que dio a Bizancio posibilidad de restaurar su poder en el litoral asiático. Venciendo los

obstáculos naturales, lo desfavorable del clima y la resistencia musulmana, los cruzados avanzaron mucho hacia el este y sudeste. Balduino de Flandes tomó la ciudad de Edessa, en la Alta Mesopotamia, fundando allí un principado que fue el primer Estado latino de Oriente y constituyó un baluarte contra las invasiones turcas partidas de Asia. Pero el ejemplo de Balduino era malo en algunos aspectos, ya que, a su imitación, podían otros barones fundar principados, lo que perjudicaría mucho al fin concreto de la expedición. Tales temores se realizaron después.

Tras un asedio largo y agotador, la plaza fuerte de Antioquía, ciudad principal de Siria, se rindió a los cruzados, dejando expedito el camino de Jerusalen. Entonces se entabló entre los jefes cristianos una enconada lucha por la posesión de Antioquía. Al fin, Boemundo de Tárenlo tomó, a ejemplo de Balduino, el título de príncipe reinante de Antioquía[100]. Ni en Edessa ni en Antioquía prestaron los cruzados juramento de vasallaje al emperador.

Con los jefes fundadores de principados quedaba el grueso de sus tropas. De: modo que sólo llegaron a Jerusalén restos ínfimos del ejército cruzado, en número de veinte a veinticinco mil hombres. Iban, al alcanzar la ciudad, en estado de agotamiento y debilidad extremos.

Por entonces, Jerusalén había pasado de las manos de los selyúcidas a las de la poderosa dinastía de los fatimitas de Egipto. Tras un sitio encarnizado, los cruzados tomaron al asalto la Ciudad Santa el 15 de julio de 1099. Tal era el final decisivo de su expedición. Los vencedores saquearon la ciudad e hicieron correr la sangre a torrentes. Los jefes se adueñaron de muchos tesoros. La mezquita de Ornar fue incorporada al patrimonio de los cruzados.

El país conquistado, que comprendía una angosta faja de

terreno a lo largo del litoral, recibió el título de Reino de Jerusalén. Eligióse rey a Godofredo de Bouillon, quien accedió a usar el título de «*Defensor del Sacro Sepulcro*». El nuevo Estado se organizó según el sistema feudal de Occidente.

La primera Cruzada, concluida con la fundación del reino de Jerusalén y de varios principados latinos en Oriente, produjo una compleja situación política. El Estado de Bizancio, aunque satisfecho del debilitamiento turco en Asia Menor y del retorno de la mayor parte de ésta al Imperio, se inquietó al ver aparecer en Antioquía, Edessa y Trípoli principados latinos que se convertían en nuevos enemigos políticos del propio Imperio. De tal modo creció progresivamente la desconfianza bizantina a aquel respecto, que en el siglo XII Bizancio atacó a sus antiguos aliados, los cruzados, no vacilando en unirse a los turcos, sus antiguos enemigos. Por su parte, los cruzados, al instalarse en sus nuevas posesiones, temían un crecimiento del Imperio en el Asia Menor —crecimiento peligroso para ellos— y llegaron también a establecer alianzas con los turcos contra los bizantinos. Este hecho muestra cómo había degenerado, ya en el siglo XI, el ideal primitivo de las Cruzadas.

No puede hablarse de ruptura abierta entre Alejo Comneno y los cruzados. El emperador, si bien, manifestando su descontento por la fundación de principados latinos donde no se le prestaba juramento de vasallaje, no se negó a ayudar a los cruzados en lo posible, como lo hizo al darles medio de volver a sus hogares los que quisieran. Pero sí surgió una ruptura entre el emperador y Boemundo de Tarento, quien había acrecido desmesuradamente su territorio, a expensas de los débiles emires turcos cercanos y del Imperio bizantino. Alejo

deseaba recuperar Antioquía, y Raimundo de Tolosa, descontento de su situación en Oriente y viendo también en Boemundo un rival peligroso, se unió al emperador. La suerte de Jerusalén tenía entonces para Alejo un interés secundario.

La lucha entre el emperador y Boemundo era inevitable. Bizancio creyó llegado el momento propicio cuando Boemundo, inopinadamente, fue apresado por el emir turco Malek Gahzi, de la dinastía de los *danischmenditas*, que habían conquistado a fines del siglo XI la Capadocia y fundado un Estado independiente al que aniquilaron, en la segunda mitad del siglo XII, los selyúcidas. Alejo entabló tratos con el emir para que éste le entregase a Boemundo a cambio de dinero, más no lo consiguió. Boemundo, rescatado por otros, volvió a Antioquía. Alegando el pacto hecho con los cruzados, Alejo exigió la entrega de Antioquía, pero Boemundo se negó a ello categóricamente.

En aquel momento (1104), los musulmanes obtuvieron una gran victoria sobre Boemundo y otros príncipes latinos en Harrar, al sur de Edessa. Aun cuando esta derrota de los cruzados hacía temer la pérdida de todas las posesiones latinas, no por ello dejó de producir a Alejo tanto contento como a los musulmanes. Uno y otros preveían con placer el inevitable debilitamiento de Boemundo. En efecto, la derrota de Harrar arruinó los planes de este jefe y le impidió crear en Oriente un Estado normando poderoso. Reconociéndose falto de fuerzas para luchar contra los musulmanes y su enemigo el emperador, parecióle inútil continuar en Oriente. Procedía juntar en Europa nuevas huestes para preparar un golpe a Constantinopla, Embarcó, pues, Boemundo para Apulia dejando en Antioquía a su sobrino Tancredo. Ana Comnena da un curioso relato, no exento de humorismo, del

viaje de Boemundo, quien —según ella— para precaverse de posibles ataques de los griegos, se fingió muerto e hizo toda la travesía metido en un ataúd[101]. La narración de Ana Comnena suena, desde luego, a pura fantasía[102].

El regreso de Boemundo a Italia fue acogido con gran entusiasmo. Las gentes, según un autor medieval, se agolpaban para contemplar a Boemundo «*como si fuesen a ver al mismo Cristo*»[103].

Tras reunir un ejército, Boemundo emprendió las hostilidades contra Bizancio. El Papa alentaba sus planes. La expedición de Boemundo contra Alejo, en frase de un historiador americano, «dejaba de ser un movimiento puramente político. Había recibido la aprobación de la Iglesia y se revestía de la dignidad de una cruzada»[104].

Las tropas de Boemundo habían sido reclutadas, en su mayor parte, en Francia e Italia, pero, según toda verosimilitud, habla también en ellas españoles, ingleses y alemanes. El plan consistía en repetir la campaña de 1081, tomar Dyrrachium y marchar sobre Constantinopla por Tesalóníca. Pero la expedición fue desafortunada para Boemundo. Derrotado en Dyrrachium (Durazzo), hubo de concluir una paz humillante con Alejo. Las cláusulas principales del tratado eran estas: Boemundo se declaraba vasallo de Alejo y de su hijo Juan; se comprometía, además, a tomar las armas contra iodos los enemigos del emperador; ofrecía restituir a Alejo todos los territorios conquistados que hubiesen pertenecido a Bizancio anteriormente; los territorios no pertenecientes a Bizancio y que Boemundo pudiera conquistar en lo sucesivo a turcos o armenios, debía considerarlos concedidos por el emperador; debía mirar a su sobrino como enemigo si se negaba a obedecer al emperador; y, en fin, el patriarca de Antioquía sería

nombrado por el emperador escogiéndolo entre personas pertenecientes a la Iglesia oriental. Así, dejaba de existir en Antioquía patriarca latino. Finalmente, Boemundo juraba por la cruz, la corona de espinas y los clavos de Cristo a cumplir el pacto[105]. Este fracaso dio fin a la borrascosa carrera de Boemundo, tan fatal en ciertos aspectos al movimiento cruzado. En los tres últimos años de su vida, Boemundo vivió obscuramente, muriendo en Apulia en 1111.

La muerte de Boemundo dificultó la situación de Alejo. Tancredo se negó a reconocer el tratado firmado por su tío y no aceptó la soberanía imperial sobre Antioquía. Alejo estudió un plan para ocupar la ciudad, pero resultó patente que el Imperio no podía emprender en aquel momento una expedición tan ardua. La muerte de Tancredo, a poco de la de Boemundo, no facilitó tampoco la expedición contra Antioquía.

Los últimos años del reinado de Alejo se señalaron por guerras sostenidas casi cada año contra los turcos del Asia Menor. Tales guerras fueron a menudo venturosas para el Imperio.

En su política exterior puede decirse que Alejo cumplió una tarea muy dificultosa. Con harta frecuencia se le ha juzgado sólo desde el punto de vista de sus relaciones con los cruzados, olvidando el conjunto de su actividad exterior. Semejante criterio es indudablemente erróneo. En una de sus cartas, el arzobispo búlgaro Teofilacto, contemporáneo de Alejo, reproduciendo la expresión de un salmo (79, 13), compara la provincia búlgara a un viñedo despojado por todos los que pasaban de camino[106]. Como justamente nota Chalandon, la analogía puede aplicarse al Imperio en la época de Alejo[107]. Todos sus vecinos procuraban aprovechar

la debilidad del Imperio para arrebatarle algún territorio. Normandos, pecheneques, selyúcidas y cruzados amenazaron Bizancio. Alejo, que había recibido un Estado flaco y turbulento, supo oponer a los enemigos la resistencia oportuna y detuvo por largo tiempo la desmembración y decadencia de Bizancio. Bajo él, las fronteras imperiales se adelantaron en Asía y en Europa. Los enemigos del Imperio hubieron de retroceder en todas partes y por tanto el gobierno alejiano señaló un progreso incontestable. Las acusaciones dirigidas tan a menudo a Alejo por su actitud ante los cruzados deben rechazarse sí se le considera como un emperador deseoso de defender los intereses de su imperio, para el cual los intrusos occidentales, sedientos de sangre y lucro, ofrecían un grave peligro. En el dominio de la política exterior, Alejo, superando todas las dificultades, mejoró la situación internacional del Imperio, ensanchó sus fronteras y detuvo de momento los avances de los enemigos que amenazaban por doquier sus fronteras.

La política de Juan II Comneno. Juan II y el occidente

El hijo y sucesor de Alejo, Juan II, fue el prototipo del emperador soldado. Pasó la mayor parte de su reinado en el ejército y en los combates. No aportó nada nuevo a la política exterior, continuando la obra empezada por su padre, quien había sentado ya la solución de todas las cuestiones que en Europa o Asia afectaban más al Imperio. Juan se propuso seguir las vías políticas señaladas por su

antecesor. Puesto que éste había contenido a los enemigos que atacaban Bizancio, su hijo se proponía «quitar a sus vecinos las provincias que habían arrancado a los griegos, y había de soñar en devolver al Imperio bizantino su esplendor antiguo»[108].

Juan II, que tenía una visión clara de la situación, se interesó poco por los asuntos europeos. Cierto que hubo de guerrear a veces en Europa, pero en luchas de tipo defensivo. Sólo al fin de su reinado los sucesos europeos —progresos alarmantes de los normandos, unión de Sicilia e Italia del sur y fundación del reino de Sicilia— adquirieron gran importancia para Bizancio. Pero el interés esencial de la política de Juan se concentró en Oriente, y sobre todo en Asia Menor.

Respecto a las relaciones de Juan con Occidente, no es superfluo notar el aumento del número de Estados occidentales con los que Bizancio debía mantener relaciones.

Ya vimos que el peligro normando había obligado a Alejo a reaproximarse a Venecia, la cual, a cambio del apoyo de su flota, obtuvo excepcionales privilegios mercantiles. Los venecianos acudían en tropel al Imperio, y especialmente a Constantinopla. Sus asuntos, prosperando por grados, hiciéronles formar en la capital una colonia numerosa y rica que pronto se caracterizó por su excepcional influencia. Poco a poco, los venecianos, olvidando que no estaban en su patria ni en país conquistado, empezaron a comportarse con arrogancia e impertinencia que provocaron hondo descontento en todos, tanto pueblo bajo como altos funcionarios y nobles. Los restringidos privilegios comerciales que Alejo concedió a Pisa no eran bastante para inquietar a los venecianos.

Mientras Alejo vivió, las relaciones entre bizantinos y

venecianos no fueron tensas en exceso. Pero al morir Alejo, cambiaron las circunstancias. Sabedor que la Apulia normanda era presa de duras luchas internas, Juan, juzgando conjurado el peligro normando, decidió romper el tratado mercantil concluido con Venecia en vida de su padre. Los venecianos, irritados, enviaron su flota al ataque de las islas bizantinas del Adriático y el Egeo. Juan, considerando imposible oponer adecuada resistencia a las naves venecianas, entabló nuevas negociaciones con la República, y al cabo el tratado de 1082 fue mantenido íntegramente. Todo ello transcurría en los primeros años del reinado de Juan II.

Pisa y Génova gozaron también bajo Juan de privilegios mercantiles, si bien no cabría compararlos con los de Venecia.

En los primeros años del reinado de Juan se resolvió en definitiva la cuestión pecheneque. Hacía treinta años que los pecheneques, aplastados por los kumanos, no inquietaban las fronteras bizantinas. Al iniciarse el reinado de Juan, los pecheneques, repuestos de su fracaso hasta cierto punto, cruzaron el Danubio e invadieron las tierras del Imperio. Pero las tropas imperiales les infligieron una derrota aniquiladora. Para conmemorar la victoria, Juan creó una «fiesta pecheneque» que, al decir de Nicetas Coniata, historiador bizantino, se «celebraba aún a fines del siglo XII»[109]. Desde la derrota causada por Juan a los pecheneques, éstos no reaparecen más en la historia exterior de Bizancio. En el interior formaban un cuerpo especial de las tropas bizantinas, a cuyo lado combatían.

Ya vimos que las aspiraciones húngaras de extenderse hacia el Adriático habían descontentado al emperador Alejo Comneno, tornando muy tirantes sus relaciones con los

magiares. Parecía que el casamiento de Juan debía mejorar aquellas relaciones. Pero, como dice el historiador ruso K. Grote, «esa unión no podía destruir la desconfianza recíproca y la rivalidad desarrolladas en el curso de los tiempos entre los dos Estados vecinos»[110]. Además de mediar la instalación de los húngaros o magiares en el litoral de Dalmacia, cosa peligrosa para Bizancio, el Imperio veía con prevención el acercamiento entre húngaros y servios. Éstos, obligados a someterse a Bizancio, a la vez que los búlgaros, a comienzos del siglo XI, bajo Basilio II Bulgaróctonos, habían comenzado a sublevarse desde mediados del mismo siglo.

Los finales del siglo XI y comienzos del XII fueron para Servia la época de su primera liberación. En el reinado de Juan hubo una aproximación más estrecha entre Hungría y Servia. La primera tendía la mano a la segunda, con miras a facilitarle la independencia. Una princesa servia casó con un príncipe magiar. De este modo se formaba, al finalizar el reinado de Juan, un nuevo bloque que amenazaba a Bizancio por el noroeste. Las operaciones militares emprendidas por Juan contra búlgaros y servios, aunque fueron muy afortunadas, no tuvieron resultados decisivos. Un panegirista anónimo de Juan loa la actividad militar de éste en la Península Balcánica, en los siguientes pomposos términos: «¡Cuan felices son nuestras campañas contra los pueblos europeos! (Juan) ha vencido a los dálmatas, llenado de espanto a escitas y nómadas, masa inorganizada de gente moradora de carros; ha teñido las aguas del Danubio de sangre abundante y múltiples ríos han sido ensangrentados por él»[111].

En los diez últimos años del reinado de Juan hubo un cambio completo de la situación en Italia del sur, la cual, tras

un período de enfrentamientos, conoció otro de poder y gloría. Roger II reunió en sus manos el sur de Italia y la isla de Sicilia y el día de Navidad del año 1130 fue solemnemente coronado rey en Palermo. Aquella reunión de territorios convertía a Roger en uno de los más poderosos soberanos de Europa. Era un golpe terrible para Bizancio. El emperador reivindicaba aún teóricamente la propiedad de Italia del sur, considerando la ocupación normanda como provisional. El restaurar la dominación bizantina en Italia había sido el sueño favorito de los emperadores del siglo XII. Que Roger asumiera el título regio se tuvo por una ofensa a la dignidad imperial. Reconocer aquel título era abandonar todo derecho sobre las provincias italianas. La súbita elevación de Roger pareció inconveniente también al emperador alemán, quien, como jefe del Imperio romano, tenía importantes intereses en Italia. Ante el peligro común, Juan II y el emperador germánico Lotario, y tras éste Conrado III de Suabia (Hohenstaufen), llegaron a un acuerdo que, más adelante, se convirtió en verdadera alianza entre ambos imperios. El fin principal de aquel pacto era destruir la potencia normanda en Italia. La alianza rindió sus principales frutos bajo Manuel I, sucesor de Juan. En cuanto a éste, aunque no pudo abatir el poderío de Roger, sí consiguió impedirle que atacase a Bizancio. Las guerras posteriores de Roger contra Manuel prueban que tales proyectos de invasión no eran ajenos al rey normando. En resumen, los aspectos más importantes de la política occidental de Juan son, de una parte, su actitud ante la fundación del reino de Sicilia, y de otra, su alianza con el imperio de Occidente.

Juan II y el oriente

En Asia Menor practicó Juan casi todos los años expediciones generalmente felices y así, en la cuarta década del siglo XII, logró devolver al Imperio territorios perdidos hacía mucho. Notando después la debilidad de las fuerzas turcas, juzgó hacedero, sin dañar los intereses del Imperio, emprender una nueva campaña en las regiones más alejadas del sudeste, para operar contra la Cilicia armenia y el principado de Antioquía.

La Armenia Menor o Pequeña Armenia había sido fundada a fines del siglo XI por refugiados procedentes de la Armenia propiamente dicha. También recibía, por el emplazamiento que ocupaba, el nombre de Cilicia armenia. Distinguíanse allí, entre otras familias principales, la de los Rubénidas, que empezaba a desempeñar un papel sobresaliente en el gobierno del país. La Armenia Menor, tras crecer a expensas de Bizancio, entró en tratos de amistad con los principados latinos, situándose así en una posición hostil al Imperio. Juan Comneno se puso entonces en campaña, resuelto a castigar a la rebelde Armenia Menor, y de paso a ocupar el principado de Antioquía, que, como vimos, no había prestado juramento de vasallaje al Imperio, negándose después a cumplir la misión acordada entre Alejo y Boemundo.

La campaña de Juan tuvo completo éxito. Cilicia fue conquistada y el príncipe armenio y sus hijos enviados a Constantinopla. El territorio bizantino, acrecentado con la Armenia Menor, rozaba las fronteras del principado de Antioquía. También en su lucha contra éste obtuvo Juan un triunfo absoluto. Antioquía, cercada, hubo de implorar la paz, en la que Juan consintió a condición de que el príncipe

antioquense reconociera la soberanía del Imperio. El príncipe recibió de manos del emperador la investidura de las tierras que el último le otorgaba y, como prueba de la sumisión de Antioquía, se desplegó el estandarte imperial en lo alto de la ciudadela. Al año siguiente el emperador volvió a Antioquía y, en su calidad de soberano, efectuó una entrada triunfal en la población, rodeado de sus hijos, cortesanos, dignatarios y numerosos soldados. Un séquito espléndido desfiló por las calles, debidamente engalanadas para el caso. Al lado del emperador cabalgaba, como escudero, el príncipe de Antioquía. Juan fue acogido a las puertas de la población por el patriarca, con todo el clero, y, acompañado por una enorme multitud, entre cantos, salmos e himnos, se dirigió primero a la iglesia y después a palacio[112].

El panegirista de Juan escribe: «(Antioquía) te recibe como al hombre que ama al Cristo, como al paladín del Señor, como al combatiente celoso que lucha contra los bárbaros, como a aquel que empuña la espada de Elías. Ella enjuga tu sudor y te abraza dulcemente. Toda la numerosa población de la ciudad desborda; todas las edades y ambos sexos están representados en esa brillante procesión. Se te otorga un gran clamor de triunfo… Los gritos son mezclados y plurilingües; aquí italianos; allá asirios… Aquí jefes; allí funcionarios, y en medio de todos tú brillas como la más brillante estrella»[113].

El emperador concibió proyectos más grandiosos todavía. A juzgar por las indicaciones que nos dan los historiadores, soñaba con restaurar la dominación bizantina en el valle del Eufrates y parece que quiso intervenir en los asuntos del reino de Jerusalén[114]. Acaso en el ánimo de Juan ello naciese de la idea de la posibilidad de ser reconocido como soberano por el rey de Jerusalén, según ya lo había

sido por el príncipe de Antioquía. Aludiendo a esos proyectos, el panegirista escribe: «¡Valor! Vosotros, los que amáis al Cristo y que sois peregrinos y extranjeros (en la tierra) a causa del Cristo (comp. c. *Hebreos*, XI, 13) no temáis nada de manos homicidas, porque el emperador que ama al Cristo las ha encadenado y ha reducido a partículas su espada injusta. Tú les has mostrado el camino de la Jerusalén terrestre y visible y te has abierto a ti mismo otro camino más divino y ancho: el de la santa y celeste Jerusalén»[115].

Pero estos planes no debían realizarse. Durante una expedición contra los turcos, en 1143, Juan, cazando en los montes de Cilicia, se hirió la mano con una flecha emponzoñada y murió de aquella herida, lejos de su capital. En su lecho de muerte designó para sucederle a Manuel, su hijo menor.

Juan había consagrado toda su vida a guerrear contra los enemigos de Bizancio y legaba a su hijo un Imperio más fuerte y mayor que el que él mismo heredara de su valeroso padre.

Su panegirista le considera superior a Aníbal y Alejandro, y escribe: «La encina céltica era poderosa y tú la has arrancado con sus raíces; el cedro ciliciano era elevado y tú, ante nosotros, lo levantaste y redujiste a briznas»[116].

La política de Manuel I Comneno. Relaciones del Imperio antes de la segunda Cruzada. La alianza de los dos imperios

Mientras Juan, en su política exterior, había atendido al Oriente sobre todo, Manuel, su hijo y sucesor, impelido por sus relaciones con los normandos y por sus simpatías personales, se inclinó hacia Occidente de un modo que debía surtir efectos desastrosos para el Imperio. El peligro selyúcida, no hallando en Manuel un adversario de peso, resurgió, potente, en la frontera oriental.

La frontera bizantina del Asia Menor estuvo, pues, casi continuamente expuesta a los ataques de los musulmanes, los cuales arruinaron, asesinaron y expulsaron a la población cristiana. Para restablecer la tranquilidad en las regiones fronterizas, Manuel I construyó o restauró numerosos puntos fortificados, en especial en les lugares por donde los turcos atacaban más frecuentemente.

No puede decirse que las campañas de Manuel contra los turcos fueran felices. En los primeros años de su reinado se alió a los *danischmenditas*, emires musulmanes de Capadocia, y abrió la ofensiva contra el sultán de Rum o Iconion. Los ejércitos imperiales llegaron hasta la ciudad principal, Iconion (Konia), pero, probablemente informadas de que el sultán recibía refuerzos, se batieron en retirada, contentándose con depredar los arrabales. De regreso, los selyúcidas les infligieron una grave derrota, que hubiera podido tener muchas consecuencias de no ser porque el anuncio de nueva Cruzada, tan amenazadora para Bizancio como para los turcos, llevó a unos y otros a firmar la paz.

La política occidental de Manuel, en los primeros años de su reinado, estuvo informada, como la de su predecesor, por la idea de una alianza con Alemania contra el peligro común de los normandos de Italia. Las negociaciones con Conrado III, interrumpidas a la muerte de Juan, se reanudaron bajo Manuel. Tratóse del casamiento de éste con Berta de

Sulzbach, cuñada del emperador de Alemania. En carta a Manuel, Conrado escribía que aquel matrimonio sería prenda «de una alianza eterna, de una amistad constante»; que el emperador de Alemania prometía ser «amigo de los amigos del emperador y enemigo de sus enemigos»[117] y que en caso de que el Imperio peligrara, él acudiría en su ayuda, no sólo enviando destacamentos de socorro, sino, en caso preciso, acudiendo en persona con todas las fuerzas del Imperio germánico. El casamiento de Manuel con dicha cuñada de Conrado, Berta de Sulzbach, que en Bizancio tomó el nombre de Irene, confirmó la alianza de los dos Imperios. Esto daba a Manuel la esperanza de desembarazarse del peligro que le amenazaba en la persona de Roger II, quien, al hallarse ante adversarios tales como los dos emperadores, no podía abrir hostilidades contra Bizancio con las posibilidades de éxito que en otro caso hubiera tenido[118].

Pero un hecho imprevisto desbarató las esperanzas de Manuel. La segunda Cruzada cambió por completo, al menos durante algún tiempo, la marcha de los asuntos bizantinos, hizo perder a Bizancio la alianza germánica y le puso en un doble peligro: el de los cruzados y el de los normandos.

Bizancio y la segunda cruzada

Tras la primera Cruzada, los soberanos cristianos de Oriente —el emperador de Bizancio, el rey de Jerusalén y los príncipes latinos de Antioquía, Edessa y Trípoli—, en vez de unirse para abatir la potencia de los musulmanes, empezaron a disputar entre sí y a mirar con desconfianza los progresos políticos de sus vecinos. La enemistad de Bizancio con Antioquía y Edessa fue particularmente desastrosa para la obra general. Aquel estado de cosas permitió a los musulmanes, debilitados por el empuje de los primeros cruzados, ocupar otra vez Mesopotamia y amenazar de nuevo las posesiones cristianas.

En 1144, Zengui, atabeg de Mossul (llamábase «atabeg» al gobernador selyúcida que se proclamaba independiente) se apoderó de improviso de Edessa.

Una crónica siria anónima, ha poco traducida al francés, relata con detalle el sitio y toma de Edessa por Zengui, Éste, según el cronista, «abandonó Edessa a los cuatro días de tomada… Los habitantes de Edessa acudieron a rescatar a mis prisioneros y la ciudad se repobló. El gobernador, Zain-ed-Din, que no era mal hombre, les trató bien»[119]. Después de la muerte de Zengui (1146), Joscelin, antiguo conde de Edessa, reconquistó la ciudad. Pero Nur-al-Din, hijo de Zengui, volvió a tomar Edessa sin gran esfuerzo, y esta vez los cristianos fueron acuchillados, los hombres y niños vendidos como esclavos y la ciudad despoblada casi del todo.

Grave golpe fue aquél para los cristianos de Oriente, porque el principado de Edessa, merced a su situación geográfica, era el bastión avanzado de los cruzados y correspondíale rechazar el primer impulso del ataque musulmán. Ni Jerusalén, ni Antioquía, ni Trípoli pudieron ayudar al príncipe de Edessa. Pero, caída esta ciudad, todos aquellos Estados latinos, y en particular el de Antioquía, se hallaron muy amenazados por los musulmanes.

La torna de Edessa produjo viva impresión en Occidente y reanimó el interés por Tierra Santa. Eugenio III, Papa entonces, no pudo ser promotor de una nueva Cruzada porque el movimiento democrático que agitaba a Roma y en el que participó con actividad el célebre Arnaldo de lirescia, creaba para el Pontífice una situación inestable. Incluso hubo de abandonar por algún tiempo la Ciudad Eterna. Parece que el verdadero instigador de la Cruzada fue Luís VII de Francia, y el predicador que puso en práctica la idea del rey fue Bernardo de Clairvaux, cuya inflamada palabra levantó toda Francia. Bernardo, pasando a Alemania después, persuadió a Conrado III de que tomase la Cruz e impelió a los alemanes a unirse a la expedición.

Pero los pueblos occidentales, decepcionados por las consecuencias de la primera Cruzada, no manifestaron el mismo entusiasmo de antes. En la asamblea de Vézelay, en Borgoña, los feudales franceses incluso se mostraran hostiles a la Cruzada y no sin trabajo pudo san Bernardo persuadirlos con su elocuencia apasionada y convincente. Merced al espíritu de Bernardo se ampliaron los proyectos iniciales de Luis, organizándose dos expediciones simultáneas a la Cruzada oriental: una contra los musulmanes que ocupaban entonces Lisboa y otra contra los eslavos paganos del norte, que dominaban los países de allende el Elba (Laba). Los historiadores juzgan severamente

el hecho de que Bernardo arrastrase a los alemanes a la Cruzada. El sabio alemán Kugler, que ha estudiado especialmente la segunda Cruzada, estima que fue «una idea infortunada en máximo grado»[120]. F. I. Uspensky la califica de «paso fatal» y «gran error de san Bernardo», y atribuye a la participación de los alemanes el fracaso de la empresa[121]. En efecto, un rasgo característico de esa nueva expedición fue la hostilidad entre franceses y alemanes, cosa que no podía contribuir al éxito.

Las noticias de la Cruzada inquietaron a Manuel, quien vio en ella un peligro para su Imperio y para su influencia sobre los príncipes latinos de Oriente, los cuales —y sobre todo el de Antioquía— al recibir refuerzos occidentales, podían desligarse de las pretensiones del emperador de Bizancio. Además, la participación de Alemania en la empresa privaba a Bizancio de las garantías subsiguientes a la alianza entre los dos Imperios. El emperador de Alemania, al abandonar por largo tiempo su país, camino de Oriente, no podía ya defender los intereses occidentales del Imperio bizantino, el cual, así, quedaba expuesto a los ambiciosos proyectos de Roger. Manuel, conocedor del peligro que habían hecho correr a Constantinopla los primeros cruzados, mandó restaurar torres y murallas. Parece que no tenía gran confianza en los lazos de parentesco y amistad que le unían a Conrado.

Según V. G. Vasilievsky, «Manuel nutría, sin duda alguna, la esperanza de ponerse a la cabeza de todo el ejército cristiano contra los enemigos del cristianismo»[122]. Ello entra en lo posible, no sólo porque Bizancio era el más interesado en la suerte de los musulmanes orientales, sino porque Manuel podía incluso alegar otros títulos. Teóricamente no había en el mundo cristiano más que un emperador, porque Conrado de Hohenstaufen no había sido

coronado en Roma por el Papa y no llevaba el título imperial.

En 1147, los jefes de la Cruzada, tras entablar diversas negociaciones, resolvieron dirigirse por tierra a Constantinopla, según hicieran ya los primeros cruzados. Conrado fue el primero en marchar hacia Hungría y Luis VII le siguió por el mismo camino. La marcha de los cruzados hacia Constantinopla se señaló por iguales violencias y devastaciones que la primera Cruzada.

Cuando los ejércitos alemanes se detuvieron ante los muros de la ciudad, Manuel esforzóse en hacerlos pasar al Asia Menor antes de la llegada de los franceses, cosa que logró no sin previas y vivas controversias con su aliado y pariente Conrado. En Asía Menor los alemanes empezaron por padecer falta de víveres y, al fin, atacados por los turcos, fueron acuchillados en masa. Sólo muy pocos lograron volver a Nicea. Ciertos historiadores atribuyen el fracaso de la expedición alemana a Manuel, e incluso le achacan intrigas con los musulmanes a fin de que éstos acometiesen a las tropas de Conrado. Algunos sabios, entre ellos Sybel, y después F. I. Uspensky, llegan a mencionar una alianza de Manuel con los selyúcidas[123]. Pero los eruditos contemporáneos (Chalandon) se inclinan a pensar que tales acusaciones contra Manuel no descansan en base sólida y no consideran al emperador responsable del fracaso de los alemanes[124].

Los franceses, llegados a los alrededores de la capital a poco de partir los alemanes, inquietaron al emperador más todavía. Luis VII, poco antes de partir, había entrado en tratos con Roger y pasado por las posesiones italianas de éste.

El emperador sospechó, y no sin fundamento, que Luis

debía ser aliado secreto de Roger o bien «aliado de Sicilia»[125].

Roger, sabiendo a Manuel preocupado en aquel momento por la Cruzada y por sus relaciones con los cruzados, olvidó los intereses generales del cristianismo para pensar sólo en sus fines políticos. Apoderóse por sorpresa de la isla de Corfú y devastó otras islas bizantinas. Luego los normandos pasaron a Grecia adueñándose de Tebas y Corinto, célebres entonces por sus riquezas y sus industrias sederas. No contentos con apropiarse gran copia de tejidos valiosos, «los normandos lleváronse a Sicilia muchos prisioneros y, entre otros, los más hábiles obreros sederos e hilanderos». Este hecho no basta para afirmar, como algunos historiadores, que los obreros sederos e hilanderos enviados a Palermo crearan allí una industria de sedería. La sericicultura y la industria sedera se conocían ya en Sicilia anteriormente. Pero la llegada de los cautivos griegos dio nuevo impulso a aquella rama industrial[126]. Los normandos no se detuvieron tampoco ante Atenas[127].

Al llegar la noticia de la victoriosa invasión normanda a oídos de los franceses, éstos, ya excitados por los rumores que corrían sobre un acuerdo entre Manuel y los turcos, se agitaron aun más. Algunos de los que rodeaban al rey Luis le aconsejaron que ocupara Constantinopla. Ante tan peligrosa situación, el emperador multiplicó sus esfuerzos para que los franceses pasaran al Asia Menor, Se esparció entonces la voz de que los alemanes habían obtenido una victoria en Asia Menor, y Luis VII consintió en atravesar el Bósforo e incluso prestó a Manuel juramento de vasallaje. Mas al llegar al Asia Menor, Luis supo la dolorosa realidad: la destrucción del ejército alemán. Los soberanos germano y francés mantuvieron una entrevista y acordaron avanzar juntos. El ejército francoalemán, tras una serie de reveses y

malaventuras, sufrió una derrota aplastante junto a Damasco. Conrado, abatido, en un navío griego desembarcó en Tesalónica, donde Manuel efectuaba preparativos contra los normandos. Manuel y Conrado se entrevistaron en Tesalónica y convinieron una acción conjunta contra los normandos, tras lo cual Conrado regresó a Alemania.

La Cruzada no condujo a cosa alguna. Luis VII, viendo la imposibilidad de hacer nada con las fuerzas de que disponía, pasó algunos meses en Oriente y al cabo volvió a Francia por la Italia del sur, donde tuvo una conversación con Roger.

De tan miserable manera concluyó la segunda Cruzada, que se iniciara bajo muy brillantes auspicios. Los musulmanes de Oriente, lejos de quedar debilitados, sintieron afirmarse su valor y se prepararon a la destrucción de los Estados cristianos de Asia. Por ende, las disputas surgidas entre franceses y alemanes y entre los cristianos de Palestina y de Europa no habían redundado en crédito de los cruzados. Manuel celebró ver la Cruzada terminada, lo que le dejaba las manos libres contra Roger, ahora que se hallaba fortalecido por el pacto formal convenido con Alemania. Pero sería injusto culpar al emperador de todo el fracaso de los expedicionarios, que debe más bien atribuirse a deficiencias de organización y a la general indisciplina de los cruzados. También Roger, con su incursión en las islas bizantinas y en Grecia, había introducido muchos elementos perturbadores en aquella expedición. En conjunto los móviles religiosos de las Cruzadas habían pasado a segundo plano y las razones de orden laico y político se manifestaban cada vez más claramente.

Política de Manuel después de la Cruzada

Desde la época de la Cruzada, Manuel adoptó medidas serias para luchar contra Roger, de quien quería vengarse por su traidora incursión en las islas y en Grecia y que continuaba ocupando Corfú. Como antes, Venecia miraba con alguna inquietud los éxitos de los normandos. Consintió, pues, en apoyar con su flota al Imperio y obtuvo a cambio nuevos privilegios mercantiles. En Constantinopla los venecianos recibieron, además del barrio y los muelles (*scalas*) que poseían por antiguos tratados, nuevas instalaciones y un nuevo muelle[128]. Mientras duraban las negociaciones, el emperador se preparaba con actividad a la guerra contra el «dragón de Occidente», «el nuevo Amalee[129], el dragón insular (siciliano) que quería alzar la llama de su odio más alta que el cráter del Etna». De tales términos se sirven las fuentes para denominar a Roger[130].

Los proyectos de Manuel no se limitaban a expulsar al enemigo del territorio bizantino, sino que quería llevar la guerra a Italia y tratar de restaurar el antiguo dominio de Bizancio.

Durante algún tiempo Manuel fue estorbado en sus planes por los polianos, que invadieron el Imperio cruzando el Danubio. Pero eliminó pronto esa amenaza y entonces se apoderó de Corfú con ayuda de la flota de Venecia. Roger, advirtiendo el peligro que podía hacerle correr la alianza de Bizancio con Alemania, que había prometido a Manuel un ejército de tierra, y con Venecia, que había enviado una flota, desplegó gran habilidad diplomática para crear dificultades a Bizancio. Apoyado por la flota siciliana y por las intrigas de Roger, el duque Welf, antiguo enemigo de los Hohenstaufen, se sublevó en Alemania, impidiendo así al emperador germánico marchar sobre Italia de concierto con

Bizancio. Después los servios, favorecidos por los húngaros, atacaron a Manuel, quien hubo de dirigir su atención al norte. Para colmo, Luís VII, quien, irritado contra los griegos y afligido por el fracaso de la segunda Cruzada, había llegado a un tratado de amistad con Roger, preparaba otra Cruzada, la cual ponía a Bizancio en peligro inminente. El abad Suger, gobernante de Francia en ausencia de Luis VII, había oído hablar de los tesoros de Constantinopla y de la magnificencia de Santa Sofía[131] y era el instigador de la nueva empresa. El célebre Bernardo de Clairvaux estaba dispuesto *a ponerse en persona al frente de las fuerzas*. Un abad francés escribía por aquel entonces al rey de Sicilia: «Nuestros corazones, los corazones de casi todos los franceses, sienten hacia vosotros violento deseo y amor; nos ha impulsado a ello la traición vil, inaudita, innoble de los griegos y de su indigno rey (*regís*) con nuestros peregrinos… Levántate en socorro del pueblo de Dios… ¡Venga esas terribles ofensas!»[132] Roger se aproximó también al Papa. En general, Occidente veía con desagrado la alianza del monarca alemán, ortodoxo, con el griego, cismático. En Italia se opinaba que Conrado se había contaminado por el contacto de los disidentes griegos y la Curia pontifical le presionaba para que entrase en las vías de la verdad y sirviera con celo a la Iglesia católica. El Papa Eugenio III, el abad Suger y Bernardo de Clairvaux trabajaban para destruir la alianza de los dos Imperios. Así que a mediados del siglo XII estaba en vías de formarse, con palabras de Vasilievsky, «una potente coalición contra Manuel y Bizancio. A su cabeza se hallaba el rey Roger; Hungría y Servia pertenecían a ella ya; Francia se preparaba a entrar en la Liga, así como el Papa, y se trataba de atraer a Alemania y a su rey. Si este último proyecto hubiese resultado, el suceso de 1204 habría amenazado antes Constantinopla»[133].

Pero el peligro no llegó a ser tan grande para Bizancio. La proyectada expedición francesa no se realizó a causa de la actitud poco animada de los caballeros franceses y de la muerte de Suger, ocurrida a poco. Y Conrado permaneció fiel a su alianza con el Imperio de Oriente.

Pero cuando Manuel podía esperar más frutos de su amistad con Alemania, murió Conrado III (1152). Esta muerte en el instante en que se decidía la expedición a Italia, no se juzgó natural en Alemania, donde círculo el rumor de que el monarca había sido envenenado por los médicos de la corte, procedentes de la famosa escuela de Salerno, en Italia, entonces en manos de Roger. Federico I Barbarroja, sucesor de Conrado y hombre de tendencias absolutistas, convencido de que su poder era de procedencia divina, no se mostró dispuesto a compartirlo en Italia con el emperador de Oriente. En el tratado que Federico ultimó con el Papa a poco de su exaltación al trono —convenio en que llamaba a Manuel «*rex*» y no «imperator», como hiciera Conrado—, el emperador de Alemania se comprometía a expulsar de Italia al de Oriente. Pero, no mucho después, Federico, por causas desconocidas, modificó sus planes y quiso volver a la alianza con Bizancio.

En 1154 murió Roger II, el tan sañudo enemigo del Imperio. Guillermo I, nuevo rey de Sicilia, se propuso romper la alianza de Bizancio con Alemania y Venecia. La república de San Marcos no podía aprobar los proyectos de Manuel, tendentes a instalarse en Italia. Este hecho hubiera sido para Venecia igual que si los normandos se establecieran en las dos orillas del Adriático. En ambos casos las dos riberas adriáticas quedaban en unas mismas manos, que podían cerrar la ruta a las naves venecianas. Así pues, Venecia se decidió a romper del todo sus relaciones de amistad con Bizancio, logró obtener a poco grandes

privilegios comerciales en Sicilia y pactó con Guillermo I.

Tras algunos éxitos bizantinos en Italia del sur —como la toma de Bari y de otras plazas— Guillermo infligió a los ejércitos de Manuel una grave derrota en Brindisi, derrota que destruyó de un solo golpe todos los resultados de la expedición. Bari, capital de Apulia, que se había rendido a los griegos, fue completamente arrasada por orden de Guillermo. Un contemporáneo escribe: «La poderosa capital de la Apulia, célebre por su gloria, fuerte por sus riquezas, orgullosa por el origen noble e ilustre de sus habitantes, objeto de admiración general a causa de la belleza de sus edificios, yace ahora transformada en un montón de piedras»[134].

La desgraciada campaña de Manuel en Italia indicó claramente a Barbarroja que el emperador bizantino proyectaba la conquista de la Península itálica, y por tanto, rompió definitivamente la alianza bizantina. Otón de Freisingen, historiador de Barbarroja, escribe respecto a éste: «Aunque aborrecía a Guillermo, no quería, empero, que los extraños pudiesen arrancarle territorios de su Imperio injustamente arrebatados por la furiosa tiranía de Roger»[135]. Manuel perdió toda esperanza de reconciliación con Barbarroja y a la vez toda esperanza de reconquista de Italia. Por consecuencia, en 1150 se concluyó una paz entre Manuel y Guillermo de Sicilia. No conocemos exactamente las estipulaciones, pero sí que significaban la renuncia de Bizancio a todos los brillantes proyectos que acariciara, a la par que «la ruptura de la amistad y la alianza que entre los dos Imperios se habían convenido baja Lotario de Sajonia y Juan Comneno, y estrechádose más tarde merced a las reacciones personales de Conrado y Manuel». Desde entonces las tropas bizantinas no volvieron más a Italia[136].

En estas nuevas condiciones, los fines de la política bizantina se modificaron. A la sazón había que oponerse al designio de los Hohenstaufen de conquistar Italia. La diplomacia bizantina tendía a fines nuevos. Manuel, mirando a romper la amistad de Federico con el Papa, buscó en Roma un apoyo para la lucha ulterior contra el emperador alemán, y al efecto procuró deslumbrar al pontífice con el espejuelo de la unión de las dos Iglesias. Al provocar una lucha entre el Papa y el emperador germánico, Manuel esperaba «restablecer el Imperio de Oriente en la plenitud de sus derechos y hacer desaparecer la anomalía que a sus ojos era el Imperio de Occidente»[137]. Pero aquellas negociaciones no resultaron, porque el Papa no tenía intención alguna de dejar de depender de un emperador para pasar a la dependencia de otro. Muy al contrario, los Papas del siglo XII, inspirados por ideales teocráticos, deseaban dominar a los emperadores bizantinos.

Al estallar la lucha entre Barbarroja y las ciudades del norte de Italia, Manuel ayudó activamente a éstas, proporcionándoles recursos. Las murallas de Milán, arruinadas por Federico, se restauraron con ayuda del emperador de Bizancio. Las relaciones del Imperio fueron particularmente activas con Génova, Pisa y Venecia. La última, ante el inminente peligro alemán, volvía otra vez los ojos a Bizancio. En la batalla de Legnano (29 mayo 1176) quedó completamente derrotado Federico Barbarroja en Italia del norte y triunfaron las ciudades italianas septentrionales y su aliado el Papa, a la vez que parecía mejorar la posición de Manuel en Italia. Pero Manuel, sin duda por falta de recursos, quiso utilizar las riquezas de los mercaderes venecianos que se hallaban en territorio bizantino, y al efecto, mandó súbitamente prender a todos los venecianos que había en Bizancio y confiscarles los

bienes. Venecia, indignada, envió una flota contra Bizancio, si bien las naves, a causa de una epidemia, volvieron sin haber logrado éxitos de monta. Según parece, mientras vivió Manuel no se restablecieron las relaciones en Bizancio y Venecia.

Para prevenir los efectos de la política bizantina en Italia, Federico Barbarroja entró en negociaciones con el más peligroso enemigo de Bizancio en Oriente: Kilidy-Arslan, sultán de Iconium, tratando de persuadirle de que atacase al Imperio, en la esperanza de que las dificultades del Asia Menor apartarían a Manuel de los asuntos europeos. En Oriente la situación se tornaba cada vez más amenazadora. En Cilicia —conquistada por Juan Comneno— estalló una revuelta dirigida por Thoros. Manuel envió contra éste dos ejércitos, que fracasaron. La situación se hizo todavía más alarmante cuando Thoros pactó con Reinaldo de Châtillon, príncipe de Antioquía y antiguo enemigo suyo, y los dos marcharon juntos contra los griegos. En tanto que Thoros atacaba en Cilicia, Reinaldo de Châtillon asaltaba Chipre por mar y veía sus esfuerzos coronados por el éxito. Entonces Manuel acudió a Cilicia en persona. Ante su repentina presencia, Thoros escapó a duras penas a la cautividad y emprendió la fuga. En 1158, Manuel había vuelto a ser dueño de Cilicia. Thoros se sometió al emperador y fue perdonado. Iba a llegarle la vez a Antioquía.

Reinaldo de Châtillon, comprendiendo que no podría resistir solo a los bizantinos, decidió acogerse también al perdón del emperador. Hallándose el emperador en Mopsuestia (la Mamistra de los cruzados), en Cilicia, Reinaldo «apareció suplicante ante el Gran “Comneno”[138]. Entonces sucedió una escena de profunda humillación. Reinaldo, descalzo, se prosternó ante el emperador, que presentó el puño de su espada y se entregó a su merced». «A

la vez —dice Guillermo de Tiro— Reinaldo pedía gracia, y clamó tanto tiempo, que todos tuvieron náuseas y muchos franceses le menospreciaron y censuraron»[139]. Estaban presentes enviados de la mayoría de las naciones orientales, incluso de los lejanos abasgos (Abkhaz) y de los iberos, y aquella escena les causó impresión profunda[140], «tornando a los latinos despreciables en toda Asía»[141]. Reinaldo se reconoció vasallo del Imperio, y así, más tarde (676-701) un embajador, Roberto, enviado al rey de Inglaterra, representaba a la vez a Bizancio y Antioquía[142]. Balduino III, rey de Jerusalén, acudió en persona a Mopsuestia, donde fue cortésmente acogido por el emperador. Pero Balduino fue forzado a convenir un tratado con Manuel, comprometiéndose a suministrarle tropas. Eustacio de Tesalónica habla del rey que «acudió a nosotros desde Jerusalén, pasmado por la reputación y altos hechos del emperador y reconociendo a distancia su grandeza»[143].

En abril de 1159, Manuel entró solemnemente en Antioquía. Escoltado por Reinaldo de Châtillon y otros príncipes latinos, todos a pie y sin armas, y seguido del rey de Jerusalén, a caballo, pero igualmente sin armas, el emperador avanzó por las calles «ornadas de tapices, de colgaduras, de follaje y de flores», «al son de las trompetas y los tambores, al canto de los himnos», hacia la catedral, guiado por el patriarca de Antioquía vestido de pontifical. «Durante ocho días, las banderas imperiales flotaron sobre la ciudadela de Antioquía»[144].

La sumisión de Reinaldo de Châtillon y la entrada de Manuel en Antioquía en 1159, señalaron «el triunfo de la política seguida por Bizancio respecto a los latinos. Era el resultado de más de sesenta años de esfuerzos y luchas. En medio de las dificultades que debieron superar y de las numerosas guerras que hubieron de pelear, los basileos no

perdieron nunca de vista la cuestión del principado de Antioquía, asunto planteado durante la primera Cruzada y no resuelto jamás»[145].

Una inscripción de la iglesia de la Natividad, en Belén, dice, con fecha de 1169: «La presente obra ha sido acabada por el pintor y mosaísta Efraím, bajo el reinado del emperador Manuel Porfirogénito Comneno y bajo el gran rey de Jerusalén, Amalrico y el muy santo obispo de la santa Belén, Raúl, en el año 677 (1169)»[146]. La asociación de los nombres de Manuel y Amalrico (Amaury de Anjou), parece indicar que, tras los acontecimientos reseñados, se había establecido una cierta soberanía del emperador griego sobre el reino de Jerusalén[147].

Por otra parte, Manuel llevaba algunos años en buenas relaciones con Kilidy-Arslan, quien incluso había estado en Constantinopla en 1161-62, recibiendo una solemne acogida, de la que se hallan detalladas descripciones en las fuentes griegas y orientales. El sultán pasó ocho días en Constantinopla. Todas las riquezas y tesoros de la capital fueron mostrados a tan distinguido huésped. Hubo en su honor torneos, carreras y una fiesta naval con una exhibición del célebre «*fuego griego*». Dos veces diarias se llevaban al visitante provisiones en vajillas de oro y plata que se dejaban luego a su disposición. Un día que el emperador y el sultán comieron juntos, toda la vajilla y ornamentos de la mesa fueron ofrecidos como regalo a Kilidy-Arslan[148].

En 1171, Amalrico I, rey de Jerusalén, estuvo en Constantinopla, siendo magníficamente recibido por Manuel. Guillermo de Tiro da una descripción detallada de la visita[149]. La gloria y poder de Manuel en Oriente estaban entonces en su apogeo.

Sin embargo, los resultados de la visita de Kilidy-Arslan no fueron trascendentales en exceso. Hubo una especie de tratado de amistad, pero de corta duración. «Algunos años más tarde vemos al sultán declarar a los suyos que cuantos más males había causado al Imperio griego, más importantes regalos le había hecho éste»[150].

En tales circunstancias, la paz en la frontera oriental no podía prolongarse mucho. A causa de diferentes motivos locales, y quizá por instigación de Barbarroja, estallaron las hostilidades. Manuel se puso al frente de sus tropas. Su objetivo era tomar Iconion (Konia), capital del sultanato. En 1176 los ejércitos bizantinos penetraron en las montañas de Frigia, donde, cerca de la frontera, se alzaba la fortaleza de Miriocefalón. Los turcos les atacaron repentinamente por todas partes y allí, el 17 de septiembre de 1176[151], sufrieron los imperiales un fracaso completo. Un historiador bizantino escribe: «El espectáculo era en verdad lacrimoso, o, mejor dicho, tan grande era el mal que no cabía llorarlo: los fosos estaban llenos de cadáveres, en las barrancas se veían colinas de muertos, en las espesuras montañas de víctimas… Nadie podía pasar por allí sin verter lágrimas y lanzar suspiros. Todos sollozaban y llamaban por sus nombres a los amigos y parientes que habían perdido»[152].

El historiador contemporáneo Guillermo de Tiro, que pasó una temporada en Constantinopla en 1179, nos pinta así la actitud de Manuel después de la derrota de Miriocefalón: «A partir de ese día, el desastre quedó tan profundamente grabado en su memoria que, aun cuando su humor ordinario fuese alegre, no volvió a mostrar, a pesar de los esfuerzos de sus cortesanos, la menor alegría y en todos los días de su vida no recobró su fuerza corporal, antes tan grande. A tal punto estaba quebrantado por el tormento (*refricatione*) continuo que le causaba la idea de aquel

desastre, que no conseguía regocijarse ni calmar su ánimo ni encontrar su ordinario humor tranquilo»[153].

En una larga carta dirigida a su amigo el rey de Inglaterra Enrique II Plantagenet, Manuel le anuncia su reciente desastre, esforzándose en atenuarlo un tanto. Allí se lee un detallado relato del combate y, entre otras cosas, se hallan interesantes indicaciones sobre la participación que tuvieron en la batalla los ingleses que desde 1066 estaban al servicio de las tropas de Bizancio, sobre todo en la guardia imperial[154].

A pesar del funesto desenlace de Miriocefalón, un panegirista anónimo de Manuel coloca la huida de éste ante los turcos en el número de sus acciones brillantes: «Después de haber chocado con la masa de los invasores ismaelitas, él (Manuel) se precipitó solo en la huida, sin temor de tantas espadas, dardos y lanzas»[155]. Un sobrino de Manuel decoró su casa con un cuadro representando «los altos hechos del sultán de Iconium, ilustrando así los muros de su residencia con un tema que, sin duda, hubiese sido mejor dejar en tinieblas»[156]. Según toda probabilidad, aquel poco corriente cuadro representaba la batalla de Miriocefalón.

Por razones que desconocemos, Kilidy-Arslan sólo usó moderadamente de su victoria, abriendo negociaciones con el emperador y llegando a una paz razonable. Fueron destruidas algunas fortificaciones bizantinas del Asia Menor.

La batalla de Mantzikiert en 1071 había dado ya un golpe mortal a la dominación bizantina en Asia Menor. Pero los contemporáneos, sin advertirlo, esperaban restablecer la situación y desembarazarse del peligro selyúcida. Las dos primeras Cruzadas no lograron conjurar este peligro. La batalla de Miriocefalón arruinó en definitiva las últimas esperanzas de Bizancio. Ya no se creyó posible expulsar del

Asia Menor a los turcos. El Imperio no podía pensar en una política ofensiva seria en Oriente. Bastante era que defendiese sus fronteras contra las continuas invasiones selyúcidas. El historiador alemán Kugler dice:

> «La batalla de Miriocefalón decidió para siempre la suerte de todo el Oriente»[157].

A poco de aquella derrota, Manuel escribió a Federico Barbarroja una carta en la que hablaba de la humillación del sultán selyúcida. Mas Federico conocía ya la aplastante derrota de Manuel cuando recibió el mensaje[158]. En su respuesta decía que los emperadores germánicos, que habían recibido su poder de los gloriosos emperadores romanos, no sólo debían gobernar el Imperio romano, sino también el «reino griego» (*ut non solum Romanum imperium nostro disponatur moderamine, verum etiam regnum grecie ad nututn nostrum regí et sub nostro gubernari debeat imperio*). Por consecuencia, invitaba a Manuel a reconocer la autoridad del emperador de Occidente y someterse a la del Papa. Terminaba diciendo que en adelante él amoldaría su conducta a la de Manuel, quien había en vano sembrado disidencias entre los vasallos del emperador de Occidente[159]. De modo que, a juicio del autoritario Hohenstaufen, el emperador bizantino debía someterse a él, como emperador de Occidente. Así, la idea de un Imperio único no había dejado de existir en el siglo XII. Primero fue Manuel quien la favoreció y después las circunstancias se volvieron en su desventaja, siendo Barbarroja quien soñaba en el Imperio universal. En 1177 el Congreso de Venecia, en el que participaron Federico, el Papa y los representantes de las victoriosas ciudades italianas, confirmó la independencia de éstas y reconcilió al Papa con el emperador germánico. En otras palabras, el tratado de Venecia concluyó el conflicto

existente entre Alemania, las ciudades de Lombardía y la Curia Pontifical, conflicto en que Manuel fundaba sus esperanzas.

Según F. I. Uspensky, del Congreso de Venecia fue para el Imperio bizantino un golpe tan terrible como el desastre que le había infligido el sultán de Iconium en Miriocefalón. Reconcilió en Occidente a los elementos hostiles a Bizancio y anunció así la coalición de que debía resultar, en 1204, la toma de Constantinopla y la fundación de los Estados latinos de Oriente[160].

Para Venecia, el Congreso de 1177 tuvo una importancia capital. Allí se reunió una brillante sociedad europea, encabezada por el Papa y el emperador de Occidente. Más de diez mil extranjeros llegaron a Venecia. Todos admiraron la belleza, riquezas y poder de aquella ciudad. Se leen en un escrito contemporáneo estas palabras del autor a los venecianos: «¡Ah, y cuan felices sois de que semejante paz haya sido ultimada en vuestra ciudad! Vuestro nombre tendrá por ello gloria eterna»[161].

Poco antes de morir, Manuel logró un postrero éxito diplomático al casar a su hijo y sucesor, Alejo, con la hija de Luis VII de Francia, Inés, de ocho años entonces, la cual recibió en Bizancio el nombre de Ana. Las relaciones algo tirantes existentes entre Bizancio y Francia desde la segunda Cruzada debían mejorar con aquel matrimonio. Eustacio de Tesalónica escribió un discurso elogioso al llegar la imperial prometida a Megalópolis (Constantinopla)[162].

Además, a raíz de la famosa carta de Manuel a Enrique II de Inglaterra, hablando del desastre de Miriocefalón, las relaciones de ambos soberanos hiciéronse más cordiales. Poseemos testimonios acreditativos de que en los últimos años del reinado de Manuel hubo en Westminster enviados

bizantinos y de que el inglés Geoffrey de Haie («*Galfridus de Haia*») fue encargado por Enrique II de recibir a los embajadores griegos, siendo luego el mismo Geoffrey enviado a Constantinopla[163]. Enrique, bien informado, a lo que parece, de los deportes favoritos de Manuel, le envió una jauría de perros de caza, los cuales embarcaron en una nave que zarpó de Brema[164].

En resumen, la política de Manuel difirió mucho de la prudente y reflexiva de su padre y su abuelo. El hijo de Juan acarició el sueño irrealizable de restaurar la unidad del Imperio y manifestó una fuerte inclinación hacia Occidente, cuya vida le atraía mucho. Dedicó todos sus esfuerzos a luchar contra Italia y Hungría y a establecer relaciones amistosas con Francia, el Imperio occidental, Venecia y otras ciudades italianas. Por tanto, no prestó suficiente atención a Oriente y 110 supo impedir los progresos del sultanato de Iconium. Finalmente, vio desplomarse todas las esperanzas del Imperio en Asia Menor después del desastre de Miriocefalón.

La preferencia dada por Manuel a Occidente, región totalmente extraña a Bizancio en aquella época y cuya civilización no podía aun rivalizar con la bizantina, tuvo consecuencias nefastas para el Imperio. Al recibir con los brazos abiertos a los extranjeros y otorgarles los cargos más elevados y ventajosos, suscitó entre sus súbditos una indignación de la que cabía esperar, llegada la oportunidad, choques sangrientos. Un historiador contemporáneo, especialista en la época de Manuel, juzga así la política de éste: «Manuel tuvo la suerte de morir antes de poder ver las desastrosas consecuencias de su política, consecuencias ya percibidas por los espíritus, clarividentes de algunos contemporáneos. La herencia de los basileos era pesada de recoger y ninguno de sus sucesores podría restablecer los

asuntos del Imperio. En los años siguientes la decadencia había de acentuarse con celeridad, pero es justo decir que había comenzado en el reinado de Manuel»[165].

Quizá fuere más justo decir que la decadencia de Bizancio había empezado mucho antes, en tiempos de la dinastía macedonia, esto es, desde 1025, fecha de la muerte de Basilio II Bulgaróctonos. Los dos primeros Comnenos, Alejo y Juan, supieron frenar la decadencia, pero no detenerla del todo. La política errónea de Manuel puso de nuevo al Imperio en la ruta de la decadencia, que esta vez ya sería definitiva.

Con Manuel, como dice Herzberg, «el antiguo esplendor y la antigua grandeza de Bizancio descendieron a la tumba para siempre»[166]. A esta opinión del siglo XIX pueden añadirse la de un célebre historiador del XII, Eustacio de Tesalónica, contemporáneo de los Comnenos y los Ángeles y el cual escribió: «Conforme a la voluntad divina, con la muerte del basileo Manuel Comneno pereció todo lo que todavía quedaba intacto entre los romanos, y todos nuestros territorios se llenaron de tinieblas, como en un eclipse»[167].

Los dos últimos Comnenos: Alejo II y Andrónico I

«El periodo de cinco años que abarcan los reinados de los dos últimos Comnenos, Alejo y Andrónico —escribe F. I. Uspensky—, es interesante sobre todo como época de reacción y de reformas que tuvieron fundamentos

esencialmente racionales, provocados por la muy clara comprensión de las faltas del antiguo sistema de Gobierno»[168]. Como ya vimos antes, a la muerte de Manuel ascendió al trono su hijo Alejo II, de doce años (1180-1183). Su madre, María de Antioquía, fue nombrada regente, pero el protosebasto Alejo Comneno, sobrino de Manuel y favorito de la emperatriz, fue quien dirigió de hecho los asuntos públicos. La encarnizada lucha de los partidos de la corte y la persistente preponderancia latina produjeron el llamamiento del famoso Andrónico a la capital. Andrónico, animado hacía mucho por proyectos ambiciosos, presentóse como defensor del joven Alejo II —diciéndole rodeado de malos consejeros— y de los intereses nacionales griegos. Poco antes de la entrada de Andrónico en la capital, hubo la matanza de latinos (1182) de que hablamos más arriba. Las fuentes venecianas no mencionan esa matanza. Y, sin embargo, los mercaderes venecianos fueron también en gran parte víctimas de ella.

En el mismo 1182, Andrónico entró en Constantinopla y pronto, a pesar de su solemne promesa, mostró el deseo de gobernar solo. Hizo primero prender y cegar al favorito Alejo Comneno. Luego ordenó la estrangulación de María de Antioquía y, poco después, la del propio emperador Alejo. En 1183, Andrónico, de 63 años a la sazón, convirtióse en dueño absoluto del Imperio. Para afirmar su situación casó con la viuda de Alejo II, Inés (Ana), la cual, al morir su ficticio esposo (ya que Alejo sólo tenía entonces catorce años), contaba doce años nada más. La diferencia de edades no detuvo al triunfante Andrónico.

El entusiasmo con que la opinión acogió a Andrónico explícase por las esperanzas que se fundaban en el nuevo emperador. Dos tareas esenciales se presentaban ante Andrónico en el orden interior: establecer un Gobierno

nacional y librar a Bizancio de la preponderancia latina, y después debilitar a la aristocracia de los altos funcionarios y de los grandes terratenientes, cuya supremacía provocaba la ruina de la clase de campesinos modestos. Tal programa, cuajado de dificultades prácticas, debía hallar en el pueblo la más favorable acogida.

El arzobispo de Atenas, Miguel Acominatos (Coniata), cuya obra constituye una de las fuentes más valiosas para el estudio de la situación interior del Imperio en el siglo XII, escribe en términos elogiosos: «Y recordare ante todo cómo, en esta época turbulenta y angustiosa, el Imperio romano apeló a su antiguo favorito, el gran Andrónico, para derribar la opresora tiranía latina que, como una mala hierba, se había aferrado al joven retoño del reino. No condujo (Andrónico) con él un cuerpo de ejército marchó, ligero, hacia la ciudad que le amaba… El primer presente que hizo a la capital para recompensarla de su puro amor, fue librarla de la tiránica insolencia latina y limpiar el Imperio de los mismas bárbaros»[169].

«Con Andrónico llegó al poder un nuevo partido»[170]. «Aquel último representante de la dinastía de los Comnenos —dice F. I. Uspensky— era, o al menos parecía ser, el rey de los campesinos. El pueblo le consagraba cantos y componía acerca de él cuentos poéticos, de los que se hallan huellas en los anales y notas manuscritas de los documentos inéditos de la historia de Nicetas Coniata»[171]. Nicetas escribe, entre otras cosas, que Andrónico mandó erigir su propia estatua no lejos de la puerta septentrional de la iglesia de los Cuarenta Mártires, y no quiso que se le representase con atuendo imperial, sino como trabajador, muy modestamente vestido y empuñando una hoz[172].

Andrónico acometió sus tareas con ardor. Aumentó el

sueldo de muchos funcionarios para volverlos menos inclinados al cohecho. Nombró como jueces personas honradas e incorruptibles, aligeró la carga de los impuestos y sometió a severas penas a los recaudadores rapaces. Se adoptaron medidas implacables contra los grandes terratenientes: muchos representantes de la aristocracia bizantina fueron ejecutados. Miguel Acominatos escribe al respecto: «Sabemos desde ha mucho que eres blando para el pobre, terrible para el hombre ávido de ganancias; que eres el protector del débil y el enemigo de los violentos; que no inclinas la balanza de Temis ni a izquierda ni a derecha; sino que tienes las manos puras de toda corrupción»[173].

El historiador italiano Cognasso, que ha estudiado esa época, compara la lucha de Andrónico contra la aristocracia a la de Iván el Terrible contra los boyardos. «Así como Andrónico —escribe Cognasso— quería aniquilar la preponderancia de la aristocracia bizantina, lo mismo quería hacer Iván con la potencia de los boyardos y los dos (aunque el zar ruso en más alto grado) hubieron de recurrir por fuerza a medios violentos. Desgraciadamente, al debilitar la aristocracia ambos debilitaron al Estado e Iván IV se halló indefenso ante los polacos de Esteban Báthory como Andrónico ante los normandos de Guillermo II. Iván, soberano de un pueblo joven y pujante, logró, con medidas rápidas, salvar su obra y a Rusia, pero Andrónico sucumbió antes de que el Imperio fuese reformado y fortalecido. El antiguo organismo no pudo sostenerse y el nuevo cuerpo orgánico imaginado por Andrónico fue entregado demasiado pronto a manos inexpertas»[174].

De todos modos Andrónico no pudo reformar radicalmente un orden social resultante de un largo proceso histórico. Los miembros de la perseguida aristocracia territorial no esperaban sino un momento favorable para

librarse de aquel detestado emperador, substituyéndole por alguien que tuviese las mismas opiniones en materia social que los tres primeros Comnenos. Andrónico, viendo por todas partes traiciones y conjuras, implantó un régimen de terror que, al no distinguir al culpable del inocente y al actuar en todas las clases y no sólo en las superiores, creó en torno al emperador odio y descontento. El pueblo, que poco antes le recibía con aclamaciones, empezó a mirarle como hombre incumplidor de sus compromisos y a buscar otro pretendiente al trono. Nicetas Coniata pinta de manera impresionante el variable humor de la plebe de Constantinopla en aquella época: «En todas las otras ciudades, el populacho es irrazonable y cede a sus desordenados movimientos; pero la muchedumbre de Constantinopla es particularmente tumultuosa, violenta y de tortuosa conducta, porque la componen nacionalidades diferentes… La indiferencia respecto a los emperadores es mal innato en ellos: aquel al que elevan hoy al trono legítimo lo abaten al año siguiente como a un criminal»[175].

Los fracasos de la política exterior agravaron la difícil situación del Estado. Andrónico llegó a la conclusión de que el Imperio no podía vivir prácticamente aislado sin lesionar sus intereses con los menospreciados países de Occidente, de los que se había alejado de modo tan ostensible.

En verdad, la actitud de Occidente ante Bizancio era muy amenazadora. A la muerte de Manuel, Bizancio hallaba en el oeste de Europa dos enemigos: Alemania y el reino de Sicilia. La alianza de los dos imperios, fundamento durante algún tiempo de la política occidental de Manuel, había terminado y, a la vez, la ayuda bizantina a las ciudades lombardas en su lucha contra Barbarroja hacía a éste sentirse enemigo del Imperio oriental. Federico adoptaba cada vez más una política de acercamiento a Sicilia.

Por otra parte, los latinos que escaparon a la matanza del 1182 en Constantinopla, habían vuelto a sus respectivos países occidentales contando los horrores que presenciaran y pidiendo venganza de los ultrajes y daños padecidos. Las repúblicas mercantiles italianas, que habían sufrido graves pérdidas financieras, estaban irritadísimas. Además, los representantes de algunas familias nobles perseguidas por Andrónico, huyeron a Italia y sugirieron a los gobernantes italianos un ataque a Bizancio. El peligro occidental crecía, pues Federico Barbarroja preparaba el casamiento de su hijo y sucesor, Enrique, con Constancia, heredera del rey de Sicilia. Se anunció el casamiento en Alemania el año (1184) que precedió a la muerte de Andrónico. Era un suceso social y político muy importante, porque, a la muerte de Federico, su sucesor podía unir Nápoles y Sicilia a las posesiones del emperador de Alemania, y Bizancio tendría, en vez de dos enemigos distintos, un adversario único y terrible, cuyos intereses políticos no podían conciliarse con los de Bizancio.

Incluso es muy probable que aquel acercamiento de Alemania a la Casa real normanda tuviera, en el ánimo del emperador de Occidente, el fin de crear una base de operaciones contra Bizancio, ya que la conquista del «reino» griego sería más fácil con ayuda de los normandos. Al menos así lo indica un historiador occidental de la Edad Media al escribir: «El emperador, hostil al reino de los griegos (*regno Graecorum infestus*), se esforzó en unir la hija de Roger, rey de Sicilia, a su hijo»[176].

Guillermo II de Sicilia, contemporáneo de Andrónico, aprovechando las dificultades interiores de Bizancio, preparó una gran expedición de ataque, cuyo fin, de cierto, no era sólo vengar la matanza de 1182 o ayudar a un eventual pretendiente, sino adueñarse del trono griego para sí. En tales circunstancias, Andrónico decidió negociar a la vez con

Oriente y con Occidente.

A finales del 1184 firmó, pues, un tratado con Venecia[177]. En ese tratado, tendiente a afirmar el Imperio (*pro firmatione Imperii*), Andrónico consentía en libertar a los venecianos presos en Constantinopla desde la matanza de 1182 y prometía pagar cierta suma todos los años, por vía de compensación de los daños sufridos. De hecho comenzó a cumplir ese compromiso, abonando la primera anualidad en 1185[178].

También quiso Andrónico aproximarse al Papa, dando sin duda por hecho que podría apoyarse en él a cambio de conceder ciertos privilegios a la Iglesia católica. En todo caso, el Papa Lucio III envió, a fines de 1182, un legado a Constantinopla[179]. Una crónica occidental nos da el curioso testimonio de que Andrónico hizo construir en Constantinopla, en 1185, a pesar de la oposición del patriarca, una iglesia dotada de ricas rentas y donde sacerdotes latinos practicaban los ritos católicos. «Aun hoy, esta iglesia lleva el nombre de iglesia latina»[180].

Poco antes de su muerte, Andrónico hizo alianza formal con el sultán de Egipto, Saladino. Según frase de un cronista occidental, Andrónico, «apremiado por el dolor y el agobio, recurrió al consejo y socorro de Saladino»[181]. Las estipulaciones de la alianza, selladas con juramento, fueron: «Si Saladino, con los consejos y ayuda del emperador, lograba ocupar Jerusalén, retendría para sí todo otro territorio que ambos pudieran conquistar —quedando libres de esto Jerusalén y Ascalón—, pero poseería sus adquisiciones bajo la soberanía de Andrónico».

El emperador tomaría posesión de todos los territorios conquistados al sultán de Iconium hasta Antioquía y la Armenia Menor, caso de que los nuevos aliados pudieran

apoderarse de tales comarcas. «La muerte impidió a Andrónico realizar ese plan»[182]. El tratado prueba que Andrónico estaba dispuesto a ceder Palestina a Saladino, siempre que éste reconociera la soberanía del Imperio.

Pero ni el tratado con Venecia, ni las gestiones con el Papa, ni la alianza con el famoso Saladino pudieron mantener el poder en manos de Andrónico.

Isaac Comneno, gobernador de Chipre, proclamó la independencia de la isla que gobernaba. Andrónico, carente de flota experta, no pudo dominar la rebelión.

La pérdida de Chipre fue un duro golpe para el Imperio, ya que la isla era punto estratégico y mercantil de importancia y producía gruesas sumas a la Tesorería a causa, sobre todo, de su activo comercio con los Estados latinos de Oriente.

Pero el golpe mayor y decisivo lo recibió Andrónico desde Occidente, comenzando en el momento en que la expedición, muy bien organizada, de Guillermo II de Sicilia se hizo a la vela rumbo al Imperio. Las hostilidades, como siempre, empezaron por Durazzo, que pasó pronto a manos de los atacantes, quienes luego, por la vía Egnatia, avanzaron hacia Tesalónica. La poderosa flota normanda acudió allí también. Parece que Venecia mantuvo en esta guerra una neutralidad estricta.

Inicióse el célebre asedio marítimo-terrestre de Tesalónica. De él escribió un relato grandilocuente, mas no por eso menos valioso, el arzobispo de Tesalónica, Eustacio[183]. En agosto de 1185, la ciudad cayó en poder de los normandos, quienes hicieron en aquella ciudad, la segunda del Imperio, una tremenda carnicería. Así se vengaban los latinos de la matanza de 1182. Respecto al suceso encontramos en Nicetas Coniata estas significativas

expresiones:

> «*Así se abrió entre ellos y nosotros un enorme abismo de hostilidad. No podemos reconciliarnos en nuestro ánimo, y estamos en completo desacuerdo, aunque continuemos teniendo relaciones externas y vivamos a menudo en la misma casa*»[184].

Tras algunas jornadas de pillajes y muertes, los normandos se dirigieron hacia Constantinopla. Al saber la toma de Tesalónica y la aproximación de los normandos, la población de la capital se levantó, acusando a Andrónico de indecisión y debilidad. Con rapidez inesperada para Andrónico, Isaac Ángel fue proclamado emperador. Andrónico, depuesto, murió entre terribles suplicios.

Con la revolución de 1185 terminaba la dinastía de los Comnenos y con Isaac Ángel empezaba la nueva dinastía de los Ángeles.

El breve reinado de Andrónico I, que empezó acometiendo la tarea de defender a los campesinos contra la omnipotente arbitrariedad de los grandes propietarios, y ateniéndose al propósito de librar al Estado de la preponderancia latina, se distingue rotundamente, por sus caracteres, de los reinados de los otros Comnenos, hecho por el cual merece estudio atento y hondo. En ciertos aspectos, sobre todo en los sociales, la época de Andróníco I dista mucho de haber sido estudiada por completo y ofrece a la ciencia un vasto campo de investigaciones.

Historia de la época de los Ángeles

Los emperadores de la casa de los Ángeles: Isaac II, Alejo III y Alejo IV

La dinastía de los Angeles, elevada al trono por la revolución de 1185 y sucesora de los Comnenos, descendía de un contemporáneo de Alejo Comneno: Constantino Ángel. Éste, oriundo de Filadelfia, en el Asia Menor, y descendiente de una familia bastante obscura, había casado con la hija del emperador Alejo y era abuelo de Isaac II Ángel, primer emperador de la Casa y emparentado a los Comnenos por línea femenina.

Vimos que uno de los fines de Andrónico había sido establecer un Gobierno nacional. Fracasado en este propósito, a fines de su reinado comenzó a volverse hacia Occidente. Pero, después de su muerte, se hizo notar de tal modo la necesidad de un Gobierno nacional, que, con expresiones de Cognasso, «la revolución del *12* de septiembre (1185) fue esencialmente nacional y aristocrática… Así, ninguna clase obtuvo provecho de la revolución, salvo la aristocracia bizantina»[185].

Isaac II (1185-1195) era, citando palabras de Gelzer, «la encarnación de la ruindad que se instaló con él en el trono podrido de los Césares»[186] y no tenía talento de hombre de Estado. El lujo desmesurado de la corte, las prodigalidades excesivas, exigían exacciones e impuestos arbitrarios e intolerables. La falta de voluntad del soberano y la ausencia de un determinado programa gubernamental; las complicaciones externas; el nacimiento en la Península balcánica de un nuevo poder peligroso para Bizancio (el segundo imperio búlgaro); y, en fin, los progresos de los turcos en Asia Menor, crearon un ambiente de descontento e irritación en el país. De tiempo en tiempo se producían

insurrecciones en favor de diversos aspirantes al trono. Pero la causa principal del malestar general era que «la población estaba harta de soportar los dos males justamente diagnosticados por Andrónico: la insaciabilidad de la administración fiscal y la arrogancia de los ricos»[187]. Al cabo, en 1195 se formó contra Isaac una conjura dirigida por su propio hermano, Alejo, quien, ayudado por parte de la nobleza y del ejército, derribó al emperador. Éste fue cegado y preso, substituyéndole su hermano Alejo III Ángel, también conocido en la historia como Alejo III Ángel-Conmeno (1195-1203). A veces se le aplica el sobrenombre de *Bambacoracio*[188].

El carácter y dotes naturales del nuevo emperador no diferían mucho del modo de ser de su hermano. Una prodigalidad no menos insensata, una idéntica ausencia de talento político y de interés por los asuntos del Estado, una análoga carencia de capacidad militar, llevaron al Imperio, a largos pasos, hacia inminentes humillaciones y desintegraciones. El historiador Nicetas Coníata (Choniates), dice, no sin maligna ironía, respecto a Alejo III: «Fuese el que fuera el papel que se presentaba al emperador, era firmado por él, aunque se tratase de un conjunto de palabras desprovistas de sentido, incluso si el solicitante pedía que se navegase en tierra firme, o que se arase el mar, o que se substituyeran las montañas por mares, o hasta, como se dice en la fábula, que se pusiera el Athos sobre el Olimpo»[189]. El emperador halló imitadores en la nobleza de la capital, que rivalizaba a porfía en gastos y lujo. Surgieron insurrecciones en Constantinopla y en las provincias. Los venecianos, písanos y otros extranjeros que habitaban Constantinopla tenían frecuentes choques en las calles. Y la situación exterior no era nada esplendorosa.

El joven príncipe Alejo, hijo del emperador destituido,

pudo huir a Italia en un buque pisano y luego pasó a la corte del emperador alemán, Felipe de Suabia, casado con Irene, hija de Isaac Ángel y hermana del príncipe Alejo. Este pidió a su cuñado el emperador, así como al Papa, que ayudaran a su padre a recobrar el trono bizantino. Tras muchas complicaciones de que hablaremos en el capítulo relativo a la cuarta Cruzada, Alejo consiguió encaminar hacia Constantinopla a los cruzados que, a bordo de naves venecianas, pensaban dirigirse a Egipto. Los cruzados, en 1203, tomaron Constantinopla y, tras deponer a Alejo III, restauraron en el trono al anciano y ciego emperador, asociándole a su hijo Alejo IV. Pero los cruzados quedaron cerca de Constantinopla para vigilar el cumplimiento de los compromisos asumidos con ellos por Alejo e Isaac.

La imposibilidad de cumplir tales obligaciones y la plena dependencia de los emperadores respecto a los cruzados, provocaron en la capital una revuelta que concluyó en la proclamación de un nuevo emperador: Alejo V Ducas Murzuflo (1204), emparentado con la dinastía de los Ángeles como esposo que era de una hija de Alejo III. En el curso de los tumultos perecieron Isaac II y Alejo IV. Entonces los cruzados, viendo desaparecer con los dos emperadores muertos su principal apoyo en la capital, e informados de que Murzuflo se había puesto a la cabeza de un movimiento antilatino, resolvieron apoderarse de Constantinopla por su propia cuenta. Tras un encarnizado asalto de los latinos y una desesperada defensa de los sitiados, Constantinopla, el 13 de abril de 1204, pasó a manos de los caballeros occidentales, siendo sometida a un espantoso saqueo. Murzuflo pudo huir. El Imperio bizantino se desplomaba. En su lugar se fundó un Imperio latino feudal, con capitalidad en Constantinopla y una serie de Estados vasallos en las diversas regiones del Imperio de Oriente. Estos sucesos, de

vital importancia para Bizancio, serán expuestos con más detalles en el capítulo dedicado a la historia de la cuarta Cruzada.

La dinastía de los Ángeles o Ángeles-Comnenos, griega de origen, no dio al Imperio un solo monarca de talento. Antes bien apresuró la caída de Bizancio, que estaba debilitado por fuera y desintegrado por dentro.

Relaciones de Bizancio con los turcos. Fundación del imperio búlgaro

El Imperio, en 1185, al ser derribado Isaac I y elevado al trono Isaac Ángel, estaba en una situación muy peligrosa. Los ejércitos normandos se acercaban por tierra a la capital, ante la que ya se hallaba la flota enemiga. Pero los normandos, envalentonados por su triunfo, dedicáronse al pillaje de las regiones ocupadas, menospreciando al ejército bizantino, y éste entonces les infligió una derrota, como consecuencia de la cual el enemigo hubo de abandonar Tesalónica y Dyrrachium. El fracaso de los normandos en tierra hizo que su escuadra abandonase las aguas de Constantinopla. Un tratado de paz entre Isaac Ángel y Guillermo II concluyó aquella guerra, tan peligrosa para Bizancio. Isaac Ángel pudo contener el peligro selyúcida del Asia Menor mediante ricos presentes y un tributo anual pagado al sultán turco.

El armisticio con los normandos, aunque transitorio, constituyó un gran éxito para Isaac Ángel. Los primeros

años del reinado de éste señaláronse, en la Península balcánica, por sucesos de extrema importancia para el Imperio.

Bulgaria, conquistada por Basilio II Bulgaróctonos en 1018, había sacudido, tras varias tentativas infructuosas, el yugo bizantino, fundándose en 1186 un nuevo Imperio búlgaro. En el éxito final del movimiento búlgaro ha de atribuirse predominante papel, no sólo a los eslavos, sino también al elemento turco —polovtzianos o kumanos— y al romano, es decir, valajo o rumano. Los valajos, en efecto, cooperaron activa y eficazmente al levantamiento de los búlgaros.

Al frente del alzamiento de Bulgaria se pusieron dos hermanos, Pedro o Kalopedro y Juan Asen, acaso descendientes de los antiguos zares búlgaros, si bien habían crecido entre los valacos y adoptado la lengua valaca. «En esos jefes —dice Vasilievsky— se unían y fundían las dos nacionalidades búlgara y valaca, cosa que se ve claramente en todos los relatos que poseemos de la lucha por la independencia. Los historiadores contemporáneos han insistido sobre este hecho»[190].

Hoy, ciertos historiadores búlgaros rechazan el origen rumano de los Asen y la participación rumana en la insurrección de 1186, viendo en la fundación del segundo reino búlgaro de Tirnovo una obra nacional búlgara exclusivamente[191].

El origen del levantamiento fue el descontento de los búlgaros contra el dominio bizantino, y el afán nacional de obtener la independencia. El éxito parecía fácil en aquel momento, ya que el Imperio sufría aún las repercusiones de las turbulencias de la época de Andrónico y de la revolución de 1185 y no podía oponerse a la insurrección con

suficientes medios. Nicetas Coniata atribuye ingenuamente la causa de la sublevación al descontento de los valacos, que se encolerizaron al verse privados de sus reses, que se destinaron a las fiestas efectuadas con motivo de las nupcias de Isaac Ángel con la hija del rey de Hungría[192].

Tras algunas derrotas causadas a los insurrectos búlgaros por los ejércitos bizantinos, Pedro, aquel «*renegado, aquel esclavo maldito*»[193], como decía Miguel Acominatos, metropolitano de Atenas) y su hermano entraron en tratos con los kumanos de allende el Danubio y los llamaron para que les auxiliasen contra el Imperio. La lucha fue difícil para Bizancio, y como consecuencia no tardó en firmarse un tratado.

Ya desde comienzos de la insurrección, Pedro había asumido el título y las insignias imperiales. La capital del nuevo Estado fue Tirnovo. Inmediatamente de proclamada la independencia política de Bulgaria, Pedro y Asen crearon una Iglesia nacional independiente[194]. El reino así fundado es conocido como Reino Búlgaro de Tirnovo[195].

A la vez que la insurrección búlgara, se producía un movimiento análogo en los territorios servios, donde el fundador de la dinastía de los Nemanya, el «*gran zupán*» (gran jefe) Esteban Nemanya, tras poner las bases de la unificación de Servía, entabló tratos de amistad con Pedro de Bulgaria a fin de pelear en común contra el emperador[196].

En 1189, Federico Barbarroja atravesó como cruzado la Península Balcánica, en dirección a Constantinopla. Servios y búlgaros proyectaron aprovechar tal momento para alcanzar su fin con ayuda de Federico. En Nisch, Federico recibió a los embajadores servios y búlgaros y al gran zupán en persona. Servios y búlgaros ofrecieron al emperador una alianza contra Bizancio, a condición de que Federico

permitiese a Servia anexionarse Dalmacia y conservar los territorios arrebatados a Bizancio, dejando, además, a los Asen en posesión definitiva de Bulgaria y asegurando a Pedro el título imperial.

Según parece, Federico continuó su camino sin dar contestación decisiva[197]. Vasilievsky observa al propósito: «Hubo un momento en que la resolución del problema eslavo en la Península balcánica estuvo en manos del emperador de Occidente. Barbarroja hallóse casi decidido a aceptar el concurso de los jefes servios y búlgaros contra Bizancio, lo que habría causado la ruina infalible del Imperio griego».[198]

Poco después del paso de los cruzados al Asia Menor, el ejército bizantino fue duramente batido por los búlgaros. El emperador eludió con trabajo la cautividad. «Las numerosas pérdidas de hombres —dice una fuente— llenaron las ciudades de lloros y las aldeas de cantos de amargura»[199].

En 1195 sobrevino en Bizancio el levantamiento que privó a Isaac del trono y de la vista y puso en su lugar a su hermano Alejo. Éste, pensando ante todo en mantenerse en el Poder, entabló negociaciones de paz con los búlgaros, quienes hicieron propuestas inaceptables. Poco después (1196) Asen, y después Pedro, murieron asesinados merced a las intrigas griegas. Juan, hermano menor de ambos, pasó a ser emperador de Bulgaria. Había vivido en Constantinopla como rehén y conocía perfectamente las costumbres griegas. Él fue el célebre emperador Kalojean, «terror de los griegos desde 1196, y más tarde de los latinos»[200].

Bizancio no pudo vencer al nuevo monarca búlgaro. Éste entró en relaciones con el Papa Inocencio III, quien le otorgó el título de rey. Los búlgaros reconocieron al Papa como jefe espiritual. El arzobispo de Tirnovo fue promovido a la

dignidad de Primado.

Así apareció, en tiempo de los Ángeles, un nuevo y poderoso rival: el soberano búlgaro. El segundo reino búlgaro, en continuo crecimiento durante la época de los Angeles, amenazó también al ulterior Imperio latino.

La tercera Cruzada. Enrique VI y sus proyectos en oriente

Después de la infructuosa segunda Cruzada, la situación de los Estados cristianos de Oriente continuó suscitando serios temores. Las luchas intestinas entre los príncipes, las intrigas cortesanas, las disputas de las órdenes religioso-militares y los intereses privados, constituían causas de debilidad para los cristianos y favorecían la nueva ofensiva de los musulmanes. Antioquía y Jerusalén —los centros más importantes de las posesiones cristianas— carecían de fuerzas suficientes para defenderse sin ayuda ajena. Nur-al-Din-Mahmud, enérgico soberano de Siria, se adueñó de Damasco y en la segunda mitad del siglo XII amenazó Antioquía. Pero el verdadero peligro provino de Egipto, donde el kurdo Saladino, jefe de talento y político sutil y de amplias miras, había derribado al último Fatimita, fundando la dinastía Eyubida. A la muerte de Nur-al-Din, Saladino conquistó Siria y gran parte de Mesopotamia, amenazando así el reino de Jerusalén por el este, el sur y el norte.

En aquella época Jerusalén era presa de turbulencias que Saladino no desconocía. Informado de que una caravana

muslime, con la que viajaba su hermana, había sido atacada por los cristianos, Saladino pasó la frontera del reino de Jerusalén y en 1187, junto al lago de Tiberíades, en Hittin (Hattin), batió a las tropas cristianas. El rey de Jerusalén y otros príncipes reinantes cayeron prisioneros. Saladino ocupó varias plazas del litoral, como Beirut, Sídón, Jaffa y otras, impidiendo de este modo la llegada de refuerzos a los cristianos. Después marchó sobre Jerusalén, que sin gran dificultad tomó en otoño del mismo año (1187). De manera que todos los sacrificios de Europa y todo su entusiasmo religioso no habían servido de nada. Jerusalén había pasado de nuevo a manos de los infieles y se imponía una Cruzada más.

El Papa la propugnó con actividad en Occidente, logrando ganar a sus opiniones a tres soberanos: Felipe Augusto, de Francia, Ricardo Corazón de León, de Inglaterra, y Federico Barbarroja. La expedición, iniciada con mucha brillantez, adoleció de falta de idea directriz. Los miembros de la Cruzada procuraron ante todo asegurarse buenas relaciones con los monarcas de los países que debían atravesar. Felipe Augusto y Ricardo pasaron por Sicilia, con cuyo rey debieron establecer relaciones amistosas. Barbarroja, que fue por la Península balcánica, entabló relación con el rey de Hungría, el gran zupán de Servia, el emperador Isaac Ángel, e incluso con el sultán de Iconion, enemigo de Saladino. Las combinaciones y cálculos políticos obligaban al monarca cristiano a no despreciar la alianza de un musulmán. Los cristianos tenían delante, no fuerzas musulmanas desunidas, como otras veces, sino un soberano valeroso y enérgico cual Saladino, ya cubierto de gloria por sus triunfos, en especial desde la toma de Jerusalén. Saladino reunía las fuerzas de Egipto, Palestina y Siria. Enterado de la proyectada Cruzada, Saladino excitó a los musulmanes a

luchar contra los cristianos, «perros aulladores» e «insensatos», según los llamaba en las cartas que dirigía a su hermano[201]. Organizóse una especie de Cruzada anticristiana. Según una leyenda medieval, Saladino, antes había recorrido Europa personalmente para informarse de la situación de los países cristianos[202]. Como dice un historiador, «jamás la Cruzada había revestido hasta entonces tan netamente el carácter de un singular combate entre cristianismo e islamismo»[203].

Barbarroja, tras cruzar Hungría sin tropiezo, se internó en los Balcanes, donde mantuvo con servios y búlgaros las conversaciones que ya dijimos.

Para poder continuar su camino, necesitaba Barbarroja establecer buenas relaciones con Isaac Ángel.

Desde la matanza de latinos en 1182, las relaciones de Bizancio con Occidente habían sido muy tensas. El acercamiento de Federico Barbarroja a los normandos, enemigos permanentes del Imperio bizantino, y cuyo acercamiento se expresó con el matrimonio del hijo de Federica con la heredera del rey de las Dos Sicilias, aumentó la desconfianza de Isaac hacia el emperador de Alemania. A pesar del tratado concluso en Nuremberg entre el embajador bizantino y Federico antes de que éste partiese para la Cruzada, Isaac Ángel inició negociaciones con Saladino, contra el que se dirigía la expedición. Aparecieron embajadores turcos en la corte de Isaac y se acordó una alianza contra el sultán de Iconion entre Isaac y Saladillo. El emperador debía estorbar en lo posible la marcha de Federico, y Saladino prometía devolver a los griegos los Santos Lugares. La actitud de Isaac ante Federico hízose muy equívoca. Las negociaciones de Federico con los búlgaros y los servios debían necesariamente inquietar al emperador.

Los cruzados de Federico ocuparon Filipópolis. Isaac, en la carta que escribió al emperador alemán, llamándole «rey de Alemania»[204] y dándose a sí mismo el título de «emperador de los romanos»[205], acusaba a Barbarroja de querer conquistar el Imperio griego, no obstante lo cual le ofrecía ayuda para cruzar el Helesponto camino del Asia Menor, siempre que Federico le dejase en rehenes algunos nobles alemanes y se comprometiera a entregar a Bizancio la mitad de las regiones que conquistara en Asia. Los embajadores alemanes que había en Constantinopla fueron reducidos a prisión y tan lejos llegaron las cosas, que Federico decidió conquistar Constantinopla. Incluso escribió a su hijo Enrique pidiéndole que juntase una flota en Italia y obtuviera del Papa que éste predicase Cruzada contra los griegos. Entre tanto, las tropas de Barbarroja, tras adueñarse de Adrianópolis, ocuparon Tracia, llegando casi a los muros de Constantinopla. Una fuente afirma que «toda la ciudad de Constantinopla temblaba de espanto al pensamiento de que su destrucción y el exterminio de sus moradores estaban cercanos»[206].

En tan difícil momento, Isaac cedió, llegando en Adrianópolis a un acuerdo con Federico. Las estipulaciones principales eran las siguientes: Isaac proporcionaría naves para el transporte de las fuerzas de Federico al Asia Menor, por el Helesponto; le daría rehenes y prometía dominar a los cruzados. En. otoño de 1190, los alemanes pasaron el Helesponto.

Sabido es que la expedición de Federico concluyó en un fracaso completo, Tras una marcha agotadora por el Asia Menor, los cruzados alemanes alcanzaron con trabajo las fronteras de Cilicia, donde el emperador se ahogó en un río (1190). Con Federico desaparecía uno de los enemigos mas peligrosos de Saladino.

La expedición de Felipe Augusto y Ricardo Corazón de León —que habían embarcado en Sicilia para arribar a Palestina por mar— no afectaba tanto los intereses de Bizancio. Sin embargo, al nombre de Ricardo se vincula para el Imperio de Oriente la pérdida definitiva de Chipre, punto estratégico importante en el Mediterráneo oriental.

Durante la tiranía de Andrónico I, Isaac Comneno se había proclamado independiente en Chipre y entrado en tratos con el rey de las Dos Sicilias. La tentativa, de Isaac Ángel para recuperar la isla no tuvo éxito. En el curso de su viaje, Ricardo de Inglaterra exasperóse ante la actitud del soberano de Chipre con las naves que conducían a la hermana y la prometida del rey inglés, naves que habían naufragado junto a las costas chipriotas. Ricardo desembarcó en Chipre y, tras batir y deponer a Isaac Comneno, dio la isla a Guy de Lusignan, ex rey de Jerusalén, quien así pasó a ser, en 1192, monarca de Chipre, donde fundó la dinastía de su nombre. Lusignan renunció a sus derechos, harto ilusorios, sobre el reino de Jerusalén, que no estaba entonces en manos cristianas. El nuevo Estado cristiano de Chipre debía más tarde, según parecía, desempeñar un importante papel como base estratégica para futuras operaciones cristianas en Oriente.

La expedición no logró fines prácticos. Los dos reyes volvieron a Europa sin haber obtenido resultados tangibles. Jerusalén seguía en manos musulmanas. Los cristianos sólo conservaron una estrecha faja del litoral, desde Jaira hasta Tiro. Saladino quedaba victorioso.

Grande había sido el peligro que amenazara a Bizancio bajo Federico Barbarroja, pero todavía creció con su hijo y sucesor Enrique VI. Éste, imbuido de la idea, tan grata a los Hohenstaufen, del poder ilimitado y divino de los

emperadores de Occidente, no podía mirar con buenos ojos a otro emperador que aspiraba a igual plenitud de poder, cual era el caso del monarca bizantino. Además, Enrique, heredero del reino de las Dos Sicilias como esposo de la princesa Constancia, heredaba a la par el odio de los normandos a Bizancio y sus planes de conquista. El destino de Enrique parecía consistir en ejecutar el proyecto que su padre no tuviera tiempo de llevar a cabo: la anexión de Bizancio al Imperio de Occidente. Enrique envió a Constantinopla una especie de ultimátum, exigiendo la entrega de los territorios balcánicos comprendidos entre Dyrrachium y Tesalónica, antes conquistados por los normandos y devueltos a los bizantinos. En la misma carta se hablaba de una indemnización pecuniaria de los daños sufridos por Barbarroja durante la Cruzada y se pedía un auxilio naval que Enrique emplearía en una expedición a Palestina[207]. Isaac no tuvo tiempo sino de expedir una embajada a Enrique, ya que en 1195 se vio depuesto y cegado por su hermano Alejo.

Tras esto la actitud de Enrique VI se tornó más amenazadora. Casó a su hermano, Felipe de Suabia, con Irene, hija del emperador depuesto, con lo que daba a éste esperanzas de recobrar el trono bizantino. Con Enrique VI, el nuevo emperador de Bizancio y debía temer, no sólo a un emperador occidental, sucesor de los soberanos normandos y los cruzados, sino también, y ante todo, «al vengador del emperador caído y su familia»[208]. La Cruzada que preparaba Enrique tenía por objetivo tanto Constantinopla como Palestina. Sus proyectos tendían a ocupar todo el Oriente cristiano, Bizancio incluso. Las circunstancias favorecían en apariencia sus ambiciones. Por entonces llegó a Enrique una embajada del soberano de Chipre, quien pedía el reconocimiento de su título real y deseaba ser «siempre

hombre (es decir, vasallo) del Imperio romano» (*homo imperii esse romani*)[209]. El soberano de la Armenia Menor se dirigió a Enrique con la misma petición de título real. De poder Enrique instalarse en Siria, le cabría, con ayuda de los Estados vasallos de Chipre y la Armenia Menor, amenazar por todas partes al Imperio bizantino.

En momento tan crítico para los bizantinos, el Papa tomó partido por ellos, comprendiendo bien que si se realizaban los sueños de monarquía universal (con inclusión de Bizancio) albergados por los Hohenstaufen, el Papado veríase reducido a eterna impotencia. En consecuencia el Papa hizo toda clase de esfuerzos para retener a Enrique y trabar sus planes de conquista del Imperio Oriental, cuya cismaticidad no parecía molestar tanto entonces al sucesor de San Pedro. El historiador Norden dice:

> «¿Qué podía significar para la Curia una conquista espiritual si debía comprarse al precio de la liquidación política del Papado?». Para la Santa Sede, a fines del siglo XII, lo esencial era que Bizancio conservase su independencia, ya fuese Estado católico o cismático, ya ocupase su trono un emperador legítimo o un usurpador[210].

De todos modos, Enrique envió a Alejo III una carta amenazadora, semejante a la enviada antes a Isaac. Alejo no pudo comprar la paz sino a costa de pagar a Enrique una gruesa cantidad de dinero. Para ello estableció en todo su Imperio un impuesto especial, que fue llamado «Alamánico» y utilizó los ornamentos valiosos de las tumbas imperiales de Constantinopla[211]. Sólo a tan humillante precio pudo obtener la paz. A fines de 1197 Enrique acudió a Mesina a fin de presenciar personalmente la partida de la Cruzada.

Reunióse una flota, enorme para la época. Es probable

que su destino fuera Constantinopla y no los Santos Lugares; pero en aquel momento Enrique, joven aun y pleno de energía, cayó enfermo y murió en el otoño de 1198. Con él se desplomaron sus vastos planes. Por segunda vez en corto tiempo, Oriente escapaba de manos de los Hohenstaufen. Bizancio recibió con júbilo la noticia de la muerte del emperador y del fin del «impuesto alamánico». Y también el Papa se sintió aliviado.

La actividad de Enrique VI, que demuestra el triunfo de los ideales políticos en las Cruzadas, tuvo la mayor importancia en el futuro de Bizancio: «Enrique VI planteó con claridad la cuestión del Imperio bizantino, cuya solución aparecería pronto como condición previa del éxito de las Cruzadas»[212].

Ciertos historiadores rehusan hoy admitir que Enrique VI soñase en una monarquía universal, haciendo notar que esa teoría sólo se funda en la autoridad de un historiador bizantino de la época, Nicetas Coniata, sin que las fuentes occidentales den sobre ese punto ningún testimonio. Pretenden, por tanto esos eruditos, que la tesis de Nicetas, acentuada por Norden y seguida por Bréhier, carece de fundamento. Según ellos, la Cruzada de Enrique VI era totalmente extraña a la política bizantina y el proyecto de Enrique VI de crear una monarquía bizantina debe situarse en el campo de la fábula[213]. Pero no podemos rechazar el testimonio del contemporáneo Nicetas Coniata, quien expone con toda precisión los planes ofensivos de Enrique contra Bizancio. Además, tal política era continuación y consecuencia de la de Federico Barbarroja, padre de Enrique, y bien sabemos que Barbarroja, durante la tercera Cruzada, estuvo a punto de apoderarse de Constantinopla[214]. A nuestro juicio, la política de Enrique VI no fue sólo la propia de un cruzado, sino también la de un hombre imbuido de la

ilusoria idea de crear una *monarquía universal*, cuya parte más importante desempeñaría Bizancio.

Bizancio y la cuarta Cruzada

La cuarta Cruzada es un fenómeno histórico de extrema complejidad, y donde se hallan intereses y sentimientos de variedad máxima. Tales son: un noble impulso religioso, la esperanza de recompensas en la vida futura, el deseo de cumplir proezas morales y la fidelidad a los compromisos contraídos con la Cruzada, todo ello mezclándose a un deseo de aventuras y lucro, a la pasión de los viajes y a la costumbre feudal del combate perpetuo. Pero en la cuarta Cruzada se advierte un rasgo original que, en rigor, ya se había manifestado en las expediciones precedentes: los intereses materiales y los sentimientos profanos tuvieron mucha preponderancia sobre los impulsos religiosos y morales, lo que demostró de manera rotunda la toma de Constantinopla por los cruzados y la fundación del Imperio latino.

A fines del siglo XII, y sobre todo en la época de Enrique VI, la influencia germánica era preponderante en Italia, y los planes orientales de Europa se habían revelado peligrosísimos para el Imperio de Bizancio. Tras la muerte inesperada de dicho soberano, las circunstancias cambiaron. Inocencio III, elegido Papa en 1198, se propuso restaurar en su plenitud la autoridad pontificia, minorada por la política de los emperadores de Alemania, y tomar la dirección del

movimiento cristiano contra el Islam. Italia se puso al lado del Papa en su lucha contra la dominación germánica. Inocencio III, viendo en los Hohenstaufen el principal enemigo de la Santa Sede y de Italia, sostuvo en Alemania a Otón de Brunswick, elegido por parte de los alemanes contra el Hohenstaufen Felipe de Suabia, hermano de Enrique VI. Parecía que los emperadores bizantinos podían encontrar en aquella ocasión momento excelente de aplicar los planes de los Comnenos: crear, en vez del Imperio alemán pretendidamente universal, un Imperio universal bizantino. Al menos, en ese sentido escribía el emperador Alejo III al Papa Inocencio III el año de la elección de este último: «Nosotros somos los dos poderes universales: la Iglesia romana, que es única, y el Imperio, único también, de los sucesores de Justiniano. Debemos, pues, unirnos y esforzarnos en oponernos al nuevo crecimiento del poderío de nuestro rival, el emperador de Occidente»[215]. En realidad, la difícil situación externa e interior de Bizancio no permitía presumir la realización de tan vastos proyectos.

Pero Inocencio III quería en Oriente un emperador no cismático. Así, abrió negociaciones con miras a la unión de las Iglesias. Los tratos arrastrábanse con lentitud y el Papa, irritado, amenazó a Alejo, en una carta, con apoyar los derecho, imperiales de la familia de Isaac[216], cuya hija, según vimos, había casado con el emperador alemán Felipe de Suabia. Pero Alejo III no consintió en la unión. En una de sus cartas llego a establecer el principio de que el poder imperial era superior al espiritual[217]. Tras esto, las relaciones de Roma y Bizancio tornáronse un tanto tirantes.

Mientras negociaba con Constantinopla y estimulaba combinaciones políticas en Alemania, Inocencio III desplegaba también intensa actitud en la preparación de una Cruzada general en que los cristianos orientales y

occidentales se reuniesen para el fin común de liberar los Lugares Santos. Se enviaron misivas pontificales a todos los soberanos cristianos. Legados pontificios recorrieron Europa, prometiendo a los cruzados la remisión de sus culpas y muchas ventajas profanas. Elocuentes predicadores entusiasmaban a las masas populares. En una de sus cartas, Inocencio, tras declarar la triste situación de Tierra Santa, expresa su indignación contra los soberanos y príncipes de su época, que se entregaban a sus placeres y a mezquinas querellas, añadiendo lo que los musulmanes —«paganos», dice el Papa— piensan y hablan de los cristianos: «Nuestros enemigos nos ofenden y dicen: ¿Qué es de vuestro Dios, que no puede librarse a sí mismo ni librar a vosotros de nuestras manos? Hemos profanado vuestros santuarios; hemos puesto las manos sobre los objetos de vuestra adoración; hemos atacado con furor los Santos Lugares; poseemos a pesar vuestro la cuna de la superstición de vuestros padres; hemos roto las lanzas de los francos, detenido los esfuerzos de los ingleses, la fuerza de los alemanes, el heroísmo de los españoles… ¿Cuál ha sido el resultado de todo el valor que habéis desplegado contra nosotros? ¿Dónde está vuestro Dios? ¡Que se alce y os ayude! ¡Qué muestre cómo sabe vengarse y defenderos! Ya no nos queda, después de la matanza de los defensores que habéis dejado en el país, sino atacar vuestro territorio, para aniquilar vuestro nombre y todo recuerdo de vosotros. ¿Qué podemos replicar a semejantes ataques? ¿Cómo responder a tales afrentas? Porque lo que ellos dicen es, en parte, la misma verdad… Mientras los paganos se esparzan impunemente por todo el país, los cristianos no osarán salir de sus ciudades. Y no pueden permanecer en ellas sin temblar. Fuera les espera la espada; dentro están helados de terror»[218].

Entre los soberanos occidentales de alguna importancia,

ninguno respondió a la llamada de Inocencio III. Felipe Augusto de Francia estaba entonces excomulgado a causa del repudio de su mujer; el rey inglés, Juan Sin Tierra, que acababa de subir al trono, se veía harto ocupado por su lucha contra los barones, y el conflicto surgido en Alemania entre Otón de Brunswick y Felipe de Suabia no permitía a ninguno de ambos salir del país. Sólo el rey de Hungría tomó la cruz. En cambio, la flor de la caballería occidental, sobre todo la del norte de Francia, se alistó en la expedición. Teobaldo, conde de Champaña, Balduino de Flandes, Luis de Blois y muchos otros tomaron la cruz. Había «en el ejército cruzado muchos franceses, flamencos, sicilianos, ingleses y alemanes. Pero el personaje principal de la expedición fue el dux de Venecia, Enrique Dándolo, veneciano típico por su alma y por su carácter. Aunque al llegar al Poder tuviese ochenta años o acaso más, parecía un joven por su actividad desbordante, su inflamado patriotismo y su clara comprensión de los fines esenciales, sobre todo económicos, que interesaban a Venecia. Cuando se trataba de la grandeza y ventaja de la República de San Marcos, Dándolo no reparaba en medios. Ducho en el arte de manejar a los hombres, dotado de mucha prudencia y gran dominio de sí mismo, era notable estadista, sutil diplomático y hábil mercader a la par[219]. Al empezar la cuarta Cruzada, las relaciones veneciano-bizantinas no eran especialmente cordiales. La leyenda dice que Dándolo, treinta años atrás, estando en Constantinopla como embajador, había sido cegado a traición por los griegos con ayuda de un espejo cóncavo que reflejaba intensamente los rayos del Sol, lo que fue causa del odio profundo de Dándolo a Bizancio. De hecho, la rivalidad y desconfianza mutua de Bizancio y Venecia tenía causas más hondas». Dándolo, consciente de la importancia que los países orientales, cristianos o

musulmanes, con sus innumerables riquezas, tenían para la prosperidad económica de la República, fijó su atención en el más inmediato rival de Venecia: Bizancio. Exigió, pues, que todos los privilegios mercantiles obtenidos por Venecia del Imperio y rebajados algo por los últimos Comnenos, a contar de Manuel, fuesen restablecidos en toda su integridad. Dándolo pensaba sobre todo en los hechos que ya conocemos: prisión de los mercaderes venecianos, embargo de sus navíos, confiscación de sus bienes en tiempos de Manuel y matanza de latinos en 1182. Por ende, el dux no podía aceptar la idea de que, tras largos años de monopolio comercial veneciano en el Imperio, otras ciudades italianas —Pisa y Génova— hubiesen obtenido privilegios también, lesionando la prosperidad comercial veneciana. Poco a poco, el previsor y astuto Dándolo concibió el proyecto de conquistar Bizancio, a fin de asegurar en definitiva a Venecia el mercado oriental. Como Inocencio III, Dándolo amenazó a Alejo III con sostener los derechos al trono del hermano del emperador, es decir, de Isaac Ángel.

De manera que en los preliminares de la cuarta Cruzada había dos personajes en primer plano: el Papa Inocencio III, representante del elemento religioso de la expedición y que deseaba vivamente arrancar los Santos Lugares de manos muslimes, así como la unión con la Iglesia oriental; y el dux Enrique Dándolo, representante del principio profano y que ponía ante todo los Intereses materiales y mercantiles. Otras dos personas tuvieron gran influjo en el curso de la expedición: el príncipe bizantino Alejo, hijo de Isaac Ángel, y que había huido de Constantinopla a Occidente, y Felipe de Suabia, emperador de Alemania, casado con la hija de Isaac Ángel y hermana del príncipe Alejo. Luego hablaremos del papel desempeñado por estas dos personalidades.

Eligióse jefe del ejército cruzado a Teobaldo de Champaña, quien gozaba de general estima, tenía gran popularidad y era en cierto modo el alma de la empresa. Pero, con gran desconsuelo de todos, Teobaldo murió súbitamente antes de iniciarse la Cruzada. Entonces eligióse un nuevo jefe: Bonifacio de Monferrato. Así pasó la dirección de la Cruzada de manos de los franceses a las del príncipe italiano.

Palestina, como sabemos, pertenecía entonces a la dinastía egipcia de los Eyunidas. A fines del siglo XII, muerto el gran Saladino, se habían producido entre los mahometanos luchas y choques. Tal situación parecía deber facilitar la tarea de los cruzados. Al comenzar la cuarta Cruzada, las bases principales de los latinos en Oriente eran los dos grandes centros industriales de Antioquía y Trípoli y la fortaleza costera de San Juan de Acre.

Los cruzados debían reunirse en Venecia, cuya República, a cambio de una suma de dinero, les había ofrecido transportarlos en sus naves. El fin inmediato de la expedición era Egipto, del cual dependía entonces Palestina. Queríase conquistar primero Egipto para obtener luego con más facilidad la restitución de Palestina. Pero Venecia no accedió a transportar a los cruzados hasta que éstos no pagasen por entero el coste de la travesía. Los cruzados no poseían dinero bastante y entonces Dándolo les propuso librarlos del pago convenido si le ayudaban a conquistar la ciudad de Zara (Zadr) en el litoral dálmata del Adriático. Zara se había separado de Venecia poco antes, entregándose al rey de Hungría. Aunque éste, como dijimos, había tomado la cruz, y aunque Zara participaba también en la expedición, los cruzados, sin vacilar, embarcaron rumbo a Zara. De este modo, la empresa contra los infieles empezaba por el asedio

de una ciudad donde habitaban cruzados. A pesar de la ira del Papa y de las amenazas de excomunión que dirigió a los expedicionarios, éstos entraron en Zara por asalto, saqueándola y entregándola a Venecia. Un crucifijo que los habitantes de la población expusieron en las murallas no contuvo los atacantes. Un historiador comenta: «¡Buen principio de una Cruzada!»[220] La torna de Zara, que asestó un golpe sensible al prestigio de los cruzados, dio a Dándolo su primera victoria.

Sabedor de la toma de Zara y de las quejas del rey de Hungría contra los cruzados, el Papa los excomulgó. «En vez de ganar la Tierra Prometida —les escribía— · *estáis sedientos de la sangre de vuestros hermanos.* Satán, el seductor universal, os ha engañado… Los habitantes de Zara habían expuesto crucifijos en sus muros. Sin ver al Crucificado, asaltasteis la ciudad y la obligasteis a rendirse… Temed el anatema, deteneos en esa obra de ruina y devolved al rey de Hungría lo que le habéis tomado. Sabed que, cuando no, incurrís en excomunión y perdéis todas las ventajas prometidas a los cruzados»[221].

Las amenazas y excomunión papales no produjeron efecto alguno a los venecianos. Pero los cruzados —los «francos»— apelaron a todos los medios para anular la excomunión. El Papa, compadeciéndoles, perdonólos al fin, si bien persistió excomulgando a los venecianos. Mas, como no prohibió expresamente a los cruzados que tuviesen relaciones con los venecianos, continuó la acción común de unos y otros.

Durante el asedio y torna de Zara entró en acción un nuevo personaje en la historia de la cuarta Cruzada: el príncipe bizantino Alejo Ángel, quien, tras huir de la prisión, había marchado a Occidente en busca de socorros que

restauraran en el trono a su desgraciado padre. Tras una infructuosa entrevista con el Papa, el príncipe pasó a Alemania, en busca de Felipe de Suabia, esposo de Irene, hermana de Alejo. Con palabras de Nicetas Coníata (Choniates), Irene pidió a su marido que ayudase a su hermano, quien «sin albergue ni patria, como las estrellas fugaces, nada tenía con él, sino su propio cuerpo»[222]. Felipe, ocupado entonces en la lucha contra Otón de Brunswick, no pudo proporcionar al príncipe un socorro material apreciable. No obstante envió a Zara una embajada pidiendo a Venecia y a los cruzados que ayudasen a Isaac y a su hijo Alejo a reocupar el trono bizantino. A cambio de tal socorro, el príncipe, en lo religioso, prometía someter Bizancio a Roma y, ello aparte, pagar a los cruzados una fuerte suma de dinero y participar personalmente en la Cruzada una vez restaurado su padre en el trono.

Esto introducía posibilidades de cambio en la dirección y carácter de la empresa. El dux Dándolo comprendió enseguida las ventajas que la propuesta de Felipe podía tener para el comercio veneciano. El dux, que debía desempeñar parte esencial en la expedición contra Constantinopla y en la restauración del emperador depuesto, veía abrirse ante él nuevas perspectivas. Pero los cruzados, al principio, no consintieron en aquel desvío de propósitos y exigieron que la expedición no se apartara de su plan primitivo. De todos modos llegóse al fin a un acuerdo.

La mayoría de los cruzados resolvió participar en la campaña contra Constantinopla y luego dirigirse a Egipto. En consecuencia, Bizancio y los cruzados firmaron en Zara un pacto concerniente a la conquista de Constantinopla. El príncipe Alejo en persona se presentó en el campamento de Zara. En mayo de 1203, la flota que transportaba a Dándolo, Bonifacio de Monferrato y el príncipe Alejo, partió de Zara y

arribó, un mes después, a las aguas de Constantinopla.

Una crónica rusa de Novgorod, donde se conserva un detallado relato (aun no estudiado suficientemente) de la cuarta Cruzada, de la toma de Constantinopla por los cruzados y de la fundación del Imperio latino, observa: «*Los francos y todos sus jefes amaban el oro y la plata que les había prometido el príncipe Alejo y olvidaron las prescripciones del emperador y del Papa*»[223].

De manera que la opinión rusa acusaba a los cruzados de haberse apartado de su camino primitivo. El sabio contemporáneo P. Bitsilli, que ha estudiado ese relato de la crónica de Novgorod, le atribuye un gran valor y nota que da una *teoría* particular que explica la expedición de los cruzados contra Bizancio. Según tal teoría, la «expedición fue resuelta *en común* por el Papa y Felipe de Suabia, lo que *ninguna* fuente occidental menciona»[224].

El problema de la desviación de la cuarta Cruzada ha hecho correr mucha tinta. La atención de los eruditos se ha dirigido a las causas de ese cambio de itinerario. Unos explican el extraordinario desarrollo de la empresa por circunstancias fortuitas, siendo así representantes de la llamada «Teoría ocasional», mientras otros eruditos consideran lo ocurrido una consecuencia de la deliberada voluntad de Venecia y Alemania y apoyan, por tanto, la «teoría de la premeditación»[225].

Antes de 1860 no había existido discusión sobre tal punto. Todos los historiadores se atenían más o menos a la principal fuente occidental relativa a la cuarta Cruzada: la obra del cronista francés Godofredo de Vilehardouin, que participó en la expedición. En este relato los hechos se desarrollan de manera sencilla y casi accidental. De él se desprende que los cruzados, careciendo de naves, las

alquilaron a los venecianos, lo cual les obligó a congregarse en Venecia. Una vez alquilados los barcos no pudieron pagar su precio y tuvieron que ayudar a los venecianos a la conquista de Zara. Tras esto apareció el príncipe Alejo, quien convenció a los cruzados, arrastrándoles a la conquista de Constantinopla. Así, no habría traición veneciana ni intriga política.

Pero en 1861, el historiador francés Mas Latrie, autor de una célebre historia de Chipre, acusó por primera vez a Venecia, que tenía importantes intereses mercantiles en Egipto, de haber concluido un tratado secreto con el sultán de ese país, y de haber decidido a los cruzados a abandonar su plan primitivo, dirigiéndose contra Bizancio[226]. Luego el bizantinólogo alemán C. Hopf pareció demostrar en definitiva que Venecia había traicionado la causa cristiana. Hopf sostenía que el tratado de Venecia con el sultán fue ultimado el 19 de mayo de 1202[227]. Hopf tuvo a bien no citar el texto ni indicar dónde se encontraba; pero la autoridad de este historiador era tan grande que nadie opuso dudas. Sin embargo, poco después se advirtió que Hopf no poseía documentos al propósito y había establecido la fecha con arbitrariedad. El francés Hanotaux, estudiando de nuevo el asunto, refutó la acusación de deslealtad dirigida a los venecianos, y con esto la teoría «premeditatoria». En opinión del mismo historiador, los venecianos tuvieron fáciles motivos para desviar la Cruzada: el deseo de someter Zara a su dominio, el de restaurar a su candidato en el trono bizantino, el de vengarse de Bizancio y de la benevolencia de Alejo III con los písanos, y acaso la esperanza de obtener ventajas, en caso de desintegración del Imperio[228]. En todo caso, la teoría de Hopf puede hoy considerarse rechazada y parece que, si los venecianos traicionaron los fines de la expedición, no fue por tratado con el sultán, sino con miras

a sus intereses comerciales en el Imperio bizantino.

Los representantes de la teoría premeditatoria no se han contentado con esforzarse en probar la traición de Venecia. En 1875 apareció un nuevo motivo, aportado en especial por el francés conde Riant, quien quiso demostrar que el principal responsable de la Cruzada no era Dándolo, sino Felipe de Suabia, emperador alemán no reconocido por Inocencio III[229]. Según Riant, urdióse en territorio de Alemania una hábil intriga, tendente a encaminar a los cruzados hacia Constantinopla. El ejecutor de los planes de Felipe en Oriente fue Bonifacio de Monferrato. En el cambio de objetivo de la expedición, Riant ve un episodio de la lucha secular del Papado y el Imperio. Con su papel dirigente en la expedición, Felipe humillaba al Papa y a su ideal de Cruzada. Además, al hallar un aliado en el reinstaurado emperador bizantino, Felipe podía esperar una victoria en su lucha con el Papa y contra su rival Otón de Brunswick[230].

Mas la teoría de Riant ha sido refutada por el ruso V. G. Vasilievsky, quien prueba que la huida del príncipe Alejo a Occidente no se produjo en 1201, como creían todos los historiadores, sino en 1202. No habría, pues, quedado tiempo a Felipe para «una compleja intriga política premeditada a distancia» y «la intriga alemana quizá sea un fantasma como la veneciana»[231]. A estos trabajos científicos ha de añadirse el concienzudo estudio escrito por J. Tessier sobre la expedición y donde el sabio francés, fundándose en el examen crítico de las fuentes contemporáneas, rechaza la teoría del papel exclusivo del emperador de Alemania y torna a la opinión que da valor al relato de Villehardouin, o sea a la teoría ocasionalista imperante antes de 1860. J. Tessier declara que la cuarta Cruzada fue una Cruzada francesa y la conquista de Constantinopla una empresa francesa y no veneciana ni alemana[232]. ¿Qué queda, pues, de

la teoría de la «premeditación», sostenida por Riant? Sólo el hecho de que Felipe de Suabia participó en el cambio de itinerario y que, como Enrique VI, abrigó pretensiones sobre el trono oriental. Pero las fuentes no permiten hablar de un sutil plan director que hiciera cambiar la suerte de la cuarta Cruzada.

En 1898-1903 el historiador alemán W. Norden refutó en definitiva la teoría «premeditatoria», uniéndose en principio a la «ocasionalista». Norden ha sabido profundizar esta última y estudiado la cuarta Cruzada dentro del cuadro de las relaciones de Occidente con Oriente, procurando descubrir la íntima relación existente entre la cuarta Cruzada y la historia del siglo y medio que la precedió[233].

En resumen, es obvio que intervinieron diversos factores en la compleja historia de la cuarta Cruzada: el Papado, Venecia y el Imperio, en Occidente: la situación externa e interior de Bizancio, en Oriente. Estos diversos elementos se entremezclaron e influyeron mutuamente, creando un fenómeno complicado y no esclarecido aun en nuestros días. El historiador francés Luchaire dice que la verdad a ese respecto «no se sabrá jamás, y la ciencia tiene mejores cosas que hacer en vez de discutir un problema insoluble»[234].

Pero el conjunto estuvo dominado por la fuerte personalidad de Dándolo y su inquebrantable voluntad de acrecer la actividad mercantil de Venecia, a la que la posesión de los mercados de Oriente ofrecía incalculables riquezas y un brillante porvenir. Dándolo, además, se inquietaba viendo aumentar la riqueza de Génova, que empezaba a poner pie en el Cercano Oriente y en particular en Constantinopla. La rivalidad mercantil entre Venecia y Génova es factor que no debe omitirse al estudiar la cuarta Cruzada[235]. Y el no haber sido pagada la deuda bizantina a

Venecia (deuda cuyo origen estaba en la confiscación de los bienes venecianos por Manuel Comneno), fue cosa no extraña sin duda al desviamiento de la expedición[236].

A fines de junio de 1203, la flota de los cruzados apareció ante Constantinopla, que a los ojos de los occidentales recordaba entonces «la famosa Sibaris, conocida por la molicie de sus habitantes»[237].

El francés Villehardouin describe así la honda impresión causada por la capital sobre los cruzados: «Podéis imaginar la atención con que miraron Constantinopla aquellos que no la habían visto nunca, porque no hubieran pensado jamás que pudiese haber en el mundo ciudad tan rica cuando vieron aquellos altos muros y aquellas ricas torres que la rodeaban, y aquellos ricos palacios y aquellas altas iglesias, de lo cual había tanto que nadie hubiera podido creerlo de no verlo con sus propios ojos, y la longitud y anchura de la ciudad que era soberana de todas… Y sabed que no había hombre tan valeroso que no le temblase el cuerpo, y ello no es maravilla, porque nunca habíase emprendido obra tan grande desde que el mundo existe»[238].

La bien fortificada capital parecía en condiciones de defenderse de los cruzados, que no eran muy numerosos. Pero ellos, tras desembarcar en la orilla europea y apoderarse del arrabal de Calata, en la ribera izquierda del Cuerno de Oro, forzaron la cadena de hierro que defendía la entrada de éste, penetraron en el puerto y quemaron varías naves bizantinas. A la vez los caballeros asaltaban el recinto de la ciudad. Aunque hallaron una resistencia enconada, sobre todo en los mercenarios variagos, los cruzados tomaron la ciudad en julio. Alejo III, hombre sin voluntad ni energía, huyó llevándose los tesoros públicos y las joyas de la Corona. Isaac II fue libertado y restablecido en el trono y

su hijo Alejo, fue proclamado coemperador con el nombre de Alejo IV. Aquél fue el primer asedio y toma de Constantinopla por los cruzados, y tenía por fin restaurar a Isaac en el trono de Bizancio.

Una vez restablecido Isaac, los cruzados, con Dándolo a su cabeza, exigieron el cumplimiento de las promesas del hijo del emperador, es decir, el pago de una fuerte suma y la incorporación de Alejo IV a la Cruzada. En esta última condición insistían mucho los caballeros occidentales. Alejo IV supo persuadir a los cruzados de que no permaneciesen en Constantinopla, sino que acamparan en el arrabal, y, no pudiendo pagarles todo lo prometido, pidióles un aplazamiento. Esto motivó cierta tensión entre latinos y bizantinos. En la ciudad crecía el descontento contra la política de los emperadores, que sacrificaban a los cruzados los intereses públicos. Estalló una rebelión y al empezar el año 1204 fue proclamado monarca el ambicioso Alejo Ducas Murzuflo, quien depuso a Isaac II y Alejo IV. El primero de estos murió a poco en la prisión y Alejo IV fue estrangulado por orden de Murzuflo.

Murzuflo, conocido como Alejo V, era hechura del partido popular, hostil a los cruzados. Éstos no tuvieron con él relación alguna y después de la muerte de Isaac y Alejo IV se consideraron libres de todo compromiso con el Imperio. Era inevitable un conflicto entre griegos y cruzados. Los occidentales concibieron el plan de apoderarse de Constantinopla, ahora por su propia cuenta. En marzo de 1204 se firmó un tratado entre Venecia y los caballeros acerca del reparto del Imperio una vez ocupado. El tratado empezaba con estas imponentes expresiones: «*Ante todo debemos, proclamando el nombre de Cristo, conquistar la ciudad a mano armada*»[239]. Las cláusulas principales eran las siguientes: habría un Gobierno latino en la ciudad

tomada y el botín se repartiría con arreglo a ciertos convenios. Un consejo de seis venecianos y seis franceses elegiría emperador al que mejor supiese gobernar el país a «gloria de Dios y de la Santa Iglesia romana y del Imperio»[240]. El emperador poseería un cuarto de las conquistas hechas en la capital y fuera de ella, así como dos palacios en Constantinopla. Los tres cuartos restantes se distribuirían por igual entre Venecia y los caballeros. La posesión de la iglesia de Santa Sofía y la elección de patriarca estarían en manos del bando a que no perteneciese el emperador. Todos los caballeros que recibiesen territorios prestarían juramento de vasallaje al monarca. Únicamente el dux Dándolo estaría libre de todo compromiso al efecto[241]. Sobre tales bases debía reposar el futuro Imperio latino.

Una vez establecidas las condiciones de reparto del Imperio, los cruzados iniciaron el ataque por mar y tierra. La capital defendióse varios días con desesperación. Pero el 13 de abril de 1204 fue el día fatal en que los cruzadas se adueñaron de Constantinopla. El emperador Murzuflo, temeroso de ser apresado y caer —según dice una fuente— como una golosina o postre en la boca de los latinos[242], huyó. Constantinopla pasó a manos de los cruzados. La capital del Imperio bizantino se hundía «bajo los golpes de la cuarta Cruzada, aquella expedición de criminales filibusteros»[243].

El contemporáneo Nicetas Coniata, al escribir tales sucesos, empieza con estas palabras: «¡En qué estado de ánimo debe naturalmente encontrarse el que ha de relatar las desgracias publicas que han herido a esta reina de las ciudades durante el reinado de los ángeles terrestres (la dinastía de los Ángeles)!»[244].

Tomada que fue la ciudad, los latinos la sometieron

durante tres días a depredaciones de crueldad inaudita, saqueando los tesoros acumulados en Constantinopla durante siglos. Ni los templos, ni los objetos sacros, ni los monumentos, ni las propiedades privadas escaparon al pillaje. Además de los caballeros occidentales y sus soldados, participaron en la rapiña monjes y abades latinos.

Nicetas Coniata, testigo ocular de la toma y del saqueo de Constantinopla, presenta un cuadro impresionante de los latrocinios, violencias, sacrilegios y ruinas cometidos por los cruzados en la capital. Los mismos musulmanes habían sido menos implacables con los cristianos al tomar Jerusalén que lo eran aquellos hombres que se proclamaban soldados de Cristo[245]. Poseemos otra emocionante descripción del saqueo de Constantinopla por los cruzados, descripción debida al testigo ocular Nicolás Mesaritas, metropolitano de Éfeso e incluida en la oración fúnebre que escribió al morir su hermano mayor[246].

En aquellos tres días fueron destrozados muchos monumentos artísticos, saqueadas las bibliotecas, destruidos numerosos manuscritos. Santa Sofía fue saqueada sin miramiento alguno. «Nunca desde que el mundo fue creado —observa Villehardouin— se ganó tanto (botín) en una ciudad»[247]. Una crónica rusa de Novgorod se extiende sobre todo en la pintura del pillaje de iglesias y monumentos[248]. Las «cronografías» rusas mencionan también el saqueo de 1204[249].

El botín fue repartido entre eclesiásticos y seglares. A raíz de aquella rapiña toda la Europa occidental se enriqueció con los tesoros llevados de Constantinopla. Hubo pocas iglesias de Occidente que no recibieran sacras reliquias procedentes de Constantinopla[250]. La mayoría de esas reliquias, conservadas en los conventos franceses,

fueron destruidas durante la Revolución. Cuatro antiguos caballos de bronce, el más bello ornamento del hipódromo constantinopolitano, fueron llevados por Dándolo a Venecia, donde decoran hoy la iglesia de San Marcos.

Nicetas Coniata dirige en sus escritos un largo y conmovedor discurso a la ciudad caída, imitando las «Lamentaciones de Jeremías» y los «Salmos». Empieza así: «¡Oh, ciudad, ciudad! ¡Ojo de todas las ciudades, tú de la que se habla en todo el Universo, espectáculo superior al mundo! Ciudad nutricia de todas las iglesias, cabeza de la fe, guía de la ortodoxia, protectora de la instrucción, receptáculo de todos los beneficios. Tú has bebido la copa de la cólera divina y has sido visitada por un fuego más terrible que el que se abatió antaño sobre cinco ciudades…»[251]

A la toma de Constantinopla se vincula en cierta medida un problema exterior del que no hemos hablado aún: el de las relaciones búlgarobizantinas. Va sabemos que en 1186, Bulgaria, sacudiendo el yugo bizantino, creó el segundo reino búlgaro. Los *zares búlgaros*, a fines del siglo XII, no sólo habían librado a Bulgaria de los bizantinos, sino extendido su poder a costa del Imperio y se habían apoderado de algunas ciudades de Tracia y Macedonia. De modo que en vísperas de la conquista latina Bulgaria se convirtió en un peligroso y potente Estado balcánico. Por eso Bizancio no pudo retirar de los Balcanes sus tropas europeas y llevarlas a Constantinopla para resistir a los latinos. Las concesiones de Isaac y su hijo Alejo a los latinos, y la diligencia con que aceptaron todas sus condiciones pueden, en cierta medida, explicarse por la inminencia del peligro búlgaro al norte. De modo que las relaciones eslavobizantinas desempeñaron igualmente un papel de importancia en la historia de la cuarta Cruzada[252].

Los vencedores se hallaban ante una labor difícil: necesitaban organizar los territorios conquistados. Se decidió establecer un Imperio análogo al existente antes. Y se analizó el aspecto crucial de la elección de emperador. El candidato que parecía tener más probabilidades era Bonifacio de Monferrato, jefe de la Cruzada, como sabemos. Pero contra esta candidatura se levantó Dándolo, considerando a Bonifacio demasiado poderoso y opinando que sus posesiones italianas estaban demasiado cerca de Venecia. Bonifacio, pues, fue eliminado como candidato. Dándolo, dux de Venecia, es decir, jefe de una República, no podía aspirar a la corona imperial. Los electores se fijaron —influidos por Dándolo— en Balduino, conde de Flandes, cuyas posesiones estaban lejos de Venecia y cuyo poder era menor que el de Monferrato. Balduino fue nombrado emperador y coronado solemnemente en Santa Sofía.

Al ascender Balduino al trono vivían aun dos emperadores griegos: Alejo Ángel y Alejo Ducas Murzuflo, y además, Teodoro Láscaris, déspota de Nicea. Balduino consiguió ganar a su causa a los partidarios de los dos emperadores. Luego hablaremos de las relaciones del Imperio latino con Teodoro Láscaris, fundador de la dinastía de Nicea.

Una vez elegido emperador, surgió una cuestión compleja: la distribución de los territorios conquistados. «El reparto del Imperio romano» (*Partitio Romaniae*, ya que latinos y griegos llamaban así con frecuencia *al Imperio oriental*) se realizó, en conjunto, sobre las bases del acuerdo de marzo de 1204, que ya expusimos[253].

Constantinopla fue distribuida entre Balduino y Dándolo. El emperador recibió cinco octavas partes de la ciudad y los otros tres octavos, con Santa Sofía, fueron dados

a Venecia. Además, Balduino obtuvo la Tracia meridional y una pequeña parte del norte del Asia Menor (costas del Bósforo, mar de Mármara y Helesponto), con algunas islas en el Egeo (Lesbos, Quío, Saraos y varias otras). De modo que entrambas riberas del Bósforo y el Helesponto pertenecían a Balduino.

Bonifacio de Monferrato recibió, en vez de las regiones que se le prometieran en Asia Menor como compensación de la corona imperial, Tesalónica, la región circundante y el norte de Tesalia. Fundó allí el reino de Tesalónica, bajo la soberanía de Balduino.

Venecia se aseguró una parte leonina en la distribución del Imperio romano. Consiguió algunos puntos en el litoral Adriático, como Dyrrachium; las islas Jónicas; la mayoría de las islas Egeas; varios lugares en el Peloponeso; Creta y algunos puertos de Tracia, así como Gallípoli, sobre el Helesponto, y diversas plazas en el interior de Tracia. Según toda probabilidad, Dándolo tomó el título bizantino de «*déspota*». Quedó, además, exento de vasallaje a Balduino, y se dio el nombre de «*Señor de un cuarto y medio del Imperio romano*», es decir de sus tres octavas partes (*quartae partís et dimidiae totius imperii Domaniae dominator*), título que conservaron los dux hasta mediados del siglo XIV. En virtud del acuerdo establecido, la iglesia de Santa Sofía pasó a manos del clero de Venecia, y el veneciano Tomás Morosini fue elegido patriarca latino de Constantinopla. Nicetas Coniata, partidario convencido de la Iglesia ortodoxa grecooriental, traza un malévolo retrato de Morosini[254].

Las adquisiciones hechas por Venecia indican que ésta ocupaba en el nuevo Imperio latino, muy débil en comparación a la poderosa República, una situación preponderante. La parte más rica de las posesiones

bizantinas pasaba a manos de la República de San Marcos: así, los mejores puertos, los puntos estratégicos más importantes, muchas regiones fértiles y todo el camino marítimo de Venecia a Constantinopla se encontraron en poder de la República. La cuarta Cruzada, al crear un «*Imperio colonial*» veneciano en Oriente, dio a Venecia ventajas mercantiles incalculables y la elevó al apogeo de su poder político y económico. Era un triunfo de la política hábil, reflexiva, imperialista y patriótica del dux Dándolo.

El Imperio latino se organizó sobre bases feudales. El territorio conquistado fue dividido por el emperador en feudos más o menos extensos, cuyos posesores debían prestar juramento de vasallaje al emperador.

Bonifacio de Monferrato, rey de Tesalónica, cruzó Tesalia, hacía el sur, y tomó Atenas. Ésta, en la Edad Media, era una abandonada y pequeña población de provincias, donde, sobre la Acrópolis, en el antiguo Partenón, se hallaba un templo cristiano consagrado a la Virgen. Al producirse la conquista latina era arzobispo de Atenas, treinta años hacía, Miguel Acominatos, hermano del historiador y autor de una rica obra literaria que incluye discursos, poesías y cartas que nos dan informes preciosos sobre la historia interior del Imperio en la época de los Comnenos y de los Ángeles, y sobre la situación de Atenas y el Ática en la Edad Media. Tales regiones aparecen pintadas de modo muy sombrío en los escritos de Miguel: una población bárbara —acaso eslava —, una lengua tosca en los contornos de Atenas, el Ática abandonada, unos moradores miserables. «*Habiendo vivido mucho tiempo en Atenas, me he convertido en bárbaro*», escribe. A veces compara con el Tártaro la ciudad de Feríeles[255]. Celoso bienhechor de Atenas, Miguel había consagrado muchos desvelos y años a sus míseras ovejas. Cuando comprendió la esterilidad de toda resistencia a las

tropas de Bonifacio, se alejó de su sede y pasó el resto de sus días en una isla cercana a las costas del Ática, viviendo en retiro y soledad. Los latinos tomaron Atenas, ciudad que Bonifacio dio, en unión de Tebas, a condición de vasallaje, al conde de Borgoña, Otón de la Roche, quien recibió el título de duque de Atenas y Tebas (*dux Athenarum atque Thebarum*). La iglesia de la Acrópolis pasó a manos del clero latino.

Mientras en Grecia central se fundaba el ducado tebano-ateniense, en Grecia meridional, es decir, en el antiguo Peloponeso —a menudo llamado con el nombre, de enigmático origen, de Morea— los franceses formaban el principado de Acaya.

Godofredo de Villehardouin, sobrino del célebre historiador, al saber, hallándose en las cercanías de la costa siria, la toma de Constantinopla, apresuróse a partir hacia la capital. Pero el viento desvióle de su dirección, llevándole a las playas meridionales del Peloponeso, donde desembarcó, conquistando parte del país. Luego, comprendiendo que no podría mantenerse allí con sus propios recursos, pidió ayuda a Bonifacio, rey de Tesalónica, quien, como sabemos, estaba en el Ática. Bonifacio autorizó al francés Guillermo de Champlitte, miembro de la familia de los condes de Champaña, a conquistar la Morea. En dos años, Guillermo y Villehardouin sometieron todo el país. De este modo el Peloponeso bizantino se convirtió, a principios del siglo XIII, en el principado francés de Acaya, teniendo por jefe al príncipe Guillermo. El dominio fue organizado feudalmente, dividiéndose en doce baronías. Después de Guillermo, el poder pasó por algún tiempo a la familia Villehardouin. La corte del príncipe de Acaya se distinguía por su magnificencia y, según un cronista, «parecía más grande

que la corte de cualquier gran rey»[256]. Según otro testigo contemporáneo, «allí se hablaba francés tan bien como en París»[257].

Veinte años después de la fundación de los Estados feudales latinos en territorio de Bizancio, el Papa, en carta enviada a Francia, menciona la creación en Oriente de una especie de *Nueva Francia* (*Ibique noviter quasi Nova Francia est creata.*)[258]

Los señores feudales del Peloponeso construyeron castillos con torres y murallas, al estilo de la Europa occidental. El mejor conocido es el de Mistra, sobre el Taigeto, en la antigua Laconia, no lejos de la antigua Esparta y de la Lacedemonia medieval[259]. Esta majestuosa obra feudal, que desde la segunda mitad del siglo XIII convirtióse en residencia de los déspotas grecobizantinos del Peloponeso, luego que los Paleólogos hubieron arrebatado Mistra a los francos, sorprende aun hoy a los sabios y turistas por las grandiosas dimensiones de sus edificios semiarruinados y constituye uno de los más asombrosos monumentos de Europa. Sus iglesias encierran valiosos frescos intactos (siglos XIV y XV), muy importantes para la historia del arte bizantino bajo los Paleólogos. En la parte occidental de la península se construyó el castillo de Clermont, aun incólume hacia 1820, época en que fue destruido por los turcos. Un cronista griego escribía respecto a ese castillo que, si los francos perdieran la Morea, la sola posesión de Clermont les bastaría para reconquistar toda la península[260]. Los francos erigieron otros muchos castillos.

Los francos lograron instalarse sólidamente en dos de las tres penínsulas meridionales del Peloponeso; pero en el centro del país, aunque construyeron dos castillos, nunca lograron vencer la resistencia de la tribu eslava de los

Melingui, que habitaba los montes. Los griegos de Morea, o al menos su mayoría, debieron ver en el Gobierno franco un yugo menos pesado que el de la opresión fiscal bizantina y lo recibieron con bastante favor[261].

En el sur del Peloponeso, Venecia tuvo dos puertos importantes: Modón y Corón, que fueron para los bajeles venecianos excelentes escalas en sus viajes a Oriente. Además, aquellos dos puntos permitían vigilar con facilidad el tráfico marítimo de Levante. Modón y Corón, con frase de un documento oficial, eran los «*ojos esenciales de la comunidad*» (*oculi capitales communis*)[262].

Sobre la época de la dominación latina en el Peloponeso hallamos, entre otras fuentes, numerosas y valiosas indicaciones en la crónica de Morea (siglo XIV), la cual nos ha llegado en varias versiones: griega (en verso), francesa, española e italiana. Si bien esa crónica no puede ser colocada en primera fila de las fuentes, en lo que se refiere a la exactitud de los sucesos, da, en cambio, muchos informes preciosos para el estudio de la vida en la época de la dominación franca en el Peloponeso, de la organización feudal, de las instituciones de la sociedad y de las costumbres, así como de la geografía de la Morea de entonces.

Es interesante notar que, según algunos sabios[263], la dominación franca en Morea y probablemente la crónica de Morea también, influyeron quizá en Goethe, quien, en el tercer acto de la segunda parte de *Fausto*, traslada la acción a Esparta, donde se desarrolla la historia amorosa de Fausto y Elena. Fausto, en Goethe, aparece representado como una especie de príncipe del Peloponeso, rodeado de feudales. El carácter del reinado fáustico recuerda el de uno de los Villehardouin de la crónica de Morea. En el diálogo de

Melistófeles-Forcias y de Elena se trata, sin duda alguna, de Mistra, construida precisamente durante el dominio franco en Morea[264]. A poco, Goethe da la descripción de ese castillo, con sus columnas, criptas, terrazas, galerías y blasones propios de un auténtico castillo medieval. Todo ese pasaje debe de haber sido escrito bajo el influjo de la crónica de Morea. De modo que la conquista de Morea por los francos inspiró probablemente varias escenas poéticas de la gran obra de Goethe[265].

La toma de Constantinopla por los cruzados y la fundación del Imperio latino situaron al Papa en una situación difícil. Inocencio III se había opuesto a la desviación de la Cruzada, excomulgando a cruzados y venecianos a raíz del asalto a Zara. Pero la caída de Constantinopla y del Imperio bizantino colocaban a la Santa Sede ante un hecho consumado.

El emperador Balduino escribió al Papa una carta notificándole la toma de Constantinopla y su propia elección para emperador. Se daba el nombre de «*Emperador de Constantinopla por la gracia de Dios y eternamente augusto*» y también de «*vasallo del Papa*» (*miles suus*)[266]. En su contestación, Inocencio III, olvidando por completo su anterior actitud, decía que «se regocijaba en Dios (*gavisi sumus in Domino*) del milagro cumplido en alabanza y gloria de Su nombre, para honor y ventaja del trono apostólico, para provecho y exaltación del pueblo cristiano»[267]. El Papa exhortaba a todo el clero y a todos los pueblos y soberanos, a defender la causa de Balduino, y expresaba la esperanza de que después de la toma de Constantinopla, la reconquista de los Santos Lugares fuera más fácil. Al final de su misiva, el Papa recomendaba a Balduino que siguiera siendo hijo fiel y sumiso de la Iglesia católica[268]. En otra carta, Inocencio escribía: «En verdad, aunque nos sea muy grato saber que

Constantinopla ha retornado al seno de su madre, la Santa Iglesia romana, aun nos seria más grato que Jerusalén volviese a manos del pueblo cristiano»[269].

Pero la actitud del Papa cambió cuando supo con más detalles los horrores del saqueo de Constantinopla y el texto del tratado relativo al reparto del Imperio. El acuerdo era puramente profano y tendía con toda claridad *a limitar la intervención de la Iglesia* en Bizancio. Balduino no pedía al Papa la confirmación de su título imperial. Balduino y Dándolo decidían, sin mediación del Papa, la cuestión de Santa Sofía, de la elección de patriarca, de los bienes de la Iglesia, etcétera. Durante el pillaje de Constantinopla se habían vaciado y profanado los templos y conventos y saqueado muchos venerables objetos sacros. Todo ello llenaba al Papa de descontento e inquietud, irritándole contra los cruzados. Escribió, pues, al marques de Monferrato: «Os habéis apartado desconsideradamente, cuando no teníais derecho ni facultad para hacerlo, de la pureza de vuestro voto al dirigiros, no contra los sarracenos, sino contra cristianos, buscando, en vez de la recuperación de Jerusalén, la ocupación de Constantinopla y prefiriendo las riquezas terrenas a los bienes celestiales. Pero lo más grave es que algunos cruzados no han respetado ni la fe, ni la edad, ni el sexo»[270].

Así, el Imperio latino de Oriente, establecido sobre bases feudales, aparte no poseer un poder político fuerte, no supo entablar relaciones religiosas rápidas y satisfactorias con la Curia pontificia.

Tampoco el objetivo de los caballeros y de los mercaderes occidentales se alcanzó por completo, puesto que no todos los territorios bizantinos quedaron incluidos en las nuevas posesiones latinas de Oriente. Después de 1204

subsistieron tres Estados griegos. El Imperio de Nicea, bajo la dinastía de los Láscaris, se extendía por la zona occidental de Asia Menor, comprendida entre las posesiones latinas y las del sultán de Iconion o Rum, abarcando parte del litoral del mar Egeo. Este centro griego independiente fue el más importante y el más peligroso rival del Imperio latino. Al oeste de la Península balcánica se formó el despotado del Epiro, dominado por los Angeles-Comnenos. Y en la costa sureste del mar Negro se fundó el Imperio de Trebisonda, bajo la dinastía de los «Grandes Comnenos».

Los latinos, que no lograron en Oriente la unidad política, tampoco lograron la religiosa. Aquellos tres Estados griegos independientes siguieron fieles a la doctrina de la Iglesia grecooriental, cismática a juicio del Papa. Nicea fue el foco que más inquietudes despertó en la sede pontifical. El obispo griego de Nicea, sin cuidarse de la existencia de un patriarca latino constantinoplano, tomó el título de «*patriarca de Constantinopla*». Y los griegos del Imperio latino, a pesar de su sumisión política a los conquistadores, no abrazaron el catolicismo. La ocupación militar del país no significó la unión de las dos Iglesias.

Las consecuencias de la cuarta Cruzada fueron tan fatales para el Imperio bizantino como para el porvenir de las Cruzadas mismas. Bizancio no pudo recobrarse nunca del golpe recibido en 1204 y perdió para siempre su puesto de potencia mundial.

Desde el punto de vista político, el Imperio oriental *cesó de existir como unidad orgánica*, dejando el lugar a un conjunto de Estados feudales occidentales, y no pudo jamás, después de la restauración de los Paleólogos, hallar su antiguo esplendor e influencia.

La importancia de la cuarta Cruzada entre las demás

cruzadas es considerable, porque: 1.º demostró claramente el lugar preponderante ocupado en el impulso de la Cruzada por el elemento laico; y 2.º dividió en dos partes el movimiento, único antes, que impulsara hacia Oriente a los pueblos occidentales. Desde 1204 aquel movimiento debía dirigir sus fuerzas, no sólo hacia Palestina y Egipto, sino también hacia las posesiones latinas del Imperio de Oriente para mantener allí el poderío occidental. Esto significó, naturalmente, una rémora en la lucha contra los musulmanes de Tierra Santa.

La vida interior del Imperio

Las cuestiones religiosas

La vida religiosa de Bizancio bajo los Comnenos y los Ángeles es particularmente importante: 1.º desde el punto de vista propiamente interior, por el esfuerzo intentado para resolver ciertos problemas religiosos que preocupaban a la sociedad bizantina de entonces y presentaban un interés absolutamente vital para la época; y 2.º desde el punto de vista exterior por el problema esencial de las relaciones de la Iglesia oriental con Roma, del patriarcado de Constantinopla con el Papa.

En sus relaciones con la Iglesia, los emperadores de las dinastías de Comnenos y Ángeles se atuvieron al cesaropapismo, tan grato a los emperadores bizantinos. En una de las redacciones de la historia de Nicetas Coniata leemos las siguientes palabras de Isaac Ángel: «*No hay en la tierra diferencia alguna entre el poder de Dios y el del emperador. Todo está permitido a los emperadores, que pueden usar los bienes del Señor como los suyos propios, porque han recibido de Dios su poder y entre Dios y ellos no hay nada*»[271]. El mismo escritor, hablando de la actividad religiosa de Manuel Comneno, pinta el sentimiento general de los emperadores bizantinos, que «se creían Jueces infalibles de los asuntos divinos y humanos»[272]. Este criterio de los emperadores fue sostenido por el clero en la segunda mitad del siglo XII. El célebre canonista griego (y comentador del *Nomocanon del Seudo-Focio*, colección canónica de XIV títulos), Teodoro Balsamón, patriarca de Antioquía, que vivió bajo los últimos Comnenos y el primer Ángel, escribía: «*Los emperadores y los patriarcas deben ser venerados como Padres* (*de la Iglesia*) *en virtud de su santa unción. De ésta proviene el poder de los muy cristianos emperadores para enseñar a los pueblos cristianos y para, como los sacerdotes, agitar el incensario en honor de Dios*». «Su gloria consiste en que, semejantes al Sol, alumbran con la luz de su ortodoxia el Universo entero». «El poder y actividad de los emperadores conciernen al cuerpo y alma (del hombre), mientras el poder de los patriarcas sólo concierne al alma»[273]. El mismo autor afirma: «*El emperador no está sometido a las leyes ni a los cánones*»[274].

La vida de la Iglesia bajo los Comnenos y Angeles permitía a los emperadores aplicar extensamente sus opiniones *césaropapistas*. Por una parte, numerosas «doctrinas falsas» y «herejías» agitaban en máximo grado

los ánimos en el Imperio, y por otra la amenaza de turcos y pecheneques y la aproximación de Bizancio a Occidente como resultado de las Cruzadas empezaban a poner en peligro la existencia de Bizancio como Estado independiente, obligando a los emperadores a estudiar con seriedad el problema de la unión con la Iglesia católica, la cual, por intermedio del Papa, podía desviar el grave peligro que Occidente hacía correr a Bizancio.

Los dos primeros Comnenos fueron, en conjunto, defensores de la fe y de la Iglesia ortodoxas orientales, mas, impelidos por móviles políticos, hicieron concesiones en favor de la Iglesia católica.

Entusiasmada por la obra de su padre Alejo, Ana Comnena, en su *Alexiada*, le llama, con exageración evidente, el «*treceno apóstol*», añadiendo que si ese honor ha de corresponder a Constantino el Grande, Alejo Comneno debe ser puesto a la misma altura que aquél o, si se alega contra esto alguna objeción, ocupar el lugar inmediatamente posterior[275]. Pero el tercer Comneno, Manuel, sacrificó los intereses de la Iglesia de Oriente a su irrealizable política occidental.

En el interior, los emperadores se ocuparon en especial de los errores dogmáticos y herejías de su época. También les inquietó mucho el crecimiento desmedido de los bienes eclesiásticos y conventuales, contra el cual el Gobierno, varias veces, había adoptado ya disposiciones severas.

Alejo Comneno, en su empeño de hallar fondos para la defensa nacional y para recompensar a sus partidarios, confiscó parte de los bienes monásticos e hizo fundir, a fin de convertirlos en moneda, cierto número de vasos sagrados.

No obstante, y para apaciguar el descontento provocado por tal medida, el emperador indemnizó a las iglesias

abonándoles el valor de los vasos fundidos, y rectificó su actitud mediante una Novela especial «*prohibiendo emplear los vasos sagrados para las necesidades públicas*»[276]. Manuel volvió a poner en vigor la Novela promulgada en 964 por Nicéforo Focas y abrogada después, creando así un freno al enriquecimiento de iglesias y monasterios. Empero, más tarde suavizó aquella ordenanza, tan severa para el clero, con otra serie de Novelas.

Los desórdenes y la relajación del nivel moral de los clérigos orientales inquietaron no poco a Alejo Comneno, quien en una de sus Novelas declara que «la fe cristiana corre gran peligro, porque el clero (bizantino) se hace peor de día en día»[277]. Trazó, pues, un plan de reformas encaminadas a elevar el nivel moral de los eclesiásticos, regulando su vida según los principios canónigos, desenvolviendo su cultura, incrementando su actividad pastoral, etc. El emperador no siempre logró realizar en la práctica sus hermosos proyectos a causa de las condiciones generales de la vida del Imperio en aquella época.

Los Comnenos, aunque a veces se declararan hostiles al aumento desmesurado de las propiedades eclesiásticas, no por ello dejaron de ser con frecuencia protectores y fundadores de conventos.

Alejo declaró el Monte Athos exento a perpetuidad de impuestos y otras «vejaciones». «Los funcionarios civiles» no debían «tener relación alguna con el monte sagrado»[278]. El Athos seguía sin depender de ningún obispo y el «*protos*» o presidente del consejo de higúmenos (abades o priores) de los conventos del Athos era investido por el mismo emperador, bajo cuya dependencia directa quedaba así la montaña sacra. Reinando Manuel, los rusos, entonces instalados ya en el Athos, donde tenían un convento

pequeño, recibieron en virtud de un acuerdo del «prolaton» o consejo de higúmenos, el convento de San Pantaleimon, que aun hoy goza de gran renombre.

Alejo ayudó también a San Cristódulo a fundar en la isla de Patmos un convento en honor de San Juan Evangelista, quien, según la tradición, había escrito allí el «*Apocalipsis*». Ese convento existe todavía. En la «crisóbula» promulgada con aquel motivo, el emperador donaba la isla a Cristódulo de manera eterna e inalienable, eximiéndola de toda carga y prohibiendo el acceso a ella de todos los funcionarios del Estado[279]. Unas reglas muy estrictas gobernaban el nuevo monasterio[280]. «La isla de Patmos —escribe Chalandon— se convirtió en una pequeña república religiosa casi independiente: sólo los monjes podían habitar allí»[281].

Las invasiones de los selyúcidas en el Archipiélago forzaron a Cristódulo y sus monjes a abandonar Patmos, refugiándose en Eugea, donde murió Cristódulo a fines del siglo XI. Las reformas de Cristódulo no le sobrevivieron y su tentativa de Patmos fracasó en absoluto[282].

Juan Comneno erigió en Constantinopla un convento consagrado a Dios Todopoderoso («*Pantokrator*»), fundando allí un hospital de cincuenta camas para los enfermos pobres. Tal hospital estaba admirablemente organizado. Su reglamento interno, descrito con detalle en el estatuto («*Tipicón*») promulgado al efecto por el emperador[283] es el ejemplo «quizá más conmovedor que la historia nos ha conservado de los conceptos humanitarios de la sociedad bizantina»[284].

La vida intelectual en la época de los Comnenos fue muy activa. Hay sabios que llaman a ese período la época del *Renacimiento helénico*, preparado por hombres tan eminentes como Miguel Psellos. Semejante renovación

intelectual se expresó bajo los Comnenos de diversos modos, y en especial con la aparición de nuevas doctrinas heréticas y errores dogmáticos, contra los que los emperadores, paladines de la verdadera fe, tenían necesariamente que entrar en lucha.

Ese rasgo de la época de los Comnenos se refleja bien en el «*Sinodicón*» o enumeración de nombres y doctrinas anatematizados que todavía se lee todos los años en la Iglesia oriental durante 3a semana de la ortodoxia, en cuyo curso se pronuncia anatema contra los herejes y en general contra las doctrinas antieclesiásticas. Muchos de los nombres y doctrinas condenados en el *Sinodicón* se remontan precisamente a la época de Alejo y Manuel Comneno[285].

Alejo Comneno luchó especialmente contra los paulianos y bogomilas establecidos desde hacía tiempo, según vimos antes, en la Península Balcánica y sobre todo en la región de Filipópolis. Pero ni las persecuciones de herejes ni el suplicio del monje bogomilista Basilio en la hoguera produjeron la desaparición de las herejías, las cuales, aunque sin tener en verdad gran difusión en el Imperio, continuaban subsistiendo. El emperador se dirigió al monje Eutimio Zigabeno, hombre instruido en gramática y retórica, exégeta de los libros del Nuevo Testamento y de las Epístolas de San Pablo, y le rogó que expusiera y refutara todas las doctrinas heréticas existentes, apoyándose en los Padres de la Iglesia. Zigabeno, accediendo al deseo del emperador, compuso su «*Panoplia dogmática de la fe ortodoxa*», que contenía todas las pruebas científicas aptas para rechazar los argumentos heréticos mostrando su falta de fundamento dogmático. Aquella obra debía servir de manual para la lucha contra los errores de los herejes[286]. Todo lo cual no impidió al monje Nifón predicar, en tiempos

de Manuel, *la doctrina bogomílica*[287].

Hubo gran agitación en torno al proceso —instruido bajo Alejo Comneno— de Juan ítalos, sabio filósofo, oriundo de Italia y discípulo de Psellos, y a quien se acusaba de haber sugerido «a sus oyentes falsas doctrinas y opiniones heréticas condenadas por la Iglesia y contrarias a la Santa Escritura y a la tradición, y de no venerar los santos iconos», etc…[288]

Las «Actas» de la acusación de herejía contra Juan Italos, editadas y estudiadas por F. I. Uspensky, abren una interesante página de la vida espiritual de la época del primer Comneno. En el concilio que examinó el caso de Italos no se juzgaba sólo a un hereje que predicaba una doctrina peligrosa para la Iglesia, sino también a *un* profesor de universidad que enseñaba ciencias a hombres ya formados y que se encontraba en parte bajo la influencia de las ideas de Aristóteles, así como de Platón y de otros filósofos. Se citó a varios de sus alumnos. El concilio, después de estudiar las doctrinas de Italos, las calificó de corruptoras y heréticas. Pero el patriarca, a quien fue entregado Italos para que aquél pusiera a éste en el camino de la verdad, convirtióse en adepto de la doctrina del acusado, no sin gran escándalo de la Iglesia. Por orden del emperador se compuso entonces una lista de los errores de Italos. Al fin se pronunció anatema contra los once puntos doctrinales de ítalos reconocidos como heréticos, anatema que se extendió al propio Juan[289].

Los escritos de ítalos no se han editado aún íntegramente, lo que impide dictar juicio definitivo sobre ellos. «Cuando —con frase de un historiador— la libertad de pensamiento religioso estaba limitada por la superior autoridad de la Santa Escritura y las obras de los Padres[290],

Italos creyó factible dar en ciertos puntos preferencia a la filosofía pagana sobre la teología[291] creyendo posible tener opiniones diferentes en un campo y en otro»[292]. Finalmente, a propósito del caso de Italos, N. Marr plantea «una cuestión muy importante, que interesa a la vez a la civilización y a la historia, a saber: si los instigadores del proceso de Italos estaban al mismo nivel de cultura que aquel hombre que reclamaba la separación de los campos de la filosofía y la teología; y si, después de acusar al filósofo por su intrusión en el dominio de la teología, le otorgaban libertad de pensamiento en el dominio puramente filosófico»[293].

Desde luego, la respuesta ha de ser negativa. Tal libertad era entonces imposible. Pero Italos no debe ser considerado sólo como teólogo. «Fue sobre todo un filósofo, condenado porque su sistema filosófico no se conformaba a la doctrina de la Iglesia (oriental)»[294]. El especialista más reciente de la vida religiosa de la época de los Comnenos declara que cuanto sabemos de Italos demuestra con claridad que pertenecía a la escuela neoplatónica[295].

Las dudas y diferencias de opinión de los sabios que acabamos de citar bastan para mostrar el interés del asunto de Juan Italos desde el punto de vista de la historia de la civilización bizantina a fines del siglo XI y principios del XII.

Pero esto no es lodo. La ciencia ha reparado en ciertas doctrinas aparecidas en la filosofía de la Europa occidental en la época de Juan Italos y que tuvieron puntos de semejanza con las ideas de dicho Juan. Tal semejanza puede advertirse en la doctrina de un célebre sabio y profesor de la Europa de la primera mitad del siglo XII. Hablamos de Abelardo, cuya autobiografía, o *Historia calamitatum*, se lee aún con vivo interés.

La influencia de la civilización oriental sobre la

occidental en aquella época es cosa complejísima y poco estudiada. Sería, pues, temerario afirmar que la escolástica de la Europa occidental estaba bajo la dependencia de Bizancio. Pero sí cabe decir que «el pensamiento europeo gira en igual círculo de ideas, durante el período comprendido entre los siglos XI y XII, que el pensamiento bizantino»[296].

En lo referente a las relaciones de Bizancio con los Papas y la Iglesia occidental, la época de los primeros Comnenos caracterizóse por una actividad muy grande. La causa principal de ello fue, como lo vimos por la apelación de Miguel VII Parapináceo a Gregorio VII, el peligro turco y pecheneque que amenazaba las fronteras de Bizancio, peligro que forzó a los emperadores a pedir ayuda a Occidente, incluso a costa de una posible unión de las dos Iglesias. De modo que la tendencia de los Comnenos a ultimar la unión con la Iglesia de Roma se explica únicamente por motivos de política exterior.

En la época más difícil para Bizancio —finales de la novena década y principios de la décima del siglo XI— Alejo Comneno ofreció al Papa una reconciliación y un acuerdo, proponiéndole convocar un Concilio en Constantinopla para discutir la cuestión del pan ázimo y otros asuntos que dividían a las dos Iglesias. En 1089 se reunió en Constantinopla, bajo la presidencia de Alejo I, un sínodo de obispos griegos. Allí se discutió la moción de Urbano II, tendiente a volver a poner su nombre en los dípticos y a nombrarle en los Oficios. A instancias del emperador, un punto tan delicado fue resuelto en sentido afirmativo[297]. De esta época data probablemente la obra de Teofilacto de Bulgaria, *Sobre los errores de los latinos*, obra en que V. C. Vasilievsky ve un signo de los tiempos que corrían[298].

La idea esencial de la obra de Teofilacto es muy notable. El autor no comparte la opinión general sobre la separación de las Iglesias y no cree que los latinos padezcan muchos errores ni que esos errores hagan inevitable el cisma. Además protesta contra el espíritu de intolerancia y orgullo teológico reinante entre sus contemporáneos instruidos. En una palabra, Teofilacto se muestra dispuesto a hacer concesiones razonables sobre muchos puntos. Pero respecto al Credo de Nicea no admite obscuridad ni adición alguna, o sea que se niega a admitir la añadidura del «*Filíoque*» al «Credo» de la Iglesia oriental.

La crítica situación del Imperio y las dificultades que encontró en Roma Urbano II, a quien fue opuesto un antipapa, impidieron la reunión del proyectado concilio. La Cruzada promovida algunos años más tarde y las querellas y mutuas desconfianzas que surgieron como consecuencia no podían contribuir a la aproximación de las dos Iglesias. Bajo Juan Comneno hubo entre el emperador y los Papas Calixto II y Honorio II negociaciones con miras a la unión. Poseemos cartas de Juan, a esos pontífices. El Papa envió plenipotenciarios a Constantinopla[299], pero no obtuvieron ningún resultado efectivo. Aparte esto, varios doctores latinos de Occidente intervinieron en las controversias teológicas de Constantinopla. El alemán Anselmo de Havelberg, que escribió hacia 1150, nos ha dejado un interesante relato de una controversia sostenida ante Juan Comneno en 1136: «Asistieron no pocos latinos, y entre ellos tres hombres sabios, versados en las dos lenguas y muy doctos en las letras: el veneciano Jacobo, el pisano Burgundio, y el tercero, el más famoso entre los griegos y entre los latinos por su conocimiento de las dos literaturas, era un italiano de la ciudad de Bergamo llamado Moisés, a quien todos eligieron para ser intérprete fiel de los dos

partidos»[300].

Las relaciones se reanudaron con más actividad bajo Manuel I, el tan *latinófilo* sucesor de Juan Manuel, muy esperanzado en la resurrección del Imperio romano único y convencido de que sólo podría recibir la corona de ese Imperio de manos del Papa, ofreció a éste la unión. Así, vemos que las negociaciones con miras a la unificación tuvieron causas puramente políticas. El historiador alemán Norden observa con razón que dos Comnenos creían poder elevarse con ayuda del Papado a la dominación de Occidente y a la vez del Papasistos estuvieron a veces dispuestos a tender una mano amistosa al emperador, sobre todo Adriano IV, entonces en lucha con el rey de Sicilia y muy irritado contra Federico Barbarroja, que se había coronado poco antes. En carta al arzobispo Basilio de Tesalónica, el Papa Adriano IV expresaba el deseo de «contribuir a devolver a todos sus hermanos al seno de la Iglesia», y compara la Iglesia oriental a una dracma perdida, a una oveja extraviada, a Lázaro muerto… [301]

Al poco tiempo, Manuel propuso formalmente al Papa Alejandro III, por medio de un embajador, la unión de ambas Iglesias, a condición de que el Papa le entregase la corona del Imperio romano que sin derecho alguno detentaba Federico de Alemania. Si para alcanzar ese fin el Papa necesitaba dinero o fuerzas militares, Manuel le ofrecía proporcionarle en abundancia ambas cosas. Pero Alejandro III, cuya situación en Italia había mejorado algo, respondió con una negativa.

Entonces el emperador congregó un concilio en la capital, con miras a eliminar todos los puntos de discordia existentes entre griegos y latinos y hallar medios que favorezcan la unión de las dos Iglesias. Manuel hizo cuanto

pudo para que el patriarca compartiese su deseo de concesiones. Poseemos el texto de una «conversación» que en el concilio mantuvieron Manuel y el patriarca, conversación del mayor interés para caracterizar las opiniones de los miembros más eminentes del concilio. El patriarca dio al Papa el nombre de «*ser hediondo a impiedad*» y dijo preferir el yugo de los agarenos al de los latinos. Esta última frase del patriarca, que refleja probablemente un cierto estado de ánimo social y religioso propio de la época, debía repetirse más veces en el futuro. Así sucedió en el siglo XV, en el momento de la caída de Bizancio. Manuel hubo de ceder y declaró *que se alejaría de los latinos «como del veneno de la serpiente*»[302]. Las discusiones del concilio no trajeron, pues, un acuerdo. Incluso se decidió romper en absoluto con el Papa y con sus partidarios.

De manera que Manuel fracasó en su política seglar exterior y en su política religiosa, fracaso que se explica si pensamos que el emperador, en ambos campos, sólo siguió una política personal, carente de base real sólida y profunda en la opinión pública. La restauración del Imperio único era imposible desde hacía mucho tiempo y las tendencias unionistas de Manuel no encontraban ninguna clase de eco ni simpatía en las masas populares del Imperio.

En los cinco y turbulentos últimos años de la dinastía de los Comnenos (1180-1185), y en especial bajo Andrónico I, los intereses de la Iglesia pasaron a segundo plano, dejando el primero a los muy complejos de la vida interior y exterior, los cuales ya conocemos. Andrónico, adversario de la política latinófila de sus predecesores, no podía al principio de su reinado mostrarse partidario de una unión con la Iglesia occidental. En el interior del Imperio trató con

severidad al patriarca de Constantinopla y no admitió discusión sobre las cuestiones atañentes a la fe[303]. Un «*Diálogo contra los judíos*», que se atribuye a menudo a Andrónico, es de época posterior.

En la época de los Angeles, tan turbulenta desde el punto de vista político, la vida de la Iglesia ofreció los mismos caracteres, ya que los emperadores de aquella dinastía se consideraban señores absolutos. Isaac Ángel destituyó arbitraria y sucesivamente a varios patriarcas de Constantinopla.

Bajo *los Angeles* hubo en Bizancio una violentísima controversia respecto a la Eucaristía. El mismo emperador participó en las discusiones. Según el contemporáneo Nicetas Coniata, se trataba de saber si «el cuerpo de Cristo que se recibe en la comunión es tan imperecedero, como lo fue después de sus sufrimientos y su resurrección, o tan perecedero como lo fue antes de sus sufrimientos»[304]. Queríase, pues, concretar «si la Eucaristía que recibimos sigue el proceso fisiológico ordinario, como todo otro alimento absorbido por el hombre, o bien si la Eucaristía no está sometida a ese proceso»[305]. Alejo Ángel sostuvo la doctrina de la incorruptibilidad de la Eucaristía, considerando «*ultrajantemente ofensivo*» lo contrario.

La aparición de tal controversia en Bizancio a finales del siglo XII puede explicarse por las influencias occidentales, muy fuertes en el Oriente cristiano en la época de las Cruzadas. Sabido es que tales discusiones habían comenzado hacía tiempo en Occidente. Ya en el siglo XI se hallaban quienes sostenían que la Eucaristía estaba sometida al mismo proceso que un alimento ordinario.

En cuanto a las relaciones de *los Angeles con los Papas*, ya nos consta que los Papas sirvieron sus intereses políticos

proponiéndose unir las dos Iglesias, plan que no se realizó.

La complejísima situación internacional que precedió inmediatamente a la cuarta Cruzada puso en primer plano al emperador de Alemania, quien parecía llamado a desempeñar un importante papel en la resolución de la cuestión bizantina. Pero el emperador alemán era a la vez el más peligroso enemigo del Papado. En consecuencia, el Papa se esforzó todo lo posible en hacer fracasar al emperador de Occidente, impidiéndole tomar posesión del Imperio oriental y sosteniendo al emperador bizantino, aunque fuese un usurpador como Alejo III, que había destronado a su hermano Isaac. Ya examinarnos la difícil situación del Papado durante la cuarta Cruzada y sabemos que el pontífice, primero enérgicamente opuesto a la desviación de la Cruzada, se vio gradualmente obligado a cambiar de criterio desaprobando el saqueo de Constantinopla, insólito por su cruel barbarie, la sanción pontifical.

Estableciendo un balance de la vida religiosa bajo los Corónenos y los. Angeles, se advierte que ese período de 123 años (1081-1204) señalóse por una, actividad intensa en el campo de las relaciones exteriores y en el interior por una gran efervescencia. Tal época ofrece, sin la menor duda, considerable importancia e interés profundo en el aspecto de los problemas religiosos[306].

Gobierno del Imperio. Ejército y marina. Las provincias

La historia interior de Bizancio está en lo general insuficientemente estudiada, hecho que se comprueba sobre todo a contar desde la época de los Comnenos. En los libros de hoy sólo se hallan, respecto a los asuntos de historia interna de ese período, capítulos muy breves, reducidos a veces a simples glosas de principios generales, a observaciones o digresiones accidentales, v, en los casos más favorables, a artículos sucintos sobre aisladas cuestiones. Por tanto hemos de renunciar, al menos provisionalmente, a formarnos un concepto integral de la historia interna de ese período. El especialista más reciente de la época de los Comnenos, Chalandon, ha muerto antes de haber podido dar a su libro la continuación que se proponía en el sentido de una discusión profunda del problema de la vida interior de Bizancio en el siglo XII[307]. De manera que debemos limitarnos a observaciones fragmentarias e incompletas.

No obstante, puede establecerse como principio general que la situación interior del Imperio bizantino y su sistema de gobierno cambiaron poco en el curso del siglo XII.

Cuando subió al trono Alejo Comneno, hasta entonces representante de la alta aristocracia terrateniente del Asia Menor, hallóse emperador de un Estado cuya situación financiera estaba completamente desorganizada, tanto por las numerosas empresas militares como por los desórdenes internos del período precedente. A pesar de tan desastroso estado de cosas, Alejo vióse obligado, sobre todo en los comienzos de su gobierno, a recompensar a quienes le habían ayudado a subir al trono, haciendo además ricos donativos a sus parientes. Para colmo, las duras guerras contra turcos, pecheneques y normandos, así como los sucesos enlazados con la primera Cruzada, exigían gastos considerables. Para llenar las cajas del Tesoro, Alejo hubo de

recurrir a los bienes de la alta aristocracia territorial y a los de los monasterios. A cuanto cabe juzgar por los datos fragmentarios de las fuentes, Alejo no anduvo en muchas contemplaciones cuando se trató de confiscar los bienes de los grandes propietarios. En el castigo de las conjuras políticas, la confiscación de tierras substituyó a menudo a la pena de muerte. El mismo sino sufrieron los bienes conventuales, siendo a menudo entregados, por vía de gratificaciones perpetuas (en griego «*Charistikia*»), a ciertas personas que recibían como consecuencia el nombre de caristicarios (*«charistikarioi*»).

El sistema (carístico) mediante la donación y/o administración de los bienes monásticos a seglares, se hacía por motivos de desequilibrio de las cuentas públicas por parte del Estado (como consecuencia de su participación en conflictos bélicos). Dicho *sistema carístico*, se implementaba en casos de extrema urgencia pública ante una gravedad institucional manifiesta, a los fines de asegurar la subsistencia, continuidad y expansión de la misión sacra y fines del Imperio. Este sistema, no fue inventado por los Comnenos, que se limitaron a recurrir a él más frecuentemente que otros emperadores y esto a causa de sus graves desequilibrios patrimoniales, financieros y económicos de la hacienda pública. Cabe comparar aquel procedimiento a la secularización de los bienes monásticos bajo los emperadores iconoclastas y, según toda probabilidad, a ciertos fenómenos sociales de una época más antigua aún. En los siglos x y xi se aplicaba ya con frecuencia el método carístico. Se dieron conventos a personas eclesiásticas y seglares, incluso mujeres. A veces se donaron a mujeres conventos de hombres, y viceversa. Los *caristicarios* debían defender los intereses de los conventos que se les otorgaban, protegiéndolos contra las

arbitrariedades de gobernadores y recaudadores de impuestos y contra toda carga ilegal, administrando además lo mejor posible los intereses de los monasterios que se les conferían y guardando para sí las rentas restantes después de cumplidas todas sus obligaciones. Desde luego en la práctica no sucedía así y la donación de conventos significaba para los *caristicarios* una fuente de ingresos y beneficios, en perjuicio de los monasterios, que se empobrecían con tal sistema. En todo caso, *las carísticas*, muy ventajosas para quienes las recibían, eran muy buscadas por los altos dignatarios bizantinos. Ya indicamos antes que Alejo hizo convertir en moneda algunos vasos sagrados, medida que derogó después.

Con todo, las confiscaciones de tierras resultaban insuficientes para sanear las finanzas públicas. Entonces Alejo Comneno recurrió al peor de su decisión de política monetaria: la alteración del valor de la moneda, emitiendo una nueva, sin el debido respaldo en metálico (oro puro) en la base monetaria. Los historiadores censuran severamente esta medida de Alejo, en virtud de la cual se creaban, junto a las antiguas monedas de oro (el *«nomisma», «hiperpiro» o «sólido»*), otras con una aleación de cobre y oro o plata y oro. La nueva moneda llamábase «*nomisma*» también y tenía el mismo curso que las monedas precedentes, pero de hecho no valía más que la tercera parte de la antigua, cuyo valor igualaba al de doce piezas o miliarisia. De modo que la moneda nueva no valía realmente más que cuatro miliarisia[308].

A la par Alejo quería recibir los impuestos en moneda de buena ley. Tales medidas introdujeron todavía más confusión en la hacienda imperial e irritaron a los súbditos. La crítica situación de los asuntos exteriores y la ruina económica del país, ya casi completa a pesar de las medidas

del emperador, obligaron al Gobierno a recaudar los impuestos con rigurosa severidad. Como muchas propiedades territoriales, tanto seglares como eclesiásticas, estaban exentas de contribuciones, toda la carga fiscal se fundaba sobre las clases inferiores, que se sentían agotadas bajo el peso abrumador del Fisco. Los *recaudadores de impuestos*, que, con frase del arzobispo Teofilacto de Bulgaria, eran «bandidos más que perceptores de contribuciones y despreciaban tanto las leyes divinas como los decretos imperiales», arruinaban a la población[309].

La sabia administración de Juan Comneno (Kaloyan) mejoró algo la hacienda a despecho de las guerras continuas. Pero su sucesor, Manuel, volvió a poner al país en crítica situación económica. No ha de olvidarse que por entonces la población del país, y por tanto su capacidad de pago, sufrieron una disminución notable. Ciertas regiones del Asia Menor quedaron abandonadas como consecuencia de la invasión islámica, y parte de los habitantes fueron llevados cautivos, mientras otros huían a las ciudades de la costa. Los territorios abandonados no podían pagar contribución. Análogo fenómeno se observó en la Península Balcánica como resultado de las invasiones de los húngaros, servios y pueblos transdanubianos en general.

Entre tanto los gastos aumentaban. Fuera de los desembolsos exigidos por las necesidades militares, Manuel obtuvo grandes sumas a los numerosos extranjeros que acudían a Bizancio atraídos por la política *latinófila* del emperador. Éste, además, necesitaba dinero para sus construcciones, para mantener el lujo desmedido de la corte y para atender a sus favoritos y favoritas.

Nicetas Coniata nos pinta con muy vivos colores el general descontento suscitado por la política financiera de

Manuel[310]. Los griegos de las islas Jónicas, sintiéndose incapaces de soportar el peso de los impuestos, se entregaron a los normandos.

Como Alejo Comneno, Manuel se preocupó de restablecer sus finanzas mediante la confiscación de propiedades laicas y eclesiásticas, y volvió a poner, en vigor, según sabemos, la famosa Novela que Nicéforo Focas emitiera en 964 sobre las propiedades territoriales de la Iglesia y los monasterios.

Andrónico I, cuyo corto reinado fue una reacción contra el gobierno de Manuel, se declaró defensor de los intereses nacionales y de la gente modesta, en perjuicio de la *latinofilia* de Manuel y de los grandes propietarios. Entonces la situación de los contribuyentes mejoró. Los terratenientes poderosos y los colectores de impuestos fueron sofrenados, los gobernadores de provincias obtuvieron sueldos más altos y cesó la venta de cargos públicos. Nicetas Coniata, contemporáneo de Andrónico, pinta, citando al profeta, el siguiente idílico cuadro: «Cada hombre estaba tranquilamente tendido a la sombra de su huerto y, después de juntar las uvas y frutos de la tierra, los comía con placer y dormía gratamente, sin miedo al recaudador de contribuciones, sin temer que sus uvas fuesen hurtadas y sin imaginar que su casa sería robada. Por lo contrario, al que había dado a Cesar lo que era de Cesar, ya nada más se le exigía; no se le quitaba, como antes, su última camisa y no se le acosaba, como antes, hasta la muerte»[311].

Las fuentes bizantinas dan un cuadro desolador de la vida interna del país bajo Manuel, cuadro que de cierto no pudo mejorar bajo el corto y borrascoso gobierno de Andrónico. Empero, el judío español Benjamín de Tudela, que visitó Bizancio en la octava década del siglo XII o sea bajo

Manuel, ha dejado, en la descripción de su viaje, algunas interesantes líneas sobre Constantinopla. La descripción que da al lector es el resultado de sus observaciones personales y de los testimonios orales recogidos. De Constantinopla escribe: «Desde todas las partes del Imperio llega aquí cada año un tributo; los sitios fortificados están tan llenos de oro, de purpura y de seda, que no se puede ver parte alguna de las construcciones que contienen tales riquezas. Se afirma que los impuestos de la capital sola rinden anualmente veinte mil piezas de oro, suma donde entra el impuesto sobre las casas mercantiles, impuestos aduaneros, etc. Los griegos son muy ricos en oro y piedras preciosas; llevan ropas de seda adornadas de oro, montan a caballo y parecen hijos de príncipes. El país es muy extenso, rico en frutos, y el pan, la carne y el vino se encuentran en una abundancia tan grande que ningún otro país puede jactarse de semejante riqueza. Los habitantes están versados en la literatura griega. En una palabra, viven felices y cada uno come y bebe bajo su parra y su higuera»[312].

El mismo viajero escribe en otro lugar: «Toda clase de mercaderes llegan aquí de la tierra de Babilonia, de la tierra de Shinar (Mesopotamia), de Persia, de Media, de toda, la soberanía de Egipto, de la tierra de Canaán y del imperio de Rusia, de Hungría, de Pecheneguia, de Kazaria y de la tierra de Lombardía y de Sefarad (España). Es una ciudad con una actividad a pleno y los mercaderes llegan a ella de todos los países por tierra y por mar. No hay nada parejo en el mundo sino Bagdad, la gran ciudad del Islam»[313]. También en tiempos de Manuel, un viajero árabe, Al-Harawi o El-Herewi, visitó Constantinopla, donde obtuvo del emperador una acogida excelente. En su libro, este viajero da una descripción de los monumentos más importantes de la capital y observa: «Constantinopla es una ciudad más

grande que lo que su reputación anuncia. Así Dios, en su gracia y generosidad, se digne hacer de ella la capital del Islam»[314]. Es interesante cotejar con la descripción de Benjamín de Tudela algunos versos de Juan Tzetzes, poeta de la época de los Comnenos, igualmente relativos a Constantinopla. Parodiando dos versos de Homero (*Iliada*, IV, 437-438), Tzetzes escribe, con amargura no exenta de indignación: «Los hombres que viven en la capital de Constantinopla son una raza de ladrones; no pertenecen ni a un solo pueblo ni a una sola lengua; hay una mezcla de lenguas extrañas y hay hombres muy malos, cretenses, turcos, alanos, rodiotas y quíenses… Todos, muy ladrones y corrompidos, son considerados como santos en Constantinopla»[315].

La vida brillante y bulliciosa de Constantinopla bajo Manuel recuerda al historiador Andreades la de ciertas capitales, como París, en tiempos del Segundo Imperio y vísperas de la catástrofe[316].

Es difícil fijar con precisión la cifra de los habitantes de la capital en aquella época. Cabe suponer —pero es sólo una pura hipótesis— que la población de Constantinopla hacia el fin del siglo XII comprendía de ochocientos mil a un millón de almas[317].

Bajo los Comnenos y los Angeles, a la vez que se acrecían las grandes propiedades, vióse a la aristocracia terrateniente ganar fuerza y poder y hacerse cada vez más independiente del gobierno central. El feudalismo progresaba en el Imperio. El italiano Cognasso escribe al propósito: «Desde entonces el feudalismo recubre todo el Imperio y el emperador debe luchar con los grandes señores provincianos, que no siempre consienten en proporcionarle soldados con la misma generosidad que lo hicieron, por

ejemplo, para la guerra contra los normandos… Al romperse el equilibrio de los elementos que constituían la base social y política del Imperio, la aristocracia quedó encima y al fin el Imperio cayó en sus manos. La monarquía se encontró privada de su poder y de su riqueza, que pasaron a la aristocracia». El Imperio se precipitaba hacia la ruina[318].

Bajo Manuel se promulgó una interesantísima «*crisóbula*» prohibiendo transferir toda propiedad inmueble concedida por el emperador a cualquier persona que no fuese un funcionario de rango senatorial o militar. Si se hacían transmisiones en desacuerdo con aquella regla, el bien transferido revertía al Tesoro[319]. Este edicto de Manuel, al prohibir a las clases pobres pensar en, adquirir donaciones imperiales de tierras, dio a la aristocracia inmensos territorios[320]. La *crisóbula* fue abrogada en diciembre de 1182 por Alejo II Comneno, quien, aunque firmó el edicto, lo hizo así, sin duda, a instigación del todopoderoso regente Andrónico. Desde 1182 las donaciones imperiales pudieron transmitirse a cualquiera, fuera el que fuese su rango social[321].

Juzgamos que dicha *crisóbula* de 1182 debe ser puesta en el número de las medidas correspondientes a la nueva política de Andrónico, quien abrió un frente agresivo y peligroso de batalla contra la clase privilegiada de la aristocracia bizantina y los grandes propietarios. Al firmar el edicto, Alejo II no fue sino instrumento de Andrónico. Nos cuesta trabajo admitir el criterio de ciertos sabios relativo a que la prohibición de Manuel, dirigida contra los francos, tendía a entorpecer a los comerciantes extranjeros las compras de tierras, y dudamos que la derogación del edicto fuese un acto francófilo fruto de la *política latinofílica* de Alejo Comneno[322].

Es verdad que el gobierno de Alejo II, niño aún, y de su madre, se inclinaba a apoyarse en el odiado elemento latino; pero tan pronto como Andrónico entró en Constantinopla y fue proclamado regente, las circunstancias cambiaron, el poder pasó a sus manos y hacia fines de 1182 su política era ya abiertamente hostil a los latinos.

Las guerras, casi continuas, hacían que el ejército costase al Estado mucho dinero. Ha de tributarse a los Comnenos la justicia de que velaron por el crecimiento y restauración de sus tropas. Nos consta que éstas comprendían, aparte el elemento indígena suministrado por los ternas, numerosos destacamentos mercenarios de diversas nacionalidades. En la época de los Comnenos se advierte un nuevo factor en el ejército: el elemento anglosajón.

El motivo de que apareciesen anglosajones en Bizancio debióse a la ocupación de Inglaterra por los normandos mandados por Guillermo el Conquistador. La catástrofe que cayó sobre Inglaterra a raíz de la batalla de Hastings o Senlac (1066), hizo pasar el país a manos de un conquistador severo y creó nuevas condiciones de vida. Las tentativas insurreccionales de los anglosajones contra el nuevo monarca fueron ahogadas en ríos de sangre. Así, muchos anglosajones abandonaron, desesperados, el país. En la octava década del siglo XI, es decir, a principios del reinado de Alejo Comneno, se hallan —como lo prueba el historiador inglés Freeman, autor de una célebre obra sobre la conquista de Inglaterra por los normandos— cierto número de hechos que acreditan claramente la existencia de una emigración anglosajona al Imperio griego[323].

Un cronista occidental de la primera cincuentena del siglo XII escribe:

«Después de haber perdido su libertad, los anglos

> fueron profundamente afligidos… Algunos de ellos, brillantes con la flor de una hermosa juventud, se fueron a países lejanos y se ofrecieron valerosamente para el servicio militar del emperador de Constantinopla, Alejo»[324].

Aquel fue el principio de la compañía varengo-inglesa (*«druina»*.) que desempeñó en la historia de Bizancio en el siglo XII un importante papel, análogo al que desempeñara la compañía varengo-rusa en los siglos X y XI. parece que no hubo nunca tantos mercenarios extranjeros en Bizancio como durante el reinado latinófilo de Manuel.

A lo que sabemos, la flota, muy bien organizada por Alejo, fue perdiendo paulatinamente su valor militar y en la época de Manuel estaba en completa decadencia. Nicetas Coniata, en su historia, censura severamente a Manuel por haber dejado arruinarse la pujanza marítima del Imperio[325]. Bajo los Comnenos, las naves venecianas, como resultado del acuerdo de alianza veneciano-bizantina, ayudaron eficazmente al Imperio, pero en perjuicio de la independencia económica de Bizancio. Manuel restauró y fortificó algunas ciudades del Imperio, como hizo con la importantísima posición estratégica de Attalia Satalia), en el litoral sur del Asia Menor[326]. Asimismo dispuso que se ejecutasen trabajos de fortificación y se construyera un puente en Abydos, a la entrada del Helesponto[327], donde radicaba una de las importantes aduanas bizantinas y donde, a partir de los Comnenos, poseyeron zonas los venecianos sus rivales, los pisanos y los genoveses.

La administración provincial, o de los *temas*, bajo los Comnenos, no se ha estudiado bien todavía. Se sabe que en el siglo XI el número de temas llegaba a 38[328]. A raíz de la disminución de los territorios del Imperio en los siglos XI -

XII, las fronteras de las provincias y el número de éstas se modificaron. Sobre tal cuestión se hallan indicaciones en una Novela de Alejo III Ángel, fechada en 1198[329].

En ella se habla de los privilegios mercantiles otorgados por el emperador a Venecia y se enumeran «por sus nombres todas las provincias que se encuentran bajo la dominación del Imperio romano y donde (los venecianos) pueden comerciar»[330]. Esa lista de la Novela no se ha examinado aún lo suficiente, pero en ella se da una idea aproximada de los cambios sobrevenidos en la división del Imperio durante el siglo XII.

La mayoría de los antiguos temas habían sido gobernados, como sabemos, por estrategas o jefes militares. Cuando el territorio imperial, a causa de las continuas derrotas, se halló muy reducido, el importante título antiguo de estratega cayó en desuso, pues que no convenía a la pequeña extensión de las provincias, y fue reemplazado por el de dux, ya llevado en el siglo IX —e incluso antes— por los gobernadores de algunas provincias pequeñas[331].

En la situación mercantil del Imperio bajo los Comnenos y los Angeles, debemos notar, en primer término, un cambio muy trascendental producido por las Cruzadas. Oriente y Occidente entablaron tratos mercantiles directos y Bizancio perdió su papel de corredor o intermediario[332], lo que asestó rudo golpe al poderío económico internacional del Imperio. Además, en la capital y en otras ciudades, Venecia se había asegurado, reinando Alejo Comneno, una situación de primera línea. Bajo el mismo emperador los písanos obtuvieron importantes ventajas mercantiles en Constantinopla, recibiendo un muelle (*scala*) y un barrio especial con almacenes y un barrio para sus coterráneos. Se reservaron a los písanos lugares especiales para los oficios

divinos en Santa Sofía y· los espectáculos públicos en el Hipódromo[333]. Hacia fines del reinado de Juan Comneno, los genoveses abrieron negociaciones con Bizancio por primera vez. Es seguro que tales negociaciones fueron de orden mercantil. La política de Manuel tuvo igualmente estrechos vínculos con los intereses comerciales de Venecia, Génova y Pisa, las cuales, aparte arruinar bajo mano la potencia económica del Imperio, vivían en perpetua rivalidad mutua. En 1169 Génova obtuvo privilegios mercantiles excepcionalmente ventajosos, que comprendían todo el Imperio, salvo dos puntos en las orillas septentrionales de los mares Negro y de Azov[334].

Algunos años después de la terrible matanza de latinos en 1182, en tiempos de los Ángeles, la situación de los latinos hízose muy ventajosa. En 1198, Alejo Ángel, a regañadientes, publicó una *crisóbula* confirmando la precedente bula expedida por Alejo Comneno al firmar una alianza defensiva con la República de San Marcos. La *crisóbula* de 1198 renovaba los privilegios mercantiles de Venecia y añadía cláusulas nuevas sobre el estatuto de los venecianos en el Imperio. Los límites del barrio veneciano siguieron siendo los mismos[335].

No sólo las ciudades italianas gozaban de grandes privilegios comerciales en la capital, sino que venecianos, písanos y genoveses sacaron máximo provecho de sus concesiones especiales y barrios mercantiles en muchas otras ciudades e islas del Imperio. Tesalónica, el centro más importante del Imperio después de Constantinopla, celebraba anualmente, a fines de octubre, con motivo de las fiestas de su patrón San Demetrio, una famosa feria a la que concurrían en multitud, para comprar o vender, griegos, eslavos, italianos, españoles (iberos), portugueses (*lusitanos*), «celtas de allende los Alpes» (*franceses*) y gentes llegadas de

las remotas orillas del Atlántico[336].

Después de la capital de Tesalónica, los principales centros económicos del Imperio eran Tebas, Corinto y Patras, famosas por sus sedas, y Adrianópolis y Filipópolis, en la Península Balcánica. Las islas del Egeo participaban también en la actividad industrial y comercial de la época.

A medida que se acercaba el año fatal de 1204, decaía la importancia mercantil de Bizancio, minada poco a poco por la iniciativa y la actividad de Génova, Pisa y, sobre todo, Venecia. La monarquía iba perdiendo «su potencia y su riqueza en provecho de la aristocracia, lo mismo que perdía sus muchos otros derechos en provecho de la clase mercantil cosmopolita de las grandes ciudades del Imperio»[337].

Instrucción, ciencias, y artes en la época de los Comnenos y los Ángeles

La época de la dinastía macedónica se había señalado, como sabemos, por una intensa actividad en el campo de las ciencias, las letras, la cultura y el arte. La labor de personalidades como Constantino Porfirogénito en el siglo X y Miguel Psellos en el XI, el esplendor intelectual bizantino, la renovación de la escuela superior de la capital en el siglo XI, crearon condiciones favorables al renacimiento espiritual de la época de los Comnenos y los Ángeles.

Un rasgo característico de ese período es el entusiasmo por la literatura antigua. Hesiodo, Hornero, Platón, los historiadores Tucídides y Polibio, los oradores Isócrates y

Demóstenes, Aristófanes y los trágicos griegos, así como otros eminentes representantes de los diversos aspectos de la literatura antigua, fueron estudiados e imitados por los escritores del siglo XII y más aún por los del XII.

Tal imitación repercutió sobre todo el idioma, el cual, con su busca excesiva de la antigua pureza, se volvió artificial, pomposo, difícil a veces de leer y comprender y completamente distinto de la lengua hablada corrientemente. Resultó así una literatura de hombres que, según frase de Bury, «eran esclavos de la tradición; cierto que sus señores eran magníficos, pero no por ello dejaba el hecho de significar una esclavitud»[338]. No obstante, algunos escritores muy ilustrados en las bellezas de la lengua clásica no dudaron a veces emplear la lengua popular de su época, habiéndonos dejado interesantes ejemplos del idioma «vivo» del siglo XII. Los autores de la época de los Comnenos y Angeles proclamaban la superioridad de la civilización de Bizancio sobre la de Occidente, donde, según una fuente, habitaban «tribus obscuras bárbaras que en su mayoría han sido, sí no engendradas, al menos nutridas y educadas por Constantinopla», en ninguna de las cuales «hallan asilo las Gracias o Musas», y en las que un canto agradable tenía tanto valor «como el grito del buitre o el graznido del cuervo»[339].

Aquella época tuvo, en el dominio de la literatura, muchos representantes interesantes y eminentes, tanto en los medios seglares como en los eclesiásticos. Semejante tendencia intelectual penetró incluso en la familia de los Comnenos, muchos miembros de la cual, influidos por el ambiente que les rodeaba, consagraron gran parte de su tiempo a ocupaciones literarias o científicas[340].

Ana Dalasena, madre de Alejo I y mujer muy instruida e

inteligente —su ilustrada nieta Ana Comnena la llama «no sólo honor de su sexo, sino también gloria de la naturaleza humana»—, llegaba a menudo a la mesa con un libro en las manos y en el curso de la comida comentaba las cuestiones dogmáticas propuestas por los Padres. Le gustaba sobre todo hablar de filosofía y del mártir Máximo[341].

El propio Alejo Comneno escribió disertaciones teológicas contra los herejes. En 1913 se han publicado las *Musas de* Alejo Comneno, dedicadas a su; hijo y heredero Juan y escritas en yambos. Fueron redactadas, en forma de «*exhortación*», poco antes de la muerte de Alejo[342]. Este trabajo de Alejo es una especie se testamento político y no sólo trata de abstractas cuestiones de moral, sino incluso de cierto número de sucesos históricos contemporáneos, tales como la primera Cruzada.

La hija de Alejo, Ana, y el marido de ésta. Nicéforo Brieno, ocupan puesto de honor en la historiografía bizantina. Nicéforo, que sobrevivió a Alejo y tuvo un papel importante en los asuntos públicos bajo Alejo y su hijo Juan, acometió la tarea de escribir la historia de Alejo Comneno. La muerte le impidió realizar su proyecto, y así no pudo componer más que una especie de crónica familiar o memorias que tendían a demostrar los motivos de la exaltación de la Casa de los Comnenos al trono, hasta la coronación de Alejo. El muy detallado relato de Nicéforo abarca los sucesos del período 1070-1079, o sea hasta comienzos del reinado de Nicéforo III Botaniates. Siendo así que la obra versa en especial sobre los Comnenos, no carece de cierta parcialidad. La dicción de Brieno es muy sencilla y carece de la artificiosidad característica, por ejemplo, de su culta esposa. En los escritos de Brieno se nota mucho la influencia de Jenofonte. Esa obra es de gran importancia, tanto para la historia de la corte como para la historia

exterior, proyectando luz especialmente sobre el progreso del peligro turco.

La esposa de Nicéforo, es decir, la talentosa y muy ilustrada Ana, hija mayor de Alejo, escribió la *Alexiada*, poema épico en prosa, según expresión de algunos eruditos[343]. y primer monumento importante del renacer literario de la época de los Comnenos. La escritora se propone en su obra describir el excelente reinado de su padre, «el gran Alejo, la antorcha del universo, el sol de Ana»[344].

En los quince libros de su gran obra, Ana describe la época de 1069 a 1118, traza el cuadro de la progresiva elevación de la familia de los Comnenos desde antes de la coronación de Alejo, y lleva su exposición hasta la muerte de éste. El libro de Ana completa y continúa el de su marido. En todo el libro de Ana se nota la tendencia panegirista de la autora, que exalta a su padre, llamándole «*treceno apóstol*»[345] y procura mostrar al lector la superioridad de Alejo sobre todos los demás miembros de su familia. Ana había recibido una instrucción excelente y leído muchos escritores de los más eminentes de la antigüedad, tales como Hornero, los líricos, los trágicos y Aristófanes; Tucídides y Polibio entre los historiadores; Isócrates y Demóstenes entre los oradores, y Aristóteles y Platón entre los filósofos. Estas lecturas influyeron en el lenguaje de la *Alexíada*, donde Ana adopta las formas externas de la antigua lengua helénica, «lengua escolástica, casi completamente momificada y opuesta del todo la lengua hablada en la época»[346].

Ana llega a excusarse ante los lectores cuando ha de citar los nombres bárbaros de los jefes occidentales o rusos (escitas), que «afean y rebajan la sublimidad de la historia»[347]. A pesar de su parcialidad, Ana nos. ha legado

una obra histórica muy importante, que no sólo se funda en sus propias observaciones y en los testimonios orales, sino también en los documentos de los Archivos de Estado, la correspondencia diplomática y los decretos imperiales. Respecto a la primera Cruzada, la *Alexíada* es una de las fuentes más principales. Gibbon juzga así la obra de Ana: «En vez de tener la sencillez de estilo y de exposición que se ganan nuestra credulidad, una elaborada afectación de retórica y ciencia delata a cada página la vanidad femenina de la autora»[348]. Los historiadores modernos miran a Ana Comnena, y con razón, de modo diferente, reconociendo que, «a pesar de todos sus defectos, esas memorias de la hija sobre su padre persisten siendo una de las obras más eminentes de la historiografía medieval griega»[349], y serán siempre uno de los testimonios más altos del reinado de Alejo Comneno, restaurador del Imperio griego[350]. La más reciente biógrafa de Ana, escribe: «Ana Comnena tuvo en verdad excelentes disposiciones científicas; poseyó ciertamente talento literario… A buen seguro no se requiere más para que reciba en el Parnaso el lugar que su época le concedió: el de décima Musa»[351].

Ignoramos si Juan, hijo y sucesor de Alejo y hombre que pasó toda su vida en expediciones militares, compartió las inclinaciones literarias de quienes le rodeaban. Pero sí sabemos perfectamente que su hermano menor, el sebastocrátor Isaac, a más de ser hombre instruido y promotor por las actividades culturas y en especial por las letras, escribió dos ensayos sobre la historia de la transformación de la epopeya homérica, y la introducción al *Código llamado de lo Ocho Libros* (*Octateuco*). Los más recientes estudios nos permiten suponer que la actividad literaria de Isaac fue mucho más diversa de lo que nos cabe juzgar dado el estado actual de nuestros conocimientos,

reducidos a los dos o tres pequeños textos editados. Probablemente tenemos en él un escritor bizantino nuevo, interesante desde diversos puntos de vista[352].

El emperador Manuel, muy amante de la astrología, escribió una apología de la *Ciencia astronómica*, esto es, de la astrología, defendiéndola contra los ataques del clero. Fue, además, autor de varias obras teológicas y discursos públicos imperiales[353]. Considerando los estudios teológicos de Manuel, el panegirista de éste, Eustacio de Tesalónica, designa al Gobierno de entonces como un «*sacerdocio imperial*» o un «*reino de sacerdotes*» (*Éxodo* 19:6)[354]. Manuel no se interesó sólo por la literatura, sino también por la teología. Envió al rey de Sicilia a título de regalo, el famoso *Almagesto de Ptolomeo*. Otros manuscritos de la biblioteca de Manuel pasaron también a Sicilia. La primera redacción latina del *Almagesto* se escribió hacia 1160[355]. Irene, cuñada de Manuel, se distinguió por su amor a las ciencias y su talento literario. Teodoro Pródromo, que fue su poeta oficial y probablemente su maestro, consagró a Irene varias trabajos poéticos y Constantino Manases compuso en honor a Irene su crónica versificada. En el prólogo de la crónica Irene aparece calificada de «una verdadera amiga de la literatura»[356]. Cierto *Diálogo contra los judíos* atribuido a veces a Andrónico I, pertenece, según ya dijimos, a una época más reciente.

Este breve resumen indica lo mucho que las inclinaciones literarias penetraron en los Comnenos. Pero de seguro esta familia no hacía sino reflejar el impulso intelectual general que halló su principal expresión en el desarrollo literario característico de la época de los Comnenos.

Los historiadores, poetas, escritores religiosos y literatos

diversos, así como los áridos cronistas contemporáneos, nos han dejado obras que nos permiten profundizar en la vida literaria de la época de los Comnenos y los Ángeles.

El historiador Juan Cinnamo o Cinnamus, contemporáneo de los Comnenos, siguió las huellas de Herodoto y Jenofonte y sufrió además la influencia de Procopio. Nos ha legado una historia de los reinos de Juan y Manuel (1118-1176), que continúa la historia de Ana Comnena. En el centro de esta exposición, notoriamente inacabada, Cinnamus sitúa la personalidad de Manuel, con lo que su obra tiene en algún modo tendencia panegírica. Defensor acérrimo de los derechos del emperador romano de Oriente y adversario declarado de las pretensiones pontificias y del poder imperial de los soberanos germánicos, Cinnamus, aparte de hacer héroe de su libro a Manuel —pagando así la benevolencia que el emperador le demostró—, nos da un relato histórico concienzudo, fundado en el estudio de fuentes excelentes y escrito en muy buen griego, empleando «el tono franco de un soldado lleno de un natural y no disimulado entusiasmo por el emperador»[357].

Los dos hermanos Acominatos —Miguel y Nicetas—, oriundos de la ciudad frigia de Konia o Chonia (por lo que a menudo se les apellida Coniatas o Choniatas) fueron figuras eminentes en las letras del siglo XII y de comienzos del XI. Miguel, el hermano mayor, había recibido una excelente instrucción en Constantinopla junto a Eustacio, obispo de Tesalónica, de quien hablaremos luego. Miguel escogió la carrera eclesiástica y fue arzobispo de Atenas durante cerca de treinta años. Era ardiente admirador de la antigüedad helénica.

Vivió en su residencia arzobispal de la Acrópolis. (Ya sabemos que en la Edad Media había en el antiguo Partenón

un templo consagrado a la Virgen). Parecíale al principio muy seductor tener su sede en la Acrópolis. Miguel miraba a la ciudad y sus habitantes con los ojos de un contemporáneo de Platón, y por tanto le espantada el tremendo abismo que separaba a los atenienses contemporáneos de los helenos de la antigüedad. El idealista Miguel no reparaba en el fenómeno general que se había producido en toda Grecia, transformando la nacionalidad griega. Su concepción ideal chocó en seguida con la dura realidad.

El discurso de presentación de Miguel ante los atenienses reunidos en el Partenón, fue, según el autor, un modelo de estilo sencillo. Recordó a sus oyentes la antigua grandeza de la ciudad, madre de la elocuencia y la sabiduría; expresó la firme certidumbre que albergaba de la continuidad genealógica del pueblo ateniense desde la antigüedad hasta entonces; sugirió a los atenienses que siguieran los nobles ejemplos de sus antepasados y citó como ejemplos los nombres de Arístides, Diógenes, Pericles y Temístocles[358]. Aquel discurso, compuesto en realidad con un estilo enfático, plagado de citas antiguas y bíblicas, lleno de y metáforas, resultó obscuro e incomprensible para los auditores del nuevo metropolitano, porque tales expresiones estaban por encima de la comprensión de los atenienses del siglo XII Miguel lo notó. En uno de sus siguientes sermones dijo con profunda amargura:

> «¡Oh, ciudad de Atenas, madre de la Sabiduría, y en qué grado de ignorancia has recaído! Cuando me dirigí a vosotros en mi discurso de presentación, que era tan sencillo, tan desprovisto de artificio, pareció que hablaba una lengua incomprensible, obscura y extranjera, persa o escita»[359].

El sabio Miguel Acominatos dejó pronto de ver en sus

contemporáneos atenienses a los descendientes directos de los antiguos helenos. «Quedan —escribía— el encanto del país; el Himeto, rico en miel; el tranquilo Pirco; Eleusis, antes misteriosa; la llanura de Maratón; la Acrópolis; pero aquella culta generación amante de las ciencias ha desaparecido y su lugar tomado por una generación inculta, pobre de cuerpo y de espíritu»[360]. Rodeado de bárbaros, Miguel temía convenirse él mismo en grosero y bárbaro. Se quejaba de la alteración de la lengua griega, evolucionada ahora en una especie de dialecto bárbaro, el cual no llegó a comprender hasta después de pasar tres años en Atenas[361]. Miguel habitó en la Acrópolis hasta principios del siglo XIII. A raíz de la conquista de Atenas por los francos, hubo de ceder su sede a un obispo latino y pasó la última parte de su vida en la pequeña isla de Ceos, junto al litoral del Ática, y allí murió y fue enterrado en 1220.

Miguel Acominatos dejó una rica herencia literaria que incluye sermones y discursos sobre temas diversos, muchas epístolas y algunos poemas. El conjunto nos da indicaciones preciosas sobre las condiciones políticas, morales y literarias de la vida de su tiempo. Entre sus poemas ha de colocarse, en primer término, una elegía yámbica en honor de Atenas, «primera y única lamentación llegada a nosotros sobre la ruina de la antigua y gloriosa ciudad»[362]. Gregorovius califica a Miguel Acominatos de rayo de sol en las tinieblas de la Atenas medieval, y de «último gran ciudadano y última gloria de aquella ciudad de la sabiduría»[363].

En la tosquedad que rodeaba a Atenas y de que habla Miguel, así como en la alteración del idioma, han de verse, ante todo, ciertas huellas de la influencia eslava. Algunos sabios, como E. I. Uspensky, creen posible, fundándose en los escritos de Miguel, afirmar la existencia en el siglo XII,

cerca de Atenas, de una comunidad eslava y de una propiedad campesina libre, cosas muy importantes en la historia interior de Bizancio[364].

Nicetas Acominatos o Coniata, hermano menor de Miguel, ocupó el primer puesto entre los historiadores del siglo XII y comienzos del XIII. Nicetas nació, promediado el siglo XII, en la ciudad frigia de Konia, como su hermano, y siendo niño aun fue enviado a Constantinopla, donde estudió bajo la dirección de Miguel. Mientras éste se consagraba al sacerdocio, Nicetas eligió la carrera laica de funcionario. Probablemente a raíz de los últimos años del reinado de Manuel, y en especial bajo los Ángeles, fue agregado a la corte y alcanzó los grados superiores de la jerarquía administrativa. Forzado a huir de la capital durante el saco que de esta practicaron los cruzados en 1204, Nicetas huyó a Nicea, buscando refugio junto al emperador de este último país, Teodoro Láscaris: Teodoro le acogió con mucha benevolencia, le otorgó todos los honores y distinciones perdidos y le dio la posibilidad de consagrar los últimos años de su vida a sus trabajos literarios favoritos, así como de terminar su gran obra histórica. Nicetas murió en Nicea poco después de 1210. Su hermano Miguel, que le sobrevivió, dedicóle una emocionante oración fúnebre, muy importante para la biografía de Nicetas.

La obra principal de Nicetas Coniata es su gran obra histórica en veinte libros, que abarcan los sucesos comprendidos entre la exaltación de Juan Comneno y los primeros años del Imperio latino (1118-1206). Esa obra es fuente inestimable para la época de Manuel, el interesante reinado de Andrónico, la época de los Ángeles y la cuarta Cruzada y toma de Constantinopla por los cruzados en 1204. El principio de la historia —el período de Juan Comneno—

está expuesto con brevedad. La obra de Nicetas suele pararse en, seco sobre accidentes fortuitos y no presenta una unidad acabada. F. I. Uspensky supone que no se ha publicado aun en su forma íntegra[365]. Nicetas sólo se servía de dos fuentes en su trabajo: los relatos de testigos oculares y sus observaciones propias. Los sabios están divididos sobre la cuestión de si se sirvió de Juan Cinnamus como una fuente[366]. La historia de Nicetas Acominatos está escrita en estilo ampuloso, elocuente y pintoresco y su exposición revela extensos conocimientos en literatura antigua y en teología. El autor forma sobre su lenguaje un juicio muy diferente del nuestro. En la introducción de su trabajo, dice, entre otras cosas:

> «No me he curado de hacer un relato pomposo, salpicado de palabras obscuras y de expresiones hinchadas, aunque otros aprecien esto mucho…
>
> Lo que más detesta la historia, como yo digo, es un lenguaje obscuro e incomprensible, pues ama, al contrario, un estilo sencillo, natural y fácil de entender»[367].

A pesar de cierta tendenciosidad en su exposición de los sucesos de ciertos reinados, Nicetas, persuadido de la superioridad de la civilización romana sobre la del «bárbaro Occidente», merece como historiador gran confianza y atención profunda. Uspensky escribe: «Nicetas merece ser estudiado aunque sólo fuera por el hecho de que en su historia se ocupa en una época muy importante de la Edad Media, en la cual las relaciones hostiles de Oriente y Occidente alcanzaron su mayor grado de intensidad y dieron nacimiento a las Cruzadas y a la fundación de un Imperio latino en Constantinopla. La opinión de Nicetas sobre los Cruzados occidentales y sobre las relaciones recíprocas de

Oriente y Occidente se señala por su justeza profunda y por un afinado sentido histórico que no hallamos en los mejores escritos de la literatura occidental de la Edad Media»[368].

Aparte su *Historia*, acaso se deba a Nicetas Acominatos un corto tratado sobre las *Estatuas destruidas por los latinos en Constantinopla en 1204*, y varias obras retóricas, como cierto número de panegíricos de los diversos emperadores y un tratado teológico no dado a luz íntegramente: el *Tesoro de la Ortodoxia*, continuación de la *Panoplia* de Eutimio de que hablamos antes. El *Tesoro*, resultado de un estudio hondo de numerosos escritores, se propone refutar los errores heréticos.

Entre las figuras eminentes del siglo XII cabe contar igualmente al maestro y amigo de Miguel Acominatos, a «la más brillante luminaria del mundo sabio bizantino después de Miguel Psellos»[369], es decir, el arzobispo Eustacio de Tesalónica. Eustacio educóse en Constantinopla y allí, en su calidad de diácono de Santa Sofía, fue profesor de oratoria y escribió la mayoría de sus brillantes trabajos. Pero su obra histórica, y otras ocasionales se redactaron en Tesalónica. La morada de Eustacio en Constantinopla era una especie de academia para los estudiantes jóvenes y se convirtió en un centro en torno al que se reunían los mejores intelectos de la capital y la juventud deseosa de instruirse[370]. Eustacio, pastor supremo de la segunda ciudad del Imperio, desplegó gran celo por elevar el nivel moral e intelectual de los monjes, lo que a veces le generó la hostilidad de algunos miembros del clero regular[371]. Son muy interesantes, desde el punto de vista de la historia de la civilización, las incesantes exhortaciones de Eustacio a los monjes para que no echasen a perder los tesoros de las bibliotecas. Al respecto, escribió en su obra sobre el monaquismo palabras

siguientes: «¡Guay de ti! ¿Por qué quieres, ignorante, identificar una biblioteca monacal con tu alma? Tú, que no posees conocimiento alguno, ¿quieres también quitar a la biblioteca sus recursos científicos? Déjala que conserve esos tesoros. Tras de ti vendrá algún conocedor o amante de esas ciencias y el primero se volverá más instruido después de pasar algún tiempo en la biblioteca; el segundo, avergonzado de su completa ignorancia, encontrará en el estudio de los libros lo que buscaba»[372]. Eustacio murió a fines del siglo XII. Su discípulo y amigo Miguel Acominatos, metropolitano de Atenas, honró la memoria del difunto con una conmovedora oración fúnebre.

Eustacio, sin duda, fue una de las personalidades más importantes de fa vida intelectual de Bizancio en el siglo XII. Señálase como atento observador de la vida política de su tiempo, como teólogo despierto y experimentado que era criticó valerosamente la corrupción monacal, y como un sabio notable fijó su posición al respecto. Su conocimiento de la literatura antigua, y sobre todo de los *Comentarios* de Hornero, le han valido un lugar de honor, no sólo en la historia de la civilización bizantina, sino también en el de la filología clásica. Su legado literario abarca dos partes: en la primera han de situarse los vastos y profundos comentarios sobre la *Iliada y* la *Odisea* que compuso en Constantinopla, un valioso comentario de Píndaro y algunas otras cosas; en la segunda, las obras escritas en Tesalónica, es decir, su historia de la toma de Tesalónica por los normandos en 1185, obra de que ya hemos hablado antes; una correspondencia muy importante para su época; una célebre disertación sobre la necesidad de reformar la vida monástica, un discurso sobre la muerte del emperador Manuel, etc. Los escritos de Eustacio no se han utilizado aun con la debida amplitud en relación al estudio de la vida política e

intelectual de Bizancio[373].

A fines del siglo XI y principios del XII vivió el eminentísimo teólogo Teofilacto, arzobispo de Achrida (Ochrida), en Bulgaria. Nació en la isla de Eubea y fue durante algún tiempo diácono en Santa Sofía. Recibió una excelente instrucción y tuvo por maestro al célebre Miguel Psellos. Fue nombrado arzobispo de Achrida probablemente bajo Alejo I. Bulgaria estaba entonces sometida al dominio de Bizancio. La vida ruda y bárbara de aquel país no pudo hacer a, Teofilacto olvidar a Constantinopla, ciudad a la que deseaba, con todo su corazón, regresar. Pero no lo logró y terminó su vida en Bulgaria. Si bien se desconoce la fecha exacta de su fallecimiento, se estima que murió hacía el 1108. Escribió algunas obras teológicas. Se conocen en especial sus *Comentarios sobre los libros del Antiguo y Nuevo Testamento*. Pero desde nuestro punto de vista sus obras capitales son su correspondencia y su libro *Sobre los errores de los latinos*. Casi todas sus cartas, escritas entre 1091 y 1108[374], nos dan un cuadro muy interesante de la vida provinciana en el Imperio. Las cartas de Teofilacto, no estudiadas con profundidad en lo que se refieren a la historia interna de Bizancio, merecen particular atención. Ya hablamos antes de su libro *Sobre los errores de los latinos*, que se señala por sus tendencias conciliadoras al respecto de la Iglesia romana[375].

Reinando Manuel, vivió y escribió como Miguel de Tesalónica, quien comenzó su carrera como diácono y profesor de exégesis de los evangelios en Santa Sofía de Constantinopla, recibiendo después el título de «*Maestro de los retóricos*» y siendo, al fin, condenado como sectario de la herejía de Sotérico Panteugeno y privado de sus títulos[376]. Compuso varios discursos en honor de Manuel: cinco de

ellos han sido publicados. El último fue pronunciado, como una oración fúnebre, pocos días después de la muerte del emperador[377]. Los discursos de Miguel dan algunos detalles interesantes sobre los sucesos históricos de la época. Los dos últimos no han sido utilizados todavía por ningún historiador.

A mediados del siglo XII se escribió una de las numerosas imitaciones bizantinas de los diálogos de Luciano: el *Timarión*. Esa obra suele ser considerada anónima, pero acaso el autor se llamase Timarión realmente[378]. Timarión relata el supuesto viaje que hizo a los infiernos y reproduce las conversaciones que tuvo con los muertos en los Campos Elíseos. Dice haber visto al emperador Romano Diógenes, a Juan Italos, a Miguel Psellos, al emperador iconoclasta Teófilo, etc. Literariamente, el *Timarión*, obra llena de humorismo y talento, es la mejor imitación bizantina de Luciano. Fuera de sus cualidades de estilo, el libro tiene para nosotros el interés de que nos da algunas descripciones de la vida real, como la de la feria de Tesalónica. Es una fuente histórica de primer orden para la historia interior de Bizancio[379].

Otro contemporáneo de los Comnenos, Juan Tzetzes, muerto probablemente hacia 1180, tiene una considerable importancia en el sentido de la literatura, de la historia de la civilización y de la antigüedad clásica. Este autor, tras haber recibido una buena instrucción filológica, fue durante cierto tiempo profesor de gramática y después se entregó a la literatura, ocupación que aseguró su pan de cada día. En sus escritos Juan Tzetzes no desperdicia ocasión alguna de hablar de las diferentes circunstancias de su existencia, las cuales nos muestran un hombre del siglo XII que vive de su actividad literaria y se queja sin cesar de su pobreza y

miserias, busca las buenas gracias de los ricos y nobles, les dedica sus escritos, se indigna ante la idea de que no sean debidamente reconocidos sus méritos y cae un día en tal miseria que de todos sus libros sólo le resta un ejemplar de Plutarco. Como, por falta de dinero, no podía procurarse las obras necesarias y debía confiar principalmente en su memoria, cometió en sus escritos muchos errores históricos elementales. En una de sus obras escribe: «Para mí, mi biblioteca es mi cabeza. Dada la gran penuria en que estamos, no tenemos libros en casa. Así, no puedo nombrar exactamente al autor»[380]. En otra obra escribe respecto a su memoria; «Dios no ha creado nunca y nunca creará un hombre que tenga una memoria semejante a la de Tzetzes»[381]. La erudición de Tzetzes en materia de literatura clásica antigua y bizantina era muy notable. Había leído innumerable cantidad de poetas, escritores dramáticos, historiadores, oradores, filósofos, geógrafos y novelistas, sobre todo a Luciano. Las obras de Tzetzes están escritas en un estilo retórico, cargadas de citas mitológicas, literarias e históricas y llenas de autoelogios. Son, pues, difíciles de leer y poco interesantes. Citaremos sólo unos cuantos de sus numerosos escritos. La colección de sus cartas, ciento siete en total, aparte los defectos que hemos señalado, tiene cierta importancia, tanto para la biografía del autor como para las de sus corresponsales. El *Libro de las historias*, escrito en versos llamados «políticos» (esto es, populares)[382] es una obra poética de carácter historicofilológico, que abarca más de doce mil versos. A partir de la primera edición, donde, para comodidad, la obra se dividió en doce partes de a mil versos, se llama ordinariamente a este libro las *Quilíadas* (es decir, los *Miles*). Las *Misionas* o *Quilíadas* de Juan Tzetzes, no son, según Krumbacher, más que «un enorme comentario versificado de sus propias cartas, que allí se explican la una

tras la otra. Las relaciones de las cartas y las *Quilíadas* son tan íntimas, que las primeras pueden considerarse como un resumen detallado de las segundas»[383]. Este solo hecho quita a las *Quilíadas* todo valor literario. Otro sabio (V. G. Vasilievsky), nota con severidad que las *Quilíadas* «representan desde el punto de vista literario un absurdo completo; pero a veces explican lo que queda obscuro en la prosa»[384], o sea en las cartas.

Otra gran obra de Juan Tzetzes, también escrita en versos políticos —las *Alegorías sobre la Iliada y la Odisea*— está dedicada a la esposa del emperador Manuel, Berta-Irene, llamada por el autor la reina «más homérica»[385]; es decir, la mayor admiradora del «muy sabio Hornero, ese lago de palabras», la «luna clara, no bañada por las olas del Océano, sino que sale del lecho de púrpura de su sol»[386]. El fin de Tzetzes era exponer el contenido de los cantos de Hornero, explicándolos, en especial, desde el punto de vista de la exégesis alegórica del mundo de los dioses descrito por Hornero. Al principio de sus *Alegorías*, Tzetzes dice, con no poca presunción: «Póngome a la tarea y, tras tocar a Hornero con la varilla mágica de mí palabra, lo haré más accesible a todos y sus profundidades invisibles aparecerán a plena luz ante nosotros»[387]. Según Vasilievsky, esa obra de Tzetzes está desprovista «no sólo de gusto, sino también de sentido común»[388]. Además de las obras citadas, Juan Tzetzes nos ha dejado otras sobre Homero y Hesíodo, escolios (notas críticas o explicativas al margen de los manuscritos) sobre Hesíodo y Aristófanes, algunos poemas, etc. Las obras de Juan Tzetzes no han sido editadas aun en nuestros días y algunas probablemente se han perdido.

Después de todo lo dicho, el lector dudará probablemente de la valía intelectual de Juan Tzetzes. Pero el extraordinario celo del autor y su interés por compilar

documentos hacen que sus escritos sean una fuente de valiosos informes sobre la antigüedad, teniendo extrema importancia para el conocimiento de la literatura clásica. Además, la labor de este autor y sus vastos conocimientos nos permiten extraer algunas conclusiones sobre el carácter del «renacimiento» literario de la época de los Comnenos.

Podríamos prescindir de hablar de Isaac Tzetzes, hermano del anterior y que se ocupó en filología y métrica, si no fuera porque la filología menciona frecuentemente a los hermanos Tzetzes," como si confiriera a entrambos un valor casi igual. En realidad Isaac no se distinguió por nada y seria lógico abandonar la expresión «hermanos Tzetzes».

Un interesante y típico personaje de la época de los tres primeros Comnenos —y sobre todo de Juan y Manuel— es el muy sabio poeta Teodoro Pródromo, o Ptochoprodromo, es decir, el Pobre Pródromo, como se llamaba a veces, ya para excitar compasión o por falsa humildad. Sus diversas obras procuran una rica documentación tanto al filólogo como al filósofo, al historiador como al teólogo. Aunque sean numerosas las obras publicadas que se atribuyen a este autor con más o menos fundamento, hay inéditas todavía muchas entre los manuscritos de las bibliotecas de Oriente y Occidente. Hoy la personalidad de Pródromo suscita graves discusiones entre los críticos, que se preguntan a quién pertenecen en realidad las muchas obras atribuidas a este autor. Hay quien cree en dos personajes con el nombre de Pródromo; otros creen en tres; varios en uno[389]. La cuestión no está resuelta ni se podrá resolver mientras no se edite toda la herencia literaria vinculada al nombre de Pródromo.

El período principal de la actividad de Pródromo coincide con la primera mitad del siglo XII. Su tío, conocido por el nombre monástico de Juan, fue metropolitano de Kiev,

y de él dice la crónica rusa de 1080 que era un «hombre instruido en los libros y en las ciencias, generoso con los pobres y las viudas»[390], etc, Según toda probabilidad, Pródromo murió hacia 1150.

Diehl opina que Pródromo fue uno de los representantes «del proletariado de las letras, que vegetaba en Constantinopla y se componía de hombres inteligentes, instruidos, incluso distinguidos, pero a los que los rigores de la vida habían humillado singularmente, sin contar el vicio, que, uniéndose a la miseria, los había a veces desviado y rebajado singularmente»[391].

No obstante, los míseros escritores que frecuentaban la corte y se relacionaban con la familia imperial y los grandes, hallaban a veces, si bien a menudo con trabajo, un protector que proveía generosamente a sus necesidades. Toda la vida de Pródromo transcurrió en busca de un protector y en lamentaciones de su miseria, de su estado enfermizo, de su vejez... En su petición de socorros ninguna adulación, exageración ni bajeza le atajaba, y no elegía las personas a quienes dedicaba sus encomios. Pero en honor de Pródromo ha de decirse que siempre permaneció fiel a una persona: Irene, la nuera de Manuel, incluso en los momentos de desgracia de ésta. La situación de los escritores como Pródromo era muy difícil a veces. Así, en una de las obras antes atribuidas a Pródromo, el autor lamenta no ser remendón, panadero, picapedrero o pintor de brocha gorda, ya que éstos al menos tienen qué comer, y hace a un tercero decir, irónico: «Cómete tus escritos y aliméntate con ellos, amigo mío. Aliméntate de literatura, pobre hombre»[392].

Ya dijimos que nos han llegado muchas y diversas obras atribuidas a Pródromo. Hallamos a este novelista, hagiógrafo, epistolista, orador, autor de un poema

astrológico, de otros religiosos, de escritos filosóficos, de sátiras y de obras humorísticas. Varios de esos escritos son trabajos circunstanciales, escritos con motivo de una victoria, un nacimiento, un óbito o un matrimonio, y tienen mucho valor por las alusiones dispersas que contienen sobre personas y sucesos. También son interesantes por las noticias que nos dan sobre la vida general del pueblo bajo. Pródromo ha sido a menudo severamente censurado por los eruditos. Se ha mencionado la «Mísera pobreza de contenido de sus poemas, la forma ruda de sus realizaciones poéticas»[393] y se ha dicho que «de tales autores, que sólo escriben para ganarse el pan, no cabe esperar verdadera poesía»[394]. Esto se explica porque durante mucho tiempo Pródromo ha sido juzgado por sus trabajos más ínfimos, y por desgracia más difundidos, como, verbigracia, su novela versificada *Rodanthe y Dosikles*, obra larga y pomposa, cuya lectura, según ciertos historiadores, es penosa y produce un tedio mortal[395]. Pero tan desfavorable opinión sobre Pródromo no está justificada. Si se consideran sus ensayos en prosa, sus diálogos satíricos, sus panfletos, sus epigramas, donde imita las mejores modelos de la antigüedad, y sobre todo a Luciano, nos vemos obligados a emitir un juicio más favorable sobre la obra literaria de este autor.

En sus escritos hallamos observaciones agudas y divertidas sobre la vida contemporánea, y esas observaciones prestan a su obra indiscutible interés para el estudio de la historia de la sociedad y, sobre todo, de los círculos literarios de la época de los Comnenos. Además, Pródromo abandona en algunos de sus trabajos la artificial lengua clásica y recurre al griego hablado corrientemente, sobre todo en sus obras humorísticas, habiéndonos así dejado curiosos ejemplos del lenguaje popular del siglo XII. El gran mérito de Pródromo consiste, precisamente, en haberse

decidido a introducir en la literatura el lenguaje común. Sin. duda alguna, Pródromo es, con todos sus defectos, uno de los más notables representantes de la literatura bizantina, según opinión de los mejores bizantinistas contemporáneos, «una personalidad literaria e histórica tal como pocas en Bizancio»[396].

Bajo los Comnenos y los Ángeles vivió también el humanista Constantino Stilbes, del cual sabemos muy poco. Recibió una buena instrucción, fue profesor en Constantinopla y más tarde obtuvo el título de maestro en literatura. Nos han llegado treinta y cinco obras de Stilbes, casi todas en verso y ninguna publicada aun[397]. El más conocido de sus poemas es el que describe el gran incendio que se produjo en Constantinopla el 25 de julio de 1197. Trátase del primer documento que menciona semejante suceso.

Ese poema comprende 938 versos y da documentación abundante sobre la topografía, el aspecto exterior y las costumbres de la capital del Imperio de Oriente. En otro poema, Stilbes describe un nuevo incendio sobrevenido en la ciudad en 1198.

La obra literaria de Stilbes, dispersa en las bibliotecas europeas, merece, así como su personalidad, un estudio detenido[398].

La árida crónica bizantina tuvo también en la época de los Comnenos varios representantes que comenzaron sus relatos desde el principio del mundo. Jorge Cedreno, contemporáneo de Alejo Comneno, extiende su historia hasta la iniciación del reinado de Isaac Comneno (1057). Lo que dice del período que comienza el 811 es casi literalmente idéntico al texto del cronista Juan Scilitas (segunda mitad del siglo XI). El original griego de las crónicas de este último no

ha sido editado aun. Juan Zonaras (siglo XII) escribió, no una crónica árida, sino «un manual de historia universal que tendía manifiestamente a fines más elevados»[399], y que se apoya en muy buena documentación. Zonaras lleva su relato hasta la exaltación de Juan Comneno (1118).

La crónica de Constantino Manases, escrita en versos políticos (primera mitad del siglo XII) está dedicada a la nuera de Manuel, la erudita Irene, y alcanza hasta la coronación de Alejo Comneno (1081). Hace algunos años se ha publicado una breve continuación de la obra de Manases, también en verso (setenta y nueve versos en total), abarcando la época comprendida entre Juan Comneno y Balduino, primer emperador latino de Constantinopla. Cerca de la mitad de este trabajo está consagrada a Andrónico I[400]. Manases escribió asimismo un poema yámbico, probablemente titulado *Itinerarium* que se ha publicado en 1904 y trata de algunos hechos de la época[401]. Finalmente Miguel Glica (siglo XII) escribió una crónica universal que concluye con la muerte de Alejo Comneno (1118).

Ya hablamos antes del movimiento religioso y filosófico producido bajo los Comnenos y al que está vinculado el nombre de Juan Italos.

En el aspecto artístico, la época de los Comnenos y los Ángeles fue la continuación de la Segunda Edad de Oro, cuyo principio fijan la mayoría de los historiadores a mediados del siglo IX, es decir, cuando el advenimiento de la dinastía macedónica. Desde luego, el período de perturbaciones del siglo XI, período que precedió a la llegada de la dinastía de los Comnenos al trono, interrumpió por algún tiempo el surgimiento de las espléndidas obras de arte de esa Segunda Edad de Oro. Con la dinastía de los Comnenos, el Imperio conoció una renovación de gloria y

prosperidad y pareció que el arte bizantino iba a continuar la brillante tradición de la época macedónica. Pero aquel arte quedó señalado por cierta inmovilidad y formalismo. «En el siglo XI vemos ya declinar el sentimiento de la antigüedad: la libertad y la naturaleza ceden el lugar al formalismo; el fin teológico se convierte claramente en el fin del artista. Una trabajada iconografía caracteriza ese período»[402]. En otra de sus obras Dalton escribe:

> «Las fuentes de progreso se han agotado; la potencia creadora orgánica no existe ya…
>
> A medida que avanza el período de los Comnenos, el arte sacro se convierte en una especie de ritual… cumplido, por decirlo así, sin que la conciencia creadora del artista guíe sus facultades. Ya no hay fuego ni fervor: se resbala insensiblemente hacia el formalismo»[403].

Sin embargo, el arte bizantino no conoció bajo los Comnenos un estado de decadencia. La arquitectura, en particular, se distinguió por muchos monumentos notables.

En Constantinopla se erigió el magnífico palacio de las Blachernas[404] y los Comnenos abandonaron la antigua residencia imperial, el «*Gran Palacio*» y se establecieron en otro nuevo situado sobre el Cuerno de Oro. De la nueva residencia imperial, nada inferior en esplendidez a la antigua, nos han dejado entusiastas descripciones los contemporáneos[405]. El Gran Palacio, abandonado, cayó pronto en decrepitud y en el siglo XV era sólo un montón de ruinas, que los turcos acabaron de destruir.

El nombre de los Comnenos está asociado igualmente a la edificación o reconstrucción de varias iglesias: así la del *Pantocrátor*, en Constantinopla, donde fueron enterrados Juan II y Manuel I Comneno y después, en el siglo XV, los

emperadores Manuel II y Juan VIII Paleólogo. La famosa iglesia de *Hora* (*«del campo»*, por hallarse fuera del recinto teodosiano) fue reconstruida a principios del siglo XII. Se elevaron iglesias, además de en la capital, en las provincias[406]. La catedral de San Marcos, en Venecia, reproducía, por su planta, la iglesia de los Santos Apóstoles, y en sus mosaicos reflejaba la influencia bizantina. Se inauguró solemnemente en 1095. Muchos edificios de Cefalú, Palermo y Monreale (Sicilia) copian las mejores obras del arte bizantino y datan del siglo XII. En Oriente, los mosaicos de la iglesia de la Natividad de Belén son importantes vestigios de una cuidada decoración ejecutada por los mosaístas bizantinos para el emperador Manuel Comneno en 1169[407].

Así, en Oriente como en Occidente, «la influencia del arte griego seguía siendo en el siglo XII importante, e incluso allí donde parecía que ello debiera esperarse menos, entre los normandos de Sicilia y los latinos de Siria. Bizancio seguía siendo la gran iniciadora, la maestra de todas las elegancias»[408].

Se han descubierto frescos muy importantes, de los siglos XI y XII, en Capadocia y en Italia del sur. Hacia la misma época, artistas bizantinos crearon frescos muy bellos en Rusia, especialmente en Kiev, Chernigov, Novgorod, etc.

También se han conservado marfiles esculpidos, alfarería, cristales, sellos, metales, joyas grabadas, etc., cuya labor se debe a artistas bizantinos de la época[409].

Empero, a pesar de toda la obra artística de la época de los Comnenos y los Angeles, debemos considerar la primera parte de la segunda Edad de Oro, es decir, el período macedonio, como la más brillante y de mayor potencia creadora. No podemos compartir la opinión de G. Duthuit

cuando escribe: «En el siglo XII el poderío político y militar de Bizancio se había hundido para no levantarse más. Sin embargo, la fuerza creadora del Imperio y del Oriente cristiano alcanzan su apogeo en esta época»[410].

El renacimiento bizantino del siglo XII no sólo es interesante e importante en sí mismo y por sí mismo, sino que aquél fue un momento esencial del renacimiento general de Europa en el mismo siglo, renacimiento tan notablemente descrito y expuesto hace poco por el profesor C. H. Haskins, en su libro *The Renaissance of the 12th. Century* (Cambridge, 1927). En las primeras líneas de su prefacio, Haskins escribe: «El título de este libro parecerá a muchos lectores una evidente contradicción interna. ¡Un renacimiento en el siglo XII!». Pero no hay la menor contradicción. En el siglo XII se produce en la Europa occidental una renovación en el conocimiento de los clásicos latinos, de la lengua latina, de la prosa y versos latinos, de la jurisprudencia, de la filosofía, de los escritos históricos. En esa época se traduce a los árabes y los griegos y nacen las Universidades. Haskins tiene perfecta razón cuando dice:

> «No siempre se ha visto lo bastante que hubo un contacto directo muy notable con las fuentes griegas, tanto en Italia como en Oriente, y que esas traducciones, hechas directamente con arreglo a los originales griegos, fueron un vehículo inmediato y un intermediario fiel de la transmisión del saber antiguo»[411].

En el siglo XII hubo entre Bizancio e Italia relaciones directas más frecuentes e importantes de lo que puede parecer a primera vista. La política religiosa de los Comnenos, deseosa de reaproximarse a Roma, produjo como consecuencia la celebración en Constantinopla, muy a

menudo ante los emperadores, de numerosas «reuniones contradictorias», donde participaron eminentes representantes del catolicismo, que acudían a la capital bizantina con el propósito de contribuir a la reconciliación de las dos Iglesias. Estas reuniones contribuyeron mucho a la transmisión del pensamiento griego a Occidente. Además, las relaciones de las Repúblicas mercantiles italianas con Bizancio y la existencia en Constantinopla de los barrios veneciano y pisano, permitieron la presencia de algunos sabios italianos en la capital, y esos sabios aprendieron el griego y transmitieron a Occidente parte de los conocimientos griegos. Bajo Manuel Comneno, sobre todo, vemos «un imponente desfile de misiones enviadas a Constantinopla por los Papas, emperadores, franceses, písanos y otros, y una sucesión muy poco menos constante de embajadas griegas en Occidente que hacen pensar en la inmigración griega a Italia de principios del siglo XV»[412].

Tomando en cuenta todos los elementos que acabamos de examinar, hemos de concluir que el movimiento ideológico bajo los Comnenos y los Ángeles constituye una de las páginas más brillantes de la historia de Bizancio. En épocas precedentes Bizancio no había conocido renovación tal, la cual adquiere importancia mucho mayor si se coteja con el renacimiento contemporáneo de Occidente. El siglo XII puede, con buen derecho, ser considerado como la época del primer renacimiento helénico de la historia de Bizancio.

CAPÍTULO VIII. EL IMPERIO GRIEGO DE NICEA Y EL IMPERIO LATINO DE CONSTANTINOPLA

Los estados fundados en el siglo XIII en territorio bizantino

La cuarta Cruzada, concluida con la toma y saqueo de Constantinopla, tuvo como resultado el fraccionamiento del Imperio bizantino y la fundación en su territorio de varios Estados, unos latinos y otros griegos. Los primeros recibieron la organización feudal imperante en el occidente de Europa. Los francos fundaron los Estados siguientes: imperio latino de Constantinopla, reino de Tesalónica, principado de Acaya, en el Peloponeso (Morea) y ducado tebanoateniense en la Grecia central. El poderío de Venecia se extendió sobre las islas bizantinas de las aguas egeas y jónicas, la isla de Creta y otros muchos puntos del litoral y el interior. Junto a las posesiones feudales latinas se crearon tres Estados griegos independientes en el dividido territorio del Imperio oriental: el Imperio de Nicea, el de Trebisonda, en Asia Menor, y el despotado del Epiro, en el norte de

Grecia. Balduino, conde de Flandes, fue elegido emperador de Constantinopla, señoreando lo más de la Tracia. Bonifacio de Monferrato, designado rey de Tesalónica, extendía su autoridad a Macedonia y Tesalia. Guillermo de Champlitte, y tras él Godofredo de Villehardouin, gobernaron, como príncipes, la Morea. Otón de la Roche fue duque de Atenas y Tebas. En los tres Estados griegos reinaban: en Nicea (Bitinia), Teodoro I Láscaris; en Trebisonda, Alejo I Comneno, y en el despotado del Epiro, Miguel I Ángel Ducas Comneno.

Los dos Estados vecinos —el segundo imperio búlgaro, con sus soberanos kaloyan y Juan Asen II, y el sultanato de Iconion o Rum, en Asia Menor— participaron activamente, sobre todo Bulgaria, en la compleja vida internacional que se desarrolló a partir de 1204 sobre las ruinas del Imperio bizantino.

Todo el siglo XII transcurrió en continuas lucha de dichos Estados, que efectuaron entre sí las más dispares combinaciones. Ora lucharon los griegos contra los usurpadores francos, turcos y búlgaros; ora unos griegos pelearon con otros griegos, introduciendo nuevos elementos de discordia en la perturbada vida interna bizantina; ora los francos se batieron contra los búlgaros, y así sucesivamente. A estos choques militares seguían alianzas y pactos diversos, en general quebrantados con tanta facilidad como convenidos.

Tras la catástrofe de 1204 se planteó el problema de saber cuál sería el centro político, económico, religioso, intelectual y nacional en torno al cual pudiera desarrollarse la idea de la unión y del orden. Los Estados feudales del Occidente y las posesiones mercantiles venecianas, siguiendo cada uno sus propios intereses, contribuyeron,

dentro de la anarquía general, a aumentar la desintegración del Imperio, no acertando ni a crear un orden nuevo ni a conservar intacta la herencia que recibieran a raíz de la Cuarta Cruzada. Un historiador dice:

> «Todos esos Estados feudales del Occidente, separados unos de otros, no hicieron obra constructiva, sino más bien destructora, y así fueron destruidos ellos mismos. Oriente quedó dueño de la situación en Oriente»[413].

Orígenes del imperio de Nicea. Papel de Bulgaria

Situaremos en el centro de nuestra exposición la historia del Imperio de Nicea, donde nació y se desarrolló la idea de la unión nacional griega y de la restauración del Imperio bizantino, y de donde procedía Miguel Paleólogo, que en 1261 se adueñó de Constantinopla, restableciendo, si bien disminuido en sus confines, el antiguo Imperio de Bizancio. Por un momento pareció que la restauración bizantina correspondería al despotado del Epiro; pero, como veremos después, los déspotas del Epiro, al influjo de diversas circunstancias, hubieron de retroceder ante la creciente importancia de Nicea y renunciar a ejercer una acción decisiva en el Oriente cristiano. El tercer Estado griego, el Imperio de Trebisonda, se hallaba harto apartado para poder desempeñar un papel de primera línea en la reunión de los griegos. De aquí que la historia de Trebisonda ofrezca un interés de orden particular, en lo político así como en lo intelectual y económico, mereciendo un estudio especial e

independiente.

El fundador del «*Imperio en exilio*» de Nicea, fue Teodoro Láscaris, emparentado por su mujer, Ana, hija del ex emperador Alejo III, a la familia de los Angeles, y por Alejo III a la familia de los Comnenos. Bajo Alejo III, Teodoro ejerció un mando militar, luchando enérgicamente contra los cruzados[414].

Según toda probabilidad, el alto clero de Constantinopla le designó emperador al huir Marzuflo. Teodoro se refugió en el Asia Menor en el momento en que los cruzados tomaban la capital. En su nuevo Estado de Nicea dio asilo al alto clero de Constantinopla, y a Nicea se acogieron, huyendo de los cruzados, muchos personajes eclesiásticos eminentes, numerosos miembros de la nobleza civil y militar de Bizancio y otras gentes que se negaban a aceptar el yugo extranjero. Sin embargo, el último patriarca griego de Constantinopla, Juan Camatera, marchó a Bulgaria, negándose a acceder a la invitación de Teodoro Láscaris para que acudiese a Nicea. Miguel Acominatos, metropolitano de Atenas, al huir de esta ciudad, escribió a Teodoro Láscaris recomendándole un eubeo de quien decía que prefería vivir desterrado en la corte de un «Imperio griego» «romano», a permanecer en su patria, oprimida por los extranjeros. Miguel añadía que si dicho eubeo encontraba asilo en Nicea, él produciría una impresión prodigiosa en toda Grecia, la cual «miraría a Teodoro como el único liberador universal», es decir, el liberador de toda la «Romanía».[415]

A la muerte de Teodoro Láscaris, que reinó de 1204 a 1222, el Imperio pasó a su yerno —el esposo de su hija Irene —, Juan II Ducas Vatatzés (1222-1254)[416]. Juan II fue el más capaz y enérgico de los emperadores de Nicea. Le sucedieron

su hijo Teodoro II (1254-1258) y su nieto menor Juan I (1258-1261). A Juan IV le depuso Miguel Paleólogo, restaurador del Imperio bizantino.

La situación del nuevo Estado bitinio era muy peligrosa. Por Oriente amenazaba el poderoso sultán selyúcida de Iconium, que poseía todo el interior del Asia Menor, así como parte del litoral mediterráneo al sur y de la costa del mar Negro al norte. Por occidente, el Imperio corría el grave riesgo originado por el propósito de que el Imperio latino formó desde el principio: aniquilar inmediatamente el Estado de Nicea. Así, Teodoro Láscaris, que reinó los dos primeros años con sólo el título de déspota, hallóse ante tareas pesadas y difíciles. En el interior del país campeaba la anarquía. En varios lugares se creaban señoríos independientes y Nicea llegó a cerrar sus puertas a Teodoro.

Entre tanto los caballeros latinos establecidos en Constantinopla decidían, el mismo año, conquistar Asia Menor. Sus operaciones militares tuvieron gran éxito. Según Villehardouin, «dos habitantes del país tomaron el partido de los francos y empezaron a pagarles tributo»[417]. En momento tan crítico para el joven Estado de Nicea llegó la noticia de que el emperador Balduino había sido hecho prisionero por los búlgaros.

Ya sabemos que desde 1196 el trono búlgaro estaba ocupado por Juan (Johannitsa), llamado kaloyan, que en la época de los Ángeles había sido temible enemigo de Bizancio. Era notorio que cruzados y búlgaros necesitaban dirimir entre sí quiénes de ellos debían preponderar en la Península Balcánica. Los cruzados rechazaron con injurias las ofertas amistosas de kaloyan, haciéndole entender que no podía tratar de igual a igual con el emperador, sino que debía interpelar a éste como un esclavo a su dueño,

advirtiéndole que, en caso contrario, los cruzados conquistarían Bulgaria por las armas, reduciéndola a su antigua esclavitud[418].

Mientras provocaban así la ira del monarca búlgaro, los latinos exasperaban a la vez a la población griega de Tracia y Macedonia ofendiendo las creencias y ritos religiosos de los griegos. Negociaciones secretas mantenidas entre griegos y búlgaros prepararon en la Península un levantamiento en favor de Bulgaria[419]. Es presumible que el antiguo patriarca de Constantinopla, Juan Camatera, que residía en Bulgaria, desempeñara un importante papel en la conclusión de la alianza grecobúlgara de 1204-1205[420]. «Este plan —dice F. I. Uspensky— concluyó con los titubeos de Juan y decidió su plan de operaciones ulteriores. Presentarse como defensor de la ortodoxia y de la población grecobúlgara contra la preponderancia católicolatina, esforzarse a la vez en hacer renacer la idea imperial bizantina, fue entonces su plan y el móvil principal de todas sus empresas contra los cruzados»[421]. El zar búlgaro aspiraba a la corona de basileo bizantino.

Al estallar un alzamiento grecobúlgaro en los Balcanes, los cruzados viéronse forzados a llamar a Europa los ejércitos que combatían en Asia a Teodoro Láscaris. El 15 de abril de 1205, Juan, ayudado por la caballería kumana (poliana) que peleaba en su ejército, derrotó sucesivamente a los cruzados. La flor de la caballería occidental pereció en el campo de batalla y el emperador Balduino cayó prisionero. Se desconoce a ciencia cierta su suerte. Según parece, fue muerto por orden del zar búlgaro[422]. A falta de noticias concretas sobre la suerte de Balduino, eligióse regente a su hermano Enrique, mientras duraba la ausencia del soberano.

El otro jefe latino que participó en la batalla, es decir, el

anciano dux Enrico Dándolo, hubo de dirigir la retirada nocturna de los restos del ejército derrotado, muriendo a poco del desastre y siendo sepultado en Santa Sofía. Según una tradición muy extendida, sus restos permanecieron allí hasta que al caer Constantinopla en manos de los turcos, el sultán. Mahomet II ordenó aventar las cenizas del dux[423].

El desastre de Adrianópolis puso al Imperio latino en una situación desesperada. Tal golpe comprometió todo el porvenir del nuevo Imperio. Según Gelzer, «aquel día puso fin a la dominación de los francos en el Imperio romano»[424]. En efecto, «la suerte del Imperio latino de Constantinopla estuvo por entero, durante algún tiempo, en manos del zar búlgaro»[425].

La batalla de Adrianópolis tuvo también trascendental importancia para el destino del reino búlgaro y del de Nicea. Los griegos de Macedonia y Tracia, faltos de centro nacional en Europa, y no presintiendo la misión futura de Nicea, consideraron posible obrar contra los latinos de concierto con los búlgaros. Ante kaloyan se abrían favorables perspectivas para sus ambiciosos proyectos de substituir el Imperio latino por otro, grecoeslavo, con capital en Constantinopla. Pero, como bien dice V. G. Vasilievsky, del papel de emperador de un estado grecoeslavo «no convenía a un zar eslavo. El proyecto concebido por Juan de fundar un imperio grecobúlgaro en la Península Balcánica, con Constantinopla por capital, quedó en los dominios de la imaginación»[426].

El «*antihistórico*» acuerdo grecobúlgaro que condujera a la victoria de Adrianópolis quedó en suspenso tan pronto como los patriotas griegos de los Balcanes vieron en el Imperio de Nicea la fuerza que debía librarlos de los conquistadores latinos, así como la expresión de sus

esperanzas nacionales. En la Península Balcánica empezó a manifestarse una clara tendencia antibúlgara, tendencia que el zar de Bulgaria quiso atajar con implacable saña. Según testimonio de Jorge Acropolita, el zar Juan vengaba los crímenes cometidos contra los búlgaros por el emperador Basilio II Bulgaróctonos, y se daba el fiero calificativo de «*Romaioktonos*» o matador de romanos. Los griegos, en cambio, le apodaban Juan el Perro «*Skyloioannes*»[427] y el emperador latino le llamaba, en una carta, «el gran devastador de Grecia»[428].

«Se vio manifestarse —escribe un historiador búlgaro— la tendencia puramente nacional búlgara que regía la política imperialista del rey kaloyan, contra el criterio del elemento griego, enemigo jurado de la independencia nacional búlgara, desde el momento mismo de la alianza con las ciudades griegas de Tracia contra el Imperio latino»[429].

La sangrienta campaña de kaloyan en Tracia y Macedonia terminó trágicamente para él, siendo asesinado cuando cercaba Tesalónica (1207). La leyenda griega le presenta como el gran enemigo de la Iglesia ortodoxa, suponiéndole milagrosamente muerto a manos del célebre mártir Demetrio de Tesalónica. Esta leyenda pertenece a los relatos milagrosos sobre el mártir, relatos escritos en lengua griega y eslava, y se halla también en las antiguas crónicas rusas. De manera que el zar búlgaro no pudo aprovechar las favorables circunstancias que le ofrecía la victoria de Adrianópolis.

Con kaloyan «desaparecía de la escena histórica uno de los diplomáticos más grandes que Bulgaria haya producido jamás»[430].

La batalla de Adrianópolis, al abatir la pujanza del dominio franco en Constantinopla, salvó al Imperio de

Nicea, abriendo ante él nuevas perspectivas. Teodoro Láscaris, libre del peligro occidental, dióse a organizar su Estado. Una vez que hubo logrado afirmarse en Nicea, se planteó el caso de substituir su título de déspota por el de emperador. Como el patriarca griego de Constantinopla, huido a Bulgaria al triunfar los francos, no quería acudir a Nicea, eligióse un patriarca nuevo, con residencia en Nicea. Este patriarca coronó a Teodoro en 1208[431].

Tal hecho tuvo la mayor importancia para la historia sucesiva del Estado de Nicea, que se convirtió en centro religioso y político del Imperio. Junto al quebrantado Imperio latino crecía otro que reunía poco a poco territorios bastante importantes del Asia Menor y hacia el que se volvían gradualmente las esperanzas de los griegos de Europa. La coexistencia de los dos Imperios debía, necesariamente, producir entre ellos relaciones tirantes. En un tratado que Teodoro convino en 1220 con el representante «*podestà*» de Venecia en Constantinopla, hallamos el título oficial del primero abiertamente reconocido por Venecia: *Theodorus in Christo deo fidelis imperator et moderator Romeorum et semper Augustus, Comnanus Lascarus*[432].

Nicea, convertida en capital del nuevo Imperio, era ciudad ya célebre en la historia bizantina por los dos concilios celebrados allí. Además, enorgullecíase en la Edad Media de sus potentes murallas, aun bien conservadas hoy, y ocupaba una magnífica situación política, ya que se levantaba en el cruce de cuatro o cinco caminos, a unas cuarenta millas de Constantinopla. Poco antes de la Primera Cruzada, Nicea había caído en manos de los selyúcidas, y los cruzados, al recuperarla, hubieron, no sin gran descontento, de devolverla a Alejo Comneno. Magníficos palacios, templos y monasterios numerosos, hoy completamente

desaparecidos, ornaban la Nicea medieval[433].

Hablando de Nicea y recordando el primer concilio ecuménico, Al Harawi, viajero árabe del siglo XII, escribe: «En la iglesia de esa ciudad se pueden ver la imagen del Mesías y los retratos de los Padres en sus sitiales. Esta iglesia recibe particular veneración»[434]. Los historiadores bizantinos y occidentales del siglo XIII insisten en la prosperidad y riqueza de Nicea[435]. Nicéforo Blemmidas, escritor de dicho siglo, exclama en uno de sus poemas: «Nicea, ciudad de calles anchas, llena de gente, de hermosas murallas, orgullosa de cuanto contiene, signo el más notable de la simpatía imperial…»[436]

La literatura de los siglos XIII-XIV nos ha conservado dos panegíricos de Nicea. En el primero, escrito por uno de los sucesores de Teodoro I Láscaris, el emperador Teodoro II Láscaris, hallamos esta exaltación de Nicea: «Tú has superado a todas las ciudades, porque el Imperio romano, varias veces dividido y lastimado por ejércitos extranjeros… se ha establecido, mantenido y afirmado solamente en ti»[437]. El segundo panegírico de Nicea es obra de Teodoro Metoquita[438], el célebre estadista bizantino de finales del siglo XIII y siglo XIV, hombre que brilló como diplomático, político, administrador, teólogo, astrónomo, pintor y poeta, y cuyo nombre está vinculado a los célebres mosaicos que se conservan en el convento de Hora (hoy mezquita de Kahrié) y de los que hablaremos después.

Aparte las murallas medievales de Nicea, aun podía verse antes de la guerra de 1914-18, en la mísera población turca de Isnik (nombre deformado de Nicea)[439], la modesta iglesita de la Asunción, que databa probablemente del siglo IX y poseía bellos mosaicos, muy importantes para el estudio del arte bizantino[440]. Pero, durante la guerra, Nicea fue

bombardeada y el bombardeo no dejó intacto ningún edificio. Es de lamentar que la iglesia de la Asunción sufriera particulares daños, tantos que quedó destruida casi del todo, a excepción del arco izquierdo de la cúpula y la parte meridional del nartex. Otra famosa iglesia de Nicea —la catedral de Santa Sofía— se halla también en un estado deplorable[441].

Poseemos un documento muy interesante que nos permite, en cierta medida, saber la idea que Teodoro Láscaris se forjaba del poder imperial. Trátase de un «*silentium*», según se llamaban en la época bizantina los discursos pronunciados en público por los emperadores al comenzar la Cuaresma, en presencia de las más ilustres personalidades del Imperio, que debe considerarse como una especie de «*discurso del trono*» desarrollado por Teodoro Láscaris en 1208, a raíz de su coronación[442].

Dicho «*silentium*» fue escrito por el célebre historiador Nicetas Acominatos, refugiado en Nicea desde la toma de Constantinopla por los latinos. Según ese discurso, escrito en estilo de retórico, Teodoro, como los basileos de Bizancio, consideraba su poder como de derecho divino. «Dios me ha dado, como a un padre, el poder imperial sobre todo el Imperio romano. Aunque por ahora ese poder haya debido ser cedido a otros, la mano de Dios ha puesto sobre mi cabeza tal potestad…». Dios había dado a Teodoro, por su celo, «la unción y el poder de David». La unidad del Imperio significaba también la unión de la Iglesia. «No habrá más que un solo rebaño y un solo pastor», leemos en el «silentium»[443]. Cierto que éste no era obra del mismo emperador, pero refleja, en todo caso, la opinión de los hombres más instruidos y de mejor cuna del Imperio de Nicea, y esa opinión descansaba en fundamentos sólidos, puesto que Teodoro Láscaris, emparentado con los Ángeles

y los Comnenos y convertido en Nicea en «basileo romano», sentíase continuador consciente de la línea de los emperadores bizantinos.

La política de Teodoro I Láscaris. Los Selyúcidas. El imperio Latino

Con la denota de los latinos en Adrianópolis, la situación de Teodoro I Láscaris mejoró durante algún tiempo. Pero el sucesor del desgraciado Balduino en el trono de Constantinopla fue su hermano Enrique, buen jefe militar y soberano enérgico y talentoso. Tras hacerse coronar en Santa Sofía, consiguió hacer recobrar a su Estado cierta fuerza, y abrió las hostilidades contra Teodoro, proponiéndose reunir al Imperio latino las posesiones de Nicea. Teodoro no pudo detener con las armas los avances de los latinos. Mas el peligro búlgaro, que amenazaba a los latinos, y el selyúcida, que amenazaba a Teodoro, obligaron a los contrincantes a firmar una tregua como consecuencia de la cual Teodoro se obligó a demoler varias de sus fortalezas[444].

La guerra entablada por Teodoro contra el sultán selyúcida, que poseía, como sabemos, la mayor parte del Asia Menor, tuvo gran trascendencia para el naciente Imperio de Nicea. Y para el sultanato turco de Iconium el surgimiento del Estado niceno era desagradable, ya que detenía los progresos de los turcos hacia el oeste, dificultándoles el acceso al litoral egeo. A esta causa

principal de hostilidad entre ambos Estados se unía la circunstancia de que el cuñado de Teodoro Láscaris, Alejo III Ángel, se había refugiado en la corte del sultán, rogándole que le ayudara a recobrar su Imperio. El sultán, aprovechando la llegada de Alejo, dirigió a Teodoro un enérgico *ultimátum* en que, le pedía la devolución del trono a Alejo, enmascaraba su pretexto real: la conquista de toda el Asia Menor. Se iniciaron las hostilidades, que tuvieron su principal escenario en Antioquía, sobre el Meandro. La fuerza esencial de Teodoro consistía en ochocientos bravos mercenarios occidentales, quienes, a pesar de su valor y de las pérdidas que causaron a los turcos, quedaron casi todos muertos en el campo de batalla. No obstante, Teodoro Láscaris, merced a su valentía y gran presencia de ánimo, salvó la situación. En el siguiente choque el sultán fue muerto, acaso a manos del propio emperador. Con frase de un cronista contemporáneo, el sultán cayó «como de una torre» de la yegua que montaba[445]. El antiguo emperador Alejo III quedó cautivo. Tonsurósele por fuerza y terminó sus días en un convento.

Parece que aquella guerra no implicó grandes ganancias territoriales para Teodoro. No obstante, la importancia moral de su victoria sobre los musulmanes fue muy grande, ya que afirmaba el nuevo Imperio, daba vida nueva a las tradiciones del Imperio bizantino, enemigo secular del islamismo, y llenaba de esperanza y júbilo a los griegos de Asia Menor y de Europa, los cuales veían en Nicea por primera vez un posible centro de unificación futura. Nicetas Acominatos con ocasión de esta victoria, escribió en honor de Teodoro un extenso y pomposo discurso panegírico[446].

El hermano de Nicetas, Miguel Acominatos, antiguo metropolitano de Atenas y que había abandonado su sede hacia 1204, envió a Teodoro Láscaris una carta de

felicitación, fechada en la isla de Ceos, en la que expresaba el anhelo de que el emperador de Nicea lograra ascender al trono de Constantino el Grande en el lugar siempre elegido por Dios: Constantinopla[447].

La victoria de Teodoro, además de a los griegos, satisfizo también, aunque parezca extraño, al emperador latino, Enrique, el cual temía a los valientes mercenarios occidentales de Teodoro. Como éstos habían caído en lucha con los turcos, Enrique creía que aquella victoria había debilitado a Nicea. Según un historiador del tiempo, Enrique dijo: «Láscaris ha resultado vencido y no vencedor»[448].

Pero en esto Enrique se engañaba: a poco Teodoro Láscaris dispuso de nuevo de una hueste considerable de francos y griegos bien armados[449].

La victoria obtenida sobre los turcos permitió a Teodoro atacar a Enrique. Teodoro tenía un objetivo preciso: Constantinopla. Y se proponía asaltarla con ayuda de una flota considerable.

Poseemos una interesante carta escrita en Pérgamo, por Enrique, en 1212. Esa carta, que Gerland califica de «manifiesto»[450], iba dirigida a todos «sus amigos a quienes el tenor de la presente pudiera llegar» (*universis amicis suis ad quos tenor praesentium pervenerit*) y demuestra que Enrique consideraba a Teodoro como peligroso enemigo. El latino decía: «El primero y mayor enemigo es Láscaris, que ocupa todos los territorios allende el estrecho de San Jorge[451] hasta Turquía y que, erigiéndose en emperador, nos ha amenazado a menudo por ese lado… Láscaris ha reunido muchas naves para apoderarse de Constantinopla, y así la ciudad tiembla de desolación, a tal punto que, desesperando de nuestro retorno (de Asia Menor), muchos de los nuestros proyectan huir atravesando el mar, y un gran número de

ellos se han pasado a Láscaris, prometiéndole ayudarle contra nosotros… Todos los griegos comienzan a murmurar contra nosotros y prometen ayuda a Láscaris si quiere venir en armas contra Constantinopla». La carta termina por una petición de socorro de Enrique a los latinos: «Para ser completamente victorioso y gozar de nuestro Imperio, hemos menester de muchos latinos a quienes podemos dar las tierras que estamos en vías de adquirir y las que ya hemos adquirido, porque ya sabéis que no basta adquirir tierra, sino que son precisos hombres para guardarla»[452]. Esta misiva demuestra claramente que Enrique sentía vivas inquietudes ante la guerra iniciada por Teodoro y que el ánimo de los súbditos del primero vacilaba.

Pero esta primera tentativa de Nicea para recuperar la capital fracasó. El Imperio niceno no era lo suficientemente fuerte ni estaba debidamente preparado a tal tarea. La lucha proporcionó éxitos a Enrique, quien penetró mucho en el Asia Menor.

En una carta publicada recientemente y que debió de escribirse, según toda verosimilitud, en 1213, Enrique da un conciso relato de su victoria sobre los griegos, que «con tanta insolencia y violencia injuriosa se levantaron contra la Iglesia romana, considerando a todos los hijos de ésta, es decir, los latinos devotos, como perros, y tratándoles generalmente de perros en su desprecio de nuestra religión»[453].

La paz acordada al fin entre ambos emperadores fijó los límites de los dos Estados en Asia Menor. La parte noroeste de la península quedaba en manos de los latinos y, fuera de algunos aumentos insignificantes en el interior, las posesiones latinas seguían siendo las mismas que cuando el reparto de 1204[454].

El hábil y enérgico emperador latino murió en 1216, en lo mejor de su edad. Había sido admirado y amado hasta por los mismos griegos. Un cronista bizantino del siglo XIV le dedica los mayores elogios[455]. Los historiadores del siglo XX no dan menor importancia a su personalidad y obra. Gerland escribe: «(Enrique) fue el verdadero fundador del Imperio latino. Sus instituciones sirvieron de base al desarrollo de la dominación franca en Grecia»[456].

«La muerte de Enrique —escribe A. Gardner— fue, con certeza, una calamidad para los latinos y acaso para los griegos también, porque su política vigorosa, pero conciliadora, habría pedido, en la medida de lo posible, llenar el abismo que separaba Oriente de Occidente»[457]. Con Enrique desapareció el más peligroso enemigo de Nicea. Sus sucesores en el trono de Constantinopla no brillaron por su talento ni por su energía.

En 1222 murió el fundador del Imperio de Nicea. Teodoro I Láscaris había creado un foco de helenismo en Asia Menor, unificado el Estado y atraído hacia él las miradas de los griegos de Europa. Había, pues, colocado los fundamentos sobre los cuales pudo su sucesor erigir una gran obra. En las cartas elogiosas escritas por Miguel Acominatos a Teodoro Láscaris leemos: «La capital, arrojada por el diluvio bárbaro desde los muros de Bizancio a las orillas de Asia, como un resto miserable, tú la has acogido, conducido y salvado… (Mereces) llamarte eternamente nuevo constructor y repoblador de la ciudad de Constantino… Considerándote como su solo salvador y libertador común, y llamándote, los náufragos del diluvio universal corren a ponerse bajo tu protección como a un puerto tranquilo… Ni uno solo de los emperadores que han reinado en Constantinopla es, en mi opinión, igual a ti,

salvo, entre los más recientes, Basilio Bulgaróctonos y, entre los más antiguos, el noble Heraclio»[458].

Juan III Ducas Vatatzés (1222-1254). Historia del Despotado de Epiro. Relaciones de éste con el imperio de Nicea. Los tres imperios de oriente

A la muerte de Teodoro I Lascaría, su yerno, Juan III Ducas Vatatzés (1222-1254)[459], casado con Irene, hija de Teodoro, ascendió al trono. Si bien el difunto emperador había, asentado los cimientos del imperio de Nicea, la situación exterior de éste exigía un hombre decidido y enérgico en el poder. Tal hombre fue Juan III. En aquel momento cuatro Estados se disputaban la preponderancia en Oriente: el imperio latino, el de Nicea, el despotado del Epiro y el imperio búlgaro de Juan Asen II. La política exterior de Juan III Ducas consistió alternadamente en guerras y alianzas con un Estado u otro. Por suerte para él, los tres Estados de la Península Balcánica no se pusieron nunca de concierto para una acción decisiva y siguieron una política titubeante, ora desenvolviendo entre sí guerras que los debilitaban, ora pactando alianzas efímeras.

Había una cosa de gran necesidad para la historia ulterior del imperio de Nicea: la desaparición del déspota del Epiro, segundo Estado griego en cuyo torno se agrupaban los patriotas y de donde podía nacer una restauración del Imperio bizantino al margen de Nicea. Al no lograr ambos Estados llegar a las concesiones mutuas que hubieran

permitido la unificación helénica, debían entrar en lucha forzosamente.

El fundador del despotado del Epiro, en 1304, había sido Miguel I Ángel. La familia de los Ángeles del Epiro estaba algo emparentada con los Comnenos y los Ducas. Por ello, el nombre de los déspotas del Epiro va a menudo acompañado de un título dinástico bastante prolijo: Ángel Comneno Ducas, Al principio las posesiones del despotado del Epiro se extendían desde Dyrrachium, al norte, hasta el golfo de Corinto, al sur, abarcando los territorios del Epiro y las antiguas Acarnania y Etolia. El nuevo Estado tenía su capital en Arta.

No debe olvidarse que la historia del despotado epirota no está aún suficientemente estudiada y que todas sus fuentes distan mucho de ser conocidas. Por eso, numerosos hechos siguen siendo en nuestros días discutibles y poco claros. Las cartas de Juan Apocaucos, metropolitano de Naupacta (Lepanto)[460], publicadas a fines del siglo XIX por V. G. Vasilievsky, proyectan sobre muchos aspectos de dicha historia.

El despotado no tuvo un gobierno interior muy diferente al que tuviera antes de 1204, cuando el territorio era sólo una parte del Imperio bizantino. Las formas de gobierno sólo cambiaron de nombre y el pueblo siguió viviendo bajo las instituciones bizantinas. El despotado hallábase circuido por doquier de Estados latinos y eslavos, es decir, el reino feudal de Tesalónica al este, el Imperio búlgaro al norte y al oeste las posesiones de Venecia, que amenazaban el litoral epirota. Por tanto, el Epiro hubo de crear una fuerza militar considerable, que le permitiera, llegado el caso, resistir al enemigo exterior. El suelo, montañoso y abrupto, facilitaba la defensa. El déspota Miguel I se consideraba soberano

independiente y no reconocía en modo alguno la superioridad de Teodoro Láscaris de Nicea. También la Iglesia del despotado era independiente. Miguel I ordenó que los metropolitanos del despotado invistiesen a los obispos.

La primera tarea que se propuso el despotado fue mantener el helenismo en el occidente de Grecia, evitando que lo absorbieran los francos y búlgaros vecinos. A continuación nacieron designios más vastos, que rebasaban las fronteras del despotado.

Bajo Teodoro Láscaris, Nicea no tuvo conflictos serios con el Epiro. Las circunstancias cambiaron con la exaltación de Juan III al poder. En este momento el trono del Epiro estaba ocupado por Teodoro, que reinaba desde el asesinato de su hermano Miguel. Bajo el reinado del déspota Teodoro se desarrolló la idea de ensanchar las fronteras epirotas a expensas de latinos y búlgaros.

El nuevo déspota, Teodoro Ángel, había habitado, en tiempos de su hermano, en la corte de Nicea. Cuando Miguel I pidió a Teodoro Láscaris que dejase partir a Teodoro Ángel para ayudar a su hermano en el gobierno, Láscaris accedió, pero hizo prestar al futuro déspota del Epiro un juramento de fidelidad hacia el monarca de Nicea y sus sucesores. Los temores de Teodoro Láscaris estaban bien fundados. En cuanto Teodoro Ángel vióse soberano del Epiro, abrió las hostilidades contra Nicea, sin inquietarse del juramento prestado a Láscaris.

Teodoro Ángel ejecutó como primera proeza estruendosa el apresamiento del emperador latino de Constantinopla, Pedro de Courtenay. Al morir, en 1216, Enrique, los barones habían elegido emperador a Pedro de Courtenay, esposo de Yolanda, la hermana de Balduino y Enrique. Pedro se hallaba en Francia con su mujer, y al

informarse de su nueva dignidad partió hacia Bizancio con su esposa. De camino se detuvo en Roma, donde el Papa Honorio III le coronó emperador, no en San Pedro, sino en San Lorenzo extramuros, queriendo así señalar que el Imperio latino de Oriente era diverso al romano de Occidente, distinción que pudiera haber sido olvidada de celebrarse la coronación del emperador oriental en la iglesia de San Pedro, donde todos los emperadores de Occidente, a partir de Carlomagno y Otón I, habían sido coronados[461]. Luego que su mujer embarcó para Constantinopla, Pedro atravesó el Adriático con su ejército y arribó a Dyrrachium, contando llegar a Constantinopla por tierra. Pero Teodoro Ángel tendióle una emboscada en los desfiladeros del Epiro, batió a las tropas de Pedro y capturó muchos prisioneros. El emperador, según ciertos testimonios, sucumbió en la batalla; pero, según otros, fue cautivado y murió prisionero entre los griegos[462]. Aquella «hazaña de Teodoro, muy al gusto bizantino», como dice Vasilievsky[463], produjo gran impresión, sobre todo en Occidente, cuyos cronistas pintan con sombríos colores la crueldad y salvajismo de Teodoro[464].

La suerte de Pedro de Courtenay en su cautiverio, como la del primer emperador latino, capturado por los búlgaros, aparece algo rodeada de misterio. Parece que Pedro murió en prisión. Su viuda, Yolanda, reinó dos años en Constantinopla, hasta su muerte (1219). El episodio de la muerte de Pedro de Courtenay debe considerarse como la primera ofensiva del despotado del Epiro, es decir, del centro helénico occidental, contra los advenedizos latinos que señoreaban los Balcanes.

La política antilatina de Teodoro Ángel no se detuvo allí. No tardó en presentarse la cuestión del reino de Tesalónica, cuyo monarca, Bonifacio de Monferrato, había muerto en

1207 en un choque con los búlgaros. A su muerte, querellas internas desgarraron el reino. Mientras vivió el enérgico Enrique, Tesalónica estuvo protegida por él contra sus enemigos más encarnizados: el Epiro y los búlgaros. Pero al morir Enrique y el nuevo emperador, Pedro de Courtenay, Tesalónica no pudo resistir a la política ofensiva de Teodoro Ángel.

Éste declaró la guerra al reino latino, obtuvo una victoria y tomó, sin gran trabajo, Tesalónica (1222), segunda ciudad del antiguo Imperio bizantino, capital del reino de su nombre y primer feudo del imperio latino de Constantinopla. «Así cayó sin gloria, tras dieciocho años de existencia, aquel efímero reino lombardo, primero que sucumbió de las creaciones de la cuarta Cruzada»[465]. Con la toma de Tesalónica y el crecimiento del despotado del Epiro, que ahora llegaba del Adriático al Egeo, Teodoro Ángel entendió que tenía derecho a la corona de emperador de los romanos. Esto equivalía a negar el título a Juan III Vatatzés, recientemente exaltado al trono de Nicea. Teodoro del Epiro consideraba que, como representante de las familias de los Ángeles, Comnenos y Ducas, tenía prelación sobre Juan III, hombre de origen poco brillante, sólo llegado al trono por su matrimonio con la hija de Teodoro Láscaris.

Se planteó la cuestión de saber quién debía coronar a Teodoro en Salónica. El metropolitano local rehusó, no queriendo atentar a los derechos del patriarca de Constantinopla, entonces en Nicea, y que había coronado a Juan III. El arzobispo independiente de Achrida (Ocluida) y de «toda Bulgaria», Demetrio Cómatenos —cuyos escritos, sus cartas en especial, ofrecen gran interés para ese período — coronó a Teodoro, dándole la santa unción. De este modo el déspota del Epiro, con frase del cronista, «*revistió la púrpura y el calzado rojo*»[466], distintivos característicos de

los basileos bizantinos.

Una carta de Demetrio Cómatenos nos informa de que la coronación de Teodoro del Epiro y su santa unción tuvieron «el consenso general de los miembros del Senado que estaban en Occidente (es decir, en el territorio de Tesalónica y del Epiro), del clero y de todo el gran ejército»[467]. En otro documento que ha llegado a nosotros, leemos que coronación y unción recibieron el asentimiento de todos los obispos residentes «en esta parte occidental»[468]. Y Teodoro firmó sus decretos (*«crisóbulas»*) con todos los títulos del emperador bizantino: Teodoro, basileo en Cristo Dios y autócrata de los romanos, Ducas[469]. La valiosa colección de epístolas de Juan Apocaucos, metropolitano de Naupacta, nos da muchos informes interesantes y nuevos sobre esta cuestión. En esa correspondencia, dice Vasilievsky, «descubrimos por primera vez la activa parte tornada en el movimiento epirota por el clero griego y sobre todo por los obispos griegos. La proclamación de Teodoro Ángel como emperador romano fue acogida como hecho serio y Tesalónica, que había pasado a sus manos, consideróse opuesta a Nicea. Se pensó en Constantinopla como objetivo más próximo y presa fácil. Pensábase, decíase y se escribía que Teodoro debía entrar en Santa Sofía y ocupar el lugar de los emperadores romano ortodoxos, lugar ilegalmente usurpado por los latinos. Realizar aquel sueño no entraba en la esfera de lo imposible: era más fácil apoderarse de Constantinopla o de Tesalónica, ocupadas ya, que de Nicea»[470].

La proclamación de Teodoro como emperador de Constantinopla debía implicar la ruptura política entre Tesalónica y Nicea y la escisión religiosa entre la Iglesia griega occidental y el patriarcado de Nicea, que se llamaba el patriarcado de Constantinopla.

Durante bastante tiempo después de la caída del reino latino de Tesalónica, ciertos príncipes occidentales, emparentados con la familia de Bonifacia de Monferrato, siguieron ostentando el vano título de reyes de Tesalónica. Se les conoce por «reyes titulares de Tesalónica», así como después de caer el imperio latino en 1261 siguió habiendo «emperadores latinos titulares».

En consecuencia, a partir de 1222[471], fecha en que fue proclamado el Imperio de Tesalónica, que por el hecho mismo de su constitución renegaba del de Nicea, hubo en el Oriente cristiano tres imperios: los dos griegos de Nicea y Tesalónica y el latino de Constantinopla, más debilitado de día en día[472].

La historia ulterior del siglo XIII se desarrolló en función de las relaciones recíprocas de los tres imperios. El reino búlgaro de Juan Asen fue un cuarto y decisivo factor que intervino en los destinos de dichos tres imperios.

Tesalónica y Nicea: Bulgaria bajo Juan Asen II. Su papel en el oriente cristiano. La alianza greco-bulgara bajo Juan III y Juan Asen II

Los dos emperadores griegos, Juan y Teodoro, tenían un enemigo común: el emperador latino de Constantinopla. Pero los soberanos griegos no podían unirse contra el latino porque cada uno de los dos primeros aspiraba a adueñarse de Constantinopla. Juzgaban que sólo uno de ellos podía restaurar el Imperio bizantino. De modo que los dos Estados

griegos lucharon por separado contra el Imperio latino para acabar, en consecuencia, hallándose una frente a otro.

La Europa occidental, sabedora de los progresos de Nicea y el Epiro, sintió inquietud por el Imperio latino. En carta de mayo de 1224, dirigida a Blanca de Castilla, reina de Francia y madre de San Luís, el Papa Honorio III habla de la «*Romanía*», poderoso imperio «recientemente creado como una especie de nueva Francia»; pero previene a la reina que «las fuerzas de los franceses (en Oriente) han disminuido y disminuyen aún, mientras las de sus adversarios aumentan estimablemente; y si no se lleva socorro rápido al emperador, es de temer que los latinos sufran pérdidas irreparables en hombres y recursos». Sigue una exhortación al rey francés para que auxilie al emperador latino[473].

A poco de ser coronado, Juan III de Nicea abrió la lucha contra los latinos en Asia Menor y, con ayuda de la flota que ya poseía, se adueñó de varias islas en el Archipiélago, como Quío, Lesbos, Samos, etc. Los habitantes de Adrianópolis le pidieron que les librara del yugo latino, y al efecto envió a la ciudad un ejército que, según parece, la tomó sin combate. La posesión de Adrianópolis era el primer puesto para señorear Constantinopla. Uno de los dos rivales griegos parecía acercarse mucho al logro de sus propósitos.

A la vez, Teodoro Ángel, partiendo de Tesalónica, conquistaba gran parte de Tracia y, acercándose en 1225 a Adrianópolis, forzó a los generales de Juan III a retirar sus fuerzas de allí. El abandono de Adrianópolis significaba el fracaso de los proyectos de Juan III, mientras Teodoro del Epiro se acercaba con su ejército a Constantinopla. Los latinos atravesaron momentos muy críticos. El emperador de Tesalónica estaba a punto de convertirse en restaurador del imperio bizantino. Sus posesiones se extendían del Adriático

a los accesos del mar Negro.

Pero Teodoro hubo de renunciar a progresos ulteriores, porque le amenazaban al norte los búlgaros, que tenían también designios sobre Constantinopla.

Juan Asen II (1218-1241), hijo de Juan Asen, fue el más grande de los Asen. «Si bien no fue un conquistador —dice el historiador Jirecek—, agrandó su imperio (que encontró a su advenimiento en completa desorganización) de manera tal como no se había visto desde hacía siglos ni se vio nunca más»[474]. Hombre tolerante, instruido y generoso, dejó excelente recuerdo, no sólo entre los búlgaros, sino también en los griegos. El historiador griego del siglo XIII Jorge Acropolita dice de él: «Todos le consideraban entonces como hombre admirable y feliz, porque no recurría a la espada contra sus súbditos y no se mancillaba con muertes de romanos, a ejemplo de los soberanos búlgaros precedentes. Era, pues, amado no solo de los búlgaros, sino también de los romanos y de otros pueblos»[475].

Juan Asen II cumplió un importante papel en la historia de Bizancio. Él encarnaba la idea de crear el Gran Imperio Búlgaro que debía unificar toda: la población ortodoxa de la Península, con capital en Zarigrad (Constantinopla). Pero tales proyectos, chocando con los intereses de los dos imperios griegos, habían de producir conflictos. De momento, sin embargo, las circunstancias parecían favorecer los planes del soberano búlgaro.

A la muerte del emperador latino Roberto de Courtenay (1228), el trono pasó a su hermano menor Balduino II, niño de once años. Planteada la cuestión de la regencia, algunos propusieron por regente a Juan Asen, que estaba emparentado con Balduino. Para estrechar los lazos de amistad entre los dos países, se sugirió la idea de casar a

Balduino con la hija de Asen. Éste, comprendiendo que se le presentaba la posibilidad de dominar Constantinopla *sin efusión de sangre*, accedió, comprometiéndose a recobrar para Balduino los territorios arrancados al Imperio de Constantinopla por sus enemigos y especialmente por el Epiro. Pero los caballeros latinos y el clero se opusieron con vigor a la candidatura del enemigo mortal del Imperio latino e insistieron en que fuese elegido regente el octogenario francés Juan de Brienne, rey «titular» de Jerusalén y que se hallaba a la sazón en la Europa occidental. De este modo fracasó la primera tentativa de Asen para apoderarse de Constantinopla.

Tomada Adrianópolis, Teodoro de Tesalónica era el principal poder en la Península Balcánica. Había hecho alianza con el zar búlgaro Asen, pero sus mutuas relaciones amistosas no duraron mucho. La cuestión de la regencia del Imperio de Constantinopla a cargo de Juan Asen suscitó la desconfianza de Teodoro, quien, rompiendo la alianza por sorpresa, atacó a los búlgaros. La batalla decisiva se libró en 1230 en Cloconitza (hoy Semidye), entre Adrianópolis y Filipópolis, y terminó con la completa victoria de Juan Asen, socorrido por la caballería kumana o poliana[476]. Teodoro Ángel cayó prisionero. El zar le trató al principio con benevolencia, pero Teodoro conspiró contra Asen y éste, al descubrirlo, mandó sacarle los ojos.

La batalla de Cloconitza representa un momento decisivo en la historia la restauración del Imperio oriental ortodoxo[477].

No obstante, una consecuencia importante de aquel acuerdo fue el reconocimiento de la independencia del Oriente cristiano en el siglo XIII. Aquella acción arruinó al foco helénico de Occidente, que parecía a punto de restaurar

el imperio bizantino. El efímero imperio occidental (1222-1230) cesó de existir. Según algunos historiadores, Manuel, hermano y sucesor de Teodoro, reinó en Tesalónica con título de déspota y no de emperador. Probablemente no fue así, pues que seguía firmando sus decretos con *tinta roja*, lo cual era una de las prerrogativas del poder imperial, y en los documentos oficiales ostentaba el título de emperador[478].

En la historia sucesiva del siglo XIII, Tesalónica y el Epiro, formando Estados separados, no desempeñaron papel alguno. Así la lucha por Constantinopla se libró no ya entre tres, sino entre dos rivales: Juan Asen y Juan Vatatzés.

Tras su victoria sobre Teodoro, Asen se adueñó sin lucha de Adrianópolis, de casi toda Macedonia y de Albania hasta Dyrrachium. Los griegos se mantuvieron en Tesalónica, Tesalia y el Epiro.

En una inscripción que aun existe en una columnita de mármol blanco de la iglesia de los Cuarenta Mártires, en Tirnovo, el zar búlgaro habla pomposamente de su victoria: «Yo, *Juan Asen, zar por la gracia de Dios y autócrata de los búlgaros*, hijo del antiguo zar Asen… fui a la guerra contra el Imperio romano y causé una derrota al ejército griego y destruí al mismo zar, el señor Teodoro Comneno, y le apresé con todos sus boyardos (nobles), y ocupé todos los territorios comprendidos entre Adrianópolis y Drach (Dyrrachium), así griegos como albaneses y servios. Sólo las ciudades de los alrededores de Constantinopla y Constantinopla misma han sido conservadas por los latinos (los francos). Pero ellos se han sometido también a Mi Majestad, *porque no tienen otro zar que yo y no han seguido existiendo sino gracias a mí.*»[479] De una carta otorgada por Asen hacia la misma época, y en la cual concede libertad de comercio a los mercaderes de Ragusa (Dubrovnik), en el

territorio del zar, resulta que toda la Turquía europea (salvo Constantinopla) anterior a 1914, en unión de casi toda Servia y toda Bulgaria, estaban bajo la influencia de Asen[480].

Irritado por el sesgo de los sucesos en el asunto de la regencia de Constantinopla, Juan II Asen negoció la alianza de los Estados ortodoxos de Oriente, es decir, del suyo, del de Juan III de Nicea y del de Manuel de Tesalónica, contra el Imperio latino. La alianza, que tenía a su cabeza al zar Asen, era evidentemente peligrosa para los intereses búlgaros en la Península. Porque Asen, alma de la coalición, «contribuyó mucho —como dice justamente Vasilievsky— a la reaproximación de Manuel de Tesalónica y del emperador de Nicea, de los griegos de Europa y de los de Asia, y dejó expedito el camino a la influencia del emperador de Nicea en el antiguo imperio occidental e incluso en las propias posesiones búlgaras». Esta reaproximación decidió en parte del patriarcado búlgaro, reconocido al unísono por el patriarca de Nicea y los demás orientales.

Otra vez la capital del Imperio latino se hallaba en una situación crítica. Por todas partes la rodeaban enemigos. El fin de la alianza ofensiva contra los latinos era expulsar a éstos de Constantinopla y dividir sus posesiones entre los aliados, destruyendo el Imperio latino. Los ejércitos de Asen y de Juan III de Nicea asediaron la capital, por mar y tierra, en 1235, pero hubieron de levantar el cerco sin resultado decisivo. El Papa Gregorio IX, inquieto, solicitó socorros para los latinos de Constantinopla: «Los cismáticos de Vatatzés y Asen han. poco tiempo hace, concluido una alianza impía y atacado con numerosas tropas griegas los territorios de nuestro querido hijo en Píos, el emperador de Constantinopla»[481]. Balduino II, desesperado ante aquellos sucesos, salió de Constantinopla para visitar las cortes europeas e implorar a los soberanos socorros de hombres y

dinero.

Esta vez Constantinopla escapó al peligro. Una de las causas que contribuyeron a detener el desarrollo de la alianza ortodoxa fue el despego que por ella comenzó a sentir el propio Juan Asen, comprendiendo que tenía en el emperador de Nicea un rival más peligroso que el debilitado Imperio latino. El zar búlgaro, pues, cambiando de política, erigióse en defensor del Imperio latino. A la vez buscó la amistad del Papa, se declaró fiel a la Iglesia católica y pidió al Pontífice que le enviase un legado para entablar negociaciones. De este modo se disgregó la corta alianza grecobúlgara de la cuarta década del siglo XIII.

Alianza de Juan III y Federico II de Hohenstaufen. La invasión mongola y la alianza de los soberanos del Asia Menor. Conquistas de Juan III en occidente

Al nombre de Juan III Vatatzés está unida la interesante cuestión de la alianza entre dos soberanos tan alejados espacialmente como lo eran el emperador de Nicea y el de Occidente, Federico II de Hohenstaufen.

Federico II, el soberano alemán más notable de la Edad Media, reunía bajo su cetro los territorios alemanes y el reino de Sicilia. Éste, como sabemos, había amenazado a Bizancio, bajo Enrique VI a fines del siglo XII, con un peligro mortal. Federico había pasado su infancia y juventud bajo el cielo meridional de Palermo, en Sicilia, donde habitaran

sucesivamente griegos, árabes y normandos. Hablaba perfectamente el italiano, el griego y el árabe, aunque, al menos en su juventud, se expresara muy mal en alemán. En materia religiosa era mucho más tolerante que sus contemporáneos. Influido por los sabios orientales, árabes y judíos —muy numerosos en la corte siciliana de Federico—, se apasionó por la filosofía y las ciencias naturales. Fundó la universidad de Nápoles y protegió a la Escuela de Medicina de Salerno, célebre en la Edad Media. De modo que en cerebro y educación Federico II rebasaba en mucho a sus contemporáneos, que no le comprendieron. La época de Federico puede ser considerada como el «*prólogo del Renacimiento*».

Un historiador francés de mediados del siglo XIX dice: «Federico II… dio el impulso que, con el Renacimiento, preparó el fin de la Edad Media y el advenimiento de los tiempos modernos»[482]. Fue «un hombre de genio creador y audaz»[483]. Recientemente un historiador alemán escribía de Federico: «En su universalidad fue un verdadero genio del Renacimiento en el trono imperial y a la vez un emperador de genio»[484]. Federico II, causa de asombro para los historiadores de todas las épocas, es en muchos sentidos un problema aun no descifrado[485].

Federico II, heredero del concepto imperial romano, absolutista y de derecho divino, se mostró enemigo implacable del Papado, que propugnaba la superioridad del poder pontificio sobre el imperial. Bajo el reinado de Federico la lucha entre el sacerdocio y el Imperio fue muy áspera. Tres veces estuvo excomulgado el emperador, y al fin concluyó abrumado y extenuado por la lucha. En él los Papas se vengaron de los Hohenstaufen, aquel «*nido de víboras*», aquellos enemigos personales que el Pontificado se

esforzaba en aniquilar.

Para Federico II, los designios e intereses temporales estaban por encima de los intereses de la Iglesia. Su hostilidad al Papa se extendía a cuanto el Papa apoyaba. En ese sentido es instructivo examinar la política imperial y papal respecto al Imperio latino de Oriente. El Papa veía en este Imperio la posibilidad de una reaproximación de las dos Iglesias, mientras los intereses de Federico coincidían con los de Juan Vatatzés. Federico era hostil al Imperio latino porque consideraba a éste uno de los elementos del influjo y poder pontificios, y Juan Vatatzés tenía al Papa por su adversario religioso, ya que Roma no quería reconocer al patriarca ortodoxo de Nicea-Constantinopla y ponía obstáculos al plan que había formado el emperador niceno: apoderarse de Constantinopla. El acercamiento entre ambos emperadores data de finales de la cuarta década del siglo XIII. Federico no vaciló en aliarse «con los griegos, enemigos mortales del Papado, así como del Imperio latino»[486].

Federico y los griegos habían tenido ya antes relaciones diplomáticas. Teodoro Ángel, el epirota, había mantenido una amistosa correspondencia con Federico e incluso recibió socorros financieros que le enviaba el emperador desde el sur de Italia. Por lo tanto, el Papa Gregorio IX había anatematizado a la par al emperador y al déspota del Epiro. Es evidente que en las combinaciones políticas de Federico la religión, ya fuese ortodoxa o católica, tenía muy poca importancia.

Federico y Juan III, aunque entrambos hostiles al Papa, perseguían miras diferentes. El primero deseaba que el Pontífice abandonase sus pretensiones al poder temporal, y el segundo quería que, mediante ciertos compromisos, Occidente reconociese a la Iglesia oriental, con lo cual el

patriarcado latino de Constantinopla perdía su justificación. Tras esto cabíale a Juan Vatatzés esperar, que el Imperio latino desapareciera espontáneamente. El Papa, a su vez, seguía una política distinta respecto a los dos aliados. En Federico veía *un hijo insumiso de la Iglesia*, que atentaba a las prerrogativas imprescriptibles de los vicarios de Cristo y sucesores de San Pedro. En Juan Vatatzés veía un cismático, un obstáculo al sueño más acariciado de los Papas: la unión de las dos Iglesias. Federico prometió a Vatatzés librar a Constantinopla de los latinos y devolverla a su legítimo emperador; el emperador de Nicea, a su vez, se comprometía a reconocer la soberanía del emperador de Occidente y a restablecer la unión de las Iglesias. Es difícil saber hasta qué punto eran sinceras promesas tales.

Tan íntimas llegaron a ser las relaciones de Federico y Juan Vatatzés, que a partir del segundo tercio del siglo XIII hubo ejércitos griegos peleando en Italia a favor de Federico.

Esas relaciones se estrecharon más aún después de morir Irene, hija de Teodoro Láscaris y esposa de Juan III. El emperador viudo «no podía soportar la soledad», según testimonio de un cronista[487], y casó con la hija de Federico II, Constanza, niña de sólo once o doce años, la cual, al abrazar la ortodoxia, probablemente cambió su nombre católico por el de Ana. Nicolás Irenikos escribió un largo poema con motivo de las fiestas matrimoniales celebradas en Nicea. Los dos primeros versos pueden traducirse así:

En torno al ciprés amable se enrosca, dulce, la hiedra; la emperatriz ciprés es; la hiedra mi emperador[488].

La emperatriz sobrevivió muchos años a su marido y terminó su azarosa y aventurera vida en la ciudad española de Valencia, donde, en un templo, se conserva hasta nuestros días el sepulcro de la antigua basilisa niceana. El

sepulcro ostenta el siguiente epitafio: «Aquí yace Constanza, augusta emperatriz de Grecia»[489].

Las opiniones religiosas de Federico II —que permiten a ciertos historiadores compararle con Enrique VIII de Inglaterra[490]— se reflejan en su correspondencia con Juan Vatatzés. En una de sus cartas, Federico advierte que obra, no sólo por personal afecto a Vatatzés, sino también en virtud de su tendencia general a sostener el principio monárquico y dice:

> «Todos nosotros, reyes y príncipes de este mundo, y sobre todo celadores de la fe y religión ortodoxas, sentimos animosidad contra los obispos y una íntima hostilidad contra el principal representante de la Iglesia». Después, tras reprochar al clero occidental el abuso que hace de su libertad y privilegios, el emperador exclama: «¡Oh, feliz Asia! ¡Oh, felices poderes los de Oriente!! Porque no temen las armas de sus súbditos ni la intervención del Papa»[491].

Aunque pertenecía oficialmente a la religión católica, Federico testimonió muchos miramientos a la ortodoxia oriental. En una de sus cartas al mismo Vatatzés —carta que nos ha llegado en griego y latín—, leemos:

> «Ese que se llama a sí mismo arzobispo supremo (el Papa: en el texto latino se lee *sacerdotum princeps*; en el griego αρχειερευς), el que excomulga diariamente ante la faz del mundo el nombre de V. M. y de todos los romanos (en el texto latino *Graecos*) que son vuestros súbditos; el que llama impudéntemente heréticos a los más ortodoxos romanos, gracias a los cuales la fe cristiana se ha expandido hasta los más extremos límites del

universo…»[492]

En otra carta, ésta dirigida al déspota del Epiro, Federico escribe:

> «Deseamos defender, no sólo nuestro derecho, sino también el de nuestros vecinos aliados y amigos a los cuales Nos estamos unidos por un amor puro y sincero en Dios, y sobre todo el de los griegos, nuestros amigos más cercanos… (El Papa llama a) los muy píos y muy ortodoxos griegos, impíos y heréticos»[493].

Las relaciones amistosas de Federico y Vatatzés duraron hasta la muerte del primero, si bien éste, en sus últimos años, sintióse inquieto al ver los tratos entablados entre Nicea y Roma y los cambios de embajadas que ocurrieron entonces. Al propósito, Federico, en una de sus cartas censura a Juan Vatatzés, «de una manera paternal, el comportamiento del hijo» que, «sin tomar consejo de su padre, envió un embajador al Papa». Federico sigue, no sin ironía: «Nos no queremos hacer ni emprender nada sin tu consejo en los asuntos de Oriente, porque los países vecinos al tuyo son mejor conocidos de Vuestra Majestad que de Nos»[494]. Federico advierte a Vatatzés que los obispos de Roma «no son arzobispos del Cristo, sino lobos devastadores, bestias feroces que devoran al pueblo de Cristo»[495]. A la muerte de Federico, y en especial a la exaltación de Manfredo, su hijo natural, al trono de Sicilia, las relaciones de los dos Estados se modificaron y Manfredo, según veremos después, obró como enemigo del imperio de Nicea. A partir de la muerte de Juan III en 1254, «la alianza soñada por Federico II no era más que un recuerdo»[496].

No podría afirmarse que la alianza de los dos emperadores produjera resultados apreciables; pero

conviene notar que Juan Vatatzés, sintiéndose amistosamente sostenido por el emperador de Occidente, debía tener más firme esperanza en el éxito final de su objetivo político: la tema de Constantinopla.

En las décadas cuarta y quinta del siglo XIII; un grave peligro amenazó, por el lado de Oriente, a Europa: el peligro mongol o tártaro (en las fuentes bizantinas dícese «*Tachars, Tatars y Atars*»), Las hordas de Batish (Batu, Baty), uno de los descendientes del famoso kan Temuchin, que había tomado el nombre de Gengis Kan (Gran Kan), se arrojaron sobre los territorios de la Rusia europea, se apoderaron de Kiev en 1240 y, atravesando los Cárpatos, penetraron en Bohemia, de donde fueron forzadas a regresar a las estepas rusas. En tanto otras hordas mongolas, operando más al sur, sometieron toda Armenia, incluso Erzerum, e irrumpieron en Asia Menor, amenazando el sultanato selyúcida de Iconium y los territorios del débil imperio de Trebisonda. Ante el peligro común, los tres Estados de Asia Menor —los imperios de Nicea y Trebisonda y el sultanato de Iconium— se unieron contra los invasores, pero éstos aplastaron a las fuerzas militares de Iconium y Trebisonda. El sultanato hubo de pagar tributo a los mongoles, obligándose a suministrarles anualmente caballos, perros de caza, etc. El emperador de Trebisonda, reconociendo la imposibilidad de luchar con los atacantes, hizo también la paz con ellos, a cambio de pagarles tributo, convirtiéndose así en vasallo de los mongoles. Felizmente para los selyúcidas y para Juan Vatatzés, los mongoles suspendieron su actividad en Asia Menor por algún tiempo, ocupándose en otras empresas, lo que permitió a Juan Vatatzés preparar una acción decisiva en la Península Balcánica.

Los hechos que acabamos de indicar señalan que en el

siglo XIII eran fáciles las alianzas entre cristianos e infieles. Así, ante un peligro común, Trebisonda y Nicea se unieron a los musulmanes de Iconium.

Respecto a la invasión tártara, es interesante recordar los relatos del cronista occidental del siglo XII, Mateo de París, quien recoge ciertos rumores entonces difundidos por Europa[497]. En sus dos obras, dicho cronista cuenta que en 1248 los mongoles enviaron dos embajadas al Papa Inocencio IV, quien, como otros elementos de la Iglesia católica, esperaba convertir los mongoles al cristianismo. Pero Mateo añade, en la primera versión, que muchos en la época supusieron que la misiva mongólica al Papa contenía la oferta de abrir las hostilidades contra Juan Vatatzés («*Battacium*»), «un griego, yerno de Federico, cismático, desobediente a la Curia papal; y se pensó que esta proposición no dejó de ser grata al Papa». El mismo autor, en su «*Historia Anglorum*», menciona la respuesta pontificia a los embajadores tártaros. Parece que el Papa notificó al rey mongol que, sí abrazaba el cristianismo, debía atacar a Juan Vatatzés, «un griego, yerno de Federico, cismático y rebelde contra el Papa y el emperador Balduino y luego contra Federico mismo, y que se había levantado contra la Curia romana». Pero los embajadores, indiferentes a «*los odios mutuos de los cristianos*», contestaron, mediante sus intérpretes, que no podían imponer tales condiciones a su señor y que temían que, al recibir tales noticias, montase en gran cólera.

Ninguna de estas dos versiones —y sobre todo la segunda, reflejo de los rumores que circulaban en el siglo XII por Europa— posee verdadero valor histórico[498], y en consecuencia no cabe elevar sus afirmaciones a la categoría de hechos científicamente establecidos, como hace W.

Miller, quien, hablando de la segunda versión referida, dice: «Después de dar al Santo Padre esta lección de cristianismo, los infieles regresaron a su salvaje país»[499]. Pero sí es interesante notar lo apreciada que era en Occidente la potencia e importancia política de Juan Vatatzés y el papel que, a juicio de los historiadores occidentales, tenía en las negociaciones tártaro pontificias. En todo caso los embajadores mongoles recibieron las mayores muestras de estima y atención por parte de Inocencio IV, quien escribió «al ilustre rey de ellos, y a los nobles y a todos los príncipes y barones del ejército tártaro», una larga epístola exhortándoles a abrazar el cristianismo[500]. El nombre de Juan Vatatzés no se mencionaba en esta carta.

Entre tanto Juan Vatatzés, desembarazado del peligro de la invasión mongola, dirigió toda su atención a la Península Balcánica, donde obtuvo brillantes resultado.

La muerte de Juan Asen II, en 1241, había señalado el fin del apogeo del segundo imperio búlgaro. Los débiles sucesores de Juan no supieron conservar las conquistas búlgaras. Con la muerte de Asen fracasaba el segundo intento de crear un imperio greco-búlgaro con capital en Constantinopla. Ni Simeón en el siglo x ni kaloyan y Juan II en el XIII pudieron alcanzar tal fin. La última tentativa en ese sentido —con más amplitud y a cargo de los servios— había de hacerse en el siglo XIV.

Aprovechando el debilitamiento de Bulgaria, Juan Vatatzés pasó a Europa con un ejército y en unos meses tomó a Bulgaria todas las regiones en rebeldía y macedonias ocupadas por Asen II. Luego, en 1246, Juan se encaminó a Tesalónica, donde reinaba completa anarquía, y conquistó la ciudad sin dificultades. Al año siguiente sometió algunas ciudades tracias pertenecientes al Imperio latino, lo que

aproximaba al emperador niceno a Constantinopla. El despotado del Epiro cayó bajo su dependencia. Vatatzés había dejado de tener rivales griegos al otro lado del Bósforo. Al finalizar su reinado, sus posesiones inmediatas o sometidas a su influencia por vínculos de vasallaje se extendían del mar Negro al Adriático. Salvando la Grecia central y el Peloponeso, sólo Constantinopla faltaba para que el Imperio pudiera considerarse reconquistado.

Juan Vatatzés murió en 1254, a la edad de 62 años y tras un reinado de treinta y tres. Los escritores contemporáneos le elogiaron unánimemente. En el panegírico de su padre, Teodoro II Láscaris escribe: «Unificó la tierra ausonica, dividida en muchas partes por soberanos tiránicos, latinos, persas, búlgaros, escitas y otros, castigó a los bandidos y defendió nuestras tierras… Hizo nuestro país inaccesible a los enemigos»[501]. Todos los historiadores bizantinos ensalzan la gloria de Juan Vatatzés[502]. Incluso considerando en los cronistas una exageración fácil de percibir, debe tenerse a Juan III por estadista de talento y enérgico y por principal autor de la restauración del Imperio bizantino.

El nombre de Juan Vatatzés fue tan amado del pueblo griego, que éste, a poco de morir su emperador, le consideró un santo. La tradición le atribuyó milagros y hasta se compuso una «*Vida de San Juan el Misericordioso*». Fue una especie de canonización popular. Cierto que esa «canonización» no fue consagrada oficialmente por la Iglesia griega y que el culto de Juan limitóse a la ciudad lidia de Magnesia, donde fue enterrado. No debe confundirse, como a veces ha sucedido, la «Vida» de Vatatzés con la «Vida» de un santo del siglo vil llamado también *Juan el Misericordioso*. Los sabios no están de acuerdo sobre la fecha y lugar de redacción del primer escrito. Aun hoy, el clero y habitantes de Magnesia se reúnen en la iglesia local, el 4 de

noviembre de cada año, para honrar la memoria de Juan el Misericordioso[503]. En el calendario ortodoxo léese, el 4 de noviembre, el nombre de «Juan Ducas Vatadzi»[504].

La obra exterior de Vatatzés fue importantísima. Eliminando sucesivamente a los pretendientes al papel de restauradores del Imperio, esto es, los soberanos de Tesalónica, Epiro y Bulgaria, sometió territorios cuya posesión significaba de hecho la restauración del Imperio bizantino. Miguel Paleólogo no hizo, en 1261, sino aprovechar los obstinados esfuerzos y la actividad enérgica de Juan Vatatzés, el más grande de los emperadores de Nicea. La generación siguiente a Juan Vatatzés consideróle, con razón, «*Padre de los griegos*»[505].

Los últimos Láscaris. La restauración del imperio bizantino

Los últimos emperadores de Nicea fueron el hijo y nieto de Vatatzés, a saber, Teodoro II Láscaris (1254-1258) y Juan IV Láscaris (1258-1261). Según un testimonio contemporáneo, Teodoro, de edad de 33 años, «fue, según la usanza, alzado sobre un pavés»[506] y proclamado emperador con el asentimiento del ejército y la nobleza.

Teodoro II, hombre de salud débil, había consagrado todos sus ocios, antes de ser proclamado monarca, a los estudios y la literatura. Su padre, hombre muy culto también, había procurado rodear a su hijo de los sabios más notorios de la época, entre ellos Nicéforo Blemmidas y Jorge

Acropolita.

Ya en el poder, Teodoro II, como su padre, desarrolló una gran actividad política que le hizo a veces abandonar sus ocupaciones científicas y filosóficas.

Comprendiendo la gravedad de la situación exterior, se dedicó particularmente a crear un ejército poderoso. Al efecto, escribía: «Tengo ante mí una verdad, un fin, un deseo: reunir la grey de Dios y protegerla de los lobos hostiles»[507]. Opinando que los griegos sólo debían contar con sus propias fuerzas, fue acaso el único emperador bizantino que se ocupó de helenizar el ejército, contrariando así la tendencia inveterada a reclutar mercenarios extranjeros[508].

En 1258 el joven emperador murió en lo mejor de la vida, pues sólo contaba 56 años. Legaba a su sucesor, íntegras, las vastas conquistas de Juan Vatatzés. Teodoro II, hombre de gran cultura filosófica y mucha actividad, había vivido en la esperanza de que la Historia emitiera juicio sobre él. Una de sus cartas reza: «El juicio de la Historia será pronunciado por las generaciones siguientes»[509]. Un historiador contemporáneo, especializado en la época de Teodoro II —Pappadopulos— escribe, no sin cierta exageración: «Teodoro murió muy joven. De no ser por eso, el helenismo podría haber esperado días mejores bajo el prudente reinado de un emperador que tendió con todas sus fuerzas a crear un Estado griego sobre fundamentos sólidos e inmutables»[510]. Pero la ambición de Teodoro quedó en el campo de lo ideal. De hecho, los mercenarios de diversas nacionalidades desempeñaron activo papel en la vida del Imperio de Nicea en general y en la época de Teodoro II en particular[511].

Teodoro sostuvo contra los búlgaros dos difíciles campañas. Al saber la muerte de Vatatzés, el zar búlgaro

Miguel Asen se lanzó sobre las provincias perdidas por Bulgaria bajo Juan Vatatzés. Por un momento se temió que todas las conquistas de Nicea en Europa quedasen en manos búlgaras. Pero, a despecho de muchos obstáculos y de la cobardía, y aun traición, de sus generales, Teodoro llevó a buen término sus dos campañas búlgaras. Merced a la mediación del príncipe ruso Rostislav, suegro de Miguel Asen, se acordó un tratado. Búlgaros y griegos conservaron sus antiguas posesiones, salvo una fortaleza búlgara cedida a Teodoro[512].

Teodoro mantuvo igualmente activas relaciones con el déspota del Epiro. Incluso se trató del matrimonio del hijo del déspota con la hija del emperador. Como consecuencia de las negociaciones, Teodoro adquirió el puerto de Dyrrachium y la fortaleza de Servia, en los confines del Epiro y Bulgaria. Dyrrachium, «puerto avanzado, al Oeste, del imperio de Nicea, fue como una espina clavada en el flanco del despotado del Epiro»[513].

En Asia Menor los selyúcidas se veían seriamente amenazados por los mongoles, que obligaron al sultán a pagarles tributo. La situación era delicada, porque Teodoro había sostenido al sultán contra los mongoles, y el sultán, «que tenía el alma de un ciervo tímido»[514], habíase refugiado en la corte de Teodoro. No obstante, evitóse un choque entre Nicea y los mongoles, quienes enviaron a Teodoro una embajada.

La recepción, probablemente celebrada en Magnesia, fue brillantísima. Teodoro quería impresionar a los tártaros, a quienes temía mucho. El emperador recibió a los embajadores en un elevado sitial, con la espada en la mano. Los historiadores bizantinos cuentan con todo detalle esa recepción[515].

Un historiador contemporáneo observa que Teodoro «fue, en resumen, un manojo de nervios, un caso interesante "para un psiquiatra moderno", y añade que sólo su breve reinado de cuatro años no le permitió dejar huella profunda en la historia de su época»[516]. Otro declara que use advierte de manera particular en Teodoro lo que cabe llamar un «*despotismo ilustrado*»[517]. En rigor, el reinado de Teodoro fue harto corto para que podamos juzgarlo. Pero Teodoro ocupó en la historia de Nicea un lugar de honor por su mucha cultura y por su política externa, que continuó con ventura la de su padre.

El sucesor de Teodoro II fue su hijo único, Juan IV (1258-1261), que contaba siete años y medio. Así, ni aun con la ayuda del regente, Jorge Muzalon, pudo llevar a buen puerto los asuntos públicos. Entonces intervino el astuto y ambicioso Miguel Paleólogo, pariente de Juan Vatatzés y hombre «intrigante y violento y artero hipócrita, pero militar de talento»[518]. Su intervención fue decisiva. Aunque Juan III y Teodoro II habían sospechado en él repetidamente conjuras y traiciones, habíanle, con todo, dado cargos de confianza. Hábil en ocultarse en momentos de peligro, había incluso encontrado asilo una vez en la corte del sultán de Iconium.

Las perturbaciones de la época exigían un poder fuerte. Miguel Paleólogo supo aprovecharse de las circunstancias y en 1261 fue coronado emperador.

Las posesiones balcánicas del imperio de Nicea estaban entonces amenazadas en particular por el despotado del Epiro, el cual había organizado contra el Imperio una coalición donde entraban el rey de Sicilia, Manfredo, pariente del déspota e hijo bastardo de Federico II, y el príncipe de Acaya, Guillermo de Villehardouin. Tras una

serie de felices operaciones dirigidas por Paleólogo contra los coligados, en 1259 se libró la batalla decisiva de Pelagonia, en la Macedonia occidental, cerca de la ciudad de Castoria. El ejército de Miguel Paleólogo se componía, no sólo de griegos, sino de turcos, kumanos y eslavos. La batalla fue un fracaso completo para los aliados. El príncipe de Acaya quedo prisionero. Las tropas occidentales, pesadamente equipadas, huyeron ante los destacamentos bitinios, eslavos y orientales, equipados a la ligera. En una obra moderna sobre el Imperio de Nicea, leemos: «Fue quizá la primera vez que los turcos se batieron contra los griegos en suelo griego y al servicio de otros griegos»[519].

El contemporáneo Jorge Acropolita juzga así la batalla: «Los nuestros, gracias a los consejos del emperador, obtuvieron tan gran victoria que el rumor de ella llegó a los cuatro extremos del mundo. El sol no ha visto muchas victorias de este género»[520]. En la autobiografía de Miguel Paleólogo, llegada a nosotros, Miguel dice respecto a la batalla: «Con ellos y con sus aliados, que tenían por jefe al príncipe de Acaya, ¿a quiénes no he vencido? A alamanes, sicilianos, italianos venidos de Apulia, del país de los Tapiaos de Brundusium, de Bitinia, de Eubea y del Peloponeso»[521].

La batalla de Pelagonia tuvo decisiva importancia para la restauración del Imperio bizantino. Los territorios del déspota del Epiro fueron reducidos a sus posesiones hereditarias. El Imperio latino quedaba privado del apoyo del príncipe de Acaya, y eso cuando en Constantinopla reinaba el débil y apático Balduino II.

Para asegurar más el éxito, Miguel Paleólogo firmó un acuerdo con los genoveses. En todo Oriente chocaban siempre los intereses mercantiles de Venecia, Génova. Tras

la cuarta Cruzada y la fundación del Imperio latino, Venecia, como vimos, se había creado una situación excepcional en los Estados latinos de Oriente. Génova no podía tolerarlo. Miguel, sabiéndolo, entró en tratos con los genoveses, y éstos, aunque conscientes de que su alianza con los cismáticos griegos sería severamente condenada por el Papa y por Occidente en general, en su deseo de substituir en Oriente a sus rivales, los venecianos, acordaron un tratado mercantil con Miguel.

En marzo de 1261 se firmó en *Nymphaeum* un importante convenio que traspasaba a los genoveses la supremacía comercial ejercida en Levante por Venecia durante tanto tiempo. Era una verdadera alianza ofensivo-defensiva contra los venecianos[522]. Se concedía libertad perpetua de comercio a los genoveses en todas las provincias presentes y futuras del Imperio, dándoseles además privilegios muy importantes en Constantinopla y en las islas de Creta y Eubea en el caso de que Miguel, «*con la ayuda de Dios*», las recobrase. Esmirna, «ciudad excelente para el comercio, dotada de un buen puerto y abundante en toda suerte de riquezas», quedaba bajo el dominio directo e ilimitado de los genoveses. Se establecían factorías mercantiles, con iglesias y consulados, en las islas de Quíos y Lesbos y otros puntos. El mar Negro (*majus mare*) quedaba cerrado a todos los mercaderes extranjeros, salvo los genoveses y písanos, amigos fieles de Miguel. Por su parte los genoveses se comprometían a conceder a los súbditos del emperador libertad de comercio, y a ayudar a Miguel con su flota, siempre que las naves no fuesen empleadas contra el Papa o los amigos de Génova. La flota genovesa tenía extrema importancia para Miguel, pues debía contribuir a recuperar el objetivo supremo: Constantinopla.

El tratado ratificóse en Génova pocos días antes de que

las tropas de Miguel se apoderasen de Constantinopla. Ello significaba un éxito brillante para Génova, que con motivo de las victorias de Saladino en Siria había sufrido graves pérdidas ulteriores. Comenzaba un capítulo nuevo en la historia económica de Génova. Uno de los mejores especialistas de la Génova medieval escribe: «La pujanza de la vida colonial del siglo XIII ofrece vivo contraste con el carácter vacilante y estancado de la del XII. Es preciso buscar la causa de ese fenómeno en una mayor experiencia, una organización mejor y, sobre todo, en el sorprendente desarrollo del comercio»[523].

El 25 de julio de 1261 las tropas de Miguel se apoderaron sin combate de Constantinopla. Miguel, que se hallaba en Asia Menor, se dirigió en seguida a la capital, donde entró a primeros de agosto entre las aclamaciones de la población. A poco fue coronado por segunda vez en la iglesia de Santa Sofía. Balduino II huyó a Eubea (Negroponto). El patriarca latino y los principales representantes del clero católico lograron salir de la ciudad antes de que ésta fuese ocupada.

Miguel hizo cegar al infortunado Juan IV Láscaris. Y el mismo Miguel, restaurador del Imperio con el nombre de Miguel VIII, fundó la dinastía de los Paleólogos, aprovechando la situación favorable creada por los emperadores de Nicea. La capital se trasladó de Nicea a Constantinopla.

El emperador latino fugitivo pasó de Eubea a Tebas y luego a Atenas. Allí, en la venerable acrópolis de Atenas, se desarrolló la última y lamentable escena del breve drama del Imperio latino de Constantinopla. Luego Balduino embarcó en El Pireo para Monemvasia y, dejando en Morea a los más de los miembros de su séquito, hízose a la vela para Europa, donde pensaba pedir socorro para su causa y ejercer el triste

papel de emperador en el destierro[524].

«Así cayó —dice Gregorovius— el Imperio latino, creación de la caballería occidental de los cruzados, de la egoísta política comercial de Venecia y de la idea jerárquica del Papado. Había durado cincuenta y siete miserables años y dejaba tras de sí la ruina y la anarquía. Aquel Estado bastardo, fundado por la caballería feudal de los latinos, constituye un fenómeno histórico de escasa importancia. La máxima sofística del filósofo alemán, que afirma que cuanto existe es racional, resulta aquí un puro absurdo»[525].

Otro historiador (Gelzer) declara: «La ignominia latina, pertenece a la historia»[526].

Mientras las fuentes occidentales se limitan casi todas a una simple mención de la toma de Constantinopla por Miguel y de la expulsión de los francos, las fuentes griegas hablan de ella con júbilo. Jorge Acropolita escribe: «Todo el pueblo romano experimentó placer y alegría indecibles; no había quien no se regocijase y exaltara»[527]. Sólo se hizo oír una voz discordante: la de Senakherim, alto funcionario de Miguel Paleólogo, profesor, comentador de Hornero y jurista. Senakherim, sabiendo la toma de Constantinopla por los griegos, exclamó: «¿Qué oigo? ¿Conque estaba reservado tal suceso a nuestros días? ¿Qué hemos hecho nosotros para vivir y ver tales catástrofes? Nadie puede esperar nada bueno, ya que los romanos están otra vez en la ciudad»[528].

Política religiosa del imperio de Nicea y del imperio Latino

Ya vimos que la toma de Constantinopla en 1204 hízose contra la voluntad del Papa Inocencio III. Pero éste vio luego que el hecho, desagradable al principio, abría grandes horizontes a la expansión del catolicismo y al Papado. El principal problema eclesiástico de la época era el restablecimiento de la unión de las Iglesias oriental y occidental, el cual parecía posible en virtud de los cambios surgidos en el Oriente cristiano. En el Estado fundado por los cruzados debía introducirse el catolicismo. La primera labor del Papa consistía en organizar la Iglesia católica en las regiones conquistadas por los latinos y luego precisar la situación del Pontificado ante el poder temporal y la población griega, ora fuese seglar o eclesiástica. Luego había que someter a Roma, en lo religioso, las regiones griegas que en 1204 quedaban independientes y a cuya cabeza estaba el Imperio de Nicea. La cuestión de la unión con los griegos había de ser la clave de bóveda de toda la política eclesiástica del siglo XIII.

En los principios del Imperio latino la situación del Papa fue delicada. En virtud del acuerdo de los cruzados con Venecia, si el emperador era elegido entre los francos, el patriarca había de pertenecer al clero veneciano. En el pacto se habían descuidado los intereses de la Curia pontificia, no hablándose de la intervención papal en la designación de patriarca, ni de ingreso alguno destinado al tesoro de la Curia.

En la misiva del primer emperador franco, Balduino, al Papa, se hablaba del «triunfo milagroso» de los cruzados, de la caída de Constantinopla, de la impiedad de los griegos, que «*daba náuseas al propio Dios*», de una Cruzada ulterior a Tierra Santa, etc.[529], pero no se aludía para nada a la elección del patriarca. Cuando el nuevo clero de

Constantinopla designó patriarca al noble veneciano Tomás Morosini, el Papa, aunque declarando anticanónica la elección, hubo de ceder y «por propia iniciativa» confirmó la elección.

No menos interesante es notar la actitud de Roma ante el clero griego que quedaba en los Estados latinos. Ya sabemos que muchos obispos y la mayoría del clero subalterno no habían abandonado sus lugares de residencia. El Papado siguió con ellos una política conciliadora, permitiendo que se nombrasen obispos griegos en los puntos donde la población era sólo griega, y conservando en los oficios el rito griego, como el uso de pan con levadura en el sacramento eucarístico. Pero a la vez llegaban legados papales a la Península Balcánica y el Asia Menor, procurando persuadir al clero griego de que se adhiriese a la unión religiosa.

En 1204 un legado pontificio se esforzó en que el clero griego reconociese al Papa como supremo jefe. Las negociaciones celebradas en Santa Sofía no condujeron a ningún resultado[530]. Nicolás Mesaritas, más tarde obispo de Éfeso y cuya personalidad y obra han sido precisadas por primera vez por A. Heisenberg, tuvo una esencial participación en aquellos parlamentos. Las negociaciones siguieron en 1205-1206. Nicolás de Otranto, abad de Casola (Italia meridional), participó en ellas como intérprete. Aunque de opiniones ortodoxas, reconocía, como toda la Iglesia de la Italia del sur, la primacía del Papa, y era partidario de la unión. La personalidad de Nicolás de Otranto, que nos ha legado muchos poemas y obras en prosa, casi todo ello inédito, merece un estudio a fondo[531]. La situación del clero griego hízose más compleja en 1206, año en que murió en Bulgaria Juan Camatera, patriarca de Constantinopla refugiado en Bulgaria al ocupar los latinos la

capital. Autorizado por el emperador Enrique, el clero griego del Imperio latino pidió permiso al Papa para elegir nuevo patriarca. Enrique estaba acorde en esta elección, siempre que el patriarca reconociese la supremacía del Papa. Pero los griegos no deseaban subordinarse a la Santa Sede ni reconciliarse con ella. Por tanto la polémica sobrevenida el 1206 en Constantinopla, polémica en que los latinos tuvieron a su frente a Tomás Morosini y los griegos a Nicolás Mesaritas, no condujo a nada. En tales condiciones, los griegos del Imperio empezaron a volver sus miradas a Teodoro Láscaris[532].

En 1208 se eligió nuevo patriarca ortodoxo en Nicea: Miguel Autoreano, quien coronó emperador de Nicea a Teodoro Láscaris. Esto tuvo capital importancia, no sólo para Nicea, sino también para los griegos súbditos del Imperio latino.

En 1214 se abrieron en Constantinopla y Asia Menor nuevas negociaciones infructuosas. Nicolás Mesaritas, entonces metropolitano de Éfeso, con título de exarca de toda Asia, quedó muy descontento de la altanera acogida que le hizo Pelagio en Constantinopla[533].

No obstante, Inocencio III logró una notable victoria hacia el final de su pontificado. El concilio de Letrán, en 1215, considerado ecuménico por la Iglesia occidental, proclamó al Papa jefe supremo de la Iglesia de Oriente y declaró a los patriarcas latinos de Constantinopla, Jerusalén y Antioquía, jerárquicamente subordinados a la Santa Sede.

En cambio, la esperanza de Inocencio respecto a que Constantinopla efectuase una nueva Cruzada, fracasó. Los asuntos internacionales y los interiores de orden laico absorbían al Imperio latino al punto de que sus emperadores abandonaron por completo la idea de una Cruzada a Tierra

Santa. Por tanto, Inocencio III comenzó a planear una nueva Cruzada que partiese de la Europa occidental y no de Constantinopla.

La sumisión aparente de la Iglesia oriental a Roma no satisfacía del todo las esperanzas del Papa. Para que su victoria fuese completa necesitaba la unión religiosa, la sumisión espiritual de la población griega. Pero esto no pudieron obtenerlo ni Inocencio III ni sus sucesores.

Como sabemos, el Imperio de Nicea tenía su patriarca griego ortodoxo que, si bien residiendo en Nicea, seguía titulándose patriarca de Constantinopla. Los nicenos consideraban la sede patriarcal transferida a su Estado como «extranjera y suplementaria»[534] con frase de un contemporáneo, esperando que más adelante volvería a Constantinopla, su verdadero lugar de residencia. Pero Inocencio III no reconocía a Teodoro Láscaris ni como emperador ni como déspota, llamándole únicamente en la carta que le envió, «Teodoro Láscaris, hombre noble» (*Nobili viro Theodoro Lascari*)[535]. En dicha carta, el Papa, sin disculpar las violencias de los cruzados en la toma de Constantinopla, declaraba, sin embargo, que los latinos habían sido instrumentos de la Providencia y los griegos habían sufrido el castigo divino por no reconocer la supremacía de la Iglesia romana. Era, pues, aconsejable que se sometiesen a la Santa Sede y al emperador latino. Pero esta exhortación no fue atendida.

La política eclesiástica del Imperio de Nicea se redujo a una serie de tentativas, a través de discusiones o correspondencia, para procurar la unión de las dos Iglesias. En el Imperio de Nicea había hombres como Nicolás Mesaritas, metropolitano de Éfeso, que abogaban por un acuerdo con la Iglesia romana, pero la población griega no

fue nunca favorable a esa tendencia. Juan III Vatatzés, aunque pareció inclinado a la unión, solo se guiaba por consideraciones políticas.

En primer lugar le inquietaba la elección del valeroso Juan de Brienne, antiguo rey de Jerusalén, como regente y coemperador (asociado a Balduino II) en Constantinopla. Juan de Brienne, con ayuda del Papa, podía desarrollar una ofensiva, temible para Nicea. Vatatzés, pues, se esforzó en separar al Papa del Imperio latino.

En 1232, cinco monjes franciscanos liberados del cautiverio turco, llegaron a Nicea y mantuvieron encuentros con el patriarca Germán II, respecto a la unión de las Iglesias. Juan Vatatzés y Germán II les acogieron inmejorablemente y los franciscanos llevaron a Gregorio IX una carta de Germán[536] ofreciendo al Papa discutir la unión. Gregorio aceptó, gustoso, la propuesta, y en 1234 envió varios delegados a Nicea. El concilio se celebró primero en Nicea y luego se trasladó a Nymphaeum. Nicéforo Blemmidas intervino activamente en la controversia[537]. Conocemos perfectamente los debates del concilio gracias a la relación detallada que de él se posee[538].

Pero las negociaciones fracasaron y los representantes del Papa viéronse obligados a partir, entre las maldiciones de los griegos, que les increpaban: «*¡Sois herejes! Os hallamos herejes y excomulgados y os dejamos herejes y excomulgados*». Los legados católicos contestaban a los griegos: «*Los herejes sois vosotros*»[539].

En el concilio de Lyon, en 1245, el Papa Inocencio IV, sucesor de Gregorio, lamentaba «el cisma del Imperio romano, es decir, de la Iglesia griega, que en nuestro tiempo, hace solo pocos años, *se ha apartado y vuelto, altanera e irrazonadamente, fuera del seno de su madre, como de una*

madrastra»[540].

«Las dos dominaciones —escribe A. Luchaire—, las dos religiones, las dos razas, siempre profundamente separadas, conservaban igual actitud de hostilidad y desconfianza una contra otra»[541]. La alianza de Juan Vatatzés con Federico II de Hohenstaufen hizo aun más tirantes las relaciones de Nicea con el Papado. Sin embargo, según vimos, hubo nuevo cambio de embajadas entre Nicea y Roma hacia fines del reinado de Federico.

Porque tras la muerte de Federico, en los últimos años del reinado de Juan Vatatzés, pareció llegado el momento decisivo de la unión de las Iglesias. El emperador puso estas condiciones: le sería devuelta Constantinopla, se restauraría el patriarcado de dicha ciudad, y el emperador y el clero latino abandonarían el territorio griego. Inocencio IV aceptaba esas condiciones. Para restablecer la unidad del mundo cristiano el Papa estaba dispuesto a sacrificar el Imperio fundado por los cruzados, mientras Vatatzés se hallaba dispuesto a sacrificar la independencia de la Iglesia griega a cambio de recobrar la capital del Imperio. Las dos partes abandonaban del todo su política tradicional. Pero el acuerdo no pasó de proyecto.

Poseemos una carta muy importante dirigida por el patriarca de Nicea a Inocencio IV en 1253, dando plenos poderes a los delegados griegos para llevar a buen fin las negociaciones relativas a la unión[542]. Mas en 1254 murieron Inocencio y Vatatzés y aquella apasionante página de las negociaciones de la unión eclesiástica oriental-occidental cerróse sin resultado.

Teodoro II, hijo y sucesor de Vatatzés, opinaba que, como emperador, debía dirigir la política eclesiástica, participar en los asuntos eclesiásticos y presidir los

concilios. No quería, pues, un patriarca enérgico. Por esto rechazó la candidatura de Blemmidas y designó a Arsenio, quien en tres días se convirtió, de laico, en patriarca[543].

Bajo Teodoro II las relaciones de Nicea con Roma se atuvieron estrictamente a los fines políticos del emperador. Como su padre, Teodoro consideraba la unión con Roma como un paso hacia la recuperación de Constantinopla.

Los más de los historiadores afirman que en 1256 el Papa Alejandro IV envió a Nicea al obispo de Orvieto (Italia) para reanudar las negociaciones interrumpidas por la muerte de Vatatzés[544]. La repentina decisión del Papa no parecía, hasta ahora, explicable ni motivada.

Pero hoy sabemos por nuevos documentos que la iniciativa de reanudar las negociaciones no partió del Papa, sino del emperador de Nicea[545]. En 1256 Teodoro envió al Papa dos nobles de la corte nicena, los cuales rogaron a Alejandro IV que reanudase los tratos y enviara un legado a Nicea. Alejandro aceptó con satisfacción. Por ambas partes se deseaba progresar en forma acelerada. Constantino, obispo de Orvieto, estuvo presto a partir en diez días. La base de las nuevas negociaciones serían las propuestas de Vatatzés a la Curia[546]. El legado del Papa tenía instrucciones oficiales e instrucciones secretas y poseía ciertos poderes especiales, el más importante de los cuales consistía en convocar un concilio, presidirlo como representante del Papa y redactar las decisiones.

La misión pontificia, organizada con tal energía y en la que tantas esperanzas se fundaban, concluyó con un fracaso completo. El emperador, que había cambiado de opinión entre tanto, no llegó ni a recibir al obispo de Orvieto, quien, estando a mitad de camino, en Macedonia, recibió instrucciones de que regresase[547].

Por entonces, Teodoro II guerreaba contra Bulgaria y sus empresas políticas se desarrollaban con éxito. Pensó, pues, que ya no necesitaba la ayuda del Papa. Su fin principal —la toma de Constantinopla— le parecía hacedero sin comprometer la independencia de la Iglesia griega.

Teodoro II murió en 1258. Al año siguiente, el usurpador Miguel Paleólogo se halló peligrosamente amenazado por la coalición organizada contra él en Occidente y sintió la necesidad de ser sostenido por el Papa. Envió, pues, una embajada a Alejandro IV, pero éste, hombre poco enérgico, no aprovechó la ocasión de la difícil situación de Miguel[548]. Al fin, Miguel se apoderó de Constantinopla sin ayuda de la Santa Sede.

El Imperio de Nicea había, pues, logrado mantener la Iglesia y el patriarcado griego, los cuales fueron trasladados a Constantinopla.

Política económica y social de los emperadores de Nicea

Los emperadores de Nicea atendieron muy activamente a los problemas internos de su Estado, esforzándose, sobre todo, en incrementar la prosperidad económica niceana.

La varia e intensa actividad exterior de Juan Vatatzés no le impidió ocuparse en la organización interior del país. Estimuló la agricultura, la viticultura, la cría de ganado y aves. Según una fuente, «en poco tiempo todos los depósitos estuvieron llenos de frutos; los caminos, las calles, los

establos, los apriscos, estuvieron llenos de ganado y volatería»[549]. La escasez que por entonces cundió en el sultanato de Iconium obligó a los turcos a comprar, muy caros, los productos de Nicea. El oro y la plata turcos, los tejidos orientales, las piedras preciosas y otros objetos de lujo llegaron en abundancia a Nicea, colmando las cajas del Estado.

Vatatzés, disminuyendo los impuestos, aumentó la prosperidad del Imperio. En épocas de escasez se distribuían al pueblo enormes provisiones de cereal acumuladas en los graneros imperiales. Merced a las considerables sumas de dinero de que disponía, Vatatzés cubrió el país de fortalezas y hospitales, de hospicios para los pobres y de casas de caridad[550].

Un historiador bizantino del siglo XIV escribe que Vatatzés quería que «teniendo en su casa todo aquello que hubiera menester, ningún hombre se viese llevado a extender una mano rapaz sobre los bienes de los hombres sencillos y pobres, y así el Estado de los romanos estuviese exento de toda injusticia»[551].

Vatatzés mismo era un gran terrateniente y muchos de sus nobles poseían amplias extensiones territoriales y vivían de sus haciendas[552]. Parece que esas propiedades habían sido concedidas por el emperador a los funcionarios nobles. Ello nos recuerda los «*beneficia* de la Europa occidental y los *upronoiai*» bizantinos, es decir, las tierras concedidas por el emperador, o, en su nombre, por sus ministros, a personas que habían rendido servicios al Estado, a cambio de que prestasen servicio militar. Acaso los grandes terratenientes se sintieran descontentos alguna vez del régimen establecido por Vatatzés y quisieran desobedecerle. En todo caso, sabemos que, hacia finales de su reinado, el emperador

practicó algunas confiscaciones de bienes muebles e inmuebles[553]. Puede ello explicarse por una lucha entre la aristocracia territorial y la corona, pero carecemos de informes. Pappadopulos cree posible afirmar que en efecto se produjeron levantamientos de la aristocracia contra Vatatzés[554].

Socialmente, puede considerarse a Vatatzés como protector de las clases campesina y burguesa. Se esforzó, ante todo, en acrecer su riqueza y prosperidad, y tal vez fue esto lo que produjo el descontento de la aristocracia terrateniente y, como reacción, las severas medidas de Vatatzés contra ella.

Al subir Teodoro II al trono, la alta aristocracia perseguida por Vatatzés miró con confianza al nuevo emperador, esperando recuperar sus riquezas e influencia perdidas[555]. Pero se engañó. Teodoro esforzóse en disminuir la influencia de los nobles y parece que tomó severas medidas contra muchos de ellos.

Un escritor contemporáneo da una larga lista de nombres de altos funcionarios castigados bajo Teodoro II[556]. La aristocracia fue abatida y hombres nuevos, de origen humilde, rodearon el trono. Debiéndolo todo al emperador, fueran en manos de éste «juguetes obedientes»[557]. Bajo el hijo de Teodoro, la nobleza volvió a reaccionar.

Las empresas militares de Teodoro exigieron un considerable aumento de los impuestos. Habiendo Nicéforo Blemmidas reprochado al emperador el gravar demasiado a la población, Teodoro, contestándole, se disculpaba con las necesidades de las guerras que sostenía[558].

Los emperadores de Nicea manifestaron el más vivo interés por el desarrollo de relaciones mercantiles con los demás Estados, y en especial con Venecia. En agosto de

1219, Teodoro I Lascaris firmó un tratado de alianza y comercio con el podestà veneciano de Constantinopla. Los mercaderes venecianos obtenían libertad de comercio, franco de toda carga, por tierra y mar, en la plena extensión del imperio de Nicea (*per totum Imperium meum et sine aliqua inquisitione*)[559].

Las mercancías occidentales importadas por los venecianos en virtud de aquel acuerdo rivalizaban victoriosamente con las mercancías orientales, que necesitaban atravesar todo el sultanato de Iconium. Las telas orientales e italianas tenían gran demanda en Nicea y la población gastaba sumas enormes en adquirirlas. Por ello, Juan Vatatzés prohibió a sus súbditos, so pena de «*deshonor*» —es decir, de pérdida de su categoría social— comprar y vestir telas extranjeras, ordenándoles que se contentaran «con lo que la tierra de los romanos produce y las manos de los romanos pueden elaborar»[560]. Probablemente aquel decreto cayó pronto en desuso, aunque ignoramos cuándo.

Las relaciones de amistad de Nicea con Venecia no duraron mucho. La república de San Marcos, ya en tiempo de Vatatzés, mostró hostilidad a Nicea. Vatatzés tuvo tropiezos con el antiguo gobernador imperial de Rodas, León Cabalas, quien, desde 1204, se titulaba «*Señor de las Cicladas*» e incluso «*Cesar*». Al atacarle Vatatzés, halló que Cabalas tenía una alianza ofensivo-defensiva con Venecia, ya que el soberano rodio no podía defender solo la isla. El tratado de 1219 perdió su vigencia. Según el pacto de 1234, Venecia recibía privilegios mercantiles en Rodas. En ese interesantísimo tratado León Cabalas se titula, *dominus Rhode et Cicladum insularum Ksserus Leo Gavalla*[561]. Vatatzés envió una expedición a Rodas, y la isla quedó sometida a Nicea[562].

Poco antes de la toma de Constantinopla, los genoveses substituyeron a los venecianos, sus rivales, y en 1261 Miguel Paleólogo firmaba el tratado de Nymphaeum, del que hablamos ya y que daba a los genoveses supremacía mercantil en Levante. Después de restaurado el Imperio bizantino, Miguel Paleólogo siguió manteniendo relaciones amistosas con Génova.

La Instrucción, las Letras, las Ciencias y las Artes

Al caer el Imperio en 1304 y fragmentarse en varios Estados latinos y griegos, Nicea, además de ser el centro de la ulterior unificación política de los helenos, se transformó en un centro de actividad intelectual. En la segunda mitad del siglo XIII decíase de Nicea, según frase de Jorge de Chipre, que «*parecía como la antigua Atenas por el número de sus sabios* y que era cuna fuente de conocimientos maravillosa y muy buscada»[563], Es interesante recordar, por analogía, que en la Edad Media, la «*Nueva Atenas*», la «ciudad científica» de Occidente, era París. Conviene añadir que Jorge de Chipre quedó chasqueado al llegar a Nicea. En uno de los escritos de Teodoro Láscaris leemos que Corinto era célebre por su música, Tesalia por sus tejidos, Filadelfia por sus zapateros y Nicea por su filosofía[564].

Todos los miembros de la dinastía lascárida, menos el último, que era muy niño, se mostraron protectores decididos de las letras y ciencias, comprendiendo que la

cultura intelectual es elemento fundamental o esencial en el desarrollo integral de un Estado. El primer emperador de Nicea, Teodoro I, a pesar de las dificultades que halló en su política interior y exterior, se interesó mucho por los asuntos espirituales. Llamó a su corte diversos sabios, en especial de las regiones griegas ocupadas o amenazadas por los francos, y entre ellos a Miguel Acominatos, metropolitano de Atenas, huido a la isla de Ceos al producirse la invasión latina. Acominatos no pudo aceptar por lo avanzado de su edad y lo delicado de su salud. A Nicea se retiró, caída Constantinopla, el hermano de Miguel, Nicetas Acominatos, quien aprovechó su estancia en la corte de Láscaris para concluir su obra histórica y escribir el tratado teológico que tituló «*Tesoro de la ortodoxia*». Juan Ducas III Vatatzés, sucesor de Teodoro, halló, en medio de la desbordante actividad que caracterizó su política extranjera, tiempo de atender las necesidades intelectuales de su Estado. Creó, en las ciudades, bibliotecas consagradas al arte y a las ciencias y se interesó por la cuestión escolar, enviando personalmente jóvenes a las escuelas, con el objetivo de elevar el nivel intelectual del país. En su época se desarrolló la actividad del sabio, escritor y profesor Nicéforo Blemmidas, el representante más eminente del movimiento intelectual del siglo XIII y que tuvo como discípulos a Teodoro II, sucesor de Vatatzés, y al célebre historiador y estadista Jorge Acropolita, de quien hablaremos después. Como su padre, Teodoro se interesó mucho por las bibliotecas, entre las que repartió numerosos libros que se esforzó en reunir. También autorizó *el préstamo domiciliario de obras*[565].

Como bajo los Comnenos, los hombres cultos del siglo XIII escribieron casi todos en un griego escolástico y artificioso, distinto al hablado, que no era admitido como lengua literaria. Los clásicos griegos y los Padres de la Iglesia

servían de modelo a los griegos cultos de la Edad Media en general, y en particular a los del siglo XIII, que vivieron y pensaron bajo su influencia.

La figura más representativa de la vida espiritual del Imperio de Nicea es, sin discusión, Nicéforo Blemmidas, quien dejó, a más de numerosos escritos de muy diversa naturaleza, dos interesantes autobiografías, editadas en 1896 por el sabio alemán Heisenberg, y en las cuales no sólo se nos informa de la vida del autor, sino de los sucesos y hombres de su época.

Blemmidas nació en Constantinopla a fines del siglo XII. Al ser tomada la ciudad, el adolescente, con sus padres, se refugió en los Estados asiáticos de Teodoro Láscaris, y allí comenzó sus estudios en la escuela elemental. Poco a poco, andando de ciudad en ciudad, Blemmidas incrementó sus conocimientos con diversos profesores de letras, retórica, lógica, filosofía, ciencias naturales, medicina, aritmética, geometría, astronomía y física. Luego retiróse a un convento, donde por primera vez se consagró entera y activamente al estudio de la Santa Escritura y de los Padres de la Iglesia. Bajo Vatatzés, el patriarca Germán, que apreciaba mucho a Blemmidas, llevóle consigo. Pero Blemmidas, amante de la vida privada, abandonó la corte del patriarca a pesar de las instancias de éste y se retiró a un convento del monte Latros, cerca de Mileto, en Caria, convento renombrado por la severidad de su regla. Tras consagrarse allí a la vida espiritual volvió a la vida civil durante las negociaciones entabladas por Vatatzés y el patriarca con el nuncio del Papa. En esa ocasión se mostró defensor riguroso de la ortodoxia. Después de haberse hecho tonsurar, se estableció en un monasterio, donde se ocupó en trabajos científicos, fundó una escuela y convirtióse en

profesor de filosofía. Entre otros discípulos tuvo al futuro historiador y político Jorge Acropolita. Vatatzés envió a Blemmidas a un viaje científico por Tracia, Macedonia, Tesalia, el monte Athos y otros lugares, a fin de comprar manuscritos valiosos de las Escrituras y de otras obras y, en caso de no poder comprarlos, leerlos, resumirlos y tomar notas sobre ellos. Esta misión, que Blemmidas cumplió con éxito, se enriqueció en nuevos conocimientos que deslumbraron a sus contemporáneos. El emperador le confió la educación de su hijo Teodoro Láscaris, quien con el tiempo fue soberano y escritor muy cultivado. Blemmidas fundó un convento al que se retiró y participó desde allí en las controversias religiosas, estando a punto incluso de ser elegido patriarca. Pero lo más de su tiempo absorbíanle sus ocupaciones literarias. Asistió a la restauración del Imperio bizantino y murió pacíficamente en su convento hacia 1272. Los contemporáneos de Blemmidas le dedicaron estimación unánime[566].

Poseemos numerosos escritos de Blemmidas. Ya mencionamos sus dos autobiografías, llenas de informaciones sobre la vida y carácter del autor, así como sobre los sucesos históricos y religiosos y las condiciones políticas y sociales de su época (sobre todo en la segunda biografía). Esas dos obras constituyen una de las fuentes más importantes de la historia de Bizancio en el siglo XIII. También dejó Blemmidas muchos escritos teológicos sobre dogmática, polémica, ascética, exégesis, liturgia, poesía religiosa, sermones y vidas de santos. Su «*adaptación de algunos salmos*», destinada a los oficios del culto, se convirtió con el tiempo en parte de las *Vísperas* de la Iglesia griega, pasando más tarde a las Iglesias eslavas meridionales y al fin a la rusa. También las obras profanas de Blemmidas tienen gran interés. Su tratado político *Estatua real* dedicado

a su discípulo Teodoro II, describe las cualidades y virtudes del soberano ideal, modelo de todo lo bueno y que debe brillar más que el famoso Policleto. Teodoro II debía tender en su vida a imitar ese tipo. Según Blemmidas, el soberano es «*el funcionario supremo puesto por Dios para ocuparse del pueblo que le está sometido, y conducirlo hacia el supremo bien*». El emperador, «fundamento del pueblo», debe pensar ante todo en el bien de sus súbditos, no entregarse a la ira, huir de los aduladores y atender el ejército y la flota. Durante la paz debe preparar la guerra, ya que un ejército fuerte es la mejor salvaguardia de la paz. Debe cuidar de la organización interna del Imperio y ser religioso y equitativo. «Así el emperador —escribe Blemmidas al final del tratado— acoja favorablemente mi palabra y escuche mejores consejos de los hombres más sabios, que debe reunir y guardar cuidadosamente en el fondo de su alma»[567].

El punto de partida de todos los razonamientos del autor sobre el soberano ideal es el principio de que «el emperador debe ante todo dominarse a sí mismo y luego solamente gobernar su pueblo»[568]. No se ha establecido con precisión de qué autores se sirvió Blemmidas para su tratado.

Sobre la importancia de esa obra difiere la opinión de los historiadores. Barvinok, que ha estudiado especialmente la vida y obra de Blemmidas, dice:

> «Este escrito adquiere un valor e importancia particulares, principalmente por el hecho de que corresponde en el más alto grado a las necesidades y exigencias del pueblo griego en aquella época»[569].

En efecto, los griegos, refugiados en Nicea tras la pérdida de Constantinopla, soñaban con expulsar a los extranjeros de las orillas del Bósforo, recobrando su patria con ayuda de un monarca experto, fuerte, enérgico e instruido. Tal es el

monarca ideal descrito por Blemmidas.

En cambio, F. I. Uspensky escribe a propósito de la misma obra: «*Blemmidas no tiene idea alguna de las necesidades de su época. Vive en un mundo ideal, muy lejos de su país, y no comprende el alma de la vida contemporánea ni las exigencias de la época.* El emperador abstracto de Blemmidas ha de ser sabio, estar exento de las pasiones y compromisos humanos. El autor lo coloca en un ambiente extraño en absoluto a la vida y relaciones ordinarias de los hombres y por esta razón sus consejos e indicaciones no pueden responder a lo requerido por la realidad… La desgracia del griego medieval era lo mucho que pesaban sobre él las reminiscencias clásicas. No era un creador y la vida real se ocultaba a sus ojos tras el material libresco. Así se nos aparece Blemmidas en su tratado político»[570].

Desde luego, las tradiciones clásicas y las emociones religiosas influyeron mucho en la obra de Blemmidas. No obstante, en el decurso de su vida asocióse estrechamente a los intereses del Imperio y del emperador, y acaso no fuera siempre «un hombre que vivía en otro mundo, completamente ajeno a los intereses de la tierra pecadora»[571]. Bajo el barniz retórico de su tratado se distinguen ciertos rasgos realistas que nos recuerdan la personalidad de Teodoro II. Es muy probable que mientras Blemmidas componía su «estatua» tuviese ante los ojos la imagen verdadera de Teodoro II, aunque esos rasgos del soberano ideal se obscurezcan bajo la erudición y retórica de Blemmidas[572].

Entre los escritos filosóficos de Blemmidas, inspirados principalmente en Aristóteles, los más conocidos son la *Física resumida* y en especial la *Lógica resumida.* Esta última, a la muerte del autor, se difundió por todo el Imperio,

convirtiéndose en la obra fundamental de enseñanza y el manual filosófico predilecto, no sólo de Oriente, sino también de la Europa occidental. Heisenberg, editor de las autobiografías de Blemmidas, dice: «Esas dos obras valieron a su autor renombre inmortal»[573].

La *Lógica* y la Física de Blemmidas tienen importancia desde dos puntos de vista: el de esclarecer el movimiento de las ideas filosóficas en Bizancio en el siglo XIII, y el de aclarar la compleja cuestión de la influencia bizantina en el desarrollo del pensamiento occidental. Ha llegado a nosotros el epistolario de Blemmidas, cuyas misivas fueron casi todas dirigidas a Teodoro II. Hallamos en ese epistolario muchos informes sobre la civilización de la época.

Añadiendo a las obras mencionadas de Blemmidas dos pequeños escritos geográficos —la *Historia de la tierra* y la *Geografía general— y* algunas poesías profanas[574], habremos completado casi la lista de la rica y diverja obra literaria de Blemmidas.

Si éste no abrió, en puridad, nuevos caminos, no por ello dejó de ser una eminente personalidad de la difícil época del imperio de Nicea, y puede con justo derecho ocupar un lugar de primera línea en la historia de la civilización de Bizancio.

Ya dijimos que sobresalieron dos personalidades esenciales entre los discípulos de Blemmidas: Jorge Acropolita y Teodoro II. Jorge Acropolita, natural de Constantinopla, partió camino de Nicea en su juventud, durante la época de Vatatzés. Fue primero discípulo de Blemmidas y luego profesor de Teodoro. Tras alcanzar los grados más altos de la jerarquía administrativa, sufrió un fracaso en la carrera militar. De vuelta a Constantinopla bajo el primer Paleólogo, se consagró a la diplomacia y, por orden imperial, dirigió las negociaciones del concilio de

Lyon, obteniendo la unión con la Iglesia occidental, unión contra la que él mismo había luchado antes. Acropolita murió hacia 1280.

Su obra principal es la *Historia*, muy importante en cuanto fuente, que expone los hechos comprendidos entre la toma de Constantinopla por los cruzados y la restauración del Imperio bizantino (1203-1261), siendo en cierto modo una historia especial del Imperio de Nicea, y continuando la obra de Nicetas Acominatos. Acropolita, contemporáneo de los sucesos que describe, en los cuales participó por su posición oficial, da de ellos un relato inteligible y verídico, y en un lenguaje bastante claro. Entre los opúsculos de Acropolita, consagrados los más a la teología y la retórica, debe señalarse la conmovedora y bella oración fúnebre pronunciada con ocasión de la muerte de Vatatzés.

El segundo discípulo ilustre de Blemmidas fue Teodoro II Láscaris. Tanto Blemmidas como Acropolita, profesor oficial del futuro emperador[575], infundieron en el alma de su discípulo, ya en vida del padre de éste, una verdadera pasión por la ciencia. La correspondencia de Teodoro, publicada en 1898 por el sabio italiano Festa, da interesantes informes que permiten apreciar bien esa curiosa figura histórica.

Teodoro estudió los escritores griegos eclesiásticos y laicos, adquiriendo conocimientos extensos en diversas ciencias. Pero centró su atención en la filosofía, y en especial en Aristóteles. Nutrido de helenismo y clasicismo, sentía profunda emoción contemplando los monumentos artísticos y las ruinas de Pérgamo[576]. La impresión experimentada en esta ocasión nos aparece magníficamente descrita en una carta suya que, por el fondo y la forma, es digna de la firma de un humanista italiano.

Teodoro, como su padre, estimuló la instrucción y se

ocupó de la cuestión escolar. En una carta sobre los alumnos que conclusa su enseñanza, eran presentados al emperador para examen, Teodoro declara: «Nada es tan agradable al corazón del jardinero como ver su prado en plena flor, y si, por su aspecto bello y floreciente, juzga que las plantas están en flor, puede de eso suponer que, en un determinado tiempo, gozará también de los frutos… Aunque yo haya estado tremendamente ocupado por mis funciones militares, aunque mi ánimo haya sido distraído por insurrecciones, batallas, obstáculos, resistencias, ardides, cambios, amenazas… no obstante no hemos nunca desviado lo principal de nuestro pensamiento de la belleza del prado espiritual»[577].

En torno a Teodoro II se reunía un círculo de hombres ilustrados, literatos y sabios, atraídos por el emperador, a quien interesaban profundamente la ciencia, el arte, la poesía y la música. Teodoro II abrió muchas escuelas. En una de sus cartas discute el problema de la organización escolar, de los programas y de los fines de la enseñanza[578].

Teodoro escribió algunos panegíricos y disertaciones sobre temas filosóficos y religiosos. Dejó más de doscientas cartas dirigidas a diversas personalidades eminentes de la época, sobre todo a sus profesores Blemmidas y Acropolita. También fueron amplios los conocimientos de Teodoro en materia de ciencias naturales y matemáticas. Un estudio atento y detallado de la obra literaria publicada e inédita, de Teodoro Láscaris[579], debe producir resultados muy interesantes en el sentido de juzgar la personalidad del autor, «especie de réplica oriental de su contemporáneo Federico II», como dice Krumbacher[580], y de comprender mejor el movimiento de las ideas en el Oriente cristiano del siglo XIII.

En la segunda mitad del siglo XIII y el primer período de los Imperios latino y de Nicea, escribieron los hermanos Juan y Nicolás Mesaritas, cuya existencia no ha sido descubierta por los historiadores hasta principios del siglo XX, por lo que la célebre *Historia de la literatura bizantina*, de Krumbacher, no menciona sus nombres. La oración fúnebre de Nicolás Mesaritas con ocasión de la muerte de su hermano[581], nos revela que Juan Mesaritas cursó excelentes estudios, sirvió algún tiempo en la administración bajo los dos últimos Comnenos y fue profesor de exégesis de los salmos bajo los Ángeles.

Escribió un comentario de los salmos, cuyo original fue destruido al tomar Constantinopla los cruzados. Juan Mesaritas participó activamente en las discusiones celebradas con los representantes pontificios en Constantinopla durante los primeros años del Imperio latino y sostuvo con firmeza el criterio ortodoxo. Murió en 1207[582]. Su hermano menor, Nicolás, que también tuvo un cargo en la corte, bajo los Angeles, y compartió las opiniones fraternas sobre las pretensiones papales, marchó a Nicea después de morir Juan, alcanzando una elevada posición junto al patriarca y llegando después a obispo de Éfeso. Ya vimos que intervino preponderantemente en las negociaciones sobre la unión de las Iglesias, de cuyas negociaciones dejó un relato detallado. Las obras de Nicolás distan mucho de haber sido publicadas totalmente. Aun hoy se lee con gran interés la descripción dejada por Nicolás Mesaritas de la iglesia de los Santos Apóstoles y sus mosaicos[583].

Esta iglesia, poco inferior en belleza y suntuosidad a Santa Sofía, era lugar de sepultura de los basileos, y sirvió de prototipo al templo de San Marcos, en Venecia, a San Juan

de Éfeso y a la iglesia de la Santa Faz, en Périgueux. Como sabemos, la iglesia de los Santos Apóstoles fue destruida por los turcos al tomar éstos Constantinopla, edificándose en su lugar la mezquita de Mahomet II el Conquistador. La desaparición de un monumento de tanta importancia hace que la descripción de Nicolás, fundada en una observación personal y atenta, tenga un interés notable. En opinión de Heisenberg, primero en descubrir la existencia de Nicolás Mesaritas, las obras de éste pueden proyectar luz hasta cierto punto sobre la historia de los comienzos del Imperio de Nicea y ocupar un sitio preferente en la literatura de la época. «Quien tenga el valor de editar las obras de Mesaritas prestará un gran servicio a la ciencia. La tarea no es fácil, pero sí valiosísima y digna de reconocimiento»[584].

No debe verse en los hermanos Mesaritas a hombres de talento eminente; pero de todos modos pertenecieron a esa clase de gentes cultas que, ya en la sombra de los conventos, ya en la corte de Nicea, crearon obra espiritual en el siglo XIII, preparando el renacimiento espiritual y político que condujo a la restauración del Imperio en 1261.

La crónica bizantina de esta época sólo tiene un representante: Joel, el cual escribió —probablemente en el siglo XIII— una breve crónica universal sin valor alguno histórico ni literario. El relato, empezando por Adán, llega hasta la toma de Constantinopla en 1204.

Todas las obras arriba mencionadas están escritas en la lengua literaria griega, lengua artificial, convencional y seudoclásica, que no tenía relación alguna con la lengua popularmente hablada. No obstante, en la literatura del siglo XIII se hallan ejemplos de escritores que recurren al lenguaje hablado y a las rimas de la poesía popular y nos dan interesantes ejemplares de las nuevas, corrientes literarias.

El «*epitalamio*» de Nicolás Irenikos —escrito en ocasión del matrimonio de Juan Vatatzés con la hija de Federico II— se emparenta, por su sentido, con los epitalamios de Teodoro Pródromo[585]. Está escrito en versos políticos. *El poema de Irenikos* nos da informes nuevos sobre las espléndidas ceremonias de la corte bizantina, poseyendo por eso un valor histórico considerable[586]. Según Krumbacher, recuerda por su tono y contenido los cantos nupciales de la poesía popular de los griegos modernos. Krumbacher pensaba incluso que el autor debió de influenciarse o basar su inspiración directamente en la poesía popular del tiempo, pero es difícil mantener tal apreciación[587].

A la época de las Cruzadas, y sobre todo al período posterior a la cuarta, cuando se fundaron principados latinos feudales en el territorio bizantino, cabe referir varias obras poéticas escritas en lengua corriente y que son a modo de novelas donde, sobre un fondo de fantasía, se ven desarrollarse sentimientos amorosos y hazañas caballerescas.

La época de las Cruzadas modificó el ambiente anímico de Bizancio. Los invasores francos, al llevar a Oriente las instituciones feudales y las costumbres de la caballería occidental, debieron de hacer conocer a sus nuevos súbditos la literatura caballeresca del siglo XII, las «*novelas de aventuras*» provenzales y otros escritos que tuvieron vasta difusión en las cortes latinas de los países griegos. La novela francesa medieval, cuyo carácter cosmopolita se probó con su mucho éxito en Alemania, Italia e Inglaterra, podía también implantarse en Grecia, donde las condiciones exteriores creadas en el siglo XIII parecían extremadamente favorables a la extensión de tal literatura. Por lo tanto la ciencia sea planteado el problema de saber si la novela

bizantina versificada de aquella poca es una mera imitación de los modelos occidentales, o si en esas «*novelas de aventuras*» bizantinas han de verse escritos originales nacidos bajo el influjo le las condiciones de la vida bizantina, análoga en ese caso a la vida de Occidente y sólo parcialmente influidos por el extranjero, esto es, por la literatura occidental.

Bury opina que «acaso la lectura de las novelas occidentales incitó a los griegos a componer obras impregnadas de ideas occidentales, al igual que las odas de Horacio o las églogas de Virgilio y la *Eneida*, fueron influidas por modelos griegos»[588]. La opinión de los sabios sobre este punto se funda en el estudio de las obras literarias —a menudo anónimas y de fecha difícil de establecer con precisión—, de su lengua, de su métrica y de su contenido histórico literario.

Detengámonos, por vía de ejemplo, en la novela anónima, en verso, *Beltandros y Crisanza*, cuya primera redacción data probablemente del siglo XIII. El texto que nos ha llegado lleva la huella de modificaciones anteriores y quizá se remonte al siglo XV[589].

El tema de la novela es éste: un emperador, Rodofilos, tiene dos hijos: Filarmos y Beltandros. Beltandros, el menor, gallardo y valeroso, no pudiendo soportar las vejaciones a que le somete su padre, abandona su país, esperando encontrar en el extranjero una suerte mejor. Cruza las regiones vecinas de Turquía, penetra en la Armenia Menor o Cuida y llega a Tarso. En las cercanías le esta ciudad se detiene junto a un riachuelo en cuyas aguas brilla un astro ardiente, el cual guía a Beltandros hasta un magnífico castillo, lleno de sorprendentes objetos, que en la novela es llamado *Castillo de Amor*, ese lugar, leyendo las

inscripciones grabadas en dos estatuas, se informa el protagonista de que está predestinado a amar a Crisanza, la «hija del rey de la gran Antioquía»[590]. Decidido a conocer todas «las dulces amarguras de aquel castillo de amor»[591], Beltandros, a invitación del castellano, «el Dios del Amor», que llevaba en la cabeza el distintivo imperial y en la mano un cetro grande y una flecha de orón[592], se presenta ante su trono. El dios, tras hacerle contar sus aventuras, le ordena que elija, entre cuarenta jóvenes, la más bella, entregando la escogida una sortija «trenzada de hierro, oro y topacio»[593]. Sigue una curiosa descripción del concurso de belleza, que nos recuerda el juicio de París revoca la célebre usanza bizantina de llamar a examen las mujeres más dignas le ser la esposa del *basileo*. Beltandros entrega el anillo a la que le parece más Sella y de pronto cuanto le rodea, incluso el dios del Amor y las cuarenta muchachas, desaparecen «como un sueño»[594]. Beltandros parte y tras cinco días de marcha llega a los alrededores de Antioquía, cuyo rey le toma a su servicio. Beltandros adquiere gran favor en la corte.

En Crisanza, la hija del rey, reconoce, maravillado, a la doncella a quien entregó la sortija en el Castillo de Amor. Los jóvenes se enamoran y, a pesar de los rigores que rodean en Oriente la vida de la mujer, se entrevistan por las noches. Pero cierta entrevista en los jardines del palacio termina desastrosamente para Beltandros, porque a la mañana los guardias le ven y le aprisionan. Crisanza persuade a su fiel camarista de que diga que Beltandros había acudido al jardín citado con la última. El padre de Crisanza perdona a Beltandros y, con asenso secreto de Crisanza, se celebra el falso casamiento de Beltandros con la sirvienta. Continúan las entrevistas secretas de Beltandros y su amada, y a los diez meses ambos huyen, con la camarista y algunos servidores leales. Al atravesar con precipitación

un río sinuoso, mueren todos los acompañantes de la pareja, mientras los amantes, con gran trabajo, se salvan y llegan al mar, donde se halla un navío griego enviado por el emperador para buscar a su hijo fugitivo, ya que el primogénito ha muerto. Los emisarios del emperador reconocen al hijo de su señor, le recogen, así como a Crisanza, los llevan a la capital y allí son recibidos con gran alegría por Rodofilos, que no esperaba ver más a su hijo. La novela concluye con el solemne matrimonio de los enamorados, y el obispo celebra a la vez la ceremonia nupcial y la coronación de Beltandros.

La opinión general de los sabios sobre la novela bizantina de la época de las Cruzadas puede deducirse del juicio que formulan sobre esta obra anónima. Algunos suponen que una novela francesa de aventuras, perdida y desconocida, ha servido de fundamento a este relato. En el Castillo de Amor —el *Erotocastron* griego— ven el Castillo de Amor de la poesía provenzal, y en los nombres de Rodofilos y Beltandros reconocen los nombres occidentales, grequificados, de Rodolfo y Beltrán[595]. Incluso ha llegado a creerse que toda la novela de Beltandros y Crisanza no es sino una adaptación griega de un cuento francés sobre el caballero franco del siglo XIV Bertrand du Guesclin, contemporáneo de la guerra de Cien Años[596].

Krumbacher, inclinado en principio a atribuir a las fuentes occidentales cuanto se halla en la poesía popular de la Grecia medieval sobre el Castillo de Amor, Eros, etc., entiende, sin embargo, que esta novela ha tenido que ser escrita por un griego, pero en una región impregnada desde hacía mucho de cultura francesa. Mas la cuestión esencial, a saber, el origen francés o greco-oriental del fondo de la obra, persistirá en suspenso mientras no se halle el verdadero

prototipo de esa novela[597]. Bury opina que el romance de Beltandros y Crisanza es griego de extremo a extremo por su construcción, descripciones e ideas, no hallando en su texto nada atribuíble a influjos occidentales. El desarrollo de la literatura corrió parejas en los países francos y en los griegos. Así como las novelas francesas del siglo XII fueron precedidas por muchos poemas épicos, igualmente la novela griega de los siglos XIII y XIV tiene fundamentos épicos. En ambos casos el desarrollo de los argumentos novelescos recibió su inspiración de una influencia helenística directa o indirecta: en Francia por intermedio de la literatura latina, y en especial de Ovidio; en Grecia a través de la tradición griega, viva aún. Los griegos poseían ya, con una técnica propia, todo el fondo y argumentos de sus novelas de aventuras, cuando los caballeros orientales se instalaron en Oriente. De modo que la literatura francesa del siglo XII no podía ejercer sobre Bizancio una influencia tan grande como, por ejemplo, sobre Alemania. La literatura novelesca de Occidente no fue una revelación para un pueblo que tenía en su propia literatura temas, ideales y un elemento fantástico idénticos en cierto sentido a los de Occidente. No cabría negar que la literatura francesa ejerció algún influjo sobre Bizancio en la época de las Cruzadas, dados el acercamiento y mezcla de las dos culturas, en el Oriente cristiano. Pero, en sus rasgos esenciales, las novelas francesas y bizantinas tienen un fondo común helenístico y su desarrollo se produjo de forma paralela e independiente[598]. Según Diehl, el fondo de *Beltandros y Crisanza* es puramente bizantino, ya que a los barones francos llegados como conquistadores, la civilización griega debió de darles más de lo que recibió de ellos[599].

Al siglo XIII puede atribuirse también otra novela de

amor, escrita en versos políticos y titulada *Calimaco y Crisorroe*[600].

Recientemente han sido estudiadas algunas figuras eminentes del siglo XIII que pertenecieron al occidente de la Península Balcánica. Los nombres de esas figuras se vinculan a la existencia e historia del despotado del Epiro, segundo foco de helenismo creado sobre las ruinas del Imperio de Bizancio. Entre esos hombres deben mencionarse Juan Apocaucos, metropolitano de Naupacta (en italiano Lepanto, a la entrada del golfo de Corinto o de Lepanto); Jorge Bardanes, metropolitano de Corcyra (Corfú), y Demetrio Cómatenos, arzobispo de Ochrida, en la Macedonia oriental, región que en la primera mitad del silo XII pertenecía al despotado del Epiro.

Todavía en 1897, Krumbacher no podía mencionar a Juan de Naupacta más que como polemista, enemigo de los latinos y presunto autor de cartas aún inéditas que se hallaban en un manuscrito de Oxford[601]. Sólo a raíz de la publicación de la correspondencia de Juan, hecha por V. G. Vasilievsky con arreglo al manuscrito de Leningrado, y de la edición, más reciente, de parte de los escritos del mismo Juan, según el manuscrito de Oxford —edición debida al sabio monje francés Pétrides— hemos podido estudiar un tanto a tan interesante hombre y escritor[602]. Pero no se han publicado todavía todos los manuscritos relativos a Juan de Naupacta.

Juan Apocaucos, metropolitano de Naupacta (muerto hacia 1230), había recibido una magnífica educación clásica y teológica. Quizá pasara algún tiempo, en su juventud, viviendo en Constantinopla. Al ser designado para la sede de Naupacta intervino con actividad en la vida política, social y religiosa del despotado del Epiro. Según Vasilievsky, «fue

jefe de la parte del clero griego ortodoxo que tenía tendencias nacionalistas, así en el Epiro independiente como en las regiones momentáneamente conquistadas. Quizá fuera el inspirador de las miras políticas de los déspotas del Epiro, a quienes sostuvo en sus conflictos contra la autoridad suprema de los patriarcas, tras la que se encubría la sombra del emperador de Nicea, rival de los déspotas»[603]. Juan, escribe T. E. Chernusov, «no fue un monje sombrío encerrado en su celda, sólo interesado por los asuntos religiosos y alejado del mundo y de los hombres. Por lo contrario, en su espíritu y su carácter, en la expresión de su "yo" interior, se notan rasgos que le aproximan, en cierta medida, a los humanistas italianos posteriores»[604]. Se nota, en efecto, en las obras de Juan Apocaucos, el gusto y la pasión de escribir, motivadores de una larga correspondencia; el amor de la naturaleza, que comprende bien, y su fervor a la literatura antigua, sobre todo en los autores más célebres: Homero, Eurípides, Aristófanes, Tucídides, Aristóteles, los cuales, más la Biblia, le proporcionan abundante documentación que le permite establecer muchos paralelos y analogías. Hasta hoy se han publicado más de 40 de sus escritos; cartas, reglamentos canónicos diversos, epigramas[605]. Entre sus corresponsales cabe citar a Teodoro Comneno, déspota del Epiro, y al célebre metropolitano de Atenas Miguel Acominatos. Como no se han publicado todos los escritos de Juan Apocaucos, al futuro corresponde determinar de manera más completa y precisa el papel de este hombre como estadista y como autor[606].

La segunda personalidad eminente de la época del despotado del Epiro fue Jorge Bardanes, metropolitano de Corcyra, quien durante mucho tiempo ha motivado equívocos entre los especialistas. A fines del siglo XVI, el

cardenal Baronio, célebre autor de los *Anales Eclesiásticos*, apoyándose en las cartas de Jorge a los emperadores Federico y Manuel Ducas Comneno, situaba la existencia de Bardanes en el siglo XII, viendo en el primer emperador a Federico I Barbarroja y en el segundo a Manuel I Comneno[607].

Más recientemente, algunos críticos, notando que ciertos escritos polémicos atribuidos a Jorge no podían, por su contenido, ser del siglo XII, dedujeron que había dos Jorges de Corcyra, uno en el siglo XII y otro en el XIII. Este razonamiento —erróneo, como pronto veremos— fue admitido por Krumbacher en su *Historia de la literatura bizantina* (p. 97, 770), es decir, en 1897. Pero ya en 1885 había resuelto este asunto V. G. Vasilievsky, demostrando de modo indiscutible que sólo había un Jorge, metropolitano de Corcyra, que vivió en el siglo XIII, debiendo en su correspondencia verse, no a Federico Barbarroja, sino a Federico II, y no a Manuel I Comneno, sino a Manuel, déspota de Tesalónica y hermano del emperador de Tesalónica Teodoro Ducas Ángel, hecho prisionero por los búlgaros. Por tanto Jorge Bardanes perteneció al siglo XIII[608].

Jorge Bardanes, nacido probablemente en Atenas, fue discípulo y después amigo y corresponsal de Miguel Acominatos, cuyas cartas nos dan numerosas indicaciones sobre la vida de aquél. Pasó algún tiempo en la corte de Nicea y volvió luego a Occidente, donde le ordenó obispo de Corcyra el metropolitano Juan de Naupacta. Teodoro Ángel, déspota del Epiro, le testimonió mucha benevolencia. Poseemos interesantes cartas de Jorge a Miguel Acominatos. Éste aunque apreciando el estilo elegante y bien ordenado de Jorge, le indicaba, sin embargo, en sus epístolas las imperfecciones idiomáticas que en Bardanes advertía,

corrigiéndoselas[609]. A más de sus cartas, Jorge escribió obras polémicas contra los latinos y algunos poemas yámbicos.

El célebre prelado y canonista griego de la primera mitad del siglo XII, Demetrio Cómatenos, arzobispo de Ochrida, fue ordenado por Juan de Naupacta y coronó emperador de Tesalónica a Teodoro del Epiro. Ha dejado más de 150 escritos entre cartas que tratan diversas cuestiones jurídicas y religiosas; misivas y respuestas canónicas; sentencias jurídicas, actas de concilio, etc. Estos escritos tienen gran importancia para la historia general del Derecho bizantino y la particular del canónico, y dan interesantes informes sobre la historia de la Iglesia, la vida interior y las relaciones internacionales de la primera mitad del siglo XIII en el Epiro, Albania, Servia, Bulgaria y en los Estados latinos.

Los tres escritores que acabarnos de nombrar fueron los representantes más eminentes del movimiento ideológico en la época del despotado del Epiro y del efímero Imperio de Tesalónica[610].

El arte bizantino de ese período se caracteriza por los rasgos siguientes: numerosos artistas parten de Constantinopla y Tesalónica para buscar nuevos temas en el poderoso reino servio o para reunirse a los artistas ya establecidos en Venecia. «Hubo —escribe un historiador— una especie de "*diáspora*" (dispersión) de pintores. Aquellos misioneros del arte bizantino dieron directrices a las escuelas eslavas, cuya plena madurez no empezamos a percibir sino en una época bastante tardía»[611]. De todos modos las tradiciones artísticas no perecieron y el renacimiento artístico de la época de los Paleólogos arrancó, en cierta medida, de las tradiciones y obras de una época precedente, que se conservaron durante el siglo XII.

El movimiento ideológico del período del Imperio de Nicea ocupa importantísimo lugar en la historia de la civilización bizantina. La corte de Nicea fue el centro intelectual que, en medio de las divisiones políticas, las encarnizadas luchas internacionales y los desórdenes internos del Imperio latino, salvó, prosiguió y mantuvo la obra del primer Renacimiento helénico, contemporáneo de los Comnenos, posibilitando el ulterior surgimiento y desarrollo del segundo renacimiento helénico bajo los Paleólogos. Nicea equivale a un puente entre el primero y segundo Renacimientos.

El foco intelectual creado en el siglo XIII en el occidente de la Península Balcánica fue el eslabón que enlazó el Oriente cristiano con la Europa occidental en el desenvolvimiento intelectual del siglo XIII. El «*prólogo del Renacimiento*» que fue el vasto movimiento ideológico sobrevenido en Italia bajo Federico II, no se ha estudiado a fondo todavía, pero sí ha sido advertido por todos. En cambio el progreso intelectual de Nicea en el mismo siglo XIII, y sobre todo el movimiento intelectual del al parecer desolado y abandonado Epiro, no suelen ser tomados en consideración, aunque ya habían empezado a manifestarse algún tiempo antes. Y de hecho esos tres movimientos —niceano, italiano, epirota— se desarrollaron paralelamente, con más o menos intensidad y acaso ejerciendo unos sobre otros una influencia mutua. Hasta un fenómeno tan modesto a primera vista como el impulso espiritual del Epiro en el siglo XIII debe dejar de examinarse en un sentido puramente local, y recibir el lugar que merece en la historia general de la civilización europea en el siglo XIII.

CAPÍTULO IX. LA CAÍDA DE BIZANCIO

La época de los Paleólogos: la historia exterior

Situación general del Imperio en la época de los Paleólogos. Insuficiencia de los estudios referentes a esa época. Caracteres de los diferentes emperadores

«Constantinopla, Acrópolis del Universo, capital del Imperio Romano, que había estado, por la voluntad de Dios, bajo el poder de los latinos, se encontró de nuevo bajo el poder de los romanos, y esto les fue concedido por nuestra mediación». Tales palabras se leen en la autobiografía de Miguel Paleólogo, primer soberano del restaurado Imperio bizantino[612].

La extensión territorial del Imperio de Miguel era muy

inferior a la del Imperio de los Comnenos y Angeles (sobre todo tal como el Imperio fue a partir de la primera Cruzada), sin hablar ya de la época anterior. En 1261 el Imperio comprendía el ángulo noroeste del Asia Menor, buena parte de Tracia y Macedonia, Tesalónica y varias islas del norte del Egeo. El Bósforo y el Helesponto, arterias importantísimas en lo político y lo comercial, se hallaban incluidas en el Imperio restaurado. El despotado del Epiro quedaba bajo la soberanía del Imperio. Al principio de su reinado, Miguel recibió tres fortalezas francas en el Peloponeso, como rescate de Guillermo de Villehardouin, príncipe de Acaya, capturado por los griegos en la batalla de Castoria. Esas fortalezas eran Monemvasia (Malvasía), en el litoral oriental, el castillo de Mistra, y Maina, erigida por los francos en el monte Taigeto para reprimir a las tribus eslavas que moraban en los contornos. Estas fortalezas se convirtieron en bases estratégicas desde las que los emperadores bizantinos lucharon con éxito contra los duques francos.

Pero aquellos restos del antiguo Imperio griego se hallaban amenazados desde todas partes por pueblos poderosos en lo económico o lo político, como eran, al este del Asia Menor, los turcos; los servios y búlgaros al norte, en los Balcanes; los venecianos que ocupaban parte del Archipiélago; los genoveses, dueños de algunos puntos del mar Negro, y los caballeros latinos, señores del Peloponeso y de parte del centro de Grecia. Miguel no logró tampoco reunir todos los centros griegos, ya que Trebisonda seguía llevando una existencia separada y sus emperadores habían logrado dominar las posesiones bizantinas de Crimea, es decir, el tema del Quersoneso o Korsun, con las regiones vecinas, a menudo denominadas «Klimata góticas». El despotado del Epiro sólo dependía de los emperadores hasta

cierto punto. No obstante, bajo Miguel Paleólogo fue cuando alcanzó el Imperio su mayor extensión durante el último período de su existencia. Pero los límites de entonces sólo se conservaron mientras vivió Miguel, por lo que el profesor T. Fiorinski puede decir que dicho emperador fue, a la vez «*el primero y el último soberano potente de la Bizancio restaurada*»[613]. De todos modo el Imperio del primer Paleólogo se presenta a un gran bizantinista contemporáneo como «un cuerpo débil, enflaquecido y mísero, con una cabeza enorme: Constantinopla»[614].

La capital, no repuesta aún del pillaje de 1204, estaba, al pasar a manos de Miguel, en un estado de gran decadencia y ruina. Los más ricos y hermosos edificios habían sido saqueados. El palacio de las Blachernas (Blanquerna), residencia imperial desde tiempos de los Comnenos y cuyas ricas decoraciones y mosaicos pasmaban a los extranjeros, estaba inhabitable y en pleno abandono, hallándose, en el interior, según una fuente griega, «ahumado por el humo y vapor del carbón italiano»[615] empleado por los emperadores latinos en sus fiestas.

Aunque el Imperio de los Paleólogos siguió siendo uno de los centros principales de la civilización del mundo, Constantinopla cesó de ser uno de los centros de la política europea. «Tras la restauración de los Paleólogos, el Imperio tiene casi exclusivamente la importancia de un reino griego medieval, continuación, en el fondo, del de Nicea, aunque otra vez instalado en las Blanquernas y revestido de las formas caducas del antiguo poderío bizantino»[616]. En torno a ese organismo envejecido crecían y se afirmaban pueblos más jóvenes, sobre todo los servios de Esteban Dushan y los turcos osmanlíes. Las repúblicas mercantiles italianas, Génova y Venecia, y en especial la primera, monopolizaban el comercio del Imperio y reducían a éste a una franca

dependencia económica y hacendística. Se planteaba, pues, el problema de saber qué pueblo concluiría con el Imperio cristiano de Oriente, apoderándose de Constantinopla y dominando la Península Balcánica. La historia del siglo XIV desenlazó este problema en favor de los turcos.

Pero si la vida exterior de la Bizancio de los Paleólogos fue de trascendencia secundaria, su vida interior tuvo importancia grande. En la época de los Paleólogos asistimos al renacimiento del patriotismo entre la población griega, que vuelve sus miradas a la Antigüedad helénica clásica. Oficialmente los emperadores seguían titulándose de ordinario «*basileos y de los romanos*», hombres eminentes de la época persuadieron al basileo de que asumiese el nuevo título de «*emperador de los helenos*». Se comprendía que el antiguo Imperio, vasto y heterogéneo, se convertía en Estado modesto por su extensión territorial y griego por su composición. En esta manifestación de patriotismo helénico e inclinación al pasado glorioso de los helenos puede verse, con algún fundamento, uno de los principios que debían producir, en el siglo XX el resurgimiento de la Grecia moderna.

La época de los Paleólogos, a causa de la extraordinaria mezcla, en el seno del Imperio, de los elementos occidentales y orientales, se señaló por un gran florecimiento de la vida artística e intelectual, lo que en principio puede parecer insólito, atendidas las casi incesantes turbulencias interiores y la situación exterior, desesperada a veces. Y, sin embargo, Bizancio tuvo en ese período muchos sabios, hombres cultos y escritores de talento, en ocasiones muy originales en los diversos dominios de las Letras. Monumentos artísticos como los mosaicos de la mezquita de Kahrié. Dyami (iglesia bizantina de Gora), Mistra, en el Peloponeso, y las iglesias

del Athos, permiten apreciar la importancia de la actividad artística bajo los Paleólogos. Se ha comparado con frecuencia el impulso artístico de esta época al Pre-renacimiento artístico de la Europa occidental, es decir, al primer período del Humanismo italiano. Trataremos con más detalles de estos fenómenos relacionados con las esferas de la literatura y el arte, y de las principales cuestiones planteadas al respecto por la ciencia, en el capítulo dedicado a la civilización bizantina de la época de los Paleólogos.

Esta época es una de las menos estudiadas de la historia bizantina. Ello se debe en parte a la extrema complejidad de su historia exterior, y sobre todo interior, y en parte a la abundancia y diversidad de las fuentes, la mayoría de ellas no editadas aún y yacentes entre los tesoros manuscritos de las bibliotecas occidentales y orientales. La ciencia no posee aún ni una sola monografía completa a propósito de cualquiera de los Paleólogos, es decir, un estudio que abarque todos los aspectos del reinado de tal o cual monarca de esa dinastía. Los estudios monográficos aparecidos hasta hoy sobre tal época sólo tienden a esclarecer, de ordinario, algún aspecto de la actividad de determinados emperadores. Sólo hallamos como la excepción la corta, pero completa, monografía dedicada en 1926 por C. Chapman a Miguel Paleólogo[617].

La dinastía de los Paleólogos descendía de una conocida familia griega que había dado a Bizancio, desde tiempos de los Comnenos, varios hombres enérgicos e inteligentes, sobre todo en el sentido militar. Aquella familia, en el transcurso de los años, había emparentado con las familias imperiales de los Comnenos, los Ducas y los Angeles. Por ello los primeros Paleólogos —Miguel VIII siempre, Andrónico II a veces— firmaban los documentos con sus cuatro nombres de familia: por ejemplo, Miguel Ducas Ángel

Comneno Paleólogo. Más adelante los emperadores firmaron «*Paleólogo*» a secas[618].

Los Paleólogos ocuparon el trono bizantino durante 192 años (1361-1453), siendo, pues, la dinastía más duradera de toda la historia bizantina[619]. El primer Paleólogo que ascendió al trono de un Imperio quebrantado y disminuido, es decir, el astuto y cruel Miguel VIII (1261-1282), era diplomático hábil y talentoso y acertó a salvar al Imperio del terrible peligro que le amenazaba por Occidente, en forma del reino de las Dos Sicilias. Miguel transmitió el trono a su hijo Andrónico II el Viejo (1282-1328). De este dice el inglés Miller: «*La naturaleza le había destinado a ser profesor de teología; el azar le llevó al trono bizantino*»[620]. Andrónico II se casó dos veces: primero con Ana, hija del rey húngaro Esteban V, y después con Irene (también conocida como Violante y después emperatriz Irene), hermana del marqués de Monferrato, a la muerte del cual ella heredó el marquesado.

No pudiendo aceptarlo, como emperatriz bizantina que era, lo legó a uno de sus hijos, quien fundó en los dominios de Monferrato una dinastía de Paleólogos que se extinguió en la primera mitad del siglo XVI[621].

En 1294, Andrónico asocióse a su hijo Miguel, habido con su primera esposa. Miguel murió en 1320, esto es, antes que su padre, no obstante lo cual los historiadores le dan a menudo el nombre de Miguel IX. Se entablaron negociaciones tendentes al matrimonio de Miguel con Catalina de Courtenay, hija del emperador titular de Romanía, es decir, del antiguo Imperio latino, mas, aunque el Papa siguió con interés este proyecto[622], Miguel, al cabo, casó con la princesa armenia Xenia-María[623].

Andrónico, hijo de Miguel y nieto de Andrónico II, fue

durante mucho tiempo predilecto de su abuelo. Pero el carácter ligero del joven Andrónico le inclinó en exceso a las aventuras amorosas, una de las cuales concluyó con la muerte de su hermano y llevó a Miguel IX a una muerte prematura. Esto hizo cambiar en absoluto los sentimientos de Andrónico II respecto a su nieto. Siguióse una lucha entre ambos. Se formó contra Andrónico el Viejo un fuerte partido de oposición, donde desempeñó papel primordial Juan Cantacuzeno, tan célebre después. La lucha civil concluyó en ventaja de Andrónico el Joven, quien en 1328 tomó Constantinopla por sorpresa y forzó a su abuelo a abdicar. El emperador depuesto, cuyo largo reinado había constituido una etapa de decadencia para Bizancio, acabó sus días como monje en un convento (1332).

Bajo Andrónico el Joven (1328-1341) los asuntos públicos fueron principalmente dirigidos por Juan Cantacuzeno, antiguo jefe del partido de oposición, y a cuyas manos pasaron el gobierno interior del Estado y los negocios extranjeros. El nuevo emperador seguía entregado al placer, como hasta entonces, y no tenía disposición alguna para las cuestiones de gobierno, a pesar de lo cual participó personalmente en las numerosas guerras sostenidas durante su reinado. De todos modos, Cantacuzeno no se sentía satisfecho con su preponderante situación política y tendía a obtener todo el poder o al menos una regencia que lo equivaliese. Esta idea fija fue el hilo que guió su política durante los 13 años del reinado de Andrónico. La madre de Andrónico y la segunda esposa de éste, Ana de Saboya[624], se mostraron hostiles a la influencia de Cantacuzeno. Mas Cantacuzeno, merced a sus intrigas, mantuvo su preponderancia hasta la muerte de Andrónico.

Al morir Andrónico III en 1341, su hijo mayor, el emperador Juan V (1341-1391), contaba apenas once años.

En torno al emperador entablóse una guerra civil larga y agotadora para el ya decaído Estado. En aquella lucha por el poder, Juan Cantacuzeno desempeñó de nuevo el papel principal. Formóse contra Cantacuzeno un potente partido, que incluía a la viuda del emperador difunto, Ana de Saboya, nombrada regente; a Alejo Apocaucos, hombre ávido y ambicioso, antiguo protegido de Cantacuzeno; al patriarca y a otras personalidades. Esa lucha civil se caracterizó por la parte que en ella desempeñaron, ora en pro de un bando, ora de otro, los pueblos extranjeros, que trataban de alcanzar fines políticos particulares. Esos pueblos fueron los servios, los búlgaros, los turcos selyúcidas y los osmanlíes. A los pocos meses de la muerte de Andrónico III, Cantacuzeno se proclamó emperador en una ciudad de Tracia, con el nombre de Juan VI. Y a corto tiempo se celebraba solemnemente en Constantinopla la coronación de Juan V Paleólogo. Hubo, pues, dos emperadores simultáneos. Cantacuzeno, apoyado por los turcos (incluso llegó a casar su hija con un sultán otomano), logró ventaja. Apocaucos, su rival más temible, fue muerto en Constantinopla. El patriarca de Jerusalén coronó emperador a Cantacuzeno en Adrianópolis, poniéndole en la cabeza una corona de oro. Tras esto, la capital le abrió sus puertas. Ana de Saboya tuvo que ceder, y Juan Cantacuzeno fue reconocido emperador e igual a Juan V Paleólogo. Se celebró una nueva coronación de Cantacuzeno (1347). Su hija Elena casó con el joven Paleólogo. Así se realizaban los ambiciosos proyectos del antiguo ministro.

El mismo año (1347) en que Constantinopla abría sus puertas a Cantacuzeno, llegaba al poder en Roma, si bien por breve espacio, el tribuno Cola di Rienzi, hombre soñador, fascinado por los recuerdos gloriosos de la antigua República romana. Cantacuzeno le envió una embajada con una carta

de salutación[625].

El borrascoso reinado de Cantacuzeno, en cuyo curso Juan Paleólogo fue relegado a segundo plano, resultó importantísimo en el sentido de la política exterior. La política personal de Cantacuzeno se centró en un esfuerzo enérgico y continuo para eliminar a los Paleólogos por completo. Juan VI proclamó emperador asociado a su hijo, le declaró heredero y prohibió que en los templos y ceremonias públicas se nombrara a Juan Paleólogo. Pero la influencia de Cantacuzeno sobre los bizantinos disminuía de vez en vez, y la instalación de los turcos en Europa asestó un golpe mortal a su prestigio. Ayudado por los genoveses, Juan Paleólogo entró en Constantinopla, en 1354. Cantacuzeno, forzado a abdicar, hízose monje con el nombre de Joasaf y 'pasó la última parte de su vida ocupado en redactar sus interesantes *Memorias*, de las que hablaremos después[626]. En uno de los manuscritos griegos de la Biblioteca Nacional de París se conservan dos curiosas miniaturas que representan a Cantacuzeno. En la segunda se le ve revestido con el atuendo imperial al lado de su propia imagen con ropas monásticas. Su hijo abdicó a la vez que él.

Juan V Paleólogo, al convertirse en único emperador, halló una herencia miserable. Florinski[627] dice:

> «Una cuantas islas y una provincia (Tracia) arruinada y despoblada y en un punto de la cual, muy cerca de la capital, había un centro de *rapaces genoveses*, mientras al otro lado se elevaba el potente coloso turco: tal era el Imperio que Juan debía gobernar»[628].

Además, las desventuras de Juan V no habían terminado. Querellóse con su hijo mayor Andrónico, y éste en 1376 depuso a su padre, coronándose con el nombre de

Andrónico IV (1376-1379) y asociando al poder a su hijo Juan. El anciano emperador Juan V y su hijo Manuel, futuro emperador, fueron encerrados en una prisión. Pero en 1379 Juan V logró fugarse y, ayudado por los turcos, recobró el trono. Andrónico y su padre llegaron a un pacto que duró hasta la muerte del primero (1385), tras lo cual Juan V, prescindiendo de los derechos de su nieto Juan, asoció al trono a su hijo Manuel. Hacia finales del reinado de Juan V, su hijo Juan se levantó contra él, apoderándose de Constantinopla en 1390 y reinando unos pocos meses (Juan VII).

Recientes documentos de los archivos venecianos permiten afirmar casi con certeza que la rebelión de 1390 fue organizada por el sultán Bayaceto (Bayazid). El senado veneciano, bien informado, como siempre, de la situación de Constantinopla, consideró posible la exaltación de Bayaceto al trono bizantino. En las instrucciones de los embajadores enviados por Venecia a Constantinopla en 1390 leemos: «Si halláis al hijo de Murad (Bayaceto) en Constantinopla, procurad obtener que levante el embargo de los navíos venecianos»[629]. Merced a la actividad de Manuel, Juan V fue restablecido en el trono. A principios de 1391, Juan V murió tras un largo y turbulento reinado. Manuel II (1391-1425) le sucedió.

Poco antes de ascender al trono el nuevo emperador había casado con una eslava hija de Constantino Dragases, un soberano del norte de Macedonia[630].

Esta mujer dio a Manuel seis hijos, dos de los cuales, Juan VIII y Constantino XI, fueron los últimos emperadores bizantinos. Este último aparece mencionado a menudo con el nombre eslavo de su abuelo materno *Dragosh* (Draoasés). Los dos últimos Paleólogos fueron, pues, medio eslavos. Nos

han llegado dos retratos de Elena, la esposa de Manuel: uno está grabado sobre una miniatura de un valioso manuscrito griego del Museo del Louvre. En esa miniatura se ven a Manuel, a su esposa y a tres de sus hijos coronados por la Virgen María. Dicho manuscrito, una de las joyas del Museo del Louvre, contiene las obras. de San Dionisio el Areopagita y fue enviado a París por Manuel, a guisa de regalo[631]. El otro retrato de Elena se ha conservado en un sello de plomo o molibdobullon[632].

Manuel, hombre noble, culto, de gran talento literario, comprendió desde su juventud la terrible situación del Imperio y las dificultades de la herencia que le había de corresponder. Habiendo recibido de su padre el gobierno de la ciudad de Tesalónica, púsose de acuerdo con los moradores de una ciudad macedonia ocupada por las tropas del sultán Murad, para pasar a cuchillo a la guarnición y librar a la ciudad del yugo turco. El sultán, descubriéndolo, resolvió castigar severamente al gobernador de Tesalónica. Impotente para resistir, Manuel, tras una tentativa infructuosa de hallar asilo junto a su amedrentado padre, se dirigió resueltamente a la residencia de Murad y le manifestó que deploraba lo que había fraguado. «El infiel, pero sabio sultán —dice una fuente— recibió con condescendencia a su visitante, pasó con él algunos días, le dio antes de separarse provisiones para el camino y ricos regalos, y le envió a su padre con una carta en la que pedía que perdonase lo que su hijo había hecho por ignorancia». Según la misma fuente, Murad, en su discurso de despedida, dijo a Manuel: «Gobierna en paz lo que te pertenece y no busques lo ajeno. Si algún día necesitas dinero u otra ayuda, yo celebraré atender tu demanda»[633].

Más tarde, Bayaceto, sucesor de Murad, exigió a Juan V que le enviase, a más del tributo convenido, un

destacamento de auxiliares griegos y a su hijo Manuel. Manuel hubo de someterse a tales exigencias y cooperar con los turcos en las incursiones de éstos en el Asia Menor. En las cartas de Manuel fechadas en esa época se reflejan la humillación que sufría, su absoluta impotencia para liberarse y las muchas privaciones de la campaña. Tras describir la insuficiencia de aprovisionamiento, el frío, la fatiga, las dificultades padecidas en el cruce de montañas «donde ni las bestias salvajes podrían hallar sustento», Manuel hace una trágica observación: «Todo eso lo sufrimos en común con el ejército, pero lo insoportable para nosotros es que combatimos con ellos y por ellos, y eso significa un aumento de sus fuerzas y una disminución de las nuestras»[634].

En otra carta dice, respecto a las ciudades arruinadas que halló en su campaña: «A mis preguntas sobre el nombre de las ciudades, mis interlocutores respondieron: Así como nosotros las hemos destruido, el tiempo ha destruido su nombre». Y acometióme gran tristeza; pero me entristezco en silencio y tengo aún la fuerza de contener mis sentimientos[635]. En tales condiciones de humillación y servilismo respecto a los turcos vivió Manuel antes de llegar al trono.

La nobleza de su carácter mostróse sobre todo al rescatar a Juan, su padre, del poder de los venecianos. Queriendo el emperador volver de Italia —durante un viaje de que hablaremos después— los gobernantes de Venecia le retuvieron en la ciudad con el pretexto de no haber pagado la deuda contraída con ellos. Mientras Andrónico, hijo mayor de Juan y gobernante del Imperio en su ausencia, mostróse sordo a las súplicas paternas, Manuel, reuniendo a toda prisa la suma requerida, dirigióse a Venecia y rescato a su padre de tan vergonzoso cautiverio.

Después de un reinado largo y difícil, Manuel, en los últimos años de su vida, pasó a su hijo Juan la dirección de los asuntos públicos y consagró todo su tiempo al estudio de la Santa Escritura. A poco sufrió un ataque de apoplejía y dos días antes de su muerte hízose tonsurar y tomó el nombre de Matías o Mateo.

Juan VIII, hijo y sucesor de Manuel, reinó de 1425 a 1448. El nuevo emperador se casó tres veces, cada vez con una mujer de nacionalidad distinta. Su primera esposa fue la joven princesa rusa Ana, hija del gran príncipe de Moscovia, Basilio I. Ana, después de tres años de matrimonio, en cuyo tiempo se granjeó el cariño de los moradores de la capital, murió en una epidemia de peste. La segunda esposa de Juan fue la italiana Sofía de Monferrato, mujer de grandes cualidades morales, pero cuya mucha fealdad inspiraba aversión al marido. El historiador bizantino Ducas, tras describir el aspecto de Sofía, cita un proverbio popular de su época: «Por delante se parece a Cuaresma, y por detrás a Pascuas»[636]. No pudiendo soportar su humillante situación en la corte, Sofía, ayudada por los genoveses de Calata huyó a Italia, con gran contento de su esposo, y allí concluyó sus días en un convento. María, tercera esposa de Juan, y princesa da la familia de los Comnenos de Trebisonda, fue «tan estimable por su belleza como por sus virtudes»[637]. La gracia de aquella encantadora mujer ha sido descrita por el mismo historiador bizantino y por un peregrino francés de paso en Constantinopla, camino de los Santos Lugares, y a quien transportó de admiración la belleza de la basilisa cuando la vio salir de Santa Sofía[638]. María ejerció hasta su muerte gran influjo sobre el emperador. Murió antes que Juan. Aun hoy se conserva en una isla del archipiélago de los Príncipes, cerca de Constantinopla, una capillita erigida en honor de la Virgen por orden de la bella princesa de

Trebisonda[639].

Juan VIII no tuvo hijos de ninguna de sus tres esposas. Al morir en el otoño de 1448, planteóse la cuestión sucesoria. La emperatriz viuda (esposa de Manuel II, y que vivía aún), los hermanos del emperador difunto y los magistrados superiores de Constantinopla fijaron su elección en Constantino, hermano de Juan VIII y que con posterioridad se transformó en déspota de Morea. Se hizo saber la elección al sultán, quien la aprobó. Entonces envióse a Morea una diputación para informarle de su exaltación al quebrantado trono de un Imperio antaño tan grande. A principios de 1449, en Mistra (la Esparta medieval), fue coronado posteriormente emperador bizantino, quien a poco llegó, en naves catalanas, a Constantinopla, siendo fervorosamente recibido por el pueblo. Las dos esposas de Constantino, descendientes ambas de familias latinas que se habían establecido en el Oriente cristiano —la primera pertenecía a la familia Tocco, la otra a una célebre dinastía genovesa de la isla de Lesbos, los Gattilusio—, murieron antes de la proclamación de Constantino. Se generaron negociaciones en Venecia, Portugal, Trebisonda e Iberia (Georgia) para elegir tercera esposa al nuevo emperador, pero no dieron resultado esperado. La caída de Constantinopla y la muerte de Constantino detuvieron sus proyectos matrimoniales. Su íntimo amigo Jorge Phrantzes, diplomático e historiador de la época de los Paleólogos, nos ha dejado en su historia un curioso relato de la misión llevada a cabo en Trebisonda e Iberia para hallar esposa para el emperador[640].

Diehl observa que, a pesar de tantos casamientos entre emperadores bizantinos y princesas occidentales, el último emperador, en la hora suprema del Imperio, dirigió sus miradas al Oriente, que comprendía mejor, cuando trató de

buscar esposa[641].

Constantino XI murió en mayo de 1453, al ser tomada Constantinopla por los turcos. Y a la monarquía oriental cristiana substituyó entonces la fuerte potencia militar de los turcos osmanlíes.

De los hermanos sobrevivientes de Constantino, el uno, Demetrio Paleólogo, fue hecho prisionero por Mohamed II, quien casó con su hija. Murió en Adrianópolis, donde se había hecho monje con el nombre de David. Otro, Tomás, murió en Italia, donde soñaba en una Cruzada contra los turcos. El Papa atendió las necesidades materiales de Tomás mientras éste vivió. Su hijo Andrés, convertido al catolicismo, fue entonces el único miembro legítimo de la dinastía de los Paleólogos con derechos al trono bizantino. Según un curioso documento que poseemos, Andrés Paleólogo transmitió sus derechos sobre los imperios de Bizancio y Trebisonda al rey francés Carlos VIII. Al emprender éste, a fines del siglo XV una expedición contra Nápoles, la consideraba sólo como un preludio de la conquista ulterior de Constantinopla y Jerusalén. De modo que a fines del siglo XV se pensaba todavía en Cruzadas. Pero el acta de transmisión de los derechos de Andrés Paleólogo a Carlos VIII debió de quedar en mero proyecto, puesto que el propio Andrés transmitió más tarde sus derechos sobre el trono bizantino a Fernando e Isabel de España[642].

Zoé, hija de Tomás Paleólogo y hermana de Andrés, se casó con el gran príncipe de la lejana Moscovia, Iván (Juan) III, siendo conocida en las fuentes rusas con el nombre de *Sofía Paleóloga* («Sophia Palaeologina»), «La princesa —dice Kluchevski— transmitió sus derechos de heredera de la proscrita casa de Bizancio a Moscú, como a un nuevo Zargrad, y compartió esos derechos con su esposo»[643].

Moscú empezó a ser comparada a la «*Roma de las siete colinas*» y a recibir el calificativo de «*Tercera Roma*». El gran príncipe de Moscú convirtióse en «*Zar de toda la ortodoxia*» y Moscú en «*la nueva ciudad de Constantino*»[644]. El monje Filoteo, escritor ruso de principios del siglo XVI, dice: «Dos Romas han caído; la tercera está en pie; una cuarta no nacerá»[645]. El Papa invitó al sucesor de Iván III a hacer valer sus derechos sobre su «patrimonio de Constantinopla»[646].

De este modo, la caída del Imperio bizantino y el enlace de Juan III con Sofía Paleóloga fueron el origen de la cuestión de los derechos de los soberanos de Moscovia, representantes y protectores de la ortodoxia oriental, al trono de los basileos bizantinos, caído en manos de los turcos osmanlíes.

Política occidental de Miguel VIII. El reino de las dos Sicilias. Relaciones con Génova y Venecia. Las Vísperas Sicilianas y su significación para Bizancio

La clave de toda la política exterior de Miguel VIII es su actitud ante el reino de las Dos Sicilias. Con arreglo a esta actitud se desarrollaron sus relaciones en Génova, Venecia y la Curia pontificia. Su política occidental informó también sus acuerdos con los turcos en Oriente.

Ya vimos que, a fines del siglo XII, Enrique IV de Hohenstaufen, hijo de Federico Barbarroja, había, consecuencia de su matrimonio con la princesa normanda

Constancia, heredera del Estado normando de Sicilia e Italia del sur, logrado adquirir el reino de las Dos Sicilias, continuando la política agresiva de sus predecesores respecto a Bizancio. La unión del reino de las Dos Sicilias con Alemania duró hasta 1250, fecha de la muerte de Federico II Hohenstaufen, a raíz de la cual el trono siciliano fue ocupado por Manfredo, hijo natural de Federico, mientras Conrado IV, hijo legítimo del emperador, ascendía al trono imperial por un breve período. Manfredo no sólo se cuidó de los intereses materiales de su reino, sino también de los espirituales, y bajo él Sicilia gozó de paz. Su corte era la más brillante de la época; los soberanos extranjeros mostraban estima a Manfredo y el último emperador latino, Balduino II, le pidió socorro para recobrar Constantinopla. Ante Bizancio, Manfredo siguió la política de sus predecesores, y ello debió lógicamente de inquietar a Miguel VIII, siempre temeroso de una eventual restauración latina en Constantinopla. Además de los pedidos de ayuda que formulaba Balduino, el podestà de los genoveses de Constantinopla (quienes, como sabemos, gozaban entonces en Bizancio de excepcionales privilegios mercantiles) entró en tratos con Manfredo, proponiéndole un plan para ocupar Constantinopla por sorpresa, restaurando el gobierno latino. Al saberlo, Miguel VIII expulsó de la capital a los genoveses y entabló negociaciones con Venecia, la cual recuperó sus antiguos privilegios comerciales en el Imperio, comprometiéndose a pelear al lado de los griegos si éstos eran atacados por Génova.

Pero Manfredo no pudo realizar ninguno de sus proyectos, porque cayó en su lucha con el Papado. El Papa, viendo debilitada a la muerte de Federico II la fuerza de los Hohenstaufen. enemigos irreconciliables de los Pontífices, decidió darles el golpe final. El ejecutor de los propósitos

pontificios fue Carlos de Anjou, hermano del rey de Francia, San Luis. Al invitar a Carlos a ocupar Sicilia, el Papa no sólo pensaba en la eliminación de los Hohenstaufen, sino también en la ayuda que Carlos prestaría a la restauración del Imperio latino de Oriente. En 1265, el Papa Clemente IV expresaba la esperanza de que, con el apoyo de Carlos, la situación del Imperio se restablecería («*imperii Romaniae status reformabitur*»)[647]. Al aceptar la oferta papal, Carlos de Anjou abrió la era de las «guerras francesas de Italia», tan nefastas para los intereses vitales de Francia, la cual había, durante varios siglos, de dilapidar en Italia sus recursos y energías en vez de concentrar su atención en las regiones del norte y el este, como los Países Bajos y valle del Rin.

Pocas figuras han sido pintadas por los historiadores con colores tan sombríos como la de Carlos de Anjou, y acaso sin mucho fundamento. Obras recientes han destruido la leyenda que le hace un verdadero tirano, «ávido, astuto y ruin, siempre presto a ahogar en sangre la menor resistencia»[648]. Parece que al dirigirse a Carlos los Papas no tuvieron en cuenta su carácter y olvidaron que aquel hombre enérgico, severo a veces hasta la crueldad, no exento de cierta jovialidad de carácter, apasionado de los torneos, amigo de la poesía, el arte y la ciencia, no estaba resuelto a ser un instrumento del Papado, que le había llamado a Italia.

Con las tropas que había llevado a Italia, Carlos aplastó a Manfredo cerca de Benevento (1266). Manfredo cayó. Sicilia y Nápoles pasaron a manos francesas y Carlos de Anjou fue proclamado rey de las Dos Sicilias. Miles de franceses se trasladaron a las nuevas posesiones de Carlos, donde las condiciones de vida eran excelentes[649].

La política de Carlos respecto a Bizancio no tardó en desvelarse. En presencia y de acuerdo con el Papa, concluyó

en Viterbo, no lejos de Roma, un tratado con el emperador latino Balduino II. Por aquel convenio, Balduino cedía a Carlos sus derechos al poder supremo sobre todas las posesiones francas en el antiguo Imperio latino, reservándose tan sólo Constantinopla y algunas islas del Archipiélago. Para ocupar éstas, Carlos prestaría socorro a Balduino. De tal modo renacían íntegramente las pretensiones normandas sobre Bizancio a través de la denominada dinastía francesa del reino de las Dos Sicilias. Miguel, comprendiendo la gravedad e inminencia del peligro, recurrió a una serie de hábiles maniobras diplomáticas. Negociando con el Papa la unión de las Iglesias, Miguel le apartó de Carlos y le inclinó a seguir con Bizancio una política conciliadora. Además Miguel resolvió entenderse de nuevo con los genoveses, a quienes expulsara de la capital cuando supo su propósito de entregarla a los latinos. Los genoveses fueron autorizados a volver a Constantinopla, donde se les reservó un barrio, no en el casco de la ciudad, sino en el arrabal de Calata, al otro lado del Cuerno de Oro. Los genoveses recuperaron todos sus antiguos privilegios mercantiles, ensancharon su influjo y relegaron a segundo término a los venecianos, sus rivales. Un genovés de la familia Zacearía, que recibió del emperador el derecho de beneficiar unos yacimientos de alumbre en las montañas de Asia Menor vecinas a Focia (en italiano Fogía o Foglia), a la entrada del golfo de Esmirna, ganó una fortuna colosal[650]. El resultado de todo esto fue que, bajo los Paleólogos, Génova ocupó en todo el Oriente bizantino el lugar de Venecia.

Entre tanto, Carlos de Anjou, apoderándose de Corfú, iniciaba ya su plan de conquista contra Bizancio. Miguel VIII, para obtener más éxito en su política de conciliación con el Papa, y esperando influir, por poco que fuere, en la

política ofensiva de Carlos, dirigióse a San Luis, hermano de Carlos, rey de Francia y el monarca más piadoso, justo y estimado de la época. Poco antes de la demanda de Miguel, Inglaterra había solicitado de Luis que sirviese de arbitro en las diferencias internas británicas. Las circunstancias daban a Luis IX otra vez un papel análogo. Miguel VIII donó a Luis un Nuevo Testamento iluminado. A la par —fines de la 7.ª década del siglo— llegaban a Francia enviados bizantinos «con miras a la unión de las Iglesias griega y romana». Miguel propuso también al rey de Francia «que reglase, como arbitro, las condiciones de la unión de ambas Iglesias, asegurándole de antemano su entera adhesión»[651].

Al principio San Luis no había aprobado la decisión de su hermano Carlos respecto a conquistar la Italia meridional, pero más tarde aceptó el hecho consumado, probablemente porque se le convenció de la utilidad del Estado franco-siciliano para la futura Cruzada. Igualmente se había mostrado desfavorable a los propósitos agresivos de Carlos contra Bizancio, pensando que, si el grueso de las fuerzas de Carlos se dirigía contra Constantinopla, no podrían participar en la Cruzada que soñaba Luis. La petición de Miguel de que Luis fuese arbitro de la unión de las Iglesias, y la promesa imperial de someterse al juicio del rey francés, hicieron que éste, ferviente católico, se pusiera de parte de Bizancio.

No era fácil que una presión de Luis influyera en el humor belicoso de su hermano Carlos hasta el punto de forzarle a renunciar a sus planes de conquista del Imperio. Pero la segunda Cruzada de Luis a Túnez retardó algún tiempo la ofensiva de Carlos contra Bizancio, ya que aquella Cruzada, afectaba a los intereses de Carlos en Occidente. En esta obra no podemos sino limitarnos a indicar la cuestión de la actitud de Carlos respecto a esta expedición, cuestión

sobre la cual han emitido los sabios diversos criterios[652]. Como quiera que fuese, la muerte repentina de Luis IX en Túnez (1270) deshizo las esperanzas que Miguel fundara en su apoyo. Los enviados bizantinos llegados a Túnez poco antes de la muerte de Luis hubieron de regresar «con las manos vacías de promesas», según una fuente griega[653]. Carlos se fue por mar hacia Túnez y en dos brillantes campañas forzó al emir tunecino a firmar la paz cargando con los gastos de la guerra y comprometiéndose a pagar a Carlos un tributo cada año. Entonces Carlos decidió desarrollar su ofensiva contra Bizancio. Pero, al regresar de Túnez, una terrible tempestad aniquiló gran parte de su escuadra, lo que le privó por algún tiempo de emprender operaciones militares de la envergadura que planeara.

A principios de la octava década, Carlos pudo enviar ya al Peloponeso una hueste considerable de mercenarios, que pelearon con éxito contra las fuerzas imperiales. Carlos ocupó varias plazas fuertes balcánicas, y en especial Dyrrachium, en la orilla oriental del mar Jónico. Las tribus montañesas de Albania se sometieron a Carlos y el déspota del Epiro le juró fidelidad. De este modo empezó el rey de Nápoles a tomar el título de rey de Albania («*regnum Albaniae*»)[654]. En un documento oficial titulábase «*Dei gratia rex Sicilie et Albaniae*»[655] y en una carta escribía que los albaneses «*nos han elegido, a nos y a nuestros herederos, reyes y señores perpetuos de dicho reino*» («nos et heredes nostros elegerunt in reges et dominos perpetuos dicti regni»)[656].

Un historiador italiano del siglo XX observa: «Cuando se estudia más y de modo más profundo la obra de Carlos, se ve aparecer bajo su verdadera luz a ese obscuro precursor de la autonomía política y civil del pueblo albanés, cosa que, en

los mismos principios del siglo XX, parece un sueño y una aspiración vaga e indeterminada»[657]. Pero Carlos no se detuvo en eso, sino que se dirigió a servios y búlgaros, en quienes halló celosos aliados. En su corte aparecieron enviados de los «*imperatoris vulgarorum et regís Servie*»[658]. Muchos eslavos meridionales entraron al servicio de Carlos, estableciéndose en país italiano. Un sabio ruso, especializado en el estudio de los archivos italianos, y que ha sacado de ellos numerosos informes sobre los eslavos (V. Makuchev), declara que, a pesar de lo fragmentario de los datos, «se puede juzgar por ellos del proceso de la fijación de los eslavos en la Italia meridional y del gran número de eslavos que desde todas las partes del mundo eslavo meridional convergieron en el servicio de los Angevinos…».

Las colonias eslavas del sur de Italia progresan de manera constante del siglo XIII al XV; se crean otras nuevas y crecen las antiguas[659]. En un documento de 1323 conservado en Nápoles, se menciona «*el barrio llamado búlgaro*» («vicus qui vocatur Bulgarus»)[660]. Los embajadores servios y búlgaros llegados a Nápoles se proponían entablar negociaciones con Carlos. Esto demuestra el gran peligro que amenazaba a Bizancio: una alianza franco-eslava. Por ende, Venecia, que desempeñaba un importante papel en el reino de Carlos en los sentidos político, económico y comercial, estaba también en relaciones amistosas con él y sostenía de momento su política imperialista en Oriente[661].

Para colmo de males, el último emperador de Nicea, Juan IV Láscaris, depuesto y cegado por Miguel VIII, huyó de su prisión de Bizancio y se refugió en la corte de Carlos de Anjou.

De este modo se reunían alrededor de Carlos todos los

descontentos del emperador bizantino, esto es, los servios, los búlgaros, Juan IV Láscaris y Balduino II, convirtiéndose todos en meros instrumentos de un rey ambicioso y hábil. El matrimonio acordado entre Balduino y la hija de Carlos daba al primero la esperanza de recobrar la corona. Tal era la situación internacional y las relaciones internacionales en Italia y la Península Balcánica, cuyo conjunto debía inspirar a Miguel los más serios temores respecto a Constantinopla y su trono[662].

Pero el hábil Carlos encontró en Miguel un antagonista no menos hábil, que dirigió toda su atención a la Curia romana, a la que había prometido la unión de las Iglesias. El Papa Gregorio X acogió con satisfacción las indicaciones del emperador, no sólo porque podía alarmarle el creciente poderío de Carlos, sino también por su deseo sincero de restablecer la paz y la unidad de la Iglesia y su sueño de libertar a Jerusalén. En tal política conciliadora, Gregorio encontró muchos obstáculos en Carlos, siempre partidario de someter al emperador por la fuerza.

No obstante, el Papa logró que Carlos retardase en un año la campaña ya decidida contra Bizancio, a fin de obtener la unión con la Iglesia oriental. Los emisarios que Miguel enviaba al concilio de Lyon atravesaron con toda seguridad los territorios de Carlos, donde se les procuraron provisiones, salvoconductos, etc.[663].

En 1274 concluyóse en Lyon, entre el Papa y la representación de Miguel VIII, la unión de que hablaremos otra vez en el capítulo consagrado a la historia de la Iglesia. El emperador juzgaba que la unión dábale el derecho de obtener la ayuda pontificia en la reconquista de los territorios balcánicos que en otros tiempos pertenecían al Imperio. Y, en efecto, Miguel atacó a las tropas de Carlos y

de sus aliados, obteniendo una gran victoria, debida en mucha parte a que Carlos tenía que hacer frente a dificultades surgidas entonces con Génova.

Pero, después de algunos choques con el Papa a propósito de la unión de Lyon, Carlos consiguió situar en el solio pontificio a Martín IV, uno de sus mejores amigos. Martín rompió la unión acordada con Miguel y púsose de parte del rey de Sicilia. En 1281 se concluyó una alianza entre Carlos, emperador latino titular, y Venecia, a fin de obtener la recuperación del Imperio de Romanía que se halla en manos de Paleólogo («*ad recuperationem ejusdem Imperii Romaniae quod detinetur per Palaelogum*»)[664]. Formóse una potente coalición contra Bizancio, comprendiendo las fuerzas de las posesiones latinas en los antiguos territorios del Imperio, las de Italia, Francia, la flota veneciana, el Papa, los servios y los búlgaros. Dijérase que Bizancio estaba a las puertas de su ruina y que Carlos de Anjou, «precursor de Napoleón en el siglo XIII»[665], se encontraba a punto de conseguir la dominación universal. Gregoras, historiador griego del siglo XIV, escribe que Carlos «soñaba, en caso de apoderarse de Constantinopla, conquistar entera la monarquía de Julio Cesar y de Augusto»[666]. Sañudo, cronista occidental de la misma época, dice que Carlos «aspiraba a la monarquía universal» («*aspirava a la monarchia del mondo*»)[667]. Aquel fue el momento más crítico del reinado de Miguel.

Bizancio se salvó de una manera imprevista, y su salvación vino del Occidente. En Palermo, el 31 de marzo de 1282, estalló una revuelta contra la dominación francesa. El alzamiento se propagó velozmente por toda la isla y se ha hecho célebre en la historia con el nombre de «*Vísperas Sicilianas*»[668].

Al decir de los historiadores, Miguel VIII no era ajeno a esta rebelión. Al tratar de las «Vísperas Sicilianas», hecho de los más importantes en la historia de los orígenes de la unificación política de Italia, debe tenerse presente la obra del famoso historiador y patriota italiano Michele Amari: *La Guerra del Vespro Siciliano*. Este libro, escrito hacia 1840, ha tenido sucesivamente muchas ediciones y asentado las bases de un estudio científico de la cuestión. Pero en la época de Amari muchas fuentes eran inaccesibles, y el mismo autor, al ir conociendo posteriormente los descubrimientos hechos en ese sentido, aportó a las más recientes ediciones de su libro algunas adiciones y modificaciones. La celebración del sexto centenario de las Vísperas Sicilianas dio nuevo impulso al tema. Con esa ocasión aparecieron numerosos libros. Los archivos angevinos de Nápoles, los del Vaticano y los españoles han suministrado y siguen suministrando abundantes e importantes documentos sobre el asunto en cuestión.

Las Vísperas Sicilianas, aunque pareciesen al principio tener un interés restringido al occidente de Europa, influyeron en la historia de Bizancio, y deben por eso ser examinadas aquí.

Antes de publicarse la obra de Amari solía suponerse que el principal instigador y jefe de la revolución siciliana de 1282 había sido el desterrado siciliano Giovanni da Procida, quien, en su deseo de obtener una venganza personal, entró en negociaciones con el rey español Pedro de Aragón, con Miguel VIII, con los representantes de la nobleza siciliana y con otras personas a quienes ganó a su causa, motivando así la revuelta. En el siglo XIV el gran humanista Petrarca consideraba también a Procida como instigador principal de la sublevación[669]. Amari, fundándose en el estudio de las

fuentes, ha probado que ese relato es, en conjunto, el desarrollo legendario de un hecho histórico que sólo tuvo una importancia secundaria entre los factores de la revolución siciliana.

La población siciliana estaba exasperada por la opresión francesa. La altanería de los franceses con los isleños y los impuestos ruinosos que imponían, aumentado por la costosa expedición de Carlos contra Bizancio, fueron las causas esenciales del alzamiento. El descontento de los sicilianos fue explotado con habilidad por los dos mejores políticos de la época, aparte de Carlos: Pedro de Aragón y Miguel VIII. El rey aragonés, pariente del antiguo rey de Sicilia, Manfredo, tenía pretensiones sobre Sicilia y no quería tolerar el excesivo poderío de Carlos. Miguel VIII, hallándose en la ambición de Pedro, prometió subsidios al rey español si éste abría las hostilidades contra Carlos. En Italia, Pedro tuvo por aliados al partido imperial de los Gibelinos y a una parte de la nobleza siciliana. En estas negociaciones el ya referido Giovanni Procida sirvió de intermediario, y a ello se redujo su papel.

La insurrección fue afortunada. A invitación de los sicilianos, Pedro de Aragón desembarcó en la isla en agosto del mismo año y ciñó, en Palermo, la corona de Sicilia. Carlos volvió a toda prisa de Oriente, donde seguía las hostilidades contra Bizancio, pero todos sus esfuerzos para expulsar de Sicilia a Pedro de Aragón resultaron infructuosos. Vióse, pues, obligado a prescindir de sus grandiosos proyectos contra Bizancio. Carlos sólo conservó la corona real de la Italia del sur. Esto muestra de cuánta importancia fueron las *Vísperas Sicilianas* para el Imperio bizantino, al que, arrebatando Sicilia a Carlos, libraron de un peligro mortal.

A la vez estos sucesos preparaban las bases de una inteligencia amistosa entre los emperadores bizantinos y los reyes de Aragón. Como se dijo antes, Miguel VIII había contribuido con subsidios a la expedición del rey español, ayudándole a resolver la cuestión siciliana. En su autobiografía, Miguel, tras mencionar la expedición militar de Carlos contra su Imperio, observa: «Los sicilianos, desdeñando como ínfimos los restos del ejército de Carlos, osaron alzarse en armas y librarse de la esclavitud, por lo que, si digo que la libertad que les deparó por Dios, se la concedió por nosotros, digo la pura verdad»[670].

Las Vísperas Sicilianas quebrantaron la posición del Papa Martín IV. Por una parte, lo que era insólito, «el pueblo, contrariando las órdenes de Roma, habíase atrevido a darse un rey»[671], y por otra, los sucesos de 1282 conmovían hasta sus cimientos la política bizantina de aquel Papa, que, como vimos, había roto la Unión de Lyon, aceptando sin reservas los planes de Carlos de Anjou en Oriente y esperando la ocupación de Constantinopla por los latinos. Las Vísperas Sicilianas imposibilitaron esa política y debilitaron el Estado italiano de Carlos, base principal hasta entonces de la política agresiva contra Bizancio.

También los sucesos de 1282 tuvieron graves consecuencias para Venecia, que el año antes se había aliado a Carlos contra Bizancio. Al saber la sublevación de Sicilia, el debilitamiento de Carlos y el fracaso de sus proyectos orientales, la república de San Marcos cambió rápidamente de política. Comprendiendo que Carlos no podía ya serle útil, Venecia rompió sus pactos con él, entabló relaciones con Pedro de Aragón y, tres años más tarde, previas aproximaciones a Bizancio, firmó un tratado de amistad con Andrónico el Viejo, sucesor de Miguel VIII. Así, las relaciones internacionales y el descontento de Sicilia

salvaron a Bizancio del tremendo peligro con que la amenazaba Carlos de Anjou.

Política oriental de Miguel VIII

Miguel, continuador de los emperadores de Nicea, una vez recobrada Constantinopla, dirigió sus fuerzas y su atención hacia Occidente, como sus predecesores, ya que de una parte le preocupaba la reconquista de los territorios balcánicos y de otra necesitaba consagrarse a una lucha agotadora y decisiva con Carlos de Anjou. En consecuencia, la frontera oriental quedó un tanto olvidada. Dijérase que Bizancio descuidaba el grave peligro turco. Jorge Phrantzes, historiador bizantino del siglo XV, escribe: «Bajo Miguel VIII, el Imperio romano, como consecuencia de las guerras sostenidas en Europa contra los italianos, se halló expuesto al peligro turco en Asia»[672]. Cierto que ese peligro había comenzado para Bizancio hacía mucho, pero, aun así, la observación del historiador caracteriza bien el rasgo esencial de la política de Miguel VIII. Felizmente para el Imperio, los turcos en el siglo XII atravesaban una situación peligrosa, debida esencialmente a los éxitos militares de los mongoles.

Ya sabemos que hacia los años 1230-1240 había sobrevenido en Oriente la amenaza mongola, la cual arruinó el sultanato de Iconium, limítrofe de Nicea en el Asia Menor. En la época de Miguel VIII —segunda mitad del siglo XIII— los últimos selyúcidas eran meros representantes de los mongoles persas, cuyos dominios se extendían de la India al

Mediterráneo. Era jefe de los mongoles persas el caudillo Hulagú, quien reconocía como soberano al kan de los mongoles de Oriente. En 1258, Hulagú se apoderó de Bagdad, donde murió violentamente el último Abbassida. Luego Hulagú invadió y devastó Siria y Mesopotamia, y proyectó marchar sobre Jerusalén y probablemente sobre Egipto. Pero las noticias de la muerte del Gran Mogol, Mangu, le hicieron desistir de sus planes ofensivos hacia el sur. La dinastía mongola persa, en la última mitad del siglo XIII, era aliada de los cristianos contra los musulmanes. Con frase de un reciente historiador, «Hulagú condujo a los *turcos nestorianos* (*cristianos*) del Asia central a una verdadera cruzada amarilla contra el Islam»[673]. Pero en 1260 el ejército mongol fue aplastado por los mamelucos de Egipto en Ain-Jalut.

Hacia esta época se estableció en Rusia un potente estado mongol: la Horda de Oro, u Horda Kipchak, con capital en Sarai (Volga inferior).

Comprendiendo la importancia del factor mongólico en la vida internacional de la época, Miguel Paleólogo trató repetidamente de utilizarlo en pro de su política exterior[674].

No carece de interés recordar, al respecto, que la dinastía de los mamelucos, establecida en Egipto desde 1250, tenía vínculos etnográficos con la Rusia meridional. La palabra «*mameluco*» significa «*perteneciente a*» o «*esclavo*», y los mamelucos de Egipto habían sido, originalmente, la guardia personal de esclavos turcos creada por los sucesores de Saladino. En 1260, los «*esclavos*» se apoderaron del trono, rigiéndole hasta 1517, fecha en que los turcos otomanos conquistaron Egipto. Desde la 3.ª década del siglo XIII, el principal contingente de la guardia mameluca se componía de miembros de la tribu turca de los kumanes, huidos de

Rusia ante la invasión mongola o bien hechos prisioneros y vendidos como esclavos[675]. Un historiador bizantino escribe que los mamelucos eran «escitas europeos llegados de las orillas de la Maeotis (mar de Azov) y del río Tañáis (Don)»[676].

Así, dado el origen poloviano de muchos mamelucos, éstos se preocuparon de conservar los lazos que les unían a sus compatriotas del sur de Rusia, donde subsistían numerosos kumanes incluso después de la conquista mongola. Además, el kan de la Horda de Oro había abrazado el islamismo y el mameluco Bibars, sultán de Egipto, era musulmán también, mientras Hulagú, como chamanista[677], era pagano y enemigo del Islam. Existía una implacable rivalidad política y religiosa entre Hulagú y Berke, kan de la Horda de Oro.

Los Estados de Hulagú cerraban el camino terrestre entre los mamelucos y los kiptchaks. Las comunicaciones marítimas sólo eran posibles por el Helesponto, el Bósforo y el mar Negro, pero los estrechos estaban en manos del emperador de Bizancio y los mamelucos, para atravesarlos, necesitaban autorización especial de Miguel[678]. Así, el sultán de Egipto, «deseando —dice un historiador bizantino — ser amigo de los romanos y obtener autorización para que los mercaderes egipcios navegasen a través de nuestros estrechos una vez al año», envió embajadores a Miguel Paleólogo[679]. Pero Miguel entonces tenía relaciones amistosas con el kan Hulagú, por lo que los embajadores egipcios no recibieron satisfacción inmediata. Miguel aplazaba su respuesta una vez tras otra.

El kan kipchak, entonces, entabló una acción militar contra Miguel, y el zar búlgaro Constantino Tech (Tich) tomó partido por los mongoles, participando en las

campañas de éstos a las órdenes de Nogai, general de Berke. Los mongoles o tártaros, unidos a los búlgaros, batieron a los bizantinos. Como consecuencia, Miguel hubo de abandonar la amistad de Hulagú, uniéndose a la coalición egipcio-kipchak[680]. Para congraciarse con el poderoso Nogai, Miguel dióle en matrimonio una hija bastarda suya y en la guerra sucesiva contra el zar búlgaro Miguel fue activamente apoyado por su yerno. El zar de Bulgaria hubo de renunciar a las hostilidades[681].

Durante todo su reinado Miguel siguió en cordiales relaciones de amistad con Egipto y la Horda de Oro[682]. En Asia Menor, Miguel no se vio muy particularmente amenazado. Aunque hubiese roto con Hulagú, los mongoles persas, enzarzados en discordias interiores, no emprendieron nada contra Bizancio. Y el sultanato de Rum, vimos, había pasado a ser mera dependencia del Imperio mongol. No obstante, bandas aisladas de merodeadores turcos, despreciando los acuerdos establecidos entre los emperadores y los sultanes, hacían continuas incursiones en territorio bizantino, llegando al interior del país, arruinando campos, ciudades y conventos, y acuchillando o cautivando a los habitantes.

En tiempos del poderío árabe, Bizancio había creado en la frontera oriental del Asia Menor una línea de *fuertes* o puestos fortificados, sobre todo en los desfiladeros («*clisurae*») y organizado, aparte el ejército regular, *los acritas* («akritai»), cuerpo especial de defensa fronteriza, del cual hemos hablado antes. Según los turcos avanzaban hacia el oeste, la frontera y los acritas retrocedieron en igual dirección. En el siglo XIII, los acritas se concentraban principalmente en los montes del Olimpo bitinio, hacia el ángulo noroeste del Asia Menor. En la época nicena, los

colonos de las fronteras, a cambio de concesiones de tierras, de exención de impuestos y gravámenes y, en suma, de una vida holgada, se encargaban exclusivamente del servicio militar, defendiendo la frontera contra los enemigos, lo que, a juzgar por las fuentes, hicieron con valor y energía. Pero al trasladarse la capital de Nicea a Constantinopla, los acritas dejaron de gozar de los beneficios que les habían concedido el gobierno, el cual se sentía sin duda más seguro y menos dependiente que antes de la solidez de su frontera terrestre en Asia. Miguel Paleólogo, por ende, esforzóse en realizar una reforma financiera, y para ello confiscó en provecho del tesoro gran parte de las tierras de que sacaban sus rentas los acritas. Tal medida arruinó definitivamente la prosperidad económica de los *acritas bitinios*, prosperidad sobre la cual se fundaba su celo militar y que era, como dice un historiador, «*nervio de la guerra*»[683]. La frontera oriental del Imperio quedó, pues, casi indefensa. El gobierno reprimió con severidad un alzamiento de los acritas, y si no los destruyó del todo fue por miedo a abrir el camino a los turcos. Influidos por el erudito ruso V. I. Lamanski, algunos historiadores consideran eslavos a los acritas bitinios[684]. Pero más probablemente debían de representar nacionalidades diversas, entre ellas descendientes *de los eslavos* que desde años atrás se habían asentado en Bitinia. En todo caso, el hecho de que la agresividad de Carlos de Anjou absorbiera la política exterior bizantina, produjo desastrosos efectos en las fronteras orientales.

Los resultados de la política oriental de Miguel rindieron su efecto cuando, tras una época de turbulencias y desintegración, los turcos se unieron de nuevo y fortaleciéronse bajo la guía de los osmanlíes, quienes, al fin, le dieron a Bizancio el golpe definitivo, aniquilando el Imperio cristiano de Oriente.

Política de Bizancio bajo Andrónico II y Andrónico III. Las compañías españolas (catalanas) en oriente. Éxitos de los turcos en el Asia Menor

La política exterior del Imperio bajo los dos Andrónicos, el abuelo y el nieto, fue muy diversa a lo que había sido en tiempos de su predecesor Miguel VIII. Éste corrió gran peligro con Carlos de Anjou, mas le alejaron de tal peligro las *Vísperas Sicilianas*, ocurridas el mismo año de la muerte de Miguel. Los turcos, en virtud de sus discordias, no habían podido sacar pleno partido de su ventajosa situación al este del Imperio. La política exterior de los dos Andrónicos es interesante sobre todo por la actitud de entrambos ante dos nuevos y potentes enemigos: Servia en los Balcanes y los turcos osmanlíes en el Asia Menor. Servios y osmanlíes, al luchar contra Bizancio, se habían señalado el propósito concreto de aniquilar el Imperio griego, substituyéndolo por un Estado grecoeslavo o grecoturco. El proyecto de Carlos de formar un Estado grecolatino fracasó, como vimos. En el siglo XIV, el ilustre soberano servio Esteban Dushan pareció a punto de crear un gran Imperio eslavo. Pero un conjunto de circunstancias históricas motivó que fuesen los turcos osmanlíes los que realizaran plenamente su plan: fundar a mediados del siglo XV y un Estado, no ya grecoturco, sino grecoeslavoturco, incluyendo a búlgaros y servios.

El fenómeno capital sobrevenido en Oriente bajo los dos Andrónicos fue el afirmamiento de los turcos osmanlíes. Los mongoles, al avanzar hacia el Asia Menor, empujaron fuera de la provincia persa de Jorasán, en dirección oeste, una horda turca de la tribu de los Oghuz (Ghuzz), la cual, al llegar al territorio selyúcida, recibió permiso del sultán para

permanecer en Asia Menor y hacer pastar allí sus rebaños. Tras el desastre que les infligieron los mongoles, el sultanato selyúcida se dividió en varios Estados independientes, o emiratos, con dinastías particulares, los cuales, empero, molestaron al Imperio bastante. La horda turca de los Oghuz hízose independiente también. A fines del siglo XIII era su jefe Osmán u Otmán, quien fundó la dinastía otomana y dio nombre al pueblo que gobernaba, el cual empezó a llamarse desde entonces otomano u osmanlí. La dinastía fundada por Otmán gobernó Turquía hasta 1923.

A partir del siglo XII, los osmanlíes principiaron a hostigar las reducidas posesiones que mantenía en Asia Menor el Imperio bizantino. No sin trabajo, las fuerzas imperiales retuvieron los tres puntos más importantes del Asia Menor: Brusa, Nicea y Nicomedia. El coemperador Miguel (Miguel IX) dirigió una batalla contra los turcos y sufrió una derrota. La misma Constantinopla parecía amenazada y el emperador, según una fuente, «*estaba como dormido o como si estuviese muerto*»[685].

En tales circunstancias, Andrónico II hubo de recurrir al apoyo extranjero. Presentóse ese socorro en forma de ciertas compañías españolas de mercenarios, a las que se llamaba «*compañías catalanas*», o «*almogávares*». «Almogávar», vocablo tomado a los árabes por los españoles, significa literalmente hombre que hace una expedición armada, y por extensión un soldado con característica de ligereza. Las bandas mercenarias de diferentes nacionalidades, bandas conocidas entonces por «*compañías*» y que peleaban por una compañía a favor de quien las pagase, estuvieron muy extendidas en la Edad Media. En los mismos siglos XIV y XV las compañías inglesas y francesas participaron activamente en la guerra de Cien Años. Las compañías catalanas,

compuestas no sólo de catalanes propiamente dichos, sino también de aragoneses, navarros, mallorquines y hombres de otras regiones de España, habían peleado al lado de Pedro de Aragón durante la guerra subsiguiente a las Vísperas Sicilianas. A principios del siglo XIV, cuando Sicilia hizo la paz con Nápoles, las compañías catalanas quedaron ociosas. Acostumbradas a vivir de la guerra, con sus inherentes violencias y rapiñas, aquellos aliados resultaban en tiempo de paz peligrosos y quienes los habían empleado antes ansiaban desembarazarse de ellos. Además, las compañías, no conformes con una vida pacífica, deseaban ocasiones de ejercer su actividad. Los catalanes eligieron por jefe a Roger de Flor, hombre de ascendencia alemana. Su padre había sido apodado «*Elum*», que en español se traduce por «Flor».

Roger, que hablaba con facilidad el griego, ofreció sus servicios a Andrónico para luchar contra los selyúcidas y osmanlíes, imponiendo condiciones inauditas. Andrónico debía darle en matrimonio a su sobrina, otorgarle el título de gran duque o megaduque (*«megaduke»: general y almirante*) y entregar una fuerte suma de dinero para los soldados de las compañías. Andrónico se vio forzado a ceder a estas exigencias y por tanto las compañías españolas embarcaron camino de Constantinopla para salvar al Imperio oriental.

Este curioso episodio, en el cual los españoles participaron en el cumplimiento de los destinos de Bizancio, se relata con gran lujo de detalles tanto en las crónicas españolas (catalanas) como en las griegas. Pero, mientras el cronista catalán Muntaner[686], que intervino en la expedición, muestra a Roger y a sus compañeros como valerosos y nobles paladines, que honraron al pueblo español y se batieron por la buena causa, los historiadores griegos ven en ellos opresores arrogantes y expoliadores.

Uno de esos historiadores exclama: «¡Oh, si Constantinopla no hubiese visto nunca al latino Roger!»[687] Los historiadores del siglo XIX han prestado mucha atención a la empresa catalana.

Un especialista catalán de esta cuestión compara las hazañas de los expedicionarios españoles a las de los célebres conquistadores de Méjico y el Perú en el siglo XVI, Cortés y Pizarro, declarando que no hay «otro pueblo que pueda glorificarse de un acontecimiento histórico tan trascendental como nuestra gloriosa expedición a Oriente», y apreciando ésta como un monumento eterno de la gloria de la raza española. El mismo sabio califica a *Roger de Flor* de figura épica, de verdadero héroe de romance caballeresco, de alma y nervio de aquella famosa expedición[688].

El historiador alemán Carlos Hopf estima que *la expedición de los catalanes* es, en todo caso, el episodio más atrayente de la historia del Imperio bajo los Paleólogos," en especial a causa de su interés dramático[689]. El inglés Finlay escribe que si los catalanes «hubiesen sido conducidos por un emperador como León III o Basilio II» habrían aplastado a los turcos selyúcidas, destruido el poderío otomano en sus principios y llevado *el águila bicéfala de Bizancio*, de victoria en victoria, hasta el pie del Tauro y las orillas del Danubio[690]. Aparte esto, el mismo historiador observa: «La expedición catalana a Oriente es un admirable ejemplo del éxito que acompaña a veces a una carrera de depredaciones y abusos, contrariamente a todas las reglas del buen sentido humano»[691]. Los archivos españoles proporcionan sin cesar nuevos documentos sobre esta cuestión.

En los primeros años del siglo XIV, Roger de Flor llego a Constantinopla con sus compañías. Los soldados participantes en la expedición ascendían casi a diez mil, pero

además muchos de ellos llevaban consigo a sus mujeres e hijos. El casamiento de Roger con la sobrina del emperador celebróse en Constantinopla con gran pompa. Habiéndose producido algunos choques entre catalanes y genoveses —ya que los últimos adivinaban futuros rivales en los recién llegados—, las compañías fueron transportadas al Asia Menor, donde los turcos asediaban a la sazón la gran ciudad de Filadelfia, al este de Esmirna. A los españoles se unió un destacamento de fuerzas imperiales, y el ejército hispanobizantino, mandado por *Roger de Flor*, liberó Filadelfia. La victoria de los catalanes fue acogida con entusiasmo en la capital. Algunos pensaron que el peligro turco había sido eliminado para siempre. A este primer éxito siguieron muchos combates afortunados de Roger contra los turcos.

Pero ciertos atropellos y exacciones atribuidos a los catalanes por los indígenas, y la intención notoria de Roger de crearse en Asia Menor un principado propio, aunque fuese con algún vínculo de vasallaje respecto al emperador, produjeron dificultades entre los mercenarios, los nativos y el gobierno de Constantinopla. El emperador pidió a Roger que acudiese a Europa, y Roger lo hizo, empezando por ocupar una importante fortaleza junto al estrecho de Gallípoli y después toda la península del mismo nombre. Roger y el emperador entablaron negociaciones que dieron por resultado el que Andrónico cediera a Roger el título de *Cesar*, la dignidad más elevada del Imperio y no obtenida nunca por extranjero alguno. El *nuevo Cesar*, antes de volver con los españoles al Asia Menor, se dirigió con una pequeña fuerza a Adrianópolis, donde se hallaba entonces el coemperador Miguel IX, hijo de Andrónico. Allí, por órdenes de Miguel, Roger y sus compañeros fueron alevosamente asesinados en un festín. Al extenderse la noticia por el

Imperio, los catalanes que se hallaban aislados en Constantinopla y otros muchos lugares, fueron acuchillados a traición.

Entonces los españoles concentrados en Gallípoli, enfurecidos y sedientos de venganza, rompieron la alianza con Bizancio y avanzaron hacia el oeste, devastando a sangre y fuego «*igni et ferro*» las regiones que atravesaban. Tracia y Macedonia sufrieron tremendos asolamientos. Ni aun los conventos del Athos escaparon a la suerte común. Un testigo ocular de los sucesos, discípulo de Daniel, higúmeno del monasterio servio de Quilandaríon, escribe al propósito de los hechos de los catalanes: «Era terrible ver la desolación llevada al Monte Sagrado por los enemigos»[692]. Los catalanes quemaron también el monasterio ruso de San Pantaleimon, en el mismo Athos. Desencadenaron, asimismo, un golpe directo contra Tesalónica que no tuvo éxito. Por vía de represalias, Andrónico mandó embargar las mercancías de las naves catalanas que hubiese en aguas bizantinas y también hizo poner preso a los mercaderes catalanes[693].

Tras detenerse algún tiempo en Tesalia, los catalanes se encaminaron al sur, atravesaron el desfiladero de las Termopilas, célebre en la antigüedad, e invadieron la Grecia media, esto es, el ducado tebano-ateniense fundado a raíz de la cuarta Cruzada y que se hallaba bajo el dominio franco. En la primavera de 1311 se peleó, a orillas del Cefiso, en Beocia, la célebre batalla del lago Copáis, lugar que en el siglo XIV se convirtió en pantano y se encuentra no lejos de la Scripú contemporánea. Los catalanes obtuvieron una victoria decisiva sobre los franceses, pusieron fin a la floreciente existencia del ducado ateno-tebano y establecieron sobre él la dominación española, que duró

ochenta años en Tebas y Atenas. El templo de la Virgen, en el Partenón, pasó a manos de los clérigos catalanes, quienes quedaron asombrados de su magnificencia y riqueza. En la segunda mitad del siglo XIV, el duque español de Atenas designaba a la Acrópolis como «el más precioso tesoro que existe en el mundo y que en vano se esforzarían en imitar todos los soberanos cristianos»[694].

El ducado catalán de Atenas, fundado en el siglo XIV de ese modo casual en el suelo de la antigua Hélade, se organizó sobre el modelo español o siciliano. La mayoría de los historiadores lo juzgan una dominación brutal, violenta y destructora. En Atenas y en Grecia, en general, el régimen español dejó escasas huellas artísticas. En la Acrópolis, donde los catalanes introdujeron algunos cambios, particularmente en la disposición de las fortificaciones, no se encuentran señales de su paso. En cambio, en la memoria y lengua del pueblo griego ha permanecido vivo hasta hoy el recuerdo de la presunta crueldad e injusticia de los conquistadores españoles[695]. Hoy todavía, en algunas regiones de Grecia, por ejemplo en la isla de Eubea, cuando se quiere reprochar a alguien por un acto injusto e ilegítimo, se dice:

> «¡Los mismos catalanes no lo hubiesen hecho!». En Acarnania, la palabra «catalán» es hoy todavía el sinónimo de *salvaje, bandido, criminal*. En Atenas, la palabra «catalán» está considerada como una injuria. En algunas poblaciones del Peloponeso, cuando quiere significarse que una mujer tiene un mal carácter, se dice: «¡Esa debe ser una catalana!».

Pero hoy una abundante cantidad de nuevos documentos descubiertos recientemente, sobre todo en los Archivos de la Corona de Aragón, en Barcelona, demuestran con claridad el

catalana en Grecia carácter erróneo de las opiniones de los historiadores antiguos sobre el tema. Los años de la dominación catalana en la Grecia Media no fueron sólo destructores, sino creadores también. La Acrópolis —en catalán *Castell de Cetines*— fue fortificada, y, por primera vez desde que Justiniano cerrara la escuela de Atenas, se dotó a esta capital con una universidad[696]. Asimismo, los catalanes alzaron fortificaciones en la Grecia central y septentrional[697]. El historiador catalán Rubio y Lluch, el mejor especialista de esta cuestión, escribe: «El descubrimiento de una Grecia catalana es uno de los acontecimientos más inesperados que los investigadores contemporáneos han descubierto en la historia de la Edad Media».[698]

Ignoramos aun la historia general y completa de la dominación catalana en Grecia, pero conviene señalar que las antiguas obras y las opiniones tradicionales sobre este punto deben ser revisadas y modificadas, y ha de escribirse una nueva historia sobre el gobierno catalán en Grecia fundándose en una documentación nueva[699].

La invasión de los navarros en 1379 puso fin a la dominación catalana en Grecia. Las compañías catalanas habían luchado, pues, con gran éxito, a principios del siglo XIV, contra los turcos osmanlíes. Pero al surgir la división entre bizantinos y españoles, la victoria dejó de sonreír a las armas bizantinas. La sangrienta epopeya de la marcha de las compañías catalanas a través de la Península Balcánica, a raíz de la muerte de Roger de Flor, y la lucha civil que sobrevino entre los dos Andrónicos, abuelo y nieto, apartaron, la atención y las fuerzas del Imperio de los hechos de su frontera oriental. Los osmanlíes, aprovechándose de ello, obtuvieron algunos éxitos

importantes en Asia Menor, durante los últimos años de Andrónico el Viejo y el reinado de Andrónico el Joven. El sultán Osmán u Otmán, y tras él su hijo Orján, se adueñaron de las principales ciudades bizantinas de Asia, como Brusa, que pasó a ser la capital de Estado osmanlí, Nicea y Nicomedia. No tardaron los turcos en alcanzar las riberas del mar de Mármara. Varias poblaciones de la costa occidental de Asia Menor hubieron de pagar tributo a los turcos. En 1341, fecha de la muerte de Andrónico III, los turcos osmanlíes eran los verdaderos dueños de Asia Menor y tenían la firme intención de llevar la guerra a Europa. Ya Tracia era objeto de incesantes incursiones. Los emiratos selyúcidas, viéndose amenazados por los osmanlíes, abrieron tratos con el Imperio para oponerse a osmanlíes y latinos.

Política occidental bizantina bajo Andrónico II y Andrónico III. Situación de Bizancio en la península balcánica a fines del siglo XIII. Crecimiento de Servia y principios del reino de Esteban Dushan. Venecia y Génova

A fines del siglo XII, las posesiones de Bizancio en la Península Balcánica comprendían toda Tracia y la Macedonia meridional con Tesalónica. Los países situados más al oeste y al sur —Tesalia, Albania y Epiro—, no reconocían la autoridad imperial sino parcialmente y en grados distintos. En cambio, bajo Miguel Paleólogo, los bizantinos habían conquistado a los latinos la Laconia, al

sudeste del Peloponeso, y luego la provincia central de Arcadia. En el resto del Peloponeso y la Grecia central persistía la dominación latina. En el Archipiélago, Bizancio sólo poseía algunas islas al norte y nordeste del mar Egeo.

Mientras en Oriente crecía el peligro otomano, otro muy grave se perfilaba en Servía, en la primera mitad del siglo XIV. Los servios y croatas —éstos emparentados con los primeros y acaso pertenecientes al mismo pueblo— habían aparecido en los Balcanes en el siglo VII, en tiempos del emperador Heraclio, ocupando el oeste de la Península. Los croatas, moradores de Dalmacia y la región comprendida entre el Drave y el Save, se convirtieron al catolicismo, aproximáronse a Occidente y en el siglo XI se incorporaron al reino magiar, perdiendo así su independencia. En cambio, los servios siguieron fieles a Bizancio y a la Iglesia oriental. Hasta la segunda mitad del siglo XII, los servios, al contrario de los búlgaros, no constituían un bloque unido ni organizado estatalmente. Se agrupaban en regiones distintas (*jupa*, plural *jupi*) al mando de «yupanes». Sólo a principios del siglo XII aparece entre los servios una tendencia unificadora, mientras en Bulgaria se producía el movimiento que condujo a la formación del segundo reino búlgaro. Así como en Bulgaria la familia de los Asen había encabezado el movimiento, en Servia la familia de los Nemanya ejerció un papel semejante.

En la segunda mitad del siglo XII, Esteban Nemanya fundó el Estado servio, siendo así el primer unificador del territorio servio, el «restaurador del patrimonio de los antepasado». Proclamado «*Gran Jupán*» reunió todos los territorios servios bajo la autoridad de su familia. Después, en guerras felices contra Bizancio y Bulgaria, ensanchó notablemente las regiones servias y, cumplida esta tarea

nacional, abdicó, yendo a terminar sus días como monje en un monasterio del Athos. Ya vimos que, durante la tercera Cruzada, Esteban Nemanya había entablado tratos con Barbarroja, a la sazón en viaje por la Península Balcánica, ofreciéndole su ayuda contra Bizancio a condición de que Federico Barbarroja le permitiese retener los territorios conquistados y anexionarse Dalmacia. Las negociaciones no rindieron fruto.

Tras un período de guerra civil entre los hijos de Esteban Nemanya, uno de ellos, llamado Esteban también, se puso al frente del Estado y en el primer cuarto del siglo XIII logró que un legado del Papa le coronase rey. Se le conoce en la historia como el «*Primer* (*rey o kral*) *Coronado de toda Servia*». Bajo su reinado, un representante del Papa nombró un arzobispo de Servia, jefe a la vez de la Iglesia nacional. Pero esta dependencia respecto a Roma terminó pronto y la Iglesia Servia volvió a la doctrina de la Iglesia oriental.

El Imperio latino había encontrado, pues, dos serios rivales en Europa: Servia y Bulgaria. Al caer en 1261 el Imperio latino, las cosas cambiaron. Al Imperio latino substituía el débil Imperio bizantino recién restaurado, a la vez que Bulgaria, quebrantada por sus luchas internas y disminuida en territorio, perdía su fuerza antigua. A partir de 1261 Servia se convirtió en el Estado más importante de los Balcanes. Pero los monarcas servios cometieron un grave error táctico: en vez de unir a Servia las regiones occidentales de los croatas, completando la unificación del pueblo servio, dirigieron sus miradas a Constantinopla.

En la guerra civil entre los dos Andrónicos, el rey servio sostuvo al abuelo. La victoria servia en 1330 sobre los búlgaros aliados de Andrónico III cerca de Volbushdi (hoy Kiustendil), en la Macedonia superior, tuvo considerable

importancia para el porvenir de Servia. En la batalla participó el joven príncipe Esteban Dushan, futuro «*gran soberano*» de los servios, quien desempeñó aun que hay algunas divergencias entre las fuentes un papel decisivo en la acción[700]. El rey de los búlgaros cayó del caballo en que huía y fue muerto. Como consecuencia de la batalla se rompió la alianza grecobúlgara y Bulgaria perdió en definitiva la posibilidad de detener los ulteriores progresos de Servia, la cual tuvo a partir de entonces obvia preponderancia en la región balcánica.

Servia alcanzó su apogeo con Esteban Dushan (1331-1355). Diez años antes de su exaltación al poder, Esteban había sido coronado por el arzobispo y asociado a su padre. Por eso las crónicas le llaman *rex juvenis*, por oposición a su padre, *rex veteranus*. Con frase de Florinski, la coronación simultánea de padre e hijo era un fenómeno nuevo y significativo en la historia servia. Se reconoce en ello claramente la influencia de Bizancio, donde hacía mucho que los emperadores tenían por costumbre contar con asociados que llevaban el título imperial[701].

En los diez primeros años de su reinado, correspondientes a la época de Andrónico III, Esteban Dushan, aprovechando que Andrónico y Juan Cantacuzeno habían de atender al peligro otomano en Oriente, inició sus conquistas apoderándose del norte de Macedonia y de la mayor parte de Albania, donde poco antes pelearan con éxito las armas bizantinas. Al morir el emperador en 1341, Esteban, aunque no hubiese desarrollado del todo sus planes agresivos contra Bizancio, había probado el peligroso enemigo que Servia era para el Imperio en la Península Balcánica.

En la primera mitad del siglo XIV los albaneses

comenzaron a desarrollar una intervención considerable en los asuntos balcánicos. Según hemos señalado, tanto Andrónico como Esteban Dushan tuvieron que pelear contra los albaneses.

Albania, desde la antigüedad, no había formado una unidad política concreta, y su historia había sido siempre parte de la historia de un pueblo extranjero. Se dividía en pequeños principados locales y en tribus montañesas autónomas, con intereses exclusivamente locales. «Albania posee muchos monumentos no estudiados todavía. Su historia no puede escribirse en forma íntegra y definitiva, sino fundándose en las valiosas reliquias que el suelo albanés conserva celosamente desde hace siglos. Sólo cuando sus tesoros arqueológicos hayan sido descubiertos y estudiados, podrá escribirse una historia realmente científica de Albania»[702].

Los ascendientes de los albaneses eran los antiguos ilíricos, que habitaban las costas orientales del Adriático, desde el Epiro, al sur, hasta la Polonia. El geógrafo griego Tolomeo (siglo II de J. C.) menciona una tribu albanesa y la ciudad de Albanópolis. En el siglo XI el nombre de albaneses se extendió a todos los demás descendientes de los ilirios. En griego se designaba a aquel pueblo empleando indistintamente la letra *l* o *r*: Albanoi o arbanoi, albanitai o arbanitai. En latín decíase albanenses o arbanenses, y de la forma latina deriva el nombre eslavo de arbanasi, de arvanitis en griego moderno y de arnaut en turco. Los albaneses se dan también el nombre de arber o arben. Más tarde apareció el calificativo nuevo de *slikipetaros*, cuya etimología acaba de ser explicada definitivamente[703]. La lengua albanesa de hoy está preñada de elementos romanos, desde la lengua clásica latina al dialecto véneto, por lo que

ciertos especialistas llaman al idioma albanés una lengua mixta, románica en su mitad (*halb romanische Mischsprache*) [704].

Desde lejanos tiempos *los albaneses eran cristianos.* En las primeras épocas del Imperio bizantino fue emperador un hombre natural de Dyrrachium (Durazzo) y acaso albanés (Anastasio I). Es también posible que la familia de Justiniano el Grande tuviese un origen albanés.

En la época de las invasiones bárbaras (siglos IV y V) se produjeron importantes modificaciones etnográficas en los territorios ocupados por los albaneses, y esas modificaciones prosiguieron con la gradual ocupación de la península por los eslavos. Después, los albaneses, aun no mencionados en las fuentes por tal nombre, fueron alternativamente súbditos, ora de Bizancio, ora de la Gran Bulgaria de Simeón. El nombre de *albaneses* aparece por primera vez, según hemos visto, en las fuentes bizantinas, a partir del siglo XI, tras las luchas bizantinonormandas en la Península[705]. Bajo el Imperio latino y los primeros Paleólogos, los albaneses pertenecieron, ya al despotado epirota, ya al Imperio búlgaro de Juan Asen II, ya al Imperio niceo bajo Juan Vatatzés, ya a Carlos de Anjou, que se titulaba «*rey, por la gracia de Dios, de Sicilia y de Albania*». Hacia 1330, poco antes de morir Andrónico III, Esteban Dushan conquistó la mayor parte de Albania.

Desde entonces se inicia el empuje albanés hacia el sur, primero camino de Tesalia y luego (segunda mitad del siglo XIV y siglo XV) camino de la Grecia central, el Peloponeso y la mayoría de las islas Egeas. Aun hoy se notan los efectos de esa poderosa corriente de colonización albanesa. Influido por ella, el sabio alemán Fallmerayer emitió en la primera mitad del siglo XIX su famosa teoría de que eslavos y

albaneses habían destruido por completo la nacionalidad griega: «Ni una sola gota de verdadera sangre helena corre por las venas de la población cristiana de la Grecia moderna», declaraba Fallmerayer, añadiendo, en el segundo tomo de su *Historia de la Península de Moren en la Edad Media*, que, a partir del segundo cuarto del siglo XIV, los grecoeslavos moradores de Grecia fueron empujados y aniquilados por los colonos albaneses. De manera que, según él, la insurrección liberadora de Grecia, en el siglo XIX, fue obra de albaneses. Fallmerayer hizo un viaje a Grecia y halló en Ática, Beocia y en la mayor parte del Peloponeso, muchos colonos albaneses, que en ocasiones no comprendían el griego siquiera. Si alguien —dice Fallmerayer— diese a Grecia el nombre de Nueva Albania, la designaría por su verdadero calificativo. Esas provincias de Grecia, agrega, están tan emparentadas con el helenismo como los montañeses de Escocia con las regiones afganas de Kandahar y Cabul[706].

Sin admitir en su integridad la teoría de Fallmerayer, ha de asentarse el hecho de que, aun hoy, varias islas del Archipiélago y casi toda el Ática, siguen siendo albanesas. Según las estadísticas aproximativas establecidas por los eruditos, los albaneses representan, en el mismo Peloponeso, más del 13 por 100 de toda la población (92,500 almas)[707]. En 1845, J. G. Hahn, autor de *Estudios albaneses*, estimaba que «de un total de un millón de habitantes, en Grecia, 173 000 son albaneses». Un historiador contemporáneo nota: «No se ha producido después cambio alguno que modifique esa proporción»[708].

De manera que la época de Andrónico III se señaló por el comienzo de la colonización albanesa en el sur de Grecia, incluido el Peloponeso, y por una importante modificación

etnográfica en la población de la península griega.

Ya mencionamos las relaciones mercantiles de Bizancio con Génova y Venecia. El Gobierno de Miguel VIII había dado a Génova supremacía indiscutible y luego, sea renovando, sea rompiendo, de acuerdo con la situación política, sus relaciones con Venecia, había utilizado el antagonismo existente entre las dos repúblicas. Andrónico II siguió la política de su padre y continuó dando privilegios a Génova para estimular la rivalidad de ésta con Venecia.

A fines del siglo XII se perdieron todas las posesiones cristianas en Siria. En 1291 los musulmanes tomaron la última ciudad importante que mantenían los cristianos en la costa: San Juan de Acre, la antigua Tolemaida. Siria y Palestina pasaron enteras a manos de los musulmanes.

Este fue un golpe tremendo para Venecia, que perdía todo el sureste del Mediterráneo, donde su política y comercio habían ejercido por largo tiempo una influencia preponderante. Además, los genoveses, instalados en el Bósforo, comerciaban activamente con el mar Negro, cuyo tráfico aspiraban a monopolizar. En Crimea había colonias genovesas junto a las venecianas. Ante el grave peligro que amenazaba su supremacía mercantil, Venecia declaró la guerra a Génova. En territorio bizantino o aguas bizantinas se libraron muchos encuentros. La flota veneciana, abriéndose camino por el Helesponto y el mar de Mármara, devastó las orillas del Bósforo e incendió el arrabal de Calata, donde moraban los genoveses. La colonia genovesa se refugió tras los muros de Constantinopla y el emperador apoyó activamente a los refugiados. Los venecianos que habitaban la capital fueron pasados a cuchillo. Los genoveses obtuvieron de Andrónico II permiso para rodear Gálata de un foso y un muro. Pronto aquel barrio se adornó

con numerosas construcciones publicas y particulares. Al frente de la colonia se hallaba un podestà nombrado por Génova que gobernaba según ciertas reglas y tenía la misión de defender los intereses de todos los genoveses que habitaban en el Imperio. Así, según Florinski, «nació junto a la Constantinopla ortodoxa un burgo latino, pequeño, pero bien fortificado, con un podestà genovés, con organización republicana, con iglesias y conventos latinos. Desde entonces Génova adquiere, a más de su papel comercial, una gran importancia política en el Imperio»[709]. Al subir al trono Andrónico III, Gálata venía a ser un Estado dentro del Estado, lo que se notó mucho a fines del reinado de dicho monarca. En tales condiciones no podía existir una paz duradera entre Génova y Venecia.

Además de aquellas preponderantes repúblicas mercantiles, otras ciudades de Occidente desarrollaron en Constantinopla —a fines del siglo XIII y siglo XIV— una actividad comercial, poseyendo colonias allí. Esas ciudades fueron Pisa, Florencia y Ancona. Cabe añadir la ciudad eslava de Dubrovnik (Ragusa), en el Adriático, así como Marsella y otras ciudades del sur de Francia.

Examinado en conjunto los reinados de los dos Andrónicos se llega a muy tristes conclusiones. En Asia Menor los osmanlíes eran dueños de la situación: en la Península Balcánica Esteban Dushan obtenía éxitos importantes, preludio de proyectos vastos para el porvenir, y las compañías catalanas habían devastado terriblemente numerosas comarcas del Imperio durante su marcha triunfal hacia el Oeste. Finalmente, junto a Constantinopla se engrandecía la genovesa Gálata, fuerte en lo económico y casi independiente en lo político.

Juan V (1341-1391). Juan VI Cantacuzeno (1341-1354). Desarrollo de Servia bajo Esteban Dushan

Ya dijimos que, bajo Andrónico III, Esteban Dushan se había adueñado del norte de Macedonia y lo más de Albania. Al llegar al trono un emperador menor de edad en el momento en que Bizancio aparecía desgarrada por luchas intestinas, los proyectos de Esteban Dushan, ensanchándose, miraban ya a la misma Constantinopla. Nicéforo Gregoras atribuye a Cantacuzeno las siguientes palabras: «El Gran Servio[710], tal que un río desbordado y ampliamente extendido fuera de su cauce, ha sumergido con numerosas ondas parte del Imperio romano y amenaza inundar la otra»[711]. Esteban, negociando ya con Juan V, ya con Cantacuzeno, según le convenía, y aprovechando la compleja situación del Imperio, cuyas fuerzas estaban paralizadas por las turbulencias interiores, ocupó sin trabajo toda Macedonia, salvo Tesalónica, y puso sitio y rindió a Seres, plaza fuerte de la Macedonia oriental, en el camino de Tesalónica a Constantinopla. La capitulación de Seres ponía en manos de Dushan una ciudad fortificada puramente griega, casi tan importante como Tesalónica y llave de las comunicaciones entre este punto y la capital. Desde entonces se perfila con claridad el propósito del monarca servio: desarrollar contra el Imperio una acción de gran alcance.

Las fuentes bizantinas contemporáneas de Dushan vinculan a la toma de Seres el hecho de haber asumido el monarca servio el título de zar y la afirmación formal de sus pretensiones al trono de Oriente. Juan Cantacuzeno escribe: «El rey acercóse a Seres y la tomó… Después de esto, habiendo concebido una alta opinión de sí mismo, y viéndose en posesión de la mayor parte del Imperio, se

proclamó emperador de los romanos y los servios[712] y dio a su hijo el título de *kral*»[713]. En carta enviada desde la misma Seres al dux veneciano, Esteban, además de sus otros títulos, se da el de «*Señor de casi todo el Imperio de Romanía*» («*et fere totius imperii Romaniae dominus*»)[714]. En sus edictos griegos firmaba, con tinta roja: «Esteban, fiel kral y autócrata en Jesucristo de Servia y del Imperio romano», o «emperador y autócrata de los servios y los romanos»[715].

Las grandiosas miras de Esteban sobre Constantinopla divergen de las que ya conocemos en los reyes búlgaros Simeón y los Asen. Simeón había tendido a liberar de la dominación bizantina a los territorios eslavos, creando un Estado eslavo único. «Su tentativa de adueñarse de Constantinopla dimanaba de la tendencia a aniquilar la dominación griega y substituirla por la eslava»[716]. «Quería poseer Zargrad y ejercer su poder sobre los griegos, no como emperador romano, sino como emperador búlgaro»[717]. Los Asen tendían a fines análogos. Aspiraban a la libertad y plena independencia del pueblo búlgaro y a fundar un Estado búlgaro incluyendo Constantinopla. Pero Esteban Dushan perseguía otros fines al asumir *el título de basileo y autócrata*. No trataba sólo de liberar a los servios de la influencia del emperador de Oriente. Sin duda se proponía fundar en lugar de Bizancio un nuevo Estado, no servio, sino servo-griego, y quería que «el pueblo servio, el reino servio, todos los territorios eslavos reunidos a aquél, fuesen sólo una parte del Imperio romano cuyo jefe se proclamaba»[718]. Presentándose como heredero del trono de Constantino, Justiniano y otros emperadores bizantinos, Dushan aspiraba a ser emperador de romanos y servios, creando una dinastía servia en el trono de Bizancio. Para ello le importaba la adhesión del clero griego de los países sometidos, comprendiendo que su consagración de emperador no sería

legítima ante el pueblo en caso de faltarle la sanción de la Iglesia El arzobispo servio dependiente del patriarca de Constantinopla no bastaba. Incluso de ser independiente la Iglesia servia, ésta no habría podido otorgarle otro título que el de *zar de Servia.* Para dar un carácter sacrosanto al título de emperador de romanos y servios, se requería una autoridad superior. Dushan, pues, gestionó la consagración de su nuevo título por el alto clero griego y por los monjes del famoso Monte Athos.

Con tal intención, confirmó y extendió los privilegios monásticos y multiplicó las dotaciones de los conventos griegos de la Macedonia ocupada, donde tenía bajo su autoridad muchas propiedades, pertenecientes al Athos. Luego la península calcídica, con los conventos del Athos, pasó también a manos de Dushan y los monjes de los monasterios griegos del Monte Sagrado comprendieron que desde entonces la protección de los conventos y su protección ulterior dependían, no del emperador bizantino, sino de un soberano nuevo.

Las *crisóbulas griegas* de Dushan que nos son conocidas atestiguan no sólo el reconocimiento de los antiguos privilegios y prerrogativas concedidos a favor del Athos, sino favores nuevos. A más de las crisóbulas otorgadas a los conventos por separado, se concedió a todos los del Athos una carta general, en la que leemos: «Nuestra Majestad, habiendo recogido todos los monasterios que se hallan en el santo monte Athos y que se han dado de todo corazón y sometido a Nos, les otorgamos y concedemos a todos, por este edicto general, un gran beneficio, a fin de que los monjes que allí viven cumplan en paz y sin ser estorbados sus sagradas ocupaciones»[719].

El día de Pascua de 1346 fue memorable en la historia

servia. En la capital de Dushan, Scopia (hoy Skophie, Üsküb, en la Macedonia septentrional) se reunieron toda la nobleza del reino servio, todo el alto clero, con el arzobispo de Servia a su cabeza, el clero griego y búlgaro de las regiones conquistadas y el *protos* o jefe del Consejo de los higúmenos que gobernaba el Athos, más los higúmenos y eremitas del monte santo. Aquella solemne y nutrida asamblea tenía por objeto «legitimar y consagrar la revolución política ejecutada por Dushan: la creación de un nuevo Imperio»[720].

Ante todo, la asamblea nombró un patriarca servio independiente en absoluto del de Constantinopla. Dushan lo necesitaba para ser coronado emperador. Como la elección de patriarca había de hacerse sin el concurso de los patriarcas ecuménicos orientales, los obispos griegos y los religiosos del Athos debían substituir al patriarca de Constantinopla. Elegido que fue el patriarca servio, el de Constantinopla, que se había negado a reconocer la legitimidad de los actos de aquella asamblea, excomulgó a la Iglesia servia.

Después de la elección de patriarca, Dushan ciñó con toda solemnidad la corona imperial, hecho probablemente precedido por su proclamación en Seres, A raíz de estos sucesos, Dushan introdujo en su corte una etiqueta suntuosa, copiando las usanzas bizantinas. El nuevo basileo procuró rodearse de nobles griegos, empleó, a lo que parece, la lengua griega al igual que la servia y redactó en griego algunos de sus decretos. «Las clases privilegiadas de Servia, los señores y el clero, que gozaban en el país de considerable poder e influencia y acostumbraban poner trabas a la libertad de acción de los monarcas, hubieron de reconocer la autoridad superior del zar e inclinarse ante él como soberano absoluto»[721].

Según el uso ‘bizantino, Dushan hizo coronar a la vez a su mujer y proclamó a su hijo, niño de diez años, «kral de todos los territorios servios». Después de su coronación Dushan expresó su gratitud a las iglesias y conventos griegos, mediante una serie de cartas patentes y visitó el Athos con su esposa, deteniéndose allí cerca de cuatro meses, orando en todos los conventos, distribuyéndoles larguezas y recibiendo por doquier «*la bendición de los santos padres, virtuosos y semejantes a los mismos ángeles por sus costumbres*»[722].

Una vez coronado, Esteban no soñó sino en tomar Constantinopla, juzgando que sus victorias y su coronación habían eliminado todos los obstáculos. Pero en la última parte de su reinado sus campañas contra Bizancio hubieron de ser menos frecuentes que antes y su atención hubo de volverse tanto a las guerras que mantuvo al oeste y al norte como a la organización interna de su monarquía. «Sólo esto distrajo la atención de Dushan, ya que sus miras y pensamientos seguían convergiendo en la atrayente extremidad sudeste de la Península. El deseo de apoderarse de aquel sudeste, o más bien de la ciudad mundial que se encontraba allí, excitó las ideas del monarca, hízose el principal objetivo de toda su actividad, que caracterizó toda la época de su reinado»[723].

Arrastrado por su creencia en la fácil conquista de Constantinopla, Dushan no advirtió las dificultades que se oponían a su plan. Existía en primer término el poder creciente de los turcos, que también ambicionaban Bizancio y con los que no podía medirse el mal organizado ejército servio. Por ende, la ocupación de Constantinopla exigía una nota que a Esteban le faltaba. Entonces imaginó aliarse con Venecia. Tal proyecto estaba fracasado de antemano, porque Venecia, si bien no aceptaba con gusto la idea de que

Constantinopla se hallara en manos de los Paleólogos, no hubiera consentido tampoco verla en poder del Estado de Dushan. De haber Venecia tomado Constantinopla merced a sus naves, la hubiera conservado para sí. Los esfuerzos de Dushan para aliarse a los turcos fracasaron merced a la política de Cantacuzeno. Y además los intereses de Esteban y de los turcos tenían que chocar necesariamente.

La intervención del *zar servio* en los asuntos interiores de Bizancio no rindió resultados tangibles. En los últimos años del reinado de Esteban una hueste servia que peleaba al lado de Juan V fue aniquilada por los turcos. Dushan acumulaba decepción tras decepción y veía cerrársele el camino de Constantinopla.

Las crónicas de Dubrovnik (Ragusa) hablan de una última gran expedición preparada por Esteban contra Constantinopla y no consumada por haberle sorprendido antes la muerte. Pero esos informes no aparecen confirmados por ningún testimonio contemporáneo ni son aceptadas como valederas por los especialistas de ese período[724].

El gran monarca servio murió en 1355. No había podido crear el Imperio grecoservio que debía substituir al bizantino, consiguiendo sólo establecer un Imperio servio que incluía territorios griegos[725] y que a su muerte se disgregó, según frase de Juan Cantacuzeno, «en mil pedazos»[726].

Tan corta fue la duración de la monarquía de Dushan que no se puede, «hablando con justeza, que solamente se pudo distinguir en ella sino dos momentos: el de su fundación, que duró todo el reinado de Dushan, y el de su disgregación, que empezó a la muerte del fundador»[727].

«Diez años más tarde —escribe el ruso Pogodin— podía

recordarse la grandeza del Estado servicio como un remoto pasado»[728]. Así la tercera y mayor tentativa de los eslavos para fundar en los Balcanes un gran Imperio con Constantinopla por capital, terminó en un fracaso. La Península Balcánica quedaba abierta, casi sin defensa, a los proyectos de conquista de los turcos osmanlíes.

Bizancio y los turcos en el siglo XIV. Conquistas turcas en la península balcánica. Caída de Servia y Bulgaria. Situación de Bizancio a fines del siglo XIV

Al finalizar el reinado de Andrónico el Joven, los turcos se habían adueñado casi en absoluto del Asia Menor. La parte oriental del Mediterráneo, así como el Archipiélago, se hallaban bajo la incesante amenaza de los piratas turcos, ya fuesen selyúcidas u osmanlíes. La situación de los cristianos de la península, de las costas y de las islas era intolerable; el comercio apenas existía. Las invasiones turcas obligaron a Atanasio, monje del Athos, a emigrar a Tesalia, donde fundó los famosos monasterios «*colocados en los aires*», «los mágicos y fantásticos conventos de Meteora, que coronan los escarpados picachos del bravío valle de Kalabaka»[729].

El rey de Chipre y el Gran Maestre de la Orden de los Caballeros Hospitalarios imploraron al Papa que organizase en Occidente una expedición contra los turcos. Pero las pequeñas fuerzas de socorro que respondieron a la llamada del Papa no pudieron hacer cosa considerable. Los turcos

estaban firmemente resueltos a instalarse en tierra europea. Facilitaron este propósito las guerras civiles del Imperio, que, sobre todo en la época de Juan Cantacuzeno, llevaron a los turcos a intervenir muchas veces en las turbulencias interiores de Bizancio.

Es usual asociar la primera instalación de los osmanlíes en Europa al nombre de Juan Cantacuzeno, quien en efecto empleó repetidamente a los turcos para luchar contra los Paleólogos. Sabido es que Cantacuzeno casó su hija con el sultán Orján, Invitados por Cantacuzeno, los turcos, sus aliados, asolaron repetidamente la Tracia. Nicéforo Gregoras observa que Cantacuzeno aborrecía tanto a los romanos como apreciaba a los bárbaros[730].

Es muy probable que la inicial colonización turca de la península de Gallípoli (Quersoneso trácico) fuese conocida y aprobada por Cantacuzeno. El mismo Gregoras dice que, en ocasión de que en la iglesia de palacio iba a celebrarse un oficio cristiano, los turcos osmanlíes admitidos en la capital danzaban y cantaban ante el palacio mismo, «emitiendo sones ininteligibles y cantando himnos a Mahoma, con lo que obligaban a la multitud a escucharlos antes que a los Santos Evangelios»[731]. Para satisfacer las exigencias monetarias de los turcos, Cantacuzeno les entregó el dinero enviado por el Gran Príncipe de Moscovia, Simeón el Soberbio, a efectos de restaurar la iglesia de Santa Sofía, que estaba en vías de ruina.

Los turcos se habían instalado poco a poco en Europa —en Tracia y en la península de Gallípoli— probablemente desde los primeros años del reinado de Cantacuzeno, pero no se les había considerado muy peligrosos porque vivían sometidos a las autoridades bizantinas. Mas, a mediados del siglo XIV, los turcos se apoderaron del castillo de Zympa,

cerca de Gallípoli, en el Quersoneso trácico. Cantacuzeno intento comprar a fuerza de oro la evacuación de Zympa, pero no lo logró.

En 1354, casi todo el litoral de Tracia fue devastado por un terrible cataclismo que destruyó muchas ciudades y fortificaciones. Los turcos instalados en Zympa aprovecharon la ocasión para ocupar varias ciudades del Quersoneso abandonadas por sus moradores, como Gallípoli, lugar que convirtieron en un importantísimo centro estratégico, edificando muros, poderosas fortificaciones y un arsenal y situando allí una guarnición. De este modo se convirtió Gallípoli en base de ulteriores penetraciones en los Balcanes. La noticia de la toma de Gallípoli por los turcos sumió a los bizantinos en desesperación. Según Demetrio Cidonio, eminente representante de la literatura de la época, en toda la ciudad hubo gritos y lloros, y agrega: «¡Qué clase de pláticas predominaban entonces en la ciudad! ¿No estamos perdidos? ¿No estamos entre los muros como en una especie de red tendida por los bárbaros? ¿No es feliz el que ha abandonado la ciudad ante el peligro?». Según el mismo autor, todos se apresuraban «para escapar a la esclavitud», a marchar a Italia, a España y aun más lejos,” «hacia el mar situado allende las Columnas»[732], es decir, probablemente a Inglaterra, por el estrecho de Gibraltar. Un cronista ruso nota, respecto a estos sucesos: «En el año 6854 (1346) los ismaelitas (los turcos), llegaron al lado de acá de la tierra griega. En el año 6865 (1357) tomaron a los griegos Gallípoli»[733].

El representante de Venecia en Constantinopla, comprendiendo la gravedad de la situación, informó a la Señoría del peligro turco, de la posibilidad de que los restos del Imperio pasaran a manos turcas, del descontento existente en Bizancio contra el emperador y sus ministros, y

del deseo del pueblo de someterse a los latinos y en particular a Venecia.

En otra nota, el mismo embajador escribía que los griegos de Constantinopla deseaban el dominio de Venecia para defenderse contra los turcos, y, de no ser ese dominio posible, el «del rey de Hungría o de Servia»[734]. Es difícil precisar en qué medida esta última opinión reflejaba el verdadero sentir de Constantinopla.

Los historiadores suelen considerar a Cantacuzeno como único culpable de la instalación de los turcos en la Península Balcánica, ya que los llamó en su socorro para luchar contra Paleólogo. Existe la idea general de que la sucesiva dominación de los turcos en una parte de Europa fue debida a Cantacuzeno. Pero la causa de ese hecho fatal para Bizancio y Europa no reside, de cierto, sólo en aquel hombre. La razón principal de los hechos ha de buscarse en la situación general de Bizancio y de la Península Balcánica, situación que impedía cerrar el paso al avance turco hacia el oeste. Si Cantacuzeno no los hubiese llamado a Europa, no por ello hubieran dejado los osmanlíes de venir. Florinski, excelente especialista de esta época, escribe: «Los turcos, con sus incesantes incursiones, se habían abierto un camino para la conquista de Tracia. La situación interna del mundo grecoeslavo contribuía al éxito e impunidad de sus invasiones. Y además, ninguno de los estadistas de los diversos pueblos y naciones que ejercían entonces actividad en los límites de dicho mundo, se dio cuenta manifiesta del gran peligro que representaban las fuerzas musulmanas que amenazaban por allí. Por lo contrario, todos trataron de entenderse con ellos, con intenciones estrictamente egoístas. Así, Cantacuzeno no hace excepción». Como Cantacuzeno, los venecianos y genoveses, «defensores privilegiados del cristianismo contra el islamismo», buscaron la alianza turca

a la vez que Cantacuzeno, Y lo mismo hizo Dushan, «gran zar de los servios y griegos». «Cierto que no se puede justificar plenamente a Cantacuzeno. No cabe descargarle por completo de la responsabilidad de los tristes sucesos que condujeron a la instalación de los turcos en Europa, pero no ha de olvidarse que no fue responsable único. Esteban Dushan habría probablemente conducido con él a la Península tropas turcas, como Cantacuzeno, de no anticipársele éste aliándose con Orján»[735].

Aprovechando las turbulencias incesantes de Bizancio, Bulgaria y Servia, los turcos establecidos en Gallípoli continuaron sus avances en los Balcanes.

Murad I, sucesor de Orján, tras ocupar varios puntos fortificados en las cercanías de Constantinopla, se adueñó de puntos tan importantes como Filipópolis y Adrianópolis y, avanzando hacia el oeste, principió a amenazar Tesalónica. La capital turca se instaló en Adrianópolis (Edirne). Constantinopla quedaba gradualmente cercada por los turcos y el emperador seguía pagando tributo al sultán.

Murad, con sus avances, se enfrentaba a Servia y Bulgaria, que en virtud de sus querellas intestinas había perdido su fuerza anterior. Murad atacó a los servios. Lázaro, príncipe servio, le resistió. La batalla decisiva se llevó a cabo en el estío de 1389 en la llanura de Kosovo (*Kosovo Polje*, Campo de los Mirlos, Servia central). La fortuna al principio sonrió a los cristianos. Se cuenta que uno de los máximos héroes servios, Milosh Obilich o Kobilich, fingió pasarse a los turcos y, penetrando en la tienda de Murad, le mató con un puñal envenenado. Pero la confusión surgida entre los turcos fue pronto dominada por el hijo de Murad, Bayaceto, el cual copó a los servios infligiéndoles una derrota aplastante. Lázaro, hecho

prisionero, fue ejecutado. El año de Kosovo fue el año de la ruina servia. Los míseros restos del Imperio servio, aunque siguieron subsistiendo durante setenta años, no merecen siquiera el nombre de Estado. En 1389 Servio quedó sometida a Turquía.

En 1393, después de morir Juan V, Tirnovo, capital de los búlgaros, fue tomada por los turcos y al poco tiempo toda Bulgaria se halló conquistada por el Imperio turco.

Poco antes de morir, Juan V, viejo y enfermo, hubo de sufrir una humillación que apresuró su fin. Para proteger la capital contra los turcos, Juan había hecho restaurar las murallas y construir nuevas fortificaciones. El sultán, sabedor de esa medida, ordenó a Juan destruir todo lo ejecutado, amenazándole, si no, con cegar a Manuel, hijo y sucesor del emperador. Manuel estaba entonces en la corte de Bayaceto. Juan se vio forzado a someterse a la orden. Constantinopla entraba en la fase más crítica de su existencia.

Relaciones de Bizancio y Génova en el siglo XIV. La peste de 1348. Papel de Bizancio en la guerra Veneciano-Genovesa

Sabemos que a finales del reinado de Andrónico III la colonia genovesa de Gálata gozaba de una situación magnífica en lo político y en lo económico, siendo una especie de Estado dentro del Estado. Valiéndose de la ausencia total de flota bizantina, los genoveses inundaron

con sus naves todo el Archipiélago y absorbieron en absoluto el comercio de importación del mar Negro y los estrechos. Según Nicéforo Gregoras, las rentas de las aduanas de Gálata subían anualmente a doscientas mil piezas de oro, mientras Bizancio apenas recibía treinta mil[736]. Comprendiendo el peligro que Gálata hacía correr a Bizancio, Juan Cantacuzeno, aun en medio de las turbulencias interiores del Imperio y de la escasez de numerario, emprendió la construcción de barcos mercantes y de guerra. Los genoveses de Gálata, inquietos, resolvieron oponerse a los proyectos de Cantacuzeno y así ocuparon la colina que dominaba Gálata, erigiendo muros, una torre y pertrechos de tierra. Pero el primer ataque genovés contra la capital misma terminó en un fracaso. Los navíos construidos por Cantacuzeno entraron en el Cuerno de Oro, haciendo que los genoveses, viendo la potencia de aquella flota, se sintiesen inclinados a la paz. En esto, la inexperiencia de los capitanes griegos y una tempestad que entonces se desencadenó, hábilmente explotado todo ello por el almirante genovés, produjeron la destrucción de la flota griega y las naves genovesas desfilaron ante el palacio imperial insultando el estandarte del emperador que ondeaba en las naves echadas a pique. Al fin llegóse a un acuerdo, quedando las alturas inmediatas a Gálata en manos de los genoveses, quienes se tornaban así aun más peligrosos para Constantinopla.

Semejante acrecimiento de la considerable influencia genovesa repercutió en Venecia, que miraba a Génova como su más temible rival en Oriente. Los intereses de las dos repúblicas chocaban particularmente en el mar Negro y el Palus Meotis, o mar de Azov, donde los genoveses se habían instalado en Crimea, ocupando Caffa (hoy Teodosia) y Tañáis, en la desembocadura del Don, cerca de la actual

ciudad de Azov. El Bósforo, acceso del mar Negro, y Gálata, estaban en manos de los genoveses, quienes habían montado en las orillas del estrecho una especie de aduana que imponía fuertes portazgos a los barcos no genoveses, y sobre todo a los venecianos y bizantinos, que se dirigían al mar Negro. Génova tendía a monopolizar el tráfico en el Bósforo. En las islas y litoral del Egeo los intereses de Venecia y Génova pugnaban también entre sí.

En 1348 estalló la peste, que hizo aplazar la guerra entre las dos repúblicas. Aquel terrible azote, llamado también «*muerte negra*», llegó, partiendo de las profundidades de Asia, a Crimea demás costas del mar de Azov, desde donde las galeras apestadas de los genoveses partidos de Tañáis y Caifa transmitieron la epidemia a Constantinopla, ciudad en que, según los testimonios, probablemente algo exagerados, de los cronistas occidentales, la peste causó la muerte a las dos terceras partes, u ocho novenas partes de los moradores[737]. Luego la peste se propagó a las islas del Egeo y litoral del Mediterráneo. Los historiadores bizantinos nos han dejado un minucioso relato de la plaga y de la impotencia de los médicos para combatirla[738]. En su descripción de la epidemia, Juan Cantacuzeno imita el célebre cuadro que de la peste en Atenas da Tucídides en su libro segundo. Según los cronistas occidentales, las galeras genovesas llevaron la peste desde Bizancio a las costas de Italia, Francia y España. «Hay algo de inimaginable —nota Kovalevski— en ese ininterrumpido viaje de galeras apestadas de puerto a puerto del Mediterráneo»[739]. Desde dichos puertos la peste se corrió hacia el norte y oeste, extendiéndose por Italia, Francia, España, Inglaterra, Alemania y Noruega[740]. En aquella época escribió Boccaccio en Italia su célebre «Decamerón», que comienza con «una descripción de la Muerte Negra, descripción clásica por su

pintoresquismo y su mesurada solemnidad»[741].

Boccaccio habla de «tantos hombres valerosos, bellas damas y jóvenes amables… en plena salud, que se desayunaban por la mañana junto a sus padres, compañeros y amigos y por la noche cenaban con sus antepasados en el otro mundo»[742]. Los sabios comparan a menudo la descripción de Boccaccio con la de Tucídides se ponen al humanista por encima del clásico[743].

Desde Alemania la peste pasó, por el Báltico y Polonia, a Pskov, Novgorod y Moscú, donde contó entre sus víctimas al príncipe Simeón el Soberbio (1353), propagándose después a toda Rusia. En ciertas poblaciones, según una crónica rusa, «no quedó alma viviente»[744].

Venecia, entre tanto, se preparaba activamente a la guerra. En cuanto comenzó a olvidar los horrores de la peste, la república concluyó una alianza con el rey de Aragón. Éste, descontento de los genoveses, accedió a dirigir sus fuerzas contra la costa e islas italianas, lo que facilitaba la acción de Venecia en Oriente. Después de algunas vacilaciones, Juan Cantacuzeno se unió a la alianza hispanoveneciana, acusando al «ingrato pueblo de los genoveses» de haber olvidado «*el temor de Dios*», de asolar los mares «como si los genoveses estuviesen atacados de la manía de la rapiña» y «de procurar turbar incesantemente los mares y a los navegantes con sus ataques piráticos»[745].

El combate más importante, en el que participaron unas 150 naves griegas, aragonesas, genovesas y venecianas, se libró hacia 1350 en el Bósforo y no tuvo resultado decisivo. Ambas partes pretendieron haber ganado la batalla. La aproximación de los genoveses a los turcos osmanlíes hizo que Cantacuzeno, abandonando la alianza anterior, se reconciliase con los genoveses, prometiéndoles no auxiliar a

Venecia y autorizándoles a agrandar su colonia de Calata, Génova y Venecia, cansadas de la guerra, firmaron la paz después de algunos últimos encuentros. Esta paz, no resolviendo las diferencias esenciales de las dos repúblicas, desembocó en otro conflicto, llamado guerra de Tenedos. Tenedos, una de las pocas islas del Archipiélago que seguían en manos bizantinas, tenía importancia excepcional —por su situación a la entrada de los Dardanelos— para quienes mantuvieran relaciones mercantiles con Constantino pía y el mar Negro. Al pasar ambas márgenes del estrecho a poder de los osmanlíes, Tenedos era, además, magnífico punto de observación de las actividades de los turcos. Venecia deseaba hacía mucho aquella isla y tras largas negociaciones con el emperador obtuvo la cesión de Tenedos. Los genoveses, no queriendo tolerarlo, provocaron en Constantinopla una revolución que destronó a Juan V y puso en el trono, por tres años, a su hijo Andrónico. La guerra que sobrevino entre ambas repúblicas las agotó y arruinó a todos los Estados que tenían intereses comerciales en Oriente. La lucha concluyó con la paz de Turín (1381).

Poseemos un amplio y detallado informe de la Conferencia de Turín[746], la cual, con el concurso personal del duque de Saboya, ocupóse en estudiar y resolver diversos problemas de la vida internacional, ya muy compleja en aquella época, elaborando las condiciones de paz. De estas sólo nos interesan las que zanjaron el conflicto véneto-genovés y tenían alcance para Bizancio. Venecia se obligaba a evacuar Tenedos, cuyas fortificaciones serían arrasadas, y la isla, al cabo de cierto tiempo, pasaría al duque de Saboya («*in manibus prefati domini Sabaudie comitis*»), emparentado a los Paleólogos a través de Ana de Saboya, mujer de Andrónico III. Así, pues, ni Génova ni Venecia obtuvieron el punto estratégico cuya posesión tanto codiciaban.

Pero Tafur, viajero español que visitó Constantinopla en 1437 nos da una muy interesante descripción de Tenedos. El texto reza, aproximadamente. «Llegamos a la isla de Tenedos ante la cual echamos el ancla y donde desembarcamos. Mientras se reparaba el barco visitamos la isla. Hay allí muchos conejos y la isla está cubierta de vides, mas todas echadas a perder. El puerto de Tenedos, por lo reciente, parece construido hoy, y por ende con buena mano. El muelle es de grandes piedras y columnas, y las naves tienen allí buen ancladero para afirmar el áncora. Hay otros lugares donde pueden anclar los navíos, más ese es el mejor, porque hállase precisamente cara a los estrechos de la Romanía (Dardanelos). Domina el puerto una alta colina, coronada por un castillo bastante recio. Este castillo fue causa de abundosos conflictos entre los genoveses y venecianos hasta que el Papa decidió que fuera desmantelado y no perteneciera a nadie. Empero, ello fue sin duda alguna poco prudente, porque el puerto es uno de los mejores del mundo. Ninguna nave puede entrar en los Dardanelos sin anclar primero aquí, para encontrar el paso, que es muy angosto, y los turcos, sabiendo cuan numerosos son los barcos que tocan la isla, se arman, montan emboscada y matan muchos cristianos»[747].

La conferencia de Turín debía arreglar la cuestión candente del monopolio mercantil genovés en los mares Negro y de Azov. Según las condiciones de paz, Génova renunciaba a cerrar a los venecianos el mar Negro y el acceso de Tañáis. Las naciones mercantiles reanudaban así sus relaciones con dicha última ciudad, que, por su situación en la boca del Don, era uno de los más importantes centros de comercio con los pueblos orientales. Juan V, respuesto en el trono, tuvo otra vez con Génova tratos pacíficos. Bizancio, empero, seguía fluctuando entre las dos repúblicas, cuyos

intereses comerciales en Oriente continuaban en pugna a pesar de la paz. De todos modos la paz de Turín, finalizando la querella veneciano-genovesa, tuvo la importancia de permitir a las naciones que se relacionaban con Bizancio la reanudación de un tráfico interrumpido hacía mucho. Mas la suerte ulterior de ese tráfico dependía de los osmanlíes, a quienes, como ya se notaba con claridad en el siglo XIV, pertenecía la suerte del Oriente cristiano.

Manuel II (1391-1425). Constantinopla y los turcos. Cruzada de Segismundo de Hungría y batalla de Nicópolis

En uno de sus trabajos, Manuel II escribe: «Apenas salido de la infancia y antes de alcanzar la edad viril, fui arrojado en una vida llena de males y turbulencias, pero que permitía prever que el porvenir nos haría considerar el pasado como una época de serena tranquilidad»[748], Manuel no fue engañado por sus presentimientos.

Ya vimos en qué humillante estado se hallaba Bizancio, o, mejor dicho, Constantinopla, en los últimos años del reinado de Juan V. Al morir éste, Manuel residía en la corte de Bayaceto. Informado de la muerte de su padre, Manuel consiguió huir de la corte del sultán y llegar a Constantinopla, donde fue coronado emperador. Según una fuente bizantina, Bayaceto, temeroso de la popularidad de Manuel, lamentó no haberle dado muerte mientras le tenía en su corte. Según el mismo historiador (Ducas) un emisario

de Bayaceto transmitió a Manuel las siguientes palabras del sultán: «Si quieres ejecutar mis órdenes cierra las puertas de la ciudad y reina en su interior, porque todo lo que hay fuera de la ciudad, me pertenece»[749]. Y, en efecto, a partir de aquel instante Constantinopla se halló como en estado de sitio. La única ventaja para la capital consistía en el mal estado de la flota turca. En virtud de esto, los turcos, aunque señores de ambas orillas del estrecho, no podían impedir del todo a Bizancio que comunicase con el mundo exterior. Fue particularmente crítico para el Oriente cristiano el momento en que Bayaceto, merced a un ardid, reunió en cierto lugar a los miembros de la familia de los Paleólogos, con Manuel y los príncipes eslavos a su cabeza. Parece que el osmanlí tuvo entonces la idea de terminar con ellos de un solo golpe, a fin de que —según las propias palabras del sultán, citadas por Manuel—, «después de arrancar las espinas del suelo (esto es, los cristianos), sus hijos pudiesen danzar sobre la tierra de los cristianos sin temor a ensangrentarse los pies»[750]. No obstante, perdonóse la vida de los miembros de las familias reinantes y la ira del sultán sólo se descargó sobre muchos personajes nobles de sus séquitos.

En 1392 Bayaceto organizó una expedición marítima contra Sinope, en el mar Negro. Al frente de la flota turca, Bayaceto colocó a Manuel. Venecia, entonces, pensó que el ataque no iba contra Sinope, sino contra las posesiones venecianas, y que era una maniobra griega disfrazada, con el socorro de tropas turcas. Al propósito, Silberschmidt observa que el problema oriental hubiera podido solucionarse en el siglo XIV mediante la formación de un Imperio greco-turco[751]. Pero este interesante episodio, que conocemos por los archivos de Venecia, no tuvo consecuencias importantes. A poco Bayaceto y Bizancio se apartaron el uno de la otra, y Manuel volvióse hacia Occidente, momentáneamente dejado

en paz por el sultán.

Manuel reanudó las relaciones con Venecia. Entonces Bayaceto trató de aislar a Constantinopla de los países que la avituallaban. Cundió la escasez en Constantinopla. Según un historiador bizantino, la gente demolía sus propias casas para encontrar maderas que permitiesen cocer el pan[752]. A pedido de los embajadores bizantinos, Venecia envió grano a Constantinopla[753].

Los progresos turcos en los Balcanes indicaban el peligro inminente que amenazaba a Europa. La conquista de Bulgaria y la sumisión casi total de Servia situaban a los turcos en las fronteras magiares. Segismundo de Hungría, comprendiendo la imposibilidad de resistir solo a los turcos, pidió ayuda a los soberanos occidentales. Francia respondió con más entusiasmo que otros países, y el rey francés envió a Segismundo una pequeña hueste, mandada por el duque de Borgoña. Polonia, Inglaterra, Alemania y otros Estados enviaron también tropas en corto número. Venecia se unió a los aliados. Poco antes de partir la cruzada de Segismundo, Manuel formó, a lo que parece, una liga incluyendo a los genoveses del Egeo, esto es, de Lesbos y Quío, y a los caballeros de Rodas, llamados «los puestos de vanguardia del cristianismo en el mar Egeo»[754]. Segismundo había acudido también a Manuel para la Cruzada, pero Manuel no pudo prestar ayuda eficaz, aun cuando acaso se comprometiese a participar en los gastos de la expedición.

La Cruzada sufrió un fracaso completo. En 1396 los cruzados fueron deshechos por los turcos en la batalla de Nicópolis (margen derecha del Danubio inferior) y hubieron de retirarse en desorden. Segismundo salvóse a duras penas, descendiendo en una pequeña embarcación hasta el mar Negro, por el Danubio, y llegando así a Constantinopla,

desde donde, merced a una larga vuelta que hizo por el Egeo y el Adriático, pudo regresar a Hungría. El soldado bávaro Schiltberger, hecho prisionero en Nicópolis y que pasó en Gallípoli cierto tiempo, describe como testigo de vista el paso de Segismundo por los Dardanelos, paso que se efectuó sin que los turcos pudieran impedirlo. Según el relato de Schiltberger, los turcos, al saber el viaje del rey, alinearon en las orillas del estrecho a todos los cautivos cristianos y gritaron burlonamente a Segismundo que abandonara la nave y fuese a libertar a los suyos[755].

Batidos los cruzados, el sultán decidió, para concluir antes con Constantinopla, talar las regiones que aun pertenecían nominalmente al Imperio y de donde podían los bizantinos aguardar recursos. Devastó, pues, la Tesalia, que se sometió, y, según ciertas fuentes turcas, el sultán incluso se apoderó de Atenas por algún tiempo[756], mientras sus mejores generales sometían a un terrible estrago la Morea o Peloponeso, donde reinaba como déspota el hermano de Manuel.

En la capital crecía el descontento del pueblo, el cual, fatigado y agotado, principiaba a acusar de sus desgracias al emperador, volviendo los ojos a su pariente Juan, quien en 1390, como vimos, había destronado durante algunos meses al padre de Manuel.

Éste, comprendiendo que no podría rechazar a los turcos con sus solas fuerzas, resolvió pedir socorro a los soberanos más influyentes de la Europa occidental y al gran duque ruso Basilio I, El Papa, Venecia, Francia, Inglaterra y acaso Aragón, recibieron favorablemente la demanda de Manuel. La petición que éste dirigió al rey de Francia juzgóse particularmente agresiva, ya que, según un cronista occidental de la época, «por primera vez se dio el hecho de

que los antiguos soberanos del mundo entero pidiesen socorro a un país, tan lejano como Francia»[757]. En resumen, las solicitudes de Manuel le procuraron algún dinero, insuficiente desde luego, y la promesa de un socorro en hombres por parte de Francia.

La petición de socorros dirigida por Manuel al gran duque de Moscovia fue apoyada por el patriarca de Constantinopla y acogida favorablemente en Moscovia. Parece que en Moscú no se trató de una petición de tropas, sino sólo, según una crónica rusa, «de una limosna a quienes estaban, en tanta necesidad y miseria, asediados por los turcos»[758]. El dinero reunido fue enviado a Constantinopla, que lo recibió con viva gratitud.

Los socorros en dinero no podían, sin embargo, prestar a Manuel una ayuda eficaz. Carlos VI de Francia, cumpliendo su promesa, envió a Constantinopla 1200 hombres, mandados por el mariscal Boucicaut.

Boucicaut fue una de las figuras más interesantes de la Francia de fines del siglo XIV y principios del XV. Hombre de extraordinarias valentía y decisión, había pasado toda su vida en viajes remotos y aventuras peligrosas. Siendo joven había ido a Constantinopla, atravesado Palestina, alcanzado el Sinaí y permanecido cautivo en Egipto algunos meses. Ya de regreso en Francia, unióse a la Cruzada de Segismundo de Hungría, combatiendo con prodigioso valor en Nicópolis y siendo apresado por Bayaceto. Rescatado tras escapar por milagro a la muerte, Boucicaut volvió a Francia, donde al año siguiente se le dio el mando de la hueste enviada a Oriente por Carlos VI.

En la expedición de Boucicaut participaron representantes de las más eminentes familias de la caballería francesa. Boucicaut empleó la ruta marítima. Sabedor de la

llegada del mariscal a las proximidades de los Dardanelos, Bayaceto trató de cortarle el paso, pero las naves de Boucicaut, aunque no sin trabajo, se abrieron camino entre los bajeles turcos, arribando a Constantinopla donde fueron acogidos con el mayor júbilo. Boucicaut y Manuel ejecutaron incursiones asoladoras en el litoral asiático del mar de Mármara y el Bósforo, así como en el mar Negro. Pero estos éxitos no modificaron a fondo la situación ni libraron a Constantinopla de la amenaza turca. Comprendiendo la crítica situación de Manuel y de su capital, Boucicaut persuadió al emperador para que le acompañase a Occidente, a fin de que su presencia causara mayor impresión e inclinase a los soberanos a decisiones más enérgicas. Era evidente que expediciones tan modestas como la de Boucicaut no podía remediar la situación desesperada de Bizancio.

Viaje de Manuel II a occidente. Batalla de Angora. Manuel II y Aragón

Resuelto el viaje de Manuel a Occidente, su pariente Juan convino en hacerse cargo del gobierno en ausencia del emperador. A fines de 1399, Manuel y Boucicaut, acompañados de varías personalidades eclesiásticas y laicas, partieron hacia Venecia[759]. La actitud de esta república respecto a los socorros que pedía Bizancio era muy compleja. Los grandes intereses mercantiles de Venecia en Oriente forzaban a los venecianos a mirar la potencia turca, no sólo como la miraría un Estado cristiano, sino también en

el sentido de los intereses comerciales propios. Venecia había incluso firmado algunos acuerdos con Bayaceto, y esto la vedaba el participar abierta y directamente en defensa de Bizancio. La rivalidad mercantil de Venecia con Génova y las relaciones de la primera con otros Estados italianos la impedían también apoyar a Manuel. No obstante, tanto Venecia como otras ciudades italianas visitadas por el emperador recibieron a éste con respeto y viva simpatía. No podemos precisar si Manuel se entrevistó con el Papa. De todos modos, al salir Manuel de Italia, alentado por las promesas de Venecia y del duque de Milán y por las bulas del Papa, creía aún en la eficacia de su viaje.

El emperador llegaba a Francia en un momento difícil. Transcurría entonces la guerra de Cien Años y la tregua existente entre los beligerantes cuando llegó Manuel, podía romperse de un momento a otro. En el interior, una enconada polémica y un violento conflicto dividían al Papa de Aviñón y a la Universidad de París, habiéndose producido, en consecuencia, un debilitamiento de la autoridad pontificia y el reconocimiento de la autoridad preponderante del rey en los asuntos eclesiásticos. Y, en fin, el rey Carlos VI padecía frecuentes ataques de demencia.

En París se habían preparado a Manuel una acogida solemne y habitaciones ricamente ornadas en el Palacio del Louvre. Un francés que asistió a la entrada del emperador en París le describe diciendo que era de estatura mediana, de contextura recia, de larga barba ya canosa. Manuel, en general, inspiraba estima y parecía a los franceses digno de su calidad de emperador[760].

Manuel pasó en París más de cuatro meses, con resultados harto modestos, ya que el rey y su Consejo decidieron ayudarle con sólo 1200 hombres, al mando de

Boucicaut. Sin embargo, el emperador, contento de esta promesa, se encaminó a Londres por más ayuda, siendo recibido con los máximos honores y recibiendo muchas ofertas que pronto se cambiaron en decepciones. En una de sus cartas desde Londres, Manuel escribe: «El rey nos procura un socorro en soldados, arqueros, dinero y naves que desembarcarán al ejército donde lo pidamos»[761].

Pero esta promesa no se cumplió. Manuel fue colmado de presentes y recibió muestras múltiples de respeto y honor, mas no obtuvo los socorros militares ofrecidos y volvió a París tras una estancia de dos meses en Londres. Adam Usk, historiador inglés del siglo XV, escribe: «He pensado para mí: ¡cuan infortunado es que este grande y remoto soberano cristiano de Oriente haya sido obligado por la violencia de los infieles, a visitar las lejanas islas occidentales para implorar socorro contra ellos! ¡Dios mío! ¿En qué has parado, antigua gloria romana? Las magníficas obras de tu imperio son ahora aniquiladas y con justeza podría citarse la frase de Jeremías: Princesa entre las provincias, se ha convertido en tributaria (*Lamentaciones*, I,). ¿Quién habría pensado que tú, que solías sentarte en trono de magnificencia y gobernabas al mundo, pudieses llegar a tal humillación que no tuvieses poder alguno para prestar socorro a la fe cristiana?»[762]

La segunda estancia de Manuel en París duró cerca de dos años. Poseemos pocos informes al propósito. Probablemente los franceses se acostumbraron a Manuel, y, así, los cronistas, que tanto dijeran sobre él en su primera estancia, apenas hablan de la segunda. Lo poco que acerca de ese tiempo sabemos nos lo dicen las propias cartas de Manuel. Las correspondientes al principio de esos dos años están llenas de esperanzas para el porvenir. Pero poco a

poco su confianza le abandona. El emperador comprende que no debe esperar ayuda seria ni de Inglaterra ni de Francia. Y respecto al último período de su segunda residencia en París, ni cartas poseemos siquiera.

En cambio conocemos datos curiosos sobre el empleo que daba el emperador a sus ocios parisienses. En el Louvre, lugar de su residencia, la atención del emperador fijóse en una espléndida tapicería, estilo Gobelinos, que representaba la Primavera. El emperador trazó una elegante descripción, en tono algo humorístico, de aquella imagen de la primavera en «una cortina real recamada»[763].

En el ínterin, no se veía el fin de aquella infructuosa residencia de Manuel en Francia. Pero un suceso que se produjo en Asia Menor hizo al emperador marchar de Francia precipitadamente, camino de Constantinopla. En julio de 1404 se había librado la famosa batalla de Angora, donde Timur (Tamerlán) causó una tremenda derrota a Bayaceto, el sañudo enemigo de Bizancio, librando a Constantinopla, por repercusión, de un peligro inminente. La noticia de este suceso, tan importante para Manuel, no llegó a París sino dos meses y medio después de la batalla. El emperador se puso en camino y, por Génova, Venecia y la costa de Morea, volvió a su capital después de tres años y medio de ausencia.

En recuerdo de su viaje a Francia, Manuel donó al monasterio de Saint-Denis un manuscrito iluminado de Dionisio el Areopagita, entre cuyas miniaturas figuraban, como antes dijimos, una representando al emperador, su esposa y tres de sus hijos. Este manuscrito se conserva hoy en el Louvre. El retrato del emperador tiene mucho interés: los turcos hallaban en Manuel gran parecido con Mahoma, el fundador del Islam, y Bayaceto, según palabras del

historiador bizantino Phrantzes, decía a propósito de Manuel: «El que no supiese que es emperador, diría, sólo por su aspecto, 'que es emperador»[764].

El viaje de Manuel a Europa resultó infructuoso respecto a los intereses vitales del Imperio, triste resultado que los historiadores y cronistas de Id época comprendieron y registraron en sus anales[765].

Pero el viaje implicó gran interés en el sentido del conocimiento que Occidente recibió del Imperio bizantino en la época de su decadencia. El viaje constituyó un episodio de la historia de las relaciones culturales de Oriente y Occidente a fines del siglo XIV y principios del XV esto es, en la época del Renacimiento italiano.

La batalla de Angora tuvo considerable importancia para el último período del Imperio bizantino.

A fines del siglo XIV, el disgregado Imperio mongol unificóse de nuevo bajo Tamerlán (Timur-Lenk, «*el rengo duro*»). Timur emprendió una serie de lejanas y devastadoras campañas en la Rusia meridional, en el norte de la India y en Mesopotamia, Siria y Persia. Sus ofensivas se señalaron por actos de crueldad atroz: decenas de miles de hombres fueron exterminados, los campos asolados, las ciudades destruidas. El bizantino Ducas escribe: «Cuando los mongoles de Timur salen de una ciudad para ir a otra, la dejan tan desierta y abandonada que no se oye ni el ladrido de los perros, ni el cacareo de las aves de corral, ni los lloros de los niños»[766].

Tamerlán, pasando de Siria al Asia Menor, chocó allí con los osmanlíes. Bayaceto corrió de Europa al lugar invadido y en 1402 se riñó cerca de Angora la célebre batalla en que Bayaceto fue completamente derrotado y cayó prisionero, pereciendo no mucho después en el cautiverio. Tamerlán, en

vez de detenerse en el Asía Menor, comenzó una campaña contra China, y murió en. el camino. Tras su muerte su imperio se disgregó y perdió toda importancia. Pero los turcos quedaron tan quebrantados por el desastre de Angora que no pudieron emprender una acción decisiva contra Constantinopla, y así el agonizante Imperio bizantino tuvo vida durante medio siglo más[767].

Manuel, al regresar de Occidente, seguía queriendo buscar el apoyo de la Europa latina contra los turcos. Poseemos dos interesantes cartas dirigidas por Manuel a los reyes de Aragón Martín II (1395-1410) y Fernando I (1412-1416). En la primera carta, transmitida a su destinatario por el famoso humanista bizantino Manuel Crisoloras, entonces en Italia[768], Manuel II informa a Martín de Aragón de que le envía las preciosas reliquias pedidas por éste y le ruega que haga llegar a Constantinopla el dinero reunido en España para socorrer al Imperio[769]. Crisoloras no obtuvo éxito en su misión. Más tarde, durante un viaje por Morea, Manuel II escribió a Fernando una nueva carta fechada en Tesalónica. Por esa carta sabemos que Fernando había prometido al hijo de Manuel, Teodoro, déspota de Morea, acudir a Grecia con un fuerte ejército para ayudar a los cristianos en general y en particular a Manuel. Éste expresaba la esperanza de ver a Fernando en Morea[770]. Pero Fernando no acudió jamás.

La situación en el Peloponeso. Sitio de Constantinopla por los turcos en 1422

En el último medio siglo de existencia de los restos del Imperio bizantino, el Peloponeso atrajo la atención del Poder central de manera insólita. Considerando que en aquella época las posesiones imperiales se limitaban a Constantinopla y comarcas tracias adyacentes, a un par de islas en el Archipiélago, a Tesalónica y al Peloponeso, bien se comprenderá que éste se había convertido en parte esencial del Imperio griego. Los hombres del siglo XV descubrieron que dicho Peloponeso era una región antigua y puramente griega, que sus habitantes eran verdaderos helenos y no romanos, y que ningún otro lugar podía servir mejor para crear una base de lucha contra los otomanos. Mientras la Grecia del norte era presa de los turcos y el resto de la vieja Grecia estaba a punto de sucumbir, se creó en el Peloponeso una conciencia nacional y un foco de patriotismo griegos que acariciaban el sueño —irrealizable a causa de las condiciones históricas— de regenerar el Imperio y oponerse a los otomanos.

Tras la cuarta Cruzada, el Peloponeso o Morea había pasado a la dominación latina. A principios del reinado de Miguel VIII, Guillermo de Villehardouin, príncipe de Acaya, pagó su rescate con las tres fortalezas de Monemvasia, Maina y la recién erigida de Mistra. Desde entonces los griegos se afirmaron y extendieron su dominio por el Peloponeso, lenta, pero continuamente, a costa de los latinos. Por tanto la provincia bizantina creada allí a mediados del siglo XIV, adquirió gran importancia, organizándose en un despotado especial de virrey del Peloponeso. Ya sabemos que a fines del siglo XIV el Peloponeso sufrió una terrible devastación causada por los turcos. Considerándose incapaz de defender el país con sus propias fuerzas, el déspota de Morea propuso a la Orden

Hospitalaria, asentada entonces en Rodas, cederle sus posesiones. Sólo una insurrección popular surgida en Mistra, capital del despotado, impidió al déspota realizar su proyecto. El quebranto sufrido por los osmanlíes en Angora dio algún respiro al Peloponeso, permitiéndole esperar un porvenir mejor.

Mistra, residencia del déspota y principal ciudad del despotado de Morea (muy cerca de la antigua Lacedemonia-Esparta y de la Esparta de la Edad Media), fue en el siglo XIV e inicios del XV el centro espiritual y político del helenismo renaciente. Allí estaban las tumbas de los déspotas de Morea; allí, después de una dilatada vida, murió y fue sepultado Juan Cantacuzeno. Aunque el nivel de civilización de la gente del país hacía a un contemporáneo, Mazaris, temer volverse bárbaro a su contacto[771], en la corte del déspota, en Mistra, se creó un foco intelectual al que se incorporaron griegos cultos, sabios, sofistas y cortesanos. Gregorovius compara con razón la corte de Misira a las de ciertos príncipes italianos del Renacimiento[772]. En aquella corte brilló, en tiempos de Manuel II, el célebre sabio, humanista y filósofo bizantino Gemisto Plethon, de quien hablaremos en breve.

En 1415 el emperador Manuel visitó el Peloponeso, del que era entonces déspota Teodoro, su hijo segundo. La primera medida adoptada por el emperador para defender la Península contra posibles invasiones, fue alzar en el istmo de Corinto una muralla acompañada de numerosas torres. Este muro se levantó sobre el emplazamiento del baluarte construido por los peloponesios en el siglo V a. de J. C., para oponerse al avance de Jerjes. Valeriano, en el siglo ni, al fortificar Grecia contra los godos, había restaurado el baluarte, y Justiniano lo reconstruyó una vez más cuando

Grecia fue amenazada por hunos y eslavos[773].

Previendo el peligro turco, el antecesor del déspota Teodoro había instalado en las regiones desiertas del Peloponeso numerosas colonias albanesas y Manuel II, en su oración fúnebre, alababa esta prudente precaución del difunto déspota[774].

Poseemos sobre los asuntos del Peloponeso dos fuentes muy interesantes y las dos de carácter muy diferente. La primera se debe al sabio y humanista Gemisto Plethon, quién sostenía la tesis de que «los habitantes del Peloponeso presentaban el tipo más puro y antiguo de la raza helénica y de que del Peloponeso procedían las más nobles e ilustres familias helenas, que habían ejecutado las acciones mayores y más célebres»[775]. La segunda es obra de Mazaris, autor del *Viaje de Mazaris al infierno*, escrito que constituye la «peor de las imitaciones de Luciano conocida hasta hoy», como dice, no sin cierta exageración, Krumbacher[776].

Mazaris, en su trabajo, describe en forma amena las costumbres del Peloponeso o Morea, cuyo nombre reproduce en la forma de «Mora», dimanado del vocablo griego[777] que significa «*estupidez, tontería*».

Contrariamente a Plethon, Mazaris distingue entre los pobladores del Peloponeso siete nacionalidades: griegos (para Mazaris, lacedemonios y peloponesios), italianos (esto es, los restos de los conquistadores latinos), eslavos, ilirios (albaneses), egipcios (gitanos) y judíos[778].

Esta enumeración corresponde a la realidad histórica. Aunque tanto el sabio humanista Plethon como el satírico Mazaris deban ser utilizados con precaución en cuanto fuentes, ambos nos dan una documentación rica e interesante para el estudio de la civilización del Peloponeso en la primera mitad del siglo XV.

A la época de Manuel II se remontan dos curiosas exposiciones de Gemisto Plethon sobre la necesidad de introducir reformas políticas y sociales en el Peloponeso. Uno de los memoriales fue dirigido al emperador y el otro a Teodoro, déspota de Morea. Los irrealizables proyectos del utopista heleno, absolutamente al margen de la realidad, han sido examinados por Fallmerayer en su *Historia de la península de Morea*[779].

Plethon se propone regenerar el Peloponeso, darle vida[780], y para ello sugiere una radical transformación del sistema social y una resolución nueva de la cuestión agraria. Según él, la población debe dividirse en tres clases: 1.ª, cultivadores del suelo (labradores, viñadores, pastores); 2.ª, los que procuran a la agricultura sus medios de trabajo (quienes cuidan los bueyes, animales domésticos, etcétera)[781]; 3.ª, los que mantienen el orden y la seguridad, es decir, el ejército, las autoridades y los funcionarios, a la cabeza de todos los cuales debe estar el emperador, como resguardo de la ortodoxia y del orden.

Plethon, enemigo del ejército mercenario, aconseja organizar una milicia para que el ejército pueda consagrarse por entero al cumplimiento de sus deberes inmediatos, Plethon divide los habitantes en dos categorías: contribuyentes y obligados al servicio militar. Los soldados no pagan impuestos; los contribuyentes, no sujetos al servicio militar, son llamados por Plethon «*ilotas*». Queda abolida la propiedad territorial: «Toda la tierra, como se desprende del estado natural de las cosas, es declarada propiedad común de toda la población; cada uno puede sembrar y construir donde quiera y labrar la cantidad de tierra que quiera y pueda»[782]. Tales son las principales disposiciones del plan de Plethon, el cual lleva las huellas de las ideas de Platón, a quien el humanista bizantino admiraba

mucho. Ese escrito siempre quedará como un monumento interesante de la literatura bizantina bajo los Paleólogos. Algunos sabios notan en el proyecto de Plethon tendencias análogas a ciertos puntos del «Contrato social» de Rousseau y a las ideas del sansimonismo[783].

De este modo, en vísperas de la catástrofe definitiva, Plethon proponía a Manuel II un programa de reformas destinadas a hacer resurgir la *Hélade*. Diehl escribe: «Mientras Constantinopla decrece y se hunde, un Estado griego trata de nacer en Morea. Y, por vanas que sean sus aspiraciones, por estériles que sus deseos puedan parecer, no por eso deja de ser uno de los fenómenos más curiosos y notables de la historia bizantina esa recuperación de conciencia del helenismo, esa comprensión y preparación obscura de un porvenir mejor»[784].

Hasta principios de la tercera década del siglo XV, las relaciones de Manuel con el sucesor de Bayaceto, Mahomet I, uno de los más grandes representantes del Imperio osmanlí, se señalaron, a pesar de algunas ligerezas del emperador, por una paz y confianza mutuas. En una ocasión el sultán atravesó las cercanías de Constantinopla, a sabiendas del emperador. Éste acudió al encuentro de Mahomet y, aunque ambos soberanos permanecieron en sus galeras respectivas, mantuvieron, no obstante, una discusión cordial y cruzaron juntos el estrecho hasta la ribera asiática, donde el sultán instaló sus tiendas. El emperador no abandonó su nave, pero, mientras comían, los dos monarcas se enviaron el uno al otro los manjares más delicados de sus respectivas mesas[785].

Con Murad II, sucesor de Mahomet, las circunstancias cambiaron. En los últimos años de su reinado, Manuel abandonó los asuntos públicos a su hijo Juan, que no tenía la

experiencia, la nobleza ni la firmeza de su padre. Juan empeñóse a toda costa en apoyar a uno de los pretendientes al trono sultanicio. La tentativa fracasó y Murad, irritado, resolvió cercar Constantinopla y terminar de un golpe con aquella ciudad codiciada hacía tanto tiempo.

Pero las fuerzas de los otomanos, no repuestas aun del desastre de Angora, no bastaron al propósito. El asedio de Constantinopla se estableció en 1422. Poseemos una descripción de ese asedio en una obra consagrada especialmente a él, escrita por el contemporáneo Juan Canano y titulada: «Relato de la guerra de Constantinopla en 6930 (1422), fecha en la cual Amurat-bey atacó la ciudad con un gran ejército, no logrando apoderarse de ella y fallando sólo merced *a la gracia de la Santísima Madre de Dios*»[786]. Un fuerte ejército musulmán, con muchas máquinas de guerra, inició un asalto a la población, pero la heroica defensa de los habitantes rechazó la embestida y después las dificultades interiores del Estado turco obligaron a los sitiadores a levantar el cerco. Como de costumbre, el pueblo atribuyó el éxito a la Virgen, protectora sempiterna de Constantinopla. Mas las tropas turcas, que no operaban sólo ante la capital, intentaron, también sin éxito, tomar Tesalónica y luego se dirigieron al sur de Grecia, donde, destruyendo la muralla alzada por Manuel en el istmo de Corinto, practicaron una devastadora incursión en Morea. El coemperador Juan VIII pasó un año en Venecia, Milán y Hungría, en busca de socorros. Por el tratado que concluyó la guerra, el emperador se comprometía a pagar tributo anual a los turcos y entregarles algunas ciudades de Tracia. Los territorios comarcanos a Constantinopla quedaron, pues, todavía más reducidos.

Después de aquel asedio el Imperio arrastró otros treinta años de existencia mísera, en espera continua de su fin

inminente.

En 1425 Manuel murió paralítico. El pueblo, entristecido, acompañó el cadáver del emperador difunto hasta su última morada[787]. Nunca, dice un historiador[788], se había visto tal afluencia de hombres llorosos en el sepelio de un emperador. Berger de Xivrey, historiador del reinado de Manuel II, comenta: «Ese sentimiento parecerá sincero a quien recuerde todas las tribulaciones que aquel soberano compartió con su pueblo, todos sus esfuerzos para socorrerlo y la simpatía profunda que siempre tuvo en sus sentimientos y pensamientos para su pueblo»[789].

El suceso capital del reinado de Manuel había sido la batalla de Angora, que, con la derrota turca, retardó en medio siglo la caída de Constantinopla. Esta disminución efímera del poder otomano no se debió a la fuerza de Bizancio, sino al poderío mongol accidentalmente surgido en Oriente. La Cruzada occidental que propugnaba Manuel contra los turcos no rindió el efecto apetecido. El asedio de Constantinopla en 1422 fue sólo el prólogo de la catástrofe de 1453. Mas al apreciar las relaciones turco-bizantinas bajo Manuel, no debe olvidarse la influencia que dicho emperador ejerció sobre los sultanes turcos y que más de una vez apartó del agonizante Imperio la tormenta que lo amenazaba.

Juan VIII (1425-1448). Territorial del Imperio. Toma de Tesalónica por los turcos. Situación crítica de Constantinopla. Derrota de los

cristianos en Varna

Bajo Juan VIII la extensión territorial del Imperio era modestísima. Ya vimos que su padre, poco antes de morir, hubo de ceder a los turcos varias ciudades de Tracia. Cuando Juan, en 1425, quedó como único emperador, su poder sólo se extendía sobre Constantinopla y sus contornos inmediatos. Las demás partes del Imperio —el Peloponeso, Tesalónica y algunas lejanas ciudades de Tracia— estaban bajo la autoridad de sus hermanos, como así también de principados casi independientes.

En 1430 los turcos conquistaron Tesalónica. Un hermano de Juan que gobernaba la ciudad con título de déspota, sintiéndose incapaz de luchar con los turcos, vendió Tesalónica a Venecia, a cambio de una suma de dinero. Los venecianos, al entrar en posesión de tan importante centro comercial, se comprometían, dice Ducas, a «protegerlo, aprovisionarlo, hacerlo más próspero *y convertirlo en una segunda Venecia*»[790]. Pero los turcos, dueños ya de las zonas contiguas, no habían de permitir a Venecia instalarse en Tesalónica. Bajo el mando personal del sultán pusieron cerco a la población. Las operaciones del sitio se hallan descritas en la obra *La última expugnación de Constantinopla*, debida a Juan Anagnostas (es decir, "el lector"), contemporáneo del drama[791]. La guarnición latina de Tesalónica era escasa y los habitantes miraban a sus nuevos señores venecianos como extranjeros. Tesalónica, pues, no pudo resistir a los turcos y éstos, tras breve asedio, tomaron la ciudad por asalto, entregándola al pillaje y a toda suerte de vejaciones. Las iglesias fueron transformadas en mezquitas. La población fue acuchillada, sin distinción de edad ni sexo. El templo de *San Demetrio* de Tesalónica, patrón principal de la ciudad, fue dejado momentáneamente

para uso de los cristianos, aunque en un estado de plena desolación.

La toma de Tesalónica por los turcos fue también descrita en versos griegos por un miembro del alto clero bizantino en su obra *Crónica del Imperio turco*[792]. Aquel desastroso suceso dio origen a diversos cantos populares griegos[793].

La caída de Tesalónica produjo viva impresión en Venecia y en toda la Europa occidental. Se comprendió entonces la inminencia de la hora crítica de Constantinopla. Poco antes de caer Tesalónica, un peregrino que volvía de Jerusalén, el caballero borgoñón Bertrandon de la Broquiére, que nos ha dejado un interesante relato de su *Viaje a Ultramar*, visitó la capital de los Paleólogos. Betrandon alaba el excelente estado de las murallas, sobre todo de las terrestres, pero nota cierto abandono en la ciudad y habla de las ruinas y restos de dos magníficos palacios destruidos, según tradición, en virtud de órdenes enviadas a un emperador por el sultán turco. El peregrino borgoñón recorrió las iglesias de Constantinopla y otros monumentos, asistió a Oficios solemnes, vio en Santa Sofía la representación del misterio de los tres adolescentes arrojados por Nabucodonosor en un «*horno ardiente*», admiró la belleza de la emperatriz de Bizancio, oriunda de Trebisonda, y contó al emperador, interesado por la suerte de Juana de Arco, quemada poco antes en Rúan, «toda la verdad» sobre la famosa heroína francesa[794]. El mismo autor da su opinión, fundada en sus observaciones personales, sobre la posibilidad de rechazar a los turcos e incluso recobrar Jerusalén: «Y para esto, paréceme que gentes notables y de buen gobierno, cual las tres susodichas naciones, es a saber, franceses, ingleses y alemanes, son asaz suficientes, y bien unidas en competente número podrían ir

por tierra hasta Jerusalén. Que no es gran hecho emprender la conquista de Grecia; empero es menester mantenerse juntos, sin disputar… en desventaja suya»[795].

Ante la inminencia del peligro turco, Juan VIII emprendió grandes trabajos de restauración de los muros de Constantinopla. Varias inscripciones conservadas aún hoy, con el nombre de «*Juan Paleólogo, autócrata en Cristo*», atestiguan el postrer esfuerzo de Bizancio para restablecer las fortificaciones de Teodosio el Joven, que parecieran antaño inexpugnables.

Mas ello no bastaba para luchar contra los muslimes. Como sus predecesores, Juan VIII puso su esperanza en un apoyo eficaz de Occidente, logrado merced al Papa. Con tal propósito, el emperador, con numeroso séquito, pasó a Italia, donde fue firmada la famosa *Unión de Florencia*, de la que hablaremos después. Pero el viaje del emperador no dio ningún resultado apreciable.

El papa Eugenio IV predicó Cruzada, logrando unir contra los turcos a húngaros, polacos y rumanos. Se formó un ejército cristiano mandado por Ladislao, rey de Polonia y Hungría, con el concurso del famoso héroe húngaro Juan Huniada. En la batalla de Varna (1444) los cruzados sufrieron una derrota completa. Ladislao pereció en la acción y Juan Huniada, con los restos del ejército, se retiró a Hungría. La batalla de Varna fue la última tentativa occidental para ayudar a la agonizante Bizancio. A partir de 1444 Constantinopla se halló abandonada a su triste suerte[796].

Ciertos documentos de los archivos de Barcelona, publicados recientemente, han revelado los ambiciosos planes del famoso rey de Aragón y Mecenas del Renacimiento, Alfonso V el Magnánimo, que murió en 1458.

Después de reunir bajo su cetro a Nápoles y Sicilia, Alfonso proyectó una gran expedición a Oriente, lo que nos recuerda los vastos planes de Carlos de Anjou. Uno de los objetivos del rey aragonés era Constantinopla. La idea de una Cruzada contra los turcos no le abandonó jamás, comprendiendo que si el creciente poderío y la «insolente prosperidad» de los otomanos no eran quebrantados, él mismo no tendría seguridad alguna en los confines marítimos de sus propios reinos. Pero los grandiosos proyectos de Alfonso no se realizaron y los turcos no fueron amenazados nunca por aquel talentoso y brillante humanista y político[797].

Tras la victoria turca en Varna, Juan VIII, que no había participado en la Cruzada[798] abrió negociaciones con el sultán, procurando amansarle mediante regalos. Así pudo gozar de paz con los turcos hasta el final de su reinado.

Mientras Bizancio, en su pugna con los turcos, sufría bajo Juan VIII constantes y graves fracasos, en el Peloponeso, casi independiente del gobierno central, las armas griegas obtenían una victoria considerable, aunque de resultados poco duraderos. Junto a las posesiones bizantinas existían en Morea restos del principado latino de Acaya y había algunos lugares, en el extremo sur de la península, que pertenecían a Venecia. A principios ‘del siglo XV Venecia se propuso someter a su influjo la parte del Peloponeso que seguía en manos latinas, y al efecto entabló tratos con los diversos gobernadores del país. La república de San Marcos deseaba apoderarse del muro del istmo de Corinto, esperando oponerse así mejor a los ataques turcos, y además se sentía impulsada por sus intereses mercantiles. Según los informes recogidos por el representante de la república, los productos del país —oro, plata, seda, miel, trigo, uvas y otros — prometían beneficios considerables. Entre tanto, bajo Juan

VIII, las tropas del déspota de Morea atacaron a los latinos, ocupando las zonas aun dominadas por ellos y terminando así con el gobierno franco en Morea. Desde entonces, y hasta la conquista de la península por los turcos, el Peloponeso perteneció por entero a los Paleólogos. Venecia, empero, conservó los puntos que antes poseía en el sur.

Un déspota de Morea, Constantino, hermano de Juan VIII y llamado a ser el último emperador de Bizancio, aprovechando ciertas dificultades surgidas a los turcos en los Balcanes, cruzó con su ejército el istmo de Corinto, rumbo a la Grecia del centro y del norte, que los osmanlíes se esforzaban en ocupar. El sultán Murad II consideró la invasión de Constantino como una ofensa personal y así, dirigiéndose hacia el sur, atravesó la muralla del istmo, sometió el Peloponeso a una terrible devastación y llevóse muchos griegos cautivos. Constantino, amedrentado, hizo la paz en los términos dictados por el sultán, quedando como déspota de Morea y pagando a los otomanos un tributo fijo.

Bajo Constantino Paleólogo, el famoso viajero, arqueólogo y comerciante llamado *Ciríaco de Ancona*, visitó por segunda vez Mistra, donde lo recibieron cortésmente el déspota («*Constantinum Cognomento Dragas*») y sus dignatarios. Ciríaco encontró en la corte a Gemiste Plethon, «*el hombre más instruido de la época*» y a Nicolás Calcondilas, hijo del ateniense Jorge Calcondilas y joven muy versado en latín y griego[799]. Este Nicolás es, sin duda, el mismo que Laonikos Calcondilas, va que el nombre Laonikos constituye sólo una deformación de Nikolaos (Nicolás). En un primer viaje a Mistra, reinando el déspota Teodoro, en 1437, Ciríaco había visitado los antiguos monumentos de Esparta y copiado inscripciones griegas[800].

Constantino XI (1449-1453). Toma de Constantinopla por los turcos.

Los territorios que reconocían la autoridad del último emperador bizantino estaban reducidos exclusivamente a Constantinopla, con las comarcas tracias adyacentes, y a la mayor parte de Morea, gobernada por los hermanos del emperador.

Las cualidades señeras de Constantino eran la nobleza de carácter, la energía, el valor y un patriotismo fervoroso, como lo acreditan la unanimidad de las fuentes griegas contemporáneas y el comportamiento del emperador durante el asedio de Constantinopla. El humanista italiano Francesco Filelfo que conoció en persona al emperador antes de ser éste coronado, durante una estancia en Constantinopla, le califica en una de sus cartas de «*pió et excelso animo*»[801].

El terrible y poderoso enemigo de Constantino fue el sultán Mahomet II. Mozo de veintiún años, reunía a sus bárbaros arranques de implacable crueldad y a su sed de sangre y de los vicios más viles, un gusto muy desarrollado por las artes y letras, una gran energía y elevadas cualidades de general, estadista y organizador. Una fuente bizantina dice que Mahomet se ocupaba con pasión en las ciencias, sobre todo en astrología; leía los relatos de las hazañas de Alejandro de Macedonia, de Julio Cesar y de los emperadores de Constantinopla, y hablaba, además del

turco, cinco idiomas[802]. Las fuentes orientales alaban su piedad, su justicia, su misericordia y la protección que daba a sabios y poetas.

Los historiadores modernos emiten diversos juicios sobre Mahomet. Unos le niegan toda cualidad[803], mientras otros ven en él una personalidad extraordinaria, casi genial[804]. El deseo de conquistar Constantinopla preocupaba al joven sultán a tal punto que, «noche y día, al acostarse, al levantarse, en su palacio, fuera, tenía por único cuidado las acciones y medios militares que le permitirían apoderarse de Constantinopla». En sus noches de insomnio dibujaba el plano de la ciudad y de sus fortificaciones, señalando los lugares por donde sería más fácil atacar[805].

Han llegado a nosotros los retratos de los tres rivales: el de Constantino en sellos y algunos manuscritos más recientes[806], el de Mahomet en las medallas fundidas en el siglo XV por artistas italianos en honor del sultán. También existe un cuadro representando a Mahomet, obra del célebre artista veneciano Gentile Bellini (muerto en 1507), quien pasó algún tiempo en Constantinopla a fines del reinado de Mahomet II[807].

Mahomet, resuelto a terminar, preparóse con extrema prudencia. En primer término construyó al norte de la ciudad, en la orilla europea del Bósforo, allí donde éste se estrecha más, una fortificación torreada (Rumeli-Hissar), cuyas majestuosas ruinas existen aún. Los cañones montados en los baluartes lanzaban proyectiles de piedra, enormes para la época.

Al saberse las nuevas de la fortificación del Bósforo, un inmenso clamor de desesperación brotó, según Ducas, de la población cristiana de la capital, de Asia, de Tracia y de las islas: «Ahora la ruina de nuestra ciudad es inminente; *he*

aquí que se manifiestan los signos de la ruina de nuestra raza; he aquí que llegan los días del Anticristo. ¿Qué será de nosotros? ¿Qué haremos? ¿Qué es de los santos que protegen la ciudad?»[808]

Otro contemporáneo, testigo ocular de los hechos, el veneciano Nicolo Bárbaro, que asistió a todos los horrores de aquel ataque y escribió un «Diario del asedio», escribe: «Esta fortificación es muy poderosa por el lado de la mar. No se puede conquistar por ningún medio, porque en la costa y sobre los muros hay gran copia de bombardas, y del lado de tierra la fortificación es poderosísima, aunque lo sea menos por el lado del mar»[809].

Aquella fortaleza cortó las comunicaciones de la capital con el norte y con el mar Negro. Todos los bajeles extranjeros que entraban y salían del Bósforo cayeron en manos de los turcos. Así Constantinopla quedaba privada del trigo de los países del mar Negro. Las fortificaciones erigidas por Bayaceto a fines del siglo XIV en la orilla asiática (Anatoli-Hissar) facilitaban la tarea de los turcos. Luego el sultán invadió Morea para que ésta no acudiese en ayuda de Constantinopla en el momento crítico. Y tras estos preliminares, Mahomet, aquel «*pagano, enemigo del pueblo cristiano*», según Bárbaro[810], asedió la gran ciudad.

Constantino hizo cuanto fue posible para sostener la desigual lucha que se preparaba. Mandó concentrar en la capital todas las existencias de grano que cupo encontrar en los contornos y ordenó reparar las murallas. La guarnición griega no pasaba de unos cuantos miles de hombres. Constantino pidió socorro a Occidente. En vez de socorro militar llegó a Constantinopla un cardenal romano de origen griego, Isidoro, antes metropolitano de Moscú y miembro del concilio de Florencia. Para solemnizar el

restablecimiento de la paz entre las Iglesias, celebró un oficio pidiendo la unión en Santa Sofía, lo que produjo gran agitación en la capital. Uno de los más altos dignatarios bizantinos, Lucas Notaras, pronunció entonces sus famosas palabras: «*Más vale ver reinar en Constantinopla el turbante de los turcos que la mitra de los latinos*»[811].

Venecianos y genoveses participaron en la defensa de la capital. Fundáronse grandes esperanzas en Juan (Giovanni) Giustiniani, jefe de un destacamento genovés, quien ya había probado su valor en muchos combates y que llegó a la sazón con dos naves grandes y 700 hombres. Se cerró el Cuerno de Oro, como otras veces en momentos decisivos, mediante una maciza cadena de hierro cuyos vestigios se han creído ver, hasta nuestros días, en el patio de la iglesia de Santa Irene, donde radica ahora el Museo Histórico y Militar de Turquía[812]. Las fuerzas de Mahomet, además de turcos, englobaban hombres de diversos pueblos sometidos por ellos y superaban en mucho el reducido número de defensores de Constantinopla, que eran griegos y latinos, y los más de éstos italianos.

Se preparaba uno de los mayores acontecimientos de la Historia. La toma de Constantinopla, *la «protegida de Dios»*, por los turcos, ha dejado en los cronistas una impresión profunda. Las descripciones que dan, en diversas lenguas y desde diferentes puntos de vista, de los últimos momentos del Imperio bizantino, nos permiten asistir, de día en día y de hora en hora, al desarrollo de aquel angustioso drama, del que tenemos relatos en griego, latín, italiano, eslavo y turco.

Las principales fuentes griegas aprecian de distintos modos el suceso. Jorge Phrantzes, el Franza de los italianos, célebre diplomático y alto dignatario bizantino, que asistió al asedio y fue amigo íntimo del postrero emperador, siente un

amor sin límites por su heroico soberano y en general por los Paleólogos, se revela adversario de la Unión, y nos describe los últimos días de Bizancio con la intención de reparar el honor del Constantino vencido, de su patria humillada y de la ortodoxia griega ofendida. Otro contemporáneo, el griego Critóbulo, que se pasó a los turcos, quiere probar su devoción a Mahomet, y dedica su historia, muy influida por Tucídides, «al más grande de los emperadores, al rey de reyes, Mahomet»[813], exponiendo la suerte final de Bizancio desde el punto de vista del nuevo Imperio otomano, si bien —dicho sea en su honor— no ataca a sus compatriotas. Ducas, griego del Asia Menor y partidario de la *Unión*, en la cual veía la única salvación, escribe en general con tendencia favorable a Occidente, haciendo resaltar los méritos y valor de Juan Giustiniani y acaso disminuyendo la labor de Constantino. De todos modos testimonia auténtica simpatía a los griegos y deplora su suerte. El cuarto historiador griego del último período de Bizancio, y único ateniense de la literatura bizantina, Laonico Calcocondilos, o Calcondilas, no sitúa en el centro de su narración a Bizancio, sino al Imperio turco, proponiéndose desarrollar un argumento nuevo y vasto: «el extraordinario desenvolvimiento del poderío del joven Estado otomano, nacido sobre las ruinas del poderío griego, franco y eslavo»[814]. El libro de Laonico es de orden general y su autor no fue testigo ocular de los últimos días de Constantinopla, por lo que su relato respecto al asedio y toma de Constantinopla tiene sólo una importancia secundaria.

Entre las fuentes más valiosas escritas en latín por autores que se hallaron en Constantinopla durante el asedio, puede mencionarse la exhortación titulada *Ad Universos Christi fideles de expugnatione Constantinopolis*, del cardenal

Isidoro, del que ya hablamos y que escapó, no sin trabajo, del cautiverio. Esta exhortación suplica a todos los cristianos que se alcen para defender la fe en peligro. También poseemos el informe elevado al Papa por el obispo de Quíos, Leonardo, quien eludió igualmente la cautividad y que veía en el desastre de Constantinopla un castigo divino por haberse apartado los griegos del dogma católico. Finalmente, el italiano Pusculus, cautivo de los turcos por algún tiempo, compuso un poema en cuatro cantos con el título *Constantinopolis*. Trátase de una imitación de Virgilio y en parte de Hornero. Pusculus, católico ferviente, dedicaba su poema al Papa, en la persuasión, como Leonardo, de que Dios había castigado el cisma griego.

Entre las fuentes italianas hallamos un inestimable *Diario del asedio de Constantinopla*, escrito en antiguo dialecto veneciano, con dicción seca y estilo de hombre de negocios. Su autor es el noble veneciano Nicola Bárbaro, y allí se enumeran, día a día, los encuentros habidos entre griegos y turcos, teniendo, por lo tanto, importancia capital para establecer la cronología del cerco.

Existe un importante relato histórico en ruso antiguo sobre el «grande y terrible acontecimiento» de la toma de Constantinopla (Zargrad), relato debido a la pluma de «Néstor Iskinder (Iskander), pecador y culpable ante el Eterno»[815].

Iskander, probablemente ruso de origen, combatió en las filas del sultán y describe con imparcialidad y casi día por día la actividad turca fuera de la ciudad y dentro de ella después de ocuparla. Diversas crónicas rusas narran también la caída de Constantinopla.

Hay asimismo fuentes turcas, que miran la toma de la ciudad como una apoteosis del Islam triunfante y victorioso

y de su espléndido representante Mahomet II el Conquistador. A veces esas fuentes asumen la forma de colecciones de leyendas populares turcas sobre Constantinopla y el Bósforo[816].

La enumeración de las principales fuentes indica cuan rica y diversa es la documentación que poseemos sobre el asedio y toma de Constantinopla por los turcos.

El sitio *comentó* a principios de abril de 1453. El éxito de los osmanlíes no se debió sólo a su indiscutible superioridad numérica, sino a que Mahomet II, «aquel turco pérfido, aquel perro turco», como dice Bárbaro[817], fue el primer emperador de la Historia que tuvo a su disposición un verdadero parque de artillería. Los cañones de bronce de los turcos, muy perfeccionados, gigantescos para la época, lanzaban a larga distancia balas de piedra no menos gigantescas, cuyos golpes destructores no pudieron resistir las murallas de Constantinopla. «El susodicho (relato de Zargrad), dice que "Mahomet el Maldito" hizo avanzar hasta las murallas de la ciudad dos cañones y las culebrinas, las torres en escalas móviles y otros azotes destinados a destruir las murallas»[818].

El griego Cristóbulo, testigo del asedio, muestra una comprensión muy clara de la importancia de la artillería al decir que las brechas y pasos subterráneos practicados por los turcos «se revelaron superfinos y no provocaron sino gastos inútiles, porque los cañones lo decidieron todo»[819].

En la segunda mitad del siglo XIX aun podían verse, en diversos lugares de Estambul, algunos de esos proyectiles gigantescos lanzados por encima de los muros y yacentes en los sitios donde cayeron en 1453.

El 20 de abril los cristianos lograron su primero y último éxito: los cuatro navíos genoveses llegados al socorro de

Constantinopla, batieron a la flota turca a pesar de la superioridad numérica de ésta. «Es fácil imaginar —escribe un historiador moderno— la indescriptible alegría de griegos e italianos. Por un momento, Constantinopla se creyó salvada»[820]. Pero aquel éxito no podía influir en la marcha general del asedio.

El 22 de abril la ciudad asistió a un extraordinario y terrorífico espectáculo: las naves turcas estaban en la parte superior del Cuerno de Oro. El sultán había transportado sus naves, durante la noche, desde el Bósforo al Cuerno de Oro… por tierra. Para ello había mandado construir, en el valle situado entre las alturas, un camino de tablas, por el cual fueron arrastrados los navíos, montados sobre ruedas, merced a los esfuerzos de una numerosa «canalla» como dice Bárbaro[821] que servía al sultán.

Así, la flota italogriega anclada en el Cuerno de Oro, tras la cadena, se halló entre dos fuegos. La situación era desesperada. La guarnición fraguó el plan de incendiar los bajeles turcos del Cuerno de Oro, por la noche, pero el proyecto, puesto en conocimiento del sultán por una traición, fue debidamente prevenido.

El bombardeo, ininterrumpido durante varias semanas, extenuaba a la población. Hombres, mujeres, niños, monjes, religiosas, sacerdotes, trabajaban día y noche, bajo una lluvia de balas, para reparar las numerosas brechas de los muros. El asedio duraba ya cincuenta días cuando el sultán, ante la noticia, quizá fantástica, de la llegada de una flota cristiana de socorro, resolvió precipitar el asalto decisivo. Critóbulo, imitando los discursos célebres de la *Historia de Tucídides*, pone en boca de Mahomet una prolija arenga, en la que apela al valor y firmeza de los soldados y declara: «Para ganar una guerra son precisas tres condiciones: querer, tener

vergüenza y obedecer a los jefes»[822]. El asalto fue decidido para la noche del 29 de mayo.

La antigua capital del Oriente cristiano, sabedora del proyecto de ataque y previendo la catástrofe inevitable, pasó la víspera del día señalado entre lloros y plegarias. Por orden del emperador recorrieron la ciudad procesiones religiosas seguidas de una enorme multitud que cantaba: «¡Señor, tened piedad de nosotros!». Los hombres se alentaban mutuamente para oponer al enemigo una resistencia enconada. En un largo discurso, que nos transmite el griego Phrantzes[823], Constantino, al invitar a sus súbditos a una defensa valerosa, muestra una comprensión nítida del destino de la ciudad cuando dice:

> «Los turcos se apoyan en las armas, la caballería, la infantería y el número, mientras nosotros nos entregamos al Señor Dios y Salvador nuestro, y después a nuestras manos y nuestras fuerzas con las que nos ha gratificado el poder divino»[824].
>
> Constantino terminó con estas palabras:
>
> «*Os ruego y suplico hagáis honor y obediencia debida a vuestros jefes, cada uno según su categoría, grado y servicio. Sabed bien que, si observáis sinceramente cuanto os he dicho, yo espero, con ayuda de Dios, evitar el justo castigo que Dios nos envía*»[825]. Por la tarde celebróse un Oficio y aquella fue la última ceremonia cristiana cumplida en Santa Sofía. El emperador y los fieles recibieron los últimos sacramentos, y luego el emperador volvió a Palacio[826]. «*¿Quién podría describir —dice Phrantzes —, las lágrimas y lamentaciones que retumbaron entonces en el palacio? Ni aun un ser de madera y piedra hubiese podido contener las lágrimas*».[827]

En la noche del 28 al 29 de mayo, entre una y dos de la madrugada una señal convenida, se desencadenó el ataque por tres lados simultáneamente. Dos veces fueron rechazados los turcos. Mahomet organizó con el mayor esmero el tercer y último ataque. El asalto turco alcanzó una violencia inaudita en puerta de San Romano, donde peleaba el emperador. Para colmo de males Juan Giustiniani, uno de los principales defensores, fue gravemente herido y hubo de abandonar su puesto de combate, siendo trasladado a una barca que por vía marítima fue para Quíos. El herido murió al poco, quizá en el viaje. Aun se encuentra su tumba en Quíos, si bien ha desaparecido el epitafio latino que recordaba sus méritos[828].

La partida y muerte de Giustiniani fue una pérdida irreparable para sitiados. En los muros se abrían cada vez más brechas. El emperador, combatiendo heroicamente como un soldado raso, cayó en la lucha. No poseemos informes precisos sobre su muerte, a la que no asistió ninguno de los historiadores del asedio, y esa muerte fue pronto rodeada de una leyenda que contribuyó a obscurecer el hecho histórico.

Muerto Constantino, los turcos entraron a mano armada en la ciudad, y causaron estragos terribles. Muchos griegos se refugiaron en Santa Sofía, esperando hallar seguridad en el templo. Pero los turcos, derribando las puerta injuriaron y acuchillaron a los refugiados, sin distinción de sexo ni edad. El mismo día de la toma de Constantinopla, o acaso al siguiente, Mahomet en solemnemente en Santa Sofía, para dar gracias al dios del Islam. Luego se instaló en el palacio de Blaquerna, residencia de los basileos.

Las fuentes coinciden en afirmar que el saqueo de la ciudad, de acuerdo con la promesa hecha por Mahomet a sus

soldados, duró tres días con sus noches. La población sufrió implacables matanzas. Las iglesias, empezando Santa Sofía, así como los conventos, fueron ultrajados y despojados, y se saquearon las casas particulares. En aquellos días fatales muchas obras maestras producto del espíritu humano se perdieron irreparablemente. Muchos libros fueron quemados, pisoteados o destruidos, y otros se vendieron a bajo precio. Según testimonio de Ducas, una inmensa cantidad de obras, apiladas en carretas, fueron dispersas por Oriente y Occidente. Por una pieza de oro se daban docenas de libros de Aristóteles y Platón, tratados religiosos, etc. Arrancóse de los Evangelios ricamente ornados sus partes de plata y oro, y los Evangelios en sí fueron quemados o malbaratados. Se prendió fuego a todas las santas imágenes y los turcos cocinaron sus guisos en esas hogueras[829]. No obstante, algunos sabios, en ellos F. I. Uspensky, opinan que «los turcos, en 1453, obraron con más mansedumbre y humanidad que los cruzados que tomaron Constantinopla en 1204».

Una tradición cristiana popular refiere que al entrar los turcos en Santa Sofía estaba celebrándose en el templo un Servicio religioso. El sacerdote que oficiaba y tenía en la mano los objetos litúrgicos, viendo a los musulmanes irrumpir en la iglesia, penetró en el muro del altar, que se abrió ante él, y desapareció. Cuando Constantinopla vuelva a manos de los cristianos, el sacerdote saldrá del muro y continuará el Oficio.

Hace unos cincuenta años, los guías mostraban a los turistas, en un rincón de Estambul, la tumba del último emperador bizantino, sobre la cual ardía una humilde lámpara de aceite. Pero esa tumba anónima no tenía, de seguro, relación alguna con la de Constantino, cuyo emplazamiento continúa siendo desconocido en la

actualidad.

En 1895, E. A. Crosvenor escribía: «Hoy, en el barrio de Abu Vefa, en Estambul, puede verse una tumba baja y anónima que los griegos de las clases inferiores veneran como la de Constantino. Una devoción tímida la ha rodeado de algunas ornamentaciones rústicas. Día y noche hay cirios encendidos junto a ella. Hace ocho años se la frecuentaba aun, si bien secretamente, como lugar de plegaria. Pero el Gobierno otomano intervino dictando penas severas, y desde entonces la tumba está casi abandonada»[830].

Se pensaba antaño que a los dos días de caer Constantinopla apareció en el Egeo la flota de socorro de Occidente, que regresó al conocer la triste noticia. Pero nuevos testimonios demuestran que ni los bajeles pontificios, ni los aragoneses o genoveses, zarparon hacia el este para socorrer a Constantinopla[831]. En 1456[832] Mahomet arrebató Atenas a los francos y en breve toda Grecia, incluso el Peloponeso, se le sometió. El antigua Partenón, donde, como dijimos, había en la Edad Media una iglesia dedicada a la Virgen, fue transformado en mezquita por mandato del sultán. En 1461 los turcos se adueñaron de la lejana Trebisonda, capital de un imperio otrora independiente. Y hacia la misma época ocuparon los restos del despotado del Epiro.

El Imperio bizantino ortodoxo dejó de existir y en su lugar fundóse y se desarrolló un Estado musulmán, el cual trasladó su capital desde Adrianópolis a Constantinopla, que desde entonces se llamó Estambul.

Ducas, imitando las lamentaciones de Nicetas Acominatos cuando el pillaje de los cruzados en 1204, deplora así el desastre de 1453:

«¡Oh, ciudad, ciudad, cabeza de todas las

ciudades! ¡Oh, ciudad, ciudad, centro de las cuatro partes del mundo! ¡Oh, ciudad, ciudad, orgullo de los cristianos y espanto de los bárbaros! ¡Oh, ciudad, ciudad, segundo paraíso puesto en Occidente, rica en plantas de toda especie que se curvan bajo el peso de los frutos espirituales! ¿Dónde está tu belleza, paraíso? ¿Dónde la fuerza, bienhechora del espíritu y la carne, de tus gracias espirituales? ¿Dónde los cuerpos de los apóstoles de mi Señor? ¿Dónde las reliquias de los santos, dónde las reliquias de los mártires? ¿Dónde las cenizas del gran Constantino y de otros emperadores?»[833]

Un cronista de la lejana Georgia, observa: «*Desde el día que los turcos tomaron Constantinopla, el sol se cubrió de tinieblas*»[834].

La caída de Constantinopla produjo terrible impresión en toda la Europa occidental, que sintió gran temor para el porvenir viendo los triunfos de los turcos. La ruina de uno de los principales centros cristianos, aunque cismático a juicio de la Iglesia católica, causó indignación, terror y anhelos de reparar el mal entre los fieles de Occidente. Los Papas, los soberanos, los obispos, los príncipes y los caballeros han dejado escritos y cartas pintado el horror de la situación exhortando a Cruzada contra el Islam victorioso y su representante, Mahomet «precursor del Anticristo y segundo Sennaquerib»[835]. Varias epístolas deploran la pérdida de Constantinopla en cuanto foco de civilización. En su exhortación al Papa Nicolás V, el emperador de Occidente, Federico III, considera la caída de Constantinopla «una desgracia común para toda la fe cristiana» y escribe que Constantinopla era un verdadero hogar («*velut domicilium proprium*») de las artes y las letras[836]. El cardenal Bessarión, lamentando en una de sus misivas la

caída de la ciudad, la llama «*escuela de las mejores artes*» («gymnasium optimarum artium»)[837]. Eneas Silvio Piccolomini, futuro Papa Pío II hablando de las innúmeras obras que poseía Bizancio y no eran aún conocida de los latinos, califica la conquista de Constantinopla por los turcos como un segunda muerte de Homero y Platón[838]. Algunos autores del siglo XV llaman a los turcos «*teucri*», considerándolos descendientes de los antiguos troyanos, anuncian el deseo del sultán de atacar a Italia, que le atraía por «sus riqueza y por las tumbas de los propios antepasados troyanos» de Mahomet[839]. Aunque por un lado los diversos escritos de mediados del siglo XV proclaman que «*el sultán, como antes Juliano el Apóstata, será obligado al cabo a reconocer la victoria del Cristo*»; que el cristianismo es sin duda lo bastante fuerte para no temer a los turcos; que se preparará una «*fuerte expedición*» («valida expeditio») y que los cristianos lograrán aplastar a los turcos y arrojarlos de Europa («fugare extra Europam»), no obstante, por otro lado, vemos indicada en los mismos escritos las grandes dificultades de la inminente lucha contra le turcos. Una de ellas consistía en las disensiones internas de los cristianos, cuyo «*espectáculo acrece el valor*» del sultán[840].

Eneas Silvio Piccolomini, en carta uno de sus amigos, traza una descripción muy justa de las relaciones contemporáneas entre los cristianos occidentales. «No espero —dice— la realizado: de mis deseos. El cristianismo carece de jefe: ni el Papa ni el emperador goza: de estima y autoridad adecuadas, sino que se les trata como a nombres imaginarios, como a imágenes pintadas. Cada ciudad tiene su propio rey; y en cuanto a príncipes hay tantos como casas. ¿Cómo se puede llegar a persuadir a los innumerables soberanos cristianos de que tomen las armas? Ved el cristianismo ¿Decís que Italia está apaciguada? No sé hasta

qué punto. Entre el rey de Aragón y los genoveses quedan aún vestigios de sus antiguas diferencias. Los genoveses no irán a pelear contra los turcos: dícese que les pagan tributo. Los venecianos han concluido un tratado con ellos. Y si no hay italianos no podemos contar con una guerra marítima. En España, como sabéis, hay varios reyes, de desigual poderío, de política diversa, de voluntad diferente y de opuestas ideas. No será a esos soberanos que habitan en los confines de Occidente a los que se podrá atraer a Oriente, sobre todo cuando están empeñados a su vez en luchar con los moros de Granada. El rey de Francia ha expulsado a sus enemigos de todo su reino, pero aun teme, no obstante, y no enviará sus caballeros fuera de su reino por temor a un repentino desembarco de los ingleses. Los ingleses sólo piensan en vengar su derrota de Francia. Los escoceses, los daneses, los suecos, los noruegos, que habitan al extremo del mundo, no se proponen fines exteriores a su país. Los alemanes, muy divididos, no tienen nada que los pueda reunir»[841].

Ni las exhortaciones de los Papas y los soberanos, ni los generosos impulsos de individuos y colectividades, ni la consciencia de un peligro común ante la amenaza turca, pudieron agrupar en un bloque contra el Islam a la desunida Europa. Los turcos siguieron avanzando y a fines del siglo XVII amenazaban Viena. El Imperio otomano llegó entonces a su apogeo. Y hoy Constantinopla sigue en poder de los turcos.

Los asuntos religiosos. La unión de Lyon. Movimiento Hesicasta. Unión de Roma. Unión de Florencia. La cuestión del concilio de Santa Sofía en 1450. La Iglesia bajo el dominio turco.

La historia religiosa de la época de los Paleólogos tiene gran interés en el sentido de las relaciones de la Iglesia grecooriental con Roma y de los movimientos religiosos que informaron la vida interior del Imperio. Las relaciones con Roma, en forma de frecuentes tentativas de reaproximación, corrieron parejas —salvo la Unión de Lyon— con el incremento del peligro turco, peligro que a juicio de los emperadores sólo podía conjurarse mediante la intercesión pontificia ante la Europa occidental. La actitud del Papa ante las propuestas del monarca oriental dependía con frecuencia de las condiciones de la vida internacional de Occidente.

La Santa Sede no deseaba promover una aventura al estilo de la cuarta Cruzada, que no había resuelto el cisma griego y sí aplazado la cuestión, no menos importante, de la Cruzada de Tierra Santa. La unión con los griegos parecía a los Papas más real y seductora, ya que así se pondría fin al antiguo cisma y se posibilitaría la liberación de Jerusalén. La reconquista de Constantinopla por los griegos en 1261 había producido al Papa penosa impresión. Por tanto, apeló a diversos soberanos, suplicándoles que salvaran la obra latina en Oriente. Pero la actitud pontificia dependía de los asuntos italianos. El Papa, por ejemplo, no deseaba obrar en Oriente de acuerdo con Manfredo, perteneciente a la casa de los aborrecidos Hohenstaufen. Y cuando el poder de éstos en Italia fue aniquilado por Carlos de Anjou, a invitación del

Papa, Roma, sin embargo, no estimuló la política agresiva de Carlos respecto a Bizancio. El poderío de Carlos, acrecido con la conquista del Imperio oriental, no hubiera sido menos peligroso para la situación del Pontificado que el poderío de los Hohenstaufen.

La primera Unión, concluida en Lyon por Miguel Paleólogo, no nació a consecuencia del peligro turco en Oriente, sino bajo la amenaza de la citada ofensiva política de Carlos de Anjou.

Desde la época de los Comnenos se había producido un gran cambio en la actitud de los emperadores de Oriente acerca de la Unión. Bajo los Comnenos, y sobre todo en la época de Manuel, los emperadores habían buscado la unión, no sólo espoleados por el peligro turco, sino también en la esperanza de adquirir, ayudados por el Papa, la hegemonía de Occidente, ejecutando el plan, ya irrealizable entonces, de reconstruir el antiguo Imperio romano. Esta aspiración chocaba con la de los Papas, que tendían también a obtener la plenitud del poder en Occidente. Por eso la unión fracasó. Pero el primer Paleólogo expuso pretensiones mucho más modestas. Ya no pensaba en expansiones occidentales del Imperio, sino en defender éste, con apoyo del Papa, del Occidente, personificado por Carlos de Anjou. La Curia pontificia acogió con agrado aquellas gestiones, comprendiendo que la sumisión de la Iglesia de Constantinopla en tales circunstancias, conduciría, una vez que el peligro siciliano fuese eliminado de Bizancio, a una especie de protectorado político de Roma sobre Constantinopla. Cierto que tal acrecimiento de poder temporal en el Papa debía tropezar con cierta resistencia de los soberanos occidentales. A la vez, el emperador bizantino se hallaba en presencia de una enérgica oposición interna, hostil a todo acercamiento a la Iglesia romana, ya que *el*

clero griego, en su mayoría, continuaba afecto a las doctrinas greco-orientales. Como dice Norden, «Gregorio X ejerció presión sobre el rey de Sicilia con argumentos espirituales y Paleólogo sobre sus prelados con argumentos políticos»[842].

Uno de los más eminentes representantes de la Iglesia griega, «hombre inteligente, maestro en la elocuencia y las ciencias»[843], el futuro patriarca Juan Beccus (Veccus), que había sido adversario de la unión, y por ello aprisionado, convirtióse durante su encarcelamiento en celoso partidario del unionismo y en gran auxiliar del emperador en sus propósitos pro romanos.

Esto tuvo mucha importancia para la política de Miguel. El concilio se celebró en Lyon en 1274. Miguel envió una embajada solemne, a cuya cabeza iban el anciano patriarca Germán y el historiador y Gran Logoteta Jorge Acropolita, antiguo amigo del emperador. Entre los miembros de la Iglesia romana parecía llamado a ejercer gran papel en el concilio un ilustre representante de la ciencia católica medieval: Santo Tomás de Aquino. Pero Tomás murió cuando se dirigía a Lyon, siendo substituido por el cardenal de Albano, San Buenaventura, representante no menos eminente de la ciencia religiosa occidental.

La Unión de Lyon se acordó sobre las bases siguientes: el emperador adoptaba el «filioque» y el pan ácimo (sin levadura) y aceptaba la supremacía papal. Jorge Acropolita prestó juramento en nombre de Miguel[844].

Además, Miguel consentía en ayudar al Papa, tanto militar como económicamente, para la Cruzada proyectada con miras a liberar Tierra Santa, a condición expresa de que Carlos de Anjou cesara toda hostilidad, permitiendo así al emperador dirigir el grueso de sus fuerzas a Oriente sin temor de un ataque por la espalda.

La Unión no contestó a ninguna de las partes. Miguel halló obstinada resistencia en la masa del clero griego. En Tesalia se celebró un concilio antiunionista, opuesto a Miguel y a Juan Beccus[845]. Además, la idea de una Cruzada no podía complacer al emperador, quien no había olvidado la terrible advertencia de la cuarta Cruzada. Miguel mantenía relaciones amistosas con el sultán egipcio, enemigo acérrimo de los latinos de Siria. Entre 1274 y 1280, cinco embajadas pontificias acudieron a Constantinopla con el fin de confirmar la Unión[846]. Pero en 1281 el nuevo Papa, Martín IV, creación de Carlos de Anjou, rompió, según vimos, la Unión y sostuvo las pretensiones de Carlos sobre Bizancio. Sin embargo, Miguel, hasta su muerte, consideróse obligado por las estipulaciones de Lyon.

Aparte el problema unionista, la vida religiosa bizantina, bajo Miguel, estuvo signada por las luchas de los partidos religiosos, el más importante de los cuales fue el de los arsenitas.

A contar del siglo XII se advierten en la Iglesia de Bizancio dos partidos opuestos e irreconciliables que luchan por alcanzar la influencia y el poder en la administración eclesiástica. Uno, en las fuentes bizantinas, es llamado partido de los «*Celotas*» celosos; el otro, de los «*Políticos*» moderados[847]. El historiador eclesiástico Lebediev traduce este término por el vocablo contemporáneo de «*Oportunistas*»[848].

El partido de los celotas o rigoristas, partidarios de la libertad e independencia de la Iglesia, se oponía a las usurpaciones de Estado y con esto contrariaba las ideas fundamentales de los emperadores bizantinos. Los *celotas*, en este orden de cosas, recordaban las ideas del célebre Teodoro de Studion, quien, en el siglo IX, había hablado y

escrito abiertamente contra la intromisión del poder temporal en los asuntos de la Iglesia. Los celotas se negaban a hacer con cesión alguna a la autoridad imperial y querían someter al emperador a la severa disciplina de la Iglesia. Por defender sus principios no vacilaron en sostener choques con las autoridades y la sociedad y frecuentemente se mezclaron a los disturbios políticos; siendo, pues, 110 sólo un partido eclesiástico, sino también político-religioso. Los celotas no brillaban por su cultura ni se cuidaban de propagar la instrucción en los medios eclesiásticos, pero observaban escrupulosamente las reglas de una moral y un ascetismo muy estrictos. En su lucha se apoyaron a menudo en los monjes y abrieron a éstos, en sus horas de triunfo, las vías del Poder y la influencia. Gregoras, a propósito de un patriarca celota, observa que «no sabía leer bien, ni aun deletreando»[849]. El mismo autor escribe para señalar la influencia monacal bajo el patriarca celota: «Los malos monjes encontraban que, después de tempestades y borrascas, el buen tiempo había vuelto para ellos y tras el invierno la primavera»[850].

En su ardiente celo por la ortodoxia, los celotas opusieron una resistencia, enconada a la política de unión de Miguel Paleólogo, ejerciendo mucho influencia en tal sentido sobre las masas populares.

Los políticos o moderados se colocaban en un plano diametralmente opuesto. Deseaban el apoyo estatal para la Iglesia y la cooperación de la Iglesia y el Estado, sin oponerse a que el último desarrollara alguna influencia sobre la primera. Estimaban que un poder temporal fuerte y no debilitado por otra intromisiones era condición precisa del bien de la nación y estaban prontos hacer importantes concesiones al poder imperial. Propugnaban la llamada tendencia «de la economía», es decir, que aceptaban que la

Iglesia, respecto a Estado, se adaptase a las circunstancias, consintiendo a veces en compromisos y no obrando rígidamente, como los celotas. Para justificar su método «de la economía», los políticos se referían de ordinario a los apóstoles y los Padres de la Iglesia. Los políticos reconocían la fuerza de la cultura y concedían las funciones eclesiásticas a personas ilustradas, interpretando, además, bastante libremente las reglas de una moralidad estricta y no aprobando el ascetismo riguroso. Por ello no encontraban apoyo en los monjes, sino en el clero secular y elementos instruidos de la sociedad.

La actividad de los dos partidos fue, por supuesto, muy diversa. Lebediev dice: «Cuando los políticos desempeñaban el primer papel en la escena eclesiástica, pusieron en práctica sus teorías con moderación y en una paz relativa. Por lo contrario, cuando fueron los celotas quienes empuñaron las riendas del Gobierno, se apoyaron en un elemento tan movedizo como los monjes y la plebe y obraron siempre de manera agitada, a menudo tumultuaria y a veces sediciosa incluso»[851]. En el delicado asunto de la unión los políticos se adscribieron al acuerdo lionés, sosteniendo la política de Miguel Paleólogo.

Las disensiones y luchas de ambos partidos —cuyo origen remontan algunos sabios a la época de la Disputa de las Imágenes y a las disensiones de focianos e ignacianos (siglo IX)— repercutieron en el seno del pueblo y suscitaron viva agitación. Cada casa, cada familia, tuvo representantes de los dos partidos enemigos. «El cisma de la Iglesia llegó a tal punto —escribe Paquimeres— que dividió a los habitantes de la misma morada: el padre se opuso al hijo, la madre a su hija, la suegra a la nuera»[852].

Bajo Miguel Paleólogo, los celotas, o arsenitas, según

eran llamados a fines del siglo XIII y principios del XIV, desplegaron intensa actividad. El término de arsenitas nació del nombre del patriarca Arsenio, quien ocupó dos veces la sede patriarcal: la primera en Nicea, la segunda en Constantinopla, una vez restaurado el Imperio. Arsenio, hombre poco instruido, había sido elevado al patriarcado por Teodoro II Láscaris, en la esperanza de tener en él un instrumento maleable. Pero el emperador se engañó. El patriarcado de Arsenio señalóse por choques violentos entre el patriarca y el emperador, conduciendo a la formación del partido arsenita, que produjo turbaciones en la Iglesia griega durante varias décadas. Arsenio no vaciló en excomulgar a Miguel Paleólogo, quien, como sabemos, había depuesto y cegado a Juan IV, último emperador de Nicea, a pesar del juramento que le ligaba a dicho monarca. El emperador, harto ya, destituyó a Arsenio, enviándole al destierro, donde murió. Arsenio consideró ilegítima su destitución y los actos del nuevo patriarca de Constantinopla, y vaticinó la próxima ruina de la Iglesia. Las ideas arsenitas conmovieron a la sociedad contemporánea y hallaron numerosos adeptos entre clérigos y seglares. El resultado fue el cisma de los arsenitas, que tomaron como lema la sentencia de Pablo: «No toquéis…» (*Epístola a los colosenses* II, 21), es decir, que resolvieron «no tocar», no tratar a los que Arsenio había condenado.

Los arsenitas encontraron sólido apoyo en el pueblo, en el que sembraron agentes secretos, peregrinos y vagabundos, calificados por el populacho de «*hombres de Dios*» y por Paquimeres de «*sacóforos*»[853]. Aquellos agentes, penetrando en las casas, sembraban en ellas turbulencias y divisiones. El historiador eclesiástico, I. E. Troitzki, describe así a tales auxiliares de los arsenitas:

«Existía en el Imperio bizantino una fuerza oculta y no reconocida, una fuerza singular. No tenía nombre, no se revelaba sino a momentos; emergía, digámoslo así, de las tinieblas. Era una fuerza compleja, difícil de definir, equívoca en su origen y sus caracteres. La componían los elementos más dispares. Tratábase principalmente de hombres andrajosos, mendigos, sacóforos, peregrinos, débiles de espíritu, enigmáticos vagabundos, mujeres posesas y otras gentes obscuras llegadas de no se sabía dónde, sin domicilio fijo. Se unían a este elemento, más o menos abiertamente, funcionarios en desgracia, obispos depuestos, sacerdotes a quienes se habían retirado las órdenes, monjes expulsados de los conventos, y a menudo miembros de la familia real destituidos de su rango. El origen y composición de este partido determinaron su carácter fundamental. Creado bajo la influencia de las anómalas condiciones sociales, representó una oposición sorda, generalmente pasiva, pero real, que se dirigía contra el poder imperial principalmente. Tal oposición se expresaba, de ordinario, por rumores difundidos sobre tal o cual miembro del Gobierno y destinados a comprometerle más o menos. Aunque semejante partido no osara a menudo excitar declaradamente las pasiones políticas, preocupó, sin embargo, seria y frecuentemente al Gobierno, quien temía las actividades de aquel elemento tanto más cuanto que por una parte era difícil vigilarlas y por otra el medio social quedaba vivamente impresionado por ellas. El pueblo mísero, embrutecido, ignorante, y, en consecuencia, crédulo y supersticioso,

> constantemente arruinado tanto por el enemigo exterior como por los funcionarios públicos, colmado de impuestos y gimiendo bajo el yugo, oprimido por las clases privilegiadas y los mercaderes extranjeros monopolizadores, era muy sensible a las insinuaciones emanadas de aquella fuerza obscura, la cual, formada en el seno del pueblo y sometida a las condiciones en que éste vivía, poseía el secreto de conmover en el momento decisivo todas las fibras del alma popular. La masa de la capital fue especialmente sensible a estas insinuaciones… Este partido manifestó su oposición al Gobierno de diversas maneras, pero su oposición era más peligrosa que nunca para el jefe del Estado cuando tomaba por consigna la palabra mágica de “ortodoxia”»[854].

Los partidarios del ex emperador Juan Láscaris se aliaron también a los arsenitas en tiempo de Miguel VIII.

Miguel, inquieto por la agitación arsenita, tomó medidas coercitivas y rigurosas. Los arsenitas hubieron de huir de la capital a donde hasta entonces se habían constreñido sus actividades. Entonces las provincias se abrieron a sus prédicas exaltadas, en que se atacaba al emperador y se exaltaba al patriarca depuesto. La lucha y el cisma continuaron después de la muerte de Arsenio. Con frase de Troitzki, la lucha de partidos bajo Miguel «recuerda, por su entusiasmo delirante y por la indiferencia en la elección de medios, los tiempos más tumultuosos de las luchas contra los herejes en los siglos IV, V y VI»[855].

La Unión de Lyon cambió en varios aspectos la situación del partido arsénica. Aquella unión afectaba, en efecto, a los fundamentos mismos de la Iglesia griega: la ortodoxia. Los

arsenitas, con sus intereses angostos y sus ideales restringidos, pasaron a segundo termino y la atención de pueblo y Gobierno se centró casi exclusivamente sobre el problema de la unión. De aquí el silencio, extraño a primera vista, que guardan los historiadores a propósito de los arsenitas en la época comprendida entre la Unión de Lyon y la muerte de Miguel VIII. No obstante, nos consta que en 1278 se celebró en Tesalia o en el Epiro un concilio arsenita con miras al triunfo del arsenismo y a la glorificación de la memoria de Arsenio[856].

Miguel, notando una obstinada oposición, tanto declarada como secreta, a los acuerdos de unión, hízose, en los últimos años de su reinado, extremamente cruel. Los que no aprobaban sus ideas, fuesen laicos o religiosos, se hallaron muy perseguidos.

Andrónico II, hijo y sucesor de Miguel, heredó de éste dos cuestiones de difícil resolución: la Unión y la lucha de los arsenitas contra la Iglesia oficial. Ante todo el nuevo emperador rescindió la Unión públicamente y restableció la ortodoxia. «Por doquier —escribe Gregoras— se enviaron correos portadores de edictos imperiales, suprimiendo los desórdenes de la Iglesia, disponiendo el regreso de los desterrados por su celo en favor de la Iglesia y amnistiando a cuantos hubiera sufrido cualquier otra pena»[857]. La aplicación de tales edictos no presentó grandes dificultades, porque la mayoría del clero y de la población eran hostiles a la unión con Roma. La Unión de Lyon había durado ocho años oficialmente (1274-1282).

El romper la unión daba el triunfo a celotas y arsenitas, enemigos convencidos de la unión, los unionistas y todo lo latino. Pero los arsenitas no se dieron por contentos. Participaron, pues, al lado de Láscaris, en una conjura contra

el emperador, esperando, de triunfar, obtener influencia exclusiva en el Estado. La conspiración, descubierta a tiempo, fue aplastada y a continuación el cisma arsenita disipóse gradualmente y no sobrevivió a Andrónico el Viejo, quien, olvidando las inquietudes que le habían causado los arsenitas, consintió en su solemne reintegración al seno de la Iglesia. Aun unos cuantos, arsenitas disidentes «*se apartaron de la ortodoxia e hicieron una nueva escisión*»[858], pero, como dice Troitzki, aquello era «la última convulsión de un movimiento que se sobrevivía a sí mismo, y no encontraba eco en parte alguna. El arsenismo, pues, desapareció en breve, sin dejar huellas, en el curso de las nuevas turbulencias políticas y religiosas»)[859].

Con el triunfo de la política ortodoxa se acreció y fortaleció, a fines del siglo XIII, el partido de los celotas, siempre apoyados en los monjes y en los ideales monásticos. En el siglo XIV los celotas desplegaron una actividad intensa, no limitada a lo religioso, sino complicada con las cuestiones sociales y las luchas políticas partidistas. Los celotas participaron con intensidad en los desórdenes del siglo XIV, en Tesalónica, persiguiendo fines políticos poco claros y sosteniendo al emperador Juan V contra Cantacuzeno. Jorga, por esa razón, llama a los celotas *legitimistas*[860]. El historiador Tafrali ha hecho recientemente un interesante intento de exponer la ideología política de los celotas, fundándose en un discurso inédito del famoso místico bizantino del siglo XIV, Nicolás Cabasilas[861].

En la primera mitad del siglo XIV los celotas y monjes dominaron gradualmente al clero secular. Tal movimiento terminó con el triunfo completo de los monjes del Athos sobre el patriarca de Constantinopla en la época de las llamadas luchas hesicastas, de las que hablaremos después.

Esa época vio al último patriarca de Constantinopla elegido entre los dignatarios del Estado y buscado entre el clero secular. «Desde entonces, los puestos más elevados de la jerarquía aparecen ocupados exclusivamente por monjes y la sede patriarcal de Constantinopla hácese por mucho tiempo propiedad de los representantes del Monte Athos»[862].

Bajo Andrónico II, se produjo un importante cambio en la administración del Athos. Sabemos que Alejo Comneno había, a fines del siglo XI, liberado al Athos de toda sujeción a las autoridades civiles y religiosas, colocando a los monasterios del Athos bajo la dependencia exclusiva del emperador. Era él quien consagraba al «protos» o jefe del Consejo de higúmenos al que estaba confiada la administración de los monasterios. Andrónico el Viejo renunció a ejercer una autoridad directa sobre el Athos y confió los conventos al patriarca de Constantinopla, quien debía consagrar al «protos». En la crisóbula expedida con esta ocasión se lee que el «protos» del Athos, *«segundo paraíso, cielo estrellado, asilo de todas las virtudes», estará «bajo la alta dependencia espiritual del patriarca»*[863].

Al nombre de Andrónico se halla vinculada también la última reforma importante que modificó la organización de la Iglesia bizantina. Las eparquías fueron redistribuidas de un modo más en consonancia con la reducción territorial del Imperio. Ya se habían producido algunos cambios bajo los Comnenos y los Ángeles; pero la división de eparquías y sedes episcopales atribuidas generalmente a León el Sabio (hacia el 900) subsistía aun, oficialmente, a fines del siglo XIII. Mas el territorio imperial había disminuido y el Asia Menor se había perdido casi del todo. En Europa los Estados eslavos y latinos ocupaban la mayoría de las regiones antaño pertenecientes al Imperio. No obstante, ida lista de las

metrópolis sometidas a la sede apostólica y patriarcal de la capital protegida por Dios,”[864] lista compuesta en tiempos de *Andrónico el Viejo*, hace olvidar por completo la modesta extensión del territorio imperial, ya que enumera una larga serie de ciudades y regiones sitas en países extranjeros, pero que dependen de Constantinopla en el orden eclesiástico. Entre las metrópolis más alejadas se incluyen en esa enumeración las de las regiones caucásicas, Crimea, Rusia, Galitzia, Lituania. Tal distribución subsiste aun en Constantinopla, con escasas variantes. «La lista de las metrópolis del trono ecuménico —escribe J. Sokolov—, tiene su origen en tiempos remotos y representa hasta cierto punto el legado directo e indiscutible de la época bizantina».

En la primera mitad del siglo XIV se desarrolló en Bizancio el movimiento hesicasta, en parte religioso y en parte místico y que motivó ásperas discusiones y polémicas.

Los hesicastas, ησυχασται, «*hombres que viven en el reposo*», se esforzaban en alcanzar la unión íntima y total con Dios, eligiendo como único medio para ello el renunciamiento al mundo, la «*hesiquia*», el silencio.

La querella hesicasta, que turbó durante algún tiempo la vida interior del país, nació cuando el Estado atravesaba una situación difícil y compleja, con los turcos —y más tarde los servios— actuando como enemigos exteriores, mientras en el interior se desarrollaban las tenaces luchas de los dos Andrónicos y más tarde de Juan Paleólogo y de Cantacuzeno, hechos que, reunidos, ponían en peligro la misma existencia del Imperio. El cisma arsenita, además, no había terminado sino muy poco antes, después de introducir graves causas de discordia en la Iglesia y el Estado.

El motivador de la querella hesicasta fue el monje griego Barlaam, procedente de Calabria y hombre que

desnaturalizó y burlóse de las opiniones de los hesicastas. Éstos tenían como centros principales los monasterios del Athos, y sus doctrinas habían sido comunicadas a Barlaam, a una luz equivocada, por un inculto monje bizantino. En un informe dirigido al patriarca y al concilio leemos: «Hasta los últimos tiempos vivíamos en paz y tranquilidad, aceptando en confianza y con toda sencillez de corazón la palabra de la fe y la piedad, cuando la envidia del demonio y la insolencia de un cierto Barlaam levantaron a este último contra los hesicastas que, con sencillez de corazón, viven una vida pura y próxima a Dios». El Athos, siempre guardián de la pureza de la ortodoxia oriental y los ideales monásticos, quedó muy afectado por aquella controversia en cuyo desarrollo y desenlace tuvo preponderante papel.

Los historiadores consideran la controversia hesicasta como uno de los sucesos más importantes del siglo XIV. El alemán Gelzer declara, no sin alguna exageración, que tal lucha religiosa fue «uno de los fenómenos más sorprendentes e interesantes que atañen a la civilización de todos los tiempos»[865]. El más reciente investigador de esta cuestión —el griego Papamicael— opina que el movimiento hesicasta fue el fenómeno *cultural* más importante de la época y que merece el más atento estudio[866].

El valor intrínseco e importancia de aquel movimiento ha sido motivo de vivas discusiones científicas. Troitzki ve en el hesicastismo la continuación de la pugna de celotas y políticos[867], o, en otros términos, de los monjes y el clero secular, lucha que con la querella hesicasta condujo al triunfo pleno de los monjes. F. I. Uspensky opina que la querella hesicasta fue el conflicto de dos tendencias filosóficas: el aristotelismo, cuyas doctrinas había adoptado la Iglesia oriental, y el platonismo, cuyos adeptos habían

sido anatematizados por la misma Iglesia. Más tarde, aquella lucha, nacida en un terreno filosófico, se trasladó al teológico. El importante papel histórico de los voceros del hesicastismo dimana del hecho de que, lejos de limitarse a representar una tendencia nacional griega opuesta a Occidente, estuvieron a la vez a la cabeza del movimiento monástico, siendo sostenidos por el Athos y los conventos balcánicos que dependían del monte sagrado[868]. En su libro publicado en 1911, Papamicael no niega que la lucha de los monjes (celotas) contra los políticos, así como ciertas especulaciones filosóficas, fueran factores importantes, aunque secundarios, del movimiento, pero piensa que la verdadera explicación de la querella hesicasta debe buscarse ante todo en un campo puramente religioso y la halla en la corriente mística, muy fuerte entonces en Occidente, pero también en Oriente, y, sobre todo, en el Athos, y a la vez en el esfuerzo del monje griego, occidental Barlaam, para latinizar el Oriente ortodoxo bizantino mediante sus ataques sarcásticos y racionalistas, que quebrantaban la autoridad monástica en Bizancio[869].

El proselitismo latino de Barlaam no se ha probado aun de manera fehaciente. Prescindiendo de esa cuestión vemos que el movimiento hesicasta, aunque religioso en su origen, adquiere más amplitud e interés si lo comparamos con el *misticismo* dominante en la Europa oriental y occidental y con ciertos fenómenos espirituales de la época del Renacimiento italiano. El estudio del movimiento hesicasta en ese sentido pertenece aun al terreno de lo futuro.

El más eminente hesicasta y el mejor teórico de la doctrina de la hesiquia fue Gregorio Palamás, arzobispo de Tesalónica, hombre culto y escritor distinguido, adversario enconado de Barlaam y jefe de un partido que se llamó *Palamita*. No sólo Palamás, sino otros, divulgaron y

explicaron en sus obras *las doctrinas de la hesiquia*. Uno de los más notables de esos autores fue Nicolás Cabasilas, místico bizantino, poco conocido por desgracia y cuyas obras y opiniones merecen el más atento estudio.

Con arreglo a la obra de Papamicael y a la exposición de Sokolov, vamos a tratar de dar un breve análisis de la doctrina de la hesiquia.

Los hesicastas se consagraban enteramente al conocimiento y contemplación de Dios, procurando unirse a Él y dirigiendo todas sus fuerzas en ese sentido. Debían alejarse «del mundo en su conjunto y de cuanto lo recordara» y aislarse, «concentrándose y recogiendo su espíritu en sí mismos». Para alcanzar esa concentración, el hesicasta debía apartarse de toda imaginación, idea y pensamiento; liberar su espíritu de todo conocimiento, a fin de poder fácil y libremente hundirse con impulso absolutamente independiente en las tinieblas auténticamente místicas de la ignorancia... La plegaria más elevada, penetrada y absoluta de los hesicastas era una comunicación «inmediata» con Dios: entre Dios y el orante no existía ni pensamiento, ni opinión, ni imagen del presente, ni consciencia del porvenir. Era la contemplación superior —contemplación de Dios tan sólo—, la abstracción perfecta del espíritu, el abandono de todo lo sensual, la plegaria pura, de la que está ausente todo pensamiento extraño y la inquietud de toda concentración exterior. No cabe imaginar nada más perfecto y elevado. Es un estado de éxtasis, de unión mística con Dios, de divinización. En tal estado extático, el espíritu abandona por entero los límites de lo sensual que le rodea, se aparta de todo pensamiento, adquiere una insensibilidad perfecta, *vuélvese sordo y mudo*. No sólo abdica de sus impresiones exteriores, sino que franquea los límites de su individualidad, pierde la

consciencia de sí mismo, y, por tanto, quien alcanza el éxtasis no vive una vida personal e individual. Su vida anímica y corporal se detiene; el alma permanece inmóvil y unida al objeto de su contemplación... Por consecuencia, el fundamento y esencia de la hesiquia es el amor de Dios con el alma, el corazón y el espíritu, y la aspiración a la contemplación divina por una abdicación total de cuanto, en sus menores detalles, recuerda el mundo y lo que éste encierra. Es *la muerte para el siglo.*

Los hesicastas alcanzaban su fin a través de un aislamiento y silencio absolutos, mediante el «cuidado del corazón» y la mortificación del espíritu, con penitencia continua, profusión de lágrimas, meditación en Dios y en la muerte, y repetición continua de la plegaria «íntima»: «*Señor Jesucristo, tened piedad de mí, Hijo de Dios, socorredme*». La consecuencia de esta devoción del ánimo era una humildad profunda.

Más tarde la doctrina de la hesiquia fue expuesta más sistemáticamente, sobre todo por los monjes del Athos, donde los religiosos siguieron el camino conducente a una hesiquia perfecta a través de varias etapas o escalas. Hallamos, así, cuatro clases de silenciosos: los novicios, los casi llegados, los ya llegados y los perfectos. Muy pocos alcanzaban la «*Contemplación*», grado máximo de la hesiquia. La mayoría quedaban en los primeros grados[870].

El principal representante del movimiento hesicasta fue Gregorio Palamás, arzobispo de Tesalóníca. Había recibido en Constantinopla, bajo la protección de Andrónico II, una cultura extensa y varia y sintióse atraído desde su juventud por el estudio de las cuestiones monásticas. A la edad de veinte años hízose monje en el Athos y distribuyó su tiempo entre el Athos, Tesalónica y algunos apartados lugares de

Macedonia. Pronto superó a todos los monjes del Athos por su ascetismo y sus esfuerzos en lograr la perfección contemplativa. Una vez obtenida una opinión concreta sobre la contemplación, inicia su actividad literaria, consagrada a definir sus ideas sobre el ascetismo. No pudo satisfacer su deseo de retirarse a una soledad completa, porque las turbulencias suscitadas por Barlaam principiaban a conmover el Athos.

No se han esclarecido bien los planes de Barlaam al llegar a Constantinopla. Fuese como fuera, gozaba de tanto favor que obtuvo el nombramiento de abad (higúmeno) de un convento de la capital. Pero el historiador Nicéforo Gregoras púsole en jaque en el curso de una controversia, y entonces Barlaam huyó a Tesalónica, desde donde alcanzó el Athos. Allí conoció, a través de un monje ignorante, la doctrina de la hesiquia. Barlaam acusó a los hesicastas, los cuales al alcanzar el grado supremo de la perfección veían «*con ojos corporales una luz divina y no creada brillando en torno a ellos*». Los monjes, según Barlaam, minaban los dogmas fundamentales de la Iglesia al pretender ver, con ojos corporales, la luz divina, puesto que así admitían que la gracia divina es creada y aprehensible. La controversia escrita surgida entre Barlaam y Palamás creó los partidos de palamitas y baarlamitas, pero no tuvo resultados decisivos. La disputa se remitió a Constantinopla, donde se resolvió congregar un concilio.

El concilio debía ocuparse en la naturaleza de la luz que en el Monte Tabor vieron los discípulos de Cristo cuando la Transfiguración. ¿Tratábase de una luz creada o increada? Según Palamás, la luz vista por los hesicastas era igual a la del Tabor, es decir, una luz, como ésta, divina e increada.

En el concilio, reunido en Santa Sofía, se impuso la tesis

de Palamás y Barlaam hubo de rectificar en público. Pero las fuentes dan datos contradictorios sobre la asamblea. F. I. Uspensky, por ejemplo, pone en duda que Barlaam fuera condenado. En todo caso Palamás no se satisfizo con la resolución adoptada[871].

Persistieron las discordias en la Iglesia. En otros concilios se discutieron nuevos puntos litigiosos, mientras los representantes de la Iglesia se mezclaban a los conflictos políticos surgidos de la lucha entre Paleólogo y Cantacuzeno. Palamás fue arrestado por el patriarca, a causa de su intransigencia religiosa, y pasó algún tiempo encarcelado. Palamás halló un fiero adversario en Nicéforo Gregoras, antes enemigo de Barlaam, pero que a la sazón se había adherido al partido de la unión con Roma. Finalmente triunfó la tesis palamita, siendo reconocida como justa y valedera por toda la Iglesia ortodoxa. La decisión del concilio censura «*las blasfemias de Barlaam*» y le aparta de la comunión cristiana por otros errores, y en particular por llamar a «la luz de la Transfiguración del Señor, que se apareció a los discípulos y a los bienaventurados apóstoles ascendidos con él (al monte), creada y descriptible, no diferente de la luz que se percibe con los sentidos»[872]. Pero la larga lucha de Palamás contra sus adversarios había agotado sus fuerzas y murió en 1360, tras una enfermedad dilatada y cruel. En una bella miniatura de un manuscrito de Juan Cantacuzeno, existente en la Biblioteca Nacional de París, se ve a Cantacuzeno, sentado en su trono, resolviendo en el concilio la cuestión de la luz del Monte Tabor.

La querella hesicasta terminó, pues, con la victoria absoluta de la ortodoxia rigurosa y de los monjes del Athos. «La montaña sagrada —escribe Gelzer— se convirtió en la *Sión de la Verdadera Fe.* Durante la terrible crisis que exterminaba a un pueblo entero, mientras los otomanos

aplastaban sin piedad al pueblo romano, el Athos se transformó en un asilo cuyo silencio buscaban los corazones desgarrados. Muchos ánimos fuertes, que se habían extraviado en su vida terrena, prefirieron pasar en el alejamiento del mundo y en la unión con Dios el resto de sus existencias, llenas de conflictos íntimos. La vida monástica, en aquella triste época, ofreció a una nación infortunada el único consuelo verdadero y durable»[873].

La ciencia no ha esclarecido lo bastante el papel de los hesicastas en los conflictos políticos de la época. De lodos modos, los jefes de corrientes políticas, comprendiendo la importancia del movimiento hesicasta, se apoyaron en él a menudo para sus fines profanos. No obstante, la grave situación política surgida del peligro turco obligó a los monarcas, incluso a los que habían buscado a veces el apoyo del hesicastismo, a separarse de la rigurosa ortodoxia palamita, buscando una aproximación a la Iglesia de Roma, única capaz, a juicio de los basileos, de levantar al Occidente de Europa en defensa del cristianismo. Esta tendencia hízose particularmente acusada al ser depuesto Juan Cantacuzeno al afirmarse en el trono Juan V, emperador semilatino por línea de su madre Ana de Saboya y cuyo nombre va vinculado a la segunda Unión.

Ya conocemos los éxitos militares de los turcos en el siglo XIV. Hacia la séptima década de este siglo, los otomanos poseían el Asia Menor y la península europea de Gallípoli y empezaban a progresar en los Balcanes, amenazando Constantinopla. Juan V entonces puso, todas sus esperanzas en el Papa.

Pero el Papado, en el siglo XIV, atravesaba un período de contradicciones y controversias tensas que se manifestaron en dificultades de relación con el poder político local y

regional de Europa debido a sus encontrados y pautados intereses sectoriales y así fue como se comenzó a hablar de la *Cautividad babilónica*: o en otras palabras, del sistema papal víctima y preso por sus propias debilidades mundanas, por las mismas relaciones políticas que él mismo había incentivado y que con posterioridad, se había manifestado como incapaz de administrar y resolver ante la variedad de diferentes manifestados entre los gobernantes. De 1305 a 1378, los siete Papas que se sucedieron tuvieron su residencia, de manera casi constante, en Aviñón, junto al Ródano, dependiendo prácticamente de los reyes de Francia. Las exhortaciones pontificias a los soberanos para que éstos socorriesen a Bizancio, fueron infructuosas o bien motivaron pequeñas expediciones que, aun cuando lograsen éxitos parciales y momentáneos, no podían solucionar el problema. Occidente no sentía entusiasmo por la Cruzada. Para muchos occidentales de entonces los cismáticos griegos eran más intolerables que los turcos muslimes.

Petrarca escribía: «*Los turcos son enemigos, pero los griegos cismáticos son peores que enemigos*»[874].

En 1367 el papa Urbano VI decidió trasladarse desde Aviñón a Roma. En la ruta halló emisarios bizantinos que le informaron del deseo del emperador de conseguir una Unión. Juan estaba incluso dispuesto a ir a Roma. Y emprendió, en efecto, el viaje, llegando a Roma por mar, vía Nápoles[875]. En junio de 1367 leyó, en una asamblea solemne, una profesión de fe enteramente conforme a los dogmas católicos. En San Pedro el Papa celebró una misa mayor durante la cual Juan V renovó su profesión de fe, reconociendo que el Espíritu Santo emanaba del Padre y del Hijo y que el Papa era jefe de todos los cristianos[876]. El mismo día el emperador comió con el Papa, siendo invitados todos lo cardenales. El emperador regresó por Nápoles y

Venecia, en cuya última ciudad atravesó experiencias humillantes. Ya sabemos que los venecianos le retuvieron en concepto de deudor insolvente, siendo menester que Manuel, hijo del emperador, reuniese la suma exigida y se presentara en Venecia para rescatar a su padre. Poco después de conclusa la Unión, Urbano V regresó a Aviñón.

La Unión de Roma de 1369 no produjo más resultados reales que la de Lyon. El Papa no pudo dar al emperador otra cosa que muestras de atención, regalos y promesas de expediciones. El Occidente de Europa, a pesar de las exhortaciones del Papa, no envió socorros contra los turcos. Y en cuanto a la *unión religiosa* solemnemente aceptada por Juan V, quedó en acto privado y la población de Constantinopla siguió, en masa, afecta a las doctrinas de la ortodoxia oriental. De todos modos, el viaje del emperador constituye un interesante episodio de los contactos espirituales de Bizancio con Occidente en la época renacentista[877].

La Unión más célebre es la de Florencia, conclusa en 1439. En aquel momento el ambiente político era más grave aun en el Oriente cristiano que cuando la Unión de Roma. La devastación turca de Servia y Bulgaria, la derrota de los cruzados en Nicópolis, el viaje infructuoso de Manuel II a la Europa occidental y la toma de Tesalónica en 1430, ponían al Imperio en una situación crítica a la que no afectó muy profundamente la derrota turca en Angora a manos de los mongoles. Pero los éxitos de los turcos se transformaban ya en amenaza seria para Occidente. Por tanto en el concilio de Florencia pareció muy obvia la necesidad de una lucha común latinogriega contra los turcos. Más, la indiferencia por la trágica situación política del Imperio, el partido ortodoxo luchó enérgicamente contra la Unión, no sólo por temor de que alterase la pureza de la ortodoxia griega, sino

también por inquietud de que el socorro occidental comprado a precio de la Unión produjera la preponderancia occidental en Oriente. No se quería que el probable yugo turco fuese reemplazado por otro, latino. A principios del siglo XV, el polemista bizantino José Brienne decía:

> «No creáis que los pueblos occidentales han de ayudarnos antes o después. Si un día se levantasen diciendo que vienen en nuestro socorro, se armarían para aniquilar nuestra ciudad, nuestra raza y nuestro nombre»[878].

Tal aprensión estaba justificada. Baste recordar los planes conquistadores de Alfonso *el Magnánimo*.

Hacia la misma época se reunía en Basilea el tercer gran concilio del siglo XV, después de los de Pisa y Constanza. En su programa figuraban la reforma de la Iglesia en su jefe y en sus miembros y la resolución del problema hussita, que después de la muerte de Juan Huss había adquirido considerable extensión. El papa Eugenio IV no experimentaba simpatía alguna por el Concilio. Éste y el Papa abrieron, simultánea y separadamente, negociaciones con Juan VIII. El Concilio y Constantinopla cambiaron embajadas. Entre los emisarios griegos enviados a Basilea figuraba Isidoro, higúmeno de un convento de Constantinopla y futuro metropolitano de Moscú. Isidoro, en el concilio, pronunció un discurso en favor de la unión de las Iglesias, lo cual debía «elevar un monumento grandioso, que rivalizaría con el Coloso de Rodas, cuya cúspide alcanzaría los cielos y cuyo brillo esplendería sobre Oriente y Occidente»[879]. Tras discusiones infructuosas sobre el lugar del concilio futuro, los Padres de Basilea decidieron abordar el tema griego después de resuelto el problema hussita. Tal decisión pareció ofensiva a los griegos, representantes,

según ellos, de la *ortodoxia verdadera*, que en aquel caso era puesta en el mismo plano que la herejía hussita. En Constantinopla «*se desencadenó una verdadera tempestad*»[880]. Entre tanto el emperador se aproximaba cada vez más al Papa, en cuyas manos entregó la dirección de las negociaciones unionistas. Temeroso de las tendencias reformadoras de Basilea, Eugenio IV trasladó el concilio a Ferrara, en Italia del norte, y luego, al declararse la peste, a Florencia. Parte de los miembros del concilio, desobedeciendo al Papa, quedáronse en Basilea y eligieron nuevo Pontífice.

El concilio ferraro florentino transcurrió en medio de una solemnidad extraordinaria. Juan VIII y su hermano; José, patriarca de Constantinopla; Marcos, metropolitano de Éfeso y encarnizado enemigo de la Unión; Bessarión, metropolitano de Nicea, partidario de la Unión y hombre de gran cultura y talento, así como otras muchas personalidades eclesiásticas y laicas, llegaron a Ferrara, pasando por Venecia. El Gran Duque de Moscovia, Basilio II *el Ciego*, envió como representante a Isidoro, poco antes designado metropolitano de Moscú, y partidario de la Unión. Acompañaban a éste muchos clérigos y laicos rusos.

Producíase entonces el florecer del Renacimiento italiano, y Ferrara, bajo los del Este, como Florencia bajo los Medicis, se distinguían por su brillante actividad intelectual y artística.

Las discusiones del concilio, centradas en particular sobre el «filioque» y la supremacía pontificia, arrastráronse con lentitud. Los griegos allí presentes distaban mucho de aceptar tales proposiciones. El emperador, cansado, se dispuso a partir. El patriarca José, adversario de la Unión, murió antes de concluir el concilio. Isidoro de Moscú

trabajaba activamente por la Unión. Y al fin se redactó el decreto unificador, en dos lenguas, promulgándose solemnemente, el 6 de julio de 1439, en la iglesia de Santa María del Fiore (Florencia). Algunos griegos, con Marcos de Éfeso a la cabeza, se negaron a firmar el acta.

Aun existen hoy en Italia muchos recuerdos de la *Unión de Florencia*. En la Biblioteca Laurenziana, de Florencia, se conserva y expone una interesante copia contemporánea del Acta de Unión, redactada en lenguas latina, griega y eslava. Aparte de las firmas griegas y latinas de ese documento, se halla en él la firma rusa del «humilde obispo Avrami (*Abramius*) de Suzdal», quien participó en el concilio. También subsiste la iglesia de Santa María del Fiore. En otro templo florentino, Santa María Novella, se ve el monumento fúnebre del patriarca José. Un fresco le representa en pie sobre ese monumento. En el Palazzo Ricardi se conserva un gran fresco del pintor italiano del siglo XV, Benozzo Gozzoli, representando a los Reyes Magos que van a Belén para adorar al Cristo recién nacido. En los Reyes Magos el pintor ha representado —bastante fantásticamente, desde luego— a Juan Paleólogo y al patriarca José, a quienes había visto entrar en Florencia. Roma guarda algunos recuerdos de la Unión. Entre los bajos relieves que representan al Salvador, a la Virgen, a San Pedro y a San Pablo, en la iglesia de San Pedro, relieves que pertenecen al siglo XV, se ven bajos relieves menores, relativos al concilio de Florencia. Tales son el embarque del emperador en Constantinopla, su llegada a Ferrara, una sesión del concilio de Florencia y el embarco de Juan Paleólogo en Venecia. En un museo de Roma hay un soberbio busto de Juan, de tamaño natural. Ese busto, reproducido a menudo, fue, sin duda, tomado del natural durante la estancia del emperador en Florencia[881].

Como las uniones de Lyon y Roma, la de Florencia no fue aceptada en Oriente. Juan, al regresar, advirtió pronto el fracaso de su intento. En torno a Marcos de Éfeso, que no había firmado la unión, reunióse un nutrido partido ortodoxo. Varios de los signatarios retiraron su firma después. Isidoro, de vuelta a Moscú, promulgó solemnemente en la Iglesia de la Asunción el decreto unionista, pero no halló simpatía en nadie. El Gran Príncipe dejó de darle los títulos de Pastor y Maestro y calificóle de «*Lobo devorador*».

Los patriarcas de Alejandría, Antioquía y Jerusalén se declararon hostiles a la Unión y en el concilio de Jerusalén (1443), el concilio de Florencia fue calificado de «impuro». Pero la Iglesia católica reconoce aún hoy la validez del decreto de Florencia y todavía en el siglo XIX el Papa León XIII le recordaba a los ortodoxos, en su *Encíclica sobre la unión de las Iglesias*, a que se atuviesen a ese decreto[882].

Como su hermano Juan, Constantino XI, postrero emperador bizantino, vio en la Unión el último recurso del agonizante Imperio. Se ha discutido a menudo la cuestión del concilio de Santa Sofía en 1450. Ciertos historiadores afirman que en ese año se reunieron en Constantinopla numerosos eclesiásticos orientales, entre ellos los patriarcas de Alejandría, Antioquía y Jerusalén. El concilio, tras condenar a la Unión y a sus partidarios, había, parece, *restaurado la ortodoxia*. El famoso sabio italiano León Allatius, que publicó por primera vez, en el siglo XVII, fragmentos de las actas de ese concilio, las consideraba apócrifas. Desde entonces las opiniones de los historiadores se han dividido. Unos, siguiendo a Allatius, dan las actas por apócrifas y el concilio por inexistente, mientras otros, en especial los sabios y teólogos griegos, para quienes el

concilio es de capital importancia, aceptan la autenticidad de las actas del concilio como hecho histórico[883]. Últimamente se ha resuelto la cuestión en el sentido de negar la autenticidad de las actas y rechazar la celebración de tal asamblea[884], aunque hay todavía voces aisladas que se oponen a ese criterio[885]. No tenemos bastantes pruebas para afirmar que se produjera bajo Constantino XI una ruptura oficial de la Unión, sancionada por un concilio. Al contrario, Constantino, ante el peligro inminente, pidió socorro de nuevo a la Europa occidental. En vez de la ayuda esperada, presentóse en Constantinopla el cardenal Isidoro, antiguo metropolitano de Moscú. En diciembre de 1452, cinco meses antes de la expugnación de la ciudad, Isidoro hizo proclamar solemnemente la Unión en Santa Sofía y celebró una misa unionista en la que mencionó el nombre del Papa. Ello produjo viva agitación en la capital.

Caída Constantinopla, la religión e instituciones religiosas griegas subsistieron bajo el dominio turco. Aparte aislados actos de violencia cometidos por el Gobierno turco o la población musulmana contra la Iglesia griega y la población ortodoxa, ha de reconocerse que bajo Mahomet II y sus sucesores inmediatos, los derechos religiosos concedidos a los cristianos fueron respetados con bastante rigor. La persona del patriarca, las de los obispos y las de los sacerdotes fueron declaradas inviolables. Todos los miembros del clero quedaron exentos de impuestos, mientras el pueblo griego debía pagar el «*baradch*» (contribución anual). La mitad de las iglesias de la capital fueron transformadas en mezquitas y la otra mitad quedaron en manos de los cristianos. Siguieron en vigor todos los cánones eclesiásticos relativos a la administración interior de la Iglesia. Continuó existiendo el Santo Sínodo, que se ocupaba, con el patriarca, en la dirección de los asuntos

eclesiásticos. Se permitió la libre ejecución de todos los Oficios religiosos. En todas las ciudades y pueblos autorizóse la celebración solemne de las Pascuas, etc. Tales costumbres religiosas se han mantenido en Turquía hasta nuestra época, aunque con el tiempo haya habido más casos de violación de los derechos de los habitantes cristianos, cuya situación, en ciertos instantes, ha sido difícil.

Bajo la nueva dominación, el primer patriarca de Constantinopla fue elegido por el clero, a poco de la toma de la ciudad, siendo reconocido por el sultán turco. El designado fue Genadio (*Jorge*) Escolario, quien había acompañado a Juan VIII a Ferrara y Florencia, manifestándose partidario de la Unión, pero se volvió luego celoso defensor de la ortodoxia. Su advenimiento eliminaba en definitiva la unión grecorromana.

Estado interior del Imperio bajo los paleólogos

El problema del estado interior del Imperio bajo los Paleólogos —administración general y situación social, financiera y económica— es uno de los menos estudiados y más complejos de la historia de Bizancio. Las numerosas y diversas fuentes que poseemos al respecto han sido insuficientemente estudiadas y apreciadas. Muchos documentos valiosos, sobre todo *las crisóbulas imperiales y las cartas monásticas*, pertenecen aún a tesoros manuscritos inéditos de las bibliotecas de Oriente y Occidente. En este

sentido los manuscritos de los monasterios del Athos tienen inmensa importancia. Pero los monjes ortodoxos athonieses han guardado celosamente sus bibliotecas, y en el siglo XVIII y primera mitad del XIX los manuscritos del Athos sólo han podido ser consultados por historiadores de religión ortodoxa. De modo que los sabios rusos han tenido en este estudio un papel muy importante.

En el siglo XVIII el viajero ruso V. G. Barski visitó dos veces los monasterios del Athos (1725-26 y 1744). Fue el primer sabio moderno que conoció las riquezas históricas del Santo Monte. La detallada descripción que nos ha legado proyecta viva claridad sobre esas valiosas fuentes[886]. En el siglo XIX los sabios rusos Porfirio Uspensky, P. I. Sevastianov, T. O. Florinski y V. Regel han trabajado activamente en los monasterios de la Montaña Sagrada, publicando una larga serie de documentos muy interesantes sobre la situación interior de Bizancio. Tienen particular importancia las cartas aparecidas en los suplementos de varios volúmenes de la revista bizantina rusa *Vizantiiski Vremennik*, cartas que no han sido aún estudiadas lo suficiente. A fines del siglo XIX el sabio griego Sp. Lambros publicó un catálogo en dos tomos de los manuscritos griegos del Monte Athos (1895-1900). Pero Lambros no pudo incluir en su catálogo dos importantísimas colecciones de manuscritos conservadas en los monasterios de Lavra y de Vatopedi. El catálogo de los manuscritos griegos de Vatopedi ha visto la luz en 1924[887]. El historiador francés G. Millet, enviado en misión al Athos en 1915, ha reunido una serie de documentos de los archivos de Lavra, lugar que, con frase de una crisóbula, es «cabeza y Acrópolis de toda la república monástica»[888]. Con escasas excepciones, los textos conseguidos por Millet no se han publicado aún. Actualmente se prepara su edición.

En el proemio del catálogo mencionado leemos: «La Montaña Sagrada ha preservado y conservado intactas la civilización bizantina y las fuerzas espirituales del pueblo heleno»[889]. Otras bibliotecas guardan igualmente una rica documentación sobre la época de los Paleólogos. Indicaremos solamente la importancia de la colección publicada, en seis tomos, por Miklosich y Müller con el título de *Acta et diplomata graeca medii aevi* y las numerosas ediciones de C. Sathas. Las actas del monasterio de Vazelon, junto a Trebisonda, impresas recientemente, dan nuevos y ricos materiales sobre la historia de la propiedad rústica y monástica no sólo en Trebisonda, sino en Bizancio en general, en los siglos XIV y XV[890].

El restaurado Imperio griego, ya muy disminuido en extensión y siempre decreciendo, amenazado, además, por los normandos, turcos, servios, venecianos y genoveses, se convirtió bajo los Paleólogos en un Estado secundario, sin vida normal ni estable. La completa desorganización de todos los mecanismos del Estado y la decadencia del poder central son rasgos distintivos de ese período. Las largas luchas dinásticas de los dos Andrónicos y de Juan V con Cantacuzeno; los esfuerzos de los emperadores para ganarse el favor papal mediante una Unión nunca aprobada por el pueblo; los viajes, que a veces resultaron humillantes, de los emperadores a la Europa occidental; los intentos de los emperadores, con no menos rebajamientos, para congraciarse con los sultanes, ya pagándoles tributo, ya residiendo por fuerza en sus cortes, ya casando a las princesas imperiales con príncipes muslimes, fueron hechos que debilitaron y degradaron a los ojos del pueblo el poder de los basileos bizantinos.

La misma Constantinopla, saqueada por los latinos, no

era, al pasar a manos de los Paleólogos, lo que había sido antaño. Los autores griegos y diversos extranjeros, viajeros y peregrinos, testimonian la decadencia de la capital en aquella época. A principios del siglo XIV el geógrafo árabe Abul-Feda, tras enumerar concisamente los más importantes monumentos de Constantinopla, observa: «*En el interior de la ciudad se encuentran campos sembrados, jardines y muchas casas en ruinas*»[891].

A comienzos del siglo XV, el viajero español Ruy González Clavijo escribía: «*En la ciudad de Constantinopla hay muchos palacios, iglesias y monasterios, pero la mayoría de ellos están en ruinas.* Es, sin embargo, notorio que antaño Constantinopla era una de las más nobles capitales del mundo. Por lo contrario, la colonia genovesa de Pera no es más que una ciudad pequeña, pero muy populosa. Está rodeada de un poderoso muro y posee casas excelentes, todas bien construidas»[892].

Hacía la misma época, el florentino Buondelmonti señalaba que la iglesia de los Santos Apóstoles, una de las más famosas de Constantinopla, *estaba en completa ruina* («ecclesia jam derupta»)[893]. No obstante, piadosos peregrinos de diversos países que visitaron Constantinopla en los siglos XIV y XV, quedaron sorprendidos y fascinados ante los ornamentos y reliquias de la iglesia constantinopolitana[894]. En 1287, el monje Rabbon Sauma, enviado por el rey de los mongoles, mantuvo una entrevista con Andrónico II y, autorizado por éste, visitó las iglesias y reliquias de la ciudad[895].

En 1422, el diplomática y moralista borgoñón Ghillebert de Lannoy «recibió del emperador Manuel II y de su joven hijo y heredero muy buena acogida y le fue concedida licencia para visitar las maravillas y antigüedades de la

ciudad y de los templos»[896].

En 1437 el viajero español Pero Tafur fue muy cortésmente recibido por Juan VIII. De regreso de Crimea y Trebisonda visitó Constantinopla otra vez. La ciudad estaba gobernada entonces por el «*déspota Dragas*», hermano de Juan, en ausencia de éste, que se hallaba en Italia. Tafur dice:

> «*La iglesia que ellos llaman Valayerna* (*Blanquerna*) *está hoy tan dañada que no es posible repararla ya*». «El puerto ha debido ser magnífico y aun hoy es bastante para abrigar los bajeles». «*El palacio del emperador ha debido ser magnífico, pero hoy hállase en tal estado que él y la ciudad muestran bien las pruebas que el pueblo ha soportado y soporta aún*». «La ciudad no tiene sino una población diseminada… Los habitantes no van bien vestidos, sino tristes y miserables…». «El Estado del emperador es tan espléndido cual lo ha sido siempre, pues que no omite ninguna de las antiguas ceremonias, mas es, en verdad, como un obispo sin sede»[897].

Constantinopla, con las ciudades tracias que le restaban, se encontró, después de las conquistas turcas y servias de la segunda mitad del siglo XIV en la Península balcánica, rodeada de posesiones osmanlíes y no pudiendo sostener relaciones —y éstas trabajosamente— sino con los territorios que le quedaban: Tesalónica, Tesalia y el despotado de Morea. Por tanto, estas regiones se independizaron de modo paulatino. Cuando los turcos cortaron la ruta marítima del mar Negro, la isla de Lemnos, al norte del Archipiélago, fue durante algún tiempo el granero de Constantinopla[898].

La feudalización del Imperio, comenzada antes de los Paleólogos, debilitó progresivamente la bien establecida

organización centralista. Los organismos del poder central no tuvieron, en ocasiones, cosa alguna que hacer, porque el Imperio estaba disgregado y desorganizado al mayor extremo. Los recursos del país y su capacidad económica, radicalmente destruidas por los latinos, se habían agotado en definitiva. Las provincias devastadas no rendían impuestos, las reservas estaban agotadas, se habían vendido las joyas de la Corona, no se podía alimentar a los soldados y la miseria reinaba por doquier[899]. Nicéforo Gregoras describiendo las solemnidades del matrimonio de Juan V, escribe:

> «En esta época el palacio estaba en tal desnudez que no se podía encontrar una sola copa o jarro de oro o de plata. Unos eran de estaño, otros de arcilla… y no hablo ya de las coronas y ropas, que solo tenían la apariencia de oro o piedras preciosas (pues en realidad) eran de cuero y se contentaban con dorados, semejantes a las que fabrican a veces los curtidores, y en parte con cristales que reflejaban diversos tintes.
>
> Aquí y allá se veían, muy raramente, piedras preciosas que tenían un fulgor verdadero y el brillo de las perlas, que no engaña a la vista. La antigua prosperidad y los esplendores del Imperio romano habían padecido una tal decadencia, se habían extinguido y perecido tan completamente, que no puedo hoy sin vergüenza exponeros *él* relato»[900].

Las ciudades más amenazadas por los turcos empezaban a despoblarse. Ya vimos que tras la toma de Gallípoli algunos habitantes de Constantinopla habían emigrado a Occidente. En 1425 mucha gente emigró a Tesalónica, y parte de los que huyeron se refugiaron en Constantinopla, juzgándola más segura[901]. El momento, en efecto, era

crítico: Tesalónica había sido ocupada por los venecianos y los turcos proyectaban tomar la ciudad, lo que hicieron, como vimos, en 1430.

El restringido territorio del Imperio y la debilidad numérica de su población no permitían sostener un gran ejército nacional, por lo que las tropas de los Paleólogos abarcaban mercenarios de diversas nacionalidades. Aparecieron compañías españolas (catalanas), turcas, genovesas, venecianas, servias y búlgaras. Había también, como antes, mercenarios anglosajones, varengos o anglo-varengos y vardariotas de raza turca[902]. No pudiendo pagar bien a sus mercenarios, el Gobierno a veces sufría la arrogancia altanera de sus mismos soldados y asistía, impotente, a la devastación de provincias enteras o grandes ciudades. Recuérdese el paso sangriento de los catalanes a través de las provincias del Imperio. Dada la debilidad de su ejército de tierra, los Paleólogos intentaron, en vano, resucitar, aunque sólo fuese en parte, la potencia de la decaída flota bizantina. Miguel VIII hizo algo en tal sentido, pero Andrónico II descuidó de nuevo la flota, y las islas del Archipiélago que aun pertenecían al Imperio no pudieron ser defendidas contra los piratas[903]. La flota bizantina no podía emprender nada contra las numerosas y bien equipadas escuadras de genoveses y venecianos, ni siquiera contra la de los osmanlíes, recién creada. Los mares Negro y Egeo se escapaban por completo del dominio de Bizancio. En el siglo XIV y la primera cincuentena del XV las flotas de las repúblicas mercantiles italianas señorearon aquellos mares en absoluto.

La antigua organización en *temas*, deshecha por los latinos, no podía funcionar debidamente bajo los Paleólogos. No había territorios bastantes para el sistema de gobierno

regional. Ya sabemos que el título de *estratega* había desaparecido bajo los Comnenos, substituyéndolo el más modesto de duque[904] (dux).

No obstante, algunos historiadores modernos emplean el término «*tema*» para designar la provincia de Macedonia y Tesalia en el siglo XIV[905]. Las provincias, separadas de la capital por las posesiones turcas y servias, se convirtieron en *estados déspotas* cuyos gobernadores eran poco menos que independientes. A fines del siglo XIV Tesalónica tuvo como déspota a uno de los hijos de Juan V. El despotado de Morea era también gobernado por hijos o hermanos de los emperadores.

Bajo los Paleólogos, las relaciones entre las clases superiores y las inferiores se volvieron muy tensas. La agricultura, siempre considerada el fundamento de la economía de Bizancio, estaba en profunda decadencia. Se habían perdido muchas provincias fértiles y otras quedaron devastadas por las incesantes luchas civiles y el paso asolador de los catalanes. En Asia Menor, la prosperidad de los colonos fronterizos (acritas), basada también en la agricultura, quedó completamente arruinada por las medidas regresivas de Miguel VIII y los avances turcos.

La época de los Paleólogos señalóse por un amplio desarrollo de la propiedad rural en gran escala. Los campesinos arruinados caían en poder de los señores. A partir de 1261 algunos griegos se convirtieron en poderosos terratenientes en Tesalia. En la zona occidental de Tesalia, ocupada por el déspota del Epiro, y en la región noroeste de la misma Tesalia, perteneciente al emperador, los ricos propietarios rurales desempeñaron muy importante papel y establecieron relaciones feudales con los pequeños propietarios. Pero las represalias catalanas y las invasiones

albanesas desorganizaron por completo el régimen agrario de Tesalia.

Muchos albaneses se convirtieron en grandes propietarios. En el régimen del agro sobrevino cierta mejora cuando en 1348, Esteban Dushan, rey de Servia, se apoderó de Tesalia[906]. Ha de notarse que en ciertas comarcas montañosas de Tesalia hubo algunas propiedades individuales y comunidades campesinas libres[907].

Se hallan en Mazaris interesantes informes sobre el poderío y arrogancia de los grandes propietarios (arcontes) del Peloponeso[908]. Antes, Juan Cantacuzeno había declarado ya que la decadencia interna del Peloponeso no se debía a las invasiones turcas o latinas, sino a las luchas intestinas, que habían tornado «el Peloponeso más desierto que la Escitia». Manuel, hijo de Juan V, al ser nombrado déspota de Morea. restauró la agricultura hasta cierto punto y entonces «el Peloponeso volvió a ser cultivado por algún tiempo» y la población comenzó a regresar a sus casas[909]. Pero la conquista turca deshizo la labor bizantina en Morea.

Oprimidos por los omnipotentes señores, los campesinos padecían males terribles. La clase agraria estaba arruinada por completo, y si su situación, como afirman algunos[910], no era desfavorable en exceso durante el siglo XIV, en la región de Tesalónica —al menos en los dominios de los grandes terratenientes—, ello no modifica el cuadro de la miseria general en los campesinos.

El odio de los pobres contra los ricos no sólo desgarraba los campos, sino también las ciudades del Imperio. Durante la revolución de 1328, el populacho de Constantinopla saqueó el magnífico palacio de Teodoro Metoquita[911].

El movimiento revolucionario que estalló en 1341 en Adrianópolis al ser proclamado emperador Juan

Cantacuzeno, tomó la forma de una insurrección, victoriosa al principio, del pueblo contra las clases posesoras, propagándose luego a otras ciudades del Imperio[912].

La revolución de los celotas en Tesalónica, hacia mediados del siglo XIV, ofrece particular interés.

Las fuentes distinguen en Tesalónica tres clases: los ricos y nobles; la clase media o burguesía, los «medianos» esto es comerciantes, industriales, patronos de talleres, pequeños propietarios y miembros de las profesiones liberales; y en fin, el pueblo, es decir, campesinos humildes, artesanos modestos, obreros, marineros. Mientras la importancia de la clase rica crecía de vez en vez, la situación de la clase inferior, y en especial la de los cultivadores de las tierras más constantemente amenazadas por el enemigo, empeoraba de más en más. Todo el comercio del importante centro económico de Tesalónica y los beneficios que del comercio se dimanaban, estaban en manos de la clase superior. Crecía la animosidad de clases y sólo hacía falta una oportunidad para que estallara.

En aquel momento Cantacuzeno, apoyándose en la nobleza, se proclamo emperador, y, como consecuencia, los elementos demócratas se pronunciaron por los Paleólogos. Un historiador escribe: «No fue una lucha de ambiciones entre personas que se disputaran el poder supremo, sino una lucha de clases: una deseando conservar sus privilegios, otra tratando de sacudir la explotación»[913], Al frente de la democracia de Tesalónica se pusieron *los celotas*, quienes en 1343 expulsaron de la ciudad a los nobles, saquearon las casas de los ricos y establecieron una especie de gobierno republicano, compuesto por celotas. Las dificultades interiores produjeron, en 1346, una matanza de la nobleza. Nicolás Cabasilas fue de los pocos que escaparon a la

muerte. Incluso después de reconciliarse Juan V y Juan Cantacuzeno continuó el régimen local de los celotas: y Tesalónica, en cierto sentido, «fue gobernada como una república independiente»[914]. Los celotas prescindían por completo de las órdenes emanadas de Constantinopla. Sólo en 1349 los esfuerzos conjuntos de Juan V y Juan Cantacuzeno lograron poner fin al gobierno democrático de los celotas.

No se han esclarecido aún las verdaderas causas de la revolución tesalonicense. Tafrali considera como principal la miseria de la población y juzga a los celotas campeones de la libertad, que lucharon para mejorar la vida social en el porvenir, lo cual los contemporáneos no podían comprender[915].

Fue aquella, dice Diehl, una «lucha de clases, de ricos contra pobres, de aristócratas contra plebeyos». La atrocidad de esas luchas «aparece en la curiosa, trágica y sangrienta historia de la comuna de Tesalónica», donde se «oculta una vaga tendencia hacia un movimiento comunista»[916]. El ruso Iakovenko, analizando el libro de Tafrali, escribe: «En la actividad de los celotas, los fines de carácter político, es decir, la lucha contra Cantacuzeno, predominaron sobre los fines sociales, que, por lo demás, nos parecen bastante obscuros»[917].

El problema merece un estudio más profundo; pero, hasta donde cabe juzgar, parece que la cuestión social desempeñó un papel importante en la revolución de Tesalónica. Al aspecto social se unieron, complicándolo y penetrándolo, las luchas políticas del momento.

Por las mismas circunstancias indicadas, Bizancio perdió la dirección de su propio comercio. No obstante, y hasta su cerco definitivo por los turcos, Constantinopla siguió siendo

un centro comercial de importancia y allí cabía. encontrar negociantes de todas las naciones.

Francesco Balducci Pegolotti, comerciante y escritor florentino de la primera mitad del siglo XIV y que estuvo al servicio de la dinastía mercantil de los Bardi, nos da preciosos informes sobre las mercancías vendidas en Constantinopla, Calata y Pera, y sobre los mercaderes occidentales que se encontraban allí[918]. Pegolotti menciona genoveses, venecianos, písanos, florentinos, catalanes, provenzales, anconitanos, sicilianos «*e tutti altri strani*»[919]. Bertrandon de la Broquiére escribe, por su parte, en la primera mitad del siglo XV, que había visto en Constantinopla numerosos mercaderes de todos los países, pero que los venecianos gozaban «de más autoridad». Menciona también a los catalanes y a los genoveses[920]. Por supuesto, había en Constantinopla multitud de comerciantes de otros puntos de Occidente —por ejemplo, de Ragusa— y de Oriente. El mercado de Constantinopla era verdaderamente internacional.

Pero el comercio en sí no estaba en manos de Bizancio, sino en las de los mercaderes occidentales, sobre todo los venecianos, genoveses y, en cierta medida, písanos, florentinos, etc.

Como sabemos, a partir del reinado de Miguel Paleólogo, Génova ocupó el primer puesto en la vida económica de Bizancio. Los genoveses, exentos de tasas, pudieron construir y fortificar Calata y organizar factorías y colonias, no sólo en las islas Egeas y el Asia Menor, sino también en las costas del mar Negro: Trebisonda, Caffa (Teodosia) y Tana o Tañáis, en la boca del Don[921]. Caffa, en particular, gozó de prosperidad y buena organización. La defendían fortificaciones potentes y un estatuto administrativo

detallado reglaba su gobierno[922]. Paquimeres admiraba a los genoveses, quienes, a pesar de las tormentas invernales, surcaban el Mar Negro sin temor, en sus navíos[923]. Venecia, igualmente libre de gravámenes mercantiles, rivalizó con Génova, lo que produjo violentos conflictos donde la posición de Bizancio resultó muy delicada. A fines del siglo XIII, Venecia, con la toma de San Juan de Acre por el sultán de Egipto (1291), vio vedado su tráfico en el sudeste del Mediterráneo y desde entonces consagró toda su energía a luchar con Génova, en el norte, a fin de recobrar su antigua situación económica en Bizancio, en el Egeo y en el Negro.

Desde una época relativamente reciente, sabemos que hubo relaciones mercantiles entre Florencia y Constantinopla. Las transacciones fueron, en general, agrarias por el intercambio del grano[924]. Mas todos los beneficios de ese tráfico iban, lo repetimos, a los occidentales y no al Imperio. La dependencia económica de los Paleólogos fue absoluta. En ese sentido no tuvieron dominio alguno sobre su Imperio.

Se advierte la influencia italiana en las monedas bizantinas. En el siglo XIV, bajo Andrónico II, Andrónico III y Juan V, se ensayó una reforma monetaria en el curso de la cual se introdujo en Bizancio el tipo florentino de moneda. También se nota la presencia de monedas de tipo veneciano. La última moneda bizantina de oro se acuñó bajo Manuel II, acaso con motivo de su coronación. Se ve en esa moneda a la Virgen, protegida por los muros de Constantinopla. No hay noticia de monedas acuñadas en tiempos del último emperador bizantino[925]. Algunos historiadores estiman que, bajo Manuel II y Juan VIII, una reforma monetaria introdujo en Bizancio el monometalismo[926]. Pero esto no ha sido demostrado.

La potencia económica occidental en Bizancio concluyó a causa del progreso victorioso de los otomanos. Éstos, poco a poco, se apoderaron del antiguo Imperio bizantino de Trebisonda y de las costas septentrionales del mar Negro.

Si se piensa en el deplorable estado interior y exterior del Imperio, parece extraño leer en un tratado anónimo del siglo XIV sobre las funciones cortesanas —tratado atribuido erróneamente a Codinus— una detallada descripción de los suntuosos vestidos de los dignatarios de la corte, de sus tocados y calzados diversos, de las condecoraciones de los funcionarios, así como una exposición minuciosa del ceremonial de la corte, de la coronación, de la investidura de unas funciones u otras, etc. Este tratado es como un suplemento al famoso manual del siglo X sobre las *Ceremonias de la corte bizantina*. En el siglo X, época del apogeo y máximo esplendor del Imperio, un tratado así parece necesario. Pero que otro semejante apareciese en el siglo XIV, cuando la ruina del Imperio parecía inminente a muchas personas, es cosa ante la cual quedamos perplejos y experimentamos una penosa sensación viendo la ceguera que reinaba en la corte de los basileos de la última dinastía. Krumbacher, no menos perplejo, explica el caso diciendo con ironía. La razón de ello quizá consista en aquel proverbio griego de la Edad Media: «*El mundo perecía y mi mujer continuaba comprando vestidos nuevos*»[927].

La cultura, la literatura, la ciencia y las artes

Mientras el Imperio de los Paleólogos atravesaba un período tan crítico desde el doble punto de vista político y económico, retrocediendo paso a paso ante los turcos, disminuyendo en extensión y al fin reduciéndose a Constantinopla y sus contornos inmediatos, a tal punto que parecía imposible que se desarrollase vida espiritual alguna en tales condiciones, Constantinopla, sin embargo, así como en general el agonizante Imperio, fue un centro de brillante civilización en lo literario, lo científico y lo artístico, las escuelas de Constantinopla prosperaban como en los mejores tiempos del Imperio, y a ellas acudían para instruirse, no sólo jóvenes de lejanas regiones griegas, cual Esparta y Trebisonda, sino incluso de Italia, a pesar de que ésta se hallaba en el apogeo de su Renacimiento. Los filósofos, con Gemisto a su cabeza, explicaban las doctrinas de Platón y Aristóteles. Retóricos y filólogos que habían estudiado los mejores modelos de la antigüedad clásica y se esforzaban en igualar su estilo, atraían grupos numerosos de entusiastas oyentes y discípulos, presentando, por su actividad e inclinaciones, una sorprendente semejanza con los humanistas italianos. Historiadores en cantidad estimable fijaban con su pluma el recuerdo de los últimos tiempos del Imperio. La intensa vida eclesiástica, con su movimiento hesicasta y el eterno problema unionista, dejó huella muy profunda merced a sus obras dogmáticas, ascéticas, polémicas y místicas. En la literatura y en el pueblo hubo un resurgir de la poesía. Y al renacimiento literario acompañó un renacimiento artístico que dejó monumentos de gran valor.

Además de Constantinopla, Mistra señalóse por un movimiento intelectual muy importante. Y el siglo XIV fue la edad de oro de Tesalónica, tanto en lo literario como en lo artístico[928].

De modo que en la hora de su agonía política y económica, el helenismo reunió, por decirlo así, todas sus fuerzas para mostrar la vitalidad de la civilización clásica y presagiar el futuro renacimiento helénico del siglo XIX. «En vísperas de sucumbir toda entera —dice un historiador— *, la Hélade entera reúne sus energías espirituales para lanzar un último fulgor*»[929].

Varios miembros de las familias reinantes, Paleólogos y Cantacuzenos, se distinguieron por su cultura. Miguel VIII escribió algunos ensayos en pro de la unión religiosa y varios «cánones» sobre los principales mártires. Igualmente nos ha legado una curiosa «autobiografía»[930], cuyo manuscrito se ha descubierto en la biblioteca sinodal de Moscú. Creó, también, una escuela de gramática en Constantinopla. Andrónico II fue muy entendido en arte y letras y protegió a sabios y artistas. Ciertos historiadores opinan que fue su protección la que permitió desarrollarse el ambiente artístico que hizo posible la creación de trabajos tan notables como los mosaicos del monasterio de la Hora (hoy mezquita de Kahrié) en Constantinopla[931]. Manuel II brilló por su talento de escritor. Teólogo sutil, versado en la lengua clásica, dialéctico refinado, estilista perfecto, nos legó una rica herencia no publicada aún íntegramente. Entre sus escritos podemos citar *La Procesión del Espíritu Santo*, una apología contra el Islam, una serie de oraciones destinadas a los diferentes casos de la vida. *La descripción de la primavera en la cortina recamada del palacio real*, gracioso opúsculo escrito en París, y una colección de cartas muy interesantes dirigidas a diversas personalidades eminentes de la época y escritas, en parte, durante la estancia forzosa de Manuel en la corte otomana, y en parte durante su viaje a Occidente. El número de trabajos literarios de Manuel, incluidas sus cartas, asciende a 109[932].

Pero en el sentido literario, el primer lugar entre los emperadores compétele a Juan VI Cantacuzeno, quien, como vimos, terminó sus días, después de su abdicación forzada, como monje y con el nombre de Joasaf, consagrando los ocios de su retirada vida a ocupaciones científicas y literarias. Su obra principal es su *Historia*, o más bien sus *Memorias*, en cuatro libros, que comprenden los sucesos ocurridos desde 1320 a 1356, si bien algunos pasajes se refieren a época posterior. El autor declara en la introducción de su obra, que no piensa decir sino la verdad, pero se aparta involuntariamente de su propósito situándose en el centro de los acontecimientos en que ha participado. Se esfuerza en justificar y engrandecer su actividad y la de sus amigos y partidarios y, a la vez, de rebajar, ridiculizar y oscurecer a sus enemigos. Fuera de la corta autobiografía de Miguel Paleólogo, Cantacuzeno ha sido el único emperador bizantino que nos ha dejado unas memorias detalladas, las cuales, a pesar de su carácter parcial, nos aportan un material considerable para el estudio de la turbulenta historia de la Península Balcánica en el siglo XIV —y sobre todo para la historia de los eslavos—, así como para la topografía de los lugares. Aparte de sus memorias, Juan Cantacuzeno, en el retiro de su celda, escribió ensayos teológicos, no publicados aun en su mayoría, en forma de ataques contra Barlaam, los judíos y musulmanes, etc. Juan Cantacuzeno transmitió sus inclinaciones a su hijo Mateo, quien, a raíz de la deposición de su padre, fue también obligado a entrar en un convento donde escribió algunos tratados, de teología y retórica. La época de los Paleólogos produjo un grupo de historiadores interesantes y eminentes que se esforzaron en describir y explicar los trágicos sucesos de aquellos días. El historiador Paquimeres, que dejó Nicea y se instaló en Constantinopla al ser expulsados los latinos,

fue hombre muy culto. Merced a su elevado cargo público pudo utilizar para sus obras los documentos públicos más fidedignos. Se mostró representante convencido de las opiniones greconacionales en materia unionista. Escribió algunos tratados de retórica y filosofía, su autobiografía, en hexámetros, varias cartas y una importante obra histórica que abarca los sucesos comprendidos entre 1261 y 1307-8. Esa obra es nuestra fuente principal para la historia del reinado de Miguel VIII y comienzos del de Andrónico el Viejo. Paquimeres no es el primer historiador bizantino que se interesa principalmente por las embrolladas y sutiles cuestiones teológicas de la época. «Dijérase —escribe Krumbacher— que aquellas gentes se apartaban con horror de los infortunados asuntos de la vida política del Imperio y buscaban consuelo y confortación en el estudio abstracto de las cuestiones teológicas de la religión que agitaban entonces todos los ánimos»[933].

Uno de los pasajes más interesantes de la historia de Paquimeres es su relato de la expedición de Roger de Flor, donde da una vasta documentación que se puede comparar con el texto del cronista catalán Muntaner[934]. El estilo de Paquimeres es una mezcla de lenguaje homérico con declamación teológica, hallándose salpicado de expresiones extranjeras y populares y estando a tal punto penetrado de la imitación pedantesca del estilo antiguo, que el autor, con gran daño de la claridad expositiva, llega a servirse de los pocos conocidos nombres áticos de los meses, en vez de emplear las designaciones cristianas. Algunos escritos de Paquimeres no han sido publicados aún. Su principal obra histórica es digna de una edición crítica[935].

A principios del siglo XIV, Nicéforo Calixto Jantópulos (*Nicephorus Callistus Zanthopulos*) escribió una obra

compilativa titulada *Historia de la Iglesia* donde expone los sucesos comprendidos entre el nacimiento de Cristo y el año 911. Sólo nos ha llegado la parte que alcanza hasta el siglo vil También compuso Jantópulos algunos poemas eclesiásticos y epigramas[936].

En el siglo XIV vivió uno de los mayores sabios y escritores de los dos postreros siglos de Bizancio: Nicéforo Gregoras, cuya actividad en la querella hesicasta ya conocemos. Por la extensión y diversidad de sus conocimientos, por su espíritu, por su talento dialéctico y por su vigor de carácter, Gregoras superó a todos los bizantinos de la época de los Paleólogos, y merece ser justamente comparado con los mejores representantes del Renacimiento occidental. Estaba muy versado en literatura antigua y era tan entendido en astronomía que una vez presentó al emperador un proyecto de reforma del calendario, cosa que no se llevó a la práctica. Tras algunos años de fructuosa enseñanza, Gregoras participó activamente en las violentas querellas teológicas de la época, escribiendo muchas y diversas obras, considerable parte de las cuales sigue inédita aún[937]. Fue primero adversario encarnizado del monje calabrés Barlaam, pero progresivamente pasóse a la Unión.

Estuvo perseguido y preso por las autoridades. Según toda probabilidad, Gregoras concluyó su accidentada vida hacia 1360. Escribió sobre casi todos los dominios de la literatura y ciencia bizantinas: teología, filosofía, astronomía, historia, retórica, gramática. Para nosotros el más apreciable de sus libros es su *Historia romana*, cuyos 37 volúmenes abarcan los sucesos de 1204 a 1359, es decir, la época de los Imperios niceos y latino y la de los cuatro primeros Paleólogos y Juan Cantacuzeno. Relata también

brevemente los sucesos anteriores a 1204, pero la narración detallada —sobre todo de los asuntos teológicos— no empieza sino en ese momento. Gregoras ha llevado a su *Historia* sus inclinaciones religiosas, y por tanto el libro resulta bastante parcial, teniendo más bien el carácter de unas memorias[938]. Krumbacher llama a la *Historia* de Gregoras «cuadro pintado subjetivamente, de un notable movimiento de fermentación eclesiástica»[939]. Los historiadores aprecian con mucha diversidad la figura de Gregoras. Krumbacher le califica de «el mayor *polihistor* de los dos últimos siglos de Bizancio»[940] y Montelatici de un «máximo erudito de su tiempo»[941]. Pero el más reciente biógrafo de Gregoras, R. Guilland, al preguntarse si Gregoras fue el mayor «polihistor» de su época, como dice Krumbacher, resuelve negativamente el problema. Para él Gregoras es uno de los más eminentes escritores bizantinos, pero no el mayor. Aunque poco conocido, Gregoras tiene gran importancia para el estudio de la civilización bizantina e incluso de la civilización europea[942]. Finalmente, la diversidad de sus conocimientos resulta asombrosa. Es difícil hallar en Bizancio hombre que pueda compararse a ese espléndido representante del Renacimiento bizantino. De Juan Cantacuzeno hemos hablado ya en su calidad de historiador.

Los sucesos esenciales de la vida política del Imperio en el siglo XV dejaron honda huella en la literatura histórica de la época.

El infructuoso asedio turco de Constantinopla en 1422, motivó una obra entera de Juan Canano sobre el tema. Canano escribió en lenguaje muy próximo al hablado corrientemente. Atribuye la salvación de la capital a la Virgen. Quizá sea este Juan el autor de un relato breve —

atribuido de ordinario a Canano Láscaris— que versa sobre un viaje a Alemania, Escandinavia, Livonia e incluso la lejana Islandia[943]. Juan Anagnostas, por su parte, escribió, con arreglo a todas las leyes de la literatura y en un griego muy esmerado y puro, un verídico relato de la toma de Tesalónica por los turcos en 1430.

El fatal suceso de 1453, que impresionó tan viva y penosamente los ánimos de los contemporáneos, fue descrito por cuatro historiadores de tendencias y valía desiguales. Esos cuatro historiadores, Jorge Phrantzes, Ducas, Laónicos Calcocondilos y Critóbulo, fuentes principales de la caída de Constantinopla, sirven a la vez de fuentes para la historia de los Paleólogos en general.

La *Historia* de Phrantzes expone los sucesos incluidos entre 1218 y 1476, o sea entre los últimos años del Imperio de Nicea y la época turca. Al ser tomada Constantinopla, el autor fue apresado por los turcos y después de rescatado pasó algún tiempo en Mistra, no ocupada todavía por los osmanlíes. Cuando éstos conquistaron el Peloponeso, el historiador huyó a Corfú, entonces posesión veneciana. Allí se retiró a un convento, asumió el nombre de Gregorio y escribió su *Historia* a instancias de algunos corfiotas nobles[944]. Phrantzes, dada su carrera oficial y relaciones íntimas con los Paleólogos, tiende a veces a exagerar los méritos de éstos y pasar sus faltas por alto.

Su adhesión a la dinastía, su devoción a la ortodoxia y su odio a los turcos rebosan de sus escritos por doquier. No obstante, su obra posee gran importancia, sobre todo para la época posterior a Juan VIII, ya que está escrita por un testigo ocular que siguió de muy cerca los acontecimientos que se desarrollan.

El estilo de Phrantzes es sencillo y fácil. El autor emplea

algunas palabras turcas e italianas. Dada su importancia, la crónica de este historiador merecería una edición mejor que la que tenemos (la bizantina de Bonn). El biógrafo más reciente de Phrantzes observa: «Hombre esencialmente consagrado a los asuntos públicos —y en esto consiste la importancia de su historia— Phrantzes tenía, empero, extensos conocimientos literarios»[945].

Ducas, griego del Asía Menor, ha dejado una historia del período 1341-1462, o sea desde la coronación de Juan V a la conquista de Lesbos por los turcos. Escribió «en un estilo popular sólo ligeramente pulido»[946]. El autor inicia su obra con un breve resumen de historia universal, en forma de un compendio genealógico desde Adán a los Paleólogos, exponiendo con más detalle los reinados de los tres últimos emperadores. Ortodoxo en el fondo, acepta la Unión como un compromiso y como único medio de salvar el Imperio agonizante. Ducas pasó casi toda su vida al servicio del gobernador genovés de Lesbos, pero sin perder el contacto con su patria. Asistió con profunda tristeza a la suerte fatal de Bizancio: su relato de la caída de Constantinopla concluyó con la lamentación de la que hemos citado antes un fragmento. La historia de Ducas, además de en su original griego, nos ha llegado en una antigua traducción italiana, que suple los pasajes que faltan en el original[947]. E. Chernusov, uno de los biógrafos de Ducas, escribe: «Sobrio, modesto, posesor de una vasta cultura, amante de la verdad y relativamente imparcial a pesar de su mucho patriotismo, Ducas es guía excelente para quien desee conocer el verdadero estado de personas y cosas»[948].

Un biógrafo más reciente de Ducas, observa: «Ducas es un autor digno de ser estudiado, porque es verídico y a menudo testigo ocular. Estas cualidades, en un historiador, bastante para relegar a la sombra la impureza de su estilo,

que tanto ofendió a su desdeñoso editor de la edición de Bonn»[949].

Laónicos Calcocondilos (o también Calcocandilos o *Cakondilas*)[950] pone en primer término de su obra el joven y poderoso Estado otomano. Escribió una *Historia* en diez libros, exponiendo los sucesos desde 1298 a comienzos de 1464[951] y dando, no una dinastía de los Paleólogos, sino la de los sultanes otomanos. Muy serias indicaciones nos permiten suponer que Calcocondilos, forzado a huir de Atenas, pasó al Peloponeso, permaneciendo allí hasta la conquista turca y refugiándose luego en Italia, o más probablemente en Creta[952], donde escribió su obra. Al tomar como modelos estilísticos a Herodoto y Tucídides, Calcocondilos muestra con su interesante escrito que un griego puede aprender el griego antiguo de una manera puramente exterior, sin conseguir penetrar el espíritu del idioma.

Como Tucídides, Calcocondilos pone en boca de sus personajes discursos puramente imaginativos. Da también muchas indicaciones, harto a menudo inexactas, sobre los pueblos y países de la Europa occidental[953]. Con frases de su reciente biógrafo, Laónicos describe, «con imparcialidad rara en una parte del mundo donde los odios raciales son tan feroces, el origen, organización y triunfo del mayor enemigo de su país, y extiende su relato, allende los límites del Imperio griego, a los servios, bosniacos, búlgaros y romanos, con interesantes y curiosas digresiones, a la manera de Herodoto, sobre las costumbres y usos de Hungría, Alemania, Italia, España, Francia e Inglaterra. Esta gran diversidad justifica la observación de un crítico, quien declara que Laónicos tiene el don de despertar nuestra atención, inspirándonos curiosidad e impidiéndonos bostezar durante su lectura»[954].

Critóbulo, imitando a Tucídides con la misma falta de éxito que Calcocondilos, escribió, en alabanza de Mahomet II, una historia del período 1451-1467.

La época de los Paleólogos, tan abundosa en historiadores, no tuvo casi cronistas, salvo un cierto Efraím, que escribió en el siglo XIV una crónica en diez mil versos, sin interés histórico, abarcando los hechos desde Julio Cesar hasta la restauración del Imperio en 1261.

El problema de la Unión, tan candente en la época de los Paleólogos y resuelta oficialmente por tres veces bajo esta dinastía, y, por otra parte, las largas querellas hesicastas, provocaron gran actividad en el campo de la literatura dogmática y polémica. Tal actividad correspondió tanto a los adversarios como a los partidarios de la Unión y la hesiquia. Ya hemos tratado de algunos de esos escritores en el examen de la vida religiosa durante los Paleólogos. Entre los unionistas más eminentes debemos citar tres autores que fueron a la vez hombres de acción: Juan Beccus, que murió a fines del siglo XIII, Demetrio Cidonio, que vivió en el siglo XIV, y el famoso humanista del siglo XV, Bessarión de Nicea.

Juan Beccus, contemporáneo del primer Paleólogo, empezó por oponer viva resistencia a la política unionista, lo que le atrajo la cólera del emperador y le costó ser encarcelado, a pesar de su alta jerarquía religiosa. Según los testimonios históricos, Beccus fue hombre eminente por su talento y saber. Con frase de un historiador griego, «distinguióse por su cultura, por su larga experiencia y por su elocuencia, que pudo poner fin al cisma de la Iglesia»[955]. Gregoras le califica de hombre inteligente, «maestro en la elocuencia y la ciencia, dotado por la naturaleza como ninguno de sus contemporáneos… La penetración de su ánimo, la claridad de su lenguaje, su conocimiento de los

dogmas eclesiásticos, hacían que junto a él todos pareciesen pequeños»[956]. Al conocer las obras de Nicéforo Blemmidas, Beccus cambió de opiniones religiosas y se tornó partidario de la Unión. Miguel VIII le elevó a la sede patriarcal, que ocupó hasta principios del reinado de Andrónico II. Éste, al romper con la Unión, depuso a Juan Beccus y encerróle en una prisión, donde murió. La obra más importante de Beccus es la titulada *De la unión y paz entre las Iglesias de la antigua y la nueva Roma*. En este tratado el autor se esfuerza en demostrar que los Padres de la antigua Iglesia griega reconocían ya el dogma latino, pero que los teólogos griegos posteriores, empezando por Focío, deformaron la doctrina. Beccus trata con igual tendencia el tema del «origen (de la procesión) del Espíritu Santo». Ha dejado otros ensayos teológicos inspirados en iguales ideas. Las obras de Beccus, en lo sucesivo, sirvieron de manantial donde bebieron su documentación los partidarios de la Unión[957].

Demetrio Cidonio figura entre los teólogos y retóricos distinguidos por su talento en la época de los Paleólogos. Nació en Tesalónica a principios del siglo XIV y murió a comienzos del XV. Su vida, pues, duró un siglo entero[958]. Aprendió el latín y la literatura latina en Milán. Habitó sucesivamente en Tesalónica, Constantinopla y Creta y terminó sus días en un convento. Intervino activamente en los debates religiosos de la época, inclinándose a la aproximación a Roma. Como consecuencia de esta actitud conciliadora, la Iglesia católica le venera como santo y le sitúa en el mismo término que a los primeros Padres de la Iglesia[959]. Demetrio Cidonio, en su obra literaria, tenía una inmensa ventaja sobre la mayoría de sus contemporáneos, y era que, conocedor de la literatura latina, utilizaba los textos de los escritores y eruditos más notables de Occidente.

Cidonio escribió numerosos ensayos sobre diversos temas de teología, filosofía y retórica[960]. Un tratado sobre la *Procesión del Espíritu Santo*, publicado entre las obras de Cidonio, es, con toda evidencia, debido a su discípulo Manuel Calecas[961]. Conviene recordar que Cidonio, entre otras cosas, tradujo al griego la famosa *Summa* de Santo Tomás de Aquino, versión inédita aún. Un escritor católico observa al respecto:

> «Esas laboriosas traducciones que hacen hablar a Santo Tomás la lengua de San Juan Damasceno, yacen, desde hace siglos, bajo el polvo de las bibliotecas. ¿Qué suerte les reserva el futuro? ¿No se encontrará algún teólogo, un apóstol, a la vez tomista y helenista, que difunda y propague en la Iglesia griega los tesoros doctrinales conservados en Cidonio para los tiempos futuros? ¿No podría ser esa versión una especie de "*guía doctrinal*" de la Unión?»[962]

Entre los discursos de Cidonio cabe notar dos discursos «deliberativos», que describen el estado de ánimo del pueblo de Constantinopla ante el peligro turco, hablan de la emigración a Occidente y exhortan a latinos y griegos a unir sus fuerzas contra el enemigo común[963].

La voluminosa correspondencia de Cidonio ofrece considerable importancia para la historia de la civilización del siglo XIV. De sus 454 cartas, sólo cuarenta y nueve se han publicado. Mientras no se editen y estudien todas como conviene, ni la biografía de Cidonio ni la lista completa de sus obras podrán ser expuestas. Entre los corresponsales de Cidonio cabe citar a Manuel II (32 cartas), a Juan Cantacuzeno, con quien mantuvo relaciones muy cordiales, y a muchos otros eminentes y conocidos personajes de su

época[964].

La historia de la civilización griega en los dos siglos postreros de Bizancio no podrá esclarecerse y apreciarse en su plenitud mientras no se someta a estudio hondo y atento la obra de Cidonio. Este estudio proyectará a la vez luz sobre las relaciones intelectuales de Bizancio y el Renacimiento italiano, al que Cidonio estuvo estrechamente ligado.

Poseemos una larga y elogiosa carta dirigida a Cidonio por Coluccio Salutati, uno de los mejores representantes del Renacimiento italiano de fines del siglo XIV[965].

Partidario del *unionismo* fue también Bessarión de Nicea, miembro del concilio florentino y más tarde cardenal romano. La importancia de su personalidad y trabajos rebasa con mucho los límites de la literatura teológica, donde le representan algunos tratados dogmáticos escritos con un criterio latino. Por ello le examinaremos al tratar del Renacimiento occidental y Bizancio.

El partido de los adversarios de la Unión contó también con escritores, pero éstos no pueden ser comparados a hombres tan eminentes como Cidonio o Bessarión. Gregorio de Chipre (en el siglo, Jorge), patriarca bajo Andrónico el Viejo, fue el principal adversario de Juan Beccus, si bien generalmente con poca fortuna. Gregorio, «famoso por sus conocimientos»[966], dejó algunas obras dogmáticas donde se esfuerza en resolver, con criterio griego, el problema de la procesión del Espíritu Santo. Los ensayos de retórica de Gregorio —de los que volveremos a hablar— son muy importantes. Marcos Eugénico, metropolitano de Éfeso, que participó en el concilio ferraro-florentino, donde se negó a firmar el acta de unión, ha dejado algunos pequeños escritos compilativos, a veces polémicos —como un ensayo contra Bessarión—, que le sitúan entre los representantes del

criterio antiunionista griego.

El último polemista importante de la Iglesia bizantina y primer patriarca griego bajo la dominación turca, Genadio Escolario (en el siglo, Jorge), fue filósofo y teólogo consumado. Participó en el concilio de Ferrara y Florencia, donde se mostró partidario de la Unión, pero gradualmente, e influido sobre todo por Marcos de Éfeso, pasóse a los antiunionistas y escribió una serie de obras polémicas en ese sentido. Los escritos filosóficos de Genadio, que tienen por origen su lucha con Gemisto Plethon y por tema el aristotelismo y el platonismo, le acercan a los representantes del humanismo y han permitido al erudito griego Sathas llamarle «el último bizantino y el primer heleno»[967]. Su *Lamentación sobre los infortunios de la vida* contiene detalles históricos acerca de la vida y obras del autor y en torno a la situación de la Iglesia griega en los primeros años de la dominación musulmana. No se han publicado todas las obras de Escolario. En 1928 se ha iniciado una edición completa de sus escritos[968].

El movimiento hesicasta produjo una serie de escritos de ambos partidos, empezando por los trabajos de Gregorio el Sinaita, fundador del hesicastismo en el Athos. El principal representante de las ideas hesicastas, Gregorio Palamás, escribió algunos ensayos dogmáticos y muchos discursos. En un monasterio de Meteora, Tesalia, se han descubierto sus 66 oraciones[969]. Ya hablamos de la actividad de Nicéforo Gregoras, que se opuso tan vigorosamente a las ideas hesicásticas.

En el siglo XIV floreció en Bizancio Nicolás Cabasilas, uno de los místicos más notables de la Iglesia oriental. El origen de las ideas de Cabasilas, al igual que las de los místicos occidentales, radica en las obras de Dionisio el *Seudo-*

Areopagita, autor mal estudiado aún, que escribió probablemente a fines del siglo v y principios del vi. Pero el misticismo bizantino había sufrido una importante evolución en el siglo vii gracias a Máximo el Confesor, quien desembarazó el misticismo del Seudo-Areopagita de sus fundamentos neoplatónicos, poniéndolo de acuerdo con la doctrina de la Iglesia oriental ortodoxa. La influencia de Máximo se advierte mucho en las obras de los autores místicos del siglo xiv, a cuyo frente figura Cabasilas.

Nicolás Cabasilas, metropolitano de Tesalónica, es un escritor aun poco conocido e insuficientemente estudiado. Muchas de sus obras, sobre todo discursos y cartas, se conservan en un manuscrito de la Biblioteca Nacional de París, y de ellos se ha servido Tafrali para su estudio sobre Tesalónica[970]. En el sentido místico resaltan dos trabajos de Cabasilas: *Las Siete Palabras sobre la vida según el Cristo* (*De vita in Christo*) y *La interpretación de la liturgia sagrada* (*Sacrae liturgia interpretado*)[971]. No entraremos en el análisis de la doctrina de Cabasilas y de su tesis —«Vivir según el Cristo y unirse al Cristo»— porque eso nos llevaría demasiado lejos. Pero estimamos que la obra literaria de Cabasilas en la esfera del misticismo bizantino, tanto en sí misma como en sus relaciones con el movimiento hesicasta y los movimientos místicos occidentales, merece ocupar lugar importante en la historia de la civilización bizantina del siglo xiv y atraer particularmente la atención de los eruditos, los cuales, hasta ahora, han dejado, sin razón, en la sombra a ese interesante escritor.

Las opiniones sobre Cabasilas varían. Algunos sabios declaran incluso que no cabe «en modo alguno, reconocerle como místico»[972].

La filosofía de la época de los Paleólogos está

representada por el famoso Jorge Gemís Plethon[973].

Lleno de entusiasmo por el helenismo antiguo, admirador de Platón, que conocía a través del neoplatonismo, soñador que aspiró a crear, con ayuda de los dioses de la vieja mitología, un nuevo sistema religioso, Plethon fue un verdadero humanista, unido por estrechos vínculos al Renacimiento italiano. Bizancio no había dejado nunca de interesarse por la filosofía clásica, en especial por la de Aristóteles, y, a partir del siglo XI, por la de Platón. Miguel Psellos en el siglo XI, Juan Italos en el XII, Nicéforo Blemmidas en el XIII, habían consagrado mucho de su tiempo al estudio de la filosofía. Psellos se ocupó en especial de Platón y los otros dos de Aristóteles. La lucha de ambas tendencias filosóficas, aristotélica y platónica, tan característica del Medievo en general, fue muy viva en Bizancio con motivo de la querella hesicasta. Por tanto, Gemisto tenía tras él toda una historia que preparaba su obra.

Plethon recibió su primera instrucción en Constantinopla, y pasó la mayor parte de su vida —que duró casi un siglo— en Mistra, centro espiritual del despotado de Morea. Acompañó a Juan VIII al concilio ferraro-florentino. Plethon murió en Mistra y sus restos fueron transportados —merced a un mecenas italiano de la ilustre familia de los Malatesta, que arrebató Esparta a los turcos— a la pequeña ciudad de Rimini, donde yacen aun en la iglesia de San Francesco[974].

Plethon, en sus obras filosóficas, se propone esclarecer el papel de la filosofía platónica en sus relaciones con la aristotélica. Plethon abrió una nueva era en la lucha del platonismo y el aristotelismo, transportando con él a Italia sus conocimientos y su entusiasmo platónico, e influyendo

profundamente en Cosme de Mediéis y en ciertos humanistas italianos. Él fue quien sugirió la idea de fundar la Academia Platónica de Florencia. En esta ciudad escribió su tratado, *De la diferencia de Platón y Aristóteles*, donde se esfuerza en demostrar la superioridad del primero sobre el segundo. La presencia de Plethon en Florencia puede considerarse como uno de los episodios más interesantes de la historia de la importación a Italia de la ciencia griega antigua, y sobre todo del renacimiento de la filosofía platónica en Occidente[975]. La obra máxima de Plethon fue una especie de utopía titulada *Tratado de las leyes* que por desgracia no nos ha llegado en su integridad. Tratábase de una tentativa —llamada desde luego al fracaso, pero atrayente como expresión de un estado anímico del siglo XV — para restaurar el paganismo sobre las ruinas del culto cristiano, poniendo a contribución elementos filosóficos neoplatónicos. El autor se proponía dar a la humanidad condiciones ideales de vida. Para definir la esencia de la felicidad, Plethon considera necesario abarcar tanto la naturaleza del hombre en sí como el sistema del Universo, uno de cuyos elementos es el hombre. Ya hablamos antes de los proyectos presentados a Manuel II por Gemisto, con miras a la restauración del Peloponeso.

Por su valía e influjo, la personalidad de Gemisto Plethon rebasa con mucho los límites de la historia intelectual de Bizancio, por cuyo solo hecho merece un estudio detenido. Pero su actividad y papel no han sido aun objeto de estudios científicos profundos.

En la retórica, a menudo ligada a la filosofía, se distinguieron varios escritores, Gregorio de Chipre, patriarca bajo Andrónico el Viejo, compuso una interesante autobiografía, notablemente escrita. Nicéforo Chumnos,

discípulo de Gregorio de Chipre, escribió ensayos teológicos y filosóficos y obras retóricas. Ha dejado 172 cartas. En sus trabajos filosóficos se revela como diestro y fervoroso defensor de Aristóteles. Chumnos cambió activa correspondencia con casi todas las personalidades literarias, religiosas y políticas de su época. Aunque inferior en inteligencia, originalidad y saber a su maestro Gregorio, Chumnos desempeñó no desdeñable papel en el Renacimiento bizantino e italiano de su tiempo. «Por su apasionado, aunque algo servil, amor de la antigüedad, y por la variedad de sus conocimientos, Chumnos anuncia el humanismo italiano y el Renacimiento occidental»[976].

Las obras de Mazaris, como *El descenso a los infiernos*, imitación de Luciano, y el *Sueño despierto*, más algunas cartas que se refieren a los acontecimientos del Peloponeso en los comienzos del siglo XV proporcionan, al margen del escaso talento literario del autor, importantes materiales sobre el tema de la imitación de Luciano en la literatura bizantina y dan interesantes detalles sobre la vida intelectual de Bizancio en aquella época.

La filología tuvo también, en tiempos de los Paleólogos, un considerable número de representantes, precursores, por sus tendencias e ideas, de una nueva era intelectual y que tuvieron menos relación con sus predecesores bizantinos —como Focio y Eustacio de Tesalónica— que con los humanistas occidentales del Renacimiento clásico[977]. Pero un aspecto de la obra de estos filólogos es combatido, y no sin razón, por los especialistas de la literatura clásica: ese aspecto es el modo como aquéllos trataron los textos clásicos. Mientras los exégetas y copistas de los siglos XI y XII conservaron en general casi intacta la lección de los manuscritos de época alejandrina y romana, los bizantinos

de tiempos de los Paleólogos diéronse a modificar las obras de los autores antiguos siguiendo sus propias ideas preconcebidas sobre la «*pureza*» del lenguaje helénico e incluso ajustando aquellas obras a modelos versificados debidos a su imaginación. Esta deplorable tendencia obliga a los eruditos a remontarse, siempre que es posible, a los manuscritos anteriores a la época de los Paleólogos. No obstante, y por desastrosa que fuese tal práctica, ha de juzgarse en función de las condiciones de la época. Los filólogos empezaban entonces, si bien de manera ordinaria y sencilla, a no contentarse con los métodos puramente mecánicos de los antiguos eruditos y a buscar nuevos caminos para expresar los resultados de su personal experiencia.

Entre los filólogos de la época de los Paleólogos cabe citar al monje Máximo Planudas (en el siglo Manuel), contemporáneo de los dos primeros monarcas de la dinastía y que consagró sus ocios a la educación y a la ciencia. Visitó Venecia como embajador de Bizancio. Su conocimiento de la lengua y literatura latinas le permitió mantener contacto muy estrecho con el incipiente Renacimiento occidental. Tradujo al griego muchas obras latinas, contribuyendo así al acercamiento espiritual de Occidente y Oriente. Como profesor concienzudo que era, compuso una obra sobre gramática. Sus cartas —más de cien— han llegado a nosotros y nos muestran la personalidad moral del autor, sus gustos y sus ocupaciones científicas. En más de una compilación de extractos de contenido histórico-geográfico de antiguos autores, Planudas ríos ha dejado muchas traducciones según los autores latinos, como Catón el Antiguo, Cesar, Cicerón y Ovidio. La abundancia de manuscritos de esas traducciones prueba que en los primeros tiempos del humanismo sirvieron frecuentemente de auxiliares para el estudio de la

lengua griega en Occidente.

Manuel Moscópulos, discípulo y amigo de Planudas y contemporáneo de Andrónico II, ilustra, como su maestro, tanto la ciencia bizantina de fines del siglo XIII y albores del XIV, como la importación de los conocimientos clásicos a Occidente. Sus *Cuestiones Gramaticales* y su *Diccionario griego* fueron, con las traducciones de Planudas, los libros predilectos de quienes en aquella época se dedicaban en Occidente al estudio de la lengua griega. Los comentarios de Moscópulos sobre cierto número de autores clásicos, así como sus cartas, contienen una documentación muy rica, insuficientemente apreciada y estudiada hasta hoy.

Se adscribe de ordinario a la filología bizantina el nombre de Teodoro Metoquita[978], contemporáneo de Andrónico II. Pero la variada actividad de Metoquita rebasa con mucho los límites modestos de la filología. Ya hemos señalado antes a este autor a propósito de su *Panegírico de Nicea.* Muy culto, lector asiduo de los clásicos, admirador de Aristóteles y sobre todo de Platón —a quien califica de «Olimpo de la Sabiduría», «Biblioteca viviente» y «Helicón de las Musas»[979]—, Teodoro Metoquita, mecenas, estadista, primer ministro de Andrónico II, es un tipo prodigiosamente interesante de humanista bizantino de la primera mitad del siglo XIV. Aparte brillar como hombre de ciencia y vasta cultura, fue un político distinguido, ejerció excepcional influencia en el Imperio y gozó de la plena confianza del emperador. Su contemporáneo Gregoras escribe:

> «De mañana a tarde dábase, por completo y muy cuidadosamente, a los asuntos del Estado, como si la ciencia no existiese para él. Luego, por la noche, después de dejar el palacio, se sumía en la ciencia de la misma manera que un erudito absolutamente

ajeno a toda otra preocupación»[980].

Las opiniones políticas que expresa aisladamente en sus escritos nos permiten hacer algunas observaciones muy interesantes. Tan poco favorable a la democracia como a la aristocracia, Metoquita profesaba un ideal político propio, semejante a una especie de monarquía constitucional. «No fue la menor originalidad de ese bizantino del siglo XIV haber, bajo el régimen absoluto de *los basileos de derecho divino*, acariciado semejantes sueños»[981].

Durante la revolución que depuso a Andrónico II, Teodoro perdió su cargo, fortuna y bienes y fue encarcelado. Habiendo contraído una grave dolencia, se le autorizó a terminar sus días en el monasterio de Hora, restaurando por completo y ornando con mosaicos aquel edificio (hoy mezquita Kahrié-Dyamí) que había encontrado en franca decadencia. Aun hoy, en esa mezquita, puede verse, sobre el nartex de la iglesia, un mosaico representando a Cristo en un trono y a sus pies, arrodillado, Teodoro Metoquita, vistiendo el suntuoso atuendo de los altos dignatarios bizantinos y presentando a Cristo una iglesia bizantina en miniatura. En el mosaico se lee el nombre de Teodoro Metoquita. Éste murió en Hora en 1332.

Nicéforo Gregoras, el célebre historiador bizantino que fue uno de sus discípulos, pinta en sus escritos, de manera detallada y entusiasta, la figura de su maestro[982].

Las numerosas y diversas obras de Metoquita —que distan mucho de haber sido publicadas y estudiadas todas y que comprenden ensayos filosóficos e históricos, escritos de retórica y de astronomía, poemas y cartas a contemporáneos eminentes, etc—. nos hacen alinear a Teodoro Metoquita con Nicéforo Gregoras y Demetrio Cidonio, entre los más brillantes humanistas bizantinos del siglo XIV. El más reciente

investigador de este asunto califica la obra de Metoquita de prodigiosamente variada y opina de él que es «probablemente el escritor más grande del siglo XIV y uno de los máximos escritores de la literatura bizantina»[983].

Ciertos eruditos (como Sathas y después F. I. Uspensky) ven en Metoquita el predecesor y precursor de los platonistas bizantinos del siglo XV en general y de Gemisto Plethon en particular[984].

De todas las obras de Metoquita, no hay ninguna tan conocida como sus *Comentarios y juicios morales* (*Miscellanea phifosophica et histórica.*). Ese trabajo es una especie de enciclopedia, «una mina inestimable de ideas» que nos permite apreciar la vasta y profunda erudición de Metoquita. Metoquita cita —y seguramente ha leído— más de setenta autores griegos. Sinesio parece ser su fuente principal y su autor favorito[985].

La obra de Metoquita está sembrada de numerosos e importantes relatos históricos, no sólo sobre Bizancio, sino también sobre los pueblos vecinos. Tal es el relato detallado que da de su embajada cerca del zar de Servia en 1298 y de las negociaciones entonces entabladas con miras al casamiento de una hija de Andrónico II[986].

Metoquita escribió veinte poemas, de los que sólo se han publicado dos. El primero, de 1355 versos, describe su propia vida y el monasterio de Hora, el segundo hace una nueva descripción del mismo monasterio[987]. Los otros dieciocho poemas han sido, si no publicados, al menos analizados, y sabemos que contienen numerosos informes sobre la vida del autor y los sucesos de su época[988]. En el poema decimonono, Metoquita pinta con detalle su palacio, tesoros y comodidades[989], que perdió durante la revolución de 1328. Sus poemas, escritos en estilo pulido, son a veces difíciles de

comprender. Mas Metoquita no era solo en adoptar semejante forma. Otros muchos poetas y prosistas bizantinos escribían en un estilo desprovisto de claridad y que requería forzoso comentario. A juicio de aquellas gentes, el estilo más valioso era el más sutil.

Metoquita dejó igualmente algunas cartas, de las que sólo nos han llegado cuatro, sin importancia alguna. Probablemente las demás fueron destruidas por sus enemigos[990].

Metoquita ejerció gran papel en el aspecto artístico, como lo atestiguan, los mosaicos de Cora. No se engañó al expresar la esperanza de que su actividad artística le aseguraría «hasta el fin del mundo, un recuerdo imperecedero en la posteridad»[991]. La obra de Teodoro Metoquita es, sin duda, uno de los elementos más importantes del Renacimiento de la época de los Paleólogos. Falta mucho aun para conocerla y apreciarla plenamente. Sólo ahora empezamos a comprender la trascendencia de Metoquita en el movimiento espiritual del siglo XIV. Es imprescindible que todos sus escritos sean publicados y estudiados para poder juzgar como conviene a ese gran escritor de una gran época de la civilización.

Entre los filólogos del período de Andrónico II podemos citar a Tomás Magister, que se formó en el ambiente literario de Moscópulos, Metoquita y Gregoras. Escribió discursos, cartas y muchos escolios sobre autores antiguos[992]. Otro eminente filólogo de entonces fue Demetrio Triclinio, excelente crítico de textos y que hubiera podido rivalizar, según Krumbacher, con ciertos eruditos contemporáneos. Conocía los clásicos perfectamente para su época y sobre todo a Píndaro, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes y Teócrito.

A la época de los Paleólogos se remonta el último gran monumento jurídico bizantino que ha conservado hasta hoy una importancia capital: la vasta compilación jurídica escrita en el siglo XIV por el jurista y juez de Tesalónica Constantino Harmenópulos y conocida como *Hexabiblos*, a causa de su división en seis libros, y también como *Prontuario* (*manuale legum*). Esta compilación abarca el derecho civil y el criminal y contiene suplementos como, por ejemplo, el Código Rural. El autor se sirvió de documentos legislativos anteriores, cual el *Proqueiron*, las *Basílicas*, las *Novelas*, la *Égloga*, la *Epanagogué* y otros[993]. Algunos eruditos, a propósito de las fuentes del *Hexabiblos*, han dirigido su atención a un importante problema todavía mal esclarecido. Se ha demostrado que Harmenópulos utilizó varias fuentes en sus redacciones más antiguas, desprovistas de las adiciones y modificaciones aportadas por la comisión que designó Justiniano[994]. De modo que el *Hexabiblos* puede ser precioso auxiliar para el estudio crítico de las fuentes del Código de Justiniano, del contenido primitivo de los textos modificados y de los vestigios del derecho romano clásico en los monumentos jurídicos de Bizancio. A partir de 1453, el *Hexabiblos* se difundió en Occidente, los humanistas estudiaron con atención y cuidado aquel monumento jurídico del caído Imperio. Las instituciones de justicia de Besarabia y de la Grecia moderna utilizan todavía la compilación de Harmenópulos[995].

A la época de los Paleólogos pertenecen varios tratados de medicina, algo influidos por los árabes. Un manual bizantino de medicina, de fines del siglo, ejerció mucha influencia, a su vez, sobre la medicina occidental, habiendo sido estudiado en la Facultad médica de París hasta el siglo XVII. El estudio de las matemáticas y la astronomía floreció mucho bajo los Paleólogos, y varios sabios enciclopédicos,

ya mencionados, consagraron parte de su tiempo a las ciencias exactas, documentándose en las antiguas obras de Euclides y Tolomeo, así como en las obras persas y árabes cuyos fundamentos, empero, descansaban en el conocimiento de los modelos griegos.

La poesía en la época de los Paleólogos estuvo representada por Manuel Holobolo (que vivió bajo Miguel VIII y Andrónico II) y Manuel Filos (1275-1345 aproximadamente). Suele juzgarse la labor de Holobolo como una poesía artificial, sin originalidad, de temas cortesanos y por tanto convencionales, y a menudo aduladora y servil más allá de lo admisible[996]. Pero recientes investigaciones han demostrado que tal opinión es infundada y que los poemas que describen la magnificencia y esplendor de la corte distan mucho de la adulación el servilismo[997]. Holobolo escribió también un *Encomio* del emperador Miguel VIII[998]. Manuel Filos pasó su vida, en la mayor miseria, viéndose obligado a malbaratar su talento para ganarse el pan cotidiano. A este objeto no escaseó humillaciones y lisonjas. En ese sentido recuerda al poeta griego del siglo XII Teodoro Pródromo.

Una última gran figura literaria del siglo XIV bizantino es la de Teodoro Meliteniota. Hubo varios Meliteniotas conocidos que vivieron a fines del siglo XIV e inicios del XIV, y por tanto es difícil saber a quién atribuir la obra conocida bajo el solo nombre de Meliteniota[999].

No obstante, hoy puede darse como cierto que Teodoro Meliteniota, que vivió en el siglo XIV, fue el autor de la obra de astronomía más vasta y científica de toda la época bizantina, así como de un largo poema alegórico en 3,062 versos «políticos» titulado *Sobre la prudencia*[1000]. Recientemente ha surgido un problema muy interesante a

propósito de la obra de Meliteniota: a saber, si su poema fue compuesto o no, bajo el influjo directo de la *Amorosa visión*, de Boccaccio[1001]. Este ejemplo puede servir para ilustrar, una vez más, la importancia del intercambio intelectual de Bizancio y de Italia en la época de los Paleólogos.

Nos han llegado algunas obras muy interesantes de la época de los Paleólogos, escritas en griego popular. La versión griega de la *Crónica de Morea*, que comprende más de nueve mil versos y de la que hemos hablado a propósito de la conquista del Peloponeso por los latinos, es un curioso ejemplar del lenguaje hablado de la época, ya salpicado de palabras y expresiones tomadas a la lengua romana de los conquistadores. Aun se discute cuál fue la lengua original de la crónica: algunos eruditos se atienen al original francés; otros al griego. Recientemente se ha emitido la opinión de que la *Crónica de Marea* es italiana y escrita probablemente en dialecto veneciano[1002]. El autor de la versión griega de la crónica es considerado ordinariamente como un franco helenizado, muy cercano a los acontecimientos y bien informado de los asuntos del Peloponeso.

A la misma época pertenece la novela versificada (en unos cuatro mil versos) de *Libistros y Rhodamne*, que por su tema e ideas recuerda la ya mencionada obra de *Beltandros y Crisanza*. En resumen, el argumento es éste: Libistros conoce por un sueño que ha de casarse con Rhodamne, princesa india. Procura hacerse amar de ella, vence a su rival en singular combate y obtiene la mano de la princesa. Pero, gracias a sortilegios, su rival se apodera de Rhodamne, la cual, tras muchas aventuras, es hallada por Libistros sana y salva[1003]. Un rasgo característico de esta obra es la combinación de las influencias francas y orientales. Mientras en *Beltandros y Crisanza* la cultura franca es aún claramente distinta de la griega, en *Libistros* cabe ver que la cultura

franca ha penetrado profundamente el ambiente bizantino, empezando a sufrir, a su vez, el influjo griego.

Pero se engañaría quien pensase que el poema es mera imitación de algún modelo occidental. «Si la sociedad descrita —dice Dile— aparece penetrada de ciertos elementos latinos, guarda en conjunto un color netamente bizantino»[1004]. La novela de *Libistros y Rhodamne* nos ha llegado en una forma tardía y retocada.

Debe, con toda probabilidad, atribuirse al siglo XV la versión griega del poema toscano XX *cantare di Fiorio i Biancifiore*, escrito en el siglo XIV. La versión griega contiene unos dos mil versos en griego popular y metro «político». El texto griego no indica la identidad del poeta griego. Krumbacher creía que fue un franco helenizado, es decir, un católico[1005]. Pero esa hipótesis ha sido abandonada hoy y en el traductor se ve un griego ortodoxo[1006]. La versión griega de *Florias y Flatzia Flore*, tiene gran interés para el estudio del griego popular de la época de los Paleólogos.

Probablemente a fines del siglo XV se compuso la *Aquileida bizantina*, escrita en versos políticos. Pese a su título, el poema está muy alejado de Hornero. El fondo del cuadro se halla constituido por el feudalismo franco. La personalidad del héroe del poema aparece influida por otro héroe épico bizantino, Digenis Acritis. «Aquiles es un Digenis bautizado con un nombre clásico»[1007]. No cabe decir con certidumbre si el autor de la *Aquileida* conoció una de las versiones de la epopeya bizantina, o si bebió en las mismas fuentes que ella, es decir, en los cantos populares. La primera hipótesis parece, sin embargo, más probable[1008]. El poema termina con la muerte de Aquiles en Troya, a manos de París y Deífobos, y la ciudad es saqueada por los griegos, vengando así a su héroe.

Procede detenerse sobre el impulso artístico, tan maravillosamente como imprevisto, de la época de los Paleólogos. El Renacimiento artístico bizantino, que produjo obras tales como los mosaicos de Hora, Mistra, el Athos, Servia, etc., resulta tan súbito e impensado que los labios no han podido pasar sino de emitir hipótesis sobre el problema de las fuentes de aquellas nuevas formas de arte.

Una hipótesis, occidentalista, admite la posibilidad del influjo de los maestros italianos del «*Trecento*» sobre el arte bizantino, lo que explica las nuevas formas de éste en el siglo XIV. Si se consideran, en efecto, las influencias occidentales que se ejercieron sobre la vida bizantina a contar de la cuarta Cruzada, y si se cotejan las obras bizantinas con los frescos italianos del «Trecento» en general y los de Giotto y otros contemporáneos en particular, se llega fácilmente a esa conclusión. Pero no cabe aceptarla, porque hoy se ha demostrado lo opuesto, esto es, la influencia de los modelos bizantinos sobre el arte italiano del siglo XIII.

Otra segunda hipótesis, la siria, emitida a principios del siglo XX por el austríaco Strzygowski y por T. Schmidt, sostiene que las mejores obras bizantinas de la época de los Paleólogos no son sino meras copias de antiguos originales sirios, es decir, de obras que, en su época (siglos V al VIII), produjeron, en efecto, bastantes formas nuevas asimiladas por el arte bizantino. Siendo así, no cabe hablar de Renacimiento del arte de Bizancio en el siglo XIV, ni de su originalidad, ni de la imaginación creadora de los artistas, pues todo se reduciría a buenas copias de buenos modelos antiguos, poco conocidos por ende. Esta teoría, que Kondakov califica de «*juego arqueológico*»[1009], ha hallado pocos defensores en el mundo científico[1010].

En la primera edición de su *Manual*, publicada en 1910, Diehl refuta ambas teorías y ve las fuentes del renacimiento artístico bajo los Paleólogos en el impulso general de la civilización, característico de la época, en el despertar de un sentimiento profundo de patriotismo helénico y en el desarrollo progresivo de las nuevas corrientes que se manifestaban desde el siglo XI en el arte de Bizancio. «Para quien mira atentamente las cosas, el gran movimiento artístico del siglo XIV no es un fenómeno repentino e insólito, sino nacido de la evolución natural del arte en un medio singularmente activo y vivaz. Si las influencias extranjeras pudieron ayudar parcialmente a su brillante floración, también sacó de sí mismo raíces profundas que hundían en el pasado sus fuertes y originales cualidades»[1011].

El profesor D. D. Ainalov, en 1917, criticaba el método empleado por Diehl, diciendo que el último no saca sus conclusiones del análisis directo de las obras de arte, sino que las deduce indirectamente de ciertos datos que poseemos sobre el desarrollo de la literatura, la ciencia, etc. Ainalov estima que el problema de la originalidad de las nuevas formas de la pintura bizantina en los siglos XII - XIV no puede resolverse sino por el método comparativo. El examen de las particularidades geográfico-arquitectónicas de los mosaicos de Kahrié-Dyamí, en Constantinopla, y de la iglesia de San Marcos, de Venecia, lleva a D. V. Ainalov a señalar la sorprendente semejanza de estas formas con las de la pintura paisajista del primer Renacimiento italiano, llegando a la conclusión de que la pintura bizantina del siglo XIV no puede considerarse un fenómeno artístico puramente bizantino, pues no es sino el reflejo de un nuevo desarrollo de la pintura italiana, la cual, a su vez, tuvo por origen un arte bizantino anterior. «Venecia es una de las etapas de este

influjo del arte del Renacimiento primitivo sobre el del Bajo Imperio bizantino»[1012]. Por su parte, O. Dalton, que no conocía la citada obra de Ainalov, escribía en 1925, a propósito del siglo XIV *bizantino*:

> «Las novedades venidas de Italia que aparecen en Servía, en Mistra o en Constantinopla son, en conjunto, antiguas obras griegas que retornan a su patria, superficialmente realzadas por el encanto sienes.
>
> Hecha esta reserva, puede considerarse la pintura eslavo-bizantina del siglo XIV como dominada por la influencia occidental. Italia había retocado con su gracia un arte no cambiado en esencia»[1013].

Después de discutir las obras recientes de G. Millet, L. Bréhier y D. Ainalov, C. Diehl, en la segunda edición de su *Manual*, concluye viendo en el siglo XIV un verdadero Renacimiento que desarrolla los gérmenes de los siglos XI y XII con magnífica amplitud y notable continuidad, de suerte que entre el arte del siglo XIV y la época anterior no hay interrupción. Y Diehl aquí repite el pasaje arriba citado[1014].

Tras todo lo dicho, puede parecer sorprendente esta frase de H. Peirce y R. Tyler en 1926: «La historia del arte bizantino termina, en puridad, con el saco de Constantinopla por los francos en 1204»[1015].

El problema del Renacimiento bizantino no ha sido resuelto aún y merece más amplias investigaciones y estudio más a fondo[1016].

Nos han llegado numerosos monumentos del renacimiento bizantino bajo los Paleólogos. Cabe citar, entre los edificios, siete iglesias de Mistra, varias del Athos, muchas de Macedonia (que en el siglo XIV estaba en territorio

servio) y unas cuantas de la Servia propiamente dicha. Al prodigioso impulso en materia de frescos y mosaicos bajo los Paleólogos debemos los mencionados mosaicos de Kahrié-Dyamí, los frescos de Mistra, los de Macedonia y los de Servia. Hay también en el Athos mosaicos y frescos de fines del siglo XIII, del XIV y del XV, si bien el Athos no alcanzó su apogeo artístico hasta el XVI. Debemos mencionar el nombre del famoso pintor Manuel Panselinos de Tesalónica, llamado el «Rafael» o el «Giotto de la pintura bizantina»[1017]. Vivió probablemente en la primera mitad del siglo XVI, y parece que aun subsisten en el Athos algunas de sus obras, pero no puede afirmarse con certeza.

Nos han llegado también muchos iconos y manuscritos iluminados de la época de los Paleólogos. Puede citarse, por ejemplo, el famoso manuscrito de Madrid (siglo XIV), conteniendo la obra del cronista bizantino Skilitzes, con más de 600 curiosas miniaturas que ilustran la historia de Bizancio del año 811 a mediados del siglo XI[1018]. Ya mencionamos antes os manuscritos de la Biblioteca Nacional de París, uno del siglo XIV, con la miniatura que representa a Cantacuzeno presidiendo el concilio hesicasta, y otro de principios del siglo XV y en donde se puede ver una miniatura de Manuel II Paleólogo[1019].

El arte de tiempo de los Paleólogos, con sus ramificaciones en los países eslavos en general y Rusia en particular, ha sido muy poco examinado todavía. Los documentos no se hallan agrupados, esclarecidos ni estudiados siquiera. Kondakov, que se ocupó en el estudio comparativo de la iconografía de los siglos XIII y XIV, escribía en 1909: «Entramos aquí en una selva obscura, de caminos inexplorados»[1020]. Ainalov, especialista de la pintura bizantina en el siglo XIV, añade en 1917: «No obstante, en esa

selva algunos exploradores han abierto ya senderos en direcciones diversas y practicado algunas importantes observaciones positivas»[1021].

En 1919, G. Millet, en su obra sobre las iglesias servias medievales, no se esfuerza en refutar la opinión de que el arte servio no es sino una ramificación del bizantino y procura demostrar la originalidad de dicho arte servio[1022].

Practicando un balance del movimiento espiritual de la época de los Paleólogos, debemos ante todo reconocer una fuerza, intensidad y diversidad que no se hallan en los períodos precedentes, cuando el estado general del Imperio parecía más propicio al florecimiento de una civilización brillante. Pero no debemos considerar tal ímpetu como espontáneo y carente de raíces en el pasado. Esas raíces deben buscarse en el impulso espiritual de Bizancio en la época de los Comnenos. El lazo que une las dos épocas, cortadas por la dominación latina, tan fatal para Bizancio, es la civilización del Imperio de Nicea, con Nicéforo Blemmidas y los ilustrados emperadores de la dinastía lascárida, quienes lograron, en medio de las dificultades exteriores, recoger y desarrollar en Bizancio las mejores fuerzas espirituales de la época, legando tal herencia a los Paleólogos.

Bajo éstos, la vida espiritual brota como una fuente rebosante, a fines del siglo XIII y se prolonga en el XIV, tras lo cual, y al influjo de la amenaza turca, comienza a disminuir en Constantinopla, mientras los mejores intelectos del siglo XV, como Bessarión y Gemisto, trasladan su actividad a Mistra, en el Peloponeso, centro que nos recuerda ciertos focos del Renacimiento italiano y que parecía menos expuesto al peligro turco que Constantinopla y Tesalónica.

Muchas veces hemos comparado los gustos y tendencias intelectuales de Bizancio con los de la época del primer

Renacimiento italiano. Como Bizancio, Italia atravesaba entonces una época de intensa actividad espiritual. Los rasgos comunes a ambos países fueron abundantes, y análogos los orígenes, ya que en la base de ambos Renacimientos está la revolución económica e intelectual producida por las Cruzadas. Si se quiere emplear la expresión Renacimiento en su sentido más vasto, no hablaremos de Renacimiento italiano y de Renacimiento bizantino, sino de Renacimiento greco-italiano, o mejor de Renacimiento de la Europa meridional. Sólo después, en el siglo XV, el empuje del sudeste de Europa fue destrozado por el yugo turco, mientras en Occidente, en Italia, las condiciones generales permitieron que la vida intelectual continuara desarrollándose y aun se propagara a otros países.

Pero en Bizancio no hubo un Dante. Porque el Renacimiento bizantino estaba unido al pasado por sus tradiciones, y el poder creador y el espíritu de independencia estaban refrenados por la severa autoridad del Estado y la Iglesia ortodoxa. El formalismo y el convencionalismo eran los elementos distintivos del pasado de Bizancio. Considerando las condiciones de la vida bizantina, sorprenden la intensa actividad espiritual de la época de los Paleólogos y los enérgicos esfuerzos de los mejores representantes de aquella actividad, para trillar nuevas rutas y asegurarse libertad e independencia en la investigación artística y literaria. Pero el destino fatal del Imperio quebrantó prematuramente ese fervor literario, científico y artístico[1023].

Bizancio y el renacimiento italiano

Es nuestro propósito determinar la influencia ejercida sobre el Renacimiento italiano por la tradición griega medieval en general y por los griegos bizantinos en particular. Ha de recordarse, ante todo, que no fueron el gusto y el estudio de la Antigüedad clásica los causantes del Renacimiento, sino, al contrario, las condiciones de la vida italiana las que hicieron nacer y desarrollarse aquel movimiento, generando el interés que comenzó a ponerse en la cultura antigua.

A mediados del siglo XIX ciertos sabios pensaban que el Renacimiento italiano había sido provocado por los griegos huidos de Bizancio ante la amenaza turca, sobre todo a partir de la caída de Constantinopla en 1453[1024]. Es notorio que tal hecho es falso en absoluto, bastando atenerse a una cronología elemental para verlo. El Renacimiento se extendía ya a toda Italia en la primera mitad del siglo XV y además los principales representantes del Renacimiento italiano —Boccaccio y Petrarca— vivieron en el siglo XIV.

Al examinar las dos cuestiones que nos hemos planteado —influencia de la tradición griega de la Edad Media e influencia de los griegos bizantinos sobre el Renacimiento— nos detendremos primero en la segunda, procurando empezar por ver qué nombres de griegos están asociados a la época del primer Renacimiento, o sea al siglo XIV y principios del XV.

El primero en el tiempo es el griego calabrés Barlaam, muerto a mediados del siglo XIV y cuya intervención en la querella hesicasta conocemos. Su nombre verdadero era Bernardo. Se ordenó en Calabria, cambió su nombre por el

de Barlaam, y pasó algún tiempo en Tesalónica, en el Athos y en Constantinopla. Andrónico el Joven le confió una importante misión en Occidente: la unión de las Iglesias y una Cruzada contra los turcos. Barlaam volvió sin haber logrado frutos. Tras su intervención en las discordias hesicastas regresó a Occidente, donde acabó sus días.

Los primeros humanistas hablan a menudo de Barlaam. Petrarca le conoció en Aviñón, y tomó de él lecciones de griego, con el fin de poder leer a los autores griegos en su idioma original. Petrarca, en una carta, habla así de Barlaam: «Tuve un profesor que, luego de despertar en mí una dulce esperanza, me abandonó al comienzo de mis estudios (*in ipso studiorum lacte*), arrebatado por la muerte». En otra carta escribe: «(Barlaam) poseía en grado tan notable el don de la elocuencia en lengua griega como carecía de él en la latina. Rico de ideas, dotado de un espíritu agudo, sentía dificultad para expresar sus emociones con palabras»[1025]. En una tercera carta de Petrarca, leemos: «He ardido siempre en el deseo de estudiar la lengua griega, y si la fortuna, envidiosa, no me hubiera atajado en los principios, privándome de un excelente profesor, yo sería ahora un helenista adelantado»[1026]. Petrarca no pudo jamás llegar a saber leer el original de una obra literaria griega.

Barlaam ejerció también alguna influencia sobre Boccaccio, quien, en su *Genealogía deorum* (*Genealogía de los dioses*), señala a Barlaam como hombre «pequeño de cuerpo, pero de conocimientos enormes», fiando en él incondicionalmente para cuanto atañe a Grecia[1027].

Los tratados teológicos, ensayos matemáticos, notas y oraciones de Barlaam a que tenemos acceso, no nos permiten calificarle de humanista. Parece que Petrarca no conoció sus escritos, y Boccaccio dice claramente: «*No he*

visto ninguna de sus obras»[1028]. Por tanto, no podemos afirmar la extensión de su cultura y saber, y no nos asiste, en consecuencia, motivo para tener a Barlaam por hombre de talento y vigor intelectual capaz de ejercer influencia duradera y honda sobre sus contemporáneos italianos, muy dotados y cultos, y algunos de ellos personalidades tales como Boccaccio y Petrarca. De modo que no nos inclinamos a estimar el influjo de Barlaam, tanto como lo hacen ciertos sabios en obras, que son, eso aparte, excelentes. El erudito alemán Kórting escribe: «El griego Barlaam, con su precipitada marcha de Aviñón, quitó a Petrarca la posibilidad de estudiar profundamente la lengua y civilización griegas, arruinando así el imponente edificio del porvenir y determinando durante siglos los destinos de los pueblos de Europa. A pequeña causa, grandes efectos»[1029].

Uspensky dice: «La conciencia neta de la idea e importancia de los estudios helénicos, de que estuvieron imbuidos los hombres del Renacimiento italiano, se debió por entero a la influencia directa e indirecta de Barlaam. Este tiene, pues, un gran mérito en la historia de la civilización de la Edad Media... Ateniéndonos a la esfera de los hechos reales, puede afirmarse, sin disputa, que combinó las mejores cualidades de la cultura de su época»[1030].

En rigor, el papel de Barlaam en el Renacimiento fue mucho más humilde. No pasó de ser un profesor, bastante malo, de lengua griega, capaz de enseñar los elementos gramaticales y servir de léxico viviente. Y aun en este sentido fue un diccionario que daba, con frase de Korelin, «informes muy poco exactos»[1031]. El juicio más equitativo formulado sobre Barlaam es, de cierto, el de Veselovski: «El papel de Barlaam en los destinos del primitivo humanismo italiano es superficial y fortuito... Escolástico medievalista, adversario de la filosofía platónica, no podía compartir con

sus amigos occidentales sino su conocimiento del griego y su fragmentos de erudición; pero se le ha agrandado haciendo de él el símbolo de las esperanzas y deseos con los que se expresó la evolución del humanismo y a los cuales, empero, no era capaz de responder»[1032].

El segundo griego que tuvo papel notorio en la época del primer Renacimiento fue Leoncio Pilato, discípulo de Barlaam y, como éste, oriundo de Calabria. Viajando de Italia a Grecia, y viceversa, pasando en Italia por griego de Tesalónica y en Grecia por italiano, incapaz de asentarse en sitio alguno. Pilato vivió tres años en Florencia, junto a Boccaccio, a quien enseñó el griego y quien se documentó de él para su *Genealogía de los dioses*, Petrarca y Boccaccio hablan de Leoncio en sus escritos. Los dos pintan en términos idénticos su carácter insociable, grosero, insolente, así como el repugnante aspecto exterior de aquel hombre de costumbres, según Petrarca, «tan bestiales y de hábitos tan extraños»[1033].

En una de sus cartas a Boccaccio, Petrarca le dice que Leoncio, después de haberle abandonado profiriendo muchas injurias contra Italia y los italianos, le había enviado, de camino, una carta «más larga y más repugnante que su barba y sus cabellos, en la cual eleva a las nubes la Italia que detestaba tanto, denigra y critica a Grecia y a Bizancio, a los que tanto ensalzaba, y a la vez me ruega que le llame a mi lado, y me conjura y suplica que lo haga, con más ardor que el apóstol Pedro suplicó a Cristo cuando flotaba sobre las aguas». En la misma carta leemos después:

> «Y ahora escucha y ríete. Entre otras cosas me ruega que le recomiende por escrito al emperador de Constantinopla, a quien no conozco de nombre ni de vista; pero lo desea porque imagina que (ese

> emperador) es tan benévolo y favorable conmigo como el emperador romano, cual si la semejanza de títulos los identificase.
>
> A menos que no sea porque los griegos llaman a Constantinopla la Segunda Roma, osando considerarla, no sólo pareja a *la Roma antigua*, sino incluso superior a ella por su población y sus riquezas»[1034].

Boccaccio, en su *Genealogía de los dioses*, describe a Leoncio como un hombre feo, de rostro truculento, siempre sumido en sus pensamientos, mal educado y poco sociable, pero muy versado en la literatura griega, compendio viviente e inagotable de fábulas y leyendas griegas[1035]. Trabajando en común con Boccaccio, Leoncio hizo en latín la primera traducción literal de Homero. Pero fue una traducción tan insatisfactoria, que los humanistas inmediatamente posteriores consideraron preciso substituirla por otra nueva, puesto que Leoncio, según Boccaccio, debía su saber a su maestro Barlaam, «la importancia de este último —dice Uspensky— debe aumentar más a nuestros ojos»[1036].

Aun reconociendo la considerable influencia de Pilato sobre Boccaccio, quien con aquél aprendió a conocer la lengua y literatura griegas, hemos de decir que el papel de Pilato en la historia general del Renacimiento se refiere a la propagación en Italia del idioma y letras griegas mediante sus lecciones y traducciones. Por otra parte, Boccaccio dista mucho de deber su inmortalidad a su documentación griega.

Así, el papel de los dos primeros griegos —que, además, no eran oriundos de Bizancio, sino de la Italia del sur— en la historia del Humanismo, se reduce a una sencilla transmisión de informes técnicos sobre el idioma y la

literatura.

Hemos repetido, adrede, que Barlaam y Pilato procedían de Calabria, donde la tradición y lengua griegas habían persistido durante todo el Medioevo. Sin remontarse a la antigua Magna Grecia de la Italia meridional, cuyos elementos helénicos no fueron totalmente absorbidos por Roma, ha de recordarse que las conquistas de Justiniano en el siglo VI introdujeron en Italia, y particularmente en la del sur, elementos griegos bastante numerosos. Los lombardos, que tras Justiniano conquistaron la mayor parte de Italia, sufrieron también la influencia griega, convirtiéndose hasta cierto punto en campeones de la civilización griega. La evolución del helenismo en la Italia meridional y en Sicilia, donde la población griega aumentó en varias ocasiones con sucesivos aflujos, es de mucha importancia para nosotros. En el siglo VII se advierte una considerable emigración griega a Sicilia y sur de Italia, como consecuencia de las conquistas y devastaciones realizadas por árabes y persas en suelo bizantino. En el siglo VIII muchos monjes griegos huyeron a Italia para substraerse a las persecuciones de los emperadores iconoclastas. Y, finalmente, en los siglos IX y X, numerosos fugitivos griegos de Sicilia, al ser ésta sometida por los árabes, pasaron a la Italia meridional.

Tal fue probablemente el origen de la helenización bizantina del sur de la Península Itálica, ya que la civilización de Bizancio no comienza a prosperar allí sino a partir del siglo X, «como si no fuese más que la prolongación y herencia de la civilización griega de Sicilia»[1037]. De este modo, escribe Veselovski, «se crearon en Italia del sur islotes étnicos griegos muy densos, con una nacionalidad y una sociedad unidas por el idioma, por la religión y por una tradición espiritual conservada en los monasterios. El

florecimiento de esta civilización abarca el período comprendido entre la segunda mitad del siglo IX y la segunda del X, pero continuó más tarde también, en la época de los normandos… Los conventos griegos más importantes se crearon en la Italia del sur en el siglo XII. Su historia es la misma del helenismo en el mediodía de Italia. Tuvieron su período heroico: el de los anacoretas de las cavernas, que preferían la contemplación a la cultura, y luego vino el período de las comunidades organizadas, con escuelas, escribas, bibliotecas y actividad literaria»[1038]. La Italia meridional helenizada tuvo en la Edad Media una serie de escritores que consagraron su tiempo, no sólo a la literatura profana, sino también a la poesía religiosa, conservando a la vez «las tradiciones del saber»[1039].

En la segunda cincuentena del siglo XII Roger Bacon escribía al Papa, refiriéndose a Italia, que «*el clero y el pueblo son allí, en varios lugares, griegos puros*»[1040].

Un cronista francés de la época afirma también que los campesinos de Calabria y Apuria no hablaban más que el griego[1041]. En el siglo XIV, Petrarca habla de un joven que, por consejo suyo, marchaba a Calabria. El joven quería ir directamente a Constantinopla, «pero habiendo sabido que Grecia, que había abundado antaño en grandes talentos, era de ellos tan pobre hoy, creyó mis palabras… Informado por mí de que en nuestros días había en Calabria algunos hombres muy versados en la lengua griega, resolvió ir allí»[1042].

Por tanto, los italianos del siglo XIV no necesitaban dirigirse a Bizancio para adquirir un primer conocimiento técnico del idioma griego y dar los pasos iniciales en la literatura griega, ya que tenían a su alcance una fuente en Italia del sur, y esta fue la que proporcionaron Barlaam y

Leoncio Pilato. La influencia efectiva de Bizancio sobre Italia comenzó a fines del siglo XIV y duró todo el siglo XV, época de los verdaderos humanistas bizantinos, Manuel Crisoloras, Gemisto Plethon y Bessarión de Nicea.

Manuel Crisoloras, nacido en. Constantinopla a mediados del siglo XIV, gozaba fama, en su patria, de filósofo y eminente profesor de retórica. El joven humanista italiano Guarino fue a Constantinopla para aprender con Crisoloras y, un vez que éste le enseñó el griego, Guarino dióse a estudiar los autores griegos. Crisoloras marchó a Italia con una misión política del emperador, siendo acogido con entusiasmo en la península, donde le había precedido su fama. Los centros del humanismo italiano se disputaban la sabiduría del griego. Éste enseñó durante algunos años en la Universidad de Florencia, donde tuvo por auditores numerosos humanistas de la época. Estuvo en Milán algún tiempo, a instancias del emperador Manuel II, que se hallaba entonces en Italia, y luego fue profesor en Pavía. Tras una corta estancia en Bizancio, Crisoloras, por orden imperial, volvió a Italia, hizo un largo viaje a Inglaterra, Francia y acaso España, y trató con la Curia pontificia. Enviado a Alemania por el Papa, a fin de entablar negociaciones sobre el concilio proyectado, llegó a Constanza coincidiendo con el concilio y murió allí en 1415. Por sus enseñanzas y por el talento con que supo transmitir a sus auditores los vastos conocimientos que poseía sobre literatura griega. Crisoloras desempeñó en el humanismo un papel importante. Sus obras, como son algunos tratados teológicos, una gramática griega, varias traducciones, entre ellas una literal de Platón, y diversas cartas, nos permiten descubrir en Crisoloras un gran talento literario. El influjo que ejerció sobre los humanistas fue enorme, y ellos le correspondieron acumulando sobre el profesor bizantino las mayores

alabanzas y el entusiasmo más sincero. Guarino le compara a un sol que iluminó a Italia, sumida en profundas tinieblas. El mismo Guarino proponía que Italia, reconocida, erigiese en honor de Crisoloras arcos triunfales[1043]. Se le dio el título de «*príncipe de la elocuencia y de la filosofía griega*»[1044].

Tuvo por discípulos a los hombres más eminentes del Renacimiento. Un historiador francés del Renacimiento (Monnier) escribe, tras citar los juicios emitidos por los humanistas sobre Barlaam y Pilato: «Manuel Crisoloras no era un cerebro obtuso, un barbudo piojoso, un calabrés grosero, que riera bestialmente con las admirables agudezas de un Terencio. Manuel Crisoloras es un verdadero griego, noble, erudito, excelso en el griego, conocedor del latín, hombre grave, benigno, religioso y prudente, que parece nacido para la virtud y la gloria, que posee una doctrina extremada y la ciencia de las cosas grandes, que es un maestro. Él es el primer profesor griego que, reanudando la tradición, se sentó de nuevo en una cátedra de Italia»[1045].

Pero Gemisto y Bessarión ejercieron un influjo más hondo todavía en la Italia del siglo XV. Ya hablamos antes del primero, instigador de la creación de la Academia Platónica de Florencia y hombre que hizo renacer la filosofía platónica en Occidente. El segundo fue personalidad de primer orden en el movimiento intelectual de su época. Bessarión nació a principios del siglo XV,. en Trebisonda, donde estudió las primeras letras. Enviado a Constantinopla para completar su instrucción, estudió los poetas, oradores y filósofos griegos y conoció al humanista italiano Filelfo, quien estudiaba a su vez a orillas del Bósforo e hizo conocer a Bessarión el movimiento humanista italiano y el profundo interés que empezaba a dedicarse en Italia a la literatura y el arte antiguos. Habiendo tomado las órdenes, Bessarión continuó

sus estudios en Mistra (Peloponeso), bajo la dirección del célebre Gemisto. Siendo arzobispo de Nicea, Bessarión acompañó al emperador al concilio ferraro-florentino, donde intervino con eficacia en el curso de las negociaciones, inclinándose progresivamente a los partidarios de la Unión. «No creo justo —escribió en el discurso del concilio— separarnos de los latinos contrariamente a todas las buenas razones»[1046].

Durante su estadía en Italia, coincidente con el período más brillante y fervoroso del Renacimiento, Bessarión, no inferior por sus conocimientos y talentos a los humanistas italianos, mantuvo relaciones estrechas con ellos y, gracias a sus opiniones unionistas, se congració con la Curia pontifical. Vuelto a Constantinopla, advirtió pronto el disfavor con que la masa del puebla griego miraba el unionismo y comprendió la imposibilidad de imponer la Unión en Oriente, como él deseaba. Por entonces recibió la noticia de su nombramiento de cardenal romano y, ante lo ambiguo de su situación, y cediendo al deseo que sentía de hallarse otra vez en Italia, hogar del humanismo, abandonó Bizancio, camino de Roma.

En esta ciudad, la casa de Bessarión se convirtió en centro de reunión de los humanistas. Bessarión tuvo por amigos a los humanistas más eminentes, como Poggio y Valla. Este último llamaba a Bessarión, aludiendo a su perfecto conocimiento de las dos lenguas antiguas, «*el más griego de los latinos, el más latino de los griegos*» («Latiniorum Graecissimus, Graecorum Latinissimus»)[1047]. Comprando o haciendo copiar libros, Bessarión se procuró una excelente biblioteca, donde las obras de los Padres de ambas Iglesias y los libros teológicos en general se alineaban junto a los frutos de la literatura humanista. Al final de su vida donó su biblioteca, muy rica para aquel tiempo, a la

ciudad de Venecia, donde había de constituir uno de los principales fondos de la famosa «*Biblioteca Marciana*» (de San Marcos). En la puerta de esta biblioteca se ve en nuestros días la efigie de Bessarión.

La actividad literaria de Bessarión no le impidió ocuparse en la Cruzada contra los turcos. Al saber la caída de Constantinopla escribió sin demora al dux de Venecia, haciéndole ver el peligro que los turcos hacían correr a Europa y exhortándole a armarse contra ellos[1048]. En aquella época Europa no podía comprender otras razones. Bessarión murió en Rávena en 1472 y sus restos fueron transportados a Roma, donde se le rindieron exequias solemnes.

Bessarión desarrolló lo más de su actividad literaria en Italia. Aparte muchas obras teológicas sobre la Unión, un «*Discurso Dogmático*», una Refutación de Marcos Eugénico (Marcos de Éfeso) y varios escritos de polémica y exégesis, Bessarión dejó traducciones de algunos autores clásicos (Demóstenes, Jenofonte, la «Metafísica» de Aristóteles) que le caracterizan bien como humanista. Aunque admirador de Platón, Bessarión, en su obra «*Contra un calumniador de Platón*» («In calumniatorem Platones»), logra mantenerse dentro de los límites de cierta imparcialidad que no se halla en otros adalides del platonismo y el aristotelismo. Recientemente se ha publicado su largo «*Elogio*» de su ciudad natal (Trebisonda), obra muy importante históricamente[1049].

Bessarión representa mejor que cualquier otro de los hombres eminentes de su época un ejemplo de la síntesis de los dos genios, griego y latino, de los que dimanó el Renacimiento. Griego de origen, tornóse latino; «cardenal, protege a los sabios; teólogo escolástico, rompe lanzas en favor del platonismo; admirador entusiasta de la antigüedad,

contribuye más que nadie al florecer de la Edad Moderna. Se afinca a la Edad Media por su ideal de unión cristiana y de Cruzada, que se esfuerza en realizar; pero supera a su época y la impulsa con ardor por nuevas vías, hacia el progreso, hacia el Renacimiento»[1050].

Miguel Apostolios, contemporáneo de Bessarión, le convierte en su entusiasmo en una especie de semidiós. En su «oración fúnebre» consagrada a Bessarión, escribe: «(Bessarión) era el reflejo de la verdadera sabiduría divina»[1051].

Varias obras de Bessarión está inéditas todavía. La Italia contemporánea, que honra mucho la memoria de aquel sabio bizantino, edita un periódico católico que tiende a la unión de las dos Iglesias y se titula «*Bessarione*».

Pero Bizancio no contribuyó sólo a la historia del Renacimiento, dando a conocer la lengua y literatura griegas en lecciones y conferencias, y gracias a la actividad de hombres de talento como Plethon y Bessarión, que abrieron a Italia nuevos horizontes. No: Bizancio procuró, además, a Occidente gran abundancia de preciosos manuscritos griegos, que contenían los escritos de los mejores representantes de la literatura antigua, sin hablar ya de los textos de la época bizantina y de las obras de los Padres de la Iglesia griega.

Los humanistas italianos, con el célebre bibliófilo Poggio en primer lugar, habían recorrido Italia y la Europa occidental, reuniendo hacia 1440, época del concilio de Florencia, casi todos los escritos de los clásicos latinos que conocemos hoy. Pero a raíz de la llegada a Italia de Manuel Crisoloro, quien despertó una admiración entusiasta por la antigua Hélade, empezaron a adquirirse en Italia libros griegos. Para ello hubo que recurrir a los tesoros literarios

que eran los manuscritos de Bizancio. Los italianos que iban a Bizancio, deseosos de instruirse en la sabiduría griega, regresaban cargados de libros griegos. El primero en hacerlo fue Guarino, discípulo de Crisoloras en Constantinopla. Lo que Poggio realizara en el sentido de reunir los manuscritos de la literatura romana, hízolo Juan (Giovanni) Aurispa con la literatura griega. Marchando a Bizancio, trajo de Constantinopla, el Peloponeso y las Islas 238 volúmenes, es decir, toda una biblioteca que comprendía las mejores obras clásicas griegas.

Según la vida en Bizancio se tornaba más difícil y peligrosa, como consecuencia de las conquistas turcas, los griegos iban trasladándose en gran número a Occidente, llevando consigo las obras maestras de su literatura. Esta afluencia de tesoros del mundo clásico a Italia creó en Occidente condiciones muy favorables para el estudio del pasado o de la antigua Hélade y el conocimiento de las riquezas de su imperecedera civilización. Al transmitirlas a Occidente y salvarlas así de la destrucción turca, Bizancio cumplió una gran obra espiritual, rindiendo a la Humanidad un servicio inmenso.

BIBLIOGRAFÍA TOMO II

Bibliografía del capítulo VII

(Para las obras generales véase el primer capítulo del tomo I)

Monografías Sobre La Época de los Comnenos y los Ángeles.

F. Wilken, *Rerum ab Alexia I, Joanne et Manuele Comnenis Gestarum, Libri IV* (Heidelberg, 1811). Breve y anticuado.

F. chalandon, *Essai sur le règne d'Alexis Ier Comnéne* (*1081-1118*), París, 1900 (*Les Comnènes: étude sur l'Empire byzantin aux et* XIII *siècles* I).

F. Chalandon *Jean II Comnéne* (*1118-1143*) *et Manuel* Ier *Comnéne* (*1143-2180*), París, 1912. (*Les Comnènes: étude sur l'Empire byzantin aux* XI *et* XII *siècles*, II). Estas dos monografías son extremamente importantes, sobre todo desde el punto de vista de la historia exterior.

H. Von Kap-Herr, *Die abendlandische Politik Kaiser Manuels* (Estrasburgo, 1881). Buen estudio.

G. T. Fuller, *Andronicos or the Unfortunate Politician* (Londres, 1646). No conozco este libro.

R. Byron, *The Byzantine Achievement*, (Londres, 1929), pág. 323, observa a propósito de la obra de Fuller, que ésta es «quizá el más antiguo estudio bizantino inglés».

C. F. Zeller, *Andronikus der Komnene Romischer Kaiser. Ein historisches Gemadle aus dem ostromischen Kaserthume im zwolften Jahrhundert*, I-II (Stuttgart, 1894). Anticuado.

F. Wilken, *Andronikus Comnenus. Historisches Taschenbuch van Raumer*, t. II (1831), p. 431-545. Anticuado.

J. Pervanoglu, *Historische Bilder aus dem byzantinischen Reiche. I. Andronik Comnenus* (Leipzig, 1879). Obra de no mucha importancia.

F. I. Uspenski, *Los emperadores Alejo II y Andrónico Comneno*. «Gaceta del Ministerio de Instrucción Pública», vol. CCXII (1880), p. 95-130 y volumen CCXIV (1881), p. 52-85 (en ruso). Interesante, pero inacabado.

N. Radojcic, *Dva posljednja Komnena na carigradskom prijestolu* (7.zagreb, 1907). En croata. Breve, pero bueno.

C, Diehl, *Andronic Comnéne. Figures byzantines*, 2.ª serie (París, 1908), páginas 86-113. Brillantemente escrito.

F. Cognasso, *Partiti politici e lotte dinastiche in Bisanzio alla morte di Manuele Comneno*, (Turín, 1912). «Reale Accademia delle Scienze di Torino», años 1911-12. Excelente estudio sobre la época de Alejo II y Andrónico.

L. Bréhier, *Andronic Ier. Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastiques*, t. II (París, 1914), col. 1776-1782. Muy buen artículo.

F. I. Uspensky, *Los últimos Comnenos: principios de una reacción* (*Vizantiiski Vremennik*, t. XXV, 1927-28, p. 1-23), (en ruso).

F. Cognasso, *Un imperatore bizantino della decadenza: Isacco II Angelo*, «Bessarione», año XIX (1915), p-25-60 y 248-289. Edición separada (Roma, 1915).

Sobre Las Cruzadas.

Dada la enorme literatura existente sobre las Cruzadas, sólo podemos mencionar aquí unas cuantas obras. Se hallará una abundante bibliografía en la *Cambridge Medieval History*, t. V, p. 867-871.

Sobre La Historia General de Las Cruzadas.

B. Kluger, *Geschichte der Kreuzzüge* (Berlín, 1880, a.ª ed. 1891).

H. Prutz, *Kulturgeschichte der Kreuzzüge* (Berlín, 1883).

R. Röhricht, *Geschichte der Kreuzzüge im Umriss* (Insbruck, 1898).

F. I. Uspensky, *Historia de las Cruzadas* (San Petersburgo, 1900). En ruso. Este libro y el siguiente, de Bréhier, tienen gran importancia desde el punto de vista de la historia de Bizancio.

L. Bréhier, *L'Église et l'Orient au mojen age. Les Croisades* (París, 1907;5.ª ed., 1928).

Sobre La Primera Cruzada.

H. Sybel, *Geschichte des ersten Kreuzzüges* (Leipzig, 1841). Las dos ediciones sucesivas no llevan prácticamente cambio alguno. Aun hoy sigue siendo la obra más importante sobre este punto.

F. Chalando *Histoire de la premiére Croisade jusqu'à l'élection de Godefrode de Bouillon.* (París, 1925). Obra póstuma. Inacabada.

Sobre La Cuarta Cruzada.

P. Mitrofanov, *El cambio de dirección de la cuarta Cruzada* (*Vizantiiski Vremennik*, t. TV, 1897, p. 4, 31-523). En

ruso.

E. Gerland, *Der Vierte Kreuzzug una seine Probleme* (*Neue Jahrbücher fur das Klassische Altertum. Geschichte una deutsche Literatur*), t. XIII (1904), páginas 502-514. Estos dos artículos constituyen una excelente introducción al estudio del problema de la cuarta Cruzada.

A. Luchaire, *Innocent III. La question d'Orient* (París, 1907).

Sobre Los Normandos.

G. L. F. Tafel, *Komnenen und Normannen* (Stuttgart, 1870).

E. gaspar, *Roger II* (*1101-1154*) *und ale Gründung der normannish-sicilischen Monarchie* (Innsbruck, 1904).

F. Chalandon, *Histoire de la domination normande en Italie et en Sicile*, I-II. (París, 1907).

Sobre Alemania.

V. G. Vasilievsky, *Bizancio en el siglo* XIII. *La alianza de los dos Imperios* (1148-1155) (en *Slavianski Sbornik*), t. II (San Petersburgo, 1877), páginas 210-292. En ruso. Reimpreso en sus *Obras*, t. IV (1930), p. 18-105. Muy importante.

Sobre Venecia.

F. C. Hodgson, The Early History of Venice From The Foundation To The Conquest of Constantinople a. d. 1204 (Londres, 1901).

H. Kretschmayr, *Geschichte von Venedig*, I (Gotha, 1905). Importante.

C. Diehl, *Une république patricienne. Venise* (París, 1916). Notablemente escrito. (La traducción española —Madrid, 1943— no es recomendable. *N. del R.*)

Segundo Reino Búlgaro.

F. I. Uspensky, *La formación del segundo reino búlgaro* (Odesa, 1879). En ruso.

V. G. Vasilievsky, *Examen de la obra de Uspensky en la «Gaceta del Ministerio de Instrucción Pública»*, vol. CCIV (1879), p. 144-217 y 318-348. En ruso. Muy importante.

Historia de La Iglesia.

A. P. Lebediev, *Ensayos históricos sobre la Iglesia oriental bizantina desde fines del siglo* XI *a mediados del* XV (2.ª ed., Moscú, 1902). En ruso.

W. Norden, *Das Papsttum und Byzanz. Die Trennung der beiden Mächte und das Problem ihrer Wiedervereinigung*, (Berlín, 1903). Muy importante.

N. Grossu, *La obra eclesiástica y religiosa del emperador bizantino Alejo I Comneno* (1081-1118).

N. Grossu, *La actitud de los emperadores bizantinos Juan II y Manuel I Comneno ante la unión con Occidente.* Estos dos artículos fueron publicados en ruso en los Boletines de la Academia Teológica de Kiev, 1912.

L. Oeconomos, *La Vie religieuse dans l'Empire byzantin au temps des Comnènes et des Anges* (París, 1918). Importante.

F. I. Uspensky, *Ensayos sobre la historia de la civilización bizantina* (San Petersburgo, 1892). Cap. III: *Sobre Juan ítalos*, p. 144-245. En ruso. Importante.

Civilización.

C. Neumann, *Griechische Geschichtschreiber Und Geschichtsquellen Im Zwölften Jahrhundert. Studien zu Anna Comnena*, Theod. Pródromos, Joh. Cinnamus (Leipzig, 1888).

C. Diehl, *La société byzantine a l'époque des Comnènes.* «Revue historique du Sud-Est européen», t. VI (1929), p. 198-280. Conferencias dadas en Bucarest en abril de 1929.

Interesante.

Sobre Ana Dalasena.

C. diehl, *Anne Dalasséne. figures byzantines*, t. I (París, 1906), p. 317-342. Trad. inglesa de H. Bell, *Byz. portraits* (Nueva York, 1927), p. 300-325.

Sobre Ana Comnena.

E. Oster, *Anna Komnena*, I-III (Rastadt, 1868-1871).

Paul Adam, *Princesses byzantines* (París, 1893).

J. McCabe, *The Empresses of Constantinople* (Boston, sin año), p. 197-217.

L. Du Sommerard, *Deux princesses d'Orient au XIIe siècle: Anne Comnéne, témoin des Croisades. Agnès de France* (París, 1907), p. 1-199.

C. Diehl, *Anne Comnéne. Figures byzantines*, t. II (París, 1909), p. 26-52.

W. miller, *A Byzantine blue stocking: Anna Comnena. Essays on the Latín Orient* (Cambridge, 1921), p. 533-550.

Naomi Mitchison, *Anna Comnena. Representative Woomen* (Londres, 1928).

Georgina Buckler, *Anna Comnena: a study* (Oxford, 1929). La mejor de estas monografías, muy detallada y documentada con profusión.

Elisabeth A. S. dawes. *A complete translation of the «Alexiad» of Anna Comnena. The Alexiad of the princess Anna Comnena* (Londres, 1928).

Anne comnéne, *Atexiade* (*Regne de l'Empeneur Alexis 1 Comnéne, 1081-1118*). *Tete établi et traduit par Bernard Leib* (París, 1937 y 1943. Aparecidos los dos primeros volúmenes, que comprenden X libros). Notable y extensa la introducción, conducida especialmente sobre el libro de G. Buckler.

Sobre Miguel Acominatos

A. Ellissen, *Michael Akominatos von Chona.* (Gottinga, 1846).

Sobre Nicetas Coniata (Acominatos).

F. L Uspensky, *Un escritor bizantino; Nicetas Acominatos de Conas* (*S.* Petersburgo, 1874). En ruso.

Sobre Eustacio de Tesalónica

V. Duchataux, *Eustathe, archevéque de Thessalonique. Sa vie, ses oeuvres, son histoire du siège et de la prise de Thessalonique par les Normanas siciliens.* En los *Travaux de l'Académie nationale de Reims*, vol. CVIII, t. II (1899-1900), (Reims, 1902).

Cohn, *Eustathius*, en *Real-Encyclopadie* de Pauly-Wissowa, t. VI (1909), col. 1452-1489.

Muy buen artículo.

Sobre Teofilacto de Ochrida (O de Bulgaria).

V. Vasilievsky, *Byzancio y Los Pecheneques, Obras*, T. I (1908), Págs. 134-149. Importante.

F. Chalandon, *Essai sur le règne d'Alexis der Comnéne*, p. XXIII-XXVIII. B. Lieb, *Rome, Kiev et Byzance a la fin du* XI[e] *siècle* (París, 1924), p. 41-50.

Sobre Teodoro Pródromo.

S. D. Papadimitriu, *Teodoro Pródromo* (Odesa, 1905). En ruso.

C. diehl, *Un poete de cour au siècle des Comnènes. Figures byzantines*, t. II (París, 1909), p. 134-163.

Sobre Constantino Stilbes.

C. Loparev, *El humanista bizantino Constantino Stilbes* (*siglo XII*) *y sus obras*, en *Vizantiiskoie Obozreniie*, t. III (1917), p. 57-88. En ruso.

Sobre Miguel Glycas.

K. Krumbacher, *Michael Glycas. En Sitzungsberichte der philosophis-philologischen und historischen Classe der K. Bayerischen Akademie der Wissenschaften, 1894, p. 391-460.*

Bibliografía del capítulo VIII

Para las obras generales sobre la historia de Bizancio, véase el primer capítulo. (Tienen particular importancia las obras de Hopf, Finaly, vols. III y IV, y Gregorovius).

Monografía póstuma sobre el tirano del Epiro. Importante y digna de confianza.

A. Gardner, *The Lascarids of Nicea; the story of an empire in exile* (Londres, 1912). Monografía interesante y seria sobre el imperio de Nicea.

M. A. Andreieva, *Ensayos sobre la civilización de la corte bizantina en el siglo* XIII (Prag, 1927). En ruso. Muy buena obra.

Monografías sobre reinados aislados.

J. Draseke, *Thedoros Lascaris* (*Byz. Zeus.*, t. III, 1894, p. 498-515). Trata en especial de la actividad literaria de Teodoro II.

J. B. Pappadopulos, *Théodore II Lascaris, empereur de Nicée* (París, 1908). Bosquejo bastante flojo del reinado de Teodoro II. Véase la severa crítica de Festa en *Byz. Zeits.*, t. XVIII (1909), p. 213-217.

Historia del Imperio Latino y otros principados latinos en territorio bizantino durante el siglo XIII.

P. Miedovikov, *Los emperadores latinos de Constantinopla y sus relaciones con los soberanos griegos independientes y la población local en general* (Moscú, 1849). En ruso. Anticuado.

Baronesa Diana De Guldencrone, *L'Achaïe féodale. Étude sur le Moyen-Age en Gréce* (1205-1456). (París, 1886). Obra de vulgarización con algunas referencias a las fuentes.

E. Gerland, *Géschichte der Frankhenherrshaft in Griechenland. Geschichte des lateinischen Kaiserreiches von Konstantinopel.*

I. Teil: *Geschichte der Kaiser Balduin I und Heinrich (1204-1216)*, (Hamburgo, 1905). Exposición detallada de la historia del Imperio latino desde 1204 a 1216, sobre la base de los manuscritos de Hopf. El primer volumen del libro no ha aparecido todavía.

W. Miller, The *Latins in the Levant. A History of Frankish Greece.* (1204-1566). (Londres, 1908). La mejor obra general sobre la dominación franca en Grecia y en las islas.

W. Miller, *Essays on the Latín Orient* (Cambridge, 1921). Artículos y monografías escritos entre 1897 y 1921, revisados y puestos al día. Obra muy útil.

Sobre el Oriente latino véase la rica bibliografía de la *Cambridge Medieval History*, t. IV, p. 857-866.

Historia Eclesiástica.

M. A. Belin, *Histoire de la latinité de Constantinople* (París, 1894), 2.ª ed., p. 44-90. Bosquejo breve y muy superficial de la historia de la Iglesia católica en Oriente en el siglo XIII.

W. Norden, *Das Papsttum und Byzanz; die Trennung der beiden Mächte und das Problem ihrer Wiedervereinigung, bis*

zum Untergange des byzantinischen Reichs (1453), (Berlín, 1903), p. 163-383. Muy importante.

T. Luchaire, *Innocent III: la Question d'Orient* (París, 1907). Libro interesante, pero sin referencias a las fuentes. Llega hasta 1216.

Civilización.

Obras mencionadas de Draseke, Pappadopulos. V. también Krumbacher y Montelatici...

Monografías

Sobre Nicéforo Blemmidas.

A. Heisenberg, *Dissertatio de vita et scriptis Nicephori Blemmydae· Nicephori Blemmydae Curriculum vitag et carmina* (Leipzig, 1896), p. IX-XXV.

V. Barvinok, *Nicéforo Blemmidas y su obra* (Kiev, 1911). En ruso.

Sobre Jorge Acropolita.

A. Heisenberg, *Studien zu Georgias Akropolites* (Sitzungsberichte der philosphil und der histor. Klasse der K. bayer. Akademie der Wissenschaften, 1899, vol. II, p. 463-558).

A. Heisenberg, Dissertatio de vita scriptoris Georgii Acropolitae en Opera Georgii Acropolitae (Leipzig, 1903).

Sobre Nicolás Mesaritas.

Heisenberg, *Analecta. Mitteilungen aus italienischen Handschrisften byzantinischer Chronographen* (Munich, 1903), p. 17-37.

A. Heisenberg, *Nikolaos Mesantes. Die Palastrevolution des Johannes Komnenos* (Wurzburgo, 1907).

Sobre Juan Mesaritas.

A. Heisenberg: *Neue Quellen zur Geschichte des*

lateinischen Kaisertums und der Kirchenunion. I. Des Epitaphios der Nikolaos Mesarites auf seinen Bruder Johannes (Munich, 1923), p. 3-7.

Sobre Teodoro Escutariota

A. Heisenberg, *Analecta*, p. 5-16. Ver más abajo.

Sobre Nicolás Irenikos.

A. Heisenberg *Aus der Geschichte und Literatur des Palaiologenzeit* (Munich, 1920), p. 97-112.

Sobre Juan de Naupacta.

M. Wellnhofer, *Johannes Apokaukos, Metropolit von Naupaktos in Aetolien* (*c. 1155-1233*)*. Sein Leben und seine Stellung in Despotate von Epirus unter Micheal Doukas una Theodoros Komnenos* (Freising, 1913).

E. Chernusov, en los *Ensayos ofrecidos a V. P, Buzeskul* (Jarkov, 1913-1914), p. 277-295 (en ruso).

Sobre Jorge Bardanes.

V. G. Vasilievsky, *La regeneración del patriarcado búlgaro bajo el zar Juan Asen* (G. del Alin. de Inst. Púb., vol. 238, 1885, p. 224-233). (En ruso).

E. Kirtz, Georgius Bardanes, *Metropolit von Kerkyra* (Byz. Zeits., t. XV, 1906, p. 603-613).

Sobre Demirio Comateno.

T. Drinov, Algunas obras de Demetrio Comateno como documentos históricos (*Viz. Vrem.*; I, 1894, p. 319-340; II, 1895, p. 1-23). (En ruso).

Bibliografía del capítulo IX

(Para las obras generales, véase el capítulo noveno)

Monografías sobre la época de los paleólogos

C. Chapman, *Michel Paléologue, restaurateur de l'Empire byzantin 1261-1282.* (París, 1926). Útil, aunque demasiado breve.

V. Parisot, *Cantacuzéme, homme d'État et historien*, (París, 1845). Examen crítico comparativo de las Memorias del emperador Cantacuzeno y fuentes contemporáneas, y especialmente de los 30 libros —14 de ellos inéditos— de la *Historia bizantina de Nicéforo Gregoras*, cotejables con las Memorias de Cantacuzeno. Buena monografía, si bien antigua, que da una idea general de la época de Cantacuzeno, con alguna imparcialidad en favor de este último.

Berger De Xivrey, *Mémoire sur la vie et les ouvrages de l'empereur Manuel Paléologue.* Mémoires de l'Institut de France. Académie des inscriptions et belles-lettres, t. XIX, segunda parte (París, 1853). Excelente obra sobre la personalidad y labor literaria de Manuel II. Muy buena impresión general de la época.

L. Petit, *Manuel II Paléologue. Dictionnaire de théologie catholique*, t. IX segunda parte (París, 1926), fase. 75-77, col. 1925-1932. Muy buen artículo con bibliografía.

POLÍTICA EXTERIOR

Sobre Los Normandos (Reino de las Dos Sicilias).

M. Norden, *Das Papsttum una Byzanz* (*Die Trennung der beiden Mächte una das problem ihrer Wiedervereinigung biz zum Untergange des bizantynchen Reiches, 1453*) (Berlín,

1903), p. 399-655. Muchos materiales nuevos e importantes sobre las relaciones de Bizancio con los normandos.

F. Carabellese, *Carlo d'Angio nei rapporti politici e commerciali con Venezia e l'Oriente* (Bari, 1911). Pocos datos sobre Bizancio.

Sobre los Eslavos.

C. Jirecek, *Geschichte der Bulgares* (Praga, 1876). Trad. rusa, con algunas adiciones, de Brun y Palausov (Odessa, 1878), p. 358-481. Trata de las relaciones búlgaro-bizantinas.

T. Florinski, *Los eslavos del sur y Bizancio en el segundo cuarto del siglo xiv*, t. I-II (San Petersburgo, 1882). Muy buen estudio de las relaciones exteriores del Imperio bajo Andrónico III, Juan Cantacuzeno y Esteban Dushan. En ruso.

C. Jirecek, *Geschichte des Serben*, I (Gotha, 1911), p. 283-442, hasta el 1371; II, 1.ra parte (Gotha, 1918). Obra excelente.

S. Stanojevitch, *Historia del pueblo servio*, 3.a ed. (Belgrado, 1826). En servio.

Sobre los Albaneses.

J. Fallmerayer, *Geschichte der Halbinsel Morea, II* (Stuttgart, 1836). Obra parcial.

V. Makuchev, *Estudios históricos sobre los eslavos de Albania en la Edad Media* (Varsovia, 1871). En ruso.

C. Jirecek, *Albanien in der Vergangenheit, Oesterreichische Monatschrift für den Orient*, 1914, núms. 1-2. Reimpreso en Illyrisch-albanische Forschungen zusammengestellet von L. von Thalloczy (Munich y Leipzig, 1916), p. 63-93.

C. Chekrezi, *Albania: Past and Present* (Nueva York, 1919). Cap. III: (Albania Medieval), p. 19-25.

Sobre los Turcos.

E. Pears, *The destruction of the Greek Empire and the story of the capture of Constantinople by the Turks* (Londres, 1903),

Buena obra.

N. Jorga, *Geschichte des Osmanischen Reiches, I* (Gotha, 1908) (hasta 1451); II (Gotha, 1909) (hasta 1538).

Sobre La Caída De Constantinopla.

G. Schlumberger, *Le siège, la prise et le sac de Constantinople par les Turques en 1453* (París, 1915). Fundado en el libro de E. Pears. Bibliografía, páginas 365-369.

P. Pogodin, *Estudio de las fuentes de la historia del sitio y toma de Bizancio por los turcos en 1453*, (Boletín del Ministerio de Instrucción Pública, volumen 264, 1889, p. 205-258). En ruso.

J. B. Bury, *Sources for the Siege of Constantinople, A. D. 1453* (ed. Gib. bon. vol. VII, apéndice III). *Cambridge Medieval History*, IV (1923). Bibliografía del cap. XXI, p. 883-889.

Historia De La Iglesia.

Belin, *Histoire de la latinité de Constantinople*, 2.a ed. (París, 1894), p. 91-109. Breve y superficial.

A. Lebediev, *Bosquejos históricos sobre la Iglesia bizantina desde fines del siglo XI a mediados del XV, 2.a ed.* (Moscú, 1902). En ruso. Muy útil.

A. Lebediev, *Historia de la iglesia greco-oriental bajo la dominación de los turcos*, 2.a ed. (San Petersburgo, 1904). Muy útil.

W. Norden, ob. cit. antes. Muy importante.

J. Troitzki, *Arsenio, patriarca de Nicea y de Constantinopla* (San Petersburgo, 1873). Publicado primero en Christianskoie Tchteniye, 1873. Muy buena descripción de la vida de la Iglesia oriental en la segunda mitad del siglo XIII, bajo Miguel VIII y Andrónico II.

Gregorio El Sinaita

J. Bois, *Gregoire le Sinaite et l'hésyachasme à l'Athos au*

XIV[e] *siècle. Échos d'Orient*, t. V (1901).

Gregorio Palamás.

Παπαμιχαηλ, La obra citada antes.

J. Sokolov, trabajo citado antes.

Nicolás Cabasilas.

W. Gass, *Die Mystik des Nikolaus Kabasilas vom Lében in Christo* (Greifswald, 1849).

P. Anikiev, *El problema del misticismo cristiano ortodoxo.* Pravoslavno-Russkoie Stovo (agosto 1903), núm. 13, p. 210-217. En ruso.

F. Vernet, *Nicolás Cabasilas. Dictionnaire de théologie catholique*, t. II, segunda parte (París, 1913), col. 1292-1295.

R. Guilland, *La corresponderse inédite de Nicolás Cabasilas*, Byz. Zeilsch., t. XXX (1929-1930), p. 96-102.

Gemisto Plethon

C. Alexandre, *Plethon; traite de lois* (París, 1888).

F. Schultze, *Geschichte der Philosophie der Rennaissance.* 1: Georgias Gemistos Plethon und seine reformatorischen Bestrebungen (Jena. 1874).

H. Tozer, A. *Byzantine Reformer* (*Gemistus Plethon). Journ. of Hellenic Studies*, t. VII (1886), p. 353-380.

J. Draseke, *Zu Georgias Gemistos Plethon. Zeitschrift für Wissenchaftliche Théologie*, t. XXVIII (1904), p. 397-414. J.

Draseke, *Plethons und Bessarions Denkschriften, Ueber die Angelegenheiten im Peloponnes. Neue Jahr, für das klassische Altertum*, t. XXVII (1911), p. 102-119.

J. Taylor, *Georgias Gemistus Pletho's Criticism of Plato and Aristotle* (Menasha, Wisconsin, 1921).

Mazaris

H. Tozer, *Byzantine Satire. Journ. Hellenic Studies*, t. II

(1881), p. 233-270.

M. Treu, *Mazaris und Holobolus, Byz. Zeits.*, t. I (1892), p. 86-97.

S. Lambros, *Mazaris und seine Werke. Byz. Zeits.*, t. V (1896), p. 63-73.

J. Draseke, *Byzantinische Hadesfahrten. Nene Jahrbücher für das klassische Altertum*, t. XXIX (1912), p. 343-366.

Teodoro Metoquita.

T. Treu, *Dichtungen des Grosslogothet Theodoros Metochites* (Potsdam, 1895). R. Guilland, Le Palais de Théodore Métochite, Revue des Études grecques, t. XXXV (1922), p. 82-95.

R. Guilland, Corresp. de Nicéphore Gregoras (París, 1927), p. 358-369.

Bessarión de Nicea.

H. Vast, *Le Cardinal Bessarion (1403-1472). Étude sur la chrétienté et la Renaissance vers le milieu du* XV *siècle* (París, 1878).

A. Sadov, *Bessarión de Nicea. Su actividad en el concilio ferraro florentino, su obra teológica y su papel en la historia del Humanismo* (San Petersburgo, 1883). En ruso.

R. Rocholl, *Bessarion. Studie zur Geschichte der Renaissance* (Leipzig, 1904).

L. Mohler, *Kardinal Bessarion als Theologe, Humanist und Staatsmann. Funde und Forschungen*, I. Darstellung (Paderborn, 1923). Quellen und Forschungen, herausgeg. von der Gorres-Gesellschaft, vol. XX.

Constantino Harmenópulos.

L. Siciliano Villanueva, *Diritto bizantino.* Enciclopedia Giurídica Italiana, IV, V parte, fase. 451, p. 72.

L. Kasso, *El derecho bizantino en Besarabia* (Moscú, 1907), p. 42-49, En ruso.

Manuel Holobolos.

M. Treu, *Manuel Holobolos, Byz. Zeits.*, t. V (1896), p. 538-559.

A. Heisenberg, *Aus der Geschichte und Literatur der Palaiologenzeit* (Munich, 1920), p. 112-132.

Sobre la Crónica de Morea.

J. Schmidt, *Die Chronik von Morea. Eine Untersuchung über das Verhaltnis ihrer Handschriften und Versionen* (Munich, 1889).

J. Schmidtz, *The Chronicle of Morea* (Londres, 1904). Introducción.

J. Longnon, Livre de la conquête de la Princée de l'Amorée Chronique de Morée (París, 1911).

Sobre la novela «Libistros y rhodamne».

Gidel, *Études sur la littérature grecque moderne* (París, 1886).

C. Diehl, *Figures byzantines*, t. II (París, 1908), p. 337-352.

D. B. Bury, *Romances of Chivalry on Greek Soil* (Oxford, 1911), p. 11-12.

(Respecto a las obras generales sobre arte bizantino, véanse las últimas páginas del capítulo primero del tomo I)

APÉNDICES

Emperadores del imperio bizantino (324-1453)

Emperadores bizantinos de Constantinopla

324 - 337 Constantino el Grande.

337 - 361 Constancio II.

361 - 363 Julián el Apóstata.

363 - 364 Joviano.

364 - 378 Valente.

378 - 395 Teodosio I el Grande.

395 - 408 Arcadio.

408 - 450 Teodosio II el Joven.

450 - 453 Pulquerio.

450 - 457 Marciano.

457 - 474 León I el Grande.

474 - 475 León II.

474 - 475 Zennn.

475 - 477 Basilio.

477 - 491 Zenón (2.ª vez).

491 - 518 Anastasio I.

518 - 527 Justino I.

527 - 565 Justiniano I el Grande.

565 - 578 Justino II.

578 - 582 Tiberio II.

582 - 602 Mauricio.

602 - 610 Focas.

610 - 641 Heraclio I.

641 - Constantino II.

641 - Heracleonas.

641 - 668 Constantino II (Constantino III).

668 - 685 Constantino IV.

685 - 695 Justiniano II.

695 - 698 Leoncio.

698 - 705 Tiberio III.

705 - 711 Justiniano II (2.ª vez).

711 - 714 Filipico.

714 - 715 Anastasio II.

715 - 716 Teodosio III.

717 - 741 León III el Isáurico.

741 - 755 Constantino V.

775 - 780 León IV.

780 - 797 Constantino VI.

797 - 802 Irene.

802 - 811 Nicéforo I Logoteta.

811 - 811 Estauracio.

811 - 813 Miguel I.

813 - 820 León V, el Armenio.

820 - 829 Miguel.

829 - 842 Teófilo.

842 - 867 Miguel III.

867 - 886 Basilio I el Macedonio.

886 - 912 León VI.

913 - 913 Alejandro.

913 - 959 Constantino VII.

919 - 944 Constantino VII con Romano I, coemperador.

944 - 945 Constantino VII con Esteban y Constantino VIII. Romano II. Nicéforo II Focas. Juan I Tzimisces.

959 - 963 Romano II

963 - 969 Nicéforo II Focas.

969 - 976 Juan I Tzimisces

976 - 1025 Basilio II

1025 - 1028 Constantino VIII.

1028 - 1034 Romano III.

1034 - 1041 Miguel IV.

1041 - 1042 Miguel V.

1042 - 1042 Zoé y Teodora.

1043 - 1055 Constantino IX.

1055 - 1056 Teodora (2.ª vez).

1056 - 1057 Miguel VI.

1057 - 1059 Isaac I Comneno.

1059 - 1067 Constantino X Ducas.

1067 - 1071 Román IV Diógenes.

1071 - 1078 Miguel VII Ducas.

1078 - 1081 Nicéforo III.

1081 - 1118 Alejo I Comneno.

1118 - 1143 Juan II Comneno,

1143 - 1180 Manuel I Comneno.

1180 - 1183 Alejo II Comneno.

1183 - 1185 Andrónico I.

1185 - 1195 Isaac II Ángel.

1195 - 1203 Alejo III Ángel.

1203 - 1204 Isaac II y Alejo IV Ángel.

1204 Alejo V Ducas.

Emperadores latinos de Constantinopla

1204 - 1205 Balduino I.

1205 - 1216 Enrique I.

1216 - 1219 Pedro de Courtenay.

1219 - 1228 Roberto de Courtenay.

1228 - 1237 Balduino y Juan de Brienne.

1237 - 1261 Balduino II (15 agosto).

Emperadores bizantinos de Nicea

1204 - 1222 Teodoro I Lascaris.

1222 - 1254 Juan III Ducas.

1254 - 1258 Teodoro II Ducas.

1258 - 1261 Juan IV Ducas.

1261 - 1261 Miguel VIII Paleólogo (se apodera de Constantinopla el 15 de agosto de 1261).

Continuación de los emperadores bizantinos de Constantinopla>

1261 - 1282 Miguel VIII Paleólogo.

1282 - 1328 Andrónico II Paleólogo.

1277 - 1320 Miguel IX Paleólogo.

1328 - 1341 Andrónico III Paleólogo

1341 - 1391 Juan V Paleólogo.

1347 - 1354 Juan VI Cantacuzeno.

1376 - 1379 Andrónico IV Paleólogo.

1390 - 1391 Juan VII Paleólogo.

1391 - 1425 Manuel II Paleólogo.

1425 - 1448 Juan VIII Paleólogo.

1448 - 1453 Constantino XI Paleólogo.

Mapas históricos (1025 d C - 1453 d C)



Imperio bizantino año 1025



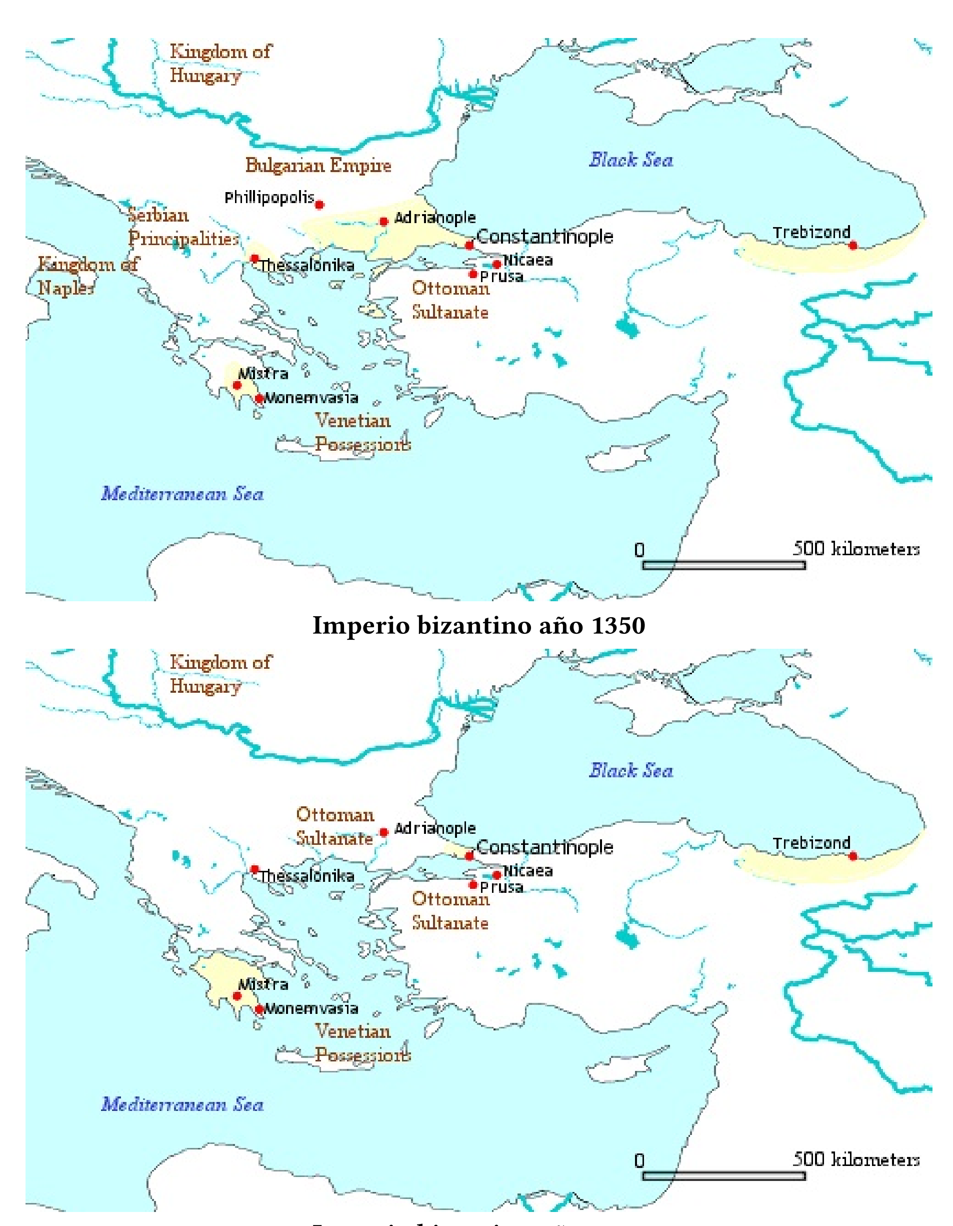
Imperio bizantino año 1092

Imperio bizantino año 1143



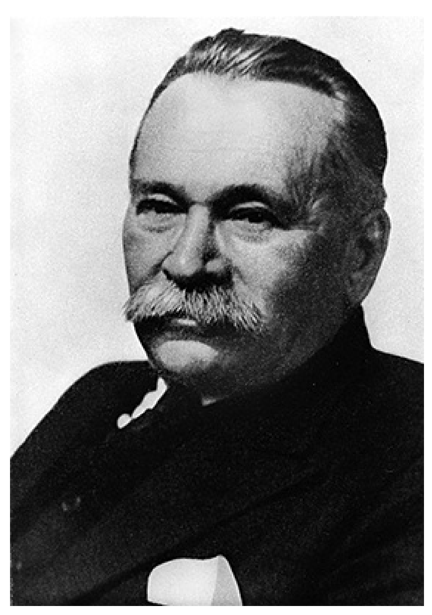
Imperio bizantino. Estados sucesores año 1218

Imperio bizantino año 1278



Imperio bizantino año 1350

Imperio bizantino año 1453



Alexander Alexandrovich Vasiliev (Rusia, 4 oct 1867 - EE. UU., Washington D. C., 30 marzo 1953). Historiador ruso considerado la máxima autoridad en la historia de Bizancio y su cultura en el siglo XX. Su Historia del Imperio bizantino (vol. 1-2, 1928) sigue siendo una de las pocas obras completas de la historia bizantina, a la par de los trabajos de escritores como Edward Gibbon y Uspensky Fyodor. Vasiliev estudió con uno de los primeros profesionales bizantinistas, Vasily Vasilievsky, en la Universidad de San Petersburgo y después enseñó lengua árabe allí. Entre 1897 y 1900, amplió sus estudios en París. En 1902, acompañó a Nicholas Marr en su viaje al Monasterio de Santa Catalina en el Sinaí. Durante su estancia en la Universidad de Tartu (1904-1912), Vasiliev preparó y publicó una monografía muy influyente, Bizancio y los árabes (1907). También trabajó en el Instituto de Arqueología de Rusia, creado por Fyodor Uspensky en Constantinopla. En 1912, se trasladó a la Universidad de San Petersburgo como profesor. Fue elegido miembro de la Academia Rusa de Ciencias en 1919.

En 1925, durante su visita a París, Vasiliev fue persuadido por Michael Rostovtzeff para emigrar hacia el Oeste donde Rostovtzeff le consiguió un puesto en la Universidad de Wisconsin-Madison. Varias décadas más tarde, Vasiliev se trasladó para trabajar en Dumbarton Oaks. Hacia el final de su vida, fue elegido Presidente de la Nikodim Kondakov Institute de Praga y de la Association Internationale des Études Byzantines.

Notas

[1] V. F. Chalandon, *Essai sur le règne d'Alexis 1er Comnéne* (París, 1900), p. 21. Recientemente se ha emitido la hipótesis de que los Comnenos eran oriundos de Valaquia. V. G. Murnu, *El origen de los Comnenos*, en el *Boletín de la Sección Histórica de la Academia Rumana*, t. XI (1924), p. 212-216. <<

[2] Nicetiae Chonatiae, *Historia*, p. 63-64. <<

[3] Gibbon, *cap. XLVIII* (ed. Bury, t. V, p. 229). <<

[4] C. Diehl, *La Société byzantine a l'époque des Comnènes* (Revue historique du Sud-Est européen, t. VI, 1929, p. 205). <<

[5] Diehl, Figures byzantines, t. II, p. 112. <<

[6] Vasilievsky, *La alianza de los dos imperios*, en *Slavianski Sbornik* (San Petersburgo, 1877), t. II, p. 277 (en ruso). Diehl, Figures byzantines, t. II, p. 90-93. Scala, *Das Griechentum seit Alexander dem Grossen, en Helmholt, Weltgeschichte* (Leipzig, y Viena, 1904), t. V, p. 95. <<

[7] Diehl, en la Revue historique du Sud-Est européen, t. VI (1929), p. 213. <<

[8] Diehl, ob. cit., t. II, p. 93. L. Bréhier, *Andronic Comnène*) (*Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastiques, public. bajo la direc. de A. Baudrillart*, t. II, París, 1914-1920, col. 1782). <<

[9] Nic. Con., 317-319. <<

[10] Ipatievskaia Lietopis (Crónica de Ipatiev, año 1673), p.

359. *Voskresenskaia Lietopis* (*Crónica de Voskressensk*), para igual año, en la colección completa de *Crónicas rusas*, tomo VII, p. 78 (en ruso antiguo). <<

[11] Iannis Onnami, *Hist.*, 232, Nic. Con. 172. <<

[12] Ipatievskaia Lietopis, *Voskresenskaia Liet.* <<

[13] Eustacio, *De Thessalonica a Latinis capta*, ed. Bonn, 388. <<

[14] Uspensky, *El emperador Alejo II y Andrónico Comneno* (Gac. del Min. de Inst, Públ., volumen 214, 1881, p. 73). Id., *Los últimos Comnenos. Los principios de la reacción*, (*Viz, Vrem.*, t. XXV, 1927, p. 14. En ruso). <<

[15] Nic. Con., p, 458, cít. en Diehl, Fig. byz., t. II, p. 131. Las numerosas fuentes relativas a la muerte de Andrónico aparecen criticadas en N. Radojcic, *Dva posljednja Komnena* (Zagreb, 1907), p. 94, (en croata). <<

[16] Ana Comnena, *Alexiada, II, 9,* cd. Reifferscheid, I, 117. <<

[17] Dyrrachium, *la Durazzo de hoy*, era la antigua Epidamne, en eslavón Drach (Drac). <<

[18] Hopf, *Geschichte Griechenlands vom Beginne des Mittelalters bis auf die neuere Zeit*, t. I, p. 141. <<

[19] V. R. B. Yewdale, *Bohemond I, prince of Antioch* (Princeton, 1924), p. 18-22. <<

[20] V. F. Chalandon, *Essai sur le règne d'Alexis 1r Comnéne* (París. 1900); ídem, en la Camb. Med. Hist., t. IV, p. 329-330. No se conoce con exactitud el lugar de la muerte de Guiscardo. V. Chalandon, p. 93. n. 9. Yewdale (ob. cit., p. 23) declara que Guiscardo murió en Casiope (Corfú). <<

[21] Chalandon, ob. cit., p. 94. <<

[22] Tafel y Thomas, *Urkunden zur Alteren Handels und Stadtsgeschichte der Republik Venedig*, (Viena, 1856), p. 51-54 (*Fontes rerum austriacarum, Diplomata et acta*, XII). Véase F.

Dölger, *Corpus des griechischen Urkunden des Mittelalters una der neueren Zeit*. Reihe A: Regesten, I, 2.ª parte (Munich y Berlín, 1925), p. 27-28. (Muy buena bibliografía). <<

[23] Ana Comnena, *VIII*, 3 (vol. II, 6-7). <<

[24] Vasilievsky, *Bizancio y los pecheneques* (en sus Obras, t. I, p. 76. San Petersburgo, 1908. En ruso). <<

[25] Vasilievsky, *Ibíd*., t. I, p, 77. <<

[26] F. I. Uspensky, *Historia de las Cruzadas* (San Petersburgo, 1908, S) (en ruso). <<

[27] F. I. Uspensky, *Historia de las Cruzadas* (San Petersburgo, 1908, S) (en ruso). <<

[28] *Ana Comnena*, VIII, 4 (II, 9) Vasilievsky, ob. cit., t. I, página 98, n. 2. <<

[29] *Ana Comnena*, VII, 5 (vol. II, 15). La batalla se libró el 29 de abril, y por tanto sólo medió un día hasta el l de mayo. <<

[30] Vasilievsky, t. I, p. 107 (en ruso). <<

[31] *Ana Comnena*, VIII, 3 (II, 7). V. Ibíd., VIII, 5 (II, la). <<

[32] Riant, *Alexii I Comneni ad Robertum I Flandriae comiten epistola spuria* (Ginebra, 1879), p. 10-20. Hagenmeyer, *Die Kreuzzurgsbriefe aus den Jahren 1088-1100* (Insbruck, 1901), p. 130-136. <<

[33] Vasilievsky, I. I, p. 90 (en ruso). <<

[34] Chalandon, ob. cit., *Apéndice: La lettre d'Alexis au comte de Flandre*, p. 325-336. Véase sobre todo p. 331, 334, 336, donde se hallará bibliografía sobre el tema. <<

[35] B. Leib, Rome, *Kiev et Byzance a la fin du XI a siècle* (París, 1924, p. 188. Hay una breve versión francesa de la carta en p. 188-189). <<

[36] L. Bréhier, *Les Croisades*, 5-a ed. (París, 1928), p. 58. N. Jorga, *Essai de synthèse de l'histoire de l'humanité. II: Histoire du mayen age* (París, 1927), se niega a dar la menor

importancia a esa carta (p. 276-277). Georgina Buckler, *Anna Comnena. A study* (Oxford-Londres, 1929), declara que la carta es apócrifa, si no del todo, al menos en gran parte (p. 457, n. 1). <<

[37] H. Sybel, *Geschichte des ersten Kreuzzuges*, 3. ed. (Leipzig, 1881), p. 7-9. <<

[38] Hagenmeyer, *Der Brief des Kaisers Alexias I Comnenos an den Grafen Robert I von Flandern* (Byz. Zeit., t. VI, 1897, p. 26). Id., *Die Kreuzzugsbrief*, p. 38-40. V. también H. Pirenne, *A propos de la lettre d'Alexis Comnéne a Robert le Frison, comte de Flandre* (*Revue de l'lnstruction publique en Belgique*, t. L, 1907, p. 217-227. Muy buena bibliografía). G. Caro, *Die Berichterstattung auf dem ersten Kreuzzuge* (*Neue Jahrbücher für das Klassische Altertum*, t. XXIX, 1912, p. 50-62). <<

[39] Dölger, ob. cit., estima que la carta es de 1088 (t. II, p. 39, n.º 1152). <<

[40] V. F. Sisic, *Geschichte der Kroaten* (Zagreb, 1917), t. I, p. 315-316. <<

[41] B. Kugler, *Kaiser Alexius und Albert van Aachen, en Forschungen zur deutschen Geschichte*, t. XXIII (1883), p. 486. <<

[42] F. Chalandon en la *Camb. Med. Hist.*, t. IV, p. 334. Id., *Essai sur le règne d'Alexis 1r Comnéne*, p. 161. <<

[43] F. Chalandon, *Histoire de la premiére Croisade* (París, 1925), prefacio, p. i. La obra de A. Gruhn, *Die Byzantinische Politik zur Zeit der Kreuzzuge* (Berlín, 1904), carece de importancia, no llevando referencia ni indicación alguna de las fuentes. <<

[44] H. Pirenne, *Mahomet et Charlemagne* (*Revue belge de Philologie et d'Histoire*, Bruselas, 1922, t. I, p. 85). En la p. 86 se lee: «Sin el Islam, el Imperio franco no habría existido probablemente nunca y Carlomagno es inconcebible sin

Mahoma». Id., *Medieval cities* (Princeton, 1925), p. 24-26 (en francés, *Les villes moyen age*, Bruselas, 1927, páginas 25, 28). <<

[45] V. L. Halphen, *La Conquête de la Méditerranée par les Européens au* XIe *et au XII*^a^ *siècle* (*Mélanges d'histoire offerts a H. Pirenne*, Bruselas-París, 1926, t. I, p. 175). J. Ebersolt, *Orient et Occident.* (*Recherches sur les influences byzantines et orientales en France avant les Croisades*, París, 1928), p. 56-57. . Jorga, en la *Revue historique du Sud-Est européen*, t. VI (1929), p. 77. <<

[46] V. A. Vasiliev, *Carlomagno y Harun-Al-Raschid* (*Viz. Vrem.*, t. XX, 1913, p. 63-116. En ruso), L. Bréhier, *Les Croisades* (5.ª ed., París, 1928), p. 22-34. Id., *Charlemagne et la Palestine* (*Revue historique*, t. CLVII, 1928, p. 277-291). (Bréhier indica toda la bibliografía sobre el problema). Ver V. Barthold, quien rechaza incluso la existencia de relaciones políticas entre Harún-Al-Raschid y Carlomagno. Barthold: *Carlomagno y Harun-Al-Raschid* (*Christianki Vostok*, San Petersburgo, 1912, t. I, p. 69-94). La tesis del patronato franco está basada en el testimonio de Eginhardo, contemporáneo de Carlomagno, cuya *Vita Karoli* (Ed. de L. Halphen, con texto latino y traducción francesa, en la colección de los *Classiques de l'Histoire de France au Mayen Age*) y los *Annales* (Edición de Pertz en el primer volumen de los *Monumenta Germaniae Scriptores*) constituyen preciadísimas fuentes. En la *Vita*, por ejemplo, se habla de la acogida dispensada por Harun-al-Raschid a los enviados de Carlos, cuyas peticiones acoge y aun mejora, dándoles la propiedad del Santo Sepulcro. En los *Annales*, relata la entrega que los enviados del califa hicieron al emperador de las llaves del Santo Sepulcro, del estandarte de Jerusalen y de importantes reliquias. (N. *del R.*). <<

[47] E. Joranson, *The alleged Frankish protectorate in Palestine* (*The Am. Hist. Rev.*. tomo XXXII, 1927, p. 260). <<

[48] A. Kleinclausz, *La legende du protectorat de Charlemagne sur la Terre-Sainte* (*Syria*, t. VII, 1926, p. 211-233). <<

[49] Bréhier, ob. cit., p. 38-39. <<

[50] Schlumberger, *L'Épopée byzantine a la fin du X siècle* (París, 1900), t. II, p. 442. <<

[51] Canard, *Les Expéditions des Árabes contre Constantinople dans l'Histoire et dans la légende* (*Journal Asiatique*, t. CCVIII, 1936, p. 24). <<

[52] Rosen, *El emperador Basilio Bulgaróctonos* (San Petersburgo, 1883), p. 47 (texto árabe); p. 49 (trad. rusa). *Yahia-Ben-Said de Antioquía*, Annales, ed. Cheikho (Beirut-París, 1909), p. 201 (texto árabe). <<

[53] Rosen, ob. cit., p. 356. <<

[54] Bréhier cita a Yahia según Schlumberger (*Epopée*, t. II, p. 448), y este autor cita a su vez a Yahia según Rosen. <<

[55] V. Freeman, *The History of the Norman Conquest of England* (Oxford, 1870), t. I, p. 473, t. II, p. 187. J. Ebersolt, *Orient et Occident. Recherches sur les influences byzantines et orientales en France avant les Croisades* (París y Bruselas, 1928), p. 79. Bréhier, ob. cit., p. 45. <<

[56] Vasilievsky, *La Guardia ruso-varenga y anglo-rusa en Constantinopla en los siglos XI y XIII* (*Obras*, t. I, p. 265-266. En ruso). K. Gjerset, *History of the Norwegian People* (Nueva York, 1915), t. I, p. 278. <<

[57] Miracula S. Wulframmi, *Acta Sanctorum Ordinis S. Benedicti: In saeculorum classes distributa. Saeculum III.* Collegit D. Lucas d'Achery ac cum eo edidit D. I. Mabillon, París, 1668-1701, p. 381-382. J. Ebersolt, *Orient et Occ.*, p. 74. <<

[58] *Vida y peregrinación de Daniel, higúmeno ruso.* Colección palestiniana ortodoxa, (*Pravoslavni Palestinski Sbornik*), g. a parte, p. 15-16 (en ruso antiguo). <<

[59] W. M. Ramsay, *The cities and bishopries of Phrigia* (Oxford, 1895), t. I (*The Lycos Valley and southwestern Phrigia*), p. 16 y 27. La opinión de Ramsay aparece compartida por J. W. Thompson, *An economic and social history of the Middle Ages* (N. York-Londres, 1928), p. 391, donde se halla una referencia errónea al artículo de W. Ramsay, *The war of Moslem and Christian of Asia Minor* (*Contemporary Review*, vol. XC). El señor Thompson ha tenido la gentileza de explicarnos este error. Sobre los turcos en Palestina a fines del siglo XI, v., por ej., el conde Riant, *Inventaire critique des lettres historic des Croisades*, en los *Archives de l'Orient latin* (París, 1881), t. I, p. 65. <<

[60] L. Halphen, *les Barbares: des grandes invasions aux conquêtes turques du XI siecle, p.* 387 (final de la obra). <<

[61] Havet, *Lettres de Gerbert* (983-997), (París, 1889), p. *22* y n. 3. Bubliov, *Compendio de las epístolas de Gerberto consideradas como fuentes históricas* (San Petersburgo, 1890), t. II, p. 230 y n. 137 (en ruso). V. tam. H. Sybel, *Geschichte des ersten Kreuzzuges, 2.·* ed. (Leipzig, 1881), p, 458-459. <<

[62] Migne, *Patr. lat.* 148, col. 326. <<

[63] Migne, *Patr. lat.*, 148, col. 339. <<

[64] Migne, *Patr. lat.*, 148, col. 386. <<

[65] Migne, *Patr. lat.*, 148, col. 290. Véase Kohler en su crítica de R. Rohricht, *Geschichte des ersten Kreuzzuges* (Rev. hist., t. 1903), p. 156-157. <<

[66] No existe Nota (1). <<

[67] V. E. Joranson, *The Great Germán Pilgrimage of 1064-1065, en The Crusades and other historical essays presented to Dana*

C. Munro by his former students, ed. por L. J. Paetow (Nueva York, 10,28), p. 39. El estudio entero abarca las páginas 3-43, y es excelente, incluyendo una bibliografía completa. <<

[68] V. Joranson. ob. cit., p. 40. <<

[69] O. Dobiache-Rojdestvenskí, *La época de las Cruzadas; Occidente en el movimiento cruzado.* (Petrogrado, 1918), p. 16 (en ruso). <<

[70] Sobre las pereg. del siglo XI, v. Bréhier, *Les Croisades, p.* 42-50. Joranson, ob. cit., p. 4, n. de la p. 3, p. 40, n. 141. En la obra *The Legacy of the Mídale Ages*, ed. por C. Crump y E. Jacob (Oxford, 1926), se lee (p. 62): «El período de las peregrinaciones despertó el interés. Luego siguieron las Cruzadas». <<

[71] Joranson, p. 43. <<

[72] H. Loetve, *The Seljuqs, en la Camb. Mea. Hist.*, t. IV, p. 316. <<

[73] V., por ej., Krumbacher, ob. cit., p. 420. H. Vincent y F. M. Abel, *Jerusalem* (París, 1924), t. II, p. XXXVII. <<

[74] C. Diehl, *Une république patricienne: Venise* (París, 1911). p. 33. <<

[75] V. E. H. Byrne, *Genoese trade with Syria in the 12th century* (Am. Hist. Rev., 1. XXV, 1920. enero, p. 192, n. 4). G. Bratianu, *Recherches sur le commerce genois dans la mer Notre au XIIIe siècle* (París, 1929), p. 46. Opino que el autor no ha comprendido bien la teoría de Byrne. V. también V. Heyd, *Histoire du commerce du Levant*, t. I (Leipzig, 1885-1983), p. 124. A. Schaube, *Handehgeschichte der romanischen Volker des Mittemeergebiets bis zum Ende Kreuzzuge* (Munich-Berlín, 1906), p. 62. <<

[76] F. Cerone, *La politica orientale di Alfonso d'Aragona* («*Archivo storico per le province Napoletane*», t. XXVII, 1902,

p. 42.5). <<

[77] *Bula Urbani II,* 1 julio 1089, Romae. Mansi, Conciliorum collectio. XX, col, 701. Migne, Patr. lat., vol. 151 col. 302-303. Jaffé, *Regesta Pontificum Romanorum* (Leipzig, 1885). Véase conde Riant, *Inventaire crit. des let. hist. des Crois.* («Arch de l'Or. lat»., París, 1881, t. I, p, 68-69). Riant emite algunas dudas, sin razón plausible, sobre la autenticidad de la bula. <<

[78] V. O. Kluchevski, *Historia de Rusia.* Trad. ingl. de C. J. Hogarth (Londres-Nueva York, 1911), t. I, p. 192. Seg. ed. rusa (Moscú, 1906), t. I., p. 344-45. V. B. Leib, *Rome, Kiev et Byzance a la fin du XI siècle* (París, 1924), p. 276, nota y 277. Aunque los cronistas rusos no hablen de la Cruzada, el movimiento cruzado debió ser conocido en Rusia en el siglo XI. Jorga rechaza todo vínculo entre Rusia y las Cruzadas. V. su obra *Choses d'Orient et de Roumanie* (París-Bucarest, 1924), p. 39-40. <<

[79] B. Leib, ob. cit., p. 276, n. i. <<

[80] V. K. Gjerset, *History of the Norwegian People* (Nueva York, 1915), t. I, p. 313-314. V. también P. Riant, *Expéditions et pélerinages des Scandinaves en Terre-Sainte París*, 1865), p. 127-171 (cap. III, *Les Scandinaves dans la premiére Croisade*). <<

[81] Brosset, *Historia de Georgia* (San Petersburgo, 1849), t. I, p. 352-353. Véase tamb. e] artículo de A. Dirr, *Géorgie*, en la *Enc. de I'Islam*, t. II, p. 139-140. <<

[82] V. D. C. Munro, *Did the Emperor Alexis I ask for aid at the council of Piacenza?* (Hist. Rev., t. XXVII, 1922, p. 731-733). J. Gay, *Les Papes du XI siècle et la chrétienté* (París, 1926), p. 366. B. Leib, *Rome, Kiev et Byzance*, p. 180. Bréhier, p. 61-62. Dölger, *Regesten, t. II*, u. 43, n. 1176; buena bibliografía. Chalandon (t. I. p. 156) cree que los embajadores de Alejo

comparecieron en Piacenza para discutir la unión de las dos Iglesias. V. id., *Histoire de la premiére Croisade* (París, 1925), p-17-18. A mediados del siglo XIX, F. Palgrave imaginó la fantástica teoría según la cual los legados griegos de Piacenza eran agentes disfrazados de Boemundo de Tarento. Palgrave, *The History of Normandy, and of England* (Londres, 1864), t. IV, p. 509-510. V. Yewdale, p. 34. n. i. <<

[83] H. Sybel, *Gesch. des ers. Kreuz*, p. 18a. <<

[84] *Ana Comnena*, VI, 12 (5, 220); trad. ingl. de E. Daives, p. 161. <<

[85] F; Duncalf, *The pope's plan for the First Crusade*, p. 48-49 (*The crusades and Other historical essays presented to D. C. Munro*). <<

[86] V. Munro, *Speech of pope Urban II at Clermont*, 1095 (Atn. Hist. Rev., t. XI 1906), p. 231-242). <<

[87] P. Maas, *Die Musen der Kaisers Alecios I* (Byz. Zeils., I. XXII, 1913, p. 357-358). Si no me engaño, ese pasaje no ha sido referido nunca a la historia de la primera Cruzada. <<

[88] Ana Comnena, Alex., 1. X, p. 5 (ed. Reifferscheid, t. II; p. 76). En la trad. inglesa de E. Dawes (Londres, 1928), p. 250, se transcriben así las últimas palabras: «Considerando eso una especie de corolario». II.-4. <<

[89] La leyenda del caballero del Cisne y del que fue su nieto por línea de hembras, Godofredo de Bobillo, ocupa —como se recordará— ciento cuarenta y tres de los cortos capítulos de nuestra *Gran Conquista de Ultramar* (ed. P. de Gayangos, Bibl. de Autores Españoles, XLIV); es una tradición de la cual ya hay constancia escrita, en Flandes, a principios del siglo XIV. Siguiendo luego, aunque a través de una traducción francesa, la *Belli Sacri Historia* de Guillermo, arzobispo de Tiro, nuestro libro trata del paso de Godofredo a la Romanía, de la liberación de Hugo de Vermandoís —aquí llamado

Hugo Lomaines, es decir, «el grande»—, prisionero del basileus, y del encuentro con Boemundo, para dar principio a la Cruzada. Y alcanza hasta 1271, cuando fue asesinado en Viterbo el emperador Enrique. (N. del R.). <<

[90] Sobre Roberto de Flandes v. un artículo de M. Knappen, *Robert II of Flanders in the first Crusade* (The crus. and ot. hist. es. pres. to D. C. Munro, p. 79-1000). <<

[91] V. Vewdale, p. 44. Durante su paso por la Península Balcánica, Boemundo se esforzó en amoldarse a los deseos de Alejo y los representantes de éste (Ibíd., p. 40). <<

[92] Yewdale, p. 38. <<

[93] Teofilacto, arz. de Bulg., Epístola XI (Migne, Patr. Gr. f vol. 126, col. 324-335). <<

[94] Gibbon, principio del cap. LIX. <<

[95] D. Bikelas, *La Grece byzantine et moderne* (París, 1893), p. 29. V. Id., *Seven essays on Christian Greece*, trad. por Juan de Bute (Londres, 1890), p. 35-36. <<

[96] Rikelas, *La Crece byzantine et moderne* (París, 1882), p. 29. <<

[97] Chalandon, *Essai sur le règne d'Alexis* Comnéne, p. 159. <<

[98] Piparrigópulos, i. IV, p. 488 y sigtes. <<

[99] V. Yewdale, p. 44. <<

[100] V. para detalles a *Yewdale*, p. 52 (París, 1925) p. 177-249. <<

[101] Ana Comnena, XI, 12 (II, 140-141). <<

[102] V. Chalandon, i. I, p. 236, n. 6. *Yewdale*, ob. cit., p. 102, n, 99. Leyendas semejantes sobre falsos muertos y pseudo-funerales se encuentran a menudo en las fuentes de la Edad Media. V. Vasilievsky, *Obras*, t. I, p. 234-235 (en ruso). <<

[103] *Historia belli sacri* (*Tudebodus imitatus et continuatus*),

Compendio de historiadores de las Cruzadas (Hist. occ., a. III, p. 228). V. Yewdale, p. 106. <<

[104] Yewdale, p. 108, 115. Esta opinión es sostenida por A. C. Krey en su ensayo. <<

[105] Se encuentra el documento en *Ana Comnena*, XIII, 12 (t. II, p. 209-211). V. Yewdale, 127-129. Dölger, t. II. p. 51-52 (núm. 1243); buena bibliografía. <<

[106] *Teofilacto*, arzobispo búlg. Ep. XVI (Migne, *Patr. Gr.*, vol. 126, col. 529). <<

[107] Chalandon, t. I, 321-322. <<

[108] Chalandon, *Les Comnènes. Etudes sur l'Empire byzantin au X et au XIIe siècle. Jean II Comnéne et Manuel Ier Comnéne* (París, 1912), p. 10. <<

[109] Nicetas Coniata, p. 23, 5. <<

[110] K. Grote, *Sobre la historia de Hungría* (*Ugria*) *y de los eslavos en el siglo* XII *(Varsovia,* 1889), p. 26-27. (En ruso). <<

[111] *Fontes rerum byzantinorum*, ed. W. Regel (Petrogrado, 1917), fasc. 2, 334. <<

[112] Guillermo de Tiro, *Historia rerum in partibus transmarinis gestarum*, XV, 3 (*Recueil des historiens des Croisades. Historiens occidentaux*, r. I, p. 658-659). <<

[113] Rege], *Fontes rerum byzantinorum*, II, 358-359. <<

[114] Cinnamus, p. 25. Nic. Chon., p. 56. Guillermo de Tiro, *Historia rerum in partibus transmarinis gestarum*, XV, 21 (Rec. des hist. des Crois. Historiens occid., t. I, p. 691). <<

[115] Regel, ob. cit., II, 338-339. <<

[116] Regel, ob. cit., II, 336, 346, 347, 353. Creemos que por «*encina céltica*», el panegirista entiende el ducado franco de Antioquía. <<

[117] Ottonis Frisingensis, *Gesta Friderici I, imperatoris*, I, 24

(25). (*Scriptores rerum germanicorum in usum scholarum*, p. 33). <<

[118] V. E. Gaspar, *Roger II* (1101-1154) *und ale Gründung der normannish-sicilischen Monarchie* (Insbruck, 1904), p. 365. <<

[119] J. Chabot, *Un épisode de l'histoire des Croisades* («*Mélanges offerts à M. Gustave Schlumberger*», París, 1924, t. I, p. 179. Texto completo: p. 171-179). <<

[120] Kugler, *Studien zur Geschichte des zweiten Kreuzzuges* (Stuttgart, 1866), p. 96. <<

[121] F. I. Uspensky, *Historia de las Cruzadas* (S. Petersburgo, 1900), p. 53, 57. (En ruso). <<

[122] Vasilievsky, *La alianza de los dos Imperios*, p. 314. (En ruso). <<

[123] H. Sybel, *Ueber den zweiten Kreuzzug. Kieine Historische Schriften* (Munich, 1863), p 441. F. I. Uspensky, *Historia de las Cruzadas*, p. 61 (en ruso). Kugler, Studien, p. 166, num. 6o. F. I. Uspensky, *La política oriental de Manuel Comneno* («B. de la Sociedad Palestiniana rusa», t. XXIX. Leningrado, 1926, p. 114). (En ruso). <<

[124] Chalandon, t. II p. 287. <<

[125] E. Curtís, *Roger of Sicily and the Normands in Lower Italy, 1016-1154.* (New York-Londres, 1912), p. 227. <<

[126] Sobre esta cuestión véase *Chalandon, Histoire de la domination normande en Italie et en Sicile* (París, 1907), t, II, p. 135-137· Ver también E. Gaspar, *Roger II*, p. 376-384. <<

[127] Tan sólo las fuentes occidentales mencionan la toma de Atenas. Ver Gaspar, ob. cit., p. 382, n. 5. <<

[128] El texto del tratado se halla en Tafel y Thomas, *Urkunden*, t. I, p. 109-113. Zacharias von Lingenthal, *Jus Graeco-romanum*, III, 525-529. <<

[129] *Éxodo*, 17, 8-14. <<

[130] Von Lingenthal, *Jus Graeco-Romanum*, III, 443. Eustacio de Tesalónica, *Manuelis Comneni Laudatio funebris*, par. 17 (Migne, *Patr. Gr.*, vol. 135, col. 984). <<

[131] J. Ebersolt, *Orient et Occident. Recherches sur les influences byzantines et orientales en France pendant les Croisades* (París, 1929), p. 10. <<

[132] Petri Venerabilis abbatis Cluniacensis, *Epistolae, VI,* 16 (Migne, Patr. lat., vol. 189, columna 424). <<

[133] Vasilievsky, *La alianza de los dos Imperios*, p. 244 (en ruso). <<

[134] Hugonis Fakandi, *Historia Sicula*, en Muratori: *Scriptores rerum italicorum*, VII, 269. <<

[135] Ottonis Frisingensis, *Gesta*, II, 49 (Ser. rer. germ., 126). <<

[136] Vasilievsky, *La expedición de Italia del sur* (1156-1157), en Slavianski Sbornik (San Petersburgo, 1876), t. III, p. 400 (en ruso). <<

[137] Chalandon, *Jean Comnéne et Manuel Ier Comnéne*, p. 557. <<

[138] G. Schlumberger, *Renaud de Châtillon* (París, 1898), p. 107. <<

[139] Guillermo de Tiro, ob. cit.. XVIII, 23 (I, 860-61). El poeta y escritor de la corte, Teodoro Pródromo, narró igualmente la humillación del príncipe de Antioquía. *Recueil des Croisades. Historiens grecs*, t. II, p. 305-310. <<

[140] Véase Cinnamus, IV, 18; ed Bonn, p. 183. <<

[141] Schlumbcrger, ob. cit., p. 111 y no. Guillermo de Tiro, XVIII, 23 (I, 861); *Latinitatis gloriam verteret in opprobium.* <<

[142] Publicaciones de la «Pipe Roll Sodeiyu»: *The Great Roll for the Pipe for the reign of King Henry the Second, vol. 28* (Londres, 1907), p. 1035. <<

[143] Regel, *Fontes rerum byzantinarum*, I, 39. <<

[144] Chalandon, t. II, p. 451-452. <<

[145] Chalandon, t. II, p. 446. <<

[146] V. M. de Vogüe, *Les Eglises de la Terre Sainte* (París, 1860), p. 99. *Corpus inscriptionum graecarum*, IV (Berlín, 1877), 339 (N. 8736). H. Vincent y F. M. Abel, *Bethléem; le sanctuaire de la Nativité* (París, 1914), p. 157-161. <<

[147] V. Chalandon, t. II, p. 449. Bréhier, *Les Croisades*, 5.ª ed. (París, 1928), p. 109, donde da la fecha errónea de 1172. Vincent y Abel rechazan la idea de que Manuel ejerciera soberanía, ob. cit., p. 160. <<

[148] Cinnamus, V, 3 (p. 206-208, ed. Bonn). *Nicetas Choniata*, III, 5-6 (p. 154-158). *Crónica de Miguel el Sirio* ed. por J. B. Chabot (París, 1911), L, III, p. 319; Gregorio Abullaragio, *Chronicon Syriacum*, ed, Bruns y Kirsch (Leipzig, 1789), p. 358-359 (trad. latina). Véase Chalandon, t. II, p. 463-466. F. I. Uspensky, *La política de Manuel Comneno* (Boletín de la Sociedad palestiniano-rusa, Leningrado, 1926, p. 115-117. En ruso). <<

[149] Guillermo de Tiro, ob. cit., XX, 22-24 (I 981-987). Ver G. Schlumberger, *Campagnes du roi Amaury Ir de Jerusalén en Égipte au XIIe siècle* (París, 1906), p. 311-331. Chalandon, t. II, p. 546-549. <<

[150] Chalandon, t, II, p. 466. <<

[151] Sobre esta fecha, ver A. Vasiliev, *Das genaue Datum der Schlacht von Myrioképhalon* (*Byz. Zeit.*, t. XXVII, 1927, p. 288-290). <<

[152] Níc. Chon.., p. 247. <<

[153] G. de Tiro, ob. cit., XXI, i (I, 1025). <<

[154] Esta carta se encuentra inserta en la *Crónica* de Roger van Hoveden (*Chronica Rogeri de Houedene*), ed. por W.

Stubbs (Londres, 1869), t. II, p. 102-104 (*Rerum britannicarum medii aevi scriptores*, vol. 51). <<

[155] S. Lambros, Ο Μαρκιανος Κοδις 524, Νεος Ελληνομνημων, Athens 1911 t. VIII p. 149. Véase también Chestakov, *Notas sobre los poemas del Codex Marcianus gr.* 524 (*Viz. Vremennik*, t. XXIV, 1923-1926), p. 46-47. En ruso). <<

[156] Cinnamus, p. f67. Ver Diehl, *Manuel*, t. I, p. 405. <<

[157] Kugler, *Studien*, p. 222. <<

[158] Se conserva un fragmento de esa carta en los *Ánnales Stadenses. Pertz*, Mon. Germ. Hist. (So., XVI, 349): la fecha de 1179 es errónea. Véase H. von Kap-Herr, *Die abendlandische Politik Kaiser Manuel* (Estrasburgo, 1881), p. 104, n. 6. <<

[159] *Carta impresa* por H. von Kap-Herr, ob. cit., p. 156-157. <<

[160] Uspensky, *Alejo II y Andrónico*, en el *Boletín del Ministerio de Instrucción Pública*, vol. 212 (1880), p. 123-124. <<

[161] *Historia ducum Veneticorum*, 1177. Pertz. Mon. germ., XIV, 83. V. H, Kretschmayr, *Geschichte von Venedig* (Gotha, 1905), t. I, p. 268. W. C. Hazlitt, *The Venetian republic; its rise, its growth, and its fall* (Londres, 1915), t. I, p. 231-232. C. Diehl, *Une république patricienne: Venise* (París, 1915; varias ed.), p. 45-46. <<

[162] Regel, *Fontes rerum byzantinorum*, I, 80-92. V. también p. XIII-XIV. <<

[163] *The Publications of the Pipe Roll Society*, vol. XXVI (Londres, 1905), p. 166, 187. 192, 208 (*The Great Roll of the Pipe*), vol, XXVIII (Londres, 1907), p. 125. <<

[164] Ibíd., vol. XXVII (Londres, 1906), p. 19. <<

[165] Chalandon. t. II, p. 607-608. Ver también F. Cognasso,

Partiti politici e lotte dinastiche in Bisanzio alta morte de Manuele Comneno (Turin, 1912), p. 216. <<

[166] Hertzherg, *Gesch. der Byzantiner* (Berlín, 1883), p. 318. <<

[167] Eustacio, *De Thessalonica a Latinis capta*, p. 380 (ed. Bonn). <<

[168] Uspensky, *Alejo II y Andrónico* (Gac. del Ministerio de Instrucción Pública, vol. 212, 1880, p. 100) (en ruso). <<

[169] Ver F. I. Uspensky, *Los últimos Comnenos: El principio de la reacción* (Viz, Vremennik, t. XXV, 1927-1938, p. 20) (en ruso). <<

[170] L. Biéhier, Andronic (Comnéne), *Dictionnaire d'Histoire et de Géographie ecclésiastiques*, publicado bajo la dirección de A. Baudrillart, t. II (París, 1914-1920), col. 1780. <<

[171] F. I. Uspensky, ob. cit., p. 18. Ver también p. 21. <<

[172] Nicetas Coniata, p. 432. Uspensky no habla de una estatua sino de una pintura, probablemente un mosaico. Ob. di., p. 15. <<

[173] *Miguel Acominatos*, ed. Lambros, t. I, p. 142. Ver F. Uspensky, ob. cit., p. 19. <<

[174] Cognasso, *Partiti politici e lotte dinastiche in Bisanzio alla morte di Manuele Comneno*, Reale Accademia della Scienze di Torino, 1911-1912, p. 290 (78). <<

[175] Nicetas Coniata, p. 304-305. <<

[176] *Annales Coloniensis Maximi*, 1185, en Pertz, *Monumento Germaniae histórica*, Scriptores, XVII 791. <<

[177] Cognasso, ob. cit., p. 294-295 (82-83). Bréhier, Andronic (Comnéne), col. 1781. <<

[178] Andreae Danduli, *Chronicon*. Muratori, *Rerum italicarum Scriptores*, XII, 309 <<

[179] Cognasso, ob. cit., p. 298-299 (86-87). Bréhier, ob. cit., col. 1781. <<

[180] *Gesta regís Henrici Secundi, Benedicti Abbatis*, ed. W. Stubbs (Londres, 1867), I, 257 (*Rerum britannicarum medii aevi scriptores*, vol. 49): «*Construxerat ecclesiam queandam nobilem in civitate Constantinopolis, et eam honore et redditibus multis ditaverat, et clericos Latinos in ea instituit secundum consuetudinem Latinorum, quae usque hodie dicitur Latina*». Ver el mismo relato en la *Chronica* del *Magistri Rogeri de Houdene*, ed. Stubbs (Lanches. 1869), II 205 (Rer. br. mea. aevi script., vol. 51). <<

[181] *Chronicon Magni Presbiteri* (*Annales Reicherspergenses*] (Alón. Gertn. Hiit. Script., XVII, 511). <<

[182] Ibíd., XVII, 511. Ver. R. Röhricht, *Geschichte des Königreichs Jerusalem, 1100-1201.* <<

[183] Eustacio Tesalonicense, *De Thessalonica a Latinis capta narratio* (Bonn, 1842), páginas 363-512 (en el mismo volumen que León el Gramático). Ver O. Tafrali, *Thessalonique des origines au XIVe siècle* (París, 1919), p. 183-191. Bibliografía: p. 183, n, 2. <<

[184] Nicetas Coniata, p. 391-392. <<

[185] F. Cognasso, *Un imperatore bizantino della decadenza: Isacco II Angelo* (*Bessarione*, año XIX, vol. XXXI, 1915, p. 4; tiraje a parte, Roma, 1915, p. 18). <<

[186] Gelzer, *Abriss der byz. Kaisersgechichte*, p. 1032. <<

[187] Cognasso, ob. cit., p. 59; tirada aparte, p. 33. <<

[188] Ver Nikos A. Bees, *Bambacoratius, ein Reiname des Kaisers Alexias III, Angelos* (1195-1203), en la *Byzantinisch Neugriechische Jahrbücher*, t. III (1922), p. 285-286. <<

[189] Nicetas Coniata, p. 599-600. <<

[190] Vasilievsky, en su crítica de la obra de F. I. Uspensky, *La fundación del segundo Imperio búlgaro*, en la Gaceta de Ministerio de Instrucción Pública, vol. 204 (1879), p. 181 (en

ruso). <<

[191] Ver, por ejemplo, P. Mitafchiev, *Los soberanos de Prosec. Paginas de la historia de Bulgaria a fines del siglo XII y principios del XIII* (*Sofía.*), p. 6-7 (en búlgaro). Pero comprobar con G. Bratianu, Vicina. I. *Contribución a la historia de la dominación bizantina y del comercio genovés*, en Dobrudya (Boletín de la Sección Histórica de la Academia Rumana, tomo X, (1923), p. 136-137). El autor afirma que la nueva dinastía era de origen valaco. <<

[192] Nic. Clion., p. 481. <<

[193] No EXISTE Nota (4). <<

[194] Véase P. Nikov, *Estudios sobre las fuentes históricas de Bulgaria y sobre la historia de la Iglesia búlgara* (Sofía, 1921), p. 8-13 (reimpresión del estudio publicado en el Boletín de la Academia Búlgara de Ciencias) (en búlgaro). <<

[195] Ver nota anterior. También P. Nikov, *La diplomacia búlgara a principios del siglo XIII*, en la Biblioteca Histórica Búlgara (Sofía, 1928), t. I, p. 76-77 (en búlgaro). <<

[196] Véase C. Jirecek, *Geschichte der Serben* (Gotha, 1911), t. I, p. 274. <<

[197] Lirecek, ob. cit., t. I, p. 271-272. <<

[198] G. Vasilievsky, en la *Gaceta del Ministerio de Instrucción Pública*, vol. 204 (1879), páginas 196-197 (en ruso). <<

[199] Nic. Chon., p. 565. <<

[200] Vasilievsky, ob. cit., p. 203 (en ruso). <<

[201] Véase R. Roricht, *Geschichte des Konigsreichs Jerusalem* (Innsbruck, 1898), p. 491. <<

[202] Ver *Chronicon imaginis mundi*, Fr. Jacobi ah Aquis, *Monumentae Historias Patria Scriptorum*, tomo III (Turín, 1848), col. 1561. Confrontar también con G. París, *La Légende de Saladin* (Journal des Savants, 1983, mayo, p. 7-34). A.

Thomas, *La Légende de Saladin en Poitou* (Journal des Savants, 1908, p. 467-471). <<

[203] L. Bréhier, *L'Eglise et l'Orient au moyen age* (París, 1907), p. 121; 5. ed. (París, 1928), p. 121. <<

[204] Nicetas Coniata llama también a Federico. <<

[205] Ansberti, *Historia de expeditione Frederici. Fontes rerum austriacarum, I: Script.*, V, 37. <<

[206] *Historia peregrinorum*, en K. Zimmert, *Der deutsch-byzantinische Konflikt vom Juli 1189 bis Februar 1190* (Byz. 7.cit,, t. XII (1903), p. 63, n. 2). <<

[207] Nicetas Coniata, p. 627-628. <<

[208] W. Norden, *Das Papsttum und Byzant.* (Berlín, 1903), p. 155. <<

[209] *Annales Marbacesnes*, Petz, Mon. Gertn. ist., XVII, 167. <<

[210] Norden, ob. cit., p. 130-132. <<

[211] Nicetas Coniata, p. 131-632. <<

[212] Bréhier, *L'Église et l'Orient*, p. 143. <<

[213] Ver E. Traub, *Der Kreuzzugsplan Kaiser Heinrichs VI im Zusammenhang mit der Politik der Jahre 1195-1197* (Jena, 1910), p. 51-52, 6o. W. Leonhardt, *Der Kreuzzugsplan Kaiser Heinrichs VI* (Berna-Leipzig, 1913), p. 63, 67, 89. Dölger, ob. cit., II, 101, n.º 1619. El punto de vista de Leonhardt aparece adoptado por J. Haller, Kaiser Heinrich VI (Historische Zeitschrift, vol. 113 (1914). P. 488-489 y en especial 503. <<

[214] Véase, por ejemplo, una carta de Barbarroja a su hijo Enrique poco antes de su muerte, en 1189. J. F. Bóhmer, *Acta imperial selecta* (Insbruck, 1870), 152 (162). <<

[215] Norden, ob. cit., 134. *Norden saca igual conclusión de la carta de Inocencio a Alejo. Inoc. III, Epistolae*, 1, 353. Migne, Patr. Lat., vol. 214, col. 326-327. <<

[216] Inoc. III, *Epistolae*, V, 122. Migne, vol. 214, col. 1123-1124.

<<

[217] *Appendix ad Regesta. Migne.* vol. 216, col. 1182-1183. <<

[218] Inoc. III, Epistolae, I, 336. Migne, vol. 214, col. 309. <<

[219] No existe Nota (1). <<

[220] Kretschmayr, *Geschichte von Venedig*, t. I (Gotha, 1905), p. 290. <<

[221] Este, en resumen, es el contenido de la carta de Inocencio III. Inc. III, *Epístolas*, V, 161. Migne, Patrol, lat., vol. 214, col. 1178-1179. V. A. Luchaire, *Innocent III: la question d'Orient* (París, 1907), p. 103-105. <<

[222] Nicetas Conistas, p. 712. <<

[223] *Crónica de Novgorod* (San Petersburgo, 1888), p. 181 (en ruso). Versión latina en C. Hopf, *Crónicas greco-romanas inéditas o poco conocidas* (Berlín, 1873), p. 94. <<

[224] P. Bitsilli, *La versión de la Crónica de Novgorod sobre la cuarta Cruzada* (Istoricheskie Izvestia (Moscú, 1916), fase. 3-4, p. 55; en ruso). <<

[225] Sobre la historia de este asunto, ver P. Mitrofanov, *La desviación de la cuarta Cruzada*, en Viz. Vrem., t. IV (1897), p, 461-523 (en ruso). E. Gerland, *Der vierte Kreuzzug una seine Probleme, en la Neue Jahrb. für das Klass. Altertum*, XIII (1904), p. 505-514. H. Kretschmayr, *Gesch, von Venedig* (Gotha, 1905), t. I, p. 480-489. <<

[226] V. L. de Mas Latrie, *Histoire de l'île de Chypre* (París, 1855), t. I, p. 162-163. <<

[227] C. Hopf, *Geschichte Griechenlands*, t. I, p; 188. <<

[228] G. Hanotaux, *Les Vénitiens ont-ils trahi la chrétienté en 1202* (*Revue historique*, tomo IV (1877), p. 74-102). Ver también L. Streit. *Venedig una die Wendung des vierten Kreuzzugs gegen Konstantinopel* (Anklam, 1877): Dándolo fue «*auctor rerum*», defensor y después vengador de Venecia (p.

33-34). <<

[229] Sabido es que Inocencio III sostenía al rival de Felipe de Suabia. a Otón de Brunswick. <<

[230] Ver P. Riant, Innocent III, Philippe de *Souabe et Boniface de Montferrant* (*Revue des questions historiques*, t. XVII (1875), p. 321-374. t. XVIII (1875), p. 575 Id.· *Le changement de direction de la quatriéme Croisade d'apres quelques travaux recents.* Ibíd., tomo XXIII (1878), p. 71-114. <<

[231] Ver G. Vasilievsky, en la *Gaceta del Ministerio de Instrucción Pública*, vol. 204. (1879), p. 340 (en ruso). La tesis de Vasilievsky ha sido adoptada por los historiadores de la Europa occidental. Ver H. Kretschmayr, *Gesch. van Venedig* (Gotha, 1905), t. I, p. 483. <<

[232] J. Tesier, *Quatriéme Croisade. La diversión sur Zara et Constantinople* (París, 1884); ver sobre todo p. 183-184. En relación al libro de Tessier véase un interesante artículo de F. Corone, *II Papa ed i Veneziani nella quarta crociata* (Archivio Véneto, t. XXXVI (1888), páginas 57-70 y 287-297). <<

[233] W. Norden, *Der vierte Kreuzzug im Rahmen der Beziehungen des Abendlandes zu Byzanz* (Berlín, 1898), espec. p. 105-108. Id., *Das Papsttum una Byzanz* (Berlín, 1903), páginas 152-155. <<

[234] A. Luchaire, *Innocent III: la question d'Orient*, p. 97. Véase también Diehl, en la Camb. Med. Hist., t. IV, p. 417. <<

[235] Véase J. K. Fotheringham, *Genoa and the Fourth Crusade* (The Eng. Hist. Review, tomo XXV (1910), p. 20-57). El autor repite iguales consideraciones en *Marco Sanudo Conqueror of the Archipelago* (Oxford, 1915), p. 16-20. <<

[236] Ver H. F. Brown, *The Venetians and the Venetian quarter in Constantinople* (Journal of Helienic Studies, t. XI, (1920), p. 86), Brown alude a la obra de Besta, *La cattura dei veneziani*

in Oriente (Feltre, 1920), p. 19. No he visto esta obra. <<

[237] Nic. Con., p. 717. <<

[238] Villehardouin, *La Conquete de Constantinople*, p. 128, ed. N. de Wailly, p. 72-73. <<

[239] Tafel y Thoraas, *Urkunden*, t. I, p. 446, 449. <<

[240] Ibíd. <<

[241] Ibíd., t. I, p. 446-452. <<

[242] Nic. Con., p. 755. <<

[243] Baynes, *Byzantine civilisation* (History, t. X (1926), p. 289). <<

[244] Nic. Con., p. 710. <<

[245] Nic. Con., p. 757-763. <<

[246] A. Heisenberg, *Neue Quellen zur Geschichte des lateinischen Katsertums und der Kirchenunion, I. Der Epitaphios des Nikolaos Mesantes auf seinen Bruder Johannes* (Munich, 1923), p. 41-48. <<

[247] Villehardouin, par. 147. <<

[248] *La Crónica de Novgorod*, 1204, p. 186-187 (en ruso). Hopf, *Crónicas grecorromanas inéditas*, p. 97. <<

[249] La Cronografía rusa en la versión del año 1512 (San Petersburgo, 1911), p. 391-392 (en ruso). <<

[250] Véase C. Riant, *Exuviae sacrae Constantinopolitanae* (Ginebra, 1877), I, XL, XLVIII, etcétera. <<

[251] Véase F. I. Uspensky, *Historia de las Cruzadas* (San Petersburgo, 1900), p. 136-137 (en ruso). <<

[252] V. Barvinok, *Los eslavos búlgaros en la historia de Bizancio durante la cuarta Cruzada*, en los *Estudios dedicados a D. Bogalii* (Kiev, 1927), p. 1182 (en ukraniano). <<

[253] Acerca del convenio de 1204, véase Tafel y Thomas, Urkunden, t. I, p. 464-488 (*Fontes rerum austriacarum,*

Diplomata et acta, XII). <<

[254] No existe nota (1). <<

[255] *Mig. Acom.*, ed. Lampros. II, 44 y 127. <<

[256] Marino Sanudo, *Storia del regno di Romania*, en Hopf, *Crónicas grecorromanas inéditas* (Berlín, 1873), p. 105. <<

[257] Crónica de Ramón Muntaner, cap. CCLXI. Buchon, *Chroniques étrangères* (París, 1841), p. 502, ed. por K. Lanz (Stuttgart, 1844), p. 468 (*Bibliothek des literarischen Vereins in Stuttgart*, t. VIII, 1844). *The Chronicle of Muntaner*, en los trabajos de la Hakluyt Society, vol. L (1921), p. 627 (trad. del catalán por Lady Goodenough). (Sin olvidar la fundamental de Barcelona 1860, que contiene el texto original de la primera edición y traducción castellana, con un prólogo de numerosas notas, por Antonio de Bofarull). (N. del R.). <<

[258] Honorio III, *Epistolae.* (20 mayo 1224). En Bouquet, *Recueil des historiens des Gaules et de la France* (París, 1833), t. XIX, p. 754. <<

[259] Lacedemonia se levantó sobre las ruinas de la antigua Esparta. En 1923, el sabio griego A. Adamantiu exhumó los restos de una gran basílica perteneciente a la magnífica iglesia que San Nicón erigió en Esparta-Lacedemonia en el siglo x. Véase D. Anastasijevic y P. Granic, *Memoria del segundo congreso internacional de los estudios bizantinos. Belgrade*, 1927 (Belgrado, 1929), p. 169. <<

[260] *The Chronicle of Morea*, ed. J. Schmidt (Londres, 1904), versos 2712-2713 (texto griego). <<

[261] Ver W. Miller, *The Latins in the Levant* (Londres, 1908), p. <<

[262] Comp. C. Hopf, *Geschichte Griechenlands*, t. II, p. 10. <<

[263] Véase John Schmitt, *The Chronicle of Morea* (Londres, 1904), p. LVIII-LXVI. <<

[264] He aquí el texto de Fausto: «Forcias. —Durante muchos años quedó abandonado el valle montuoso que se extiende al norte de Esparta. El Taigeto se halla a su espalda; por él corre cual alegre arroyo el Eurotas, que atraviesa nuestro valle y costea los cañaverales donde alimenta vuestros cisnes. Allá abajo, tras el valle montuoso, se ha establecido una raza guerrera procedente de la noche cimeriana; ha levantado allí una torre inaccesible, desde donde maltrata al país y a sus habitantes». <<

[265] Hay quienes refutan esta opinión. Ver, por ejemplo, O. Pniower, en *Deutsche Literaturzeitung*, t. XXV (1904), n.º 45, 2739-2741. Comp. con E. Gerland, *Die Quellen der Helenaepisode in Goethes Faust* (*Neue Jahr. für das Klass. Altertum*, t. XXV (1910). <<

[266] Tafel y Thomas, *Urkunden*, t. I, p. <<

[267] Ibíd., p., 516-517. <<

[268] Inoc. III, *Epistolae*, VII, 153. Migue, vol. 215, col. 435. <<

[269] Inoc. III, Epistolae, IX, 139. Migne, vol. 21, col. (157-938. <<

[270] Inoc. III, *Epistolae*, VIII, 133. Migue, 215, col. 712. <<

[271] Nic. Con., p. 583. <<

[272] Nic. Con., p. 274. <<

[273] Ραλλη και Ποτλη. Συταγμα των θειον και ιερων κανονων (Atenas, 1854). t. IV, páginas 544-545. <<

[274] Teodoro Balsamón, *In canonem Consilii Carthaginensis* (Migne, Patr. Gre., Id.) volumen 138, col. 93). Ver G. Vernadski, *Die Kirchlich-politische Lehre der Epanagoge und ihr Einfluß auf das russische Leben im XVII Jahrhundert* (*Byz. neugriechische Jahrbücher*, tomo VI (1928), p. 120). <<

[275] Ana Comnena, XIV, 8 (II, 259). <<

[276] Z von Lingenthal, *Jus graeco-romanum*, III, 355-358. <<

[277] Z. von Lingenthal, III, 414. <<

[278] Porf. Uspensky, *El Oriente cristiano: Athos* (Kiev, 1877), vol. III, i-a parte, p. 226-227. Ph. Meyer, *Die Haupturkunden fur die Geschichte der Athokloster* (Leipzig, 1894), p. 172. <<

[279] Zacarías von Lingenthal, ob. cit., III, 370-371. Miklosich y Müller, *Acta et Diplomata graeca medii aevi* (Viena, 1890), VI, 45. Un pasaje muy importante de esa crisóbula —publicada en las dichas Acta— con el título de «*protoproedro*» ha sido recientemente corregido por Diehl en *Remarques sur deux chartes byzantines de Patmos* (*Byzantion*, t. IV, p. 1-6), y F. Dölger, en *Die Kaiserurkunden des Johannes-Theologos-Klosters auf Patmos* (Byz. Zeit., tomo XXVIII, p. 338). Pero el texto había sido ya publicado correctamente por Zac. von Lingenthal en *Zus graeco-romanum*, III, 371-372. Comp. el mismo texto en L. Ross. <<

[280] Véase Regula pro monasterio *S. Ioannis Theologi in Insula Patmos*, en Miklosich y Müller, ob. cit., VI, 59-80. Id. en K. (Atenas, 1884). <<

[281] Chalandon, *Essai sur le règne d'Alexis Ier Comnéne*, p. 289. Ver también P. Lakovenko, *Sobre la historia de la inmunidad en Bizancio* (Yuriev, 1908), p. 10-11 (en ruso). <<

[282] Véase E. Le Barbier, *Saint Christodule et la reforme des couvents grecs au XIe siecle* (París, 1863), s. a ed., p. 51-56. En la antigua biografía contiene numerosos errores. L. Oeconomos, *La vie religieuse dans l'Empire byzantin au temps des Comnènes et des Anges* (París, 1918), p. 142-152. <<

[283] El texto griego de ese estatuto (Tipicón) está publicado por A. Dimitrievski en su *Descripción de los manuscritos litúrgicos conservados en las bibliotecas del Oriente ortodoxo* (Kiev, 1895), t. I, p. 682-687 (en ruso y en griego). <<

[284] F. I. Uspensky, *La corriente occidental en la Bizancio conservadora* (Byz. Vremennik, tomo XXII (1916), p. 26; en

ruso). Véase también Oeconomos, ob. cit., p. 193-210. E. Jeanselme y L. Oeconomos, *Les Oeuvres d'assistance et les hôpitaux byzantines au siècle des Comnènes* (Amberes, 1921), p. 11-18. C. Diehl, *La Société byzantine a l'époque des Comnènes* (*Revue historique du Sud-Est européen*, t. VI (1929), p. 242 (errata de imprenta: 342), 249). <<

[285] Sobre el Sinodicón ver F. I. Uspensky, *Ensayos sobre la historia de la civilización bizantina* (San Petersburgo, 1892), p. 89-145 (en ruso). <<

[286] Migne, Patr. Gr. f vol. 130, col. 9-1362. <<

[287] Véase L. Oeconomos, ob. cit., p. 38-47. <<

[288] F. I. Uspensky, *Las actas de acusación de herejía contra Juan Italos* (Memoria del Instituto Arqueológico ruso de Constantinopla, t. II (1897), p. 3-10 (en ruso). <<

[289] Uspensky publica esos once puntos en *El Sinodicón* para el primer domingo de Cuaresma (Odesa, 1893), p. 14-18. En francés en L. Oeconomos, ob. cit., p. 25-28. <<

[290] F. I. Uspensky, *Ensayos sobre la historia de la civilización bizantina* (San Petersburgo, 1892) p. 117 (en ruso). <<

[291] P. Besobrasov, en *Vizantiniski Vremennik*, t. III (1896), p. 128 (en ruso). <<

[292] D. Briantsev, *Juan Italos: la fe y la razón*, t. II (1904.), I parte, p. 328 (en ruso). <<

[293] N. Marr. Juan Petritzi, *neoplatónico georgiano (gruciniano) de los siglos* XI-XII (*Zapiski Vostochnavo otdieleniia rousskovo archeologixcheskova Obchestwa*, t. XIX (1909), página 107; en ruso). <<

[294] Chalandon, ob. cit., t. I, p. 316. L. Oeconomos, ob. cit., p. 29. <<

[295] L. Oeconomos, ob. cit., p. 29. El autor francés sigue en su obra las líneas del libro de Uspensky. <<

[296] F. I. Uspensky, *Ensayos sobre la historia de la civilización bizantina*, p. 178, 183 (en ruso). <<

[297] Ver el interesante artículo de W. Holtzmann, *Die Unionsverhandlungen zwischen Alextos I. und Papst Urban II. im jahre 1089* (*Byz. Zeitschrift*, t. XXVIII (1928), p. 40. El autor da tres textos griegos inéditos. El texto relativo al sínodo de 1089 se halla en p. 60-62. <<

[298] Vasilievsky, *Bizancio y los pecheneques*, t. I, p. 83, 85. El tratado se encuentra en Migne, Patr. Gr., vol. 126, col. 226-250. <<

[299] H. Kap-Herr, *Die abendlandische Politik Kaiser Manuels* (Estrasburgo, 1881), p. 9. Norden, *Das Papsttum und Byzanz*, p. 91. Chalandon, t. II, p. 162-163. Id., p. X-XI. Dölger, *Regesten*, t. II, núms. 1302 y 1303 (p. 59). El estudio, en griego, de H. Siderides, sobre las cartas de Juan Comneno sobre la unión de las dos Iglesias (Constantinopla, 1927), no lo conozco sino por la crítica de F. Dölger en la *Byz. Zeits.*, t. XXVIII (1928), p. 202-204. <<

[300] Anselmo de Havelberg, *Dialogi*, lib. II, cap. I (Migne, Patr. latina, vol. 188, col. 1163). Ver Ch. H. Haskins *Studies in the History of Medioeval Science* (Cambridge, 1924), p. 144 y 197. Id., *The Renaissance of the Twelfth Century* (Cambridge, 1927), p. 294. <<

[301] Migne, *Patr, Gr.*, vol. 119, col. 928-929. <<

[302] Confrontar Loparev, *Sobre las tendencias unionistas del emperador Manuel Comneno*, (fc. Vremennik, t. XIV (1907), p. 339, 341, 342-343,350-353, 355 en ruso). <<

[303] Sobre las relaciones de Andrónico con el patriarca y la Iglesia ver *Oeconomos*, ob. cit., páginas 113-118. <<

[304] Nic. Con., p. 682. <<

[305] A. Lebediev, *Ensayos históricos sobre el estado de la Iglesia*

oriental bizantina de fines del siglo XI *a mediados del* XV (Moscú, 1902), p. 153 (en ruso). <<

[306] Ver Ecónomos, ob. cit., p. 22. <<

[307] Chalandon, t. II, *Prefacio.* <<

[308] Un *nomisma* (hiperpiro o solido) valía cosa de 50 pesetas, y un *miliarision*, unas 4 pesetas. <<

[309] Teof., arz. de Bulgaria, *Epist. 24. Migne, Patr. Gr.*, vol. 126, col. 405. <<

[310] Nic. Con., p. 265-268. <<

[311] *Nic. Con.*, p. 421-422. <<

[312] *Die Reisebeschreibungen de Benjamín de Tudela*, ed. y trad. por L. Grünhut y IV. Adler, t. II (Jerusalén, 1903), p. 17-18. *The Itinerary of Benjamín of Tudela*, trad. por Adler (Londres, 1907), p. 13. *The Oriental travels of Rabbi Benjamín de Tudela*, en *The Contemporaries of Marco Polo*, ed. por M. Komroff (Nueva York, 1928) p. 265-266. El texto hebreo se publicó en Constantinopla, año de 1547. La primera traducción latina fue la de Arias Montano (Amberes, 1575). —(N. del R.). <<

[313] *The Itinerary*, p. 12. *Die Reisebeschreibungen*, p. 16. Sobre Bagdad, ver *The Itinerary*, p. 35-42, y *Reisebeschr.*, p. 48-57, *Contemp. of Marco Polo*, p. 264. Comprobar con G. Le Strange, *Bagdad during the Abbasid Caliphate* (Oxford, 1900), p. 332. <<

[314] Abul Hassan Alí el Herewi, *Indications sur les lieux de pélerinage*, trad. de C Schefer. *Archives de l'Orient latín* (París, 1881), t. I, p. 589. <<

[315] Juan Tzetzes, *Historiarum variarum Chiliades*, ed. T. Kiesslingius (Leipzig 1826) c. XIII, versos 360-368 (p. 496). <<

[316] A. Andreades, *De la población de Constantinopla bajo los emperadores bizantinos,*. (en francés) en el periódico italiano

Metron (Rovigo, 1920), vol. I, n.º 2, p. 97. <<

[317] Ibíd., p. 101. <<

[318] F. Cognasso, *Un imperatore bizantino della decadenza: Isacco II Angelo* (Besarione, volumen XXI (1915), p. 52-53, 59-60. Véase c. IV: Verso la rovina (p. 269-289). En la ed. separada de este ensayo (Roma, 1915), v. p. 26-27, 33-34. 56-76. <<

[319] Zac. von Lingenthal, *Jus graeco-romanum*, III, 457. Algunos años después se publicó de nuevo la misma crisóbula (Ibíd., p. 498). La fecha es discutible. Ibíd., p. 457 y 498. F. Dölger, *Corpus der griechischen Urkunden des Mittelalters una der neueren Zeit*, Regesten, Sec. I: *Regesten der Kaiserurkunden des ostromischen Reiches* (Munich-Berlín, 1925), tomo II, p. 62-63 (n.º 1333) y 70 (n.º 1398). <<

[320] V. Cognasso, *Parti politici e lotte dinastiche in Bizancio alla morte di Manuele Comneno* (Turín, 1912), p. 284 (7). <<

[321] Von Lingenthal, ob. cit., III, 507. <<

[322] V. Dölger, ob. cit., p. 89 (n.º 1553). Comp. c. Bréhier, *Andronic Comnéne*, col. 1780. <<

[323] Freeman, *The History of the Norman Conquest* (Oxford, 1871), t. IV, p. 638. <<

[324] Orderici Vitalis, *Historia Ecclesiastica*, Migne, Patr. lat., vol. 188, col. 309. <<

[325] Níc. Con., p. 75. <<

[326] Gesta Regís Henrici Secundi, Benedicti Abbatis, ed. W Stubbs (Londres, 1867), I, 195. (*Rerum brit. meddi aevi ser.*, vol. 49). Se hallan iguales informes en la *Crónica* del *Magistri Rogeri de Houedene*, ed. W. Stubbs (Londres, 1870), II, 157 (Rer. br. medii aevi ser., volumen 51. <<

[327] Ver dos cortos poemas de Teodoro Prodomo en el *Recueil des historiens des Croisades. Historiadores griegos*, t. II, p. 541-

542. <<

[328] Ver Skabalanovitch, *El Estado bizantino y la Iglesia en el siglo XI* (San Petersburgo, 1884), p. 186, 193-230 (en ruso). <<

[329] Zacarías von Lingenthal, III, 560-561 (respecto al año 1199). <<

[330] Von Lingenthal, III, 560. Tafel y Thomas, t. I, p. 568. <<

[331] Ver E. Stein, *Untersuchungen zur spatbyzantinischen Verfassungs und Wirtschaftsgeschichte* (Mitteilungen zur Osmanischen Geschichte, t. II (1924), p. 21; ed. por separado). Ver también nota de Stein sobre la «crisóbula» de noviembre de 1198 (20, n. i). <<

[332] La obra mejor documentada sobre las relaciones comerciales de Bizancio con las repúblicas italianas bajo los Comnenos y Angeles, es la de W. Heyd, *Histoire du commerce du Levant au mayen age* (Leipzig, 1885), t. I, p. 190-264. Ver también Chalandon, ob. cit., tomo II, p. 625-627. J. W. Thompson, *An economic and social history of the Middle Ages* (Nueva York-Londres, 1928), p. 380-439. <<

[333] Texto en Miklosich y Müller, *Acta et diplomata graeca*, III, 9-13. También en J. Müller, *Documenti sulle relazione della citta Tascane coll'Oriente cristiano* (Florencia, 1879), p. 43-45, 52-54. Ver Heyd, ob. cit., t. I, p. 193-194. Dölger, ob. cit., t. II, p. 53-54 (n.º 1255). Buena bibliografía. Ver también A. Schube, *Handelsgeschichte der Romanischen Volker des Mittelmeergebiets bis zum Ende der Kreuzzüge* (Munich-Berlín, 1906), p. 247-274. <<

[334] *Nuova serie di documenti sulle relazione di Genova coll'Impero Bizantino*, ed. Sanguinetti y Bertolotto (*Atti della Societa di storia patria*, t. XXVIII (1896-1898), p. 351, 355, 360). Miklosich y Müller, t. III, p. 35. Ver Dölger, t. II, p. 82 (n.º 1488). G. Bratianu, *Recherches sur le commerce genois dans la mer Noiré au XIIIe siècle* (París, 1929), p. 65-66. <<

[335] Véase lo indicado antes sobre esta crisóbula. También H. Brown, *The Venetians andt the venetian quarter in Constantinople to the close of the twelfth century* (The Journal of Hellenic Studies, t. XL (1920), p. 88). <<

[336] Timario, *De passionibus ejus*, Diálogos satíricos. *Notices et extraits des manuscrits*, tomo IX (1813), 2.a parte, 171-174 (cap. V-VI), ed. Ellissen, *Analecten der mittel-und neugriechischen Litteratur* (Leipzig, 1860), t. IV, primera sección, p. 46-53 y 98 y sigs. <<

[337] F. Cognasso, *Un imperatore bizantino della decadenza: Isacco II Angelo* (Besarione,, tomo XXXI (1915), p. 6o. En la ed. por separado, p. 34). <<

[338] J. B. Bury, *Romances of Chivalry on Greek soil* (Oxford, 1911), p. 3. <<

[339] No existe nota (1). <<

[340] Ver al respecto el muy sugestivo ensayo de vulgarización de C. Diehl, *La Société byzantine a l'époque des Comnènes* (Rev. hist. du sudest européen, t. VI (1929), p. 198-280). <<

[341] Ana Comnena, III, 8 (I, 113); V, 9 (I, 181-182). <<

[342] P. Mass, *Die Musen des Kaisers Alexias I* (Byz. Zeits., t. XXII (1913), p. 348-367). <<

[343] Hesseling, *Byzantium* (Haarlem, 1902), 336. Hesseling, *Essai sur la civilisation byzantine* (París, 1907), p. 321. <<

[344] Ana Comnena, XI, 11 (II, 315-316). En los últimos años han aparecido en Inglaterra tres obras sobre Ana Comnena, las tres escritas por mujeres y las tres dignas de mención: la, la trad. ingl. de la Alexiada, por E. A. S. Dawes, con el título de The Alexiad of the Princess Anna Comnena (Londres, 1928), 439 p.; 2a, una monografía excelente y muy detallada sobre Ana Comnena, de Georgina Buckler: *Anna Comnena. A study* (Oxford-Londres, 1929), X-558 p.; 3a, una breve

biografía, muy bellamente escrita, de Ana Comnena en sus relaciones con ciertos hombres eminentes de su época, por Naomi Mitchison: *Anna Comnena*, (Londres, 1928, 96 p.). Este trabajo comprende seis capítulos titulados, por su orden: «*Back-ground, Alexius, Constantine, Bryennius, Bohemond y Juan*». <<

[345] Ana Comn., XIV, 8 (II, 259). <<

[346] Krumbacher, *Gesch. der byz. Lit.*, p. 277. Ver también a G. Buckler, ob. cit., páginas 479-516 (Ana, escritora). <<

[347] Ana Comn., X, 8 (II, 81), y VI, 14 (I, 222). <<

[348] Gibbon-Bury, t. V, p. 226 (cap. XLVIII). <<

[349] Krumbacher, ob. cit., p. 276. <<

[350] C. Neumann, *Griechische Geschichtschreiber una Geschichtsquellen im zwolften Jafirhundert* (Leipzig, 1888), p. 28. <<

[351] G. Buckler, ob cit., p. 522. <<

[352] F. I. Uspensky, *El código constantinopolitano llamado de Seraglio* (Memoria del Instituto arqueológico ruso en Constantinopla, t. XII (1907), p. 30-31. En ruso). Ed. Kurtz, *Ein Gedicht des Sebastokrator Isaakios Komnenos* (Byz. Neugr. Jahrbücher, t. V (26 páginas 44-46). <<

[353] Cinnamus, VI, 13 (p. 290). Nic. Chon., *De Manuele*, VIII, 5 (p. 274-275). <<

[354] *Fontes rerum byzantinarum*, ed. W. Regel (San Petersburgo, 1892), I (1) p 6; ver también p. VII. <<

[355] Ver C. H. Haskins, *The spread of ideas in the Middle Ages* (Speculum, I (1926), 24). Id., *Studies in the history of the medioeval science* (Cambridge, 1924), p. 143, 161. Id., *The renaissance of the twelfth century* (Cambridge, 1927), p. 292. <<

[356] Constantino Manases, *Compendium Chronicum*, p. 3,

verso 3 (ed. Bonn). <<

[357] C. Neumann, *Griech. Gesch.*, p. 99. Krumbacher, p. 280. <<

[358] *Mig. Acoro.*, ed. Lampros, t. I, p. 93-106. <<

[359] *Mig. Acom.*, t. I, p. 124. <<

[360] Mig., t. II, p. 12. <<

[361] Id., t. II, p. 44. <<

[362] Gregorovius, *Geschichte der Stadt Athen im Mittelalter*, t. (Stuttgart, 1889), página 243. <<

[363] Ibíd., t. I, p. 204. <<

[364] F. I. Uspensky, *En torno a la historia del régimen territorial labriego en Bizancio* (Gaceta del Ministerio de Instrucción Publica, vol. 225 (1883), p. 85-86. En ruso). <<

[365] F. I. Uspensky, *Un escritor bizantino: Nicetas Acominatos de Chonas* (San Petersburgo, 1874), p. 128 (en ruso). <<

[366] Véase Uspensky, ob. cit., p. 153-160, y Krumbacher, p. 283. <<

[367] Nic. Coniata., p. 6. <<

[368] Uspensky, ob. cit., prefacio, p. V. <<

[369] Gregorovius, ob. cit., t. I, p. 205, 207. <<

[370] Ver el excelente artículo de Cohn sobre *Eustacio en Pauly-Wissowa, Real Encyclopadie*, VI (1909), col. 1454. El artículo comprende las páginas 1452-1489. <<

[371] Ver L. Oeconomos, *La vie religieuse dans l'Empire byzantin au temps des Comnènes et des Anges* (París, 1918), p. 153-165. Los datos están tomados de la obra de Eustacio, *De emendanda vita monachica* (Migne, Patr. Gr., vol. 135, col. 729-910). <<

[372] Migne, *Patr. Gr.*, vol. 133, col. 836. <<

[373] Véase Krumbacher, ob. cit. p. 536-541. <<

[374] V. Vasilievsky, Teofilacto de Bulgaria en su ensayo *Bizancio y los pecheneques* (Obras, t. I, p. 138. En ruso). Chalandon, t. I, p. XXVII (Chalandon sigue Vasilievsky). Ver también B. Leib, *Roma, Kiev y Bizancio*, p. 42. <<

[375] El mejor estudio sobre Teofilacto de Bulgaria se debe a Vasilievsky (Obras, t. I, páginas 134-149. En ruso). Chalandon, t. I, p. XXIII-XXVIII, sigue a Vasilievsky. Ver Leib, obra cit., p. 41-50. Krumbacher, ob. cit., p. 133-135 y 463-465 (la cronología es incorrecta). <<

[376] Ver Krumbacher, p. 473. Regel, Font. rer. byz., t. I, (1) p. XVII. Chalandon, t. II, página XLVIII. <<

[377] Regel, ob. cit., t. I, (1) p. 131-182 (*Los tres primeros discursos*); t. I (2}. p. 183-338 (discursos cuarto y quinto, publicados en 1917). <<

[378] Véase J. Dräseke, *Byzantinischen Hadesfahrten* (Neue Jahr. für das Klassische Altertum, t. XXIX (1912), p. 353). <<

[379] Véase Krumbacher, p. 467-468. Montelatici, ob. cit., p. 258-259. H. Torez, *Byzantine satire* (*The Journal of Hellenic Studies*, t. II (1881). p. 241-257). Dräseke, ob. cit., páginas 343-366. Hase da una excelente introducción al estudio de esta obra y una no menos buena explicación del *Timarión* en las *Notices et extraits des manuscrits* (18131, 2.ª parte, páginas 125-268. <<

[380] Johannis Tzetzes, *Argumentum et Allegoriae in Iliadem*, XV, 87-89. P. Matranga, Anécdota graeca (Roma, 1850), I, 120. <<

[381] *Quilíadas*, I, *versos 277-278* (ed. Kiessling, Leipzig, 1826). <<

[382] El rasgo distintivo de los versos «políticos» consiste en la desaparición completa de versos largos y breves, repitiéndose incesantemente versos del mismo número de sílabas. <<

[383] Krumbacher, ob. cit., p. 528. Montelatici, ob. cit., p. 261. <<

[384] Vasilievsky, *Una oración fúnebre inédita de Basilio de Ochrida* (Viz. Vremennik, lomo U (1894), p. 92. En ruso). <<

[385] Longino, neoplatónico, filólogo y retórico del siglo III de J. C., llama a Heredoto. Ver J. B. Bury, *The Ancient Greek Historians* (Nueva York, 1909), p. 42, n. i. <<

[386] Tzetzes, *Allegoriae proemium*, versos *1-4* (Matranga, I, i y 2). <<

[387] ídem, 32-34 (Matranga, I, 2). <<

[388] Vasilievsky, ob. cit., p. 91 (en ruso). <<

[389] Véase S. Papadimitriu, *Teodoro Pródromo* (Odessa, 1905), p. XIX-XXI y I y sigs. (en ruso). Krumbacher, p. 760. Montelatici, ob. cit., p. 197. <<

[390] *Crónicas Lavrentievskaia e Ipatievskaia* (en ruso antiguo). <<

[391] Diehl, *Figures byzantines*, t., p. 140. <<

[392] E. Miller, *Melanges de philologie et d'épigraphie* (París, 1876), t. I, p. 142 (texto griego), p. 143 (texto francés). E. Legrand, *Bibliothéque grecque vulgaire* (París, 1880), t. I, página 106, versos 140-142. *Poemas prodrómicos en griego vulgar*, ed. por Hesseling y Pernot (Amsterdam, 1910), p. 79 (versos 137-139). <<

[393] Vasilievsky, *Las vidas de Melecio el Joven, por Nicolás, obispo de Meton, y Teodoro Pródromo* (*Colección Ortodoxa Palestina*, fasc. 17 (1896), p. V. En ruso). <<

[394] D. Hesseling, *Byzantium* (Harlem, 1902), p. 344 (en holandés). *Essai* (París, 1907), p. 328. <<

[395] Krumbacher, p. 751. <<

[396] Krumbacher, p. 750-751. Véase también Montelatici, ob. cit., p. 199-200. Muchas de las obras consideradas de

Pródromo no son suyas, aunque sí surgidas en su ambiente literario. <<

[397] Véase Ch. Loparev, *Sobre el humanista bizantino Constantino Stilbes* (siglo XII) *y su obra* (*Vizantiiskoie Obozreniie*, t. III (1917), p. 62-64. En ruso). <<

[398] El mejor estudio sobre Stilbes es el de Loparev (véase nota precedente), en Vis. *Oboz.*, tomo III (1917), p. 57-58 (en ruso). Véase Krumbacher, ob. cit., p. 762. <<

[399] Krumbacher, p. 371. <<

[400] H. Grégoíre, *Un continuateur de Constantin Manassés et sa source*, en *Mélanges offerts a Gustave Schlumberger* (París, 1924). t. I, p. 272-281. La fuente del continuador de Manases es Nicetas Coniata (Ibíd., p. 280). <<

[401] K. Horna, *Das Hodoiporikon des Konstantin Manassés* (*Byz. Zeits.*, t. XIII (1904), páginas 313-355). Ver la lista de ed. de Manases —que no pudo ser insertada en la Historia de Krumbacher— en P. Maas, *Rhytmisches zu der Kunstprosa des Kunstantinos Manassés* (Ibíd., t. XI (1902), p. 505, n. 2). <<

[402] O. M. Dalton, *Byzantine Art and Archaelogy* (Oxford, 1911), p. 18. <<

[403] *East Cliristian Art* (Oxford, 1925), p. 18-19. <<

[404] El Blaquerna de nuestros antiguos escritores. (N. del R.). <<

[405] Véase Diehl, Manuel, t. I, p. 416-418. J. Ebersolt, Les Arts somptuaires de Byzance (París, 1923), p. 16. Hay una monografía consagrada al palacio de las Blachernas y escrita en griego moderno por J. Papadopulos (Constantinopla, 1920). La edición francesa, aumentada, se titula *Les Palais et les églises des Blachernes* (Atenas, 1928). <<

[406] Véase Diehl, Manuel, t. I, p. 463 y sigs. <<

[407] Dalton, *East Christian Art*, p. 292-293. Diehl, ob. cit., t. II,

p. 561-563. H. Vincent y F. M. Abel, *Bethléem. Le sanctuaire de la Nativité* (París, 1914), p. 167. <<

[408] Diehl. Manuel, t. II, p. 563. <<

[409] Se hallarán informes detallados en las dos obras de O. M. Dalton y en el Manuel de C. Diehl. <<

[410] G. Duthuit, *Byzance et l'art du XII siècle* (París, 1926), p. 96. A pesar de su título, esta obra da pocos informes sobre el arte del siglo XII. <<

[411] C. H. Haskins, *Studies in the History of Medioeval Science* (Cambridge, 1924), página 141. ídem, *The greek element in the renaissance of the twelfth century* (*The American Histórica! Review*, t. XXV (1920), p. 603-605). Id., *The renaissance of the twelfth century* (Cambridge, 1927), p. 278. Id., *Studies in Medioeval Culture* (Oxford, 1929), p. 160-169 (c. VIII: *Contacts with Byzantium*). <<

[412] Haskins, *Studies in the History of the Medioeval Science*, p. 194-193. <<

[413] C. Neumann, *Die Byzantinische Marine* (*Historische Zeitschrift*, Neueve Folge, 45 (1898), p. 1-2). <<

[414] Véase A. Gardner, *The Lascaríds of Nicaea. The story of an empire in exile* (Londres, 1912), p. 63-64. A. Μηλιαρακης, Ιστορια του βασιλιου Νικαιας και του δεσποτατου της Ημειρου (Atenas, 1898), p. 8. M. A. Andreieva, *Ensayos sobre la civilización de la corte bizantina en el siglo XIII* (Praga, 1927), p. 82-85 (en ruso). <<

[415] *Mig. Acomin.*, ed. Lampros, t. II, p. 276-277. <<

[416] Los historiadores suelen llamar a este emperador Juan III, considerando primero ese nombre a Juan Tzimisces y segundo a Juan Comneno. (Es el Vatache de *La gran conquista de Ultramar*). (N. del R.). <<

[417] *Villehardouin*, 323, ed. de Wailly, 193. <<

[418] *Nic. Coniata*, p. 808-809. <<

[419] Ver V. Zlatarski, *La alianza greco-búlgara de 1204-1205* (Sofía, 1914), p. 8-11 (en búlgaro). <<

[420] Ver P. Nikov, *La diplomacia búlgara desde principios del siglo* XIII, en la Biblioteca Histórica búlgara (Sofía, 1928), t. I, p. 103-104 (en búlgaro). <<

[421] f. I. Uspensky, *La fundación del segundo reino búlgaro* (Odessa, 1879), p. 245-246 (en ruso). <<

[422] Gardner, ob. cít., p. 66 (Balduino, hecho prisionero en Tirnovo, no volvió a ser visto jamás). E. Gerland, *Geschichte des lateinischen Kaiserreiches von Konstantinopel* (Hamburgo, 1905), (kaloyan, en un arranque de cólera, ordenó la ejecución de su prisionero). Nikov, *La diplomacia* búlgara, p. 104 (Balduino, hecho prisionero, fue llevado a Tirnovo y murió en prisión). Esta información se apoya en las *Innocentii III Gesta* (Migne, *Patr. lat.*, volumen 214, cap. 108, col. 148. <<

[423] Ver, por ejemplo, H. Kretschmayr, *Geschichte van Venedig* (Gotha, 1905), t. I, páginas 321 y 472. <<

[424] Gelzer, Abriss… p. 1042. <<

[425] F. I. Uspensky, *La fundación del segundo reino búlgaro*, p. 250 (en ruso). <<

[426] Vasilievsky, *La regeneración del patriarcado búlgaro bajo el zar Juan Asen II* (Gaceta del Ministerio de Instrucción Pública, vol. 238 (1885), I p. 9. En ruso). <<

[427] Jorge Acropolita, *Annales, XIII*, ed. Heisenberg, p. 23, 24. <<

[428] Véase Buchon, *Recherches et matériaux pour servir a une histoire de la domination française* (París, 1840), t. II, p. 211. <<

[429] P. Nikov, *Contribución al estudio histórico de las fuentes*

de Bulgaria y a la historia de la Iglesia búlgara (Sofía, 1921), p. 8 (en búlgaro). <<

[430] P. Nikov, *La diplomacia búlgara desde principios del siglo XIII* (Sofía, 1928), p. 108. <<

[431] Esta fecha de 1208 ha sido establecida, hace algunos años, por A. Heisenberg en sus *Neue Quelten zur Geschichte des lateinischen Kaisertums und der Kircheunion. II: Die Unionsverhandlungen vom 30 August 1206. Patriarchenwahl und Kaiserkronung in Nikaia 1208* (Munich, 1923), p. 5-12. La fecha comúnmente aceptada antes era 1206. Véase también Andreieva, ob, cít., p. 180-181 (comprobar con p. 85} (en ruso). <<

[432] Tafel y Thomas, *Urkunden*, t. II, p. 205. <<

[433] Se hallarán interesantes informes y una excelente bibliografía sobre la Nicea medieval en J. Sölch, *Historisch-geographische Studien über bithynische Sledlungen. Nikomedia*, Nikaa, Prusa (Byz. Neug. Jahr., t. I (1920), p. 263-286). Véase también R. Janin. *Nicée, étude historique et topographique* (Echos d'Orient, t. XXIV (1925), p. 482-4901. M. Andreieva, ob. cit., p. 19-21. <<

[434] Abul Hassan Ali Al-Harawi, *Indicaciones sobre los lugares de peregrinación*, traducción francesa de Ch. Schefer en *Archives de l'Orient latín* (París, 1881), t. I, p. 590. <<

[435] Véase, por ejemplo, Nicetas Coniata, p. 318; Villehardouin, par. 304. <<

[436] Nicéforo Blemmidas, *Curriculum vitae et carmina*, ed. A. Heisenberg (Leipzig. 1896), página 113. ver. 22, 24. <<

[437] F. I. Uspensky, *Sobre los manuscritos de la Biblioteca Nacional de París que contienen la historia de Nicetas Acominatoas* (Gaceta del Ministerio de Instrucción Pública, volumen 194 (1877), p. 77. En ruso). <<

[438] Publicado en Sathas, *Bibliotheca graeca medii aevi* (París, 1872), I. 139 y siguientes. <<

[439] De la forma griega de designar la ciudad con el artículo: is Nikaia; como de *is Nikomidian*, Nicomedia, procede la forma turca Ismit, abreviación de Isnikmid usada hasta el siglo pasado; como, y es el caso más típico, de *is ton Polín*, viene Istanbul. (N. del R.). <<

[440] Ver H. Grégoire, *Le véritable nom et la date de l'eglise de la Dormition a Nicée. Un texte nouveau et décisif. Mélanges d'histoire offerts a H. Pirenne* (Bruselas-París, 1926), tomo I, p. 171-174. Ver también Diehl, *Manuel* (París, 1926), t. II, p. 520-521, 908. (El artículo de Grégoire apareció demasiado tarde para ser utilizado por Diehl). Dalton, *East Christian Art* (Oxford, 1925), p. 285. <<

[441] Véanse M. Alpatov e I. Brunov, *Breve informe de un viaje a Oriente* (Viz. Vrem., tomo XXIV (1923-1926), p. 61. En ruso). También Byz. Zeits., t. XXV (192·,), p. 267-268), y t. XXVIII (1928), p. 238-239. Diehl, ob: cit., t. II. p. 908. <<

[442] A. Heisenberg, *Neue Quellen*, t. II, p. 11-12. <<

[443] Sathas, *Bibliotheca graeca medii aevi*, I, 99, 105, 107. <<

[444] Ver E. Gerland, *Geschichte der Kaiser Baldwin I und Heinrich* (Hamburgo, 1905), páginas 102-114. Después del libro de Gerland, la disertación de L. Neuhaus, *Die Reichsverwesenschaft und Politik des Grafen Heinrich von Anjou, des zweiten Kaisers im Lateinerreiche zu Byzanz* (Leipzig, 1904), no ofrece igual interés. <<

[445] Jorge Acropolita, *Ánnales, cap. X,* ed. A. Heisenberg, p. 17. <<

[446] Sathas, Bibl. gr., I, 129-136. <<

[447] Mig. Ac., II, 353 y sigs. <<

[448] Jorge Acr., *Annales*, cap. XV, p. 27. <<

[449] Gerland, ob. cit., p. 216. <<

[450] Gerland, ob. cit. p. 218. <<

[451] Brachium Sancti-Georgii, es decir, el Bósforo. <<

[452] *Recueil des historiens des Gaules et de la France*, nueva ed. (París, 1879), t. XVIII, páginas-530-333. <<

[453] Ver Ph. Lauer, *Une lettre inédite d'Henri Ier d'Angre, empereur de Constantinople, aux prélats italiens* (*1213?*) (*Melanges offerts a M. Gustave Schlumberger*, París, 1924, t. I, p. 201). No comprendo por qué Lauer sitúa en 1213 la carta de Enrique fechada en Pérgamo el 13 de enero de 1212 (p. 194). <<

[454] Ver Gardner, ob. cit., p. 85-86. Gerland, ob. cit., p. 218-219. A veces se ha emitido la teoría (ver, por ejemplo. Jorga, *Geschichte des Osmanen*, t. I, p. 120, y Gerland, ob. cit., tomo I, p. 246) de que Teodoro I fue tan feliz en su política al sur del Asia Menor, que incluso tomó Atalia, a orillas del Mediterráneo. Pero esta afirmación es errónea y se debe a la fecha inexacta de una inscripción descubierta en Italia y que se remonta en realidad al 915-916. Ver H. Grégoire, *Recueil des inscriptions grecques chrétiennes d'Asie Mineure* (París. 1922), t. I, p. 104. Véase también A. Vasiliev. *Bizancio y los árabes* (San Petersburgo, 1902), t. II, p. 153 (en ruso). <<

[455] Ephraemii Monarchi, *Imperatorum et patriarcharum recensus*, v. 7735, ed. Bonn, pág. 312. <<

[456] Gerland, *Geschichte des lateinischen Kaiserreiches von Konstantinopel* (Hamburg, v. d. Hohe, 1905), t. I, página 251. <<

[457] Gardner, p. 93. <<

[458] Mig. Acom., II, 150, 151, 276, 354. <<

[459] La mayoría de los autores colocan en 1254 la muerte de Juan III. (página 412) y Gardner (p. 192) dan la fecha del 13

de octubre de 1255. *La Camb. Mea. History,*. IV, 430, se atiene a 1254. <<

[460] Véase G. Vasilievsky, *Epirotica saeculi XIII* (Viz. Vrem., t. III (1896), p. 233-299). <<

[461] Gardner, ob. cit., p. 93. <<

[462] Entre los más recientes estudios consagrados a la muerte de Pedro de Courtenay, ver, por ejemplo, Gardner, p. 94. W. Muler, *The Latins in the Levant* (Londres. 1908), páginas 82-83. amb. Mea. Hist., t. IV, p. 427. Nikov, *Contribución al estudio histórico…* (Sofía, 1921) (en búlgaro). <<

[463] Véase G. Vasilievsky, *La regeneración del patriarcado búlgaro*, t. I, p. 121 (en ruso). <<

[464] W. Miller, *The latins in the Levant*, p. 83. <<

[465] Jor. Acr., cap. XXI, ed. Heisenberg, p. 33. <<

[466] No existe Nota (5). <<

[467] Pitra, *Analecta sacra et classica, spicilegio Solesmensi parata* (París-Roma, 1891), ep. 114, 488-490. Ver Drinov, *Sobre ciertas obras de Demetrio Cómatenos* (Viz. Vrem tomo II (1895), p. 11 y n. i. En ruso). <<

[468] Vasilievsky, *Epirotica saeculi XIII* (Viz. Vrem., t. III (1806) p. 285). <<

[469] Ibíd., p. 299. <<

[470] Véase G. Vasilievsky, *La regeneración del patriarcado búlgaro*, I, p. 18-19 (en ruso). <<

[471] A veces se cita el año 1223 como fecha de la fundación del imperio de Tesalónica. <<

[472] El imperio de Trebisonda tuvo existencia aparte. <<

[473] Bouqnet, *Recueil des historiens des Gaules* (París, 1833), t. XIX, p. 754. <<

[474] C. Jirecek, *Historia de los búlgaros*. Traducida del búlgaro

al ruso por Brun y Palusov (Odesa, 1878), p. 333. <<

[475] Jorge Acropolitas, *c. XXV*, ed. Heisenberg, p. 43. <<

[476] Jorge Acropolitas (cap. XXV, ed. Heísenberg, p. 42) llama «*escita*» a la caballería poloviziana. Otros ven en ella, con preferencia, tropas moldavo-valacas. Examínese O. Tafrali, *Thessalonique des origines au XIV siècle* (París, 1919), p. 217-218. <<

[477] Vasilievsky, *La regeneración del patriarcado búlgaro*, I, p. 30. <<

[478] Ver, por ejemplo, Drinov, *Viz. Vrem.*, t. II, p. 3 y nota 1 (en ruso), y Tafrali, obra citada, p. 219. <<

[479] Ver, por ejemplo, A. Pogodin, *Historia de Bulgaria* (San Petersburgo, 1910), p. 87 (en ruso). Jirecek, ob. cit., p. 337 (en ruso). <<

[480] G. Iliinski, *Una carta del zar Juan Asen II* (Pub. del Instituto Arq. Ruso de Constantinopla, t. VII (1901), fase. I, p. 27). Véase Pogodin, ob. cit., p. 88. <<

[481] A. Theiner, *Vetera monumenta historica Hungariam sacram illustrantia*, I (Roma, 1859). 140 (CCXLIX). Comp. con *Les Registres de Grégoire IV,* por L. Auvray (París, 1907), t. II, p. 217. <<

[482] J. Huillard-Bréholles, *Introduction a l'histoire diplomatique de l'empereur Frédérick* II (París, 1858), p. DLVII. <<

[483] M. Amari, *Storia dei Musulmani di Sicilia* (Florencia, 1872), t. III, 2.ª parte, p. 616. <<

[484] E. Kantarowicz, *Kaiser Friedrich der Zweite* (Berlín, 1927), p. 613. <<

[485] C. H. Haskins, *Studies in the History of Medioeval Science*, p. 243. <<

[486] Norden, *Das Papsttum una Byzanz*, p. 322. <<

[487] Nicephori Gregorae, *Historia*, II, 7, 3 (ed. Bonn, t. I, p. 45). <<

[488] El texto Integro del poema ha sido publicado por A. Heisenberg, *Aus der Geschichte und Litteratur der Palaiologenzeit* (Munich, 1920), p. 100-105. (*Sitzungsberichte der Bayerischen Akademie der Wissenschaften, Philosophilog. und hist. Klasse*, 1920, 10. Abhandlung). <<

[489] Ver G. Schlumberger, *Byzance et les Croisades*, p. 57-58. C. Diehl, *Constance de Hohenstaufen, impératrice de Nicée* (Fig, byz., t. II, p. 507-225); C. Marinesco, *Du nouveau sur Constance de Hohenstaufen, impératrice de Nicée* (Byzantion, t. I (1924), p. 458-468; algunos documentos nuevos de los archivos de Barcelona). <<

[490] Ver J. Huillard-Bréholles, *Introduction a l'histoire diplomatique de Frédérick II*, p. DXVII-DXVIII. Id., *Vie et correspondance de Pierre de la Vigne, ministre de l'empereur Frédérick II* (París, 1865), p. 241-242. Véase A. Gardner, *The Lascarías of Nicea* (Londres, 1912), p. 172-173. <<

[491] J. Huillard-Bréholles, *Historia diplomática Frederici secundi*, VI, 685, 686. <<

[492] Se hallará el texto griego en N. Festa, *Le lettere greche di Federico II* (Archivo storico Italiano, t. XIII (1894), p. 22. Miklosich y Müller, *Acta et diplomata graeca medii aevi*, II (1865), 72. El texto latino se hallará en Huillard-Bréholles, VI, 772. <<

[493] Festa. p. 15-16. Miklosich y Müller, II, 68-69. <<

[494] *Festa*. p. 27. Miklosich y Müller, 74-75. Huillard-Bréholles, VI, 921-922. <<

[495] *Festa*, p. 25. Miklosich y Müller, II, 75. <<

[496] Diehl, *Figures byzantines*, t. II, p. 220. <<

[497] Mateo de París, *Chronica majora*, ed. H. Luard (Londres,

1880), t. V, p. 37-38 (*Rerum Britannicarum medii aevi scriptorest vol. 57*). También se hallará el texto en Pertz, Mon. Germ, *Hist. Ser.*, t. XXVIII, p. 301-302. Id., *Historia Anglorum*, ed. Madden (Londres, 1869), t. III, p. 38-39 (Rer. m. aevi ser., vol. 44). Un corto fragmento de este hállase en Pertz, t. XXVIII, p. 424. <<

[498] Ver, por ejemplo, P. Pelliot, *Les Mongols et la Papaute*' (*Revue de l'Orient chrétien*, t. XXIV (1924), p. 330-331). B. Altaner, *Die Dominikanermissionen des 13 Jahrhundert* (*Habelschwerdt*, 1924), p. 128. Todo el pasaje de la *Historia Anglorum* relativo a las negociaciones secretas del Papa y los enviados tártaros está señalado al margen por la palabra «*dubium*», en letras rojas. V. Matthaei Parisiensis, *Hist. Ang*,, ed. Madden, t. III, p. 39, n, 9. <<

[499] Camb. Mea. Hist., t. IV, p. 493. <<

[500] *Les Registres d'Innocent IV* por E. Beger (París, 1887), t. II, p. 113-114, n.º 4682 (Lyon, 22 noviembre 1248). <<

[501] F. J. Uspensky, *Los manuscritos de la historia de Nicetas Acominatos* (G. del Min. de Instr. Púb., vol. 194 [1887], p. 76). Pappadopulos, *Theodore II Láscaris* (París, 1908), p. 43. <<

[502] Ver Nicér. Greg., II, i, 2 (I, 24). Jorge Acrop., *Epitaphe a la memoire de Jean Vatatzés*, ed. Heisenberg, t. II, p. 12. en Sathas, Bibliotheca gracia medii aevi, 509. <<

[503] V. A. Heisenberg, *Kaiser Johannes Batatzes der Barmherzige* (Byz. Zeits., 14 [1905], p. 160, 162). N. Festa, *Sobre una biografía de Juan el Misericordioso* (Viz. Vrem., t. XIII [1906] p. 5, 9, 18). Gardner, ob. cit., p. 195-196. M. Andreieva, *Ensayos sobre la civilización de la corte bizantina en el siglo* XIII (Praga, 1927), p. 24. En ruso. <<

[504] A. Sergius, *Calendrier* (*Menologion*) *liturgique complet de l'Orient* (a. a ed., Vladimir, 1901), t. II, p. 344 (en ruso). <<

[505] Véase W. Miller, *Camb. Mea. History*, t. IV, p. 500. <<

[506] Nic. Greg., III, i, 2 (I, 55). Jorge Acrop., cap. LIII, ed. Heisenberg, i. I, p. 105. <<

[507] Theodori Ducae Láscaris, *Epistolae CCXVII. Nunc primum*, ed. N. Festa (Florencia, 1898), cap. XLIV, p. 59 (Public, del R. Inst. di studi sup. pratici e di perfezionamento. Ser. di filos, et let., vol. 20). <<

[508] V. Miller, *en la Camb. Med. Hist.*, t. IV, p. 505. <<

[509] Ep. XLIV, p. 59, 119-120. <<

[510] Pappadopulos, *Théodore Láscaris, empereur de Nicée* (París, 1908), p. 180. <<

[511] V. Andreieva, *Ensayos*, p. 50-54 y 105 (en ruso). <<

[512] Jorge. Acr., c. LXII, ed. Heisenberg, p. 126-127. <<

[513] Gardner, ob. cit., p. 226. <<

[514] Jorge. Acr., c. LXIX, p. 143. <<

[515] Véase el documentado estudio de Andreieva, La recepción de los embajadores tártaros en la corte de Nicea. «*Estudios dedicados a la memoria de Kondakov*», (Praga, 1926), p. 187-200. En ruso, íd., *Ensayos*, p. 71-72. En ruso. <<

[516] W. Miller, *en la Camb. Mea. Hist.*, t. IV, p. 501 y 506. <<

[517] Andreieva, *Ensayos…*, p. 107. <<

[518] Finlay, A, *History of Greece*, t. III, p. 328. <<

[519] A. Gardner, *The Lascarías of Nicea. The story of a empire in exile* (Londres, 1912), p-248. <<

[520] Jorge Acr., *c. LXXXI*, ed. Heisenberg, t. I, p. 171. <<

[521] Miguel Paleólogo, *De vita sua opusculum, par. VII. En Christianskoie Tchteniye* (San Petersburgo, 1885), vol. II, p. 534 (texto griego), 554-555 (trad. rusa). Se hallará una traducción Frances en C. Chapman, *Michel Paléologue, restaurateur de l'Empire byzantin* (pag. 196), p. 1-1. <<

[522] El mejor texto del tratado es el que da C. Manfroni en *Relazioni fra Genova, l'Impero Bizantino e i Turchi* (*Atti delta Societa Ligure di Storia Patria*, t. XXVIII (1896), 791-809). También se publica el texto del tratado en *Historias Patrias Monumento*, t. VII: *Liber jurium republicae genuensis* (Augustae Taurinorum, 1854), I, col. 1350-1359. V. Heyd., cit.. t. I, p. 427-430. G. Caro, *Gemía und die Mächte am Mittelmeer, 1257-1311* (Halle, i, p. 105-107. Miller, en Camb. Mea. Hist., t. IV, p. 510-511. C. Chapman, *Michel Paléologue, restaurateur de l'Empire byzantin* (París, 1926), p. 42. G. Bratianu, *Recherches sur le comerce génois dans la mer Noire au XIII siècle* (París, 1929), p. 81-83. <<

[523] E. H. Byrne, *The Genoese Colonies in Syria*, en *The Crusades and other historical essays presented to Dana C. Munro by his former students* (Nueva York, 1928), p. 160. <<

[524] W, Müller, *The Latins in the Levant*, p. 115. <<

[525] Greogorovius, *Geschichte der Stadt Athen im Mutelalter*, t. I, p. 412. <<

[526] Gelzer, *Abriss*, p. 1049. <<

[527] Jorge. Acrop., c. LXXXVIII (t. I, p. 188). <<

[528] Jorge Paquimeres, t. I, p. 149. Véase P. Iakovenko, *Estudios de cartas bizantinas. Las cartas del nuevo monasterio de la isla de Quío* (Juriev, 1917), p. 133-135. En ruso. <<

[529] Tafel y Thomas, *Urkunden*, t. I, p. 508-510. <<

[530] Heisenberg, Neue Queden… I: *Der Epitaphios des Nikolaos Mesantes auf seinen Bruder Johannes* (Munich, 1923), p. 48-50, par. 37-38. Ver también p. 7-8. <<

[531] Ibíd, p. 8. <<

[532] No existe nota (1). <<

[533] No existe nota (2). <<

[534] Nicéforo Blemmidas, *Curriculum vitae, par. VII*, ed.

Heisenberg (Leipzig, 1896), p. 7. <<

[535] Inocencio III, *Epist., IX,* 47. Migne, «*Patr. lat*»., vol. 215, col. 1373. <<

[536] La correspondencia del Papa y Germán II se hallará en la *Chronica majora de Mateo de París*, ed. Luard, t. III, p. 448-69, y en *Mansi. Cortciliorum Collectio*, XXIII, col. 47-62 (latín y griego). El texto griego de las dos epístolas se encuentra en *Sathas, Bib. gr. Medii aevi*, t. II, p. 39-49. Mateo de París, con error, fecha las cartas en 1237. Véase Gardner, ob. cít., p. 165-166. G. Golubovitch, *Bibliotheca bio-bibliographica della Terra Santa e dell'Oriente Francescano*, I (Quaracchi (Florencia), 1906), p. 161-162; II (1913), p. 510-512. ídem, *Disputatio Latinorum et Graecorum seu relatio apocristariorum Gregorii IX de gestis Nicaeae in Bithynia et Nymphaeae in Lydia* (*Archivum Franciscanum Historicum, XII* (1919), 418-424). B. Altaner, *Die Dominikanermissionen des 13. Jahr.* (Habelschwerdt-Schles., 1924), p. 16. <<

[537] Véase Nic. Blem., *Curriculum vitae et carmina*, ed A. Heisenberg (Leipzig, 1896), págs. 63-71. Ibíd, p. XL, XLII. <<

[538] Mansi, *Conciliorum Collectio, XXIII*, col. 279-319. Golubovitch, Bibliotheca, I, páginas 163-169. En Golubovitch, *Archivum Franciscanum Historicum, XII* (1919), 428-465., se hallará el texto mejor y más completo de la *Disputatio Latinorum et Graecorum 1.° Gesta Nicaeae in Bithynia, y 2.° Gesta apud Nympham Lydiae.* <<

[539] Mansi, *col. 306. Golubovitch, en Arch. Fr. Hist*, XII (1919), 463-464, par, 28. Véase Norden, ob, cit., p. 350-352. <<

[540] Matthaei Parisiensis, *Chronica majora, ed. Luard* (Londres, 1880), t. IV, p. 434 (Rev. brit. medii aevi scriptores, vol. 56). <<

[541] A. Luchaire, *Innocent III: la question d'Orient* (París, 1907), p. 280. <<

[542] No existe nota (1). <<

[543] No existe nota (2). <<

[544] Ver, por ejemplo, *Norden*, ob. cit. f p. 378-379. Bréhier, en *Camb. Med. Hist.*, t. IV, pág, 609. <<

[545] Véase F, Schillmann, *Zur byzantinische Politik Alexanders IV* (*Römische Quartat schrift*, t. XXII (1908), p. 108-131). El autor ha encontrado en los archivos vaticanos, y publicado doce nuevos documentos sobre las negociaciones niceo-romanas de 1256. <<

[546] F. Schillmann, núm. II, p. 114-115. En esos documentos se menciona con frecuencia el nombre del emperador *Caloiohannes* (Vatatzés). <<

[547] Jorge Acrop., *c. LXVII*, ed. Heisenberg, p. 139-140. La que indica la *Camb. Med. Hist.*, c. IV, p. 505, es errónea: «Tras una entrevista con los plenipotenciarios del papa, el emperador mandó a Acropolita que le librase de ellos». <<

[548] Véase Norden, ob. cit., p. 382-383. <<

[549] Nic. Greg., *Historia, II*, 6, 2. (ed. Bonn, t. I, p. 42). <<

[550] Scuiariotae, p. 285-286. Nic. Greg., II, 6, 2 (t. I, p. 42). <<

[551] Ibíd. <<

[552] Ibíd. <<

[553] *Greg. Acropolita*, par. 52 (t. I, p. 105, líneas 3-5). <<

[554] Pappadopulos, *Théodore II Lascaris. Andreieva, Ensayos*, p. 102-103 (en ruso). <<

[555] Jorg· Acr· *Par· 52* (t. I, p. 105, lineas 1-3). <<

[556] Ibíd, par. 75 (t. I, p. 154-155). Véase también *Jorge Paquimeres, De Mich. Palaeologo*, lib. I, 15 (vol. I, 40). <<

[557] Véase B. Pappadopulos, ob. Cít., p. 79-81. W. Miller, en *Camb. Mea. Hist.*, t. IV, p. 504. Andreieva, *Ensayos…*, p. 102, 108-110, 116 (en ruso). <<

[558] Teodoro Lascaris, *Epístola, XLIV*, p. 57-58. <<

[559] Tafel y Thomas, *Fontes rerum austriacarum. Urkunden*, t. II, p. 205-207. Véase W. Heyd, ob. cit., t. I, p. 304-305. A. Schaube, *Handelsgeschichte der romanischen Völker des Mittelmeergebiets bis zum ende der Kreuzzüge* (Munich-Berlín, 1906), p. 262-263. Gardner, ob. cit., p. 95, da una fecha errónea del tratado (agosto de 1220). <<

[560] Nic. Greg., *Historiae, II,* 6, 4 (I, 43). Comprobar con Z. Von Lingenthal, *Jus graeco-romanum*, III, 574. <<

[561] Tafel y Thomas, t. II, p. 320. Texto del tratado, p. 330-322. <<

[562] J. Acrop., par. 48 (t. I, p. 86-88); Véase Heyd, t. I, p. 307. Schaube, p. 263. <<

[563] Jorge de Chipre, Λογος τα καθ’ εαυτου περιεχων (Migne, Patr. gr., vol. 142, col. 21). I. E. Troitzki, *Autobiografía de Jorge de Chipre* (Christianskoie Tchteniye (San Petersburgo, 1870), t. II, p. 167, 169-170. En ruso). <<

[564] Teodoro Láscaris, *De naturali communione*, V, s. Migne, Patr. gr., vol. 140, col. 1345. Draseke, *Theodoros Laskaris* (*Byz. Zeits.*, III (1894), p. 500). <<

[565] Teodoro Escutariota, *Additamenta ad Georgii Acropolitae Historiam*, ed. A. Heisenberg, pág. 297. <<

[566] Las mejores biografías de Blanidas son las de Heisenberg, *Dissertatio de vita el scriptis Nicephori Blemmydae*, en *Curriculum vitae et carmina*, en Nicéforo Blemmidas (Leipzig, 1896), p. IX-XXV; y la de Barvinok, *Nicéforo Blemmidas y su obra* (Kiev, 1911), p. 1-84 (en ruso). <<

[567] Migne, *Patr. gr.*, vol. 142, col. 633 b, 657, 659, 667. <<

[568] Migne, vol. 142, col. 613 d, 659 n. <<

[569] Barvinok, ob. cit., p. 297 (en ruso). <<

[570] F. I. Uspensky, *Crítica de la obra de V. I. Barvinok*, Sbornik otchetov o premafshij nagradach za 1912 god (Petrogrado, 1916), p. 108, III (en ruso). <<

[571] I. E. Troitzki, *Arsenio, patriarca de Nicea y Constantinopla y los arsenitas* (Christianskoie Tchteniye, San Petersburgo, 1869, t. II, p. 851). <<

[572] Anteriormente he sostenido la tesis de Uspensky. Ver A. Vasiliev, *La dominación latina en Levante* (Petrogrado, 1923), p. 45 (en ruso). Véase también los *Ensayos… de Andreieva*, p. 9-10 (en ruso). <<

[573] Heisenberg, *Nic. Blem. Curriculum vitae et carmina Prolegomena*, p. LXVIII. <<

[574] H. Grégoire atribuye con razón a Blemmidas la inscripción, en versos hexámetros, que conmemora la restauración de las murallas de Esmirna bajo Juan Vatatzés (lasa). H. Grégoire, *Recueil des inscriptions grecques chrétiennes d'Asie Mineure* (París, 1922), n. 81-82 (p. 22-23). *Id., Byzantion, V* (1930), p. 783-784. (En la nota 1 de la p. 784 ha de leerse, en vez de n. 84, n. 81-82). <<

[575] Véase Andreieva, Ensayos… p. 100 (en ruso). <<

[576] *Epistulae de Teodoro Ducas Láscaris*, ed. N. Festa, cp. LXXX, 107. <<

[577] *Epistulae*, T. D. Láscaris, Festa, cp. CCXVII, 271-272. <<

[578] Ibíd., p. 271. Véase también *Teodoro Escutariota*, p. 291, ed. Heisenberg. <<

[579] Ver, por ejemplo, *la memoria de Pappadopulos* leída en el Congreso Internacional de Estudios Bizantinos de Belgrado (1927): *La sátira del preceptor*, obra inédita de Teodoro Láscaris. Ver Byz. Zeits., t. XXVII (1927), p. 225. D. Anastasijevic y P. Granic, en su *Memoria del segundo Congreso Internacional de Estudios bizantinos de Belgrado en*

1927 (Belgrado. 199), p. 27. <<

[580] Krumbacher, p. 478. <<

[581] A. Heisenberg, *Analecta. Mitteilungen aus italienischen Handschriften byzantiniher Chronographen* (Munich, 1901), p. 32-33. <<

[582] A. Heisenberg, ob. cit., p. 32-33. Id., Neue Quellen, I: *Der Epitaphios des Nicolaos Mesarites aus seinen Bruder Johannes* (Munich, 1923), p. 5-7. Hay una bibliografía completa sobre Juan Mesaritas en la página 3 de esa obra. <<

[583] Heisenberg, *Analecta*, p. 24-25. ídem, *Dle Apostelkirche in Konstantinopel* (Leipzig, 1908), p. 10 y sigs. <<

[584] Heisenberg, *Analecta*, p. 18, 37. <<

[585] Véase p. 190, nota 2. <<

[586] Heisenberg, *Aus der Geschichte*, p. 111. Andreieva, Ensayos… p. 15 (en ruso). <<

[587] Krumbacher, ob. cit., p. 768. Ver Heisenberg, Ibíd. <<

[588] J. B. Bury, *Romances of Chivalry on Greek Soil* (Oxford, 1911), p. 5. <<

[589] E. Legrand, *Bibliothéque grecque vulgaire* (París, 1880), t. I, p. 125-168. El texto de Legrand, con un estudio minucioso sobre la novela griega medieval, más notas y un glosario. Véase Byz. Neug. Jahrb., t. VI (1928), p. 270. <<

[590] Verso 421, p. 139. <<

[591] Verso 441, p. 139. <<

[592] Versos 492-494, p. 141. <<

[593] Versos 537-530, p. 142. <<

[594] Verso 724, p. 148. <<

[595] Ver Krumbacher, p. 858-859. <<

[596] Warton, *History of English poetry*, t. II (Londres, 1871), p. 302-303. <<

[597] Krumbacher, p. 860. Véase también Gidel, *Etudes sur la littérature grecque moderne* (París. 1866), p. 123-150, donde se hallará un análisis de toda la novela, p. 105-150. Comprobar J. B. Bury, *Romanus of Chivalry*, p. 5-10. <<

[598] Bury, ob. cit., p. 10, 21-24. <<

[599] Diehl, *Fig. biz.*, t. II, p. 337. <<

[600] *Collection de romans grecs en langue vulgaire et en vers*, publicada por S. Lambros (París, 1880), p. 1-109. Véase krumbacher, p. 855-857. Montelatici. *Storia della letteratura bizantina*, p. 191. <<

[601] Krumbacher, p. 93, 476. <<

[602] Vasilievsky, *Epirotica saeculi XIII* (Viz. Vrem. (San Petersburgo, 1896), t. III. ps 233-299). S. Pétrides, *Jean Apokaukos, lettres et autres documents inédits* (Publicaciones del Instituto Arqueológico ruso de Constantinopla, t. XIV, 2.ª-3.ª partes (1909), páginas 1-32). Otros once documentos han sido publicados por A. Pappadopulos Kerameus. <<

[603] Ver Vasilievsky en Viz. *Vrem.*, t. III, p. 234 (en ruso). <<

[604] Chernusov, *Ensayos ofrecidos a V. P. Buseskul* (Jarkov, 1913-1914), p. 281 (en ruso). Para bibliografía véase Wellnhofer, *Johannes Apokaukos, Metropolit von Naupktos in Actolien* (1155-1233). *Sein Leben una seine Stellung im Despotate von Epirus under Michael Doukas und Theodoros Comnenos* (Freising, 1913), p. 1-5. <<

[605] Véase Pétrides, p. 1-3. <<

[606] Véase Wellnhofer, ob. cit., p. 68-69. <<

[607] Baronius, *Annales Ecclesiastici* (Bar-le-Duc, 1869), XIX, 413-415. <<

[608] Vasilievsky, *La regeneración del patriarcado búlgaro* (G. del Min. de Ins. Públ., volumen 238 (1885), p. 224-233) (en ruso). E. Kurtz, *Georgios Bardanis, Metropolit von Kerkyra*

(Byz. Zeits., t. XV (1906), p. 603 y sigs.). Obras más recientes siguen considerando que Bardanes floreció en el siglo XII: Norden, ob. cit., p. 112-113; Miller, *The Latins in the Levant*, p. 12 y n. 2; C. Haskins, *Studies in the History of mediaeval science* (Cambridge, 1924), p. 212 y n. 113. En cambio, Cognasso le sitúa en el siglo XIII (*Partiti politici…* (Turín, 1912), p. 293 (81), n. i. Golubovitch, desconocedor de los estudios de Vasilievsky y de Kurtz, esperaba que el problema sería solucionado alguna vez, en *Biblioteca bio-bibliografica della Terra Santa e dell'Oriente francescano*, t. I (1906), p. 170-175. <<

[609] Mig. Acom., II, 282-289, y en especial p. 289. <<

[610] Montelatici, *en su Storia della letteratura bizantina* (Milán, 1916), no menciona a estos tres autores. <<

[611] O. Dalton, *East Christian Art* (Oxford, 1925), p. 19-20. Ver también Diehl, *Manuel tomo* II, p. 735-736. <<

[612] Miguel Paleólogo, *De vita sua opusculum, par. VIII, Christianskoie Tchteniye*, San Petersburgo, 1885, II, 535 (texto griego), 556 (trad. rusa). Trad. francesa de C. Chapman: *Michel Paléologue, restaurateur de l'Empire byzantin* (París, 1926), p. 172. <<

[613] T. Florinski, *Los eslavos del sur y Bizancio en el segundo cuarto del siglo XII, fascículo I* (San Petersburgo, 1882), p. 23 (en ruso). <<

[614] Diehl, *L'Empire byzantin sous les paléologues. Etudes byzantins* (París, 1905), página 220. <<

[615] Jorge Paquimeres, *De Michaele Palaeologo*, II, 31 (ed. Bonn, I, 161). <<

[616] B. A. Pachenko, *La Constantinopla Latina y el Papa Inocencio III* (Anales de la Sociedad Histórico-filológica de la Universidad Novorossia (Odesa, 1914), t. XXI, p. i. Tirada

aparte (en ruso). <<

[617] Chapman, *Michel Paléologue, Restaurateur de l'Empire byzantin* (1261-128-2], París, 1926. <<

[618] P. Iakovenko. Estudios sobre las cartas bizantinas. Las cartas del nuevo monasterio de la isla de Quio (Yuriev, 1917), p. 78-80 (en ruso). Véase también Heisenberg, Aus der Geschichte und Literatur der Palaiologenzeit (Munich, 1920), p. 26 (Andrónico II figura con dos nombres de familia) y lamina III (Andrónico II Paleólogo). <<

[619] La dinastía de Macedonia, la de mayor duración hasta entonces, persistió 189 años. <<

[620] W. Miller, The Catalans at Athens (Roma, 1907), p. 4. Id., The Latins in the Levant (Londres, 1908), p. 176. <<

[621] Violante - Irene murió en 1317. V. F. Cognasso, Una crisobolla di Michele IX Paleólogo per Teodoro I di Monferrato (Studi Bizantini, II (Roma, 1927), 43). <<

[622] Al respecto, v. G. I. Brãtianu, *Notes sur le projet de mariage entre l'empereur Michel IX Paléologue et Catherine de Courtenay (1268-1295)*, (Revue Hist. du Sud-Est européen, t. (1394), p. 59-63. C. Marinescu, *Tentatives de mariage de deux fils d'Andronic II Paléologue avec des princesses latines* (Ibíd., t. I, p. 139-140). <<

[623] Recientemente, Cognasso ha publicado una *crisóbula* firmada por Miguel IX (ob. cit., págs. 44, 46-47). <<

[624] El primer matrimonio de Andrónico III con la princesa alemana Irene había sido estéril. <<

[625] Epistolario, *de Cola di Rienzo, ep. XXXI*, ed. Gabrielli (Roma, 1890), 106 (Fonti per la storia d'Italia, ep., sec. XIV, núm. 6). <<

[626] Cantacuzeno murió en 1383. <<

[627] Florinski, ob. cit., t. I, p. 135 (en ruso). <<

[628] Calata y su arrabal de Pera, al otro lado del Cuerno de Oro, fueron cedidos por Miguel Paleólogo a los genoveses, en recompensa por la ayuda que le prestaran para echar de Bizancio a los latinos. Bajo Andrónico (1303) obtuvieron autorización para circundar la ciudad, que se había extendido mucho en el interior, con un muro que en 1341 —al subir Juan V al trono— era una verdadera fortaleza. Vid. Djelal Essad, *Constantinople. De Byzance a Stamboul. «Traduit du turc par l'auteur»*, (París, 1909), p. 49. (N. del R.). <<

[629] V. Silberschmidt, *Das orientalische Problem zur Zeit der Entstehung des Türkischen Reiches nach venezianischen Quellen* (Leipzig-Berlín, 1923), p. 66-68. <<

[630] Véase el cuadro genealógico en C. Jirecek, *Die Wittwe und die Sohne des Despoten Esau von Epirus* (Byz. Neugr. Jahr., t. I (1920),). Los últimos años de su vida Elena se refugió en un convento, tomando el nombre monástico de Hipomena. Varios historiadores llaman Irene, y no Elena, a la madre de Constantino XI, ultimo emperador bizantino. <<

[631] Esta miniatura ha sido reproducida muy a menudo. Catálogo ilustrado de la colección de retratos de los emperadores de Bizancio (Atenas, 1911), p. 53. G. Schlumberger, *Byzance et les Croisades* (París, 1927), páginas 146-147, lámin. IV. En el manuscrito, p. 145. <<

[632] B. Panchenko, *Catalogo de los «moyldobulla» de la Colee*, del Instituto Arqueológico de Constantinopla, c. I, p. 133, núm. 380. <<

[633] Georgii Phiantzae, I, t. II; ed. Bonn, 48-49. <<

[634] *Lettres de l'empereur Manuel Paléologue*, pub. por E. Legrand (París, 1893), páginas 28-29, num. 19. <<

[635] *Lettres de l'empereur Manuel Paléologue*, p. 23. <<

[636] Ducas, *Historia bizantina*, cap. XX, ed. Bonn, p. 100. <<

[637] Ibíd, c. XX, p. 102. <<

[638] *Le voyage d'Outremer de Bertrandon de la Broquiére*, publicado y anotado por C. Schefer (París, 1893), p. 155 (*Recueil de voyages et de documents pour servir a l'histoire de la géographie*, t. XII). <<

[639] En el vasto patio central del monasterio de la Theotokos, en la isla de Halki, famoso en todo el mundo griego. El prestigio de la capillita fue tanto que el monasterio, dedicado originariamente al Bautista, patriarca del emperador, acabó por tomar la advocación de aquélla. <<

[640] Jorge Phrantzes, III, I (206 y sigtes.). <<

[641] Diehl, Fig. byz., t. II, p. 289-290. <<

[642] Ver A. A. Vasiliev, La cesión a Carlos VIII de los derechos de Andrés Paleólogo al trono de Bizancio, en las *Memorias presentadas a N. I. Kareiev* (San Petersburgo, 1914), p. 273-274. El texto del documento se halla en Foncemagne, en las *Mémoires de l'Académie des Inscriptions et Belles-lettres*, t. XVII (París, 1751), p. 772-777 (trad. rusa de A. Vasiliev, ob. cit., p. 275-278). <<

[643] Kluchevski, *Historia de Rusia*, II, p. 150 (en ruso). Traducción inglesa de C. J. Hogarth (Londres-Nueva York, 1912), t. II, p. 19. <<

[644] Ver H. Schaeder, *Moskau das Dritte Rom. Studien zur Geschichte der Poliischen Theorien in der slavischen Welt* (Hamburgo, 1929), p. 36-37. El autor conoce perfectamente las fuentes rusas. <<

[645] Ver V. Malinin, *El viejo monje del monasterio de Eleazar, Filoteo, y sus cartas* (Kiev, 1901). Apéndices, p. 42, 45 (en ruso). <<

[646] Ver, por ejemplo, P. Pierling, *La Russie et le Saint-Siége* (París, 1896), t. I, p. 221-539. <<

[647] E. Martene y U. Durand, *Thesourus novus anecdotorum* (París, 1717), I, 197. *Registres de Clément IV,* por E. Jordán (París, 1893), p. 61-62, num. 224. Norden, ob. cit., p. 444, n. i. <<

[648] Jordán, *Origines de la domination angevine en Italie* (París, 1909), p. 410, 414-415. <<

[649] Véase la entusiasta descripción que del reino italiano hace Carlos en F. Carabellese. *Carlo d'Angio nei rapporti policiti e commerciali. con Venezia y Oriente* (Barí, 1911), página XXVIII-XXX (obra póstuma). <<

[650] S. W. Heyd, *Histoire du commerce du Levant*, l. I, p. 438. W. Miller, *The Zaccaria of Phocaea and Chios* (1275-1379), en Ensayos sobre el Oriente latino (Cambridge, 1921), páginas 284-285. <<

[651] J. Ebersolt, *Orient et Occident. Recherches sur les influences byzantines et orientales en France pendant les Croisades* (París, 1929), p. 34. <<

[652] Ver, por ejemplo, Lavisse, *Histoire de France*, t. III, (2) p. 101-102. Norden, p. 468. <<

[653] Paquimeres, *De Mich.* Paleol., V, 9 (I, 364). <<

[654] Jirecek, *Historia y pasado de la ciudad de Dratch* (*Memoria de la Sociedad Geográfica Servia*), t. I, tase. 2 (Belgrado, 1912), p. 6. Tirada por separado (en servio). V. Von Thalloczy, *Illyrisch-albanische Forschungen* (Munich-Leipzig, 1916), p. 161. <<

[655] P. Durrieu, *Les Archives angevines de Naples. Etude sur les registres du roí Charles* Ier, t. I (París, 1886), p. 191, n. 5. (Bibl. des Écoles d'Athénes et de Rome, t. 46). *Acta et diplomata res Albaniae mediae aetatis illustrantia, reunidas por L. Thalloczy*, C. Jirecek y E. de Sufflay (Viena, 1913), I, 77, n. 270. <<

[656] Buchon, *Nouvelles recherches historiques sur la principauté française de Morée* (París, 1845), t. II. p. 317. <<

[657] Carabellese, ob. cit. Estas líneas datan de 1911. <<

[658] Jirecek, *Geschichte der Serben* (Goiha, 1911), t. I, p. 323. <<

[659] V. Makuchev, *Los archivos italianos y los materiales que contienen sobre la historia de los eslavos*, t. II (San Petersburgo, 1871), p. 67-68 (adición al tomo XIX de los «Bolet. de la Academia de Ciencias», n. 3). En ruso. <<

[660] Makuchev, t. II, p. 69. Jirecek, *Hist. de los búlgaros*, p. 363 (en ruso). <<

[661] Sobre Venecia, véase Carabellese, ob. cit., p. XXXIV-XXXVIII y 106-142. <<

[662] Es lástima que la obra de Carabellese no trate sistemáticamente de las relaciones de Carlos y Miguel Paleólogo. En la p. XXIX el autor dice: «Respecto a la mayoría de los documentos, publicados o inéditos, concernientes a Paleólogo, hablaremos de ellos en otra ocasión». Creo que el autor no tuvo tiempo de cumplir su palabra. <<

[663] Carabellese, ob. cit., p. 23-24. <<

[664] Tafel y Thomas, *Urkunden*, t. III, p. 289. <<

[665] Norden, ob. cit., p. 604. <<

[666] Nic. Gregoras, V, 123). <<

[667] Mar. Sanudo, *Historia del Regno di Romanía* (En Hopf, *Crónicas greco-romanas inéditas* (Berlín, 1873), p. 138). <<

[668] El nombre de «*Vísperas Sicilianas*» no nació probablemente antes de fines del siglo XV, época de la primera expedición importante de los franceses a Italia. <<

[669] F. Petrarca, *Itinerarium Syriacum*, Opera (Basilea, 1581), p. 555). G. Lombroso, *Memorie italiane del buon tempo antico*

(Turín, 1889), p. 34. <<

[670] Michaelis Palaeologi, *De vita sua opusculum*, par. IX. Christians Koie (1885), II, 537-538 (texto griego), 558 (trad. rusa). En francés, Chapman, *Michael Paléologue* (París, 1926), p. 174: id. P· 45. <<

[671] L. Ranke, *Weltschichte*, t. (Leipzig, 1887), p. 538. <<

[672] Jorge Phrantzes, I, 3 (ed. Bonn, p. 23). <<

[673] R. Grousset, *Histoire de l'Asie. III: le Monde mongol* (París, 1922), p. 109. <<

[674] Se han publicado recientemente, en ruso, dos interesantes artículos al respecto: F. I. Uspensky, *Los historiadores bizantinos, los mongoles y los mamelucos de Egipto* (Viz., Vrem., t. XXIV (1923-1926), p. 1-16), y G. Vernadski, *La Horda de Oro, Egipto y Bizancio en sus relaciones recíprocas bajo el reinado de Miguel Paleólogo* (Seminarium Kondakovianum (Praga, 1927), I, 73-84). <<

[675] Vernadski, ob. cit., p. 76. <<

[676] Nic. Gr., IV, 7, i (I, 102). <<

[677] El chamanismo es una de las religiones de los pueblos uralo-altaicos. <<

[678] Paquimeres, *De Mich. Pal.*, III, 3 (I, 176-177). <<

[679] Nic. Greg., IV, 7, i (I, 101). <<

[680] Vernadski, ob. cit., p. 79. P. Nikov, *Las relaciones tártaro-búlgaras en la Edad Media* (Sofía, 1921), p. 6-11 (en búlgaro). V. Ghapman, Mich. Pal., p. 74-75. G. Bratianu, *Recherches sur le commerce genois dans la mer Noiré au XIII siecle* (París, 1929), p. 207-207. <<

[681] Nikov, ob. cit., p. 11-12. <<

[682] Ver, por ejemplo, St. Lane-Poole, *A History of Egypt in the Mídale Ages* (N. York, p. 266. <<

[683] Paquira., I, 5 (ed. Bonn, I, 18). <<

[684] V. Lamanski, *Los eslavos en Asia Menor, África y España* (San Petersburgo, 1859), páginas 11-14 (en ruso). F. I. Uspensky, *Sobre la historia de la propiedad territorial campesina en Bizancio* (G. del Min. de Inst. Púb., vol. 225 (1883), 342-345. En ruso). Mutafeiev. *Las colonias militares y los soldados en Bizancio en los siglos* XIII *y* XIV (Sofía, 1923), página 62 (en búlgaro). <<

[685] No existe nota (1). <<

[686] Muntaner, *Chronica o descripcio dels fets e hazanyes del inclyt rey Don Jaume; in Buchon. Chroniques étrangères* (París, 1840). K. Lanz (Stuttgart, 1844), y *The Chronicle of Muntaner* (Londres, 1920-21), en los *Works issued by the Hakluyt Society*, 2.a serie, números 47 y 50. Sobre Muntaner véase N. Jorga, *Ramón Muntaner et l'Empire byzantin* (Revue historique du Sud-Est européen, t. IV (1927), p. 325-355). —La primera edición del Muntaner es de Valencia, 1558. En ella se basa D. Francisco de Moneada, *Expedición de catalanes y aragoneses a Oriente* (Barcelona, 1623. Incluido en la Biblioteca de Autores Españoles, XXI, págs. 1-63). (N. del R.). <<

[687] Paquim., *De Andrónico Pal., V*, 12 (II, 393). <<

[688] Rubio y Lluch, *La expedición y dominación de los catalanes en Oriente* (Barcelona, 1883), p. 6. 7 y 10 (Memorias de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. <<

[689] Hopf, *Geschichte Griechenlands*, t. I, p. 380. <<

[690] Finlay, *A. History of Greece*, t. III, p. 388. <<

[691] Finlay, ob. cit., t. IV, p. 447. Se hallará un bosquejo general del estudio de la intervención catalana en Grecia, en Rubio y Lluch, *Los catalanes en Grecia*, p. 19-50. <<

[692] Porf. Uspensky, *El Oriente cristiano. El Athos* (San Petersburgo, 1892), 118 (en ruso). <<

[693] Véase *Acta Aragonensia*. En la ed. de H. Finke (*Quellen zur deutschen, italientschen, franzosischen, spanischen, zur Kirchen und Kulturgeschichte. aus der diplomatischen Korrespondenz Jaymes II*, (Berlín y Leipzig, 1908), 741, n.º 458), el texto del decreto lleva fecha 2 de mayo de 1293. Pero en el original del documento el año está borrado. Opino que el decreto debe datar de principios del siglo XIV. porque en 1293 los catalanes no habían intervenido aún en los asuntos de Bizancio. <<

[694] W. Miller, *The Catalans at Athenas* (Roma, 1907), p. 14. Id., *Essays on the Latín Orient* (Cambridge, 1921. Rubio y Lluch, *Los catalanes en Grecia*, p. 133. —El referido duque de Atenas no era otro que el rey Pedro de Aragón, el Ceremonioso, quien había recibido ese título de su cuñado el rey Fadrique de Sicilia. (N. del R.). <<

[695] Rubio y Lluch, *La expedición de los catalanes*, p. 14-15. G. Schlumberger, *Expédition des «Almugavares» ou routiers catalans en Orient* (París, 1902), p. 391-392. <<

[696] A. Rubio y Lluch, *Alenes en temps deis Catalans* (Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans, 1907, p, 245-246). <<

[697] A. Rubio y Lluch, *Els castells catalans de la Grecia continental* (Ibíd, 1908), p. 364-425. <<

[698] Rubio y Lluch, *La Grecia Catalana des de la mort de Roger de Lluria fins a la de Frederic III de Sicilia (1370-1377)*, (Ibíd., 1913-1914), vol. V, p. 393. ídem, *Une figure athenienne de l'époque de la domination catalane. Dimitri Rendí* (Byzantion, t. II (1925), p. 194). <<

[699] Rubio i Lluch, *La Grecia Catalana des de la mort de Frederic III fins a invasió-navarresa (1377-1379)* (Ibíd., 1915-1920, vol. VI. p. 199). Se hallará una lista de varias obras publicadas por Rubio y Lluch *en la Cambridge Medieval History*, t. IV, p. 862. Véase también *Los catalanes en Grecia*

(Madrid, 1927), p. 13. <<

[700] Florinski, *Los eslavos del sur y Bizancio en el segundo cuarto del siglo* XIV, t. II (San Petersburgo, 1882), p. 55 (en ruso). Jirecek, Gesch. der Serben, t. 5 (Gotha, 1911), página 362. <<

[701] Florinski, ob. cit., t. II, p. 45-46. V. Jirecek, t. I, p. 355-356. <<

[702] C. A. Chekrezi, *Albania, past and present* (Nueva York, 1919). p. 8. <<

[703] Jirecek, *Albanen in der Vergangenheit, en Osterreichische Monatschrift tur den Orient* (Viena, 1914), núms. 1-2, p. 2 (tiraje aparte). L. von Thalloczy, *Illyrisch-albanische Forschungen* (Munich Leipzig, 1916), t. I, p. 66. Sobre la palabra Shkipetar ver A. Ch. Chatzis, t. IV (1939), p. 102-104. V. H. Grégoíre, en Byzantion, t. IV (1929), p. 746-748, es igual al italiano *schiopetto* y francés *escopette*, en el sentido de pueblo armado). <<

[704] Jirecek, *Albanen in der Vergangenheit* (Viena, 1914 (tirada aparte de Osterreichische Monatschrift für den Orient (Viena, 1914). núms. 1-2, p. 2. Thalloczy, ob. cit., t. I, p. 67. G. Grober, *Grundriss der romanischen Philologie* (Estrasburgo, 1904-1906), 2 ed., p. 1039. <<

[705] Miguel Attaliatas, p. 9, 18. <<

[706] Fallmerayer, *Geschichte der Habmsel Morca*, (Stuttgart, 1836). Prefacio, p. XXIV-XXVII. <<

[707] V. Philipson, *Zur Ethnographie des Peloponnes* (Petermann's Mitteilungen, 36 (1890), p. 35). <<

[708] J. Hahn, *Albanesische Studien* (Jena, 1854), i. I. p. 32. Ver t. II. p. i. Véase también el Prefacio, p, VI. C. Checrezi, ob. cit., p. 25, núm. i. 205. Frislay, *History of Grece*, t. IV, p. 132), menciona la existencia de unos doscientos mil albaneses en

Grecia. <<

[709] Florinski, *Los eslavos del sur y Bizancio*, t. I, p. 32-33. En ruso. <<

[710] Nic. Greg. dice el «*Gran Triball*», por cuyo nombre —el de una antigua tribu tracia— designa Gregoras a los servios. <<

[711] Nic. Greg., XVI, 4 (II, 817). <<

[712] Cantacuzeno, como Gregoras, da a los servios en sus memorias el nombre de la antigua tribu tracia ya mencionada. <<

[713] Cantacuzeno, *Historíe, III*, 89 (ed. Bonn, II, 351-552). <<

[714] Florinski, ob. cit., t. II, p. 108, ni. Jirecek, *Gesch. der Serben*, t. I, p. 386. <<

[715] Sathas, *Bib. gr. mediaevi*, I, 239. Florinski, *Las actas del Athos y sus fotografías en las colecciones de Sevastianov* (San Petersburgo, 1880), p. 96. En ruso). <<

[716] Florinski, *Los eslavos. del sur y Bizancio*, t. II, p. 109 (en ruso). <<

[717] Florinski, ob. cit., t. II, p. 110. <<

[718] Florinski, ibíd. <<

[719] Florinski, *Actas del Athos*, p. 95. P. Uspensky, *El Oriente cristiano: el Athos, t. III, a. 2* parte (San Petersburgo, 1892), p. 156. En ruso. <<

[720] Florinski, *Los eslavos del sur y Biz.*, t. II, p. 126. <<

[721] Florinski, *Monumentos de la actividad legislativa de Ducan* (Kiev, 1888), p. 13. En ruso. <<

[722] Florinski, ob. cit., t. II, p. 134 (en ruso). <<

[723] Florinski, *Los eslavos del sur y Bizancio*,. t. II, p. 141 (en ruso). <<

[724] Florinski, *Los eslavos del sur y Bizancio*, t. II, p. 200-201,

206-207. <<

[725] Florinski, ob. cit., t. II, p. 208. <<

[726] Cantacuzeno, IV, 43 (III, 315). <<

[727] Florinski, ob. cit., t. II,.(en ruso). <<

[728] A. Pogodin, *Historia de Servia* (San Petersburgo, 1909), p. 79. En ruso. <<

[729] Ver Nikos A. Bees, *Geschichtliche Forschungsresultate una Mvnchs und Volkssagen über die Gründer der Meteorenktoster* (Byz. Neugr. Jahrb., t. III (1922), p. 364-369). W. Miller, *The Latins in the Levant*, p. 294-295. <<

[730] Nic. Greg., XXVIII, 2 (III, 177). <<

[731] Nic. Greg., XXVIII III, 202-203). <<

[732] Demetrio Cidonio Migne, *Patr. gr.*, vol. 154, rol. 1013. <<

[733] Anales de Voskressensk, *Colección completa de anales*, tomo VII. página 251 (en ruso). <<

[734] V. N. Jorga, *Latins et Grecs d'Orient et l'etablissement des Turcs en Europe* (Byz. Zeits., t. XV (1906), p. 217). Hopf, *Geschichte Griechenlands*, t. I, p. 448. <<

[735] Florinski, or. cit., t. II, p. 192-199,. En ruso. <<

[736] No existe nota (1). <<

[737] Chronicon Estense. *Muratori, Scriptores rerum italicarum*, XV, 448. Bartolomé della Pugliola, *Historia miscella Bononensis*, Muratori, XVIII, 409. <<

[738] Nic. Greg.. XV, I, 5 (II, 797-798). *Cantacuzeno*, IV, 8 (III, 49-53). <<

[739] Kovalevski, *El crecimiento económico de Europa* (Moscú, 1903), t. III, p. 191. En ruso. Trad. alemana de Kupperberg, *Die ökonomischie Entwichlung Europas*, (Berlín, 1911), V, p. 236. <<

[740] Respecto a Noruega, ver, por ej., K. Gjerset, *History of the*

Norwegian people (N. York, 1915), t. I, p. 202. <<

[741] A. N. Veselovski, *Boccaccio: su ambiente y sus contemporáneos* («Obras de Veselovski», Petrogrado, 1915, t. V, p. 448, 451. En ruso). <<

[742] Boccaccio, *Decamerón*. Primer día. Introducción. <<

[743] V. Korelin, *El humanismo italiano primitivo y su historiografía* (Moscú), p. 495. En ruso. <<

[744] Anales de Nikonav. *Colección completa de las crónicas rusas*, t. X, p. 224. En ruso antiguo. <<

[745] V. N. Jorga, *Latins et Grecs d'Orient et l'établissement des Turcs en Europe* (Bv;. Zeit., t. XV (1906), p. 208). <<

[746] *Liber jurium republic Genuensis* (Augustae Taurinorum, 1857), II, 858-906 (Monumento Historiae Patriae, IX); Monumento *spectantia historiam slavarum mendionalium*, IV, 119-163. <<

[747] *Andansas e viajes de Pero Tafur por diversas partes dei mundo avidos (1435-1439)*, (Madrid, 1874) (Colección de libros españoles raros o curiosos, vol. VIII). traducción inglesa de Malcolm Letts, *Travels and adventures, de Pero Tafur* (Nueva York y Londres, 1926), p. 113-114. <<

[748] V. Berger de Xivrey, *Mémoire sur la víe et Les ouvrages de l'empereur Manuel Paléologue* (Mémoires de l'Institut de France. Académie des inscriptions et belles-lettres, París, 1853), t. XIX, 2.a parte, p. 25-26. <<

[749] Ducas, *Hist. byz.*, XIII (ed. Roma, 49). <<

[750] Manuel Paleólogo, *Oratio funebris in proprium ejus frates despotam Theodorum Palaeologum* (Migne, Palr. gr., vol. 156, col. 225). <<

[751] (1) Silberschmidt, *Das orientalische Problem zur Zeit der Entstehung des Türkischen Reiches nach Venezianischen Quellen.* (Leipzig-Berlín, 1923), P-78-79. Ver el comentario de

R. Salomón sobre *el libro de Silberschmidt* (Byz. Zeit., 1. XXVIII (1928), p. 144). <<

[752] Ducas, cap. XII, p. 50. <<

[753] Silberschmidt, ob. cit., p. 87. <<

[754] Silberschmidt, ob. cit., p. 119. <<

[755] Schiltberger, *Reisebuch* (Tubinga, 1885), p. 7. <<

[756] Ver J. H. Mordtmann, *Die erste Eroberung von Athen durch die Türken zu Ende des 14. Jahrhundert* (Byz. neugr. Jahrh., t. IV (1923), p. 346-350). <<

[757] *Chronique du religieux de Saint-Denis*, publicada por Bellaguet, t. II (París, 1840),. p. 562. <<

[758] *Crónica de Nikonov* (Nikonovskaia Lietopis), Colección completa de Anales rusos, t. XI (1897), p. 168 (en ruso antiguo). <<

[759] Se hallará el más detallado relato del viaje de Manuel en A. Vasiliev, *El viaje del emperador bizantino Manuel II la Europa, occidental* (1309-1403) (G. del Min. de Inst. Púb., t. XXXIV (1912), p. 41-78 y 260-304). En ruso. Véase también G. Schlumberger, *Un empereur de Byzance a París et a Londres* (Revue des Deux Mondes, 15 diciembre 1915. Reedición en Byzance et Croisades (París, 1927), p. 87-147). Jugie, *Le voyage de l'ernpereur Manuel Paléologue en Occident* (Échos d'Orient, t. XV (1812), p. 322-332). <<

[760] *Chronique du religieux de Saint Denis*, XXI, i (p. 756). <<

[761] *Lettres de l'empereur Manuel Paléologue*, publ. por E. Legrand, t. I (París, 1893). <<

[762] *Chronicon Adae de Usk*, ed. por E. M. Thompson (Londres, 1904), p. 1,7 (texto latino), p. 220 (trad. inglesa). <<

[763] Migne, Patr. *gr., vol.* 156, col. 577-580. Vasiliev ha dado una traducción rusa de ese trabajo, ob. cit., p. 58-60 (tirada aparte). <<

[764] Phantez I, 39 (ed. Bonn, 117). <<

[765] Véase id., 1, 15 (62). *Chronicon* Tarvi XIII um, Muratori, XIX, 794. <<

[766] Ducas, XVII, 76-77. <<

[767] En la batalla de Angora se hallaron Payo de Sotomayor y Hernán Sánchez de Palazuelos, embajadores mandados a Tamerlán por Enrique III de Castilla. Aquél, a decir de Clavijo, «*fizóles mucha onra y tomólos consigo, y fizóles grandes conbites, e dióles ciertas dádivas*»; entre las cuales, y con destino a nuestro rey, dos hermanas de gran belleza cautivadas en el campamento de Bayaceto, que una vez bautizadas casaron en España. La segunda embajada, la de Clavijo (a quien acompañaban Fray Alfonso Páez de Santa María y Gómez de Salazar), tenía por objeto una alianza con Timur para contrarrestar el predominio de loe musulmanes en las costas del Mediterráneo. La embajada llegó a Samarcanda el 8 de septiembre de 1404 y fue bien recibida por el tártaro, mas no alcanzó resultado alguno, pues ya el emperador, ocupado en la campaña sobre China, iba enfermo de muerte («tan viejo era —dice Clavijo— que los parpados de los ojos tenía todos caídos;…era muy flaco e avia perdido la habla, e estava en punto de muerte»), lo que acaeció de allá a pocos meses. (N. del R.). <<

[768] Acerca de Crisoloras, véase más adelante. <<

[769] Ver C. Marinesco, *Manuel II Paleólogo y los reyes de Aragón*, comentario sobre cuatro cartas inéditas en latín, expedidas por la cancillería bizantina. (Boletín de la Sociedad Histórica de la Academia Rumana, t. XI (Bucarest, 1924), p. 194-195, 198-199). <<

[770] Ver Marinesco (*Boletín de la Sección Histórica de la Academia Rumana*), t. XI, p. 195-196, 200-201: «*Vestra Excellentia illustri filio nostro, despoti Moree Porfirogenito,*

notificaverat qualiter accedere intendebat pro communi utilitate christianorum et specialiter nostra ad dictas partes Moree cum potentia maxima». <<

[771] Mazaris, *Ellissen, Analekten der mittel und neugriechischen Litteratur*, t. IV (Leipzig, 1860), p. 230. <<

[772] Gregorovius, *Geschichte der Stadt Athen*, t. II, p. 280-283. <<

[773] Ver W. Miller, *The Latins in the Levant* (Londres, 1908), p. 377. <<

[774] Manuelis, *Oratio Funebris* (Migne, *Patr. Gr.*, vol. 156, col. 212-213). <<

[775] Gemisto Plethon, *Oratio*, I, 2-3. Ellissen, *Analekten*, t. IV, (2) p. 42. <<

[776] Krumbacher, *Geschichte der byzantinischen Litteratur*, p. 494. <<

[777] Mazaris, 2. *Ellissen*, t. IV, (1) p. 192. <<

[778] Mazaris, 22. *Ellissen*, 239. <<

[779] Fallmerayer, ob. cit., t. II, p. 300 y siguientes. Ver F. H. Tozer, *A Byzantine Reformer* (Jour. of Hel. Stud., t. VII (1886), p. 353-380). J. Dräseke, *Plethons und Bessarions Denkschriften über die Angelegenheiten im Peloponnes* (Neue Jahrh. für dar Ki. Alt., t. XXVII (1911), p. 102-119). <<

[780] Jorge Gemisto Plethon, *De Rebus Peloponnesiaeis Orationes duae, en Ellissen, Analek.*, t. IV. (2) Migne, Patr. Gr., vol. 160, col. 8si-856. <<

[781] *Oratio*, I, par. 12; II, par. 13. Migne, *col. 829, 853.* Tozer, ob. cit., p. 370, llama a la segunda clase «los empleados en el comercio e industrias, o clase mercantil» (p. 372). <<

[782] Plethon, I, 18. *Ellissen*, t. IV, (2) p. 53 Migne, vol. 160, col. 833. <<

[783] Ver Ellissen, t. IV, (2) p. 143. Tozer, *A Byz. Ref.* (J. of Hel.

Stud., t. VII (1886), P-379). <<

[784] Diehl, *Etudes byzantines*, p. 232. <<

[785] Jorge Phrantzes., I, 37 (p. 111-112). <<

[786] Juan Camino, *De Constantinopoli oppugnata*, p. 457 (ed. Bonn). <<

[787] J. Phrantzes, I, 40. <<

[788] Georgi Phzantzae, I, 40 (p. 121). <<

[789] Berger de Xivrey, oh. cit., p. 180. <<

[790] Ducas, XXIX (197). <<

[791] Joannis Anagnostae, *De extremo Thesalonicensi excidio* (Bonn, 1838), 481-528 (con G. Phantzes). <<

[792] Sathas, *Bib. gr. mediaevi*, I, 556-257 (versos 360-388). En el mismo fragmento aparece en N. Πατεγεοργιου, Η εν Θεσσαλονικη μονη.. t. VIII (1899), p. 421. Véase un breve par. en griego sobre *la caída de Tesalónica*, p. 403-404). V 1908). p. 369-392 (dos trozos de verso y uno de prosa). <<

[793] Ver Florence Macpherson, *Historical notes on certain modern Greeck folksongs* (Journal of Hetf. Stud., t. X (1889), p. 86-87). <<

[794] Bertrandon de la Broquiére, *Voyage d'outremer*, ed. C. Schefer (París, 1892), p. 150-165 (*Rec. de voy. et. doc. pour servir a l'hist. de la geog.*, XII). Ver A. Vasiliev, *La Guerra de Cien Años y Juana de Arco en la tradición bizantina* (*Byzantion*, t. III (,1926). p. 249). <<

[795] Ibíd, p. 230. <<

[796] Casi todos los historiadores de la época, sean musulmanes o cristianos, están de acuerdo en achacar la rota al incumplimiento, por parte cristiana, de la tregua de diez años, concluida días antes de la batalla entre Ladislao y el sultán, perjurio basado en la absurda idea de que no es obligatorio mantener una palabra dada a los infieles, y de

que Hungría no estaba capacitada para convenir espacio alguno sin consentimiento de la Santa Sede y de las demás potencias coligadas. Consta, en todo caso, que quienes mayormente decidieron a la jornada fueron el cardenal Cesarini, legado pontificio, y Juan Huniada, habiendo inútilmente desaconsejado la batalla el caudillo válaco Vlac Dracul. (Véase Hammer-Purgstall, *Geschichte des Osmanischen Reiches*. Viena, 1835, XI). La oración en que Murad pide el castigo de los perjuros se halla en la Tadyut-Tawarij, de Saad-ed-Din, II (*Allégories, récits poétiques et chants populaires, traduits de l'Arabe, du Persan, de l'Hindoustani et du Turc, par J. H. Garcin de Tassy*, 1.ª ed., París, 1876, pág. 606-607). Es curioso que lo que mudó el curso de la batalla, convirtiendo en derrota una victoria, fue la muerte de Ladislao, perpetrada al cortar un jenízaro, de un hachazo, una pata del caballo del rey, según una táctica turca que ya explica Ana Comnena, Atex, XIII, 801, como empleada contra los cruzados. (N. del R.). <<

[797] Ver F. Cerone, *La politica orientale di Alfonso d'Aragona* (Archivo storico per le Province Napoletane), t. XXVII (1902), p. 425-456 y 555-634). W. Norden, *Das Papsttum und Byzanz*, p. 731-733. C. Marinesco prepara, fundándose en los documentos inéditos de los Archivos de la Corona de Aragón, en Barcelona, una obra consagrada especialmente a las relaciones de Alfonso V con Oriente, *Manuel II Paleólogo y los reyes de Aragón* (Bol. de la Sec. Hist. de la Ac. Rumana, t. XI (Bucarest, 1924), 197). Ver también D. Anastasijevic y P. Granic en sus *Notas sobre el II Congreso Int. de Est. Biz. de Belgrado*, 1927 (Belgrado, 1939), p. 162. —Como ejemplos de la política oriental del Magnánimo puede citarse las relaciones que mantenía con los reyes de Egipto y Túnez, de Armenia, Chipre y Etiopía, así como los voivodas válacos y los pequeños príncipes cristianos del Mediterráneo oriental

El capitán catalán Ramón de Ortafa era su virrey en Albania; sostuvo por todos los medios la heroica resistencia de Scanderbeg, y tropas suyas contribuyeron a la victoria de Belgrado. Pero el punto álgido de esa política es el convenio que estipuló con Juan de Hunyad, regente de Hungría. A tenor del mismo, Alfonso ceñiría la corona de San Esteban a cambio de levantar y equipar tropas para la Cruzada; para afianzar el pacto, Leonor, hija de Ferrante el bastardo de Alfonso, que había de sucederle en el trono de Nápoles, casaría con el primogénito de Juan Huniada. La boda no se llevó a efecto, como tampoco el apoyo del anciano monarca a la Cruzada; pero, muertos Alfonso y el magiar, el hijo de éste, el rey Matías Corvino, casó con Beatriz, hermana de Leonor, y parece heredó los proyectos imperialistas del Magnánimo, cuya corte humanista tanto influyó en la del rey de Hungría. Interesante a este respecto es el estudio de F. Olivier Brachfeld, Alphonse le Magnanime (*Nouvelle Revue de Hongrie*, XXXVI (1943), págs. 275-279). (N. del R.). <<

[798] Sin embargo, Hammer-Purgstall cita una carta de Juan VIII, fechada a 30 de julio, en que se insta a los cruzados a proceder mientras el sultán está ocupado en Asia con las sublevaciones de Kararnán, para demostrar que *el basileus* entraba en la Liga. (N. del R.). <<

[799] La descripción del Peloponeso por Ciríaco, publicada por primera vez por R. Sabbadini, *Ciriaco d'Ancona, e la sua descrizione autografa del Peloponneso trasmessa da Leonardo Botta, en Micellanea Cenani* (Milán, 1910), p. 203-204. Sobre Ciríaco de Ancona, véase G. Castellani, *Un traite inédit en grec de Cyriaque d'Ancóne* (Revue des Etudes grecques, t. IX (1896), p. 225-228). E. Ziebarth, t. II (Janina, 1926), p. 110-119. Hay algunas adiciones y correcciones en (Ibíd, t. III (Janina, 1928), p. 223-224). Aquí se da la fecha exacta de la muerte de

Ciríaco (1452), p. 224. <<

[800] *Epigrammata reperta per Illyricum a Cyriaco Anconitano apud Liburniam* (Roma, 1747), p. XXXVII. <<

[801] N. Jorga, Notas y extractos la *historia de las Cruzadas en el siglo* XV, t. IV (Bucarest, 1915), p. 83. <<

[802] Phrantzes, i, 32 (id. Bonn, 93, 95). <<

[803] Por ejemplo, Ellissen, *Analekten*, t. III, p. 87-93. Sobre las inclinaciones científicas, artísticas y poéticas de Mahomet II, ver J. Karabacek, *Abendländische Künstler zu Konstantinopel im XV und XVI.* Jahrhundert (Viena, 1918), p. 2. <<

[804] Jorga, *Geschichte des Osmanischen Reichs*, t. II (Gotha, 1909), p. 3. <<

[805] Ducas, XXXV, 249-25. <<

[806] S. Lambros, *Emperadores bizantinos. Catalogo ilustrado de la colección de retratos de los emperadores de Bizancio* (Atenas, 1911), p. 57-58. <<

[807] Véase L. Thuasne, *Gentile Bellini et le sultan Mohammed II. Notes sur le séjour du peintre vénitien à Constantinople (1479-1480)*, (París, 1888), p. 50-51. Las medallas y cuadros que representan a Mohamet aparecen reproducidos en el libro. J. Karabacek, *Abendlandische Künstler zu Konstantinopel im XV. una XVI. Jabrhundert. I: Italianische Künstler* (*im Hofe Muhammeds II des Eroberers (1451-1481)*, (Viena, 1918), p. 24-49. Numerosas reproducciones (*Denkschriften der philophisch-Historischen Klasse der Akademie der Wissenschaften in Wten*, vol. 62, art. I). Antes de la guerra de 1914-18, el famoso cuadro de Bellini estaba en la colección privada de lady Enid Layard, en Venecia. Parece que durante la guerra fue transportado a Londres. (Véase Karabacek, p. 44). Actualmente, este cuadro se halla en la Galería Nacional de Londres. <<

[808] Ducas, XXXIV, 238. <<

[809] Nicolo Bárbaro, *Giornale dell'assedio di Constantinopoli*, ed. E. Cornet (Viena. 1856), página 2. <<

[810] Bárbaro, ed. Cornet, p. 18. <<

[811] Ducas, XXXVII, 264. <<

[812] Hoy se cree más bien que esa cadena es un trozo de la que cerraba el puerto de Rodas y fue llevada a Constantinopla por los turcos después de someter la isla. <<

[813] C. Müller, *Fragmenta Historicorum Graecorum*, V. (1870), 52. <<

[814] El relato de Zargrad, por Néstor Iskander, del siglo XV, ed. por el abad Leónidas, *Laonikos Chalkokondyles* (J. of el. Stud., t. XLII (1922), p. 38). <<

[815] Krumbacher, ob. cit., p. 302. Véase también Miller, *The last Athenian historian: Pamiatniki drevnei pismennosti* (San Petersburgo, 1886), t. LXII, p. 43 (en ruso antiguo). Respecto a los demás relatos rusos, ver la Camb. Med. Hist., t. IV, 888. El texto ruso del relato, según la cd. de 1853. reeditada por N. lorga, *Orígenes y toma de Constantinopla* B. de la Sec. Hist. de la Ac. Rumana, (Bucarest, 1927), vol. XIII, p. 88-128. Se ha planteado el problema de si el original sería griego o ruso, y de sí el relato eslavo no sería más bien servio. Ver Jorga, *Una fuente descuidada de la toma de Constantinopla* (ibíd., p. 65). <<

[816] Véase F. Babinger, 1927), p. 23-45, etc. <<

[817] Bárbaro, p. 20-21. <<

[818] Iskander, p. 27. *Ver también Skarzanie o Tsargradie*, ed. V. Iakovlev (San Petersburgo, 1868), p. 92-93 (en ruso). Iorga, «Orígenes y toma de Constantinopla», p. 99. <<

[819] Critóbulo, I, 31, 3.ª ed. C. Müller, p. 8o. <<

[820] Schlumberger, *Le siège, la prise et le sac de Constantinople*

par les Turcs (París, 1915), p. 140. <<

[821] Bárbaro, p. 28. <<

[822] Critóbulo, I, 50. 3 (ed. Müller, p. 91). <<

[823] Phrantzes, III (p. 271-279). <<

[824] Phrantzes, p. 273. <<

[825] Phrantzes, p. 278. <<

[826] Véase E. Pears, *The Destruction of the greek Empire and the Story of the Capture of Constantinople by the Turks* (Londres-Nueva York, 1903), p. 330-331. Véase también Schlumberger, ob. cit., p. 269-270. R. Byron, *The Bizantine Achievement. An historical perspective* (Londres, 1929), p. 295-298. <<

[827] Phrantzes, p. 279. <<

[828] M. Hasluck, *The Latín Monuments of Chios* (Annual of the British School Athens, núm. XVI (1909-1910), p. 155, núm. 18), donde se halla el texto de la inscripción El autor añade: «Tal es la tumba del famoso Giovanni Giustiniani, cuya herida fue causa inmediata de la caída de Constantinopla» (p. 155). <<

[829] Ducas, cap. XLII, p. 312. <<

[830] Grosvenor, *Constantinople* (Boston, 1895), t. I, p. 47. <<

[831] G. B. Picotti, *Sulle navi papali in Oriente, al tempo de la caduta di Gonstantinopoli* («Nuovo Archivio Veneto», N. S. XXII (1911), p. 416, 436. <<

[832] Esta es la fecha exacta. A veces se da la de 1458. Ver por ejemplo. Gregorovius, *Geschichte der Stadt Athen*, t. II, p. 381. <<

[833] Duras, capítulo XLI, p. 306. Véanse nueve textos, seis en prosa y tres en verso de diferentes elegías sobre la caída de Constantinopla, 1908. <<

[834] Brossci, *Historia de Georgia* (San Petersburgo, 1849), i. I,

p. 683. <<

[835] Véase G. Voight, *Eneas Silvio Piccolomini*, t. II (Berlín, 1862), p. 95. <<

[836] Bar. Raynaldi, *Annales Ecclesiastici* (Bar-le-Duc. 1874), vol. XXVIII, p. 598. <<

[837] Torga, *Gesch. des Osman.* Reichs, t. II, p. 41. <<

[838] Voigt, *Piccolomini*, t, II, p. 94. <<

[839] Lorga, *Notas* y *extractos*, t. IV, p. 74. <<

[840] Lorga. *Notas y extractos*, t. IV, p. 64, 7 (1. 82, 84, 90. <<

[841] Voigt, E. S. Piccolomini, t. II, p. 118-119. <<

[842] Norden, *Das Fapsttum una Byzanz*, p. 505. <<

[843] *Nic. Greg*., V, 2, 5 (I, 128). <<

[844] La profesión de fe leída en el concilio en nombre del emperador, puede verse en el interesante artículo de F. Vernet, *Le II Concile œcuménique de Lyon*, 7 mai-17 juillet, 1244, en el *Dictionaire de Théologie catholique*, t. IX (París. 1926), col. 1384-1386. El artículo completo cubre las páginas 1374-1391. Ver también el articulo de V. Grumel, *Le II Concille de Lyon et la reunión de l'Église grecque*, Ibíd, páginas 1391-1410. Los dos artículos dan excelentes informes sobre fuentes y la literatura de la Unión de Lyon. Ver igualmente Norden, ob. cit., p. 520-615. <<

[845] Ver Grumel, *En Orient aprés le II Concile de Lyon, Échos d'Orient*, t. XXIV (1925), págs. 321-322. <<

[846] Grumel, *Les Ambassades pontificales a Byzance aprés II Concile de Lyon, 1274-1280* (*Echos d'Orient, t. XXII* (1924). p. 446-447). En este artículo, pág. 347-447, se hallan algunas interesantes rectificaciones de la cronología de Norden. Véase M. Viller, *La question de l'union des Eglises entre Grecs et Latins depuis le Concile de Lyon jusqu'a celui de Florence, 1274-1278* (Revue d'histoire ecclésiastique, t. XVI (1921), p.

261). <<

[847] *Nic. Greg*., VI, i, 7 (I 165). *Paquim*, IV, 12 (I, 280). <<

[848] A. Lebediev, *Bosquejo histórico del estado de la Iglesia bizantina desde fines del siglo* XI *a mediados del* XV, 2.ª ed. (Moscú, 1902), p. 296-297, en ruso. <<

[849] Nic. Greg., VIII, 12, i (I, 360). <<

[850] Nic. Greg., VI, 7, 4 (I, 193). <<

[851] Lebediev, ob. cit., p. 298 (en ruso). <<

[852] Paquimeres, *De Michaele Palaeologo*, IV, 28 (I, 314). <<

[853] Paquim, *De Michaele Paleólogo*, IV, u (I, 274). <<

[854] I. E. Troitzki, *Arsenio y los arsenitas* (San Petersburgo, 1873), p. 99-101 (en ruso). <<

[855] Ibíd., pág. 178. <<

[856] Grumel, *En Orient apres le IIe Concile de Lyon* (Échos d'Orient, t. XXIV (1925), págs. 324-325. <<

[857] Nic. Greg., VI, i, s (I, 160). <<

[858] Nic. Greg., VII, 9, 4 (I, 262). <<

[859] Troitzki, ob. cu., pág. 445. <<

[860] Jorga, *Latins et Grecs d'Orient*, (*«Byz. Zeits»*., t. XV (1906), pág. 185. <<

[861] O. Tatrali, *Thessalonique au XIV siècle* (París, 1913), p. 225-272. <<

[862] Troitzki, ob. ut., p. 522 (en ruso). <<

[863] Porf. Uspensky, *El Oriente cristiano: El Athos, III* (San Petersburgo, 1892), págs. 140, 141, 144, 631, 633. P. Meyer, *Die Haupturkunden für die Geschichte der Athoskloster* (Leipzig, 1894), págs. 191-193. <<

[864] Ver H. Gelzer, *Ungedruche und ungenügend Veroffentlichte Texte der Notitiae episcopatuum* (Ab. der phil. —phil Kl. der Ak. der Wiss. du München, i. XXI (1901),

página 597). Véase también p. 595, 599-600, 605. <<

[865] Gelzer, Abriss, pág. 1058. <<

[866] Ver el detallado comentario de Sokolov en la Gaceta del Ministerio de Instrucción Pública, N. S. vol. XI IV (1913), p. 381. (En ruso). <<

[867] Troitzki, *Arsenio y los arsenitas*, p. 521 (en ruso). <<

[868] F. I. Uspensky, *Ensayos sobre la civilización bizantina*, p. 273, 364, 366 (en ruso). <<

[869] F. I. Uspensky, *Ensayos sobre la historia de la civilización bizantina* (San Petersburgo, 1892), pág. 327. (En ruso). <<

[870] Sokolov, *Gaceta del Ministerio de Instrucción Pública*, nueva serie, vol. XLIV (1913), pág. 384-386; vol. XLV (1913), p. 171-172, 181-182. <<

[871] Uspensky, *Ensayos sobre la historia de la civilización bizantina*, p 336 (en ruso). <<

[872] Migne, *Palr. Gr.* f vol. 151, col. 718-719. <<

[873] Gelzer, *Abriss*, pág. 1059-1060. <<

[874] Obras de Petrarca, *Rerum seniltum*, VII (Basilea, 1334), p. 912. *Baronio, Raynaldi, Annales Eclesiastici ad annum 1366 (Bar-le-Duc)*. XXVI, 135. <<

[875] Gelzer, erróneamente, dice que Juan V resolvió en 1369 ir a Aviñón (Kaisergeschichte, página 1060). <<

[876] Los textos griegos y latinos sobre la profesión de fe del emperador se hallarán en S. Lambros, Atenas, 1914), p. 241-254. Leo Allatius, *De ecclesiae occidentalis ataque orientalis perpetua consensione* (Coloniae Agrippinae, 1648), fue el primero en publicar la profesión de fe de Juan V (lib. II, c. XVII, col. 843-852). <<

[877] Véase O. Haiecki, *Un emperador de Bizancio en Roma* (Varsovia, 1930). A Vasiliev, *Viaggio di Giovanni Paleólogo in Italia c l'unione di Roma* (*Studi Bizantini e Neoellenici*, t. III

(Roma, 1931), pág. 151-193. <<

[878] Καλογερας, Μαρκος ο Ευγενικος και Βισσαριων ο Καρδιναλις (Atenas, 1893), pág. 70 (según una edición rara de las obras de José Brienne, publicada en Leipzig en 1768). Véase también Norden, ob. cit., pág. 73. <<

[879] Véase Pierling, *La Russie et le Saint-Siége*, t. I, 2.a ed. (París, 1906), pág. II. <<

[880] Pierling, ob. cit., t. I, pág. 12, 15. <<

[881] Algunos eruditos discuten hoy la autenticidad de ese busto. Ver, por ejemplo, R. Byron, *The Byzantine Achievement: An Historical Perspective. A, D. 330-1453* (Londres, 1929). pág. 318: «*The bust in the Museo di Propaganda at Rome may be considered a nineteenth century forgery*». <<

[882] Leo Allatius, *De Ecclesiae Occidentalis atque perpetua consensione* (Coloniae Agrippinae, 1648), col. 939. El mensaje entero ocupa las col. 939-941 (lib. III, cap. IV). <<

[883] Lebediev, *Ensayos sobre el estado de la Iglesia Oriental de fines del siglo mediados del* XV, 2.a ed., pág. 294. <<

[884] Véase K. Papaioannu, *Las actas del supuesto concilio de Santa Sofía* (*1450*) *y su alcance histórico* (Vrem. n. t. II (1895), pág. 394 y siguientes, 413. Lebediev, ob. cit., 2.a edición, pág. 294. Ambas obras, escritas en ruso, dan por apócrifas las actas. <<

[885] Ver J. Dräseke, *Zum Kircheneiningunsvenuch des Jahres 1439* (Bys. Zeits., t. Y. (1896). pág. 580. Bréhier, *Cambridge Medieval History*, t. IV, pág. 624-625. <<

[886] Ver *Viajes de V. G. Barski a los lugares santos de Oriente* (*1723-174·4*;), ed. N. Barsukov (San Petersburgo, 1885), t. I, p. XXXIII (en ruso). <<

[887] S. Eustratiades y Arcadios, *Catalogo de los manuscritos*

griegos de la biblioteca del monasterio de Vatopedi, en el monte Athos (Cambridge, 1924), Harvard Theological Studies, tomo XI. <<

[888] G. Rouillard, *Les archives de Lavra* (*mission Millet*) («Byzantion», t. III, p. 253). <<

[889] Eustratiades y Arcadios, ob. cit., prefacio, p. i. <<

[890] F. I. Uspensky y V. Benechevitch, *Las actas de Vazelon. Materiales para la historia de la propiedad campesina y monástica en Bizancio del siglo* XIII *al* XV (Leningrado, 1927). Texto griego y comentario ruso. <<

[891] *Geographie d'Aboulfeda*, trad. por Reinaud, II, i (París, 1948), pág. 315-316. <<

[892] Ruy González de Clavijo, *Diario del viaje a la corte de Tamerlán en Samarcanda* (*1403-1406*). Texto español y trad. comentada rusa de Sreznevski (San Petersburgo, 1881), páginas 87-88. Clavijo, *Embassy to Tamerlane* (*1403-1406*), versión del español por Guy Le Strange (Londres, 1928), pág. 88-89. —La primera edición reza: *Historia del Gran Tamerlán e itinerario y enarracion del viage y relación de la enbaxada que Ruy Gonçalez de Clavijo le hizo…* (Sevilla, 1582). Se reeditó en «*Colección de crónicas y memorias de los Reyes de Castilla*», (Madrid, 1797, II). (N. del R.). <<

[893] Ver E. Legrand, *Description des lies de l'Archipel par Chr. Buondelmonti* (París, 1897), pág. 88. Este texto se publica también en la colección de Bonn, en el tomo que contiene la obra de Cinnamus, pág. 181. <<

[894] J. Ebersolt, *Constantinople byzantine et les voyageurs du Levant* (París, 1918), páginas 41-43. Id. *Les Arts somptuaires de Byzance* (París, 1923), pág. 118-119. <<

[895] *Histoire de Mar Jabalaha III, patriarche des Nestoriens* (*1281-1317*)*, et du moine Rabban Cauma, ambassadeur du roi*

Argoun en Occiddent (1287), trad. de sirio y anotada por J. B. Chabot *Revue de l'Orient latín*, t. II (1894), pág. 82-87. Tirada aparte, pág. 54-59. *The History of Yaballaha III, Nestorian Patriarch and of his vicar Bar Sauma*, traducida y anotada por J. A. Montgomery (Nueva York, 1927), pág. 52-54. <<

[896] *Oeuvres de Ghillebert de Lannoy, voyageur, diplómate et moraliste, publicadas por C. Potvin* (Lovaina, 1878), pág. 65. <<

[897] *Andanzas e viajes de Pero Tafur* (Madrid, 1874), pág. 176, 181, 184. Pero Tafur, Travels… (Nueva York-Londres, 1936), pág. 142, 145, 146. <<

[898] G. Rouillard, *Les archives de Lavra* (*misión Millet*) (Byzantion, t. III, págs. 355-257). <<

[899] Véase Juan Cantacuzeno, *Hist., IV,* 5 (III, 33). <<

[900] Ntc. Greg., XV, II, 4 (II, 788-89). <<

[901] Véase S. Kugeas, *Notizbuch eines Beamten der Metrópolis in Thessalonike aus dem Anfang des XV, Jahrhunderts* («Byz. Zeits», t. XXIII (1914-1919), pág. 152, (par. 82) y 158). O. Tafrali, *Thessalonique au XIVe siècle* (París. 1913), pág. 16. <<

[902] Ver el decreto de Miguel Paleólogo, 1272, en *A. Heisenberg: Aus der Geschichte und Literatur der Palaiologenzeit* (Munich, 1920), p. 39, líneas 49-50, p. 61-62. E. Stein, *Untersuchungen zur spatbyzantinischen Verfassungs und Wirtschaftsgeschichte* (Mitteilungen zur osmanischen Geschichte, t. II (1924), p. 47-49). Los varengos y vardariotas aparecen mencionados varias veces en Codinus. Ver las referencias en Heisenberg, p. 61-62. <<

[903] Véase un interesante pasaje sobre la flota en tiempos de Andrónico II, en Paquimeres, *De Andrónico Palaeologo*, I, 26 (II, 69-71). También Nicéforo Grégoras, VI, 3 (I, 174-175)· Ver Jakovenko, *Estudios sobre las cartas bizantinas. Las cartas del nuevo monasterio de la isla de Quios* (Yuriev, 1917). p. 180-

181 (en ruso). <<

[904] Véase E. Stein, *Untersuchungen…* (*Mitteilungen zur Osmanischen Geschichte*, i. II (1924), p. 21). <<

[905] Tafrali, *Thesalonique au XIV siècle* (París, 1913), p. 44-50. <<

[906] Sokolov, *Grandes y pequeños terratenientes en Tesalia en la época de los Paleólogos* (Viz. Vremennik, t. XXIV (1923-1926), p. 35-42) (en ruso). (Atenas, 1924), t. I, p. 146-156). F. I. Uspensky y Y. Benedievitch, *Las actas de Vazelon* (Leningrado, 1927), p. XCII-XCIU (en ruso). <<

[907] Sokolov, ob. cit., p. 42. <<

[908] J. Draseke, *Byzantinische Hadesfahrten* (Neue Jahrbücher für das Klassische Altertum, t. XXIX (1912), p. 364-365). <<

[909] Cantacuzeno, *Historiae*, IV, 13 (III, 85-86). <<

[910] P. Iakovenko, *Viz. Vremennik*, t, XXI, 3-4 (1914); crítica, p. 183 (en ruso). <<

[911] R. Guilland, *Le palais de Théodore Métochite* (*Revue des Études grecques*, t. XXXV (1922), p. 82, 92-93). J Ebersolt, *Les Arts somptuaires de Byzance* (París, 1923), p. 109. <<

[912] Cantacuzeno, *Historiae*, III, 28 (II, 175-179). <<

[913] O. Tafrali, *Thessalonique au XIV siècle* (París, 1913), p. 224. <<

[914] Tafrali, p. 249. <<

[915] Id., p. 225, 259 y siguientes. <<

[916] Diehl, Byzance. *Grandeur et décadence* (París, 1920), p. 20. Id., en la *Cambridge Medieval History*, t. IV, p. 760. Id., *Journées révolutionnaires byzantines* (Revue de París, noviembre-diciembre de 1928, p. 151-172). <<

[917] Iakovenko, en su comentario sobre el libro de *Tafrali Viz. Vremennik*, t. XXI, 3-4 (1914), p. 184. <<

[918] Sobre Pegolotti, véase Heyd, ob. cit., t. I, p. XVII, XVIII. C. R. Beazley, *The dawn of modern geography* (Oxford, 1906), t. III, p. 324-332. El artículo de la Encyclopaedia Britannica está redactado según Beazley. H. J. Yule, *Cathay and the ways thither* (Londres, 1866), t. II, p. 278-308 (Hakluyt Society. vol. 37). E. Friedmann, *Der mittelalterliche Welthandel von Florenz in seiner geographischen Ausdehnung* (*nach der Pratica della mercatura des Balducci Pegolotti*) (*Abh. der K, K. Geographischen Gesellschaft in Wien, X* (1912). 3-5). <<

[919] *La pratica della mercatura scrita da Francesco Balducci Pegolotti. Della décima e delle altre gravezza* (Lisboa y Luca. 1766), vol. III, p. 24. La mejor orientación respecto al comercio bizantino bajo los Paleólogos la da Heyd, ob. cit., t. I, p. 427-527, y t. II. <<

[920] *Le voyage d'outre-mer…*, publicado por C. Schefer (París, 1892), p. 150 y 164. <<

[921] Se hallará un interesante capítulo sobre el comercio genovés en el Atti della Societa Imperio bizantino durante el siglo XIII, en J. Bratianu, *Reckerches sur le commerce genois dans la mer Noiré au XIII siecle* (París, 1920), p. 108-154. <<

[922] El texto de ese estatuto de 1449, muy interesante, se encuentra en los Boletines de la Sociedad Histórica y Arqueológica de Odessa, t. V (1865), p. 631-837, texto y trad. rusa de Murzakievitch. Luego ha sido publicado por P. Vigna, en *Atti della Società Ligure di Storia Patria*, t. VII, (2) p. 567-680. Sobre las inscripciones genovesas de Caffa ver el detallado estudio de Elena Skrzinska, *Inscripciones latinas de las colonias genovesas en Crimea* (Atti della Soc. Lig. di Stor. Pat., t. LVI (1928), p. 1-180. <<

[923] Paquimeres, t. I, p. 419-420. Véase Bratianu, *Actas de los notarios genoveses de Pera y de Caffa, de fines del siglo XIII*

(Bucarest, 1927), p. 63. Id.. Recherches… p. 154. <<

[924] Ciertos documentos de los siglos XIII y XIV, que no había podido consultar Heyd, los da R. Davidsohn, *Forschungen zur Geschichte von Florenz* (Berlín, 1901), t. III, p. 69-70 (n.º 315), 135 (n.º 686), 193 (n.º 974). Ver E. Friedmann, ob. cit., p. 26. Se hallarán algunos documentos del siglo XV en G. Müller, *Documenti sulle relazioni delle città toscane coll'Oriente Cristiano e coi Turchi* (Florencia. 1879), p. 149-150, 162-163, 169-177, 283-284. <<

[925] W. Wroth. *Catalogue of Imp. Byz. Coins en the Br. Museum, vol. I*, (Londres, 1908), p. LXVIII-LXXIII, vol. II (Londres, 1908), p. 635-643. A. Blanchet, *Les dernières monnaies d'or des empereurs byzantins* (Revue Numism., 1910. p. 14-15 (tiraje aparte). Véase también E. Stein, *Untersuchungen…* (Mitteilungen… t. II (1924), p. 11-14 (tiraje aparte). <<

[926] A. Blanchet, ob. cit., p. 1-13. <<

[927] Krumbacher. p. 423. <<

[928] Véase W. Miller, *Essays on the Latin Orient* (Cambridge, 1921), p. 278-279. O. Trafali, *Thessalonique au XIV siècle* (París, 1913), 49-69 <<

[929] Lavisse y Rambaud, *Histoire genérale du IV siècle a nos jours*, t. III, p. 819. C. Diehl, *Manuel d'art byzantin* (París, 1926), t. II, p. 750. <<

[930] Algunas partes de esa autobiografía han sido traducidas al francés por C. Chapman en su obra Michel Paléologue, *Restaurateur de l'Empire byzantin* (París, 1926), p. 167-177. <<

[931] Véase D. Ainalov, *La pintura bizantina en el siglo XIV*, en *Zapiski Klassitcheskavo Otdeleniya Rousskavo Archeologicheskavo Obschestva*, t. IX (1917), p-132-133 (en

ruso). <<

[932] Berger de Xivrey, ob. cit. L. Petit, *Manuel II Paléologue* (*Dictionnaire de théologie catholique*, t. IX, 2.a parte (París, 1926), col. 1925-1932). <<

[933] Krumbacher, p. 288. <<

[934] Ver el excelente juicio formado sobre Paquimeres por A. Rubio i Lluch, Paquimeres i Muntaner, en *Seccío història y arqueología de l'Institut d'Estudis Catalans. Memories*, I (1927), 33-60. <<

[935] Véase A. Heisenberg, *Eine Handschrift des Georgios Pachymeres, en su Aus der Geschichte und Literatur der Palaiologenzeit* (Munich, 1920), p. 3-13. Respecto a cierto manuscrito de Paquimeres conservado en una biblioteca de Jerusalén, véase *la Byz. neug. Jahrbücher*, t. II (1921), p. 227. También Krumbacher, p. 288-291, y Montelatici, ob. cit., páginas 224-225. <<

[936] Krumbacher, p. 291-193. Montelatici, p. 226. (Ver también las amplias «Notices sur les correspondants de Gregoras» que acompañan la *Correspondance de Nicéphore Gregoras*, texte edité et traduit par R. Cuilland (París, 1927). Sobre Jantópulos, págs. 382-385 (N. del R.). <<

[937] R. Guilland, *Essai sur Nicéphore Gregoras* (París, 1926), p. XXXII-XXXIII. ídem, *Correspondance de Nicéphore Gregoras* (París. 1927), p. XII-XVIII. <<

[938] krumbacher, p. 293-296. R. Guilland, *Essai…*, p. 236-238. <<

[939] Krumbacher, p. 295. <<

[940] Id., p. 288. En Bizancio llamábase «*polihistores*» a los hombres cultos versados en distintos ramos del saber. <<

[941] Montelatici, p. 225. <<

[942] Guilland, ob. cit., p. 296. <<

[943] Laskaris Kananos, *Reseanteckningar fran de nordiska landerna. Smarre Byzantinska skrifter*, ed. V. Lundstrom (Upsala-Leipzig, 1902), p. 14-17. Trad. rusa y comentarios de A. A. Vasiliev, *Láscaris Canano, viajero bizantino del siglo* XV, en los Ensayos ofrecidos a V. P. Buzeskul (*Jarkov*, 1914), p. 397-402). Trad. alemana de G. Jacob, *Arabische Berichte von Gesandten an germanische Fürstenhofe aus den 9. und 10. Jahrhundert* (Berlín y Leipzig, 1927), p. 43-46. Véase Krumbacher, p. 422. <<

[944] W. Miller, *The historians Doukas and Phrantzes* (Journal of Hellenic Studies tomo XLVI (1926), p. 70). <<

[945] Miller, ob. cit., ibíd., t. XLVI (1926), p. 71. <<

[946] Krumbacher, p. 306. *Montelatici*, p. 231. <<

[947] La versión italiana de Ducas aparece junto al texto griego en la ed. de Bonn, pág. 347-512 <<

[948] Chernusov, *Un historiador del fin de Bizancio: Ducas* (Viz. Vrem., t. XXI, 3-(1914), p. 22i (en ruso). <<

[949] Miller, ob. cit., t. XLVI (1926). p. 63. <<

[950] Calcocondilos: «*el de la pluma de bronce*»; Calcocondilos: «*el del candelabro de bronce*». <<

[951] Miller, *The last Athenian historian: Laonikos Chalkokondyles* (Journal of Hell. Studies, t. XLII (1922). p. 37. <<

[952] Véase E. Darko, *Neuere Beitrage zur Biographie des Laonikos Chalkokondyles.* D. Anastasijevitch y P. Granitch., *Memoria del Congreso Internacional de Estudios bizantinos en Belgrado, 1927* (Belgrado. 1929), p. 25-26. <<

[953] Ver, por ejemplo, K. Dieterich, *Quellen una Forschungen zur Erd-und Kulturkünde* (Leipzig, 1912), t. II, p. 124-125. A. A. Vasiliev, *La Guerra de Cien Años y Juana de Arco en la tradición bizantina* (Byzantion, t. III (1926). p. 242-248). <<

[954] Miller, ob. cit., p. 38. <<

[955] Paquimeres, *De Michaele Pal.*, V, 24 (I, 403). <<

[956] Gregoras, V, 2, 5 (I, 128-129). <<

[957] Véase *Alex. 0. Zotos*, (Munich, 1920). <<

[958] G. Cammelli, Demetrio Cidonio: *Brevi notizie della vita e delle opere. Studi Italiani di filología classica* (nueva serie, t. I, 1920, p. 144-145). (Cidonio nació entre 1300 y 1310 y murió entre 1403 y 1413). R. Guilland, *Correspondence de Nicéphore Gregoras* (París, 1927), páginas 325-327. Jugie, Demetrias *Cydones et la théologie latine a Byzance du XIVe et XV siecles* (Echos d'Orient,. t. XXXI (1928), p. 386-387). (Nacido entre 1310 y 1320, murió en 1399-1400). <<

[959] Jorge Escolarios, *Troisiéme traite sur la procession du Saint-Esprit* (Oeuvres completes, ed. por L. Petit, X. Siderides, M. Jugie, t. II (París, 1929), p. 486. <<

[960] Guilland, ob. cit., p. 327-331. <<

[961] Este descubrimiento ha sido hecho recientemente por el sabio italiano M. G. Mercati. Véase Jugie, ob. cit., p. 385. <<

[962] Véase E. Bouvy, «Saint Thomas. Ses traducteurs byzantins» (*Revue augustinienne*, tomo XVI, 1910, p. 407-408). Véase también «Rackl, Demetrios Kydones als Verteidiger und Uebersetzer des hl. Thomas von Aquin», *Der Katholik. Zeitschrift für Katholische Wissenschaft und Kirchliches Leben*, t. XV (Maguncia. 1915), p. 30-36. M. Jugie, *Démétrius Cydones et la théologie latine a Byzance aux* XIV *et.* XV*e* *siècles* (D. Anastasijevich y Ph. Granich, ob. cit., pág. 148). <<

[963] G. Cammelli, *Demetrii Cydonii orationes tres adhuc ineditae* (Byz. neug. Jahrbücher, t. III (1922), p. 67-76; t. IV (1923), p. 77-83, 282-295. <<

[964] G. Cammelli, *Personaggi bizantini dei secoli XIV-XV*

attraverso le epistole di Demetrio Cidonio (Bessarione, tase. 151-154, t. XXIV (1920). p. 77). Ver también, en Cammelli (*Studi Italiani de filología classica*, nueva serie, t. I (1920), p. 157-159, una lista «preliminar» de las obras publicadas e inéditas de Cidonio. Id., *Demetrio Cidonio al Fratello Procoro* (Studi Bizantini, t. II (Roma, 1927), p. 49-55). En 1930, Cammelli ha publicado en París una ed. completa de la correspondencia de Cidonio. <<

[965] *Epistolario di Coluccio Salutati*, por F. Xovali (Roma, 1896), III, 105-119. La carta lleva fecha de 1396. <<

[966] Nic. Greg., VI, i, 5 (L 163). <<

[967] Sathas, *Documentos inéditos relativos a la historia de Grecia en la Edad Media*, tomo IV, p. VII, nota 7. <<

[968] Véase M. Jugie. *La publication des oeuvres de Georges Scholarios* (Échos d'Orient, tomo XXXI (1928), p. 300-325). En p. 301-305 se hallará una breve biografía de Escolario. El segundo volumen de Lambros, (Atenas, 1912-1924) se compone de escritos de Escolario. Entre 1928-1931 aparecieron en París cuatro tomos de las *Oeuvres completes de Escolario*, publicados por primera vez por Luis Petit, X. A. Xiderides, M. Jugie. Corta biografía de Escolario en el t. I, p. IX-XIV. <<

[969] Merced a la infatigable energía de N. A. Bees, los manuscritos de Meteora son ya conocidos y descritos. Véase J. Draseke, *Die neuen Handschriftenfunde in den Meteora-klöstern* (*Neue Jahrbücher für das klassische Altertum*, t. XXIX (1912), p. 552). <<

[970] Tafrali, Thessalonique au X siècle (París, 1913), p. IV otras. <<

[971] Migne, Patr. Gr., vol. CI, col. 493-726 y 367-492. Ver L. Salaville, *Dos manuscritos de «De vita in Christo»*, de Nicolás Cabasilas (Boletín de la Sección de Historia de la Academia

Rumana, t. XIV (1928). También en atlas del Congreso inter. de Est. Biz. (Belgrado, 1929), pag. 79. <<

[972] A. Lebediev, *Ensayos históricos*, p. 440 (en ruso). P. Anikiev, *El problema del misticismo cristiano ortodoxo* (Pravoslavno-Russkoie Slovo, agosto 1913, p. 200-217. En ruso). *Montelatici*, p. 251-252. F. Vernet, Cabasilas (Nicolás), *Dictionnaire de théologie catholique*, tomo II (París, 1923). <<

[973] Su verdadero nombre fue Jorge Gemisto. Plethon equivale, por su sentido, a Gemisto, y él mismo se dio ese nombre queriendo cambiar el suyo, griego común, por el más helénico de Plethon. Comp. con Dcsidcrio-Erasmo. Véase H. Tozer, *Byzantine reformer* (Journal of Hell. Stud., t. VII. p. 354). <<

[974] Véase F. Schultze, *Geschichte der Philosophie der Renaissance. Georgias Gemistos Plethon una seine reformatorischen Bestrebungen* (Jena, 1874), p. 23-109. J. W. Taylor, *Georgius Gemistus Pletho's criticism of Plato and Aristotle* (Menasha, Wisconsin, 1921), p. 1-2. <<

[975] Ellissen, *Analekten*, IV, (2) 11. <<

[976] Guilland, *Correspondence de Nicéphore Grégoras*, p. 324. El capítulo sobre Chumnos ocupa las páginas 317-324. Véase también Jorge Chumnos. *Old Testament Legends from a Greek poem on Génesis and Exodus*, ed. F. H. Marshall (Cambridge, 1925). <<

[977] Krumbacher, p. 541. <<

[978] Krumbacher, p. 550-553, llama a Teodoro Meloquitas «uno de los más eminentes polihistores del Renacimiento bizantino». <<

[979] Zic. Greg., VII, II, 2 (I, 272). Sathas, *Bibl. graeca medii* aevi, I, introducción, 60-61. <<

[980] Nic. Greg., VII, II, 3 (I, 272-273). <<

[981] Diehl, *Etudes byzantins*, p. 401. Ver también Guilland, *Correspondance de Nicéphore Grégoras*, p. 361. <<

[982] St. Bezdeki, *Le portrait de Théodore Métochite par Nicephore Gregoras, Mélanges d'histoire genérale* (Cluj., 1927), p. 57-67. <<

[983] R. Guilland, *Les poésies inédites de Théodore Métochite* (Byzantion, t. III (1927), página 265). Id., *Correspondance de Nicéphore Gregoras*, p. 358. <<

[984] Sathas, *Bib. graeca medii aevi, I, introducción*, 64. F. I. Uspensky, *Ensayos sobre la civilización bizantina*, p. 263-264. <<

[985] Guilland, *Correspondance*, p. 360-362. Krumbacher, p. 551-52. <<

[986] Sathas, *Bib. graeca medii aevi, I, introducción. 22. Texto de la «Embajada*»; páginas 154-193. Guilland, ob. cit., p. 364. El texto ha sido reeditado en búlgaro, con notas críticas, por Nikov, *Las relaciones tártaro-búlgaras en la Edad Media* (Sofía, 1921), p. 54-95 (trad. y texto búlgaros). <<

[987] Treu, *Dichtungen des Gross-Logotheten Theodoros Metochites* (Potsdam, 1895), p. 1-54. <<

[988] R. Guilland, *Les poésies medites de Théodore Métochite* (t. III, páginas 265-302). Krumbacher, p. 552-553. <<

[989] Guilland, *Le palais de Théodore Métochite* (*Revue des Etudes grecques*, t. XXXV (1922), p. 82-95). En las páginas 86-93 va parte del texto griego del poema con una traducción francesa. J. Ebersolt, *Les Arts somptuaires de Byzance* (París, 1923), p. 109. <<

[990] Guilland, *Correspondence*, p. 368. <<

[991] Diehl, *Etudes byzantines*, p. 401. <<

[992] Este autor merece ser mejor conocido que hasta ahora. Ver Guilland. *Correspondence de Nicéphore Gregoras*, p. 348-

353. <<

[993] P. Collinet, *en la Cambridge Medieval History*, t. IV, p. 722-723. <<

[994] L. Siciliano, *Diritto bizantino* (Enciclopedia Giurídica Italiana (Milán, 1906), IV, a parte, fase. 451, p. 72). Collinet, ob. cit. f p. 723. <<

[995] L. Kasso, *El derecho bizantino en Besarabia* (Moscú, 1907), p. 42-49 (en ruso). <<

[996] M. Treu, *Manuel Halábalos* (Byz. Zeits, t. V (1896), p. 538-558). Krumbacher, páginas 770-772. (El artículo de Krumbacher se atiene al ensayo de Treu). <<

[997] A. Heisenberg, *Aus der Geschichte und Literatur der Palaiologenzeit*, p. 112-132. <<

[998] Véase Sydosy, t. III (Atenas, 1926), p. 168-191. <<

[999] Krumbacher, p. 782. Miller, *Notices et extraits*, t. XIX (París, 1858), p. 2, 2-11 (véase la nota siguiente). <<

[1000] Este poema ha sido publicado por Miller, *Poéme allégorique de Méliténiote*, según un manuscrito de la Biblioteca Imperial, t. XTX (París, 1858). p. 2, 11-138. La obra astrológica se halla en Migne, *Patr. Gr.*, vol. 149, col. 988-1001. Montelatici, p. 269, no menciona el poema. <<

[1001] Véase F. Dölger, *Die byzantinische Literatur und Dante*, en D. Anastasijevich y P. Granich, ob. cit., p. 47-48. Dölger sostuvo en el Congreso la tesis de que el poema de Teodoro se compuso bajo el influjo de la Divina Comedia, pero, a raíz de una sugestión de S. G. Mercati, modificó su criterio en favor de una influencia de Boccaccio. Durante el Renacimiento se tradujeron al griego algunas obras de Boccaccio, como la traducción, en griego vulgar, de la *Teseida*, «primera de la serie de epopeyas románticas que tanto éxito han tenido en Italia». J. Schmidt, *La Théséide de*

Bocacce et la Théséide grecque, en Etudes de philologie néo-grecque, ed. J. Psichari (París, 1892), p. 280. Ver también *Krumbacher*, p. 870. <<

[1002] J. Longnon, *Livre de la conquête de la princée de l'Amorée* (París, 1911), páginas xxxiii-xxxiv. <<

[1003] Texto griego en W. Wagner, *Tres poemas griegos de la Edad Media* (Berlín, 1881), páginas 242-349. *Análisis detallado de la novela* en M. Gidel, *Etudes sur literature grecque moderne* (París, 1866), p. 151-196. J. B. Bury, *Romances of Chivalry on Greek Soil* (Oxford, 1911), p. 11-12. <<

[1004] Diehl, *Figures byzantines*, l. II, p. 348. <<

[1005] Krumbacher, p. 868. <<

[1006] Esta obra ha sido publicada, con introducción, observaciones e índice, por D. C. Heseling (Amsterdam, 1917), p. 9, 13-14. Véase también vers. 1794, p. 104. <<

[1007] *La Aquileida bizantina, con introducción, observaciones y un índice* de D. C. Hessling (Amsterdam, 1919), p. 9. <<

[1008] Ibíd., p. 3-15. Krumbacher, p. 848-849. Montelatici, p. 192-193. <<

[1009] Kondakov, *Macedonia. Viaje arqueológico* (San Petersburgo, 1909), p. 280 (en ruso). <<

[1010] Véase Diehl, *Manuel d'art byz.* (París, 1926), 2.a ed., t. II. p. 744-74. <<

[1011] Diehl, *Manuel* (París, 1910), p. 702. El pasaje se repite sin modificaciones en la a. a ed. (París, 1926), t. II, p. 751. <<

[1012] Ainalov, *La pintura bizantina en el siglo* XIV (Petrogrado, 1917), p. 86, (en ruso). <<

[1013] Dalton, *East Christian Art* (Oxford, 1925), p. 340. <<

[1014] Diehl, Manuel, 2.ª td., t. II, p. 751'. *El capítulo sobre el renacimiento del arte bizantino en el siglo* XIV (p. 735-751) ha

sido reeditado por entero en Byzantion, t. II (1926), páginas 299-316. En su segunda edición Diehl no ha podido servirse de la mencionada obra de Dalton, pero más tarde ha dado un detallado comentario de ella en *Byz. Zeits.*, t. XXXI (1926), p. 127-133. <<

[1015] H. Peirce y R. Tyler, *Byzantine art* (Nueva York, 1926), p. 15. <<

[1016] Ver, por ejemplo, un comentario de la obra de G. Millet, *Recherches sur l'iconographie de l'Evangile* (París, 1916), por Diehl, en *Journal des Savants*, nueva serie, t. XV (1917), p. 376. Ver también G.' Soteriou, *Die byzantinische Malerei des XIV. Jahr. in Griechenland. Bermerkungen zum Stilproblem der Monumentalmalerei des XIV.* Jahr. tomo I (1928), p. 95-117). No he leído esta memoria, pero sí el comentario sobre ella en el *Comentario del segundo Congreso Internacional de Estudios bizantinos.* Belgrado, 7927 (Belgrado, 1929), p. 108-109. <<

[1017] Diehl, Manuel, p. 840-844. *Sobre la cronología de Panselinos*, p. 842, n. i. Dalton, ob. cit., p. 238. <<

[1018] Hay una serie completa de reproducciones de esas miniaturas en la colección fotográfica de la Escuela de Estudios Superiores. <<

[1019] Sobre las miniaturas de la época de los Paleólogos, véase Diehl *Manuel*, I. II, páginas 872-884. <<

[1020] Kondakov, *Macedonia*, p. 285 (en ruso). <<

[1021] Ainalov, *La pintura bizantina del siglo XIV*, p. 68 (en ruso). <<

[1022] G. Millet, *L'ancien art serbe. Les églises* (París, 1919), P-9. Id., *La Renaissance byzantine* (II Gong. Intern. Belgrado (1929), p. 19-21). <<

[1023] Ver el interesante articulo de A. Heisenberg *Das Problem*

der Renaissance in Byzanz (Historische Zeitschrift, vol. 133 (1926), p. 393-412). Ver también Dölger, *en la Deutsche Literaturzeitung*, 47 (1926), col. 1442-1443 y 1445. Id., en *Historisches Jahrbuch.*, 47 (1927), 765. Al contrario de Heisenberg, Guilland cree en «un verdadero Renacimiento» de Bizancio en el siglo XIV: *Essai sur Nicéphore Grégoras* (París, 1926), p. XI, 294-295, etc. Véase el brillante artículo de C. Neumann, *Byzantinische Kultur una Renaissance-Kultur* (Hist. Zeits., volumen 91 (1903), p. 215-232. Tirada aparte (Berlín-Stuttgart, 1903). <<

[1024] Véase J. Kireyesvski, *Obras* (Moscú, 1861), t. II, p 252 (en ruso). Ver también la primera edición de la *Historia de Bizancio de Kulakovski* (Kiev, 1910), t. I, p. 12 (en ruso). En la segunda edición esa teoría queda abandonada. <<

[1025] Petrarca, *Epistolae de rebus familiaribus*, XXIV, 12, y XVIII, 2, ed. Fracassetti (Florencia, 1863), III, 302, y II, 474. Véase F. I. Uspensky, *Ensayos sobre la civilización bizantina*, p. 301-302 en ruso). A. Veselovski, *Boccaccio: su ambiente y sus contemporáneos*. (Obras, t. V, p. 86. En ruso). <<

[1026] Variarum Epist., *XXV*, ed. Fracassetti, II, 369. Véase F. I. Uspensky, ob. cít., p. 303. (en ruso). <<

[1027] *De genealogía deorum, XV*, 6 (Juan Boccaccio, *De genealogia deorum libri quindecim*, Basilea, 1532, 389). M. Korelin, *Él humanismo italiano primitivo y su historiografía* (Moscú, 1892), p. 993 (en ruso). <<

[1028] *De genealogía deorum*, XV, 6: «hujus ego nullum vidi opus» (ed. Basilea, 1532, 390). <<

[1029] Kórting, *Petrarca's Leben und Werke* (Leipzig, 1878), p. 154. <<

[1030] F. I. Uspensky, *Ensayos…*, p. 308 (en ruso). <<

[1031] M. Korelin, ob. cit., p. 998 (en ruso). <<

[1032] A. Veselovski, *Obras completetas*, t. V, p. 100-101 (en ruso). <<

[1033] Petrarca, *Lettere senili di Petrarca*, V, 3; ed. G. Fracassetti (Florencia, 1869), I, 299. Ver también Sen., III, 6: «è certamente una gran bestia», (Fracassetti, I, 63). *Lettere di F. Petrarca*, cd. Fracassetti (Florencia, 1866), IV, 98. Boccaccio, *De Genealogía deorum, XV, 6* (Basilea, 1532), 389. Ver A. Veselovski, *Boccaccio, II* (Obras (retrogrado, 1919), t. VI, página 364. En ruso). <<

[1034] Petrarca, *Lettere senili*, III, 6; ed. Fracassetti, I, 174-175. *Lettere di F. Petrarca*, edición Frac., IV, 98. Veselovski, ob. cit., t. VI, p. 362-363. <<

[1035] Boccaccio, *De genealogia deorum, XV,* 6 (Basilea, 1532), 390. Véase Veselovski. t. VI, páginas 351-352. <<

[1036] Uspensky, *Ensayos…*, p. 308. Véase Boccaccio, *De genealogía deorum*, XV, 6: «*I contium Pilatum… ut ipse asserit, praedicii Barlaae auditorem*», (Basilea, 1532), 390. <<

[1037] P. Batiffol, *L'Abbaye de Rossano* (París, 1891), p. IX. <<

[1038] Veselovski, t. V, p. 22 (en ruso). <<

[1039] Veselovski, t. V, p. 23 (en ruso). <<

[1040] «Nec multum esset pro tanta utilitate iré in Italiam, in qua clerus et populus sunt puré Graeci in multis locis». F. R. Bacon, *Compendium studii philosophiae*, cap. VI. F. R. Bacon, *Opera quaedam hactenus inédita* (Londres, 18,9), 434. <<

[1041] «Et par toute Calabre li paisant ne parlent se grizois non». P. Meyer, *Premieres compilations françaises d'histoire ancienne* (Romania, t. XIV (1885), p. 70, n. 5). <<

[1042] Petrarca, *De rebus semlibus*, XI, 9 (vulgarización de G. Fracassetti (Florencia, 1870, II, 164). <<

[1043] Ph. Monnier, *Le Quattrocento. Essai sur l'histoire littéraire du XV siècle italien*, tomo II (París, 1912), p. ti. <<

[1044] Korelin, ob. cit., p. 1002 (en ruso). <<

[1045] Monnier, *Le Quattrocento. Essais sur l'histoire littéraire du XVe siècle italien* (1912), tomo II, p. 4. «Quis enim praestantiorem Manuele virum, aut vidisse aut legisse meminit, qui ad virtutem ad gloriaram sine alla dubitatione natus erat?» dice Guarino. Decembrio pretende que Crisoloro, «por su conocimiento de las letras, no parecía un hombre, sino un ángel». <<

[1046] Cardenal Bessarion, *Oratio dogmatica pro unione. Migne, Pclr. Gr.*, vol. III, col. 612. <<

[1047] H. Vast, *Le Cardinal Bessarión* (París, 1878). Rocholl, *Bessarion, Studie zur geschichte der Renaissance* (Leipzig, 1904), p. 105. L. Mohler, *Kardinal Bessarión ais Theologe, Humanist una Staatsmann* (Paderborn, 1923), p. 406. <<

[1048] A. Sadov, *Bessarión de Nicea* (San Petersburgo, 1883), p. 276 (en ruso). Mohler, obra cit., p. 275-276. *Sobre la biblioteca de Rosarion*, ver p. 408-415. <<

[1049] *Ed. por Sp. Lambros*, XIII (1916), p. 146-194. Ed. aparte. <<

[1050] Vasiliev, di., p. IX y XI. <<

[1051] M. Apostolio, *Laudatio funebris Bessarionis* (Migne, Patr. Gr., vol. 161, col. CXL). <<

Índice